

# LA HORA DE LOS DESTERRADOS

PABLO BUENO



Lectulandia

*Hacer caer un imperio no es cosa fácil.*

Algo está cambiando en el Imperio pese a la supremacía que ostentan los descendientes del Primero. Voces de descontento se alzan aquí y allá, a medida que los rumores acerca de las acciones de Marc se van propagando y el mal asciende desde el sur. No obstante, el Emperador no se va a quedar impasible ante la amenaza, ni a olvidar a los que se han atrevido a cuestionar su poder.

Alba, Philippe y Marc creen haber desvelado hechos ocultos desde hace siglos y están dispuestos a hacer lo que deben, sin importar las consecuencias. Sin embargo, saben que no pueden lograrlo solos. Por eso tratarán de encontrar aliados para su empresa, aunque el resultado quizá no fuera el que esperaban.

¿Habrá llegado por fin la hora de los que fueron desterrados, o será aplastada definitivamente la esperanza?

**Lectulandia**

Pablo Bueno

# **La hora de los desterrados**

**La piedad del Primero: 2**

ePub r1.0

MaskDeMasque 06.01.2019

Título original: *La hora de los desterrados*

Pablo Bueno, 2016

Editor digital: MaskDeMasque

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A mi hermana Rocío, porque ¡hay que ver en las que nos hemos visto!  
Y a José y Nacho, que no lo son, pero solo porque la semántica a  
veces se equivoca.*

# Prólogo

Tras la muerte de Thomenn, el Primer Emperador comprendió que no habría paz para los creyentes mientras Quiles estuviera amenazada por violentas naciones.

De tal modo, emprendió la Santa Guerra que llevó a sus herederos a conquistar las otras tres provincias que hoy forman el Imperio. Sin embargo, en su avance toparon con las malvadas hordas de Uruth y Ágarot.

—*Gran Historia del Imperio*

—En la vida he visto algo así —murmuró Hermann partiendo un trozo de carne con el cuchillo—. Casi treinta inviernos he pasado a las órdenes de Cerro Viejo combatiendo bandidos, brujas, perros extranjeros y todo lo que este mundo puede arrojarte encima. Pero a fe de Thomenn que nunca me había encontrado con algo como esto.

El joven Schell lo miró distraídamente, preguntándose a qué edad habría entrado al servicio del barón de Cerro para llevar tanto tiempo a sus órdenes.

Hermann era un quileño rechoncho, quizá dos o tres dedos más alto que la mayoría. Su rostro siempre daba la impresión de estar mal afeitado, lo que acentuaba una madurez bastante castigada. La nariz tenía unas cuantas venillas rojas y, si uno miraba con atención, podía apreciar varias cicatrices que afeaban aún más su aspecto. Sin embargo, la impresión que pudiera dar a simple vista quedaba obsoleta cuando hacía lo que mejor sabía hacer: combatir.

El veterano sargento carecía de la sutileza y la ornamentación técnica de los salones de esgrima o la academia militar. No obstante, sus golpes eran fuertes y certeros y se movía de una manera pausada, si es que eso es posible en medio de la refriega. Evitaba gestos innecesarios y cuando atacaba lo hacía con potencia y sin dudar.

Pero tampoco era eso lo que le había granjeado la admiración de la guardia de Abadía y del resto de tropas acuarteladas allí. Fue su valor y el desprecio que había mostrado a la muerte cuando su mismo rostro se precipitó sobre ellos desde los Desiertos Prohibidos. Había sido su pelotón, y los soldados que se fueron aglutinando bajo su mando, los que mantuvieron despejada la puerta norte hasta que el inquisidor salió de allí. Solo entonces, cuando las primeras fuerzas de la legión llegaban para relevarlos, se permitieron una retirada ordenada.

—Bueno, por lo menos te han dado una medalla —le dijo Schell con una sonrisa temblorosa.

—Pueden metérsela donde mejor les quepa —respondió Hermann, escupiendo un huesecillo—. Solo espero que con la pensión que la acompaña me pueda retirar de una maldita vez.

—No digas eso —exclamó el teniente Guillaum— ¡Tú has nacido para luchar!

Los seis soldados que trataban de abrigarse en torno al fuego se volvieron hacia él, con animadversión en el rostro.

Guillaum había llegado aquel mismo día, fresco y perfumado desde los cuarteles de la baronía de La Flere, en Louisant. Allí había estudiado con algunos de los mejores estrategas de la segunda provincia gracias a la fortuna de sus padres. De ese modo, cuando finalizó su formación tenía mayor rango que Hermann. La diferencia era que él no había entrado en combate jamás.

—Todavía piensas que esto son unas prácticas, ¿no es cierto? —preguntó Victo ante el asombro de los demás por mostrar tan poco respeto a un superior.

El sargento Victo era más viejo que Hermann y tenía fama de gruñón. No obstante, también era querido por sus hombres, aprecio que se había ganado a fuerza de valentía y saber hacer.

—¡Demonios, no! Pero somos soldados. Nuestro afán y nuestro orgullo están en la lucha —contestó Guillaum con una sonrisa y el puño en alto—. No creo que, en el fondo, nuestro camarada quiera otra cosa que sentir la emoción del combate en sus venas.

Hubo un silencio intranquilo hasta que Hermann apartó la comida y se limpió los labios con la manga.

—Yo estaba en la muralla sur cuando el imbécil de Trevor salió corriendo. ¿Sabes de qué huía?

—Sí —respondió Guillaum sin perder el buen humor—. De los muertos.

—De los muertos —corroboró Hermann—. La mayoría de los que estaban allí vieron huir a nuestro aguerrido capitán y salieron corriendo también.

—Cobardes —murmuró alguien.

—Sin embargo, otros bajamos hasta la compuerta y empujamos para cerrarla. Entonces, el inquisidor renegado llegó hasta nosotros y usó su magia.

—Demonios, caímos hacia atrás como si nos hubiera golpeado un ariete —gruñó Victo.

—¿Por qué un inquisidor haría algo así? —preguntó Guillaum.

—Nadie lo sabe. Lo único cierto es que es un traidor —dijo Schell sonriendo.

—¿Sabes lo que pasó entonces? —preguntó Hermann.

—Sí, ya me lo han contado varias veces —respondió Guillaum algo molesto—. Conquistasteis aguantar heroicamente ayudados por el inquisidor tuerto.

—No —respondió Hermann mirándolo fijamente—, lo que pasó fue una maldita carnicería: los muertos se nos echaron encima y comenzaron a matar como los demonios que son. Se lanzaban hacia nosotros, ignorando nuestras armas y las heridas que les infligíamos. Mordían y golpeaban con una rabia insana que no habíamos visto jamás. En cuestión de segundos toda la compuerta sur estuvo teñida de rojo.

—Eran rápidos —murmuró Schell.

El joven seguía con la sonrisa en la boca, pero era una mueca congelada por el miedo. Tenía los ojos perdidos en un punto indefinido y, cualquiera que lo mirara, podía ver que sus heridas iban más allá de lo físico.

—A fe de Thomenn que lo eran —contestó Hermann—. Mujeres, hombres y niños a medio descomponer corrían hacia nosotros con un ímpetu imposible en tales cuerpos.

—Pero los mensajes decían que primeramente conseguisteis rechazarlos —dijo Guillaum con un rostro cada vez más alarmado.

—En medio de todo aquello —prosiguió Hermann sin contestarle—, el teniente de enlace asumió el mando de todas las tropas que tenía cerca.

—Siempre pensé que era el petimetre lameculos que parecía —comentó Victo—. Parece que, muy en el fondo, tenía agallas.

—Corrió hacia nosotros con apenas unas docenas de soldados y un pelotón de caballería. Insuficiente, a todas luces, pero entonces vimos al inquisidor tuerto. Acababa de meterle un virote en la nuca al cobarde de Trevor y se había quedado ahí plantado, como si oyera algo que solo él podía percibir. Entonces, se giró hacia nosotros y corrió hacia la muralla.

—Él sí que fue rápido —murmuró Schell sin dejar de sonreír.

—Subió a las almenas y se puso a gritar órdenes como si tuviera todo bajo control. ¡Y por el Roble que eso parecía! Después bajó hasta donde estábamos nosotros y nos condujo de nuevo hacia la compuerta con el ímpetu de cien hombres. Los muertos caían por docenas ante su arma, a veces sin que llegara a tocarlos, pero aun así no era suficiente. Entonces no sé qué demonios hizo pero el aire se llenó de tensión, como en un día de tormenta, y todos los muertos se volvieron hacia él. Algunos todavía sostenían a soldados moribundos entre sus manos cuando alzaron la cabeza. En ese momento, el inquisidor corrió hasta el adarve y saltó desde las almenas, fuera de la ciudad.

—¿Saltó de la muralla? —preguntó Guillaum con la boca abierta.

—Sí, maldita sea ¿de qué te extrañas? Es el tipo de cosas que hacen esos valientes.

—Nos salvó —dijo Victo con un escalofrío—. El inquisidor tuerto nos salvó y nos permitió retirar a los heridos.

—Ya lo creo. Si no hubiera sido por él, habrían arrasado la ciudad y a todos nosotros con ella. Pero esos segundos eran todo lo que necesitábamos.

—Pero entonces ¿murió?

—¿Es idiota o qué? —preguntó alguien más atrás, olvidándose del rango de Guillaum.

—Acabo de decirte que aguantamos la puerta norte hasta que él salió. No, no consiguieron matarlo aunque en aquellos momentos así lo creímos.

El sargento cortó otra tira de carne mientras los demás aguardaban, pacientes, a que continuara con el relato.



—Los muertos dieron media vuelta y salieron corriendo hacia afuera, en pos del inquisidor. Entonces, el teniente de Trevor consiguió reorganizar las líneas. Puso arqueros en el paseo de ronda y las aspilleras de la puerta sur. También trajo con él a unos cuantos piqueros y nos dividió en dos pelotones para relevarnos. Cuando los muertos volvieron a atacar, los contuvimos en la puerta. Ahí el espacio era más reducido y no podían echársenos encima todos a la vez.

Hermann se pasó la mano por la frente, recordando los momentos en que luchó a la sombra de la muralla.

—Sin embargo, es muy difícil contener a un enemigo que no teme que le atraveses el pecho con tu espada —Guillaum alzó una ceja sin comprender—. ¡Demonios, están muertos, no les importa que les hagas un agujero más en medio de la barriga! Se tiraban hacia nosotros para golpear e hincarnos sus sucios dientes en el cuello. Algunos tenían ya varias flechas encima y seguían aullando con la misma ferocidad que al principio.

—Muchos perdieron su espada al dejarla clavada en sus cuerpos —apuntó Victo—. Hay que tener cuidado con eso.

—Entonces ¿cómo se les puede matar? —preguntó Guillaum con el rostro lívido.

—La cabeza —respondió Schell aparentando indiferencia—. Si se la partes o la consigues separar del cuerpo, caen y no se levantan.

—Quizá ahora comprendas por qué se perdió la puerta sur —dijo entonces Hermann—. Los brazos se cansan y las heridas pesan, pero ellos no sienten fatiga ni dolor. En cuanto consiguieron ganar la entrada a la ciudad todo se fue al infierno.

—Mi primo alcanzó la sala donde están las poleas —dijo Schell con orgullo.

—Sí, e incluso logró desbloquear el rastrillo —apostilló Victo.

—Luego lo mataron —añadió el joven, con voz algo más tenue.

—Aquellos no los detuvo demasiado y todo lo que nos quedó fue correr hacia la puerta norte de la manera más organizada posible. Los muertos se dispersaron a nuestro alrededor, corriendo detrás de todo lo que se movía.

—Es curioso que apenas murieran civiles —comentó Victo.

—Eso es por vuestra valentía —se apresuró a decir Guillaum, aferrándose a aquel pedazo de victoria como a la última luz de un aciago atardecer.

—No —contestó Hermann pensativo—. Salvamos a muchos y nunca corrimos por delante de ellos. Aguantamos la línea hasta que llegamos hasta la muralla norte, pero algo pasó antes del ataque. Días antes y sobre todo esa misma mañana, bien temprano, muchos de los habitantes de Abadía comenzaron a marcharse de la ciudad.

—Demonios de Gillean —exclamó Victo—, es como si ya supieran que iban a llegar los muertos.

—Muchos de los que no se habían ido todavía parecían estar preparados también —murmuró Schell.

—Sea como fuere, todo aquel que quedó tras nosotros pereció. No me jugaría ni un trozo de carbón contra un emperador de oro a lo contrario.

Guillaum mantenía los ojos muy abiertos, asumiendo la enormidad de lo que le estaban contando.

—Cuando llegamos al otro extremo de la ciudad, las puertas estaban colapsadas por la cantidad de gente que intentaba salir. Thomann, el árbitro de Abadía, estaba allí enfundado en esa armadura tan brillante que tiene.

—Llevaba puesto el casco —recalcó Schell.

—Siempre lleva puesto el casco, idiota —refunfuñó Victo.

—¿Por qué nunca dejará que se vea su cara? Quizá es demasiado feo —dijo Guillaum tratando de aliviar el ambiente con una broma.

—Me importa una mierda lo feo que pueda ser —dijo Hermann sin el menor atisbo de sonrisa—. Mientras los refugiados trataban de salir, él reunió a un grupo de jinetes y los protegió de los primeros muertos que llegaban hasta nosotros.

—Se portó como un valiente —añadió Victo—. Cargó una y otra vez mientras caía la noche, liderando a sus hombres con la espada en alto allí donde más se lo necesitaba.

—Salvó muchas vidas haciendo lo que debía. Y eso mismo hicimos nosotros —sentenció Hermann—. Reunimos a todos los soldados que corrían de acá para allá y plantamos cara a los muertos, protegiendo la línea de refugiados que aún intentaban salir. Ya era de noche cuando empezamos a desfallecer y a vernos empujados contra la muralla sin poder evitarlo. Los pelotones que habíamos organizado por turnos se iban quedando escasos de efectivos; las antorchas se apagaban y el tiempo de descanso ya no permitía recuperarnos antes de tener que volver a la primera línea. Justo entonces comenzaron a sonar las trompetas de la legión.

—Esos engreídos vinieron a llevarse toda la gloria por el trabajo sucio que habíamos estado haciendo nosotros —Victo parecía genuinamente enfadado—. Pero lo curioso es que apenas nos habían dado el relevo cuando apareció el inquisidor tuerto.

—Galopaba a toda velocidad y sus ropas estaban hechas jirones. Iba teñido de sangre de los pies a la cabeza, pero aún le sobraba energía para despachar a todos los demonios que se cruzaban en su camino.

—¿Cómo es posible que sobreviviera a aquello? —preguntó el más viejo—. ¡Se tiró desde la muralla para caer en medio del infierno!

—Y se quedó allí cuando nosotros nos fuimos —apostilló alguien.

—Bueno, pero entonces tenemos la situación bajo control —dijo el teniente, interrumpiendo las especulaciones.

Hubo un instante de silencio en el que todos los hombres se volvieron hacia él.

—No has entendido nada —respondió Hermann—. Si cruzan la puerta norte, más nos valdrá ir a refugiarnos a las Colinas Eternas o a la madriguera de algún troll, antes que estar aquí.

—¡Pero todo está bien ahora! Les están ganando terreno.

—Escúchame. Esos seres no sienten dolor, no se cansan ni parecen aplacarse. La legión no tendrá unas horas de descanso cuando el otro bando se retire. Tratan de expulsarlos de nuevo hacia la muralla sur para hacerse fuertes allí, pero eso no sucederá. Puedes contenerlos en la estrechez de las calles cercanas a la muralla, pero no empujarlos a través de las plazas o las vías principales. Si llegan a ganar la puerta norte, Thomenn no lo quiera, necesitaremos a los sacerdotes más que a los soldados.

—Pero... —Guillaum parecía conmocionado— ¿cuántos hay?

Hermann escupió al suelo y dejó escapar el aire lentamente.

—La última vez que pudimos mirar hacia los Desiertos —dijo Victo con una mirada sombría— no se alcanzaba a ver dónde acababan sus hordas.

—Así que —dijo Hermann— no hables de seguir en esto más de lo necesario. Si por mí fuera, preferiría estar trabajando como yunque en una herrería.

—¡Pero la gente confía en ti, dicen que tuviste un papel fundamental en todo esto!

Guillaum seguía contestando a sus compañeros pero parecía que, dentro de sí, comenzaba a comprender la gravedad de lo que estaba pasando.

—Eso es porque el deber no está reñido con nada. Hice mi trabajo lo mejor que supe, como todos estos hombres y como tendrás que hacer tú cuando entres en combate mañana. Entonces, veremos si sientes *la emoción del combate en tus venas* o, más bien, la percibes resbalando por tus pantalones.

Guillaum ya no reía.

# Primera parte

# I

Un fuego se abrió súbitamente delante del Primer Emperador, pero las llamas no herían su piel ni quemaban sus ropas.

—Toma el arma que se te ofrece e imparte justicia —dijo entonces una voz más bella que cualquier canto.

Del fuego salió una espada dorada y el Piadoso la tomó por la empuñadura, reverente.

—Se hará como dices, mi Señor —contestó.

—*El Manual*, tercer capítulo.

La tarde caía con pereza sobre el trigo cuando el hombre, cargado de hombros y años, regresó a la vivienda que había cerca del río. Se detuvo un momento ante la puerta del molino y giró la cabeza para contemplar como el impetuoso torrente movía la rueda. Entonces se volvió un poco más, haciendo visera con la mano. Los cultivos se extendían hasta el bosquecillo cercano en esa dirección y hasta donde alcanzaba la vista al Norte. Hacia el Sur, sin embargo, solo se atisbaba la inquietante espesura de Quiles.

Tras asegurarse de que nadie lo seguía, entró. Su hija menor preparaba un caldo en la olla grande, mientras su hijo se entretenía puliendo el nuevo mango de su hacha de leñador.

El hombre los saludó con un beso en la frente y, tras un nuevo vistazo por la ventana, retiró una burda alfombra y abrió la trampilla del sótano.

Lo recibió el juguetón titilar de unas velas. La dama se volvió hacia él y sonrió afectuosa, mientras cerraba el avejentado volumen que estudiaba, pero en su mirada se podía ver la preocupación.

—¿Nada todavía? —preguntó.

—Nada —contestó él sentándose a su lado—, pero no habéis de preocuparos. El camino de regreso es largo y más peligroso ahora, pues muchos soldados se dirigen hacia allá. Hace un rato he visto otro grupo de legionarios a caballo. Avanzaban rápido.

—Ya pasan varios días del plazo que indicó —contestó ella con ansiedad—. Me dijo que diez jornadas después de caer sobre Abadía estaría aquí y ya han pasado catorce. Quizá debería ir a buscarlo. Podría haberle sucedido algo.

—¡No, señora! —El hombre se mesó las barbas con ansiedad—. Disculpadme, no es que dude de vuestras capacidades, pero sería difícil que una mujer pasara desapercibida viajando sola en medio de todo esto. Especialmente hacia el Sur, cuando todo el mundo huye de allá. Ya sabéis lo que dijo el Bufón: *la paciencia duele, pero sus frutos acarician*.

—Tenéis razón, supongo, pero me voy a volver loca aquí encerrada.

—Siento no poder ofreceros un refugio más agradable —contestó él, apenado.

—¡No! —dijo ella tomándolo de la mano—. No es vuestra casa lo que me molesta. Debo agradeceros que me cobijarais y todos los desvelos y atenciones que habéis tenido conmigo. —La mujer se levantó y dio unos cuantos pasos por el reducido espacio. Finalmente, se volvió a sentar—. No, buen señor, lo que me reconcome por dentro es quedarme aquí, de brazos cruzados mientras él lucha por nosotros. Debería estar a su lado ayudándole.

—Uno se esconde mejor que dos —respondió el molinero con sencillez.

Ella lo miró con ternura, desarmada por su práctica inteligencia. Lo que no dijo es que su preocupación por Marc iba más allá del peligro al que se estuviera enfrentando. Era la mirada que había visto en sus ojos cuando se fue lo que le había preocupado por encima de todo. Ni siquiera había tenido que escuchar una o dos conversaciones justo antes de huir del castillo de Mulars; conversaciones que hablaban de cómo los guardias habían aparecido muertos, o del modo en que habían acabado con el maestro torturador «mientras tenía los ojos abiertos». Luc se había mostrado forzosamente jovial cuando la llevó hasta la casa del molinero, aparentando tranquilidad y alegría. Pero ella había tenido una educación a la altura de las más altas casas nobles del Imperio. Sabía interpretar las palabras, los silencios y los giros cuando un interlocutor trataba de evitar parte de la información. El campesino le había contado mucho más de lo que creía y, en los hechos que ocultaban aquellas conversaciones, Alba no reconocía a Marc.

—Sí, es posible que tengáis razón —dijo al fin—. Solo lo habría retrasado.

—Os aseguro que es un hombre muy capaz. Si la tarea es posible, él la llevará a cabo.

—Contadme cómo os conocisteis —pidió ella—. Marc apenas me habló de ello.

El anciano se rascó la cabeza y suspiró.

—Mi mujer y mi otra hija todavía vivían cuando aquella caterva de malnacidos entró aquí, a golpes y gritos —dijo mirando la pared—. Los uruthianos huían de la justicia del barón y, viendo imposible escapar de los soldados, optaron por cogernos a todos como rehenes y encerrarse en esa vieja torre que está unos kilómetros más allá. También estaba con nosotros aquella moza que, al parecer, se entendía con el barón —añadió con aspereza.

—¿Es la que huyó con aquel Caballero imperial?

—La misma. Dicen que el propio Ezéchil le dio muerte cuando los atraparon.

—Es un triste final. Pero sea como fuere disculpadme, he interrumpido vuestro relato.

—Estuvimos allí retenidos varios días —dijo el molinero arrugando la frente—. Largas jornadas de miedo e incertidumbre. Pasamos el tiempo abrazados, muertos de frío y seguros de que íbamos a morir. A medida que discurrían las horas, los bárbaros se ponían más nerviosos y nuestro temor crecía también —el hombre pasó una mano por su avejentado rostro—. Fue terrible. Mi hijo era pequeño y pareció olvidarlo pronto. Es sorprendente cómo los niños, siendo tan frágiles, son capaces de superar

hasta los momentos más duros que nos arroja la vida. Pero la pequeña... ay, ella ya no puede acercarse a ningún hombre. Le repulsa la idea.

—Lo siento —dijo Alba con sincero pesar—. No tenía ni idea de que había sido así. Me he equivocado al hacerlos revivir aquel trance.

El hombre hizo un gesto vago con la mano y continuó.

—Sin que nos diéramos cuenta ni oyéramos nada murieron varios de los que nos custodiaban arriba, en el altillo. Entonces él cayó desde el techo para interponerse entre nosotros y los que quedaban. ¡Tendríais que haberlo visto! Era como si el mismísimo Creador manejase la espada por él. Se enfrentó a tres hombres al mismo tiempo y los despachó sin un rasguño, mientras sus compañeros acababan con los demás.

—Yo también he tenido la oportunidad de comprobar que es un gran guerrero.

—No solo eso, querida señora —se apresuró a decir el anciano—. Se arriesgó para que ningún tajo o una flecha perdida pudiera herirnos. Interpuso su cuerpo para protegernos y, cuando nos desató, fue cortés con todos por igual. Él mismo hizo la primera cura de nuestras heridas, sin preferencias hacia ninguno. Podía habernos dejado allí sin más, pero nos montó en un carro y nos llevó al castillo para que nos atendieran. Durante el camino se encargó de conseguirnos mantas e incluso nos ofreció sus propias raciones. —El anciano mostraba una sonrisa cansada—. Le debemos nuestras vidas, que para él tuvieron la misma importancia que la de aquella mujer que, de seguro, le habían mandado proteger especialmente.

—Marc me contó que el barón pidió la ayuda de la inquisición solo para salvarla a ella. De no haber estado ella, ¿no lo habría hecho? ¿Es acaso tan ruin como el barón de Mulars? —preguntó Alba indignada.

—Nuestro señor no nos desea ningún mal, ni tampoco tiene mayores ambiciones políticas o sed de gloria —respondió él encogiéndose de hombros—. Ya gobierna una de las baronías más poderosas del Imperio, tiene suficiente con eso. Únicamente desea vivir una vida lujosa en la que satisfacer sus caprichos. Es cierto que nuestros impuestos son altos y que no le gustan las preocupaciones, que suele dejar para sus delegados y consejeros, pero no es tan malo.

El hombre la miró de reojo solo para encontrarse con una ceja enarcada y una mirada poco convencida.

—¡Demonios de Gillean! —exclamó al fin—. Cuando éramos jóvenes llegamos a cazar lobos para poder comer carne, pese a que sus bosques bullían llenos de presas. Nuestro barón es aficionado a la caza y nunca se nos permitió tomar de allí pieza alguna, aunque pasáramos hambre. Perdonadme, buena señora, por no atreverme todavía a llamar a las cosas por su nombre. Los viejos tenemos problemas para acostumbrarnos a los cambios y para abandonar las ideas que nos acompañan desde hace tiempo. Pero veo que las cosas no serán iguales para mis hijos; siento el cambio en los huesos y rezo porque sea para mejor. Pese a todo, no puedo ver al señor de estas tierras con odio.

—Es bueno que no alberguéis rencor dentro de vos —contestó ella—. Es un pesado compañero de viaje. Pero debéis ser consciente de que lo que contáis es un tipo de maldad tan grave como la de Mulars. Una alta posición implica responsabilidad. Y una falta de esta puede causar dolor a muchos.

—Tiene envidia que una bruja esté dando lecciones de moral a la virtuosa nobleza del Imperio —murmuró el molinero con una sonrisa.

Alba sonrió también. Sin embargo, en su rostro aún se marcaba la incertidumbre.

—Mi señora, no os preocupéis por él. Es un hombre extraordinario, de esos en los que un firme propósito tiene más fuerza que cien caballos de tiro. No es —el anciano arrugó la frente, como si le costara expresar lo que pensaba— *igual* que los demás. No lo era antaño y supongo que ahora mucho menos.

Ella se volvió, inquisitiva.

—Los niños pueden ser muy distintos unos de otros —dijo el molinero encogiéndose de hombros—. Mi hijo siempre fue callado, pero mi hija mayor, que en gloria esté, no dejaba de hablar.

Una sombra de tristeza cruzó su rostro al recordarla.

—Unos son más inquietos y otros más tranquilos, pero la mayoría son irresponsables. Les cuesta pensar en el futuro y no tienen cabeza más que para sus cosas, para jugar o hacer trastadas. Es cierto que cuando llegaron ya estaban crecidos, pero se veía a la legua que no eran muchachos corrientes. Y, entre todos, él destacaba, siempre serio y vigilante, sin un solo momento de relajó. Otros rieron y se abrazaron cuando la lucha terminó, pero él no. Señora, esos ojos no eran los de un jovencito cualquiera. Si alguien puede hacer lo que me habéis contado, es él.

—Espero que tengáis razón —contestó Alba con la vista fija en el suelo.

Aquella misma noche el ruido de la trampa la despertó. Unas botas con manchas de barro bajaron la escalera y, a la luz de la planta superior, pudo ver la silueta de un hombre joven y atlético. Sus ropas traían el polvo del camino y estaban llenas de pequeñas rozaduras y restos de hojas.

Mientras se incorporaba, Alba se dio cuenta de que el visitante tenía el rostro cansado, aunque sus movimientos no dejaban de ser ágiles, con una chispa de nerviosa vitalidad. En la cara, cubierta por una incipiente barba, tenía una cicatriz que le cruzaba toda la parte izquierda. Era de un color demasiado vivo para no ser reciente y tan grande que no podía pasar desapercibida. Los pómulos descollaban como rocas afiladas cerca de una playa. Los ojos estaban rehundidos, pero brillaban con inteligencia y algo más. Justo entonces comprendió que era el rostro de Marc.

—¡Nos vamos! —dijo él con la respiración acelerada.

En el piso superior se oía al molinero y a sus hijos, llenando bolsas con provisiones o preparando aperos para el viaje. Alba, en cambio, se había quedado inmóvil. Miraba al inquisidor con los ojos como platos mientras comenzaba a



inundarle una incontenible alegría. De repente, sin poder evitarlo, saltó del catre y se arrojó encima de él.

—¡Marc! —gritó con una mezcla de alegría y alivio.

Él hizo un movimiento involuntario hacia atrás, sorprendido por la efusividad y un contacto tan directo. Sin embargo, su sonrisa resultó visible aun con la tenue luz que venía de arriba.

—¿Qué ha pasado? ¿Todo fue como esperabas? ¿Qué sucedió más allá de Abadía?

La bruja se había espabilado del todo y sus ojos se abrían ansiosos, ávidos de respuestas.

Marc la tomó de los hombros, bajó la cabeza hasta estar a su altura y la miró durante unos instantes con sus penetrantes ojos azules. Alba se dio cuenta con un escalofrío de que había allí una dureza que no había visto nunca antes de Mulars. Ni siquiera cuando le había obligado a seguirla por medio Imperio arrastrado por su hechizo.

—Ahora no hay tiempo —dijo tratando de calmarla—. Han movilizado a muchos inquisidores y los caminos están llenos de soldados y árbitros. He dejado varios señuelos que apuntan hacia otra dirección, pero debemos partir cuanto antes.

Alba asintió, intentando que la preocupación que sentía no aflorara a su rostro.

Afuera, la noche avanzaba plácidamente bajo una suave llovizna. El invierno, algo menos riguroso que en Quiles, enviaba no obstante nieblas y fríos vientos en cuanto la lluvia paraba.

Alba abrazó con afecto al anciano y lo besó en la mejilla.

—Cuidaos mucho. Tenéis mi eterna gratitud.

—No digáis eso, señora —contestó él, sonrojándose—. Es un honor para mí haberos tenido como huésped. Dentro de poco espero poder hacerlo público y enorgullecerme ante mis vecinos. Las cosas cambiarán gracias a vosotros.

—No creo que tengáis que marcharos de aquí —dijo entonces Marc, dándole un caluroso abrazo—. Parece que el Imperio tiene la situación controlada en el Sur, pero estad atentos.

—La legión no para de enviar refuerzos, pero a cuentagotas —señaló el molinero—. Partid sin cuidado, buen señor. Nosotros nos apañaremos, lo más importante es vuestra misión. A propósito, ¿queréis que le deje algún mensaje a la otra...?

—No —dijo Marc cortándole con un gesto tajante—. Ya has hecho mucho. Gracias, amigo mío.

Alba estuvo tentada de preguntar a qué se referían, pero Marc se apresuró a montar y ambos partieron al galope hacia el bosquecillo cercano.

No aliviaron la marcha hasta que tomaron una senda que discurría a través de castaños y robles. Entonces se pusieron a la par, mientras el agua corría por sus capas.

Pese al mal tiempo y las preocupaciones, Alba se sentía dichosa. Llevaba días sin salir del sótano y cabalgar al aire libre le parecía un regalo. El penetrante frío de enero no le suponía más que alivio tras tantos días de inactividad.

Marc apenas había tenido tiempo para afeitarse y cerrar los ojos unos minutos mientras ella preparaba sus cosas, pero parecía haber sido suficiente para levantarse con fuerzas renovadas.

—Es agradable estar de nuevo en movimiento, sentir que avanzamos —dijo Alba al cabo de un rato—. Permanecer allí, mientras todo sucedía en el Sur ha sido...

—La misión —interrumpió Marc, tratando de parecer enfadado—. El molinero ha dicho que lo importante es la *misión*. Le has hablado de mi linaje, ¿no es cierto?

—Por supuesto, *excelencia* —contestó ella, parodiando un tono profundo y respetuoso.

—¿Por qué haces eso? —preguntó él, sonriendo muy a su pesar—. No me siento cómodo revelando mi condición.

—Temía que tu amigo me cobrara la estancia. Te llevaste todo el dinero.

Los dos viajeros se miraron un momento y se echaron a reír.

—Es importante, Marc —dijo ella al cabo de unos instantes—. La gente debe saber que las cosas no son como les han contado. Puedo mostrar la Siempreverde a cien personas, pero la noticia de que el hijo del Emperador anda por ahí haciendo cosas extrañas es algo que correrá más rápido que el viento. El molinero no hablará con nadie acerca de que nos ha acogido, pero sí de que le han contado algo de ese extraño heredero. O, si no, lo harán sus hijos; igual que los refugiados de Mulars o los familiares de estos. La noticia ya habrá comenzado a extenderse, para bien o para mal.

Marc asintió en silencio.

—Estás sembrando dudas —contestó.

—Quebrantar la grandiosa imagen del Emperador puede ser más efectivo que un ejército.

Un trueno sonó a lo lejos y la lluvia arreció, pero ellos continuaron con tranquilidad. La tormenta que los hostigaba desde las alturas no era sino el reflejo de la energía que animaba sus corazones en esos momentos.

—¿Estás bien? —preguntó Alba al fin, tras unos minutos.

—Sí, pero nuestra situación es complicada. El Imperio nos busca con todas sus fuerzas.

—Me refería a si estás bien después de aquello, de todo lo que sucedió en Mulars.

Marc no contestó inmediatamente. Su cuerpo acompañaba con un rítmico vaivén el trote del caballo que había robado semanas atrás a una patrulla. El animal no tenía ni la elegancia ni la portentosa anatomía de Noble, pero respondía bien a sus indicaciones y, cuando le rascaba entre las orejas, cabeceaba con agrado.

Finalmente, el inquisidor alzó un poco la capucha y se giró hacia la joven.

—Creo que partir hacia el Sur es la mejor decisión que he tomado jamás —respondió con contundencia—. He sentido que estaba haciendo lo correcto por primera vez en años. Pese a todo, creo que era el camino que debía seguir. Sin embargo, pensar en las gentes, en todas las personas que he involucrado en esto...

—Era la gran solución que necesitábamos, y lo preparaste todo para que no hubiera víctimas civiles.

—Siempre las hay —respondió él con gravedad.

—Al menos, hiciste lo posible para que tuvieran la oportunidad de escapar.

—La cuestión es que no pregunté a todos los habitantes de Quiles si querían que expusiera la primera provincia a la rabia de los muertos.

—Marc, le has dado a la gente una percepción de la realidad que no han tenido nunca —contestó ella con vehemencia—. Has dejado claro que el Emperador no es infalible y, con el tiempo, demostraremos su maldad y sus embustes. Un solo hombre ha conseguido poner de rodillas la capital de la primera provincia. Has demostrado a todos, especialmente a los más descontentos, que los señores que los gobiernan no son ni tan intocables ni tan virtuosos como parecen. Solamente eso ya es un paso decisivo.

Marc asintió, pero quedó en silencio, sopesando los hechos.

—Ha sido una medida extrema —susurró finalmente—. Solo espero no haber puesto en movimiento algo que no seamos capaces de controlar.

—Lo queramos o no, estamos en guerra. Necesitábamos una solución para salir de Mulars y la has conseguido con creces —dijo Alba—. Tardarán semanas o meses en controlar la situación.

—Muchos me recriminarán esto siempre, pase lo que pase en el futuro.

—No lo dudes. Esto y otras cosas peores que ni siquiera habrás hecho —respondió ella—. Pero siempre es así. El Imperio usará toda su fuerza para difamar tu nombre y hacer que los que oigan hablar de ti duden. Además, las personas no se ponen de acuerdo siquiera en las cuestiones más triviales ¿cómo podría ser de otro modo en algo que atenta contra los propios fundamentos de sus vidas? Por eso debemos actuar según lo que consideramos correcto. Debemos contar los hechos de antaño tal cual ocurrieron. Hay que desenmascarar la mentira y liberar al Imperio de la maldad de los emperadores.

—Es curioso. Hace tan solo unas semanas me habría escandalizado al oír eso —dijo Marc antes de asentir, no muy convencido—. Es curioso —insistió y quedaron sumidos en el silencio.

Los cascos de los caballos resonaban en medio de la noche, chapoteando rítmicamente en la senda embarrada. La lluvia seguía cayendo con monotonía y el cielo apenas mandaba la ligera claridad que precede al amanecer, rasgado en ocasiones por un relámpago.

—¿Cómo son, Marc? —preguntó entonces Alba—. ¿Qué pasó en Abadía?

Marc apretó los dientes y se tomó unos segundos. El rostro volvía a ser invisible bajo la capucha, pero el tono de su voz solo hablaba de preocupación y gravedad.

—El primero que vi estaba de pie, inmóvil, dándome la espalda. Miraba al infinito, sin más movimiento que el que tendría un árbol ante la brisa. Era como si ningún pensamiento u objetivo lo animara, solo permanecer allí. Pero cuando me acerqué más levantó súbitamente la cabeza. Su expresión contenía una rabia indescriptible que lo impulsó hacia mí. El caballo se encabritó y tuve que utilizar la Voluntad para poder guiar sus pasos y que no se desbocara. Tras ese encontré otros dos y luego tan solo unos pocos más. Llegué a pensar que, en realidad, el horror de los Desiertos Prohibidos había sido exagerado con el correr de las centurias y que mi misión allí estaba condenada al fracaso. Pero entonces, tras subir una colina, los vi: había tantos cuerpos que apenas dejaban alguna parcela de terreno despejado. Los muertos se extendían hasta donde alcanzaba la vista y, posiblemente, más allá. Se amontonaban entre restos de edificios desvencijados, o en el mismo terreno que el desierto había reclamado a las ciudades de antaño.

Alba escuchaba con un rictus de horror pintado en el rostro.

—Al primer toque de corneta todos se movieron, como uno solo, del mismo modo en que lo hubiera hecho un ejército disciplinado. Buscaron ese timbre desconocido y se abalanzaron sobre mí. Fue como cuando las olas se embravecen y se lanzan hacia la costa en todo el frente que uno es capaz de observar. Algunos ni siquiera podían verme, pero seguían a los que comenzaron a correr como si su el ansia los guiara.

—Marc, ¿cuántos podían ser? ¿Cuántos cuerpos hacen falta para no poder abarcarlos a todos con la mirada en medio de la llanura?

—No lo sé. Nunca había visto tal cantidad de seres juntos. Puede que sean la totalidad de los habitantes que antiguamente moraban en esa parte del Imperio. Quizá más, si hemos de conceder crédito al Manual.

—Pero eso es... —Alba no pudo encontrar palabras para describir lo que pensaba.

—Estuvieron a punto de alcanzarme varias veces —continuó Marc—. No podía haber imaginado que corrieran tanto. Aullaban y corrían como si la escasa vida que les quedaba les fuera en ello. Nunca había visto tal rabia. Se movían animados por una furia que no es de este mundo. Allí donde debería estar la Voluntad de un ser humano, o la nada, solo sentía un odio cegador y ardiente, incapaz de consumirse. Tenían una apariencia terrible, desgastada. El tiempo había hecho estragos en la mayoría de los cuerpos, pero algunos parecían poco menos que pellejos sustentados con ramas, como un espantapájaros.

—¿Y los soldados de Abadía?

—La mayoría huyó al ver lo que se precipitaba sobre la ciudad. De los que quedaron atrás no quiero ni imaginar su destino. Sé, por lo que decía la gente, que la

mayoría huyó hasta la muralla norte, la que da paso al corazón de Quiles. Allí se hicieron fuertes.

Marc no dijo nada sobre el breve encuentro con Gaulton. Sus Voluntades se habían acercado tanto que casi había sido como mantener un breve diálogo. El joven incluso había podido sentir la estupefacción de su hermano ante lo que había hecho. Irradiaba odio y sorpresa de un modo tan claro como si lo hubiera escuchado de su propia boca. Sin embargo, había obrado como esperaba, quizá con la convicción de que, si no ayudaba a los soldados, perderían mucho más de lo que podían ganar, aunque tuviera que dejarle ir.

—Por los rumores que fueron llegando al molino, la situación es difícil allí. Miles de soldados han sido movilizados. La lucha es cruenta, pero cuando acaben con los muertos...

—No mueren con facilidad, ni tampoco se apaciguan —dijo Marc, sombrío—. El Imperio puede acabar con ellos, pero para eso necesitará emplearse a fondo. Los inquisidores son necesarios allí. Debemos aprovechar este tiempo para llegar hasta tu gente y huir a Ágarot antes de que nos echen a toda la Orden encima.

—Lo haremos —aseguró ella—. Pero has sido tú el que se retrasó. Te esperaba mucho antes.

—Traté de ayudar a los refugiados en la medida de lo posible. Son muchas las familias que se han echado a los caminos.

—Creo que subestimaste la capacidad de convocatoria de los habitantes de Mulars. Hay mucha gente que no está tan contenta con el Imperio como algunos pensabais antes. La situación es como la hierba seca: si se le acerca una simple vela se levantará como el más terrible de los incendios. Puede que, en muchos casos, las noticias que portaban aquellos jinetes hayan creado más esperanza que temor.

—Fue uno de ellos el que me reconoció y me avisó de que comenzaba a haber gente desconocida y extraña entre los desplazados —dijo Marc—. Descubrí que la Orden había comenzado a colocar a sus agentes entre la multitud y tuve que marcharme —Marc permaneció unos instantes en silencio antes de añadir, en voz baja—. También estuve buscando a una amiga.

—¿Y la encontraste? —preguntó Alba, extrañada.

Marc asintió, pero no añadió nada más.

Avanzaron durante varias jornadas hacia el Oeste por sendas que discurrían a través de los bosques. Solo en una ocasión se desviaron para tomar un camino de tierra, amplio y cuidado, que conducía a la parte norte de Hýnos. Lo siguieron durante unos pocos kilómetros hasta que, de pronto, un jinete solitario surgió de los terrenos adyacentes y avanzó trotando hasta alcanzarlos. Entonces volvieron a internarse en la espesura, hacia zonas menos frecuentadas.

El recién llegado cabalgaba sobre un corcel cuyo impresionante tamaño puso nerviosos a los otros dos. Él mismo, aunque se protegía con una capa que disimulaba sus formas, parecía gozar de una constitución sorprendentemente desarrollada. Sus tremendos brazos, pese a la temperatura y la lluvia, iban al descubierto.

—¿Quién es ella? —preguntó desde una capucha que dejaba su rostro en las sombras.

—Está con nosotros —respondió Marc con sencillez—. ¿Encontraste algo?

El desconocido se giró levemente para observar a la joven antes de volver la vista al frente. Tras unos instantes se revolvió sobre sí mismo y exclamó:

—¡Tenías razón, maldita sea! —dijo bruscamente Philippe, estrellando un poderoso puño contra su manaza.

Los otros caballos, poco acostumbrados a semejante temperamento, alzaron las orejas y dieron un respingo. Furioso, en cambio, ni se inmutó.

—De tus labios no salió una sola mentira. Me costó mucho tiempo y disimulos acceder a la cámara de Lám sin que ningún beato pudiera importunarme con sus plañideras oraciones. Incluso tuve que noquear a un par de guardias —añadió con indiferencia—. Sin embargo, al final conseguí colarme en las criptas de la Catedral y abrir el sarcófago.

—¿Y bien? —preguntó Marc.

—¡Nada! —rugió Philippe apretando los puños—. ¡Allí no había un esqueleto! ¡Nada de rama florecida! ¡Nada de halo místico! ¡Ni siquiera una postrera venganza divina por la terrible profanación!

—Ni se han molestado en dejar unos restos —murmuró Marc.

—No solo eso —añadió el gigantón con el rostro arrebolado como si quisiera emular el tono de su cabello—. Aunque me lo habías advertido, aquello me desconcertó. Sé que debería haberme marchado con viento fresco, pero no lo hice. Sentía tal indignación que, en lugar de eso, me dirigí hasta donde descansan los restos del Primero. Fui directamente hacia los guardias y los derribé sin contemplaciones.

Los ojos de Philippe ardían con un fuego que casi irradiaba calor a su alrededor.

—Arranqué la losa de una patada y miré en el interior. —El pelirrojo se giró hacia ellos nuevamente. En su rostro no se veía más que frustración y rabia—. No era él. ¡No era el Piadoso!

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Marc tratando de aparentar calma.

—Fui hasta ese lugar para comprobar si la Siempreverde acompañaba a nuestro Primero, en lugar de al Santo Lám. Quizá, me dije, con el paso del tiempo el lugar de reposo de la reliquia se hubiera confundido. Eso quería creer, pero allí tampoco estaba. Y, en lugar de los restos del Piadoso, había un esqueleto enorme. ¡Un esqueleto que tenía en la mandíbula esa incisión propia de los tahlianos!

—¿A qué se refiere? —preguntó Alba.

—Muchos de los originarios de Rock-Talhé tienen un hoyuelo en la barbilla. Es un rasgo que se refleja siempre en la mandíbula —explicó Marc.

—Entonces, está diciendo...

—¡Que aquel tampoco era el Primer Emperador! A no ser que también sea mentira que fuera quileño, como nos han contado.

—O, más probablemente —dijo Marc—, que los restos de ese hombre no están allí por un motivo que, por el momento, desconocemos.

Philippe resopló con furia. Marc, mientras tanto, asentía bajo la capucha.

—Todo eso confirma lo que pensábamos —dijo escuetamente.

—Hay más —anunció Philippe con gravedad—. Sobre el libro que mencionaste. El verdadero *Manual*, el que está escrito por Thomenn.

Alba se removió con expectación sobre su montura.

—Da la casualidad de que, en ocasiones, he tenido cierto entendimiento con una doncella que limpia en el Palacio Imperial —Philippe carraspeó, sintiéndose súbitamente incómodo—. Le pregunté acerca de tal volumen y, para mi sorpresa, me respondió que lo conocía. Al parecer, el Emperador tiene un pequeño cuarto dentro de sus aposentos al que todos tienen prohibida la entrada. En una ocasión, mientras barría uno de los balcones, esta gentil amiga mía vio a través de la puerta entornada cómo el Emperador sostenía un libro que parecía muy antiguo. En ese momento, se apercibió de su presencia y la miró de un modo que casi la mata.

—No hay duda, ese debe ser el otro *Manual* —murmuró Alba.

Philippe la miró entonces, suspicaz, y preguntó a Marc:

—¿Me vas a decir de una vez quién es la moza? ¿Era necesario que te trajeras a una amiguita?

Por primera vez en muchas jornadas, Marc esbozó una media sonrisa divertida.

—Ella es Alba. Era amiga de Aurore.

Philippe se irguió, sobresaltado, y preguntó con una expresión de absoluta perplejidad:

—Hermano, ¿me estás diciendo que viajamos con una bruja? ¿Con aquella que te capturó?

—Hermano... —repitió Marc—. Hacía mucho tiempo que no escuchaba esa palabra; al menos no de esta forma.

El joven sonrió ampliamente y acercó su montura a la del gigantón para darle la mano con gran felicidad, saboreando de nuevo ese sentimiento fraterno, casi olvidado, que los había unido siempre.

—Amigo mío, hay muchas cosas de las que tenemos que hablar. La primera de todas lo concerniente a las brujas.

Algo antes del anochecer encontraron lo que quedaba de una cabaña en la que se resguardaron de la lluvia. Pese a que el techo dejaba entrar el agua por varios puntos, la zona del hogar estaba seca. Además, la chimenea tenía una campana oxidada que

había evitado que se obstruyera o se mojara, por lo que Philippe pudo encender fuego sin mucha dificultad.

Al poco de llegar, los caballos estaban cobijados bajo un alero del tejado y ellos se calentaban las manos mientras el pelirrojo preparaba un sencillo guiso.

—Nunca deben faltar las provisiones —murmuraba para sí mismo mientras iba sacando paquetitos de hierbas aromáticas que añadía a la carne—. ¿Cómo vamos a luchar los inquisidores si tenemos el estómago vacío?

Pese a la tranquilidad que intentaba mostrar, cualquiera con dos dedos de frente podía darse cuenta de que estaba nervioso y no sabía a qué dedicar el tiempo mientras la comida se hacía.

Finalmente, con un sonoro suspiro, se volvió para encararse con Alba.

—Entonces, tú eres una... —Philippe esperó para ver si Marc le evitaba pronunciar lo que no quería decir, pero eso no sucedió.

—Sí —contestó Alba, divertida—. Una de esas.

El gigantón miró hacia su hermano de nuevo, visiblemente incómodo. El recelo que le provocaba la mujer se leía con la misma facilidad que si fuera un poema escrito en su rostro.

—Es sorprendente verte silencioso y suspicaz. Has de saber —dijo Marc dirigiéndose a Alba— que es capaz de hablar en sueños cuando no ha tenido suficiente durante el día.

Philippe no contestó, pese a la cantarina risa de la mujer.

—Alba es la bruja que me capturó mientras investigaba en Regia por orden de Jhaunan.

—Creo recordar que te mandó allí para investigar la muerte de Dubois y sus hombres —contestó Philippe con brusquedad—. ¿Qué fue de ellos? Y ¿cómo es eso de que te capturó? ¿Tan importante es como para tener tantos hombres a su cargo?

Alba endureció su expresión y estuvo a punto de contestar, pero Marc alzó las manos pidiendo calma y le contó brevemente lo que había sucedido allí; le habló tanto de su llegada a la casa de Hollis como de la técnica con la que Alba lo había dominado, pero prefirió no detenerse más de lo preciso en la lucha que mantuvo con sus hombres.

—Lo que realmente importa ahora es que la acompañé hasta su destino en Quiles.

Alba, todavía molesta, se volvió hacia una bolsa mientras Marc hablaba y sacó las reliquias.

—Allí descubrimos la verdadera sepultura de Lám. Esta es la Siempreverde —dijo ofreciéndole la rama de rosal.

Philippe abrió mucho los ojos y la tomó con sumo cuidado, como si el simple contacto de sus fuertes manos pudiera dañarla.

—En añadidura, este escudo muestra a los Compañeros de Thomenn de un modo bien distinto al que se nos ha contado —prosiguió Marc—. Lysanna acompaña al Salvador y el mismo Lám tiene símbolos arcanos en las ropas que viste.



—Entonces... —Philippe miraba las reliquias con los ojos muy abiertos. Poco a poco, una expresión de profundo pesar fue formándose en su cara—. Entonces, ¿todo lo que nos ha sido dicho a través de *El Manual* es mentira?

—No —contestó Alba suavizando el gesto—. Entiendo que este conocimiento pueda ser un duro golpe, pero sabemos que la mayoría de los Hechos de Thomenn son ciertos. Aunque, desde luego, el relato ha sido pervertido por la mano del Primero; especialmente en lo que se refiere a él mismo y su linaje.

Philippe le dedicó una mirada de desconfianza antes de volverse hacia su hermano.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Lo primero de todo, quiero que pienses si realmente quieres seguir adelante con esto —respondió Marc con gravedad—. No va a haber perdón para aquellos que me acompañen.

—¡Por los testículos de un troll! —exclamó él poniéndose en pie—. ¿De qué demonios hablas? ¿Realmente me estás preguntando si voy a ir contigo? He profanado las supuestas sepulturas de Liam y del Primero; he atacado a soldados dentro de la Catedral; he desaparecido de Hÿnos sin dar explicaciones y probablemente también le he roto la crisma a algún sacerdote en medio de todo esto. ¡Ya soy tan proscrito como tú!

—Hermano, pasaremos penurias y nuestro destino es incierto —insistió Marc, tratando de ocultar la felicidad que le supondría contar con él.

—Sí, eso es lo peor de todo, ¿cómo voy a pagarme ahora todos mis vicios sin el dinero de la Orden? —preguntó Philippe apesadumbrado—. Aunque, ahora que lo recuerdo, creo que tenía algo por aquí.

Se dio la vuelta y, con un amago de risilla, se puso a revolver en una de sus alforjas. Cuando dio con lo que buscaba, rio abiertamente y les mostró una bolsa de piel. Al abrirla, Marc pudo ver que estaba llena de emperadores de oro.

—Quizá con esto consigamos tirar un tiempo —dijo encogiéndose de hombros.

—Pero... —Alba miraba las monedas con estupefacción—. ¡Ahí hay suficiente dinero para pagar el rescate de un general!

—¿No es fantástico? —contestó Philippe—. ¡De nuevo la inquisición acude en ayuda de los necesitados!

Marc se echó a reír sin poder evitarlo y la cicatriz de su cara relució a la luz del fuego.

—Yo también tengo algo que daros —dijo entonces.

De entre sus ropas sacó un saquillo que entregó a Alba. En su interior había un montoncito de polvo oscuro.

—¿Qué es esto? —preguntó la bruja.

—A estas alturas ya sabrán que viajo junto a una mujer pelirroja. Si alguien ata cabos rápidamente puede que también hayan avisado de que lo más probable es que seamos tres. Demasiado cabello pelirrojo para que lo pasen por alto.

—¿Tinte? —bufó Philippe con desagrado—. Esas son el tipo de cosas que utilizan las señoritas de Louisant.

—Y todo aquel que quiera aumentar sus posibilidades de pasar desapercibido —respondió él, acercándose más al fuego y retirando su capucha.

En ese momento, sus compañeros se dieron cuenta de que se había cortado la discreta melena y su pelo tenía un tono castaño, mucho más común que el rubio.

—Te queda francamente mal —apuntó Alba.

—Sinceramente, causar sensación en los salones de algún noble no es lo que más me preocupa en estos momentos. Y lo volveré a teñir para que quede aún más oscuro.

—Parece que has pensado en todo —dijo Philippe con una risotada.

—Tuve mucho tiempo para meditar mientras me recuperaba.

—No quería decirlo, pero la verdad es que estás hecho una pena —contestó él señalando la cicatriz de su cara.

—Sí —dijo Marc retirándose de nuevo hacia las sombras—. Los últimos tiempos han sido algo complicados.

La expresión de su cara cambió antes de desaparecer en la oscuridad y, quizá por primera vez, Philippe vio en su rostro un dolor y una chispa de odio que parecían fuera de lugar en su hermano. Marc se cruzó de brazos sin añadir nada más y sumió a sus compañeros en una intranquila espera, mientras la carne acababa de hacerse.

Afuera, la lluvia seguía cayendo y se oían claramente los chorrillos que se filtraban por las hendiduras del tejado. El ambiente se había vuelto de pronto oscuro y triste dentro de la cabaña. Marc tenía la vista fija en el fuego y, bajo la capucha, las llamas arrancaban destellos a sus ojos y a la piel lisa y brillante de la cicatriz.

Alba miraba a uno y a otro con preocupación, sin encontrar las palabras adecuadas para romper el mutismo que los envolvía como una mortaja.

Philippe, por su parte, removía la comida con nerviosismo o sacaba de nuevo las hierbas aromáticas antes de volver a guardarlas, como recordando que ya había echado de sobra. Sin embargo, cuando probó la carne el resultado pareció satisfacerle y, poco a poco, su ánimo se fue aclarando. Pronto los tres tenían un cuenco de humeante guiso en la mano, y él se puso a cotorrear alegremente con Alba, haciendo que las preocupaciones pasaran como las nubes ante un viento impetuoso.

—¡Tenías que haberlo visto! Entonces esos mechones de oro no resplandecían, precisamente. ¡Yo fui el que hundió su cabecita en un charco cuando intentaba ganar el juego!

Alba reía entre dientes y miraba a Marc, divertida. Él aceptaba las pullas de su amigo y fingía enfado cuando este evocaba un nuevo recuerdo del Monasterio, que solía referirse irremediabilmente a situaciones que lo dejaban en una posición más bien ridícula.

—Yo me estaba acordando de otra cosa —dijo algo después, con la mirada perdida en el resplandor del fuego—. Un buen día, antes de haber cumplido diez años, fuimos llevados al comedor a la hora de siempre. Nos habían hecho trabajar

duramente, por lo que estábamos exhaustos y hambrientos. Sin embargo, nos dieron una manzana y nos dijeron que no podíamos comer nada más. En el centro de la mesa fueron dejando todo tipo de platos exquisitos: hogazas de pan recién horneadas, mantequilla dulce, perdices asadas, chuletas sumergidas en salsa y todo tipo de dulces y frutas.

—Los muy malnacidos pusieron todo eso allí y se fueron. ¡Deberías saber lo bien que huele el pan del Monasterio! —dijo Philippe cerrando los ojos y aspirando por la nariz.

—La verdad es que me cuesta imaginaros convertidos en niños pequeños. Sobre todo a ti —dijo ella con una sonrisa.

—Te aseguro que Philippe nunca fue *pequeño* —contestó Marc, siguiendo con la narración—. Poco después, cuando ya habíamos terminado nuestro frugal aperitivo, volvieron a entrar y dijeron que faltaba algo de la comida que habían dejado en la mesa. Por supuesto era mentira; a esas alturas conocíamos demasiado bien la dureza de los castigos como para exponernos tan fácilmente, pero los instructores insistieron.

—Nuestro amigo nunca pudo soportar la injusticia, así que cuando la tomaron con Jean, bastante más delgado que cualquiera de nosotros, Marc se levantó y dijo que había sido él.

—Sin embargo, recuerdo muy bien que, cuando ellos me arrastraban fuera de la sala, te levantaste gritando que habías sido tú.

Philippe guardó silencio y luego sonrió con franqueza.

—Nos tuvieron encerrados casi dos días y solo nos dieron una jarra de agua.

—Y en esos dos días no paraste de hablar.

Los dos compañeros quedaron en silencio, recordando lejanos momentos de amistad y camaradería.

—Nosotras conocemos la existencia del Monasterio —dijo Alba con cierta inseguridad—. Sabemos que es allí donde preparan a los árbitros e inquisidores y que su instrucción es severa. Pero, por vuestra manera de referiros a ese lugar, parece que fuera mucho peor de lo que nos hubiéramos imaginado.

—Cuando entras en el monasterio se abre ante ti un camino con una sola dirección: ir hacia adelante. No hay otras posibilidades, pese al dolor o al miedo —dijo Marc sin levantar la vista—. Querer desviarse implica la muerte; no superar las pruebas, también. Intentar escapar supone una muerte incluso peor.

—¿Recuerdas a aquel pobre muchacho, Luois? —preguntó Philippe—. Maldición, Jean y yo llegamos incluso a apostar que sería el siguiente fiambre que veríamos allí. Apenas tendríamos seis o siete años y ya bromeábamos con esas cosas. Recuerdo que se sonaba la nariz constantemente y siempre parecía a punto de echarse a llorar.

—Sin embargo, se rehízo. Convirtió su dolor en fortaleza y salió del Monasterio como árbitro.

—Es un ejemplo ciertamente inspirador. Triste, pero digno de elogio. Y alguien me dijo que ya va por su tercer matrimonio.

—Murió hace unos meses —contestó Marc con gesto grave—. Unos canallas entraron en su residencia y lo mataron por venganza. Y porque tenía muchas riquezas. Dicen que se llevó por delante a varios de ellos, desnudo y sin armas.

—Parece que no hay muchas historias alegres relacionadas con ese Monasterio vuestro —dijo Alba.

—No, en efecto; no las hay —murmuró Philippe mirando al suelo.

Finalmente, Marc le apretó el hombro y sonrió.

—Me alegro de contar contigo.

—Yo también, maldito sea Gillean, sea lo que sea esto en lo que me has metido —contestó Philippe alzando la vista con resolución—. Hacía años que no me sentía así. Hemos estado separados demasiado tiempo.

—Supongo que a partir de ahora las cosas van a cambiar mucho.

—Es posible —contestó Philippe. Después se volvió hacia Alba—. Por cierto, todavía no te he contado lo que pasó la primera vez que lo llevé al burdel de Vendemire.

Los dos hombres reposaban con placidez junto al fuego, mientras la bruja dormía. Estaban en silencio, meditando sobre todo lo que había sucedido y lo que se avecinaba. Finalmente, como no podía ser de otro modo, fue Philippe el que comenzó a hablar.

—Antes lo decía muy en serio. No tienes buen aspecto. Es como si hubieras... —Philippe sopesó sus impresiones, en un alarde de prudencia, antes de expresarlas en voz alta— como si hubieras cambiado.

—Las horas en compañía del maestro torturador de Jhaunan no dejarían indiferente a nadie —contestó Marc secamente.

—Quizá deberíamos agradecerle a Melquior su duro entrenamiento contra el dolor.

—Claro que sí. Me encantaría agradecerse una y otra vez. De muchas maneras distintas.

—Creo que es la primera vez que oigo esa amargura en tu voz —dijo Philippe con suavidad.

—Recientemente hemos descubierto que toda nuestra vida es una mentira. Que hemos estado luchando por un malvado impostor. Es suficiente motivo ¿no te parece? —contestó Marc apartando la mirada.

—No creo que haya que dramatizar tanto —contestó Philippe tratando de fingir indiferencia—. Sin embargo, no puedo evitar preguntártelo: ¿qué hay de ese asunto de tu ascendencia? ¿Qué hay acerca de todo eso que murmuran algunos cuando piensan que nadie escucha?

—Tú mismo viste el mechón blanco cuando nos encontraste en el bosque, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Philippe con prudencia.

—Esa es toda la constancia que tengo de ese asunto. Hasta que no haya ninguna evidencia más no lo creeré del todo.

—Bueno, si lo que buscas son pruebas, puedes sumar los rumores que he mencionado. En Hÿnos algunas personas poderosas lo dan por hecho. Parece que el Emperador se lo ha confiado a alguien con la lengua demasiado larga. No tardará en ser algo de dominio público.

Marc asintió.

—No creí lo que me dijiste aquel día. Pensé que estabas delirando. Que te habían hechizado.

—Yo también me sentí así hasta que Gerall me atacó. Incluso después, necesité todavía mucho tiempo para meditar lo que había visto en la sepultura de Lám.

Los dos compañeros quedaron unos minutos en silencio.

—Tú ya sabías que te acompañaría ¿verdad? —dijo Philippe de pronto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Marc con una media sonrisa.

—Me conoces demasiado bien. ¡Demonios, no debe de haber una persona que sepa mejor que tú cómo pienso! Me gustaba mi labor como inquisidor, claro está, pero no puedo dejar que lo hagas tú todo. Además, en ese paquete que nos diste antes había suficiente preparado para teñir a una familia entera —añadió con una carcajada.

La risa del gigantón reconfortó a Marc, como si de algún modo las cosas no hubieran cambiado nada.

—La verdad es que deseaba que vinieras conmigo. Siento que no puedo hacer esto solo. Hemos estado juntos toda la vida hasta el punto de que, a todos los efectos, te considero mi hermano.

—No sé qué puede aportarte un cabeza hueca como yo, Marc —contestó Philippe con esa mirada seria que adoptaba en contadas ocasiones— pero no aceptaré la mentira que se nos ha impuesto. Ni te dejaré solo.

Marc asintió sin poder disimular del todo la felicidad que le producían esas palabras. Sin embargo, su rostro reflejó preocupación nuevamente cuando siguió hablando.

—Si vas a darle la espalda al Imperio tienes que deshacerte de Furioso. —Philippe alzó la cabeza con una mirada sorprendida—. Hermano, ese animal tuyo es tan descomunal que dará que hablar allí por donde pasemos. No podemos llevarlo en nuestra huida, es demasiado llamativo. Quizá encontremos la manera de recuperarlo más adelante pero ahora es demasiado arriesgado.

Philippe cruzó sus poderosos brazos y lo miró con intensidad.

—Teñiré mi pelo y, si es preciso, me rebozaré en estiércol o me encorvaré como un anciano para que no se me pueda reconocer, pero Furioso viene conmigo. Es mi caballo y yo su jinete, no hay nada más que hablar.

—Philippe, debes entender que...

—No hay nada que discutir —insistió él con expresión obstinada—. Si es necesario avanzaré en solitario para no ponerte en peligro, pero no lo abandonaré. Tendría que existir un equivalente equino al palacio imperial para encontrar un sitio donde estuviera tan a gusto como a mi lado.

—Está bien —dijo Marc encogiéndose de hombros—. Respeto tu decisión.

Philippe asintió, fingiendo enfado, pero tras unos instantes se relajó visiblemente y una expresión de tristeza infantil cruzó su rostro.

—Sentí mucho que perdieras a Noble.

—Lo extraño más de lo que hubiera supuesto —contestó Marc bajando la cabeza—. Su comportamiento fue impecable desde el primer momento hasta el último. Espero que, esté donde esté, sea feliz.

—Se les coge cariño —murmuró Philippe mirando hacia afuera—, lo cierto es que se hacen querer.

—Y se portan con bravura cuando es necesario.

—¡Desde luego! Furioso debe haber fecundado ya a la mitad de las yeguas del Imperio. La próxima generación de caballos será soberbia en las cuatro provincias.

Los dos inquisidores estallaron en carcajadas que intentaron sofocar sin mucho éxito.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Philippe secándose las lágrimas—. ¿Adónde vamos? Sin duda habrá que refugiarse en algún sitio, tu padre está poniendo el Imperio del revés buscándote.

—No lo llates así. Me incomoda la idea.

—Pues parece que es cierto, así que vete acostumbrándote, principito.

Marc chasqueó la lengua con exasperación ante las pullas de su hermano.

—Iremos a comunicar a las brujas todo lo que hemos descubierto.

—¿A Seléin? ¿Estás diciendo que nos dirigimos hacia el primer lugar en el que nos buscarán? ¡No podemos ir allí!

—Tenemos que informar a las brujas —respondió Marc sin que la idea pareciera gustarle lo más mínimo.

Philippe se cruzó de brazos, visiblemente incómodo.

—Me parece una temeridad, pero si ha de hacerse, se hará. En todo caso, ¿adónde iremos después? Sabes que no podemos quedarnos allí.

—Alba y yo llegamos a la conclusión de que el mejor destino sería Ágarot.

—¿Ágarot? —preguntó el gigantón rascándose una axila con gesto pensativo—. Bien, es un lugar tan bueno como cualquier otro para que nos claven un cuchillo por la espalda. ¿Y después?

—¿Después?

—Sí, ¿qué haremos después? Hay que pensar en nuestro futuro. Francamente, no me veo como agricultor, odio mancharme las uñas.

—Una vez que estemos a salvo...

—¿A salvo? —Philippe bajó la cabeza y miró a Marc bajo sus pobladas cejas. Súbitamente su tono abandonó toda burla mientras el rostro se le ensombrecía—. Hermano, tú no conoces al Emperador.

—Ahora sé la verdad.

—No —Philippe sonrió con amargura—, créeme, no lo conoces. Tú siempre fuiste el mejor de todos. No es solo que fueras su hijo, es que realmente destacabas. No es por regalarte los oídos, pero debes de haber sido uno de los mejores inquisidores de todos los tiempos.

Marc se removió incómodo ante sus palabras.

—Supongo que es normal, descendiendo de emperadores. Sin embargo, no dudes que él construyó un mundo ilusorio para ti. ¿Recuerdas esa afectada amabilidad con que siempre se comportaba contigo? Solo era así cuando tú estabas delante. El verdadero Emperador es una bestia imprevisible, todos lo saben. Domina el Imperio con mano férrea y las muestras de su poder no se hacen de rogar. ¡Demonios de Gillean, Marc! ¿Acaso crees que cuando llamaban a Jean para que visitara a algún noble belicoso era para que fuera a darle recuerdos? No sé cómo es posible que ninguno reaccionáramos antes. Solo Mathius se atrevía a veces a cuestionar a Jhaunan, pero en el fondo eres tú quien tiene todo el mérito. Vivíamos tan metidos en las costumbres de la Orden que nos parecía normal lo que sucedía a nuestro alrededor.

—Ahora me parece imposible haber estado tan ciego —murmuró Marc avergonzado.

—Cuando desapareciste casi se volvió loco —continuó Philippe, sin contestar—. Poco después de que me convocara para ordenarme partir en tu búsqueda, Gaulton llegó al salón del trono. Venía directamente de ver a Jhaunan y, tras enterarse de las nuevas, corrió ante el Emperador. Se acercó al trono andando con esa gallardía suya, apoyó la mano en el pomo de su sable y sonrió. —Philippe intentó imitar a su hermano irguiendo el cuello y adoptando una supuesta mueca de suficiencia que no quedó demasiado conseguida—. «No os preocupéis, mi Señor, es un problema sin importancia». Idiota, ni siquiera tuvo tiempo de ofrecerse voluntario. El Emperador se puso en pie hecho una furia y lo lanzó varios metros más allá con la mirada. ¡Solo con la mirada, Marc! Sus ojos emitieron un destello y una columna de aire recorrió el salón del trono. Todos quedamos en silencio, sin saber qué decir, mientras él gritaba, fuera de sí.

Philippe se retorció las manos con aprensión, recordando la escena. Algo parecido al temor se reflejaba en su rostro de un modo que inquietó a Marc.

—«¡Ha desaparecido con la bruja que robó los manuscritos del Rey Brujo y nadie puede dar con él, imbécil! ¿Acaso te parece un problema sin importancia?», dijo casi rugiendo. No le importó que fuera un inquisidor; ni más ni menos que su representante, la Voz del Emperador. Lo derribó con la misma facilidad con que un niño arrojaría un muñeco de trapo.

El pelirrojo se pasó una mano por la frente y respiró agitado, como si el mero recuerdo de esos hechos pudiera ponerlos en peligro.

—Conmigo tenía muy buen trato, Marc. Creo que, de algún modo, le hacía gracia, le divertía que conversáramos de vez en cuando. Pero tú no lo comprendes, contigo es distinto. Él te seguirá a donde vayas. Por orgullo, por miedo o por odio, no lo sé. Pero no estaremos a salvo en Ágarot. Nadie lo estará. Arrasará todo a su paso.

—Y, sin embargo, ese es el hombre al que debemos combatir —murmuró Marc.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Philippe con aprensión—. Quizá lo más sencillo fuera desaparecer, huir de aquí y perdernos en algún lugar; comenzar una nueva vida muy lejos, esperando que nunca pueda encontrarnos por mucho que nos busque.

Marc miró al infinito y dejó escapar el aire lentamente, meditando su respuesta.

—¿Recuerdas a aquella niña del Monasterio, aquella cuya madre mataron los flagelantes de Melquior?

—Su rostro todavía se me aparece en las pesadillas muchas noches —respondió su hermano.

—Así funciona el Imperio. Toma de los más débiles aquello que se le antoja para perpetuarse a cambio de una falsa sensación de protección y legitimidad. La historia de Thomenn y el Primero es falsa; la adoración que existe por los emperadores se funda en la mentira —Marc apretó lentamente los puños hasta que temblaron—. Arruinaron la vida de esa pequeña solo para ponernos una prueba a nosotros. No lo consentiré. ¡Nunca más! Seguramente tengas razón, huir sea lo más fácil e incluso lo más razonable, pero no lo haré. Hace ya tiempo que lo decidí.

Philippe se quedó mirando a Marc directamente a los ojos y, sin apartar la vista, se llevó la mano al cuello para sacar el Símbolo de madera que llevaba pegado a la piel.

—¿No es ese el Roble que llevaba esa niña?

—Así es —contestó el pelirrojo sosteniéndolo sobre su manaza con el mismo respeto que si fuera la Siempreverde—. Mantuve a aquella niña entre mis brazos mientras el cuerpo de su madre yacía en el suelo, no lejos de los flagelantes. Después, cuando ya se la llevaban, volvió corriendo hacia mí y me lo dio.

—Debimos habernos dado cuenta antes de las argucias de Melquior. No he dejado de pensarlo desde entonces. Había signos, suficientes indicios para...

—Marc —dijo Philippe interrumpiéndole—, no podíamos saberlo. Tú fuiste el primero en descubrirlo cuando los demás ni siquiera habíamos notado nada raro. Te diste cuenta mucho antes de lo que el mismísimo Melquior esperaba.

—Aun así, debimos ser más rápidos —contestó Marc, sin poder evitar que las palabras de Aurore, ciertamente parecidas a las de Philippe, volvieran a su memoria.

Por unos instantes solo se oyó el ruido de la lluvia y el ocasional crepitar de las brasas. Pero, enseguida, Philippe se apresuró a carraspear y preguntarle con un tono mucho más animado:



—Entonces, si no he entendido mal, ¿me estás diciendo que te propones destruirlo? ¿Matar al Emperador? ¿Acabar con el Imperio? —preguntó sin que la desazón se extinguiera del todo—. Porque creo que si tu empresa fuera mover, piedra a piedra, la Espina del Mundo, sería una misión mucho más fácil.

—Posiblemente.

—Pues te diré que, si alguien puede lograrlo, ese eres tú —dijo finalmente, encogiéndose de hombros.

—Creo que me estás sobrevalorando, hermano —dijo Marc con una sonrisa triste.

—No, tú eres especial. Todos nosotros lo éramos en el Monasterio. Éramos pocos por alguna razón, posiblemente por tu herencia. No todos los inquisidores han tenido un entrenamiento tan duro. Tú lo sabes, hemos luchado junto a otros.

—¿Tú también crees que nos han hecho diferentes al resto? —preguntó Marc con cautela.

—Siento que sí. Y también creo que nuestros propios compañeros lo saben. Nos tratan con un exceso de respeto. Saben que no es normal que hayamos ascendido tan rápido, ni que nuestros éxitos se cuenten por docenas a esta edad. Incluso los más veteranos te admiran y temen a Jean o a Gaulton. Se sienten impresionados por el genio de Mathius y, quizá, incluso se asombran ante mi fuerza, es cierto —reconoció el pelirrojo—. Pero tú eres especial; ya lo eras desde niño.

—¿A qué te refieres?

Philippe se recostó hacia atrás y miró al techo.

—Pasó hace mucho tiempo, creo que ni lo recuerdas. Fue en la época en la que los guardias todavía se turnaban para hacernos correr en el patio. Solían azotar a los que éramos más lentos.

—Matamos a uno de ellos —dijo Marc, hurgando en algo difuso que estaba enterrado en lo más profundo de su mente.

—Tú caíste y te enfrentaste a él. Nos reunimos a tu lado porque compartíamos dolor y sufrimiento, pero también porque transmitías fuerza y seguridad. Era la primera vez que alguien se atrevía a algo semejante. Creo que ya sospechábamos que no eras como nosotros, Marc. Cuando matamos a aquel guardia, ¿cuántos años teníamos? ¿Nueve quizá? Tú ya esgrimías la Voluntad sin darte cuenta siquiera. Cuando te lo quedaste mirando, allí plantado antes de atacar, había tanta tensión que parecía que tuvieras una tormenta concentrada en los ojos.

—Yo... —Marc tenía la mirada perdida, intentando recordar—. Hace mucho tiempo de eso.

El inquisidor se levantó azorado y sintiendo que algo se agitaba dentro de sí.

—No pretendía incomodarte, hermano.

—No lo has hecho —respondió él precipitadamente—. Es solo que necesito pensar. Duerme, yo haré la primera guardia.

Antes de tumbarse cerca del fuego, Philippe observó cómo su compañero se alejaba hasta situarse en las sombras, junto a una ventana.

—Todavía te queda mucho por sufrir, amigo —murmuró mientras se arropaba con su capa.

La claridad del amanecer despertó a Philippe. Frente a él, sentado sobre una cajonera, Marc seguía mirando hacia afuera, abstraído.

—¡No me has despertado para mi turno! —dijo el pelirrojo, frotándose la cabeza con sobresalto.

Marc se giró y sonrió débilmente. La lluvia había cesado y los trinos de los pájaros acompañaban las primeras luces.

—No te preocupes, necesitaba tiempo para pensar. Además, tus ronquidos eran tan fuertes que habrían ahuyentado cualquier amenaza.

Philippe bufó y se estiró sonoramente. Después se acercó a Alba para despertarla.

—En pie, querida dama —dijo modulando la voz para imitar a uno de los apuestos galanes de Louisant—. El sol brillará pronto y hemos de ponernos en camino sin dilación.

Cuando la bruja se giró, restregándose los ojos, lo hizo con una sonrisa.

—Tu *hermano* tenía razón. Roncas tan fuerte que ya llevo despierta un buen rato.

—Puede que... —Philippe notó que se ponía rojo por momentos— puede que mi gran hombría se manifieste también en la potencia con que duermo.

Sin añadir más, se giró rápidamente hacia el fuego y comenzó a preparar el desayuno. Aparte puso a hervir agua en una desportillada cazuela que encontró para disolver el tinte de Marc.

Apenas unos minutos más tarde, los tres comían unas gachas endulzadas con miel mientras iban empacando las cosas. Cuando abandonaron la cabaña, nadie habría sido capaz de reconocerlos por el tono de sus cabellos.

Apenas había pasado algo más de una hora desde el amanecer, por lo que el ambiente era todavía muy frío en medio del bosque. Aunque el cielo estaba libre de nubes, el sol apenas calentaba y se tenían que abrigar con sus capas de viaje. Philippe, no obstante, llevaba los rotundos brazos al aire y mostraba su perenne buen humor parlotando constantemente con Alba.

—En una ocasión incluso levanté en volandas a dos enemigos y los lancé contra un tercero.

—Hace falta mucha fuerza para eso —respondió ella con una sonrisa divertida.

—Fuerza es algo que me sobra, mi señora.

—Entonces ¿eres el más fuerte de los tuyos? —preguntó ella con una graciosa expresión de interés—. ¿Más que Marc?

—¡Por favor! Podría darle una tunda con una mano atada a la espalda.

—Eso si hubiera una cuerda capaz de retener su mano —murmuró Marc.

—Entonces supongo que no le tienes miedo a nada ni a nadie —apuntó ella.

—¡Ninguno de mis hermanos es rival para mí! —rio él, satisfecho, palmeando el cuello de Furioso—. Y todo el mundo sabe que no hay guerreros más terribles que los inquisidores.

—¿Qué me dices del Emperador? —preguntó Marc con una mirada súbitamente incisiva—. ¿Crees que también podrías vencerlo en un combate?

Philippe cambió de golpe su expresión.

—Dudo mucho que ni los dos juntos pudiéramos con nuestro antiguo Señor. Pero no tienes por qué ponerte así, solo estaba bromeando.

—Perdóname, hermano —dijo Marc chasqueando la lengua—. Es que llevo tiempo dándole vueltas a este asunto y no acabo de encontrar soluciones.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alba.

—Me refiero a cómo demonios vamos a abordar esto. Tú dices que tenemos mucho a nuestro favor: reliquias, un par de inquisidores; incluso la verdad. Pero enfrente está un hombre que va mucho más allá de nuestra capacidad y cuyos ejércitos no solo dominan el Imperio, sino que también amedrentan a las naciones vecinas. ¿Qué podemos hacer contra algo así? —preguntó apretando los dientes—. ¿Qué nos puede aportar tu Consejo para vencer?

—Marc, ya te he dicho que debes tener esperanza. La respuesta sin duda...

—No creo que fuera tan fuerte en solitario —murmuró Philippe interrumpiéndola.

Los otros dos se giraron, interrogantes, y él se ruborizó, poco acostumbrado a tener tanta atención en medio de una conversación alejada de sus chanzas habituales.

—Me he quedado pensando en lo que dijiste antes, lo de pelear directamente con él. Está claro que es más fuerte que nosotros pero, con suficientes hombres de nuestra parte, podríamos vencer. No es ese el problema.

—A eso quería llegar —dijo Marc asintiendo—. Su fuerza no es solo la de su brazo, sino la que le da el Imperio. Mientras se rodee de sus barones y las legiones es imbatible.

—Al final todo se reduce a lo que hablamos mientras nos escondíamos en aquel cuarto de Mulars —musitó Alba como para sí misma—. ¿Cómo poner de rodillas a todo un imperio?

Marc asintió de nuevo.

—Dime, hermano ¿cómo acabarías con el Imperio?

—¡Descabezándolo! —respondió Philippe—. Pero no podemos simplemente organizar un ataque al palacio y acabar con él. Ni siquiera tú y yo juntos acompañados por ella. Es demasiado poderoso. Y eso suponiendo que pudiéramos llegar a su presencia.

Marc entrecerró los ojos mientras rascaba entre las orejas a su caballo.

—Acabar con él sería necesario, pero quizá no lo más importante. Sus herederos, a los que no conocemos, algún general o incluso algún inquisidor reclamarían la sucesión y todo seguiría igual.

—¿Entonces? ¿Destruir sus tropas y llegar al poder por la fuerza?

—No aspiro a una guerra civil larga y sangrienta —respondió Marc—. Además, los ejércitos nos serán necesarios para restaurar el orden; recuerda Quiles.

—Será necesario acabar con sus ejércitos —dijo Alba con dureza—. Siento recordaros que esa es la mecánica fundamental de las guerras.

—Y, de paso, deberíamos dejar claro que ni siquiera conocemos qué fuerza podría oponerse a sus legiones —señaló Philippe—. ¿O acaso contamos con regimientos que yo desconozco? ¿Organizaremos, quizá, un ataque con unas cuantas docenas de brujas?

Sus compañeros no contestaron, sino que se sumieron en un silencio incómodo. Tras unos minutos, empero, fue Marc quien retomó la conversación, algo más animado.

—Al menos tenemos claro que, para acabar con él, antes debemos privarle de todo lo que le da fuerza.

—Algo es algo —dijo Alba encogiéndose de hombros.

—Es prácticamente nada —gruñó Philippe—. Saber cuál debería ser nuestro primer paso no quiere decir que lo podamos dar.

—En realidad es mucho más que eso —respondió Marc con los ojos brillantes, pese a esconderlos tras unas finas rendijas—. Es la clave de todo. El Emperador ha de ser depuesto por sus propios súbditos, solo de ese modo cercenaremos su linaje. Pero, para eso, necesitamos mostrar la verdad. Acabemos con esta falsa sensación de orden, demostremos que no es omnipotente y ya tendremos una gran victoria; hagamos ver que ha pervertido la verdad de Thomenn y habremos ganado.

—Eso no será tarea fácil, hermano —respondió Philippe—. Muchos viven en el Imperio subyugados, con miedo y penurias, pero no son pocos los que lo adoran incondicionalmente. Incluso algunos de los más escépticos viven acomodados y no apoyarán un cambio que los pueda perjudicar.

Marc asintió, dirigiéndose a Alba.

—Creo que lo que conseguimos en la tumba de Lám es la clave de todo. Demuestra la mentira que podría ser la base de nuestro ataque.

—Desde luego las reliquias niegan su legitimidad divina —contestó Alba— y los acontecimientos de Quiles han sido un duro golpe también. Además, tener a cientos de civiles vagando por los caminos no hará sino acrecentar las voces que habrán comenzado ya a verter críticas.

—Te das cuenta de que lo que hiciste allí es lo más grave que le ha pasado al Imperio desde las guerras contra Seléin y Uruth, ¿verdad?

—El Imperio controlará la situación —respondió Marc—, pero sólo a costa de un gran esfuerzo. Tendrán que movilizar tropas de las cuatro provincias y será imposible ocultar que está sucediendo algo grave. Todo eso dejará debilitadas las fronteras.

—¿Estás empezando a calcular en términos de estrategia militar? —señaló Philippe con una sonrisilla—. Desde luego nadie podrá recriminarte que no pienses a lo grande.

—Debemos sopesarlo todo, pero lo que más efecto tendría ahora mismo es atacar la imagen que se tiene de él.

—Sí, puedo darte la razón en eso pero ¿qué haremos? ¿Acaso ir pueblo por pueblo mostrando la Siempreverde?

Marc permaneció unos instantes en silencio, sin apartar la mirada de la senda que seguían.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Alba sin poder resistirse más.

—Haremos algo antes de ir a ver a tu Consejo.

—Ah —murmuró Philippe—, ahora es cuando nos contará qué ha estado rumiando durante toda la noche.

## II

A las brujas, como a los insectos, hazlas salir de su agujero y después trátalas con la firmeza y altura adecuadas: aplástalas con la suela de tu bota.

—*Compendio del saber de la Orden*, texto atribuido a Jhaunan.

Hÿnos había sido la capital del Imperio desde que el Cuarto dio por pacificada la provincia de Seléin. Muy juiciosamente, decidió situarla allí, en el centro de sus extensos territorios, desde donde su puño podía llegar a cualquier parte con rapidez. Además, había asentado los límites de la ciudad sobre una parte similar de cada una de las provincias. De ese modo hacía visible que las cuatro tenían igual importancia en el Imperio.

Desde que se fundó, Hÿnos no había dejado de embellecerse. Cada nuevo Emperador construía edificios públicos, jardines, fuentes o estatuas monumentales hasta que aquel antiguo cruce de caminos terminó por convertirse en la imagen idílica del Imperio. Era una comunidad hermosa que vivía en el estricto cumplimiento de las enseñanzas de Thomenn y el Primero, sin crímenes y sin carencias ni inseguridad.

Los incontables peregrinos que acudían para ver el palacio y la Catedral caminaban embobados, preguntándose cómo era posible que existiera un espectáculo semejante. Nada deslucía la capital del Imperio: todo era belleza y magnificencia. Las flores adornaban las calles; el metal de estatuas y monumentos brillaba impoluto; el Símbolo destacaba a cada paso, ya fuera en oro o en madera pulida. No había mendigos ni vagabundos. Todos los habitantes parecían vivir acomodadamente y, allá adonde se mirara, solo se veía perfección y bondad.

Era cierto, sin embargo, que vivir en Hÿnos no estaba al alcance de todos: los impuestos eran muy altos y las leyes urbanísticas estrictas. Desde hacía décadas no se permitía la construcción de una nueva vivienda si no se demolía otra antes. El diseño del nuevo inmueble debía ser, además, aprobado previamente por el Consejo de la ciudad, presidido por el delegado principal.

Quienquiera que lo deseara podía tener un jardín dentro de su propiedad, pero debía presentar un aspecto cuidado en todo momento. Las fachadas tenían que restaurarse periódicamente y, además, había un nutrido cuerpo de trabajadores que se encargaba de la limpieza con gran eficacia. No era posible, en definitiva, encontrar un entorno más bello y monumental para vivir. Ni existía otro que aportara mayor dignidad a quienes lo poblaban.

Otro asunto, por supuesto, era la ciudad baja, que se extendía extramuros.

Allí la construcción solo parecía respetar una norma: no invadir el trazado de las grandes avenidas en que terminaban las cuatro calzadas del Imperio. El resto del espacio estaba saturado de pequeñas casuchas apiñadas, incluso superpuestas, como

si un gigante las hubiera lanzado desde las alturas sin mucho tino. Abundaban las callejuelas estrechas y serpenteantes en las que apenas había luz porque las fachadas de ambos lados se habían vencido unas sobre otras.

Muchos de los edificios eran viejos y, con frecuencia, alguno se derrumbaba, demasiado ajado para aguantar más en pie. Afortunadamente, la inmensa mayoría no superaba los dos pisos de altura y los daños solían ser limitados.

El ambiente que se respiraba en la ciudad baja era totalmente distinto al que había dentro de las murallas. Gran parte de la población trabajaba en la ciudad alta, aunque extramuros también había herrerías, tabernas, zapateros y todo tipo de negocios. No faltaban tampoco los que no tenían modo de ganarse la vida y sobrevivían de la caridad o de otros trabajos menos decorosos que también eran abundantes.

En el interior de las murallas, el suelo era de piedra blanca de Rock-Talhé ajustado con la arena más fina del Imperio, traída de las costas del sur. En la ciudad baja, exceptuando las cuatro calzadas, las mejores calles tenían gravilla y baches. El resto, solo suciedad y tierra; o barro, si llovía.

De este modo, la capital estaba formada por dos ciudades muy distintas. Una humilde e incierta y otra llena de esplendor y virtud. Sin embargo, en ciertas tabernas poco recomendables podía escucharse, cuando algún parroquiano bebía más de la cuenta, que Hÿnos era también la capital del embuste y la intriga. La única regla que imperaba entre las familias más poderosas era que los ajustes de cuentas debían llevarse a cabo con discreción. Cualquier conducta escandalosa u ofensiva en las calles era rápidamente atajada por la eficiente guardia de la ciudad. Por eso, si se seguía escuchando, acabaría por oírse la conocida comparación de la capital con un queso tahliano. Y es que, realmente, Hÿnos estaba agujereada por todas partes. Los pasadizos, las paredes falsas y las entradas secretas se contaban por cientos. Casi era considerado una bajeza no tener alguno de esos elementos en la residencia principal.

De este modo, para alguien que hubiera vivido allí, fuera sigiloso y hubiera tenido acceso a ciertos mapas e información reservada, no habría sido difícil alcanzar un lugar muy concreto de las gruesas murallas y colarse dentro de la ciudad.

Si quienquiera que tuviera esos datos conociera además la única taberna cercana a la Catedral, podría haber descubierto, una noche de ebrias diversiones, que la pesada rejilla del almacén daba acceso a unas antiguas alcantarillas. Solo haría falta sumar algo de audacia para averiguar que estas llegaban a comunicar con las criptas bajo el fastuoso monumento al Creador.

Daba la casualidad de que Marc y Philippe habían estado en aquella taberna en innumerables ocasiones. Casi las mismas que habían tenido que salir de Hÿnos sin ser vistos para cumplir alguna misión especialmente comprometida. De ese modo, cuando ya había caído la noche, Marc forzó la cerradura del local con la seguridad que da la práctica y se encaminó directamente a la rejilla.

—¿Estás segura de que funcionará? —había preguntado a Alba.

—Si no estamos demasiado lejos, la Voluntad impresa en el pellejo reaccionará inmediatamente —había contestado ella mientras se pinchaba con un alfiler en la mano. Después, puso una gota de sangre en un trozo de piel lleno de complicadas líneas y símbolos.

Apenas habían pasado unas horas desde que Marc se aventurara hacia la muralla de Hÿnos, pero todavía era de noche cuando se escabulló de la capital.

Tras salir de las cloacas, había llegado hasta una poterna situada al oeste de la muralla en la que permanecía un soldado de guardia. Aquello era algo extraordinario y se debía sin duda a los tremendos acontecimientos que estaban teniendo lugar en el Imperio. Las puertas auxiliares de la muralla solían permanecer siempre cerradas, protegidas por gruesos candados, pero nunca se apostaban soldados en ellas. Sin embargo, Marc había observado, oculto tras la esquina de una sastrería, cómo pasaban dos patrullas antes de arriesgarse a utilizar lo que había practicado con Alba. Así, cuando el camino le pareció seguro, extendió su mano hasta que pudo sentir con claridad la Voluntad del soldado que guardaba la poterna.

El hombre era joven, estaba cansado y tenía frío. No resultó difícil penetrar un poco más en una conciencia tan relajada y somnolienta como aquella. Cuando sintió que tenía un canal firme hasta él, lanzó una descarga con su propia Voluntad y el soldado cayó inconsciente.

Antes de salir, Marc se detuvo para comprobar que respiraba con regularidad. «Como si se hubiera quedado dormido en su puesto», había dicho Alba.

Una vez fuera, fue sencillo avanzar refugiándose en las abundantes sombras y recovecos de la ciudad baja para ocultarse de los soldados que poblaban las almenas. La noche era oscura y las numerosas antorchas que jalonaban los adarves no contribuían a mejorar la visión que los soldados tenían del exterior. Hÿnos era una ciudad confiada, después de todo, y las patrullas, escasas más allá de las murallas.

Pero cuando el inquisidor llegó hasta el bosquecillo donde habían dejado atado a su caballo, un carraspeo tras él le hizo ponerse en guardia. Jonás, el jefe de cuadras de la Orden estaba ante él.

—Este caballo no aguantará mucho tiempo el trato que, supongo, pensáis darle.

Marc pensó, no por primera vez, que aquel no era un hombre corriente.

—¿Qué hacéis aquí, buen señor? —preguntó tratando de que su voz sonara exenta de amenaza y la mano se apartara del pomo de la espada.

—Noble volvió. Ya os dije que lo hacían —respondió ante su mirada de sorpresa—. Tenía varias heridas y cojeaba de una pata, pero estaba bien.

—Vuestro animal es soberbio. Os aseguro que honra el trabajo que desempeñáis. Jonás lo miró sin mudar su semblante ni darse por aludido ante el halago.

—No es mío. Tampoco vuestro. No me gusta ver de ese modo, al menos, la relación que se establece entre montura y jinete, pero recuerdo mejor que vos el



momento en que se creó. Os acercasteis a Noble y él os aceptó sin reservas. Después trajeron espuelas y vos las rechazasteis. No hacen falta esos pinchos absurdos con estos animales. —El maestro de cuadras escupió al suelo ostentosamente—. Espuelas, ¡menuda estupidez!

Parecía enfadado solo con recordarlo.

—Noble llegó hasta su casa, pero también vino él —su mirada se ensombreció aún más y tuvo que respirar hondo antes de proseguir—. Apareció en medio de la noche, pero sonreía como si asistiera a un desfile. Era una mueca extraña, impropia de ese momento y de tal coyuntura. Tuve miedo, inquisidor. Reconozco que, entre mis animales y bajo mi propio techo, tuve miedo.

—Pero ¿de quién habláis? —preguntó Marc sin comprender.

—Del Emperador. Vuestro padre, según he oído. Sí, no os sorprendáis, las noticias vuelan si sabéis escuchar.

Marc no podía ocultar ya su perplejidad. Ni siquiera se atrevía a aventurar la naturaleza de los oídos que le habían trasladado a ese hombre la información.

—Me mandó llevarle a Noble para conocer al semental que tan buen servicio había dado a la inquisición. —Jonás se pasó una mano por la frente y tragó saliva—. Vino conmigo mansamente hasta llegar hasta él y aceptó gustoso las caricias que le dedicó. Cuando alabamos su perfección, alzó la cabeza, como para que pudiéramos apreciarla en su justa forma; cuando pronunció tu nombre cabeceó en clara muestra de reconocimiento. Después, el Emperador se abrazó a su cuello y desenvainó.

Gruesos lagrimones rodaban por el rostro de Jonás, aunque su expresión apenas había cambiado.

—No pude hacer nada, inquisidor. ¡Os juro que, por más que traté de detenerlo, no pude hacer nada! Me arrojó al suelo como si fuera un chiquillo y redujo al mejor de mis animales a poco más que una ruina temblorosa.

—¿El Emperador mató a Noble? —preguntó Marc, rojo de rabia. Sus puños se apretaron hasta dejar los nudillos blancos y tuvo que tomarse unos instantes antes de poder seguir hablando—. Os pido mis más sinceras disculpas, pues soy responsable de que descargara en él su odio hacia mí. Os aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para vengar la muerte de un ser tan virtuoso.

Jonás escuchó en silencio sin dar muestras de que fuera a responder. La expresión de hondo sufrimiento que se veía en sus ojos hizo que Marc se acordara de lo que había dicho Philippe, días atrás, acerca de la terrible personalidad del Emperador.

—Me pidió una rejilla —dijo de pronto Jonás—. Acercó a Noble al brasero que iluminaba el patio y me pidió una rejilla. Dijo «esta es una noche magnífica para tomar algo de carne hecha directamente al fuego».

Los dientes se le apretaban espasmódicamente y su rostro había pasado de la gravedad a la rabia de un modo tan paulatino que Marc no se había dado cuenta.

—Por dos veces me negué y por dos veces entró en las cuadras para salir con uno de mis potros y ajusticiarlo delante de mí.

—Me estáis diciendo... —Marc no podía pronunciar tales palabras. Se le atragantaban en el cuello como esa tristeza profunda que apenas permite respirar.

Jonás tomó aire lentamente antes de proseguir.

—Algo está cambiando en el Imperio. Cualquiera con algo de sensibilidad puede notarlo. Siempre se ha oído hablar acerca de la excentricidad de los emperadores, pero esto alcanza ya otra escala totalmente ajena a lo conocido —el maestro de cuadras dio un paso hacia él—. Estoy dispuesto a servir a vuestra causa del modo que estiméis oportuno.

—Jonás, ahora mismo no sé ni siquiera cuál es mi causa —dijo Marc apoyando una mano en su hombro—. Además, sería inútil que os expusierais así. Yo también siento la muerte de Noble y aborrezco que le haya llegado de un modo tan terrible, pero no puedo permitir que también vos os arriesguéis por mí.

—Habéis perdido un animal al que queríais. Eso lo sé. Lo apreciabais y él a vos. Eso es lo máximo a lo que puedo aspirar cuando los entrego a sus dueños. Pero yo los amo, Marc, como si fueran mis propios retoños —dijo con gran vehemencia—. Noble no solo era casi mi vástago, sino ese buen hijo que todo padre aspira a tener. Encumbraba todas las cualidades que se pueden apreciar en un caballo y tenía buen corazón. Dentro de su mente de animal os quería y habría dado la vida por vos. —Los ojos del hombre ardían con un fuego que las lágrimas que resbalaban por su rostro no parecían capaces de aplacar—. No me andaré con rodeos: quiero venganza. La ansío como si ese padre hubiera perdido a su hijo a manos de unos canallas. Quiero que se vierta su sangre. Me da igual la justicia o la ley. Solo quiero que sufra y muera.

—La venganza parece estar más que justificada en algunos casos —susurró Marc y, por un momento, pareció que el cielo enviaba algo de claridad para iluminar la cicatriz de su cara—. Tomo nota de tus palabras, las agradezco y, si todo sale bien, a su debido momento te mandaré llamar. Pero no antes.

Jonás asintió lentamente y entonces silbó.

Fue un sonido discreto, no muy distinto del que hacen algunas aves que se mueven cómodamente en la noche. Sin embargo, el eco que le respondió fue el de unos cascos que se acercaban con rapidez.

Marc estuvo a punto de emprender la huida hasta que se dio cuenta de que el sonido era de un solo jinete. Fue entonces cuando vio aparecer a Noble tras unos árboles. O, al menos, eso pensó durante un feliz instante. Luego se dio cuenta de las sutiles diferencias que existían entre el recién llegado y su antigua montura. El pelaje, que se adivinaba bayo aun en medio de la noche, palidecía desde los corvejones hasta acabar en un blanco roto cerca de los cascos. La anatomía, tan escultural como la del caballo que él había montado, era en este caso algo más esbelta y estilizada.

—Este es Naffir —anunció Jonás mientras el animal se acercaba a él.

—Se parece extraordinariamente a Noble —musitó Marc con asombro.

—¿Sí? ¿Nada más?

Marc se volvió hacia él, extrañado, y decidió acercarse. Al instante, el animal volvió su poderoso cuello hacia él y lo observó con perspicacia. Taconeó durante unos instantes cuando el joven le palmeó el cuello, pero de pronto pareció percibir algo y se acercó hacia Marc cabeceando con alegría.

—¡Es hijo de Noble!

—Te servirá bien —dijo Jonás asintiendo y con un matiz de emoción en la voz—. Es más brioso que su padre y todavía muestra el ímpetu alocado de la juventud, pero ya sabes que mis animales están bien adiestrados. Responderá a tus órdenes y crecerá hasta ser al menos tan robusto como su padre.

Marc le dio un fuerte apretón de manos que se convirtió después en un sincero abrazo.

—Has hecho un trabajo soberbio, como siempre. Siento que nos veremos pronto.

—Cuando llegue el momento me reuniré contigo. No permaneceré aquí más tiempo del necesario. Déjame —añadió señalando al otro caballo—. Me encargaré de dar un paseo con él hacia el Este. Quién sabe, quizá alguien se encuentre mañana siguiendo un rastro que no lleva a ninguna parte.

Aquella noche dio paso a una mañana radiante. Pronto, la ciudad se llenó del bullicio y la nerviosa alegría de los días de fiesta. Los comerciantes madrugaron para sacar los tenderetes a la calle. Los alrededores de la Catedral estaban abarrotados de gente y saturados del olorcillo de los puestos de carne asada y dulces y de las voces de los que anunciaban sus baratijas. A lo largo de las principales avenidas de la capital había música y jolgorio.

Ese día era catorce de enero, el cumpleaños del Emperador y, con tal motivo, las puertas de Hýnos se abrían de par en par para acoger unos festejos que durarían casi una semana. Aquí y allá los ciudadanos brindaban a la salud de su señor, especialmente cuando se repartía bebida a cuenta suya. La ciudad estaba llena de espectáculos y todas las noches se representaban obras de teatro que tenían a alguno de los emperadores como protagonista. Además, como cada año, la Legión desfiló por Hýnos para inaugurar las celebraciones.

Desde hacía siglos era costumbre que los bastiones de cada provincia enviaran una representación de sus mejores soldados como agasajo. Ni que decir tiene que esto era considerado un tremendo honor para los elegidos, digno de recordarse por siempre y, algún día, ser contado a hijos y nietos.

En la plaza central de Hýnos, donde las dos grandes avenidas se cruzaban, era instalado un palco para las personalidades más distinguidas del Imperio. Cualquiera que se dejara ver allí gozaba del favor y el reconocimiento imperial. Que un habitual fuera excluido equivalía a recibir una sonora bofetada en público.

Cada año, alternativamente, el desfile discurría por la avenida del Creador o la del Salvador, como era el caso aquella vez. Los soldados, que acampaban desde hacía un

par de días a las afueras, se ponían sus mejores galas y marchaban en un orden que era negociado por los cuatro grandes generales de las provincias.

Ante la invitación del Emperador, eran miles las personas que comenzaban a ocupar los laterales de la avenida desde la madrugada, esperando tener una buena perspectiva del desfile. Los más pudientes incluso mandaban instalar pequeñas plataformas elevadas. Su altura era reflejo de la posición social de los ocupantes que, en todo caso, se guardaban mucho de acercarse a la del elegante palco imperial, como si se inclinaran ante él.

Cuando el rítmico avance de los soldados comenzaba a ser audible, los nervios hacían presa de las gentes y, en el momento en que asomaban las primeras filas, se lanzaban vítores y exclamaciones de admiración. Aquellos que estaban más cerca de la puerta de Louisant podían ver cómo una infinita lluvia de pétalos de rosa recibía el desfile desde las murallas.

Todos los soldados iban uniformados y en el peto destacaba la espada dorada imperial. Sin embargo, para los acostumbrados ojos de los habitantes de Hýnos, era fácil reconocer los distintivos que señalaban su procedencia.

El primero en aparecer en aquella ocasión fue un regimiento de caballería pesada, enfundados en armaduras relucientes y cubiertos con el clásico yelmo con penacho. Aquellos que habían sido distinguidos por algún motivo lo tenían teñido de dorado, como los pretorianos del Emperador, y todos llevaban las capas rojas características de la elegante Louisant. El metal destellaba al sol del invierno y hacía que los soldados parecieran temibles y magníficos a un tiempo.

Al menos doscientos jinetes golpearon a la vez sus escudos cuando los primeros llegaron ante el Emperador, lo que hizo que los aplausos arreciaran. Cada fila de soldados que pasaba por delante lo saludaba con una inclinación de cabeza perfectamente sincronizada.

Inmediatamente después llegó un regimiento de trescientos piqueros quileños, con un yelmo muy parecido, pero que dejaba totalmente descubierto el rostro. Su expresión era adusta y la mayoría lucía el generoso bigote típico de su tierra.

Llevaban las picas al hombro, como si los tres o hasta cuatro metros que medían no supusieran la menor carga para ellos. Su distintivo característico, que llevaban bien visible, era la silueta de un pequeño roble verde junto a la espada dorada, como reconocimiento a la provincia de la que procedía el Primero y la que había adoptado la fe de Thomenn en primer lugar.

Seléin presentó a continuación un regimiento de infantes, sin duda la columna vertebral de las legiones. Todos portaban el equipo habitual, con el dibujo de la espada de oro en el centro del peto, pero también había detalles que los diferenciaban de los soldados de las otras provincias, como la ramilla de sauce que solían llevar pintada en la hombrera. Sin embargo, la diferencia más obvia fue, como casi siempre, que los aplausos fueron evidentemente menos entusiastas para la antigua patria del Rey Brujo. A menudo era así en Hýnos, pues sus habitantes todavía recelaban de todo

lo que concernía a la cuarta provincia, aunque nadie se atreviera a demostrarlo de manera demasiado explícita. Al menos no con el Emperador presente, pues a menudo la guardia de la ciudad había tenido que sofocar peleas entre los de Seléin y las otras facciones de la legión la misma noche del desfile.

En todo caso, el malestar que se hubiera podido percibir ante la aparición de los infantes se disipó rápidamente en cuanto llegó la delegación de Rock-Talhé. Sin duda fueron sus hombres los que se ganaron la mayor ovación hasta el momento cuando doscientos soldados, más robustos y bronceados que cualquiera de los anteriores, comenzaron a tocar las fanfarrias propias de la tercera provincia. Súbitamente, los instrumentos de metal sonaron como la llamada de un antiguo dios guerrero y los tambores respondieron con la fuerza de un terremoto.

Todos los soldados mostraban un broche en el que destacaba la brillante piedra negra que daba nombre a su provincia. Su equipo, algo distinto al de los demás, dejaba brazos y piernas solo protegidas por espinilleras y brazales, acostumbrados como estaban al calor de su tierra.

El espectáculo continuó, entre ovaciones y sorpresas, durante más de una hora en la que el Emperador hubo de levantarse varias veces para responder a los aplausos que le dirigían sin parar las gentes de Hÿnos.

Ya por la tarde, tras un fastuoso banquete en el palacio imperial al que eran invitadas casi quinientas personalidades, se celebraba una ceremonia solemne en la Catedral a la que acudían ciudadanos de las cuatro provincias: los nobles se mezclaban con peregrinos o comerciantes y estos con soldados o habitantes de la ciudad baja. Pero, salvo los dignatarios más destacados, todo el que quería asistir debía guardar cola desde la noche anterior. Cuando todavía faltaban horas para el inicio, el templo estaba ya abarrotado y solo se respetaba el pasillo central por el que habría de pasar el Emperador. No en vano, los soldados de la guardia de Hÿnos flanqueaban dicho espacio, ayudados por varias docenas de pretorianos que no solían ser muy indulgentes con aquellos que se propasaban. Todos los años los soldados expulsaban a algún exaltado demasiado ferviente, a veces con algo más que un par de golpes.

Más allá, miles de personas se quedaban afuera, en la plaza, esperando hasta que los aplausos indicaran que la ceremonia había acabado. Otros muchos se paseaban por los soportales que rodeaban la Catedral, repletos de puestecillos que vendían todo tipo de artículos en los que prevalecía el motivo de la espada dorada y la hoja de roble. Aquel día, los comerciantes que los regentaban vendían más que en meses de trabajo.

Para la ocasión, las puertas principales se abrían de par en par, revelando una arcada de varios metros de alto. Las banderas y estandartes con el Símbolo de Thomenn y la espada imperial ondeaban allí donde se dirigiera la mirada.

En el interior, las figuras más importantes de las cuatro provincias eran conducidas hasta las balconadas superiores o las lujosas gradas que se instalaban en

los laterales del altar. En el crucero, tan solo unos metros más atrás, se disponían unos lujosos bancos cubiertos de mullido terciopelo, donde se sentaban los más altos dignatarios. Los gobernadores de las capitales, varios generales y los consejeros más cercanos al Emperador solían ser aquellos a quien se distinguía de ese modo.

Súbitamente, cuando los nervios estaban a punto de desbordarse, los presentes se daban cuenta de que las voces de los comerciantes eran acalladas en el exterior y un creciente murmullo comenzaba a extenderse dentro de la Catedral.

Aquel día no fue una excepción. Las conversaciones contenidas de miles de personas creaban una especie de zumbido amplificado por los ecos del templo. Pero, casi sin darse cuenta, un silencio expectante comenzó a extenderse desde la parte de atrás. La gente estiraba el cuello, atenta a los sonidos que llegaban del exterior, hasta que vieron entrar al Emperador. En ese momento, una ovación incontenible desbordó la Catedral.

El Señor de las cuatro provincias iba flanqueado por treinta pretorianos. Estos mostraban una mirada dura y atenta, con un aire de amenaza que parecía suficiente para disuadir a cualquiera que quisiera acercarse más de lo permitido. El Emperador, en cambio, sonreía amablemente y saludaba con cariño. En varias ocasiones incluso agarró con afecto alguna de las manos que le ofrecían. La armadura dorada resplandecía más que nunca y su porte era regio y elegante. El rostro mostraba la fuerza implacable que lo animaba y transmitía una energía casi juvenil.

Mientras avanzaba por el pasillo, la guardia de Hÿnos tenía que esforzarse por mantener la línea despejada y contener a sus emocionados súbditos. La gente trataba sin descanso de ganar una buena posición que le permitiera verlo de cerca: se ponían de puntillas, empujaban o trataban de auparse sobre los bancos. Sin embargo, eran pocos los que lo conseguían. Al fin y al cabo, la muchedumbre llegaba hasta las capillas que había al final de cada brazo de la hoja de roble que conformaba la planta de la Catedral. Aun así, su mera presencia se hacía notar en todos los rincones del templo. No había un solo asistente que no hubiera sentido a su entrada un aura de poder y majestad, percibida tan claramente como cuando el viento acerca el aire caliente de una gran hoguera.

Más allá, los principales dirigentes de la fe de Thomenn lo esperaban para sentarse a su lado, justo tras el altar. La mayoría de ellos, incluido el Embajador, no habían acudido al desfile militar, escenificando de este modo que Thomenn desaprobaba toda violencia. Sin embargo, cuando el Emperador llegó hasta ellos, se hizo evidente que las relaciones entre ambas instituciones eran magníficas.

En primer lugar, el Emperador saludó, inclinándose ante ellos, a varios sacerdotes muy ancianos, que le respondieron con sonrisas afables y trazaron sobre él el Símbolo de Thomenn. Después se giró hacia la parte central del Altar, donde aguardaba el Embajador.

El máximo representante del Altísimo estaba sentado en su trono, del que se alzaba el respaldo en forma de hoja de roble. Vestía una túnica clara repleta de

pedrería y bordados verdes y negros, en la que destacaba el Símbolo. La mitra que le coronaba la cabeza también estaba distinguida con el Roble, bordado en brillante hilo de oro. Ante él, a varios pasos de distancia, el Emperador se arrodilló humildemente y agachó la cabeza en señal de respeto y sumisión.

Durante el tiempo que duró aquel momento, se oyeron algunos murmullos entre el público. No era desconocido que los recientes acontecimientos en Quiles hacían de aquella una ocasión especial. Algunos sostenían que el Embajador iba a criticar públicamente al hombre que se inclinaba ante él por no haber defendido correctamente la patria del Primero. Había incluso quien afirmaba que todo aquello se tomaba como un insulto a la memoria de Thomenn. Sin embargo, como todos los años, el Embajador no tardó en levantarse y tender su mano para que el Emperador se incorporara y se fundieran en un sentido abrazo. Todos los presentes estallaron en un aplauso, mientras los dos hombres intercambiaban palabras de amistad y cariño.

Después, mientras el Emperador se sentaba en un sitial que se había dispuesto a la derecha del trono, el Embajador se giró para contemplar el famoso retablo que presidía la Catedral durante unos instantes. Cuando se dio la vuelta, su rostro reflejaba emoción, solemnidad, e incluso una cierta tristeza.

—Pongámonos en pie para honrar al descendiente del Primero —dijo con su brillante voz.

Al momento se oyó el correspondiente sonido de ropas que se estiraban y maderas que crujían cuando todo aquel que tenía la fortuna de estar sentado se levantó.

—Este es el Piadoso que, viendo el sufrimiento de Thomenn, le puso fin con lágrimas en los ojos —anunció señalando con una mano el retablo.

Todos los presentes bajaron la mirada en señal de respeto. El Embajador cerró los ojos y, al poco, adoptó una expresión beatífica que casi invitaba a pensar que se hallaba en comunión directa con el Creador.

—El más antiguo de los señores de esta tierra escribió el Manual para legarnos las enseñanzas de Thomenn y fue su más firme seguidor. Nos libró de la amenaza de las brujas y los bárbaros y nos dio luz y esperanza. Hoy te damos gracias y renovamos nuestro compromiso contigo, gran señor del Imperio —dijo dirigiéndose directamente al Emperador, que se levantó para inclinarse una vez más ante él—. ¡Este hombre porta el legado del Primero! —proclamó el Embajador y, al momento, la música resonó por toda la Catedral.

El órgano de la balconada trasera llenó el espacio con el vibrante sonido de sus tubos, repletos de ornamentos dorados. A su lado, un coro respondía con gran pasión al que se situaba al otro extremo. A lo largo de toda la nave central varios pequeños ventanucos se abrieron a la vez. De ellos asomaron trompetas de sonido claro y agudo y otros tantos sacabuches, de un tono mucho más grave, que colmaron la música con su canto.

Muchos de los presentes no habían asistido jamás a un espectáculo semejante, por lo que escuchaban embelesados. Muchos temblaban cuando los metales producían sonidos como truenos entre los ecos de la Catedral; otros dejaban caer lágrimas de emoción; la mayoría escuchaba a los coros sintiendo como la música penetraba en ellos y les conmovía ante lo que narraban sus palabras.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, el Embajador hizo un gesto amplio con las manos para invitar a los presentes a tomar asiento.

—Escuchemos ahora las palabras del sagrado Manual, fuente de sabiduría.

Un niño acudió entonces hasta situarse ante el atril que se había dispuesto en uno de los laterales del altar, se alzó sobre una pequeña banqueta y comenzó a leer con voz dulce.

Tras la lectura, el Embajador se adelantó de nuevo para continuar con la ceremonia, dando paso de nuevo varias veces a la música, ofreciendo el perdón a los arrepentidos y ensalzando al Emperador.

Del mismo modo que había ocurrido incontables veces antes que aquella, continuó el protocolo y, cuando el Embajador aseguró la protección de todos los fieles, también de los que pasaban momentos difíciles en Quiles, los coros cantaron, si cabe, con mayor majestuosidad.

—El Creador está con nosotros y con nuestros hermanos que luchan en el Sur. ¡Con Él a nuestro lado nada hemos de temer! El orden será restaurado porque el descendiente del Primero, que acogió a Thomenn en su regazo cuando agonizaba, vela por su pueblo. El vínculo que su linaje forjó por todos nosotros es más fuerte que cualquier adversidad —declaró con vehemencia.

Sin embargo, cuando llegó el momento de tomar el agua, algo sucedió.

El Embajador mostró el antiguo cáliz que, se decía, era el mismo que Thomenn había usado para sellar el vínculo con los hombres cuando agonizaba. Lo alzó sobre su cabeza para que todos pudieran verlo e indicó al Emperador que se acercara.

Cuando estuvo a su lado, uno de los ancianos sacerdotes llevó agua en una jarra de plata blanca y la vertió sobre el cáliz. Entonces, el Embajador se giró hacia los fieles para que su voz se oyera en cada rincón de la Catedral:

—Thomenn, con sus propias manos cuando estaba sediento, derramó agua en honor a su padre. Después se la ofreció al Piadoso y solo entonces tomó él mismo un sorbo. —El Embajador se volvió hacia el hombre que lo acompañaba y proclamó—. ¡Este es el verdadero Emperador, ungido y amado por el Altísimo, y beberá de este cáliz como lo hiciera su ancestro!

En ese momento un fogonazo reclamó la mirada del público.

Cientos de ojos se desviaron hacia el retablo gigantesco que mostraba a Thomenn yaciendo en las manos del Primero. El Piadoso mostraba gran pena en la cara, por la que resbalaban unas lágrimas de plata magistralmente talladas. Sobre el Salvador había un halo dorado hecho de oro puro.



Sin embargo no era el arte, sino la luz que había salido por detrás de la pieza lo que había provocado una exclamación de asombro durante la parte más sagrada de la ceremonia. La perplejidad de los dos hombres que presidían el altar no hizo sino acrecentar la sensación de nerviosismo. Ellos, que no lo habían visto al estar de espaldas al retablo, se giraron varias veces con enfado al darse cuenta de las miradas de estupefacción de las gentes. Pero su indignación y los cuchicheos que comenzaban a oírse murieron al instante cuando un ligero olor a quemado comenzó a hacerse evidente para las primeras filas. Antes de que nadie pudiera reaccionar, unas llamas de gran altura asomaron por detrás del retablo, provocando gritos de histeria. Muy despacio al principio, la muchedumbre empezó a retroceder, demasiado impactada por lo que estaba viendo.

Encima de la tarima central, el Embajador comenzó a correr de un lado a otro lanzando agudos chillidos y señalando el fuego. El Emperador, en cambio, parecía petrificado y miraba fijamente las llamas como si estas debieran desaparecer por vergüenza ante su desmesurada osadía.

La evacuación fue rápida y ordenada y el agua llegó pronto pero aun así el retablo quedó calcinado sin que pudiera apagarse a tiempo. Donde antes estaban el Salvador y el Piadoso solo quedaba una mancha nebulosa.

Ese mismo día, muchos de los peregrinos que habían acudido a la capital iniciaron el viaje de regreso, demasiado espantados por lo que habían visto como para quedarse al resto de las fiestas. Solo hicieron falta unas cuantas jornadas para que no se hablara de otra cosa en todo el Imperio.

### III

¿Qué fue de la razón o la justicia? ¿Dónde quedaron el respeto o la duda necesaria? Aplastados entre el temor y la ardiente egolatría de ese que se hace llamar *El Primero*. Pero lo que esos ignorantes que ahora se alzan contra nosotros parecen no entender, es que el trato que hoy recibimos en Seléin es la medida con la que mañana los gobernará ese monstruo.

—*El Rey Brujo*, textos prohibidos por la Orden.

—Ha sido una auténtica temeridad —insistió Alba, todavía enfadada—. Había mucho que perder.

—¡Qué demonios! ¡Ha sido un golpe magnífico! —rio Philippe palmeándose los muslos—. Habría dado medio brazo por ver en esos momentos el orondo rostro del Embajador. ¿Y nuestro querido Señor de las cuatro provincias? ¡Clavos de Thomenn, no soy capaz de imaginarlo!

—Da una *sola campanada*, pero que sea sonada —musitó Marc, sin apartar la vista del horizonte.

—¡Por lo que más quieras, hermano, deja de mentar al Bufón y ríe conmigo! —contestó Philippe dándole una fuerte palmada en la espalda—. Lo que has hecho ha sido, probablemente, el agravio más insoportable que ha recibido el linaje del Primero en toda su historia.

—El Emperador es tan orgulloso que no podría siquiera concebir que alguien lo atacara en su propia casa —contestó Marc, permitiéndose apenas el amago de una sonrisa.

—Seguro que nos imaginaba corriendo como conejillos asustados de acá para allá.

—Podéis seguir riendo y felicitándoos todo el día, orgullosos de vuestro ingenio y vuestra abrumadora gallardía —dijo Alba, todavía molesta— pero las pistas que pusimos mientras tú estabas en Hÿnos no los entretendrán para siempre. Tratarán de encontrar nuestro rastro y darnos caza. Y no sería extraño que lo consiguieran, aunque te ayudara ese Jonás —añadió señalando el caballo de Marc.

El inquisidor palmeó el cuello de Naffir y este cabeceó alegre.

El animal era joven e impetuoso y Marc tenía que llevar constantemente las riendas a la mano para que no se adelantara demasiado. Sin embargo, tal y como había asegurado el jefe de cuadras, Naffir obedecía sin dudas y al instante sus indicaciones.

—Hemos avanzado horas por el curso de varios ríos y sendas casi olvidadas en la espesura —señaló Philippe—. No es tan fácil que nos encuentren.

—Eso espero —contestó Alba.

—A propósito ¿te vas a dignar ya a decirnos adónde nos dirigimos exactamente?

La bruja dio un respingo ante una pregunta tan directa, pero trató de disimularlo colocándose mejor sobre la silla. Marc no dijo nada, aunque inclinó la cabeza, atento a su respuesta.

—Hay un pueblo al oeste de Seléin —comenzó Alba, dubitativa— en el que vive una buena amiga.

—¿Bruja también? —preguntó Philippe sin la más mínima suavidad.

Marc chasqueó la lengua y lo miró con enfado.

—No pasa nada —dijo Alba—. Es lógico que queráis saber adónde os llevo.

—Creo que tengo más que motivos para ser suspicaz —contestó Philippe alzando la barbilla—. No es prudente fiarse de las brujas, sin ánimo de ofender. Todos sabemos las cosas a las que se dedican.

—Ah ¿sí? Pues ilústreme, inquisidor, ¿a qué cosas se dedican exactamente? —preguntó Alba, con una sonrisa peligrosa.

—Matan inocentes —respondió Philippe tras un instante de duda—. Torturan a sus prisioneros y los someten a rituales diabólicos. Pueden meterse en tu cabeza y controlar la capacidad de decisión de un hombre hasta convertirlo en un esclavo sin mente.

—Por un momento he pensado que estabas hablando de la inquisición. ¿No sigue tratamientos similares vuestra Orden con las brujas o los demás prisioneros?

Philippe fue a contestar, pero se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Aunque es cierto que tienes algo de razón —añadió Alba. Una sombra de duda le cruzó el rostro, como si no estuviera convencida de lo que iba a decir y unas finas arrugas de preocupación aparecieron en su frente—. Hay... *facciones* dentro de nuestra comunidad, igual que vosotros tenéis a vuestros barones, la legión o a la burguesía comerciante, cuyos objetivos no siempre coinciden e incluso a veces luchan entre ellos. Hay sociedades entre los míos cuya única motivación es acabar con la vida del Emperador. Su símbolo es la espada rota que Marc ya conoce. Otras buscan luchar directa e indiscriminadamente contra el Imperio y se amparan bajo la corona de cuatro puntas del rey brujo. También está aquella que tiene como objetivo la restitución de la verdad de Thomenn. Pero el colectivo más numeroso es, sin duda, aquel que simplemente trata de vivir en paz, pasando tan desapercibido como sea posible.

—La Orden conoce la existencia de distintos grupos —respondió Philippe, fascinado—, pero siempre nos habían dicho que, en general, erais un colectivo homogéneo.

—No estoy segura de que fuera el momento de contaros esto —dijo Alba con la mirada fija en las crines de su caballo—, pero entended que la ubicación de ese pueblo me la reserve hasta que lleguemos. Es mucho lo que debo proteger. Perdonadme, no es falta de confianza en vosotros, solo que...

—Alba —dijo Marc interrumpiéndola con una mirada conciliadora—. No pasa nada. No hay prisa.

Entonces, el inquisidor tocó con los talones a Naffir para iniciar un trote sostenido, aprovechando la menor espesura del bosquecillo por el que avanzaban.

La bruja, algo más atrás, asintió y sonrió reconfortada.

La noche era fresca y fragante pese al invierno. Seléin siempre parecía envuelta en una bruma de hierba aromática y misterio, sin importar que aquí o allá la nieve cubriera sus campos. En medio de un bosque como en el que se encontraban, aquellas sensaciones eran incluso más acusadas.

—¡Maldita sea esta tierra! —rezongó Philippe—. Siempre ha conseguido ponerme los pelos de punta por la noche. ¡Tengo la sensación de que me estuvieran observando!

Alba lo miró sonriente, mientras pintaba en un pellejo de piel junto al fuego.

—Eso es porque todavía conserva su personalidad —dijo con una graciosa mueca—. El Imperio no ha conseguido borrar su verdadera esencia.

—Claro, supongo que los lobos y otros seres menos naturales no tienen nada que ver. Seguro que para vosotras es perfectamente normal que haya ondas de Voluntad susurrando constantemente de un lado a otro.

—A eso me refiero, precisamente eso es Seléin —contestó ella mientras se levantaba—. Voy a ver cómo está mi yegua.

—Ten cuidado —gruñó Philippe—, la esencia de Seléin no hace que la noche sea más clara. Al menos cuando no hay luces danzando en medio del bosque sin fuego alguno que las alimente.

La risa cantarina de la bruja le respondió mientras se alejaba. Sin embargo, sus pasos no la llevaron hacia el lugar en que habían dejado los caballos, sino al cercano riachuelo donde Marc había ido a llenar los odres.

Alba se acercó hasta el recodo donde esperaba encontrarlo, pero allí no había nadie. Por unos instantes oteó entre la vegetación, esperando verlo algo más allá, pero su búsqueda fue inútil. No obstante, cuando ya se daba la vuelta para volver, el inquisidor salió de unas sombras a su izquierda.

—No deberías estar sola en la oscuridad —susurró.

—¡Por el Santo Lám, Marc! —contestó ella ahogando un grito— ¡Casi me matas del susto!

Él se encogió de hombros, fingiendo arrepentimiento, aunque en su mirada se escondía un atisbo de diversión.

—Mis disculpas —dijo con más burla que remordimiento—. Pensé que, siendo una bruja, no te sentirías intimidada por la esencia y la personalidad de Seléin.

—Pero... ¡me has oído hablar con Philippe! —le espetó ella golpeándole en el brazo.

—Haya paz, Alba —contestó Marc sin poder evitar una carcajada—. Ya no somos enemigos —añadió en un tono bien distinto.

Pese a la reciente broma, aquella frase inocente tuvo mucha más trascendencia de lo que esperaba. Sus ojos se cruzaron, quedaron prendidos un instante de silencio y, luego, huyeron en direcciones distintas.

—Creo que este es el primer momento de verdadera tranquilidad que tenemos en mucho tiempo —farfulló Marc, sin saber qué decir.

Aquella era la única ocasión en que habían estado a solas desde que llegara Philippe y los días anteriores habían estado llenos de inseguridad y avance apresurado. De ese modo, las sensaciones que ambos pudieran haber compartido en aquel cuarto de Mulars habían quedado en suspenso, como un anhelo al que no se atrevieran a poner palabras.

—En eso tienes razón —contestó Alba al fin—. Han pasado muchas cosas en apenas unos meses. Realmente nos conocemos desde hace poco tiempo, pero parece que lleváramos décadas huyendo juntos.

—Me gustaría poder pensar que eso no durará mucho, pero no estoy seguro de que sea así.

—Pierde cuidado, Marc, las brujas estamos acostumbradas al peligro y la lucha. Precisamente por eso insistí tanto en que no entraras en Hÿnos. No quiero que me entiendas mal, tu plan era audaz, pero sigo pensando que también fue demasiado arriesgado.

—Hay que golpear donde duele —contestó él frunciendo el ceño—. Así nos lo enseñaron. Y en esto no venceremos solo con espadas.

—Desde luego no se puede negar que fuiste muy valiente —dijo la bruja con una sonrisa burlona.

—No creo que pueda compararse con la valentía que tú has demostrado desde el mismo momento en que te conocí —respondió Marc sin darse por aludido—. No fue, desde luego, una presentación cordial.

—Me alegro de que nos encontráramos, en todo caso —contestó ella intentando restarle importancia con un gesto de la mano—. Nadie dijo nunca que convencer a un inquisidor de la perfidia de sus superiores fuera sencillo. Aun así, no creo que haya uno solo en tu Orden que haya mostrado jamás mayor capacidad de juicio que tú.

Marc se dio cuenta de que estaban muy cerca uno del otro. Casi podía sentir el calor que desprendía Alba, ahogarse en la profundidad de sus ojos verdes. Apenas con adelantar un poco la mano tocaría su piel, suave como la seda agoriana que llevaba al cuello. Quizá habría sido fácil hacerlo; puede que ella lo deseara; es posible incluso hubiera palabras deseando ser pronunciadas pero, en lugar de eso, Marc carraspeó y se giró hacia el cercano fuego.

—¿Para qué me buscabas? —preguntó al fin.

—He estado pensado —anunció ella, recuperando rápidamente el aplomo y echando a andar hacia el campamento—. Cuando las patrullas nos busquen sabrán que los dos inquisidores viajan con una bruja, así que me vestiré como un mozo.

—Me parece una buena idea —concedió Marc.

—No solo eso —añadió la bruja extendiendo la mano hacia él.

Cuando miró hacia abajo, Marc vio que le ofrecía su cuchillo.

—Los soldados dirán que tengo el pelo largo —dijo Alba—. No basta con teñirlo. Marc tomó con renuencia la hoja.

—¿Estás segura de esto?

—Claro ¿por qué te extrañas tanto?

—No es por nada —respondió él, azorado—, solo que tienes el pelo muy largo. Te quedará muy diferente. Hay mujeres que no consentirían algo así.

—No es más que pelo —dijo ella restándole importancia con un ademán despreocupado—. Volverá a crecer.

Marc se encogió de hombros y la acompañó hasta la hoguera.

—¿Qué demonios vais a hacer? —preguntó Philippe cuando vio que la bruja se sentaba cerca del fuego, dándole la espalda a Marc.

—¿No lo ves? —preguntó este—. Vamos a convertir a nuestra compañera en un mozo. ¿Quieres que aproveche el tiempo y te rasure a ti también? Siempre he pensado que te quedaría bien la cabeza lisa, como la de esos monjes de Rock-Talhé.

—He accedido a teñir mis espectaculares cabellos —dijo Philippe señalando sus rizos— pero, si vuelves a mencionar el más leve comentario acerca de dejarme calvo como un melón, juro que haré que Furioso baile una giga sobre tu pecho.

—Será mejor que empieces —intervino Alba recogiendo el cabello con una cinta— o acabaré echándome atrás.

Marc pudo ver que la bruja tenía varios raspones en las manos. Aunque su piel seguía viéndose suave, no pasaba desapercibida la exigencia a la que se había visto sometida durante los últimos tiempos. La pérdida de peso era evidente y las facciones de su cara se habían afilado en consecuencia.

—Te aviso de que no he hecho esto nunca —dijo Marc antes de empezar, cogiendo el cuchillo con evidente nerviosismo.

—Tranquilo. Los inquisidores son compañeros del éxito —contestó ella con una sonrisa.

Marc asintió, no muy convencido, y empezó a cortar gruesos mechones de rizo oscuro con toda la suavidad de la que era capaz. Alba cerró los ojos y trató de parecer relajada, aunque la fina línea que formaban sus labios apretados contradecía esa imagen.

—Me da la impresión de que no le das tan poca importancia a tu cabello como habías dicho.

Alba se encogió levemente de hombros, pero no contestó.

Durante varios minutos el inquisidor estuvo pasando el cuchillo una y otra vez, ayudándose con la otra mano para delimitar la longitud del corte, tal y como había visto hacer a veces. En un par de ocasiones indicó a Alba que se inclinara hacia uno u otro lado con absoluta delicadeza. La bruja permaneció sentada durante todo el tiempo con aparente calma, casi indiferencia. Sin embargo, allí donde Marc le rozaba

el cuello con sus ásperas manos, la piel se le erizaba y algo más allá, sus enormes ojos verdes se volvían ligeramente hacia él.

Cuando por fin dieron por terminado el trabajo, el cabello de la bruja había quedado muy corto por la nuca, pero una graciosa cortina le ocultaba el lateral de la cabeza hasta la línea de la mandíbula.

—No te ha quedado nada mal —comentó Philippe mientras mordía una hogaza de pan—. Poco aristocrático quizá, pero no está mal.

Marc bufó, sin estar convencido del todo.

—Cualquiera que tenga dos dedos de frente verá que un rostro tan bello no es natural en un muchacho.

Tras unos instantes de silencio, la bruja preguntó:

—¿Me estás halagando?

—¡Por supuesto que no! —contestó Marc ruborizándose hasta la coronilla al darse cuenta de cómo habían sonado sus palabras.

—Lo que quiere decir nuestro gentil amigo es que tienes rostro de mujer, al fin y al cabo —intervino Philippe con una enorme sonrisa, dirigiéndole un guiño a Marc antes de que la bruja se volviera hacia él—. Y, respecto a esto —añadió señalando el pelo que había a los pies de la bruja—, deberíamos quemarlo para no dejar rastros. Tan solo unos cabellos al viento podrían llamar la atención de un sabueso.

—Sin duda —contestó Marc con la mirada fija en un mechón.

—Y deberías tiznarte un poco la cara —añadió Philippe.

—¿Mancharme? ¿Por qué? —preguntó Alba.

—Bueno, si vas a ser nuestro criado tienes que interpretar bien tu papel —contestó el robusto inquisidor intentando reprimir una sonrisa—. Los mozos se ocupan de todo lo que necesitan sus señores, están al cuidado de los caballos y, en definitiva, no tienen mucho tiempo para acicalarse.

—¿Volveremos a hacernos pasar por comerciantes? —preguntó Marc sin dar tiempo a que Alba protestase.

—Representamos a tu padre, un acaudalado comerciante de Louisant.

—Te encanta ese juego.

—Sí, es divertido, pero además siempre se me dio bien hacerme pasar por un risueño negociante de Rockenwert —añadió pronunciando con exagerada dureza la erre, al modo de la tercera provincia.

Alba dormía cerca del fuego mientras los dos amigos conversaban plácidamente.

—Parece mentira que nos hayamos pasado la vida entera buscándolas para intentar destruirlas —dijo Marc.

—Sí, especialmente cuando podíamos buscarlas para mirarlas con ojitos tiernos —contestó Philippe en tono burlón.

Marc Carraspeó y se removió, incómodo, sin saber qué contestar.

—Tranquilo, es cierto que es una muchacha realmente linda, pero no pierdas de vista que es una bruja, ¿de acuerdo? *La prudencia es la mejor armadura*, como decía Ferdinand.

Marc asintió, mirando hacia ella. Su pecho se elevaba suavemente y tenía una expresión de tranquilidad en el rostro que no había visto nunca mientras viajaban hacia la tumba de Lám.

—No parecen tan terribles ¿verdad? —preguntó Philippe.

—En efecto, pero que no te engañe su apariencia. Es dura y perseverante y su Voluntad podría echar abajo las murallas del Monasterio. Aun así, no llego a comprender cómo es capaz de sobrellevar tan bien todo aquello por lo que ha pasado.

—¿Ella? —preguntó Philippe—. Y ¿qué hay de ti? No tengo nada en contra de esta muchacha, ¡pero te utilizó como si fueras su mascota! No, hermano, aquí no hay nadie que haya sufrido más que tú.

Marc asintió y miró a su amigo con afecto. Después, sus ojos perdieron esa chispa que siempre crean los momentos de sincera camaradería.

—Lo primero que hice, justo antes de que me capturara, fue matar a su protector; al que había estado con ella desde que era una niña.

Philippe levantó la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Santo Lám ¿eso quiere decir lo que parece?

—Era un padre para ella —contestó Marc sin rodeos—. Llegué a Regia con la seguridad de saberme en posesión de la verdad absoluta y la más alta autoridad posible; aceché en las sombras hasta que sus hombres salieron y los maté; después apareció ese hombre. —Marc entrecerró los ojos, recordando aquellos momentos de acero y oscuridad—. Era fuerte, decidido y la técnica con que manejaba la espada no tenía nada que envidiar a la nuestra. ¿Cuántas horas de práctica le habría llevado luchar con la pericia necesaria para poner en apuros a un inquisidor? ¿Qué naturaleza y esfuerzos se requieren para tener tanta fuerza y velocidad pese a una edad notable?

Philippe asintió en silencio, tratando de imaginar la situación.

—Más de una vez me he preguntado cómo seremos nosotros cuando nos carguemos con tantos años como él.

—Quieres decir si llegamos a esa edad —contestó Philippe con una mirada burlona.

Marc asintió antes de proseguir.

—Lo admirable es que ese hombre se enfrentó a mí sin titubeos. Seguramente luchó con el convencimiento de que no podría vencer pero no mostró el más mínimo atisbo de duda o miedo. Le proporcionó a Alba el tiempo necesario para lanzar su hechizo y capturarme. Lo último que vi en su rostro fue la satisfacción de saberse vencedor —dijo bajando la mirada—. Ese fue mi regalo de presentación para ella: la muerte del hombre que la había cuidado.

Philippe inspiró profundamente.

—Y todo por una mentira.



Marc asintió.

—Justo antes de caer me dijo que, cuando se contara cómo llegó el fin del Imperio, aquel sería el momento que señalarían como comienzo. He recordado mucho esas palabras últimamente. Tenemos que poner fin a esto.

—Lo tengo más claro a cada momento que pasa —respondió Philippe, agarrando con fuerza el Símbolo de madera que seguía llevando al cuello.

Ya habían pasado unos cuantos días desde su breve parada en Hýnos. Las sendas menos frecuentadas comenzaban a estar casi intransitables para cuando alcanzaron el norte de Seléin. Aunque oficialmente habían dejado atrás los términos de la capital, los habitantes de la cuarta provincia no comenzaban a considerarse en casa hasta que no veían los primeros abetos gigantes. Estos, mucho más pequeños que los situados al Oeste, cerca de las Colinas Eternas, aguantaban impertérritos la adversidad del invierno. Sostenían grandes lenguas de nieve sobre las ramas mientras sus copas se alzaban decenas de metros hacia el cielo, por encima de los demás árboles.

En las pocas ocasiones en que los tres viajeros se aventuraron a salir de la espesura, descubrieron que los caminos estaban vacíos e incluso los alrededores de las pequeñas aldeas resultaban solitarios más allá de las primeras horas de la tarde. Los habitantes de las zonas más agrestes de Seléin sabían que el frío podía resultar tan peligroso como las criaturas que moraban en la oscuridad, así que procuraban no salir de casa cuando el sol comenzaba a esconderse.

Solo una vez se arriesgaron a entrar en uno de estos pueblos para comprar provisiones. Philippe, con el pelo oscuro bien visible, un arco en la mano y montando la yegua blanca de Alba, entró directamente en la taberna para pedir carne y alcohol.

Durante el tiempo que estuvo allí mantuvo una mirada tan dura como la hoja que llevaba al cinto sin el menor intento de esconderla. Aunque los parroquianos lo miraban con una insistencia mal disimulada, ninguno se atrevió a dirigirse a él. A fin de cuentas, la espalda encorvada o su evidente cojera no hacían que pareciera menos peligroso o menos curtido en lides poco recomendables, así que nadie cedió a la curiosidad.

Cuando terminó de comer, Philippe hizo un nuevo esfuerzo por no reír, lanzó un sonoro eructo y se dirigió cojeando hasta el mostrador.

—Provisiones —dijo con una cavernosa voz, tan suave como los dientes de una escofina ensombrecidos por el seco acento de Quiles.

El tabernero, poco acostumbrado a atender a otros que no fueran sus vecinos, entró apresuradamente en la cocina y volvió con algo de carne seca, una generosa cuña de queso, un pan y unas cuantas pastas de miel.

Philippe miró la comida y luego clavó su mirada, ligeramente bizca, en el temeroso hombrecillo. Los labios se retiraron para dejar a la vista una desagradable dentadura plagada de huecos y tonalidades herrumbrosas. La similitud de aquello con

una sonrisa era la misma que entre un estanque de carpas y un cenagal plagado de seres reptantes.

—¿Te parezco un gorrión? —preguntó en un susurro.

—¡No, mi señor! Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué me das la misma cantidad de comida que a un pajarillo?

El tabernero permaneció congelado durante unos instantes y luego salió corriendo de nuevo hacia la cocina.

Cuando Philippe tuvo ante sí suficientes provisiones como para alimentar a varios hombres adultos durante una semana, echó un último vistazo amenazante, puso varias monedas sobre el mostrador y se marchó renqueando.

Salvo en esa ocasión, los inquisidores insistieron en no abandonar la espesura, avanzando casi siempre por bosques o sendas de animales. Aquello demostró ser muy juicioso, pues varias veces vieron, a través de una prudente cortina de árboles, patrullas que vigilaban los caminos. Algunas incluso iban comandadas por árbitros.

—Nos vendría bien un aliado que nos informara de lo que sucede en el Imperio; quizá incluso de los movimientos de la Orden con antelación —murmuró Marc una tarde.

—Estás pensando en Mathius, ¿no es cierto?

Marc asintió, sin quitar sus ojos claros de la senda que recorrían.

—¿Quién es ese Mathius? —preguntó Alba.

—Uno de nuestros hermanos —dijo Philippe—. Te habría gustado.

—Habitualmente los inquisidores no producen una impresión demasiado buena en las brujas —Alba enarcó una ceja antes de sonreír—. Y, por lo general, tampoco nosotras en ellos.

—Ah, pero es que Mathius es una buena persona —aseguró él—. Además, tiene una sensibilidad especial. En muchos sentidos.

—Solo espero que no sea como ese otro amigo vuestro.

—¿De quién habla? —preguntó Philippe.

—Se refiere a Gerall —dijo Marc.

—Te aseguro que Mathius no tiene nada que ver con él —contestó Philippe—. Por lo que sé, su intento por capturaros no le fue demasiado bien. Y a Jhaunan tampoco.

—Cierto —dijo Marc apretando los dientes—. Digamos que nuestro Gran Maestro no tuvo demasiado buen ojo en ese tema.

Philippe compuso una sonrisa cómplice, pero el modo en que su hermano retorció las riendas entre los dedos le heló la sangre.

—En todo caso, parece que hiciera una eternidad desde la última vez que lo vimos —dijo con voz alegre, intentando despejar los nubarrones que comenzaban a cubrir el ánimo de Marc—. Me pregunto qué habrá sido de él. Oí, después de tu partida hacia Regia, que le habían encomendado reclamar a un infante para el

Monasterio. Por algún motivo lo habían señalado mucho más tarde que a los demás como aspirante. Esa es la última noticia que tuve de él.

—No estaría de más saber qué opina de todo esto —dijo Marc con un carraspeo.

—Si enfrentarte a su juicio es lo que te preocupa, pierde cuidado. Nuestro mestizo favorito no es de los que emiten opinión o sentencia sin haberlo meditado, o sin tener todos los elementos de la cuenta.

—No sabía que hubiera inquisidores cuya sangre no perteneciera exclusivamente a las cuatro provincias —dijo Alba—. ¿Cómo es posible que haya un medio uruthiano en la Orden?

—Porque, si bien es cierto que resulta insólito que alguien más moreno que un tahlano llegue a inquisidor, nadie cuestiona jamás las decisiones de los observadores. Si lo señalaron fue sin duda porque alguien apreció un importante potencial en él.

—Eso y que nuestro hermano es endiabladamente bueno en lo que hace. Pone el alma en cada cosa que se propone —añadió Marc.

—Por lo que decís podría ser de gran ayuda. Quizá debiéramos valorar la posibilidad de contactar con él —contestó Alba.

—Pese a lo que he dicho antes, no creo que su ayuda sea algo que debiéramos dar por hecho. Mathius es nuestro hermano y también un hombre razonable y bondadoso, pero los inquisidores son fieles e implacables. No me malinterpretes, pero la gente...

—Philippe miró de reojo a Marc—. La gente no hablaba demasiado bien de ti en los últimos tiempos. Sería necesario que te explicaras extraordinariamente bien para que él bajara su espada. ¡Demonios, puede que incluso entonces insistiera en llevarte a juicio pensando que se te trataría con justicia!

—En todo caso sería la persona idónea para ayudarnos si hubiera que buscar apoyo dentro del Imperio. Es posible que fuera uno de los pocos capaces de brindárnoslo.

—Parece que no tienes tanta fe en nuestros otros dos hermanos.

Marc dedicó una lenta mirada a su hermano hasta que Philippe agachó la cabeza.

—No, yo tampoco. Ambos sabemos en lo que se han convertido.

—Todavía recuerdo el modo en que Gaulton parecía disfrutar con mi escarnio cuando volví de lidiar con aquel asunto de Agua Clara —murmuró Marc con una expresión de dolor mal disimulada—. No esperaba esas palabras de él.

—Jean no habla tanto, pero no es menos sanguinario. Casi te diría que siente un perverso regocijo con la parte más oscura de nuestro trabajo. Gaulton se guía únicamente por su ambición y su orgullo, pero las motivaciones de Jean siempre han sido tinieblas inquietantes.

—¿Te das cuenta de que si seguimos adelante con esto puede que algún día tengamos que enfrentarnos a ellos? —preguntó Marc—. Jamás lo habría imaginado. Si alguien me lo hubiera dicho tan solo unos meses atrás, lo habría tachado de absurdo.

Philippe asintió en silencio, antes de contestar.

—¿Sientes miedo ante esa posibilidad?

—Siento miedo de no ser capaz de levantar la mano contra ellos en caso de que sea necesario.

Alba los miraba con expresión grave, manteniéndose prudentemente al margen en ese punto de la conversación.

—Nos dimos de coscorrones muchas veces. En ocasiones incluso tuvimos nuestras buenas peleas en el Monasterio pero, en una lucha real, tampoco yo sé si sería capaz de tirar a fondo. Y eso aun sabiendo que Gaulton o Jean no mostrarían los mismos reparos.

—No —concedió Marc recordando la rabiosa Voluntad que había percibido antes de abandonar Abadía—, no creo que los tuvieran.

Al día siguiente el viento y la lluvia los obligaron a buscar cobijo muy pronto. Cuando el sol aún se intuía en lo más alto, las nubes ya lo ocultaban por completo y un viento gélido proveniente de las Colinas Eternas los azotaba de forma inmisericorde.

Avanzando penosamente consiguieron llegar hasta las inmediaciones de una fortaleza medio derruida que se alzaba sobre una elevación del terreno. Varias de sus torres se habían venido abajo y los antiguos caminos adoquinados que llevaban hasta las puertas no eran más que sendas difusas llenas de barro por las que fluía el agua.

—Puede que no debiéramos subir —murmuró Marc—. Es posible que otros viajeros hayan decidido refugiarse también ahí; quizá incluso alguna de las patrullas que nos buscan.

—¡Pues con gusto me enfrentaría a cincuenta soldados si con eso consigo quitarme esta maldita lluvia de encima! —rezongó Philippe. Furioso, como si pudiera entender sus palabras, resopló y taconeó con fuerza—. ¡Cae agua como si todos los demonios se nos estuvieran meando encima!

—Subamos, este castillo está lejos de caminos principales y no es probable que tenga más visitantes que nosotros —dijo Alba—. Además, allí arriba podremos protegernos del frío e incluso encender fuego sin ser vistos.

Marc asintió, poco convencido, y desmontaron para comenzar la lenta ascensión.

—En la época del Rey Brujo había docenas de estas fortalezas en Seléin —dijo Alba mientras miraba al suelo, con cuidado de no resbalarse—. Unos las usaron para protegerse del Imperio invasor; los otros, después, para resistir las frecuentes revueltas.

—Supongo que esta tierra ha cambiado mucho desde entonces —contestó Philippe.

Cuando entraron en el patio de armas se dieron cuenta de que, vista desde allí, la orgullosa construcción estaba aún más deteriorada de lo que les había parecido. Había multitud de cascotes provenientes de los derrumbes y varios de los accesos a los

edificios y a la misma torre del homenaje se habían colapsado al ir cediendo las vigas. Sin embargo, también encontraron un edificio bajo, posiblemente unas cuadras a juzgar por las separaciones a media altura, que todavía permanecía en pie. El espacio estaba formado por dos pasillos que se comunicaban en ángulo recto. El más profundo desembocaba en una estancia que se había venido abajo. Justo en esa parte, junto a los escombros, colocaron su equipo, mientras los caballos quedaban un poco más allá.

Marc encendió un fuego aprovechando las grietas del techo como chimenea natural. Sin duda, el humo quedaría pronto difuminado por la lluvia y no correrían peligro de delatarse. Mientras tanto, Alba encontró al mirar por una ventana un pequeño cuadrado de tierra que estaba repleto de hierbas silvestres, pero también de otras plantas comestibles.

—Sin duda alguna vez fue un pequeño huerto para disfrute del señor de la fortaleza. Pues bien, ¡hoy este castillo tiene nuevos señores! —dijo Philippe, riendo, y se apresuró a llevar a los caballos hasta allá, para que pudieran alimentarse por todo lo alto.

Una vez instalados, los tres compañeros se sentaron frente al fuego para secarse las ropas y comer algo. Sin embargo, la conversación se acabó pronto, pues estaban agotados pese a la poca distancia que habían recorrido desde aquella mañana y la hora tan temprana que era.

—Las jornadas de marcha comienzan a acumularse —murmuró Marc mirando hacia el rostro cansado de Alba.

—Sí, pero estamos cerca de nuestro destino —contestó ella forzando una sonrisa.

Sin mucho más que hacer, pusieron a los caballos bajo techo de nuevo y organizaron turnos de guardia. Marc se ofreció a hacerse cargo del primero y, casi a la vez que se levantaba para salir al exterior, su hermano comenzó a roncar.

Alba estuvo un buen rato disfrutando del agradable fuego mientras dibujaba en un pellejo de piel. Cuando comenzó a sentir la vista cansada y a bostezar, se echó cerca de las llamas. No obstante, aquel día le costaba conciliar el sueño pese al cansancio y decidió levantarse e ir en busca de Marc.

Tuvo que forzar al máximo sus capacidades hasta percibir su Voluntad. El inquisidor estaba agazapado sobre lo que antiguamente fuera un amplio corredor dentro de la muralla. Parte del muro se había venido abajo y en esos momentos parecía más una balconada llena de ventanucos y grietas. El inquisidor miraba a lo lejos a través de una de ellas, inmóvil como si fuera una gárgola. Daba la impresión de estar sumido en hondas cavilaciones, por lo que la mujer decidió dejarlo y volver dentro. Mientras se echaba de nuevo ante el fuego, no obstante, se preguntó si realmente le había visto mover los labios.

## IV

Diez fueron los Compañeros de Thomenn, eso lo sabemos bien. Pero, aunque nosotros consideramos al Rey Brujo como uno de ellos, todavía quedan cuatro nombres que se han perdido en las brumas del tiempo. Algunos sostenemos que dicha pérdida no fue casual.

—Textos anónimos prohibidos por la Orden.

La lluvia los acompañó durante varias jornadas hasta que el sol salió con tanta fuerza que parecía querer ahuyentar al invierno. La hierba brillaba, todavía húmeda, y por doquier se oía el rítmico goteo del agua al caer de los árboles. En algunas zonas más frías, las ramas incluso dejaban caer súbitamente algún resto de nieve sobre el terreno empantanado. En una ocasión, la yegua de Alba se asustó tanto con el sonido que comenzó a caracolear. Naffir y Furioso, por su parte, miraban a uno y otro lado, apacibles pero atentos, e incluso sus jinetes giraban la cabeza con rapidez cuando oían algún ruido. Sin embargo, los movimientos que percibían eran los propios de aquel pálido reflejo de una primavera todavía lejana: los pajarillos parecían más proclives a gorjear e ir de acá para allá con el sol resplandeciendo en todo lo alto; por dos veces se cruzaron con sendas familias de jabalíes que, sorprendidos, desaparecieron rápidamente entre la maleza; de vez en cuando un conejo saltaba desde su escondrijo, huyendo de ellos, y en una de esas ocasiones, un virote certero les procuró una succulenta cena.

Por fin, tras varios días de buen tiempo, llegaron a las afueras de una pequeña aldea.

—Robleviejo —anunció Alba, visiblemente emocionada—. Hemos llegado.

Marc se dio cuenta de que sus ojos estaban húmedos y que la sonrisa que le adornaba el rostro era no solo de alivio, sino de alegría.

Más allá, bajando por una suave ladera, se asentaba un pueblecito de no más de cuarenta casas. Al final del mismo, justo al lado opuesto desde donde miraban, un riachuelo separaba la población de los primeros campos de cultivo, pulcramente delimitados. El agua brillaba al sol de la tarde; el humo salía de las chimeneas y las gentes atendían sus quehaceres con tranquilidad. Dos comadres hablaban en la plaza, inclinándose una sobre la otra como si se estuvieran confiando los secretos más importantes del Imperio; varios muchachos correteaban de acá para allá persiguiendo a otro que portaba unas cintas de colores; un labriego volvía de su huerto con un pequeño carro tirado por un burro al que daba de comer una zanahoria para que lo siguiera dócilmente. Junto al modesto templo, las ramas de un gran roble se agitaban levemente con la brisa de la tarde. Hacia allí avanzó Alba tras desmontar, dejando atrás los árboles con despreocupación.

—Aconsejo prudencia —dijo Marc rápidamente, haciendo un ademán para detenerla.

—No hay soldados por los alrededores —contestó ella y señaló unas macetas de color amarillo que había en una de las primeras casas del pueblo.

Los dos inquisidores miraron hacia allá tratando de descubrir algo que se les hubiera pasado por alto pero finalmente desmontaron y siguieron a la bruja a regañadientes.

—Creo que siempre nos faltó mucha información sobre estas cosas —murmuró Philippe meneando la cabeza.

Mientras recorrían el pueblo se cruzaron con varios vecinos. Algunos se mostraban indiferentes; otros miraban a Alba con alegría pero, al ver a los dos hombres que la acompañaban, hacían como si no la conocieran y seguían su camino. Apenas hubo una o dos personas que les dedicaran un leve asentimiento de cabeza.

—La gente de este pueblo parece muy rara —susurró Philippe a la vez que sonreía a un par de ancianas que estaban sentadas a la puerta de una casa.

Las mujeres lo miraron con intensidad pero no movieron un solo músculo de la cara. El muchacho casi creyó sentir un levísimo aguijón de Voluntad en el trasero en cuanto se dio la vuelta.

—Eso es porque es un pueblo de brujas —contestó Alba, tratando de disimular la risa cuando notó el respingo del gigantón—, y a vosotros no os conocen.

Philippe tragó saliva y se encogió de hombros, tratando de aparentar indiferencia, pero el modo en que miraba a uno y otro lado o la rigidez de sus movimientos desmentían esa aparente calma.

Pronto llegaron hasta el otro lado de la población, muy cerca del riachuelo que habían visto antes. Allí, un poco apartada de las otras, se alzaba una casa de dos alturas. El tejado tenía una notable inclinación, para que la nieve acumulada cayera por su propio peso y la parte frontal presentaba un porche lleno de macetas y jardineras. En ellas, pese al frío de los días pasados, había multitud de flores y plantas, algunas de las cuales ascendían por las columnas y trepaban hasta sobrepasar el segundo piso en algunos puntos.

Varios pajarillos cantaban entre las ramas de las enredaderas y, algo más allá, un precioso perro de color canela mordisqueaba un hueso con tranquilidad, sin dar la más mínima importancia a su presencia. Un par de aves de mayor tamaño se atusaban las plumas en todo lo alto, mientras vigilaban con atención a los recién llegados.

—Eso no son pájaros cantores —dijo Philippe en voz baja, llevando la mano hasta la empuñadura de la ballesta.

—No —contestó Marc—. Son halcones.

Súbitamente, como si hubieran hecho sonar una campanilla, la puerta se abrió para dar paso a una mujer que salió mirando directamente en su dirección. Su rostro mostraba una antigua belleza ensombrecida por líneas de dolor y preocupación, que bien podrían haber hecho que sus cabellos encanecieran prematuramente. Vestía ropas humildes y tenía los hombros hundidos, pero la intensidad de sus ojos y la

energía en sus movimientos desmentían la aparente sencillez. Su gesto, lleno de sorpresa, se iba tiñendo poco a poco de emoción.

—Isabell —dijo Alba caminando hacia ella, visiblemente conmovida.

La mujer movió la boca, pero de sus labios no brotó palabra alguna. No fue hasta que las dos se fundieron en un abrazo y las lágrimas se desbordaron cuando consiguió emitir algún sonido.

—¡Pensé que habías muerto! Algunas decían que... —La mujer tragó saliva, como temiendo que aquello pudiera ser un sueño—. Decían que si todo hubiera ido bien, ya habrías vuelto.

—Hubo muchas complicaciones —contestó Alba secándole las mejillas pese a que ella misma no dejaba de llorar.

—Tu contacto en la Compañía de Lám nos dijo que triunfaste en Quiles. Nos pidió que te transmitiéramos su agradecimiento, pero no supimos nada más de ti.

—Los acontecimientos se desarrollaron de una manera que no podíamos haber previsto. Fue imposible enviar mensajes; no habría sido seguro. Pero lo importante es que estamos aquí.

Alba la abrazó de nuevo y ambas rieron y lloraron de felicidad hasta que, ya más calmada, la mujer se volvió hacia los hombres. Casi imperceptiblemente, su rostro fue cambiando hasta convertirse en una máscara de desconfianza.

—¿Quiénes son?

—Amigos, Isabell —contestó Alba, conciliadora, tratando de que la mirada de su amiga, que se había detenido en Marc, dejara de ser tan amenazante.

—No recuerdo haberlos visto nunca.

—Son amigos recientes.

—No solíamos entregar nuestra confianza al primer forastero que se nos presentaba, según recuerdo.

—Tienes razón, pero es mucho lo que hemos pasado en los últimos meses y las circunstancias son excepcionales.

—No hay nada que permita abandonar la prudencia, por muy excepcional que sea.

Como si notara la intranquilidad de su dueña, el perro se puso a su lado y comenzó a gruñir. Isabell parecía a punto de decir algo mucho más amenazante, pero justo en ese momento una nueva voz los interrumpió.

—¡Alba! —gritó un niño que corría hacia ella.

—¡Eldwin! —respondió la joven abriendo mucho los ojos. En su cara brilló una sonrisa, pero la mirada que dirigió a la otra mujer parecía, sobre todo, alarmada—. ¡Cómo has crecido! Pero ¿qué haces aquí?

—La tía Isabell me trajo. ¡Tenía muchas ganas de verte! —dijo el pequeño, llegando hasta ella y abrazándola con fuerza—. ¿Quiénes son? Este es muy alto ¿eres de Rock-Talhé? Los tahlianos son los más robustos de las cuatro provincias.



El niño, que no tendría más de cinco o seis años, se dirigió rápidamente hasta Philippe. Tenía una mirada clara y limpia y su sonrisa era el vivo reflejo de la inocencia infantil. Los ojos, de un claro azul, miraban con incansable curiosidad, absorbiendo cada detalle a su alrededor.

—Bueno, creo que soy de aquí y de allá —respondió el inquisidor rascándose la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó inmediatamente el niño, pero en ese momento cayó en la cuenta de que el oscuro garañón que había tras él tenía un tamaño descomunal—. ¡Nunca había visto un caballo tan grande! ¿Cómo se llama? ¿También es de aquí y de allá?

Antes de que Philippe pudiera prevenirle, Eldwin dio un par de pasos para palmear las robustas patas de Furioso. Marc, apenas a un metro, contuvo la respiración y se preparó para saltar sobre las riendas del semental.

Pero no pasó nada. El caballo agachó mansamente la cabeza, olisqueó la mano que le tendía el niño agrandando los ollares y se dejó acariciar el cuello con aparente delectación. Ante la estupefacta mirada de los demás, Eldwin dio unas palmadas en el pecho de Furioso y luego se volvió hacia Alba, como si recordara algo de repente.

—¿Dónde está el abuelo Aníbal? ¿Estos son amigos suyos? Isabell me dijo que se fue contigo porque os habían hecho un encargo muy importante y debíamos ser pacientes, pero os echaba mucho de menos.

—Yo también —contestó Alba, abrazándolo otra vez y parpadeando para disimular unas lágrimas que poco tenían que ver con las anteriores.

Mientras tenía al niño entre sus brazos, su mirada se cruzó con la de Isabell, que abrió mucho los ojos, como si de repente comprendiera. Su respiración se agitó durante unos instantes, el rostro perdió color y luego, con sumo esfuerzo, se recompuso antes de dirigirse al pequeño.

—Eldwin, ¿sabes dónde está Peca?

El rostro del niño se iluminó.

—No, ¡voy a buscarla! ¡Tenéis que conocerla! —gritó mientras se alejaba corriendo.

Cuando se fue, Alba se quedó cabizbaja, sin saber muy bien cómo comenzar a hablar. Hubo unos instantes de tenso silencio antes de que la otra mujer echara a andar hacia la casa y les hiciera un gesto vago para que la acompañaran. Cuando Alba se acercó a los inquisidores para tomar de nuevo las riendas de su yegua, aprovechó para susurrarles disimuladamente unas palabras:

—Ella es Isabell. Era la alumna más aventajada de Aurore y también su amiga. No sé muy bien cuáles serán sus sentimientos hacia ti, Marc. —Y añadió en voz aún más baja—: Aníbal era su tío.

Con la tez lívida, Marc siguió a Alba para dejar a Naffir en la parte de atrás y entrar en la casa.

La estancia principal era a la vez cocina y sala de estar. Una chimenea a un lado y un horno al otro mantenían la pieza agradablemente cálida. Había un Símbolo en una de las paredes, libre de estorbo a su alrededor, pero el resto tenían adornos o estaban ocupadas con estanterías llenas de libros o utensilios de todo tipo.

En el alféizar de la ventana más grande, una gran jardinera contenía flores que tamizaban ligeramente la postrera luz del atardecer que entraba en la sala. Junto a ella había una mesa de forma rectangular construida con bloques sólidos de madera barnizada y un escaño grande, donde los hombres se sentaron a una indicación de Alba.

Isabell, al otro lado de la pieza, había puesto un puchero y una tetera a calentar sobre la placa del horno y revolvía con unos frascos de hierbas.

—¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Y por qué tienes la cara tan sucia? —preguntó con voz monótona mientras preparaba el té sin levantar la vista.

—Isabell, Aníbal ha muerto. Pensé que lo sabías.

La otra mujer se detuvo en seco y agachó aún más la cabeza.

—Cuando todo sucedió... —dijo Alba intentando encontrar las mejores palabras para decir aquello mientras sus ojos se volvían a humedecer—, apenas tuve unas horas para retirar los cuerpos y mandar un mensaje. No sabía qué hacer, estaba sola y seguramente mis decisiones no fueron las más acertadas. No sé cómo pedirte perdón. Si hubiera sido más fuerte o más rápida habría podido evitarlo, pero no lo fui. Aníbal murió por mi debilidad.

Alba se tapó la cara con las manos mientras sollozaba quedamente.

Los dos hombres se miraron sin saber qué hacer en aquella situación. Isabell, justo frente a ellos, seguía inmóvil con los ojos fijos en el resplandor del horno. Cuando la tetera comenzó a silbar alzó súbitamente la cabeza y tomó un trapo para retirarla de la placa.

—Supe que hubo muertos en Regia —dijo sin darse la vuelta—, pero tenía la esperanza de que él no estuviera entre ellos. Los hombres que envió el Consejo al recibir tu aviso encontraron varios cuerpos, pero menos de los que te protegían allí y quise pensar que todo había salido como planeaste. Te imaginé viajando con Aníbal, unos cuantos de los nuestros y —Isabell torció la cabeza antes de proseguir— tu presa. Sin embargo, los hombres que mandaron a recuperar los cuerpos fueron asaltados por la patrulla de un árbitro cuando volvían y murieron también. Prefirieron luchar antes que ser capturados. No pudimos preguntarles por la identidad de aquellos a los que habían dado sepultura en Regia.

Alba se acercó a ella y la tomó afectuosamente de los hombros para que se girara.

—Isabell —dijo mirándola a los ojos— este es Marc. Es el inquisidor que acudió a Regia.

El color abandonó las mejillas de la mujer, que la miró espantada como si le hubieran confesado una monstruosidad inimaginable.

Marc, incapaz de permanecer callado por más tiempo, decidió ponerse en pie.

—Señora, mía es toda la responsabilidad de lo que ocurrió aquella noche —dijo con gesto grave—. Mucha sangre se vertió allí, de un modo absurdo e injustificado, solo por mi culpa.

Isabell se volvió hacia el inquisidor. Sus ojos, de un tono gris claro, estaban empañados por las lágrimas, pero transmitían una intensidad palpable.

—El hombre del que habláis murió por mi mano, tras luchar con fuerza y coraje para que Alba pudiera lanzar su hechizo. Por eso imploro vuestro perdón, aunque no sea merecedor de tal gracia. Su muerte me llena de vergüenza e ignominia porque hoy sé que el convencimiento que me impulsaba entonces era equivocado e infame.

Isabell seguía mirándole fijamente sin molestarse en ocultar las lágrimas. Sin embargo, sus labios temblaban de rabia y los puños estaban apretados.

Con creciente preocupación, Philippe se dio cuenta de que aquella mujer bien podría ser el orgullo de Aurore, pues la Voluntad que comenzaba a irradiar contenía un matiz de salvajismo que le traía recuerdos lejanos y angustiosos. Marc, junto a él, permanecía con los brazos a los costados y la miraba sin el menor asomo de que fuera a intentar defenderse, si llegaba el caso.

—Isabell —dijo Alba intentando aparentar tranquilidad—, él ya no es un enemigo. Ahora está de nuestro lado.

La mujer se volvió hacia ella con gesto enérgico pero, cuando iba a contestar, ladeó la cabeza y dejó la mirada perdida unos instantes, como si oyera algo. Con la misma rapidez con la que escampa una tormenta de verano en Uruth, se dio la vuelta y comenzó a remover la tetera y servir el té. Apenas un instante después, Eldwin entró por la puerta, sosteniendo un gato entre sus manos.

—¡Esta es Peca! —anunció con una sonrisa.

Las sombras eran ya muy largas cuando se sentaron a la mesa junto a Eldwin, que parloteaba sin cesar. Solo Isabell permanecía de pie atendiendo el puchero, recogiendo los cacharos o pasando un trapo húmedo por la encimera, cuya superficie estaba ya más que limpia.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó el niño tendiendo su mano—. Yo soy Eldwin.

—Yo soy Philippe —dijo el gigantón, ocultando con su enorme manaza la del niño— y él es Marc.

—Isabell dice que hay que ser educados y lo primero es presentarse —afirmó él—. Esta es Peca.

Eldwin la cogió de su lado y la colocó sobre la mesa. El animal se encogió sobre sí mismo, sin quitar ojo a los dos hombres. Era un felino grande y su pelaje, de un

color canela brillante, era sin duda el motivo de su nombre.

—Bájala de la mesa —dijo Isabell sin darse la vuelta—. Ya sabes que es muy tímida, no está cómoda tan expuesta.

—Peca apareció un día bajo mi ventana cuando apenas tenía una o dos semanas —continuó el niño, mientras la depositaba en el suelo. En cuanto sus patas tocaron la alfombra salió corriendo para esconderse bajo una estantería, desde donde podía verlo todo a salvo—. La cuidamos entre los dos y la alimentamos dándole miga de pan untada en leche. Desde entonces está con nosotros.

—Yo también tengo una mascota —dijo Philippe, ufano al ver la expectación del niño.

—¿También es un gato? ¿O un perro, como el de Isabell?

—No, es mucho más exótico —afirmó el gigantón cruzándose de brazos y adoptando una mueca de suficiencia que hizo reír al niño.

—¿Una serpiente? ¿Un hurón?

—No. Verás, un buen día, mientras comía, estuve a punto de atragantarme con un trozo de hueso —Philippe se inclinó hacia Eldwin y bajó el tono. Después miró hacia los lados, como si algún desconocido pudiera escucharle—. Muy enfadado, conseguí escupirlo y me dispuse a aplastarlo bajo mi bota. Pero entonces, el trozo de hueso suplicó piedad y me prometió ayuda y compañía por siempre si le perdonaba.

—¡Pero si los huesos no hablan! —rió Eldwin.

—Este sí —afirmó Philippe—, así que lo llevé conmigo durante un año alimentándolo todos los días con agua y sal.

Alba, junto al pequeño, resopló al notar como Philippe llevaba la mano discretamente a una de sus bolsas, bajo la mesa.

—Y ¿qué pasó?

—Bueno, con el tiempo el trozo de hueso se hizo mucho más discreto y ya casi no habla, pero también creció hasta convertirse... ¡en una cabeza!

A la vez que pronunciaba las últimas palabras, el gigantón subió las manos de golpe y se puso el casco que le habían hecho, tiempo atrás, con el cráneo de un troll.

—¡Robles! —gritó Eldwin—. ¿Pero de qué animal es eso? ¡Es enorme!

—Es de un troll —dijo Philippe alargando los brazos para ponérselo a él—. Una vez tuve que luchar contra uno y, para recordarlo, pedí que me fabricaran este casco.

—Eso es un poco triste —contestó Eldwin quitándose el casco lentamente.

Con una seriedad sorprendente para su edad, lo sostuvo ante sí y luego se lo entregó al inquisidor.

—Me gusta mucho —dijo— pero me apena que tuvieras que matarlo para conseguirlo.

—Pertenece a un animal viejo y orgulloso —dijo Isabell, que se había girado sin que los otros se dieran cuenta y miraba a Philippe con evidente desagrado—. No creo que os buscara a vos para que le dierais muerte.

—Mi señora —contestó él con un tono sumamente respetuoso—, el animal del que habláis tomó por costumbre bajar desde las Colinas Eternas hasta un pueblecito que no creo que esté a más de tres o cuatro jornadas de aquí, avanzando por caminos principales. Cada vez que el hambre acuciaba, destrozaba vallas y cobertizos para darse un festín con el ganado. No creo que hubiera sido aconsejable esperar a que murieran personas para ponerle solución.

La mujer lo miró con los labios apretados y se volvió de nuevo.

—En todo caso, no siento ninguna alegría por su muerte. Ni creo que nadie deba hacer bromas al respecto —dijo antes de seguir removiendo el puchero.

Hubo un momento de silencio durante el cual el niño miró a unos y otros con gesto preocupado, pero de repente recordó algo y salió corriendo hasta la habitación contigua. Después volvió para poner encima de la mesa un precioso bonsái que parecía la copia exacta de un abeto gigante en miniatura.

—¡Es precioso! —dijo Alba con genuina admiración—. ¿Lo has cultivado tú sólo?

—Me está ayudando la tía Isabell —contestó Eldwin con satisfacción—. Dice que, si algún día nos tenemos que ir a otro sitio, podré llevarlo conmigo. Así, siempre tendremos un trocito de nuestra tierra con nosotros. Yo he decidido que cuando nos quedemos definitivamente en algún lugar, lo plantaré cerca de un río. Los abetos de Seléin siempre consiguen crecer si se los cuida al principio. Algún día podremos merendar todos juntos bajo su sombra.

Marc, silencioso durante todo el tiempo, entrecerró los ojos con la vista fija en el niño.

—¿Viajáis mucho? —preguntó mientras tanto Philippe, fingiendo desinterés.

Pero, antes de que Eldwin pudiera contestar, Isabell cogió el puchero y se dirigió a la mesa.

—La cena está lista —dijo con tono cortante.

Poco después, cinco tazones humeantes estaban sobre la mesa y, como solía ser habitual en tales circunstancias, el silencio fue roto por Philippe.

—Señora, he de deciros que esta es sin duda la mejor sopa de pollo que he probado en años. Sois realmente una maestra en el arte culinario. —Isabell alzó una ceja, tratando de discernir algún significado oculto en las palabras del gigantón—. No sé si es la hierbabuena o ese ligero picante lo que configura un sabor tan espléndido pero he de insistir en que estoy disfrutando.

—Eres demasiado generoso —contestó ella, confundida.

—¡En absoluto, señora! —insistió Philippe alzando un enorme índice—. Os aseguro que puedo considerarme un digno jurado, pues he visitado cientos de posadas a lo largo de todo el Imperio. He comido en los salones más lujosos y también en los más sórdidos burdeles.

—¿Qué es un burdel? —preguntó Eldwin.

—¡He comido rata asada y también faisán trufado sobre un lecho de pétalos! —añadió rápidamente Philippe—. Y os digo que vuestra destreza es digna de elogio. Pues no es la sofisticación, sino la maña de saber crear arte con pocos ingredientes lo que señala la maestría.

Todavía confundida, Isabell esbozó una ligera sonrisa y parte del dolor de su rostro se retiró, dejando a la vista lo que poco tiempo atrás debió ser una clara belleza. Por un momento la tensión se redujo y los presentes comieron con algo más de tranquilidad. La franca mirada de Philippe, unida a su rostro juvenil lleno de pecas parecían tener siempre esa curiosa propiedad.

—Has de saber que pese a sus lisonjas, Philippe sería capaz de comerse una piedra si la aderezaras debidamente —dijo Alba.

Eldwin rio, casi atragantándose, hasta ponerse rojo.

—Es cierto —afirmó él muy serio—. Una vez me comí cuatro panes enteros y después bebí tanta leche que mi barriga se hinchó hasta parecer una pelota gigante. Mis amigos tuvieron que llevarme rodando calle abajo.

El pequeño rio de nuevo y, después de cenar, se sentó entre los dos inquisidores, parlotando de mil cosas. Cuando Isabell comenzó a recoger la mesa, ambos hicieron amago de levantarse para ayudar, pero Alba les hizo un discreto gesto para que se quedaran donde estaban. Pese a que las dos brujas se apartaron al otro lado de la sala para fregar los cacharros, Marc y Philippe fueron conscientes de que hablaban en voz queda.

—Ya es hora de irse a la cama —dijo Isabell al cabo de unos minutos, dirigiéndose a Eldwin.

—¡Pero Marc me está enseñando a hablar en agoriano!

—Mañana podéis levantaros al amanecer para continuar con las clases —contestó ella, inflexible—. Ahora despídetes, vete a lavarte y a dormir.

—Hasta mañana —dijo él, con un mohín enfurruñado.

Entonces le dio un beso a cada uno de los hombres, que respondieron con cierta inseguridad. Después, abrazó a Alba y se despidió de ella con otro beso. Sin embargo, cuando pasó junto a Isabell se cruzó de brazos y no le dedicó ni una mirada.

No habían pasado más que unos segundos cuando volvió corriendo para abrazarla con fuerza.

—Hasta mañana, tía Isabell ¿vendrás a taparme?

—Claro que sí. Llévate a Peca, creo que quiere dormir.

—Hay mucho de lo que debemos hablar —dijo Alba cuando Isabell volvió abajo.

—Hay mucho de lo que deseo hablar *contigo* —contestó ella—, como la razón por la que has traído a dos inquisidores a mi casa.

—Ya te he dicho que las cosas fueron muy distintas a como esperábamos. Marc estuvo sometido a mi hechizo largas semanas pero, cuando se liberó, fue por su propia voluntad que decidió venir conmigo y por sus propios ojos que vio la mentira del Imperio.

Isabell no contestó, pero su expresión dejaba a las claras que no confiaba en él.

—Y bien, ¿encontrasteis algo?

—Ya lo creo que encontraron algo —rio Philippe acercándole a Alba el trozo de tela con que habían envuelto el escudo.

—¡Por el amor de Thomenn! —exclamó la bruja en cuanto vio los relieves que lo adornaban—. ¿Es el Salvador? ¿Y esos son los Compañeros?

—Creemos que este escudo demuestra que las brujas no eran sus enemigas —susurró Marc.

—Por supuesto que no —dijo ella pasando la mano por la defensa—. Este es Elías, y este Shacon. Aquí está Lysanna, la Madre de Todas las Brujas, con su mano sobre el hombro de Thomenn.

—Incluso Lám viste una túnica cuyos símbolos parecen antiguas representaciones arcanas —dijo Alba.

—Y esta es la Siempreverde —dijo Philippe sosteniéndola con delicadeza en sus manos.

Isabell contuvo la respiración cuando se la entregó.

—El fuego no puede dañarla. El tiempo no la ha marchitado y no importa que pase jornadas enteras dentro de las alforjas, siempre se muestra igual de lozana —dijo Alba, sonriendo al ver la emoción de su amiga.

—¿Y el Manual de Thomenn? ¿Estaba allí también?

—No, pero Philippe cree que existe y que se halla en una de las habitaciones privadas del Emperador en su palacio de Hÿnos.

—Son grandes noticias —contestó ella ensimismada, mirando las hojas del rosal y el capullo que permanecía cerrado—. Es una verdadera tragedia que ella no esté aquí para verlo.

Alba inspiró lentamente, reprimiendo una dura respuesta, y habló con voz conciliadora:

—Lo importante es que su legado perdura y sus palabras aún nos guían.

—Ella habría sabido qué hacer con esto. Habría sabido *ver*.

—Pero quizá sin su sacrificio hoy no tendríamos estas reliquias con nosotros. Aurore creía firmemente que lo que debía hacerse era mucho más importante que su propia vida.

Como por accidente, los ojos de Isabell se cruzaron con los de Marc y tras unos instantes de tensión, apartó la mirada.

—Yo la amaba más que a cualquier otra cosa —dijo él finalmente—. Ella fue allí dentro lo único que me salvó de la locura. Si hubiera algo que pudiera hacer para devolvértela ten por seguro que...

—¡Tú fuiste su cárcel! —gritó Isabell poniéndose bruscamente en pie—. ¡Fue allí para destruirte! ¡Podría haber arrasado el lugar y volver, pero en vez de eso se sometió al dolor y la reclusión por ti! ¿Crees que vuestro vulgar Monasterio era suficiente para retenerla? ¡Era un ser de luz y fuerza! No tenía igual entre los nuestros ¡y tú nos la arrebataste! ¡La hiciste mermar hasta que murió consumida!

Alba rodeó con sus brazos a la mujer antes de que la situación se volviera incontrolable y la acompañó fuera de la habitación.

Los dos inquisidores permanecieron en silencio y, al cabo de unos instantes, Philippe apretó el brazo a su amigo y le palmeó la espalda.

—¿Estás bien?

—Claro —respondió Marc, aunque su rostro no reflejaba más que dolor—, pero tiene razón. Aurore murió por mi culpa.

—¡No empieces con eso otra vez! Alba ya nos explicó lo que Aurore había ido a hacer al Monasterio y también lo que vio en ti, que no era lo que esperaba. Amigo, en esta vida uno puede ser responsable de sus actos, pero no de lo que deciden hacer los demás. En añadidura diré que comparto lo que ha dicho nuestra compañera: quizá sin el sacrificio de Aurore no tendríamos hoy ni esta rama ni el escudo. Seguramente tú y yo seguiríamos cegados en la Orden y un buen día daríamos caza a alguna de estas muchachas inocentes o moriríamos bajo su poder. No, no caeré en la trampa de decir que Aurore murió por nada. Eso sería demasiado fácil. Lo realmente complicado es lo que nos espera ahora, si es que pretendemos hacer algo con lo que nos dejó.

—Tiene razón —dijo Alba al entrar de nuevo en la cocina—. Pero para Isabell es muy duro aceptarlo. Estaban muy unidas. La amaba como a una madre y la idolatraba como mentora.

—Y no creo que tuviera en baja estima a Aníbal.

—Marc, el mundo en el que vivimos las brujas es tan duro que hemos aprendido a lidiar con situaciones muy complicadas. Aunque no lo creas, hay un corazón tierno y bondadoso dentro del pecho de Isabell y, con tiempo, será capaz de aceptar que tú no tuviste ninguna culpa en todo esto. Solo hay un responsable, y es el Emperador, junto a todos sus adláteres.

—En todo caso, no sé si ha sido buena idea venir aquí —contestó él—. Quizá habría sido mejor que tú le dieras las noticias. Nosotros podríamos haber esperado en el bosque a que el Consejo se pronunciara.

—Lo que yo no sé —dijo Philippe con evidente enfado— es por qué demonios no nos contaste nada antes. Nos has traído aquí sin hablarnos de Isabell, de sus asuntos con Aurore o su parentesco con ese Aníbal. ¿No pensaste en prevenirnos, al menos?

—¡En lo único que pensaba es en todo lo que debo proteger aquí! —estalló Alba, siseando para que su voz no llegara hasta Eldwin—. ¿Te crees que volver de nuevo a mi casa acompañada de dos inquisidores tras meses de duda y ausencia es fácil? Tengo mucho que explicar al Consejo y me pedirán cuentas por cada palabra que os haya revelado —añadió golpeando a Philippe con un índice en el pecho—. En cuanto



a Isabell y Eldwin, ellos dos son más importantes de lo que podáis llegar a comprender. Y, además, son lo poco que aún puedo llamar familia.

Los dos hombres quedaron en silencio tras sus palabras, con expresión de culpabilidad en el rostro.

—Lo siento, Alba —dijo Philippe con gesto humilde tras unos instantes—. No lo había visto desde tu perspectiva.

—Sabes que te apoyaremos en esto —añadió Marc—, pero quizá era prematuro que nos presentáramos ante tu amiga.

—Es posible, pero también era necesario. Es ella la que nos pondrá en contacto con el Consejo y tiempo es algo de lo que no andamos sobrados. Deberíamos aprovechar que Eldwin se ha ido a dormir para hablar.

—A propósito —dijo Philippe—, hay algo extraño en ese niño, ¿no es cierto?

—No creo que un hombre tan grande como tú deba preocuparse por un muchacho tan pequeño —contestó ella con suspicacia.

Marc miró a su hermano con desaprobación antes de dirigirse a la bruja.

—Creo que lo que Philippe quiere decir es que es un muchacho excepcional.

—De eso no te quepa duda —respondió ella.

Marc se tomó unos segundos antes de volver a hablar.

—Hay algo que te quería preguntar y no tiene relación con Eldwin —dijo con voz conciliadora—. ¿Cómo es que Aníbal era tu protector y no el de Isabell? A fin de cuentas era su tío.

—Porque no era necesario que yo tuviera uno —dijo entonces Isabell, volviendo a la habitación—. A fin de cuentas no había nada especial que proteger.

—¿A qué te refieres? —preguntó Philippe sin poder evitarlo.

—Isabell, ¡por favor! —dijo Alba antes de que su amiga pudiera contestar.

—Cómo ¿no se lo has contado? Pensé que eran muy amigos tuyos —dijo ella con desdén.

—Estábamos hablando acerca de lo que hemos venido a hacer aquí —dijo Alba, tajante—. Tenemos que acudir ante el Consejo.

—Lo sé —dijo la bruja sentándose a su lado—. La Voz lleva aquí varios días.

—¿La Voz del Consejo está aquí?

Isabell asintió, tratando de disimular la incomodidad que le causaba hablar de tales cuestiones en presencia de los dos hombres.

—Llegó hace un par de días. Al parecer, alguien vio tu inminente llegada a Robleviejo.

—¿Cómo que *la vio*? —preguntó Philippe.

—La premonición es un don poco frecuente en nuestra sociedad, pero algunas lo tienen —explicó Alba antes de volverse de nuevo hacia Isabell—. Debemos avisarlo cuanto antes de que ya hemos llegado. Las noticias son demasiado importantes para posponerlo.

—Él ya sabe que estás aquí. A fin de cuentas habéis atravesado el pueblo por la calle principal. Te aseguro que, cuando desee que te presentes ante él, te reclamará.

—¿Cómo sabes que vinimos por la calle principal? —preguntó Marc—. Habríamos visto a cualquiera que hubiera venido a decírtelo.

Por toda respuesta, la bruja alzó una ceja con suficiencia.

—¿Por qué está Eldwin aquí? —preguntó entonces Alba.

Isabell miró con desconfianza hacia los dos hombres antes de contestar.

—Había mucha gente deambulando por los caminos últimamente. Gente sospechosa —recalcó con los ojos fijos en Marc—. Y ahora ¿me vas a explicar de una vez por qué tengo a dos inquisidores sentados a mi mesa?

Alba tuvo que hablar durante más de una hora para contarle a Isabell un resumen de las desventuras que les habían llevado desde Regia hasta la tumba de Lám. Le habló de lo acontecido en el pueblo, no muy lejano, de Tres Lunas; de los encuentros que tuvieron con las tropas imperiales; también, de forma muy escueta, de cómo había ido debilitándose el hechizo que mantenía a Marc privado de cualquier capacidad de decisión y del momento en que le reveló su linaje. La mujer escuchaba atenta y sin levantar la vista, salvo para pedir alguna aclaración o echar un breve vistazo a los inquisidores. Pero cuando el relato llegó hasta los acontecimientos que derivaron en su captura en Mulars, Isabell no pudo por menos que interrumpirla.

—¿Me estás diciendo que el inquisidor, ya fuera del influjo del hechizo, hirió de muerte a su superior?

—Al mismísimo Gran Maestre de la Orden —subrayó Philippe con expresión satisfecha.

—Jhaunan —contestó ella—. Lo conozco de oídas. No puedo decir que lamente su suerte.

Su expresión pareció suavizarse un poco, especialmente cuando oyó el terrible estado en que rescataron a Marc después de sufrir tortura, pero no hizo más comentarios.

Solo cuando Alba le confesó lo que había estado haciendo el inquisidor mientras ella aguardaba en la casa del molinero Isabell pareció alarmarse de verdad. Sus ojos se agrandaron y se volvió hacia él con la más absoluta perplejidad en el rostro. Bien podría ser la mirada con que se contempla a un valiente arriesgando su vida o a un loco a punto de perderla.

—Esto es demasiado grande para mí —dijo en un susurro, todavía aturdida—. No puedo valorarlo, son acontecimientos que me superan. Habíamos oído que sucedían cosas extrañas en Quiles, pero no conocía los hechos exactos. Espero que la Voz sepa interpretarlos de algún modo.

—Ojalá entienda que lo hicimos por necesidad y porque, en ese momento, nos pareció una medida tan arriesgada como determinante, si teníamos éxito —dijo Alba.

—No lo *hicimos* —la interrumpió Marc—. Lo hice yo. La responsabilidad es solo mía y solo a mí ha de pedirse que responda por ello.

—Y ten por seguro que te lo pedirán —murmuró Philippe—, no es algo que se pueda dejar pasar así como así.

—Especialmente para aquellos cuyos familiares mueran bajo la violencia de esos seres —susurró Isabell.

Antes de que la conversación se hundiera aún más en la oscuridad, Alba continuó su relato describiendo cómo se encontraron con Philippe, la información que el joven aportó acerca del Manual de Thomenn o las catacumbas de la Catedral y también de cómo decidieron avanzar directamente hacia Hÿnos.

—Un momento —pidió Isabell llegados a ese punto—. Hace poco escuché lo que unos peregrinos contaban acerca de lo que había sucedido en la ceremonia por el cumpleaños del Emperador. ¿Acaso habéis sido vosotros también los responsables de aquello?

Alba asintió y señaló a Marc.

El gesto de sorpresa permaneció unos segundos más en el rostro de Isabell hasta que, súbitamente, rompió a reír.

—¡No puedo creerlo! —dijo dando una palmada—. Le habéis regalado al linaje de los emperadores el mayor ridículo que se recuerda. Con razón se oían tantos brindis cuando pasaba por la taberna. Os aseguro que no se chocaban tantos vasos en años.

—Y los rumores viajan más rápido que las personas —apuntó Philippe—. En las tabernas, los bulos ruedan desde los que van a pasar la noche hacia los que están a punto de irse. No dudes que dentro de poco todo el Imperio sabrá lo que Marc hizo en Hÿnos. O, al menos, una de las muchas versiones que comenzarán a correr —rio.

—Estos hombres decían que, en medio de la ceremonia, se oyó un poderoso trueno que parecía la mismísima voz del Creador. Entonces el retablo de la Catedral fue engullido por una enorme lengua de fuego como si el propio Gillean alentara las llamas. Dijeron que el Embajador chillaba como un tostón a punto de ser sacrificado mientras corría de acá para allá.

—Nosotros no llegamos a verlo —admitió Marc con una leve sonrisa—, pero no me importaría pensar que fue así.

—Pues has de saber que, si de veras sois vosotros los responsables de aquello, os habéis ganado la admiración de muchas brujas. De la mayoría, de hecho.

No hablaron mucho más antes de irse a dormir. Isabell les dijo que podían acomodarse junto a la chimenea, allí mismo, y separó un poco la mesa para que pudieran tender sus mantas de viaje en el suelo. Después les trajo otras para que se taparan.

—Descansad bien —dijo Alba sin poder disimular del todo su preocupación—. Puede que mañana nos presentemos ante la Voz.

La noche era oscura y silenciosa. Solo la fuerte respiración de Philippe aliviaba la pesada quietud que embargaba a Marc. Su hermano se había pasado cerca de una hora hablando con él, tratando de animarlo después de que los reproches de Isabell hubieran avivado el recuerdo de Aurore pero, finalmente, se había quedado dormido.

Arriba, en el dormitorio principal, las dos mujeres también descansaban junto a la habitación de Eldwin. Marc se preguntó si habría sido así anteriormente: Isabell y Aurore durmiendo pared con pared, casi como madre e hija.

Aquella era la primera noche que no hacían guardias desde que salieron de la casa del molinero. Marc había preguntado cómo querían establecer los turnos de vigilancia, pero Isabell dijo que perdieran cuidado. Él, sin embargo, no podía evitar sentirse intranquilo.

Totalmente desvelado, se levantó para acercarse a la ventana. La noche era clara y las casas que veía desde su posición estaban bañadas por la luz de la luna. En alguna se distinguía algún tímido hilillo de humo saliendo por la chimenea pero, aparte de eso, no había ningún otro signo de vida. Las calles estaban desiertas.

El perro de Isabell, en cambio, montaba guardia junto a los escalones del porche, con la cabeza apoyada sobre las patas y las orejas tiesas, atento a cualquier ruido. Mientras lo miraba, el animal se puso en pie y se volvió hacia él, olfateó unos instantes en su dirección y comenzó a mover la cola.

Marc sonrió sin darse cuenta. Sabía que en el cobertizo que había en el lateral de la casa, sus tres caballos, junto a la yegua parda de Isabell, descansaban también, protegidos del viento. Hacia ese lado, casi al límite de su campo de visión, había una lechuza que miraba hacia todas partes con tranquilidad. Estaba en una de las ramas más bajas de un castaño y de vez en cuando también se giraba directamente hacia él.

—Es curioso cuánto ha cambiado la vida —se dijo en un susurro.

Se hallaba en la casa de una bruja; en un pueblo de brujas, como había dicho Alba. Al día siguiente, incluso, era posible que se entrevistaran con el portavoz de su Consejo. Aquello le habría resultado inconcebible tan solo unos meses atrás.

—Y todo porque me encargaron investigar en Regia al más cruel enemigo del Imperio —susurró.

Volvió a sus mantas con cierta sensación de vértigo y se echó de nuevo, obligándose al menos a descansar el cuerpo.

Cuando por fin se quedó dormido, tuvo sueños agitados en los que Alba e Isabell lo miraban con evidente animosidad. Aurore, mucho más grande que ellas y lejana como una montaña en el horizonte, le reprochaba con un mudo alarido de dolor haberla dejado morir.

A la mañana siguiente, cuando las mujeres bajaron, los inquisidores ya estaban en pie. Un agradable aroma a té y a pan tostado comenzaba a llenar la cocina.

—Mi señora —dijo Philippe dirigiéndole a Isabell una florida reverencia—, hemos encontrado afuera una cuba con agua de lluvia y nos hemos permitido el lujo de sacar un poco en un cubo para lavarnos. Espero que no os importe.

—Es el agua de la que bebe mi yegua —respondió ella con una leve sonrisa.

—Suficientemente limpia entonces para dos inquisidores curtidos en innumerables vicisitudes higiénicas —respondió él con tal seriedad que le hizo soltar una carcajada.

—Philippe insistió en preparar el desayuno —dijo entonces Marc, en tono de disculpa—. Os aseguro que es capaz de cocinar verdaderos milagros con poco más que tierra y perejil. Solo hemos utilizado lo que estaba a la vista, no hemos abierto ningún cajón.

Isabell asintió, algo insegura, y se sentó a la mesa, animada por Alba.

Al principio desayunaron en silencio, pero el sol había salido radiante y Philippe silbaba una vieja tonada, acompañado del alegre canto de los pájaros, que acabó por animar hasta el circunspecto rostro de la bruja. Cuando Eldwin bajó, fue como si un dique se rompiera y la conversación comenzó a fluir sin trabas.

—Philippe ¿por qué eres tan alto? —preguntó el niño después de darles los buenos días a todos.

—Porque de pequeño me ataron de los pelos a un caballo y de los pies a otro. El encargado los azuzó demasiado y me quedé así —respondió él haciendo un mohín.

Eldwin lo miró con el ceño fruncido antes de volver a preguntar:

—Pero ¿por qué tienes los brazos tan anchos? Jolen, el herrero del pueblo donde vivíamos antes, era también muy grande y fuerte, pero no tanto. ¿Crees que podrías levantarme con una mano?

—No lo sé —respondió Philippe mirándolo con ojo crítico—. Una vez levanté una almohada llena de plumas ¿crees que será suficiente?

Riendo de nuevo, Eldwin saltó para colgarse de un brazo. Philippe colocó en su sitio el bote de hojas de té alzando al muchacho con él, fingiendo que no se había dado cuenta.

—¿Dónde está ese niño? —dijo entonces mirando a uno y otro lado, mientras se daba la vuelta hacia los demás, con él colgado del brazo como si no fuera más que una pulsera—. ¡Si no aparece pronto me tendré que comer yo su desayuno!

Eldwin, agarrado a él, reía incontinentemente y hasta Isabell volvió a soltar una carcajada sin poder evitarlo.

Marc, sumido en sus propias reflexiones, observaba a sus compañeros con una expresión benevolente mientras saboreaba la infusión. Alba parecía animada y sonreía al mirar a Philippe.

Cuando el niño se sentó a la mesa, el gigantón comenzó a silbar alegremente de nuevo mientras untaba mantequilla o mermelada. Cuando acababa con la

correspondiente remesa, se giraba hacia la placa del horno y retiraba otro nuevo lote de hogazas de pan recién tostadas. Canturreando a la vez que amagaba una reverencia de nuevo, le acercó dos a Isabell. La mujer parecía descolocada, pese a que el ambiente era notablemente más relajado que el día anterior, y no abrió la boca. Sin embargo, el color había vuelto a sus mejillas y parecía algo más amigable que cuando la conocieron. Pero, aunque con Philippe había llegado incluso a bromear en alguna ocasión, al dirigirse a Marc seguía siendo ostensiblemente desabrida en sus respuestas.

—Ayer te oí reír —le dijo Eldwin de pronto—. Hacía mucho que no lo hacías. Me gustó.

La mujer quedó en silencio unos instantes, como valorando si aquello suponía exponerse demasiado.

—A mí también, Eldwin —contestó finalmente, relajando su postura y sonriendo.

Continuaron charlando un buen rato más mientras desayunaban. El niño les habló de la audacia que demostraba Peca para llegar a los sitios más inaccesibles y del castillo que había construido gracias al último temporal de nieve. Sin embargo, en un momento dado, Marc se fijó en que Isabell torcía la cabeza, como si escuchara a lo lejos. Los ojos se le desenfocaron y, durante unos segundos, su rostro quedó vacío de cualquier expresión. Pasado ese instante, empero, la mujer carraspeó y sonrió como si nada hubiera pasado.

—A propósito, Eldwin —dijo— ¿por qué no vas a ver cómo está Peca? Ayer apenas cenó.

—Es cierto —contestó él muy serio—. ¡Voy a subirle alguna cosa!

En cuanto el niño se marchó escaleras arriba, Isabell se levantó y abrió la puerta de la casa.

Los demás pudieron ver por la ventana como recibía a un hombre que, justo en esos momentos, entraba al porche. Intercambiaron unas breves palabras en voz baja y el desconocido se marchó. Entonces la bruja se volvió hacia ellos con gesto tenso.

—Es la hora. La Voz os reclama.

## V

Thomenn infundió fuerzas a sus aliados. A algunos los curó, les otorgó la virtud de sanar o de alzarse con fuerza sobrehumana. Pero hubo otros a los que entregó dones que permanecieron ocultos.

—*El Manual*, versión desconocida.

La jornada era tan radiante como la que la había precedido. El sol brillaba en un cielo azul intenso al que parecían haber cosido unas pocas nubes hechas con plumón blanquísimo. Hasta el pueblo parecía más animado. Volvía a haber niños correteando, voces que se oían por doquier y gente que se dedicaba a sus quehaceres cotidianos. No obstante, en esta ocasión la mayoría le dirigían cariñosos saludos a Alba e incluso alguna sonrisa a sus dos acompañantes.

—Parece que ya no somos tan sospechosos —dijo Philippe con gesto dubitativo.

—Saben que habéis pasado la noche en la casa de Isabell y ella es muy respetada en nuestra comunidad.

—Desde luego no parece del tipo de persona que da cobijo al enemigo.

—Ni cobijo ni cuartel —aseguró Alba.

—¿Hay algo que debemos saber acerca de la Voz? —interrumpió entonces Marc, hablando en susurros.

A diferencia de Philippe, él parecía más tenso que el día anterior. Había estado toda la mañana con una expresión circunspecta en el rostro que casi rayaba el mal humor.

—Solo que es alguien importante y poderoso. Habla en nombre de nuestro Consejo —contestó Alba—. Mostrad respeto y humildad y todo irá bien.

—Yo soy experto en respeto y humildad —afirmó Philippe con una mueca.

—Todavía sigo preguntándome cómo es posible que supiera que íbamos a llegar —dijo Marc.

—Ye te dije que los dones que posee mi gente son diversos. Uno de los menos comunes es, sin duda, el de contemplar lo que ha de venir.

—Pero entonces, ¿por qué no evitan la captura de las brujas, o los ataques de los inquisidores?

—Las predicciones no funcionan así. Son erráticas, imprecisas y muchas veces no muestran claramente una situación, sino una parte de ella. Aurore sabía mucho de esto. Siempre decía que, cuando se trata de un asunto sencillo, resulta relativamente fácil de percibir por la persona con capacidad. Pero cuando es la consecuencia de muchas pequeñas cosas, de las voluntades de muchos, es casi imposible. —Alba se detuvo al doblar una esquina—. Es aquí.

La taberna de Robleviejo era un edificio austero de dos alturas. Tenía planta rectangular y a aquellas horas de la mañana estaba muy tranquilo. En su interior,

varios ancianos jugaban a las cartas en una mesa y apenas les dirigieron una breve mirada.

El ambiente era acogedor y relajado. Había varios Símbolos colgados de la pared y numerosos soportes para lámparas de aceite. Aunque en esos momentos el sol entraba radiante por las ventanas, daba la impresión de que tampoco sería un lugar oscuro durante la noche. De la cocina salía el apetitoso aroma de la carne cocinada a fuego lento. Una mujer limpiaba el polvo de las botellas que había tras la barra y el tabernero estaba agachado ante una de las chimeneas, recogiendo la ceniza de la noche.

Cuando oyó la puerta, se volvió hacia ellos y le dedicó un sencillo gesto con la cabeza a Alba. Sin que mediara más ceremonia, la bruja llevó a sus compañeros ante la puerta que daba acceso a la bodega y les indicó que cerraran tras ellos.

El titilar de unas velas alumbraba los escalones y, algo más abajo, unas cuantas más habían sido colocadas cerca de las paredes. En el centro de la pieza, rodeado de cubas y barriles, un hombre aguardaba pacientemente, sentado ante una mesa mientras leía a la luz de un candil. Frente a él, un banco alargado esperaba a los visitantes con idéntica paciencia.

Los tres se detuvieron nada más llegar abajo, a una indicación de Alba. Desde donde estaban, las sombras solo permitían distinguir el contorno del hombre y su cabello oscuro, recogido en una cola de caballo. Una capa de cuero de aspecto gastado ocultaba su indumentaria y sus manos.

Tras unos segundos, alzó la vista y los miró en silencio, mientras su rostro quedaba parcialmente iluminado. Aún en la penumbra reinante se podía apreciar sin esfuerzo que su tez era más morena de lo habitual.

—¿La Voz del Consejo es un uruthiano? —preguntó Philippe impulsivamente, rompiendo la quietud del lugar.

Alba lo atravesó con la mirada, aunque el hombre no hizo comentario alguno. Quizá incluso se atisbó un leve gesto divertido.

—Tomad asiento —dijo entonces con un suave tono de voz, profundo y elegante como el del mejor barítono de Hÿnos.

—Saludos, señor —dijo Alba con una educada inclinación antes de obedecer.

Marc y Philippe se sentaron sin dedicarle ningún gesto de deferencia y dejaron a la mujer entre ellos, en un instintivo gesto de protección.

Ya con la vista algo más acostumbrada a la oscuridad, pudieron comprobar que, en efecto, la ascendencia uruthiana del hombre era más que evidente. No del modo exótico y estilizado de Mathius, sino con las rotundas formas que eran propias de dicha nación: su mandíbula era ancha y los rasgos de la cara pronunciados y duros. Los ojos tenían el mismo color oscuro que el pelo. La nariz también carecía de la finura que era típica en Louisant, pero estaba bien formada y confería un marcado aplomo a la expresión del hombre. Todo ello, en conjunto, daba como resultado un rostro rotundo pero atractivo.



—Y bien —dijo cuando se acomodaron—. ¿Cuál es tu informe?

—Mi señor, hemos tenido éxito —dijo Alba apretando contra sí la bolsa que había traído con ella.

Durante los siguientes minutos, la bruja relató lo que había sucedido desde que llegara a Regia. Le habló de cómo había resuelto el enigma que contenían los volúmenes del Rey Brujo y también acerca de la llegada del árbitro Dubois y de Marc.

La Voz del Consejo escuchó impertérrito el modo en que sus hombres cayeron, primero intentando emboscar al inquisidor y después cuando este acechaba en Regia. Alba continuó describiendo su viaje con Marc, una vez sometido, deteniéndose de vez en cuando para resumir algunos de los detalles más importantes. Hablaba con una humildad infinita y solo cuando describió la tumba de Lám y mostró las reliquias se atrevió a alzar la cabeza con una expresión de esperanza.

—Son verdaderas, mi señor. La Siempreverde no se puede quemar y permanece siempre lozana. El escudo muestra imágenes que revelan la verdad de los Compañeros de Thomenn.

El hombre, sin embargo, no hizo el menor comentario, limitándose a esperar a que Alba continuara su relato. Frente a él, los dos jóvenes comenzaron a removerse inquietos ante su exasperante estoicismo, pero guardaron silencio.

La bruja continuó hablando de lo acontecido en Mulars, del viaje de Marc a Quiles, del reencuentro con Philippe y las noticias que aportó y, por último, de lo ocurrido durante el cumpleaños del Emperador.

—Tras aquella parada, nos dirigimos hacia aquí por sendas ocultas en los bosques y caminos olvidados. No nos han seguido ni tuvimos contratiempos.

La Voz asintió y permaneció en silencio unos instantes, sin dejar de mirar fijamente a la bruja.

—Ya veo —dijo la Voz al fin, sin molestarse en ocultar un cierto matiz de disgusto—. Muchos opinan que fue un error permitirte continuar con el plan de Aurore. Incluso ahora, independientemente del resultado de la misión, el Consejo opina que ya nos ha salido demasiado caro.

Marc se giró hacia Alba sin dar crédito a lo que escuchaba pero, para su sorpresa, la mujer mantenía la vista en el suelo sin el menor asomo de réplica.

—Te marchaste sin que se te diera autorización. Sabías que el Consejo no había decidido que ese fuera el momento, pero no esperaste. Has tardado demasiado en regresar mientras nos mantenías totalmente ignorantes de tu suerte. También has permitido que el Imperio conozca tu poder, privándonos de la oportunidad de sorprenderlos. Además han muerto muchos hombres, más de los que te protegían en Regia; algunos tan valiosos y respetados como Aníbal.

Marc observó con los puños apretados cómo los ojos de Alba comenzaban a enrojecer y llenarse de lágrimas. Un poco más allá, Philippe también la miraba disimuladamente, sin poder esconder su preocupación.

—El Imperio es un hervidero ahora mismo —continuó la Voz—. Nos buscan sin tregua y, para colmo, te presentas aquí con dos inquisidores, amenazando todo lo que hemos ocultado durante años, durante siglos.

—He tratado de hacerlo lo mejor posible —musitó ella.

—No ha sido suficiente. ¿Qué estabas pensando para permitir lo de Quiles sin buscar antes nuestra aprobación? En cuanto a esa temeridad de la Catedral es un absurdo que raya la locura. El Emperador es una bestia implacable y tú lo has provocado por tu cuenta. Has mostrado al Imperio nuestra jugada, saben lo que se ha descubierto. Has fracasado y has hecho caer a muchos arrastrados por tu ambición.

En ese momento Marc no pudo aguantar más y se levantó hecho una furia.

—Pero ¿qué sabrás tú de lo que hemos tenido que pasar para llegar hasta aquí? ¿Qué sabrás del dolor y la incertidumbre que hemos sufrido en medio de los bosques? ¡Desconoces el frío, el miedo y la tortura que hemos soportado para traer aquí estas reliquias!

—Marc, siéntate, por favor —dijo Alba agarrándose con fuerza los pliegues de la ropa, sin quitar la vista del suelo.

—¡No! —respondió el inquisidor dando un paso hacia adelante—. Este idiota petulante no comprende lo que sucedió después de encontrar la tumba, ¡ni siquiera tiene la menor idea de la trascendencia de todo esto! —añadió señalando la Siempreverde y el escudo—. Ya hubo un consejo en Mulars. ¡Fueron personas mucho más valientes que tú, pese a su sencillez, las que decidieron que debíamos llevar adelante mi plan en los Desiertos Prohibidos! ¿Dices que te preocupa que fuera algo extremo? Yo creo que lo que de verdad te escuece es que fuéramos nosotros los que tomáramos la iniciativa; que el mayor golpe que se ha dado al Imperio no haya venido del Consejo de las brujas, sino de la habilidad de Alba para conseguir lo que nunca antes habíais logrado.

El uruthiano lo miraba tranquilo, como si el que gritaba delante de él no fuera un inquisidor imperial, sino un niño ofuscado. Sin embargo, en el momento en que Marc dio otro paso hacia él, habló con su verdadera voz. Fue un sonido que no solo se oyó, sino que se sintió dentro de sus cabezas y levantó un viento repentino dentro del sótano. En medio de unos extraños crujidos, el poder de la Voz movilizó un torrente de Voluntad tan grande que hizo que el inquisidor rodara varios metros hasta estrellarse contra la pared del fondo. Todas las velas, incluso las que estaban tras el uruthiano, titilaron con violencia pero no se apagaron.

Todo sucedió en apenas un instante. Cuando el sonido cesó, Philippe estaba en pie, con la mano en la empuñadura del arma, mirando alternativamente a la Voz y a Marc. Alba permanecía en su sitio, con los ojos cerrados y un gesto de dolor en la cara. El uruthiano, en cambio, mantenía la misma expresión de tranquilidad desde que habían bajado a la bodega.

—Los inquisidores soléis ser rápidos a la hora de utilizar la violencia, pero nosotros tenemos nuestros propios métodos y reglas —dijo sin que en sus palabras se

apreciara nada del poder con que había golpeado—. Hablo en nombre del Consejo. No me he pronunciado personalmente, ni lo haré aquí, pero tampoco consentiré amenaza alguna. He de decir, no obstante, que acoges una llamativa agresividad dentro de ti, inquisidor; una violencia que desea ser desatada.

Marc se levantó lentamente tratando de no mostrar ningún gesto de dolor, pero la Voz ya no lo miraba siquiera.

—Una vez te marchaste, desobedeciendo las órdenes, todas nuestras esperanzas estaban puestas en aquella tumba —dijo dirigiéndose a Alba—. Y lo que tenemos, al fin y al cabo, no parece que nos vaya de servir de mucho. ¿Qué hemos de hacer ahora, según tú? Y ¿respecto a Quiles? Los caminos están llenos de refugiados. ¿Eres consciente del mal que has dejado entrar a esas tierras?

—Quería golpear al Imperio —respondió Marc desde atrás—. Necesitábamos algo que nos diera una ventaja y nos permitiera llegar hasta aquí.

—Vosotros dos podéis marcharos —dijo el hombre con desagrado, como si le sorprendiera que todavía estuvieran presentes—. Ya he visto todo lo que necesitaba. Tú quédate, Alba.

Los dos inquisidores dudaron un momento pero, cuando vieron que la bruja no se movía ni hacía nada por retenerlos allí, se fueron sin replicar.

Cuando aparecieron por la puerta del sótano el tabernero no pudo evitar mirarlos de reojo, pero no dijo nada. Los dos compañeros salieron del edificio y echaron a andar lentamente.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? —preguntó Philippe al cabo de unos minutos—. ¿Por qué has tenido que perder los nervios?

—Ha podido conmigo. No tenía derecho a hablarle así.

—¡Es un asunto de las brujas y su puñetero Consejo, Marc! —exclamó Philippe antes de darse cuenta de que debía bajar la voz—. Hermano, una de tus virtudes siempre ha sido la templanza. Soy yo el que ostenta aquí el título de necio e impulsivo. ¿Hay algo que debas contarme?

—No es nada —respondió Marc, más molesto de lo que era habitual en él—. Ya te lo he dicho, simplemente me sacó de mis casillas con esa arrogancia.

Philippe resopló, insatisfecho a todas luces con la respuesta, pero respetó el silencio de su hermano.

—En todo caso parece que Alba se ha metido en un buen lío. Y parte del problema parece ser nuestra presencia aquí. Es curioso, por un momento llegué a pensar que las brujas acogerían con regocijo nuestra dicharachera compañía.

Marc masculló algo con un gesto más bien agrio y siguieron caminando. Al cabo de un rato, sus pasos acabaron por llevarlos de nuevo hasta la casa de Isabell. La bruja estaba en el porche y parecía enfadada.

—¿Está hablando con el perro? —preguntó Philippe dándole un codazo a Marc.

La mujer gesticulaba y se dirigía al animal con palabras que no podían oír mientras señalaba algo que había a los pies del animal. Desde donde estaban parecía algún tipo de animalillo muerto.

En ese momento hizo el gesto que ya habían visto otras veces, torciendo la cabeza, dejando la vista perdida, y después se volvió directamente hacia ellos.

—Es una mujer algo extraña —dijo Marc, al fin.

—Puede que solo sea que ha soportado demasiado dolor —contestó Philippe al tiempo que la saludaba con la mano.

—Parece que habéis terminado pronto la reunión —dijo cuando llegaron hasta ella, sin extrañarse aparentemente de que Alba no los acompañara.

—Digamos que la Voz ha sido demasiado... —Philippe se rascó la barbilla mientras miraba al cielo, como queriendo encontrar allí la palabra más adecuada— abrupto. Sí, eso es, abrupto. Y malnacido, eso también.

A la bruja se le escapó una risilla antes de que el ceño se le volviera a acentuar.

—Alba ya sabía que esta reunión iba a ser difícil para ella. Vuestra presencia no la ha ayudado en absoluto.

—Puede ser, pero ese al que llamáis la Voz del Consejo es un simple enviado, no debería hablarle con tanta dureza al transmitir las indicaciones de sus superiores —respondió Marc.

—Ah, pero es que él no es un simple portavoz —Isabell enarcó las cejas al observar la cara de perplejidad del joven—. Pensé que, siendo inquisidores, sabríais algo más de todo esto, pero ya veo que no tenéis la menor idea.

—Nos estamos dando cuenta a marchas forzadas —respondió Philippe.

—Contáis con la confianza de Alba y, sin duda, habéis realizado gestos nobles en vuestro viaje hasta aquí. Solo por eso hablaré claro para que podáis entender la situación a la que se enfrenta. —La bruja entrecerró los ojos y los miró fijamente antes de continuar—. La Voz habla por boca de los tres miembros del Consejo, resumiendo sus opiniones. Pero esto supone que, antes de emitir su veredicto sobre cualquier tema, tiene que ponderar la fuerza con que cada miembro del Consejo cuenta y también la firmeza con que se pronuncia.

—Es decir, que puede matizar sus declaraciones —dijo Marc.

—No es tan sencillo —contestó Isabell—. Imaginad un metal que es el resultado de la aleación de otros tres. A veces, uno de ellos posee más peso que los otros o se abstiene en según qué asuntos. Quizá, incluso, se pronuncie con todo su poder. De la unión de esas tres corrientes sale un único discurso cuya forma final depende exclusivamente de la Voz. En cierto modo, se podría decir que tiene más fuerza que cualquiera de los miembros por separado.

—En tal caso, parece que el Consejo no tiene muy buen concepto de Alba en estos momentos —dijo Philippe.

—Se fue sin que llegaran a autorizar la misión. Eso es muy grave, no se puede iniciar algo así sin que el Consejo lo apruebe, pero estaba cansada de esperar. Le

dolía profundamente la muerte de Aurore y no paraba de decir que si había que hacer algo con sus investigaciones, debía ser pronto. Para Alba, esa inactividad era un insulto a su memoria y su sacrificio. —Isabell miró a lo lejos—. No seré yo quien la contradiga.

—En todo caso me parece un juicio muy severo —murmuró Marc—. A fin de cuentas, Alba ha tenido éxito y ha vuelto con aliados.

—El problema no es solo que se marchara del modo en que lo hizo, llevándose con ella a bastantes hombres, incluido mi tío —dijo Isabell. Una sombra de dolor cruzó fugaz su rostro, pero se esforzó por disimularlo—. Es que, además, siempre se ha puesto mucha atención en todo lo que ella hace.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marc.

—Alba gozaba de cierta autoridad entre los nuestros. Autoridad que, me temo, se ha resquebrajado desde que se fue. Aquí no tenemos generales o sargentos, pero hay personas que poseen cierta consideración en función de sus méritos; una especie de jerarquía si queréis verlo así.

Philippe se sentó junto al perro con la misma expresión absorta con que un niño escucharía la narración de un cuento. El animal se acercó a él y le puso la cabeza sobre las piernas, mirándolo fijamente hasta que el inquisidor comenzó a acariciarlo con sus manazas.

—¿De dónde viene esa autoridad de la que hablas? —preguntó entonces Marc.

—Por una parte, algunos saben que Alba posee un poder especial, lo cual hace que se espere mucho de ella. Esas expectativas siempre le han pesado enormemente y cumplirlas se ha convertido en su obsesión. Puedes estar seguro de que le duele haber decepcionado a nuestros líderes. Pero, por encima de todo, lo cierto es que Alba siempre ha soportado mucha responsabilidad, e incluso antipatías, debido al hecho de que su madre, Clara, fue miembro del Consejo.

—¿Su madre era una líder entre los vuestros? —preguntó Philippe con sorpresa.

—Y muy querida —respondió Isabell—. Puedo asegurarte que, cuando el Creador se la llevó, su muerte fue llorada a lo largo y ancho del Imperio. Y más allá también.

—¿Cómo murió? —preguntó Marc—. Sin duda todavía sería joven.

—Algunos dicen que una cruel enfermedad acabó con ella. Otros pensamos que vuestra Orden la envenenó. Lo cierto es que no se habla mucho de ese tema.

Los dos hombres asintieron sin poder ocultar la vergüenza que tales palabras les producían.

—Aurore era una gran amiga suya y por ese motivo acogió a Alba bajo su tutela. Fue algo muy comentado, pues todos daban por supuesto que alguien de su talla solo tomaría un aprendiz.

—Tú —dijo Marc.

—Sí, yo. —El rostro de Isabell se arreboló y su mirada fue endureciéndose como el cuero al hervirse—. Alba y yo fuimos sus alumnas hasta que se fue. Las dos.

El dolor que la bruja sentía por la pérdida de Aurore era evidente en esos momentos, al igual que el resentimiento hacia Marc. Conscientes de su tristeza, los dos hombres guardaron un respetuoso silencio hasta que Isabell se frotó los ojos y se dio la vuelta.

—Vamos dentro —dijo al fin—. No quiero seguir hablando de esto aquí.

Cuando Philippe iba a entrar por la puerta, Isabell se giró hacia el perro, que iba detrás de él moviendo la cola con felicidad.

—Quédate ahí, Soto —le dijo con gesto severo—. Ya sabes que estás castigado. Vigila la casa.

El animal bajó la cabeza y se sentó junto a la puerta, sin dejar de mirar hacia dentro con la misma pesadumbre con que un niño trata de inspirar lástima.

Una vez en la cocina, Isabell puso a hervir agua para preparar té.

—Todo lo que os he contado, en conjunto, hace que Alba no pueda pasar desapercibida en nuestra comunidad —dijo entonces—. Muchos la ven con la misma esperanza que si se tratara de una especie de Lysanna reencarnada. ¿Por qué creéis que le adjudicaron un protector como Aníbal? Mi tío podría competir con cualquier pretoriano del Emperador.

—Su bravura y destreza no tenían nada que envidiarles, más bien al contrario —convino Marc.

—Pero por eso mismo —continuó Isabell— el Consejo se encuentra en la disyuntiva de valorar públicamente sus logros o emitir una condena ejemplar.

—¿Condenarla por haber descubierto la tumba de Lám y traer hasta aquí sus reliquias? ¿Por demostrar que el Imperio se fundamenta en una mentira?

La bruja resopló, sin saber muy bien qué contestar.

—Disculpadme, Isabell —dijo Philippe con su voz más humilde—. No sé por qué, pero por un momento me dio la impresión de que el lugar que ocupaba su madre no favorece hoy en día la idea que el Consejo tiene de ella.

—En efecto, no —confesó la bruja—. Hay tres grupos mayoritarios en nuestra sociedad. Fortes lidera a Los Creyentes, cuyas ideas son más moderadas que las del resto. Su objetivo es, simplemente, pasar desapercibidos; vivir tranquilos y en paz siguiendo las enseñanzas de Thomenn. Fortes es un hombre anciano, sabio y dicen que en su juventud fue muy poderoso, pero hoy en día carece de resolución. Aunque sigue presidiendo el Consejo, su voz tiene cada vez menos peso. Con el tiempo se ha vuelto dogmático, no le gustan los cambios. Cree que en nuestras tradiciones está la medida de lo que ha de ser el futuro. No creo que las nuevas noticias sean fáciles de digerir para él. —La expresión de Isabell se agrió sensiblemente al seguir hablando—. Pero, con el paso de los años, es Zuld quien se ha hecho con el control mayoritario de nuestra sociedad y, en consecuencia, su fuerza en el Consejo ha aumentado también. Él es el caudillo incuestionable de los Hijos del Rey Brujo, cuyo símbolo es la corona de cuatro puntas.

—La inquisición nunca ha tratado con semejante facción, al menos que yo sepa —dijo Philippe aceptando la taza de té que le ofrecía la bruja.

—Yo sí que he oído algo sobre ellos —murmuró Marc entrecerrando los ojos—. Una vez, hablando con Adler, leí por casualidad un viejo pergamino que asomaba entre otros, encima de su escritorio. Ese nombre, con la caligrafía de Jhaunan, estaba subrayado de tal modo que casi había atravesado el papel. En ese momento no me pareció muy oportuno preguntar.

—Los Hijos del Rey Brujo son tan escurridizos como sanguinarios —dijo Isabell dándole otra taza de té antes de sentarse a la mesa con la suya—. Su único propósito es dañar al Imperio en su conjunto, de forma indiscriminada y sin tener en cuenta a quién se golpea. Opinan que no hay otro camino que atacar una y otra vez al Imperio, de todas las formas que nos sea posible. Muchos creemos, en cambio, que su conducta no hará sino perjudicarnos a todos. Son impulsivos, no miden las consecuencias ni el alcance de sus actos, ni se guían por ética o moral alguna. El hecho es que su señor, Zuld, es hoy por hoy uno de los brujos más poderosos y odia profundamente a Alba.

—¿Por qué motivo? —preguntó Philippe.

—Porque Clara vetó su nombramiento como líder de los Hijos del Rey Brujo años atrás. Decía que era un salvaje y que no se podía concebir siquiera que fuera elegido como dirigente. El Consejo le hizo caso y rechazó su candidatura pero, en atención a sus grandes cualidades, decidió concederle una segunda oportunidad más adelante, cuando su ánimo se hubiera templado. Todos sabemos, además, que siente una gran envidia del poder de Alba, por lo que sin duda tratará de perjudicarla.

—¿A qué grupo pertenecía su madre? —preguntó Marc.

—Clara lideró varios años a los Espadas Rotas. Aurore también pertenecía al mismo grupo, al igual que Alba y yo —añadió mostrando el colgante que llevaba al cuello. En él se veía una espada como la del emblema imperial, pero quebrada por la mitad. Marc recordaba haberla visto cuando se dirigía a Regia—. Nuestro objetivo es, sencillamente, acabar con la línea de los emperadores. Pensamos que encarnan el mal y que si conseguimos destruir la semilla del Primero, sin duda habremos dado un paso decisivo para acabar con la injusticia en las cuatro provincias.

—No me imagino entonces el esfuerzo que tuvo que hacer Aurore por contenerse cuando el Emperador se presentó en el Monasterio para entregarnos los Símbolos de plata —murmuró Philippe.

—Créeme: no podrías llegar a ser consciente del autocontrol que requiere frenar un impulso así en su caso. Aurore dedicaba cada minuto del día y cada gota de esfuerzo a buscar la manera de darle muerte. Sin duda lo que vio en ti tuvo que ser importante —añadió con un deje de rencor que no pudo disimular.

—Por lo que cuentas, tanto el grupo de ese Zuld como el de la madre de Alba comparten en cierta medida sus objetivos —dijo Marc, como si no hubiera notado la animosidad de la mujer.

—No es tan sencillo como eso —contestó Isabell con un bufido—. Aunque una parte sustancial del discurso es común, los Espadas Rotas renegamos del daño indiscriminado. Para nosotros, el mal procede únicamente del Emperador y hacia él tenemos que focalizar todos nuestros esfuerzos. Pero esos idiotas de Zuld no piensan más que en derramar la sangre de cualquiera que no piense como ellos. Esa diferencia hace que seamos enemigos irreconciliables. En el pasado ha habido tensiones tan fuertes que incluso llegaron al derramamiento de sangre.

—Siendo un colectivo tan amenazado eso parece poco inteligente —dijo Marc.

—En eso tienes toda la razón.

—Si lo he entendido bien —dijo entonces Philippe—, de un modo indirecto, Alba se está enfrentando a Zuld al hablar con la Voz.

—Exacto.

—Y, si el segundo miembro del Consejo es ese Fortes, ¿quien lidera a vuestro colectivo ahora?

—La líder actual de los Espadas Rotas es Luccia.

—¿Su relación con Alba es buena?

—Luccia es una mujer bondadosa y amable —dijo Isabell, suavizando apenas el gesto—. Es sabia y no carece de poder. Sin duda es una aliada firme en el Consejo pero su posición es débil, especialmente al compararse con los otros dos. Zuld es el más fuerte con diferencia y lo sabe. Además, ahora mismo tiene un respaldo mayoritario entre los nuestros. Fortes es el líder del Consejo. Es respetado en todos los lugares y su pasado le otorga una posición de fuerza. Confrontada con ellos, Luccia es una recién llegada.

Philippe silbó cuando Isabell terminó de hablar.

—Nunca imaginé que la situación entre los vuestros fuera tan compleja. Los inquisidores poco acostumbrados a las intrigas de la Orden, o a vuestros asuntos, siempre pensamos que las brujas eran un colectivo homogéneo. Malvado y homogéneo.

—Bueno, si a todo lo dicho añades que hay otras facciones menores, individuos que se mueven en solitario e incluso algunos que han renegado de todo principio y adoran abiertamente a Gillean, comprenderás que nuestra sociedad es de todo menos homogénea. No obstante, esos casos son una minoría. Bastante más de la mitad de los nuestros se aglutinan en torno a los tres grupos que he mencionado.

Tras unos momentos de silencio Marc se dirigió a Isabell con voz grave:

—Y ahora, ¿qué le puede pasar a Alba?

La bruja dejó escapar el aire lentamente y su mirada se perdió a lo lejos durante unos instantes.

—Sinceramente, no lo sé. Sin duda, Luccia tratará de mostrar los actos de Alba como hazañas que nos colocan un paso más cerca de algo realmente importante. Zuld verterá veneno en cada una de sus palabras y le procurará todo el daño que pueda.



Solo con eso, la balanza estará inclinada hacia los Hijos del Rey Brujo. Falta por saber cómo se pronuncia Fortes y de qué manera la Voz interpreta lo expuesto.

—Pero, ¿realmente los miembros del Consejo pueden actuar de tal modo, movidos únicamente por sus odios personales? —preguntó entonces Philippe—. Es decir, Alba es un activo más que importante para vosotros y lo que ha conseguido podría ser trascendental.

La mujer lo miró con calma y, por un momento, su rostro se aclaró en una sonrisa triste en la que se adivinaba la bondad que escondía tras su dolor.

—Es que, ay, te olvidas de que al fin y al cabo, nosotros también somos humanos y tenemos los mismos defectos y virtudes que puedes encontrar en el Imperio. La envidia, el miedo o el orgullo también campan a sus anchas en Seléin.

Casi había anochecido cuando llegó Alba. Eldwin la saludó con entusiasmo y la bruja rio con él un buen rato pero, cuando Isabell lo mandó a la cama, su rostro mostró realmente el cansancio y la preocupación que sentía.

Sus compañeros esperaron, tratando de disimular la impaciencia, a que tomara el tazón de sopa que había aceptado a regañadientes. Mientras comía, Philippe bromeó como si no pasara nada y contó un par de historias del Monasterio en las que alguno de los dos inquisidores sufría algún pequeño descalabro. Sin embargo, sus palabras apenas tuvieron eco en los presentes y, al final, apoyó la cabeza en una mano y se limitó a masticar con desgana un trozo de carne seca.

Cuando Alba terminó la cena, apartó lacónicamente el tazón y permaneció unos instantes más en silencio. La ligera melena que Marc le había dejado ocultaba parcialmente su rostro pero vieron que tenía la mirada ausente. Permanecía encorvada, como si le hubieran robado la vitalidad, y no había ni el más mínimo rastro de optimismo en sus facciones.

—Zuld se ha erigido como líder del Consejo —dijo con voz monótona—. Van a debatir mi exilio.

Después se levantó y se marchó escaleras arriba.

Los inquisidores se quedaron junto a Isabell en absoluto silencio durante un buen rato, sin que ninguno supiera qué decir. Finalmente, la bruja se dirigió también al piso superior.

Aquella noche, en la quietud de la madrugada, los sollozos de Alba resultaron audibles incluso en la planta de abajo, donde estaban los dos hombres.

El día siguiente amaneció espléndido. El sol, ajeno a las vicisitudes de los hombres, brillaba en un cielo despejado mientras por la tierra jugueteaba un suave viento frío que llegaba de las Colinas Eternas.

Cuando la luz despertó a Isabell, se dio cuenta de que el rítmico golpeteo que escuchaba no era parte de su sueño, así que se levantó extrañada. Junto a la suya, Alba dormía en la cama que había utilizado muchos años, antes de partir hacia Regia. Había estado llorando quedamente toda la noche y aún tenía un gesto de angustia en el rostro pero, al final, el sueño la había vencido.

Antes de bajar, Isabell se puso una chaqueta y entornó la puerta que daba a la habitación de Eldwin. El niño dormía plácidamente, con una expresión de beatífica felicidad en el rostro, ignorante de todo lo que había sucedido el día anterior.

—Mientras sonrías todo estará bien —susurró Isabell.

Bajo la mirada atenta de Peca, acomodada cerca de la ventana, la bruja lo arropó y le dio un beso en la frente antes de salir con el mismo ruido que habría hecho la gata.

Lo primero que vio cuando salió por la puerta trasera fue el rotundo torso desnudo de Philippe, brillante por el sudor. El gigantón había encontrado su hacha en el refugio que había cerca de la pila de troncos y estaba partiendo leña. Con movimientos rítmicos y precisos bajaba el arma, movía el tronco hacia el tocón y empezaba de nuevo. Después, cogía los trozos y los partía de nuevo por la mitad. Cada vez que descargaba el arma, los músculos de su espalda se tensaban de un modo que hacía evidente su enorme potencia física. El hacha, pequeña en un cuerpo tan grande, caía con una fuerza que bastaría para derribar un árbol joven.

Isabell se dio cuenta de que, al menos durante el tiempo que lo estuvo observando, Philippe no necesitó golpear por segunda vez ninguna parte del tronco para desprenderla del resto.

—Tengo leña de sobra —dijo al fin.

—¡Buenos días, mi señora! —contestó él con una sonrisa, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. No daba la impresión que estuviera cansado y ni siquiera tenía la respiración acelerada—. Veréis, los inquisidores necesitamos hacer algo de ejercicio de vez en cuando. Si no, nos volvemos suaves y fofos como un vulgar abad.

—Pues da la impresión de que golpeas la madera con más fuerza de la necesaria —contestó ella con un índice extendido.

El tocón en que apoyaba los troncos tenía una profunda grieta que no estaba allí antes.

—Eso es porque, aunque no lo parezca, Philippe también sufre y llora por dentro, aunque tenga siempre esa cara de felicidad —dijo Marc doblando la esquina.

El perro de Isabell iba detrás de él, moviendo la cola con alegría. El pelaje del animal estaba empapado y, de vez en cuando, se sacudía enérgicamente para secarse.

—Tienes el pelo mojado —dijo la bruja.

Al igual que Alba y Philippe, Marc notaba como el tinte se iba diluyendo poco a poco y, en esos momentos, se adivinaba ya un tono mucho más claro e incluso algunas hebras rubias.

—Esta mañana descubrí que tras la colina había un lago. Me había despertado pronto, así que no tenía mucho que hacer.

—No sentí que salieras. Pero en todo caso, el agua está gélida en esta época del año —murmuró la bruja con el entrecejo fruncido.

—Un baño no hace mal a nadie —contestó él quitándole importancia— y os aseguro que, allí donde nos criaron, el agua estaba mucho más fría.

Isabell asintió poco convencida.

—Voy a preparar el desayuno. Eldwin no tardará en levantarse.

—¿Y Alba? —preguntó entonces Marc—. ¿Cómo está?

A la mujer no le pasó inadvertida la profunda preocupación que había en su voz.

—Apenas ha dormido. Supongo que se quedará en la cama. —Isabell apretó los labios con fuerza—. Es un momento difícil.

—Es por ese Zuld ¿verdad? —preguntó Philippe—. Ha sido él quien ha conseguido inclinar la balanza a su favor al asumir el liderazgo del Consejo, ¿no es cierto?

Philippe, tal y como Marc había dicho, sonreía casi siempre. En ese momento, sin embargo, la mujer fue muy consciente de la marejada que el joven trataba de contener en su interior. Sus brazos vibraban con la energía de una Voluntad convertida en fuerza física que pugnaba por desatarse.

—Es muy probable —respondió ella con cautela, tratando de imprimir toda la calma que pudo a sus palabras—, pero no hay nada que podamos hacer ahora mismo. Debemos sentarnos y meditar nuestros pasos. Sin duda Luccia nos ayudará.

Philippe asintió sin dejar de sonreír y le tiró el hacha a Marc, que la cogió al vuelo. Aunque la expresión de su rostro era muy similar a la que lucía en otras ocasiones, manifestaba una rigidez que desmentía su felicidad.

—Voy a darme un baño yo también —dijo dirigiéndole una reverencia a la bruja—. No quiero que incluso nuestros caballos comiencen a alejarse de mí.

Isabell asintió con una leve sonrisa y se fue dentro. Desde la cocina pudo ver como Marc permanecía en pie durante unos minutos, con el hacha todavía de la mano. De repente, enarboló el arma y la estrelló violentamente contra el tocón. La hoja quedó clavada hasta el mango.

Isabell preparó unas tortitas en silencio hasta que el corretear de Eldwin por la escalera la hizo inspirar profundamente y sacudir la cabeza, como si saliera de un sueño.

—¡Hola, tía Isabell!

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿eso son tus tortitas? ¿Qué celebramos?

—Bueno, simplemente he pensado que podíamos hacer algo especial para nuestros invitados. ¿Por qué no sales fuera y los llamas?

Pronto los dos inquisidores estuvieron sentados a la mesa, con el niño parloteando sin pausa ante sus miradas atentas. De repente, no obstante, Eldwin pareció caer en la

cuenta de que faltaba alguien.

—¿Dónde está la tía Alba?

—No se encuentra muy bien —contestó Isabell con normalidad—. Creo que ayer cogió frío.

—¿No va a bajar a desayunar? ¡Pero si has preparado tortitas!

—No creo que tenga mucho apetito —intervino Philippe—. Uno no tiene ganas ni siquiera de estos manjares cuando está con el cuerpo desentonado.

—Voy a verla, ¡seguro que la animo a bajar! —exclamó él.

Antes de que pudieran decirle algo, el niño corrió escaleras arriba. A los pocos minutos, efectivamente, la bruja lo acompañaba hasta la cocina, tratando de sonreír ante él.

Alba tenía la cara pálida y unas ojeras muy marcadas, pero la felicidad del niño por tenerlos a todos juntos parecía llenarla por dentro.

—Ayer fui con Martin y Sóbel hasta el río —le dijo a Philippe.

—Ah, claro, Martin el friegatechos y Sóbel el domador de grillos —contestó este.

—¡No! —rio Eldwin—. Son dos niños. El padre de Martin es leñador, pero él dice que no quiere serlo cuando crezca. Prefiere ser barón. ¿Es muy dura la vida de un barón?

—Dicen que al de Rockenwert lo tiraron de una balconada por no hacer bien su trabajo —aseguró Philippe.

—Nos estabas contando que fuiste al río —intervino Isabell, dirigiendo una furibunda mirada al inquisidor.

—Sí, encontramos unas madrigueras en el cauce seco de un afluente. Creemos que son de zorros.

—No deberías molestar a los animales salvajes. Suficiente tienen con sus tareas y se podrían enfadar.

—¡Pero es que nunca he visto un zorro! Ayer llevé una zanahoria para dársela de comer, pero no apareció ninguno.

—No creo que sean vegetarianos —dijo Alba con una sonrisa.

Eldwin la miró con una ceja enarcada, como ponderando sus palabras. Después, partió un trozo de tortita y la envolvió en su servilleta.

—Tienes razón. Hoy probaremos con esto. No creo que ni siquiera un zorro, por muy listo que sea, pueda resistirse a un trozo de las tortitas de tía Isabell.

—Y ¿qué vas a hacer cuando lo captures? —preguntó Philippe antes de untar mermelada en un trozo enorme y metérselo en la boca.

—¿Capturarlo? ¿Para qué lo voy a capturar? —preguntó el niño, extrañado—. Solo queremos verlo.

—Ah, claro —contestó el inquisidor con la boca llena—. A eso me refería.

—Será mejor que te vayas ya —dijo entonces Isabell—. No quiero que te retrases, ya sabes que tienes que leer una hora antes de comer.

—¡De acuerdo! Me voy ya —dijo Eldwin antes de darles un beso a cada uno.

En esta ocasión, los inquisidores respondieron con mucha más naturalidad y Philippe, además, le revolvió el pelo y le hizo cosquillas.

—Ten cuidado y llévate a Peca —dijo Isabell cuando el niño salía de la cocina—. Tiene que hacer ejercicio.

Cuando salió de la casa, correteando calle abajo, Alba pregunto con expresión preocupada:

—¿Es seguro que vaya solo?

—Ya hemos hablado de eso —contestó Isabell—. No podemos tenerlo encerrado. Tiene derecho a vivir. Y no va solo.

Alba asintió, no muy convencida, mientras Isabell apuraba su taza de té. Cerca de ella, los dos hombres escuchaban en silencio, conscientes de que las preguntas sobre el niño parecían incomodarlas.

—Ayer Isabell nos habló de vuestros líderes. No sabíamos que la política era tan complicada entre las brujas. ¡Más de un barón podría aprender de tales intrigas! —exclamó Philippe de pronto, tratando de aliviar el ambiente. No obstante, nadie parecía tener ánimo para el humor en esos momentos.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Marc al fin, mirándola a los ojos. Su voz destilaba una ternura poco habitual.

—No hay mucho decir —contestó ella sin mirarle siquiera—. Zuld ha ganado. Dicen que Fortes ya no tiene poder para oponérsele.

—Puede que en este asunto ni haya habido discusión —masculló Isabell—. A Fortes le dan miedo los cambios. Tal vez ni siquiera alcanza a ver que las reliquias y dos inquisidores de nuestro lado marcan una notable diferencia.

—Gracias, mi señora, es lo más bonito que nos habéis dicho jamás —susurró Philippe con voz melosa.

Isabell resopló fingiendo enfado y se puso a recoger los platos. Philippe se levantó de inmediato para ayudarla.

—Debe de haber algo que podamos hacer —dijo Marc sin apartar la vista de Alba—. Seguro que hay alguna manera de hacer que vuestros dirigentes recapaciten.

—No, no la hay —respondió ella a la vez que se levantaba—. Las decisiones del Consejo son inapelables. De todos modos, nuestra idea era marcharnos, no es tanta la diferencia solo que, de este modo será... definitivo.

—No digas eso —dijo Isabell con el rostro congestionado—. No digas eso.

Alba miró fijamente a su amiga como si fuera a responder algo pero al final se encogió de hombros y se dirigió hacia las escaleras con abatimiento.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —repitió Marc—. No pueden estar tan cegados. Ni siquiera ese Zuld. ¿Están hablando en serio cuando proponen alejar a Alba de aquí? ¿De todos sus seres queridos? ¿También de ese niño? ¡Pero si ha demostrado una capacidad de lucha extraordinaria incluso entre los vuestros!

La bruja inspiró lentamente, intentando tranquilizarse antes de contestar.

—Las cuestiones que nos rodean son complejas —dijo al fin—. Muy complejas. Hay muchos elementos de los que ni siquiera ahora conocemos su trascendencia. Tal vez con más información y la ayuda de Luccia podamos dirigirnos de nuevo al Consejo.

Permanecieron un buen rato en silencio, mientras Philippe y ella recogían la mesa. Al cabo de unos minutos, Marc anunció que iba a ver cómo estaban los caballos. Philippe, consciente de que su hermano deseaba estar solo, se quedó en la casa.

Isabell subió un momento a la planta de arriba para regresar con varios libros. En uno de ellos había un marcador de forma rectangular que habían hecho con ganchillo. En el centro destacaba la forma de un gato sentado.

—¿Este es el libro que está leyendo Eldwin? —pregunto Philippe ojeándolo. Tenía una cubierta de cuero en la que alguien había martilleado relieves con motivos florales.

—Uno de ellos —contestó ella señalándole los otros—. También lee nuestro Manual y un compendio de la historia del Imperio que confronta con nuestros propios escritos.

—No es común que un niño tan pequeño tenga una educación tan exquisita.

—Tampoco lo es que sea educado por brujas tan eruditas como nosotras —respondió Isabell fingiendo una presunción que no parecía encajar en ella.

—Me refiero a que es muy pequeño todavía y no parece que le desagrada leer, ¿no es cierto?

—Eldwin solo tiene cinco años, pero lee desde hace dos. Y sí, lo cierto es que le gusta. —La mirada de la mujer se suavizó al hablar de él—. Es muy inteligente y su corazón no alberga más que bondad. ¿Sabes lo que me dijo cuando leyó acerca del Santo Lám?

—No lo sé, yo siempre sentí una cierta predilección por Elías —respondió Philippe encogiéndose de hombros.

—Por qué será que no me sorprende —murmuró ella—. Eldwin me dijo que de mayor quería ser como Lám y ayudar a los demás. Que no quería ver a nadie triste.

—Nobles palabras.

—Es un niño extraordinario.

Philippe asintió y observó con curiosidad como la bruja preparaba la tarea del pequeño pero, de repente, salió de la cocina como si hubiera recordado algo y volvió con el hacha de Isabell.

—No creo que hubieras podido desclavarla —comentó—. Marc estaba realmente enfadado cuando la dejó así.

Dicho lo cual, tomó su propia piedra de amolar, la humedeció, y se puso a afilarla parsimoniosamente.

Así pues, los dos permanecieron en un agradable silencio durante largo rato. Afuera, los pajarillos, muy numerosos cerca de la casa de Isabell, cantaban bajo la

intensa luz de la mañana. De vez en cuando se oían las voces de los vecinos, que iban y venían. Un leñador pasó cerca de la casa conduciendo un carro lleno de troncos y los saludó al verlos a través de la ventana. Varios labriegos pasaron también, cantando una antigua canción, mientras regresaban a los campos que había más allá del río tras un descanso en la taberna.

Dentro de la casa, la piedra de Philippe arrancaba un siseo regular al metal, mientras la bruja tomaba notas en un trozo de papel u ojeaba las páginas de los libros. Todo era tranquilo y agradable hasta que el perro de Isabell comenzó a gruñir casi al mismo tiempo que se oía una exclamación de angustia en el piso de arriba. Rápidamente oyeron los pasos apresurados de Alba, que bajaba hacia la cocina.

—¡Viene una patrulla! ¡Mirad por la ventana!

Al final de la calle, casi fuera de su ángulo de visión, varios hombres armados hablaban con un anciano que los atendía a la puerta de su casa. Los soldados parecían interpelarlo de malos modos y, en varias ocasiones, el hombre hizo ademán de cubrirse con los brazos como si temiera una agresión.

—¿Cómo es posible que no los hayamos visto antes? Y ¿por qué no nos han avisado? —preguntó Alba agitada.

—Nuestros vigías los habrían visto venir por el camino. Deben de haber llegado desde el bosque, ocultándose de todo aquel que no sepa *ver* realmente. Ese hombre —masculló Isabell señalando a la figura que acababa de aparecer desde más atrás—, ese hombre maneja la Voluntad y sabe cómo esconderse de nosotras.

El hombre al que se refería la bruja iba cubierto de arriba abajo con un hábito negro cuya holgada capucha le ocultaba el rostro.

—Conozco esos ropajes —susurró Philippe con una mirada tan dura como el arma que sostenía—. En el Monasterio los llamábamos sacerdotes oscuros. Nunca he visto a uno de ellos fuera de allí, pero os garantizo que no son buenas noticias.

—¿Por qué está con los soldados de un noble? —preguntó Alba señalando sus armaduras. En ellas destacaba un escudo de armas que las brujas conocían bien.

—Parece que el gobernador de Pasevalle vuelve a lamer las botas de su señor —masculló Isabell—. Me pregunto qué espera conseguir ese sanguinario de todo esto salvo más odio hacia su casa.

—Eso lo desconozco —respondió Philippe—, pero ni se os ocurra usar la Voluntad ahora; sería como poner un trozo de carne ante la nariz de un perro.

Pese a su indicación, Isabell dejó la mirada perdida un instante y al momento vieron que los dos halcones que solían estar sobre el tejado de la casa salían volando.

—No parece que haya más soldados por los alrededores —dijo la bruja—. Debe de ser una sola patrulla, como las muchas que peinan toda Seléin.

—Te aseguro que el hecho de que ese malnacido esté con ellos la convierte en algo muy especial —contestó Philippe sin quitar ojo del sacerdote.

En ese momento un hombre llegó corriendo por una calle transversal, sin duda para avisarles, pero cuando dobló la esquina se encontró con los soldados apenas a

unos metros de él. Estos se volvieron y le dieron el alto inmediatamente.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —los oyeron gritar.

El hombre abrió los brazos y mostró sus manos desnudas en un gesto conciliador, aunque no llegaron a oír sus palabras. Como respuesta, un soldado le dio un bofetón y volvió a gritarle. Por el modo en que se movía parecía ser el que estaba al mando y sus insignias lo identificaban como teniente.

—¡Te he preguntado que adónde ibas! ¡Ni se te ocurra volver a mentirme!

La respuesta del hombre volvió a ser ininteligible desde donde estaban, pero no pareció satisfacer al oficial, que le dio otro golpe e hizo un gesto a sus subordinados. Inmediatamente, dos de ellos se adelantaron y le pusieron unas cadenas en las muñecas. De la parte de atrás se acercó matraqueando un carro. La estructura, de la que tiraban dos caballos, formaba una jaula hecha de tablas reforzadas con metal. Cuando abrieron la puerta para meter al recién llegado, pudieron ver que ya había varias personas dentro.

—¡Por el poder del Emperador se os conmina a revelar la situación de los dos inquisidores traidores así como de la bruja que los acompaña! —proclamó el oficial mientras aporreaba una puerta y miraba de reojo hacia atrás. Parecía incómodo ante la presencia del sacerdote—. Si alguien oculta información será detenido, acusado formalmente y se lo juzgará. ¡Confesad o sufriréis ante la inquisición!

Alrededor de la escena se podía intuir a los pobladores de Robleviejo, refugiados en sus casas, mirando desde rendijas pero sin atreverse a salir. Una anciana abrió la puerta a la que el oficial había llamado y este la agarró de la pechera sin miramientos. Desde donde estaban pudieron ver que le hablaba con agresividad, acercándose mucho a su cara con una mueca feroz.

Algunos de los otros siguieron camino arriba, en dirección a la casa de Isabell, mientras llamaban a las puertas. En ese momento pudieron verlos a todos: eran al menos veinte soldados, sin contar al oficial y al encapuchado.

—Subid y escondeos en el desván, yo los atenderé —dijo Isabell.

Pero, justo cuando ya se daban la vuelta, apareció Eldwin, trotando alegremente por el camino que llevaba al río.

El sacerdote oscuro se giró de golpe, como si el tañido de una campana hubiera precedido la llegada del niño. Este se quedó paralizado ante la escena y la encorvada figura lo señaló con el dedo. Una imperiosa voz, tan desagradable como la tela al rasgarse lentamente, se dejó oír incluso hasta donde ellos estaban.

—Coged a ese ser. ¡Lo quiero!

—¡Eldwin! —exclamó Isabell tratando de ahogar su propio grito tapándose la boca con la mano.

—¡Espera! —dijo Alba—. No podemos ir ahora, son demasiados.

Rápidamente, dos de los soldados que avanzaban junto al carro se dirigieron hacia el niño, pero cayeron con idéntica rapidez cuando Marc emergió desde las sombras del callejón que tenían detrás. Antes de que pudieran reaccionar, el inquisidor pasó a



su lado como una exhalación, atacando con la espada directamente al cuello. Los hombres cayeron como sacos de harina, mientras intentaban contener la sangre que se les escapaba de entre los dedos.

—¡Corre, Eldwin! —gritó Marc mientras se enzarzaba con el soldado que tenía más cerca.

Recuperados de la sorpresa, los imperiales comenzaron a desplegarse a su alrededor.

—¡Es él! —gritó el teniente dando un paso en su dirección—. ¡No dejéis que escape!

Justo entonces se oyó una violenta rotura de vidrios y el oficial se encontró de pronto con el hacha de Isabell clavada en la espalda. Sin saber todavía qué había pasado, fue tropezando varios pasos más hasta caer. Philippe, que había arrojado el arma desde lejos, cargó contra los soldados con las manos desnudas.

Marc todavía aprovechó la confusión para clavar más de un palmo de acero a otro hombre antes de que varios de ellos se encararan con él y lo hicieran retroceder, defendiéndose a duras penas. Mientras, el sacerdote oscuro avanzaba hacia Eldwin, que lo miraba con los ojos desorbitados por el pánico.

Marc, incapaz de hacer otra cosa que resistir el ataque de varias espadas, vio cómo Philippe se arrojaba sobre el primer soldado que le salía al paso. El hombre trazó un amplio giro con su arma pero él, más que experimentado en esas lides, se echó hacia adelante en vez de tratar de esquivarlo. La empuñadura de la espada le golpeo inofensivamente en el costado a la vez que agarraba al hombre por el cuello y se lo retorció con la misma facilidad que si fuera de hojaldré. Para cuando el grueso de la patrulla llegaba hasta él, Philippe ya tenía un arma en la mano y estaba más que preparado para recibirlos.

Sin embargo, los dos inquisidores se enfrentaban todavía a más de una docena de hombres y no dejaban de mirar hacia Eldwin, que había caído al suelo y se arrastraba aterrorizado, intentando huir del sacerdote.

Peca se interpuso en ese momento ante el cuerpo de su amo como si se tratara de su propia cría y bufó amenazadoramente. Con una valentía que superaba la de muchos hombres, saltó hacia el encapuchado con las garras extendidas, pero a un gesto de este se desplomó como si le hubieran quitado la vida.

Marc, que era quien más cerca estaba de Eldwin, vio cómo dos de sus oponentes caían con los ojos en blanco cuando dos Voluntades, contundentes como arietes, los golpeaban. Los demás parecieron súbitamente indecisos cuando una flecha acabó con uno de ellos y el perro de Isabell se arrojó sobre otro. Solo hizo falta que Marc atravesara la pierna de uno de los soldados para que salieran huyendo.

Algo más allá, Philippe había sorprendido a sus atacantes oscilando su hoja con tanta fuerza que había arrancado de las manos algunas de las armas que lo hostigaban. Una de las espadas con las que entrechocó su acero incluso se partió. Los soldados trataban de mantener las distancias, pues habían visto cómo uno de sus

compañeros se desplomaba cuando el gigantón consiguió estamparle el puño en la cara.

Al otro lado de la calle, aprovechando el instante de respiro, Marc se volvió hacia Eldwin a tiempo de ver como el sacerdote lo agarraba por el brazo. Sus uñas se clavaron en la carne hasta hacerle sangrar, ajeno a los gritos del pequeño.

Sintiendo como una rabia pura y sin matices le llenaba, Marc cargó hacia el encapuchado. Este se volvió al sentir su cercanía y extendió la mano hacia él, canalizando una Voluntad tan perversa como afilada. Alba e Isabell, mucho más atrás, sintieron el inminente peligro y utilizaron todas sus fuerzas para contrarrestar el ataque. Hubo un extraño sonido, como el siseo del metal candente al entrar en el agua, y el aire pareció ondularse por un instante.

Marc, confuso pese a haber recibido solo el eco de una auténtica avalancha, sacudió la cabeza y se alzó de nuevo. La cicatriz de la cara le confería un aspecto fiero y sus ojos no habían perdido ni un ápice de decisión. Sin mediar palabra se arrojó sobre el sacerdote con una violencia desconcertante al compararla con sus elegantes formas de siempre. Lejos de estar acobardado, su adversario se irguió para que una sonrisa con demasiados dientes fuera visible bajo la capucha.

—Ya eres mío —susurró mostrándole de nuevo la palma abierta.

Las brujas, encogidas por el reciente esfuerzo, sintieron como un ataque casi tan intenso como el anterior se acumulaba hasta ser proyectado hacia adelante. Por la expresión de sus ojos, ambas parecían saber que atravesaría al inquisidor con la misma facilidad con que un hombre hunde sus dedos en un ovillo de lana.

Pero, para su asombro, Marc hizo un gesto con el brazo mientras corría, como si espantara a una mosca, y la corriente que habría despedazado a cualquier otro, se disipó con una violenta explosión de aire.

—¡No volverás a hacer el mal! —rugió el inquisidor clavándole la espada en la garganta.

Un gorgoteo húmedo se escapó de los labios del desconcertado sacerdote, al tiempo que caía de rodillas ante él.

Demasiado lejos para que los otros lo vieran, en sus últimos instantes de vida el encapuchado miró a Marc con un odio inhumano. Pero en esa mirada había también extrañeza, el destello del descubrimiento e incluso temor. Por un momento, se agarró a él con una mano blanquecina y pareció querer decir algo, pero Marc tomó la empuñadura con las dos manos y la giró con un movimiento seco. El encapuchado se derrumbó mientras Eldwin mantenía los ojos muy abiertos.

No lejos de allí, Philippe había acabado con dos soldados más y otros yacían en el suelo atravesados por las mismas flechas que habían visto antes. El resto de los soldados corrían calle arriba en dirección a los campos, cuando varios arqueros salieron de los callejones transversales y les dieron muerte. Por la pericia que demostraron, Marc no dudaba que los que habían huido momentos antes habrían acabado del mismo modo.

—Saludos Isabell, Alba, espero que estéis bien. Inquisidores —añadió con una inclinación de cabeza el que parecía ser el líder.

—Bienhallado seas, Luke, nunca tus flechas fueron tan oportunas —contestó Isabell, jadeando por el esfuerzo mientras se acercaba a Eldwin—. Me preguntaba cómo era posible que la patrulla hubiera burlado vuestros ojos de águila.

—Ni siquiera los vimos. La Voz nos llamó para avisarnos —dijo el hombre—. Nadie llegó por el camino aunque, tal y como dices, suponemos que estos hombres pasaron cerca de nosotros. Sin duda el ser al que habéis dado muerte los escondía en busca de presas más importante que unos simples exploradores. Si no es así, no puedo explicar cómo consiguieron traer hasta aquí ese carro sin que nos diéramos cuenta —añadió señalando la jaula de la que sus hombres ya estaban sacando a los presos.

—¿Has dicho que la Voz te llamó? —preguntó entonces Alba, quedándose algo más atrás mientras Isabell atendía al niño.

—Así es. Y quiere verte de nuevo cuanto antes —contestó él.

—Iré en seguida.

—¿Queréis que os echemos una mano? —preguntó Philippe señalando a los hombres que todavía estaban en el suelo.

—Perded cuidado, amigo —contestó él con una mirada dura que no permitía albergar demasiadas esperanzas hacia los imperiales—. Sabemos cómo tratar con esta escoria.

Uno de sus hombres se situó justo encima de uno de los soldados que todavía se movía, le puso un pie en el pecho y tensó el arco.

—¡Delante del niño no! —gritó Isabell abrazando su rostro contra ella para que Eldwin no pudiera verlo—. Esperad a que me lo lleve.

Los arqueros destensaron las cuerdas de mala gana y esperaron a que la bruja se marchara con el pequeño. Cuando pasó junto a él, Philippe vio que seguía conmocionado y con una expresión de pánico en el rostro.

—Ven a ver esto —dijo entonces Marc.

El inquisidor había retirado la capucha del sacerdote y observaba fijamente la cabeza, blanca como la cera. En ella se podían apreciar multitud de venillas azules con la misma facilidad que si la piel fuera transparente. Las orejas estaban retorcidas o malformadas de un modo horrible. Los ojos, pequeños y hundidos, no tenían pestañas ni cejas. No daba la impresión, de hecho, de que aquel ser tuviera un solo cabello en el cuerpo.

—Siempre me pregunté por qué estos malnacidos iban encapuchados, pero si yo fuera tan feo como ellos me pondría hasta un velo.

—Calla y mira —respondió Marc sin apartar la vista.

Philippe se agachó un poco más y compuso un gesto de desagrado.

—Esa boca tiene demasiados dientes. Y casi no tiene nariz.

—Fíjate en la piel —susurró Marc—. Apenas le he quitado la capucha y ya está empezando a enrojecerse.

—¡Por los brazos de Elías! —exclamó su hermano—. ¿Qué tipo de hombre sufre tanto bajo la luz del sol?

—Uno que no es de este mundo —susurró Alba justo detrás de ellos.

Marc se volvió hacia ella con una expresión interrogadora, pero la bruja permanecía con la mirada fija en el sacerdote. La piel de la cabeza seguía poniéndose cada vez más roja y allí donde la luz del sol la había tocado más tiempo se estaba oscureciendo como si se quemara.

—Ya habrá tiempo para discutir sobre esto —dijo Alba, apartando la vista—. Ahora debo ir a reunirme con la Voz.

—Háblale de este ser —dijo Marc mientras tapaba la cabeza con el hábito—. Es posible que quieran estudiarlo.

—Lo haré —respondió ella.

Los inquisidores se quedaron allí, viendo como los arqueros rematan a los imperiales que todavía estaban vivos y comenzaban a cargarlos en el carro.

—Cuando vean que sus hombres no vuelven enviarán nuevas patrullas a investigar —dijo Marc con expresión preocupada.

—Ya os lo he dicho antes —contestó el hombre llamado Luke—. Estamos más que acostumbrados a lidiar con el Imperio. Y no saben con qué gente han ido a toparse aquí. Nadie encontrará estos cuerpos. Es posible que algún día, dentro de muchos años, un cazador informe de los restos de una hoguera al Este, lejos de cualquier población.

—Aun así, tal y como están las cosas en el Imperio no lo pasarán por alto. Mandarán que se investigue cualquier posibilidad de encontrarnos. Debemos irnos cuanto antes.

—Creo que de eso precisamente quiere hablar la Voz con Alba —contestó Luke—. Ahora, si me disculpáis, tenemos mucho trabajo.

Los inquisidores se despidieron del arquero, que corrió para ayudar a sus hombres. Antes de volver a la casa, no obstante, Marc se agachó junto a los cuerpos de dos soldados para sopesar una ballesta y un escudo.

—No se pueden comparar con las armas a las que nos tienen acostumbrados en la Orden, ¿no es cierto? —dijo Philippe.

—Ni se parecen. Desde luego la inquisición hace endiabladamente bien las cosas —masculló Marc como respuesta.

—Entiendo que eches de menos las tuyas —dijo Philippe con una mueca—. Ya sabes que soy un hombre práctico y prefiero mi hacha o el martillo que me regaló Ezéchil de La Flere, pero estas pequeñas ballestas tienen algo; son elegantes.

Marc asintió, valorando con una mueca de disgusto el arma, que parecía una parodia de la que sostenía su hermano, pero al final la tomó y se colgó el escudo a la espalda.

—Bueno, así que ya tenemos sobrenombre —dijo Philippe palmeándole la espalda cuando echaron a andar—. *Los dos inquisidores traidores*. Me gusta cómo suena. Se podría hacer una balada solo con eso ¿no crees? ¿Cómo se llamaba ese anciano amigo tuyo del Monasterio? Quizá podría estar interesado en tal honor.

—Sebastien, pero él era músico, no creo que se dedicara, además, a la poesía.

—¡Pamplinas! Un verdadero artista no podría dejar pasar un material tan bueno como este: dos aguerridos inquisidores que dan puntapiés al trasero del Emperador. ¡Es demasiado bueno para no usarlo!

—Tengo la impresión de que la Orden tendría algo que decir si se encontrara con semejante canción —murmuró Marc—. Ningún tabernero dejaría que la cantaran en su local.

—En eso tienes razón —concedió su hermano acariciándose la barbilla—. Quizá habría que colocar un par de metáforas, algún apodo sutil. Puede que incluso me anime a hacerlo yo.

Pese a la situación por la que acababan de pasar, el pelirrojo se dio cuenta de que Marc parecía mucho más optimista de lo que había estado desde que se reencontraron. Nuevamente lucía esa mirada reflexiva y calmada que solía ser habitual en él, por más que la cicatriz la afeara por completo.

«Espero que al fin dejemos atrás tanta pesadumbre y malhumor», pensó Philippe con una sonrisa de esperanza.

En aquella ocasión el encuentro de Alba con la Voz del Consejo fue mucho más breve. Apenas una hora más tarde de haberse ido a la taberna, estaba de vuelta. Rápidamente, tras asegurarse de que el pequeño dormía, reunió a los demás en la cocina.

—Eldwin ya no puede estar aquí —dijo dirigiéndose directamente a Isabell—. La Voz dice que debemos llevárnoslo.

—Estoy de acuerdo, pero ¿adónde? Todo el Imperio está revuelto con lo que hicisteis —contestó ella cruzándose de brazos—. Y ¿a quienes te refieres?

—A todos nosotros. Nos vamos a Ágarot.

—¿A Ágarot? Pero ¿acaso te has vuelto loca? —exclamó Isabell levantándose de golpe—. ¡No pienso arriesgar la vida de Eldwin tratando de cruzar la frontera! Y, además, ¿qué se supone que va a hacer él allí, alejado de los nuestros?

—Cálmate —dijo Alba con voz tranquila—. La Voz dice que no sabemos nada acerca del sacerdote que llegó con la patrulla, salvo que era muy diestro con la Voluntad. Cree que es posible que se comunicara con alguien antes de caer. Ya viste cómo se volvió hacia Eldwin en cuanto apareció por la calle. No sabemos qué han averiguado de él, por eso ya no está a salvo en Selén.

—Me gustaría saber de qué estáis hablando —dijo Marc con voz suave.

—Es complicado —contestó Alba—. Eldwin...

—Es un asunto exclusivamente nuestro —la interrumpió Isabell con dureza—. Solo nuestro.

Marc asintió, pero se cruzó de brazos, contrariado.

—¿Cuáles son exactamente las órdenes de la Voz? —preguntó entonces la bruja.

—Partir cuanto antes hacia Rock-Talhé y cruzar a Ágarot desde allí. Hoy mismo, si fuera posible. Solo nosotros, no sería prudente que viajáramos con un grupo más grande. Al parecer considera suficiente protección llevar a dos inquisidores con nosotras —añadió con una leve sonrisa.

—¿Ahora son los inquisidores los encargados de proteger a las brujas? ¡Qué Gillean me lleve! —masculló Isabell, resoplando.

—Sigo preguntándome qué haremos allí, si es que conseguimos llegar —dijo Philippe—. ¿Con qué coartada viajaremos por esas tierras? Ya supondréis que nosotros no seremos considerados amigos, precisamente.

—Las brujas tenemos ciertas conexiones con los dirigentes de Ágarot —dijo Alba ignorando la fulminante mirada que le dirigió Isabell.

—Aunque eso no fuera un problema, el Emperador mantiene siempre la frontera bien vigilada y, en la coyuntura actual, lo estará más todavía —contestó Philippe—. Aun en el caso de que solo guardaran los puentes, el Taimado es un río peligroso y traicionero. Es prácticamente imposible cruzarlo y menos llevando caballos, carga y a un niño con nosotros.

—¿Cómo planea la Voz que lleguemos hasta Ágarot? —preguntó Marc.

—Barta nos acompañará. Ya está avisado y viene a nuestro encuentro.

—¿Quién es ese hombre?

—Uno de nuestros mejores exploradores.

—Dicen de él que conoce cada piedra de Rock-Talhé —añadió Isabell de mala gana, todavía sorprendida por la noticia—. Ya ha ayudado a los nuestros a cruzar el Taimado otras veces.

—¿Vamos a ver a Barta? —preguntó Eldwin en ese momento desde el quicio de la puerta.

El pequeño tenía los ojos medio cerrados todavía y se frotaba la cara con aire somnoliento. Eran sus primeras palabras desde que viera al sacerdote oscuro.

—Eldwin —musió Alba—. ¿Te hemos despertado?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Va a venir Barta?

—Sí —respondió la bruja y el niño pareció conforme.

—¿Cuándo has bajado? —preguntó Isabell entonces, con tono de regañina.

Eldwin se encogió de hombros de nuevo.

—¿Sabes a dónde vamos?

El niño asintió.

—Santo Lám —suspiró la bruja apoyando por un instante la cara en las manos—. Está bien, ven aquí. Vamos a hablar de ello.

—¿Estás bien, compañero? —preguntó Philippe ofreciéndole su mano cuando se sentó entre él y la bruja.

—Sí —contestó el niño con un atisbo de sonrisa, dándole una palmada.

—¿Sigues nervioso? —preguntó Alba.

—No. Estoy bien. Marc estaba allí —dijo señalándole con un dedo—. No tengo miedo a vuestro lado —añadió recostándose sobre Philippe.

Isabell apretó los labios y los dos hombres se miraron, sin saber muy bien qué decir, hasta que Alba suspiró y tomó la palabra de nuevo.

—Está bien, puesto que te has despertado, vamos a aprovechar el tiempo. Esta misma noche dejaremos Robleviejo para dirigirnos al Norte y reunirnos con Barta, así que hay que preparar muchas cosas. Ya está empezando a caer el sol y hay que darse prisa, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondió Eldwin, animándose al momento—. ¿Cuántos juguetes puede llevar Peca?

Los adultos rieron y, por un momento, los ánimos mejoraron notablemente. Philippe le revolvió el pelo y le hizo cosquillas con sus enormes manos hasta que al pequeño se le saltaron las lágrimas. Poco después, Alba lo acompañó a su dormitorio para ayudarle a empacar las cosas más importantes mientras Isabell preparaba las provisiones.

—Realmente los niños son criaturas prodigiosas —dijo Philippe, cuyas posesiones hacía tiempo que estaban preparadas para partir—. Hace apenas un rato la muerte estaba tan cerca de él como para que sintiera su frío aliento. Y ahora ya está pensando alegremente en lo que ha de venir.

—Es un muchacho más fuerte de lo que aparenta —contestó Isabell.

—Seguro que sí. Pero quizá todos debiéramos tomar nota y guardar más cosas de la niñez —dijo Philippe.

—No sé qué hemos de guardar nosotros, que nunca la tuvimos —susurró Marc.

El sol se había ocultado ya tras los campos que había al Oeste de Robleviejo cuando Marc salió de la casa. La noche comenzaba a tomar el control del espacio a través de sus sonidos y, pese al invierno, de sus perfumes. En el cielo titilaban las primeras estrellas y la luna se alzaba ya, enorme, por encima de los árboles.

Alba estaba apenas un poco más allá, con las manos enlazadas a la espalda, contemplando el paisaje como si quisiera absorber cada detalle para siempre.

«Sus ojos contienen más belleza que el amanecer que triunfa sobre una noche de miedo e incertidumbre», pensó Marc recordando, no por primera vez, algo que había leído hacía tiempo. «Parece compuesto para ella».

La bruja se había puesto ya las ropas de viaje. Llevaba la abrigada chaqueta que le había regalado hacía casi una eternidad Celine, la hija del delegado de Tres Lunas; más abajo, los pantalones de que vistió tanto tiempo mientras viajaba con él,

revelaban la forma de sus piernas. El cuero y la piel, gastados por el uso y confortables por el mismo motivo, le aportaban en opinión del inquisidor una apariencia natural y resuelta, muy alejada de las recargadas modas de Luisant. Quizá, también por ello, más atractiva.

—Siempre he pensado que la luna es más grande vista desde Seléin —dijo Marc cuando llegó a su lado.

Ella se volvió apenas, con una sonrisa en el rostro. El gracioso flequillo que le había dejado le ocultaba parcialmente el rostro pero, desde aquella posición, sus ojos verdes chispeaban con la magia de siempre.

—Es que la cuarta provincia siempre ha sido su preferida. La luna y las estrellas siempre han estado más cerca de nosotros que de cualquier otro lugar —contestó Alba—. Por eso nuestros antiguos decoraban sus ropajes con esos símbolos.

Marc asintió, sonriendo apenas, y se volvió para contemplar el paisaje.

—Recuerdo estos campos, ese río y aquellas montañas desde que era niña. Allí, bajo ese árbol, solía sentarme con Aurore para dibujar cuando me enseñaba cómo hacer que la tinta llevara mi Voluntad. Aníbal vivía en esa casa de ahí —dijo señalando en otra dirección—. Algunas noches de otoño, asaba castañas para nosotras en las brasas de la chimenea y nos contaba historias. Fueron tiempos muy felices. No pasaba un día fuera de aquí que no anhelara volver. Supongo que siempre consideré Robleviejo mi hogar.

—Es un hermoso pueblo —respondió Marc, clavándose las uñas en las manos al recordar los últimos momentos de Aníbal—. No dudo que muchos se sentirán orgullosos de poder considerarlo su patria.

—Sin duda. Este siempre fue un entorno humilde. No tiene la elegancia de la corte, ni de las grandes ciudades, pero posee una belleza propia. Supongo que, cuando alguien se marcha lejos, o durante mucho tiempo, se extrañará todavía más —añadió con un deje de dolor.

—Eres muy valiente —dijo Marc volviéndose hacia ella—. Pocos podrían soportar con tanto aplomo la sentencia del Consejo.

—Hay cosas más importantes que nosotros mismos —contestó ella pero, pese al optimismo con que trataba de disfrazar la voz, se apreciaba la tristeza en su rostro—. Sé que nunca volveré aquí. Mi gente me olvidará e incluso algunos odiarán mi nombre.

—No sé qué pasará mañana —contestó Marc acercándose un poco más a ella—, pues en estos tiempos tan revueltos el futuro se escribe en horas y no en años. Pero hoy estás entre personas que te quieren. Quizá eso sea un poco el hogar y, si así fuera, espero que te sientas en casa mucho tiempo.

Alba lo miró con ternura y alzó una mano para acariciar su mejilla, allí donde la hoja del torturador le había dejado un recuerdo para siempre.

Marc notó la piel suave de la bruja contra la suya, áspera y mal afeitada, y el vello de la nuca se le erizó, colmado por la sensación. La mano de Alba era



tranquilizadora, tenía calidez y amabilidad, algo que no les había sobrado nunca, ni siquiera en los últimos años. Cuando la retiró, fue como si alguien echara agua sobre la hoguera de un hombre a punto de congelarse.

—¿Me vas a explicar qué es lo que pasó antes con el encapuchado? —la mirada de la mujer había cambiado de repente y en esos momentos estaba teñida por la preocupación o la duda.

—Los llamábamos sacerdotes oscuros cuando estábamos en el Monasterio —dijo Marc recomponiéndose rápidamente—, aunque realmente no sabemos ni qué son ni de dónde proceden. Solo podemos dar fe de la endiablada destreza con que usan la Voluntad y de que parecen sentir una cierta predisposición a causar dolor.

—No me refiero a eso —contestó Alba cruzándose de brazos—. Isabell y yo lo hemos hablado y pensamos lo mismo. No es normal lo que hiciste. Rechazaste su ataque con una facilidad inexplicable.

—Yo... —Marc entrecerró los ojos, como si le costara traer a su mente los detalles de esos momentos—. Lo recuerdo lanzando hacia mí una oscuridad que cubría todo lo que podía ver con mis ojos. La luz del sol comenzó a menguar; el azul del cielo se fue volviendo gris y los colores se diluyeron hasta acercarse al negro. Entonces sentí muy cercana vuestra presencia y su avance frenó hasta desaparecer.

—¿Qué pasó después? —preguntó Alba tratando de mirarle a los ojos.

—Vi a Eldwin en el suelo —contestó él mirando hacia la hierba, como si todavía pudiera ver allí al muchacho— y no pensé en otra cosa que en llegar hasta él y apartarlo del sacerdote.

—Pero, ¿qué hiciste cuando te volvió a atacar? —insistió la bruja.

—Recuerdo que sentí de nuevo esa negrura precipitarse sobre mí, como una avalancha, pero... —Marc frunció el entrecejo y se acarició la frente—. No sé explicarlo.

—Inténtalo —dijo ella—. Creo que es importante que lo hagas.

El inquisidor se volvió hacia Alba y, por primera vez desde que lo conocía, la mujer creyó atisbar el miedo en sus ojos.

—La aparté —dijo al fin—. Aparté la oscuridad. No sé decirlo de otro modo. Agité mi brazo para disiparla porque sentí que eso era lo que debía hacer para llegar hasta Eldwin.

—Está bien —contestó Alba, más preocupada de lo que aparentaba—. Está bien, lo importante es que conseguimos vencer y ninguno resultó herido.

—No, ninguno —repitió Marc, pero era evidente que en el fondo no sentía la más mínima tranquilidad.

## VI

Ya había criaturas extrañas y abismales aquí cuando el Creador decidió dar forma al mundo de los hombres. La mayoría fueron destruidas en el proceso, pero otras sobrevivieron atrapadas, incapaces de penetrar al nuevo mundo, pero no muy alejadas de él. Nadie sabe cómo, pero Gillean encontró la manera de franquear el paso a esas criaturas, tan malvadas como él o quizá más. De este modo, Thomenn se rodeó de sus Compañeros y su hermano de voraces demonios.

—*El Manual*, tercer capítulo. Versión desconocida.

—Quién iba a decirnos, cuando nuestros antepasados fortificaron magistralmente la muralla sur, que sería precisamente la que está al norte la que nos protegería de los desiertos. Pero así ha sido. Y también de ese modo, a fuerza de equivocarnos, es como hemos aprendido la mejor manera de enfrentarlos —dijo Guillaum—. Hay que alternar pelotones para poder luchar siempre más o menos frescos. La primera línea de hombres lleva rodela en una mano y hachetas o espadas cortas en la otra; cualquier cosa que no te empiece a pesar a los dos minutos. Estos primeros son apoyados por otros tantos justo detrás con lanzas cortas o jabalinas. Lo ideal es contar también con algunos ballesteros, aunque no siempre es posible.

—Pero he visto cuerpos llenos de flechas que no parecen sentir ni la más leve molestia —repuso Nicholas.

—En efecto. Los proyectiles no suelen acabar con ellos pero, al menos, les impiden llegar con demasiada agilidad hasta los soldados de la primera línea.

—No son para matarlos —dijo Schell mirando al suelo— aunque a veces se consigue si les hieres en la cabeza. Son para apartarlos de los hacheros o estorbar, al menos, para que puedan golpearles mejor.

El joven asintió, mirándolo compasivo ante sus intentos por resultar útil. Schell seguía sonriendo permanentemente y, aunque le gustaba participar en las conversaciones, solía hacerlo solo con alguna frase corta, recalando siempre lo que decían otros.

—Tiene razón. No fueron pocos los que murieron, de un modo definitivo quiero decir, cuando los ballesteros de Águilas los asaetearon desde las almenas. Esos tipos tienen una puntería del demonio —añadió Guillaum.

—Pero ¿no sería mejor encerrarlos? —preguntó Nicholas.

—¡Vaya, Schell! ¿Lo has oído? Encerrarlos.

—Eso debió de pensar el imbécil de Ricard —dijo automáticamente el otro, como si se tratara de una frase escuchada muchas veces.

—Exacto, eso es lo que se le ocurrió a nuestro brillante general —dijo Guillaum escupiendo al suelo.

Hacía tiempo que el teniente había abandonado sus grandilocuentes formas para adoptar las de la soldadesca. Su enorme sonrisa había ido cambiando rápidamente hacia la mueca de desengaño que lucía en esos momentos.

—Ricard dedujo hace casi dos semanas que si los encerrábamos dentro de Abadía podríamos olvidarnos del problema, al menos de momento. Y diré más: muchos estuvieron de acuerdo con él.

—Sus lameculos embutidos en armaduras de gala —recitó Schell.

—Esos entre otros. Nadie quiso escuchar a los que estamos hartos de luchar contra los muertos a la sombra de la muralla. Nadie quiso escucharle a él —añadió señalando a Hermann, que permanecía sentado más allá junto a una hoguera, charlando tranquilamente con Victo.

—¿Hermann propuso no hacerlo?

—Hermann me lo dijo a mí, que por algo soy su superior, y fuimos juntos a hablar con el antiguo teniente de enlace de Trevor; el que fuera capitán de la guardia de Abadía —aclaró.

—Un lameculos en armadura de gala —apuntó Schell.

—De los que más —convino Guillaum—. El inquisidor tuerto le metió un virote en la nuca justo antes de que llegaran los muertos, pero eso es otra historia, ya te la contaré. El caso es que el teniente de enlace se ha crecido mucho desde que le dieron el mando de las tropas que estaban acuarteladas en Abadía cuando pasó todo esto. Por lo que dicen tuvo un papel más que notable durante las primeras horas, pero no es un líder. No tiene la experiencia ni la capacidad de mando que poseen otros —añadió señalando de nuevo a Hermann con la cabeza.

—Pero tú también eres teniente. ¿Por qué siempre hablas así del amigo de mi tío?

—Porque es la maldita verdad —respondió Guillaum escupiendo de nuevo—. Hace unas semanas, cuando vine aquí, habría aceptado gustoso comandar a los valientes que aguantaron la línea hasta que llegó la legión. Los habría conducido a la batalla con el convencimiento de que estaba preparado para ello y, con toda probabilidad, los habría llevado a la muerte —dijo restregándose la mano herida contra el muslo.

Schell alzó ligeramente la cabeza y lo miró sin abandonar la sonrisa que lucía desde hacía más de un mes. Parecía querer transmitirle algo de cariño.

En su segundo día allí, un muerto le había arrancado el anular de la diestra a Guillaum, que estuvo a punto de morir en su primer combate. El propio Hermann lo había arrastrado fuera de la ciudad mientras él permanecía inmóvil y encogido sobre sí mismo. Todos pensaron que no se recuperaría de aquello, pero dos jornadas después ya estaba junto a sus camaradas, a despecho de un vendaje que no dejaba de enrojecerse.

—Sea como fuere, el caso es que el teniente de enlace no creyó oportuno transmitir nuestras sugerencias y Ricard elaboró un plan maravilloso: mandó forjar una especie de rastrillo que encajase en la puerta norte y trajo a varios equipos de

albañiles. Dejaron junto a la muralla un montón de piedras enormes y también todo lo necesario para preparar argamasa.

—¿Y los soldados que estaban dentro? —preguntó Nicholas alarmado.

—Pidió voluntarios —respondió Guillaum encogiéndose de hombros— y les aseguró que los sacarían de allí antes de que los muertos pudieran echarles mano. ¿Ves aquellas poleas que han fijado a la parte alta de la muralla? Ricard mandó que, cuando los voluntarios entraran, lo hicieran por ahí arriba, con una cuerda atada al pecho y conectada a cada una de las poleas. De ese modo, cuando la puerta estuviera debidamente cerrada, tirarían de las cuerdas para alzarlos hasta las almenas. Desde allí podrían descolgarse hasta aquí con facilidad.

—Eso no parece demasiado seguro —dijo Nicholas rascándose la cabeza.

—No, a ninguno nos lo parecía, por eso los voluntarios eran todos de la legión. Creo que, entre otras cosas, les prometieron teñir de dorado el penacho del casco, aunque fuera póstumamente. ¿Sabes qué pasó? —preguntó Guillaum—. Que se presentaron tantos que tuvieron que hacer un sorteo.

Nicholas soltó una carcajada de sorpresa.

—¿Y entonces?

—Bueno, al principio la cosa fue más o menos como habían planeado. Los legionarios escalaron la muralla, se ataron las cuerdas alrededor del pecho y bajaron. En cuanto los otros pelotones que estaban dentro se retiraron, los albañiles comenzaron a cerrar la puerta.

—Has dicho que *al principio* todo fue bien —apuntó Nicholas.

—Sí. La puerta quedó cerrada y, cuando las cornetas dieron la orden, los soldados de afuera tiraron de las cuerdas. Hubo vítores para los legionarios que aparecieron en las almenas y, cuando descendieron, aquello se convirtió en una celebración desmesurada, como si hubiéramos conquistado Uruth y Ágarot de un solo golpe. Los legionarios se abrazaban y gritaban sus consignas aporreándose el pecho; Ricard y los suyos se daban palmadas en la espalda; todo el mundo reía e incluso empezó a sonar música.

—Hermann no reía —murmuró Schell.

—No, es cierto —concedió Guillaum—. De hecho se quedó más o menos por aquí, junto a muchos de nosotros y nos dijo en voz baja que prepararíamos las armas.

—¡Pero los muertos estaban encerrados en Abadía!

—Sí —dijo Guillaum mirando al muchacho con apenas un atisbo de amabilidad en medio de la amargura—. A mí también me costó entenderlo cuando llegué. Los muertos estaban dentro, pero tan rabiosos e incansables como el primer día. ¿Sabes lo que pasó apenas dos semanas después?

—*Los muertos caían como lluvia* —recitó Schell.

—De repente, una mañana comenzaron a desbordarse desde las almenas, como una acequia que intenta contener demasiada agua. No hubo ningún aviso, nada que permitiera adelantarnos. Ricard había prohibido que se subiera a las almenas a vigilar

para no soliviantarlos, así que a casi todos les pilló por sorpresa. —Guillaum soltó un bufido—. Algunos se rompían los huesos al tirarse desde allí, pero pronto fueron más los que caían sobre blando. De todos modos, hasta con las piernas rotas trataban de llegar hasta nosotros. Hubo incluso una poterna de la muralla, en la que ni habíamos reparado, que cedió haciéndose añicos por la presión que hacían desde dentro. Cuando ocurrió aquello, nosotros fuimos los primeros en reaccionar. Éramos los únicos que estábamos preparados.

Nicholas miró hacia la parte alta de la muralla y luego a los montones ennegrecidos que quedaron tras quemar los cuerpos.

—Fue mucho peor de lo que habíamos tenido hasta el momento —prosiguió Guillaum—. Concentrando el combate en torno a la puerta de la muralla norte podías, al menos, tener la seguridad de que no vendrían hacia ti desde otro lado, hacer que se estorbaran entre ellos. De este modo, en cambio, comenzaron a avanzar en un arco demasiado amplio hacia nosotros. Nos desbordaron por pura superioridad numérica.

Nicholas se llevó las manos a la cabeza mientras escuchaba con la boca abierta, sin atreverse a interrumpir al teniente.

—Las cornetas tocaron a retirada y todo el mundo salió huyendo. Incluso el viejo Ricard tuvo que correr hasta que alguien le alcanzó un caballo —dijo Guillaum con una risilla. Después se encogió de hombros—. Hicieron falta la totalidad de las fuerzas movilizadas para contenerlos de nuevo dentro de Abadía y estuvimos a punto de no lograrlo. Hubo que empujarlos de vuelta por la poterna de la que habían salido e incluso escalar la muralla para defender el adarve mientras volvíamos a abrir la puerta principal. Con todo, un buen grupo de muertos escapó por el Oeste, persiguiendo a unos cobardes que huían. Dicen que arrasaron media docena de pueblos antes de que una compañía de jinetes de la legión los detuviera.

—Es mejor no tener ocurrencias —sentenció Schell, de nuevo con la vista fija en el suelo.

No muy lejos de allí, Hermann y Victo los contemplaban en silencio mientras picoteaban los restos de un pollo que alguien había colocado sobre el fuego.

—¿Por qué le puso tu hermana un nombre de Louisant? —preguntó de pronto el más alto.

—Mi cuñado es de la segunda provincia —gruñó Victo—. Por eso se lo puso, ya lo sabes.

—¿De Louisant? —replicó Hermann con un asomo de sonrisa—. Guillaum tiene sangre de allí y se le nota. ¿Estamos hablando acaso de los mismos hombres? ¿Esos que son de rostro fino, cabello claro y más bien esbeltos? Lo digo porque Nicholas es moreno, alto y tan ancho como un barril.

—Sí. Barriles llenos de vino. Como tú.

Hermann volvió la cabeza hacia el joven y se rascó la barba. Nicholas superaba en altura a la mayoría de los otros hombres de Cerro o La Flere y sus espaldas eran

más anchas de lo habitual. El cabello, de un negro intenso, tampoco encajaba con lo que era típico en la segunda provincia.

—No sé, amigo, no acabo de verlo claro —repuso con tono burlón—. Y por lo que vi, su hermano Matenzo es aún más robusto. ¿Estás seguro de que tu hermana...?

—¡Vale ya, idiota! ¡Deja en paz de una vez a mi hermana! —estalló Victo ante las risas de los soldados más cercanos.

Hermann sonrió en su cara sucia y poco agraciada antes de cortar el mejor trozo de pechuga que quedaba y pasárselo a su compañero.

—¿Has visto a esos pobres diablos? —preguntó bajando la voz y señalando con disimulo a los soldados que jugaban a los dados junto a la otra hoguera.

Victo tomó la carne y se giró apenas, como si hiciera fuerza para separar algún huesecillo.

—Se han reído con la broma, pero sus rostros no mostraban alegría ni nada parecido. Las carcajadas sonaban tan huecas como graznidos. Están a punto de venirse abajo.

—¿Y qué esperas? —respondió Victo hablando también en voz baja—. Han estado luchando en Abadía durante horas y ni siquiera han podido dormir después. Casi nadie parece capaz de descansar debidamente desde hace días.

—Es normal —dijo Hermann echando un disimulado vistazo a su alrededor—. Cada vez que cerramos los ojos es como estar viviendo dentro de las peores escenas de El Manual. Y aquella estupidez de Ricard no ha contribuido precisamente a que mejoren los ánimos.

—Desde luego que no. Obtener esa aparente victoria solo para que las esperanzas se quiebren al momento siguiente... —Victo negó con la cabeza—. Solo espero que no traten de desertar como esos otros —añadió señalando los cuerpos que colgaban de un árbol en el extremo del campamento. Después echó un trago al pellejo de vino que había comprado el día anterior y se lo pasó a su compañero, pero este tenía la mirada fija más allá.

—¿Qué es lo que pasa allí? —preguntó Hermann señalando con la barbilla.

—Son los delegados de esa gente. Se han puesto de acuerdo para mandar una representación a hablar con el general —respondió Victo.

—¿Los refugiados? ¿Para qué quieren hablar con el general? ¿No les gusta nuestra estrategia?

—Pasan hambre —dijo Guillaum llegando hasta ellos para sentarse ante la hoguera—. Los refugiados pasan hambre mientras nosotros tenemos raciones de sobra. Ayer vieron como los mozos del almacén tiraban varios sacos de pan mohoso y han ido a pedirle al viejo que al menos les de la comida pasada.

—Pues parece que ni siquiera los va a recibir —gruñó Victo.

A lo lejos, en la parte más alta del campamento, se asentaba el ostentoso pabellón del general. Allí se veía a varios campesinos que hablaban con el mayordomo del general Ricard. Por sus gestos, parecía muy disgustado con aquella situación. Justo

entonces salió uno de los lugartenientes del general. Su armadura relucía con tonos dorados en la distancia. Habló durante unos segundos y luego hizo un gesto enérgico con la mano. Sin embargo, uno de los campesinos se adelantó y alzó el índice, replicándole. Súbitamente, el soldado le contestó con un revés que le hizo caer al suelo.

—Las cosas se están poniendo tensas por aquí —murmuró Hermann.

—Y más que se van a poner —aseguró Victo—. Todos estamos agotados y con la moral por los suelos. No podemos cargar, además de con los muertos, con un campamento tan grande de refugiados.

—Quizá Ricard debería ser más comprensivo, dadas las circunstancias —concedió Hermann.

—Debería escucharles —sentenció Guillaum, frotándose la herida de la mano mientras miraba hacia el pabellón con evidente desagrado—. Si no podemos tener paz aquí ¿cómo esperan que venzamos más allá?

—Ricard no hará nada —dijo Hermann—. Solo se reúne con la plana mayor y sus amigos nobles.

—Y no te olvides de los comerciantes de la baronía de Ribera, a los que no soporta, que se han comprometido a aportar esos mercenarios pulgosos —apuntó Victo.

—Sí, esos también; pero jamás visita a la tropa ni les muestra la más mínima consideración. Dudo mucho que lo haga con los refugiados.

—Pues hay quien todavía dice que es un general brillante —terció Guillaum.

—¿Por qué? —replicó Hermann—. Lo único que ha hecho es organizar turnos para luchar tras la muralla. No se necesita un maldito estrategia para eso ¡se necesitan más soldados! Apenas tenemos tiempo de quitarnos la armadura cuando ya están tocando la corneta de nuevo para que volvamos. Los hombres están agotados.

—Eso es cierto —reconoció Victo—. Si seguimos así, al final no seremos suficientes para luchar.

Hermann tuvo que admitir que, de nuevo, su compañero tenía razón. Ya había perdido la cuenta de las bajas no oficiales que la soldadesca calculaba cada noche, alrededor de los fuegos. Los hombres de las baronías de Cerro Viejo y la propia guardia de Abadía habían sido las más golpeadas al comienzo del ataque. Sin embargo, con el pasar de los días y las semanas, todos los regimientos comenzaron a ver mermados sus efectivos de una manera alarmante. Era como él mismo había dicho: los muertos no se cansaban y su rabia parecía no tener fin. Ellos, en cambio, sucumbían a las heridas, el miedo y el agotamiento.

—Pero ¿por qué no mandan de una maldita vez ayuda de Seléin y Louisant, al menos? —decía en esos momentos Guillaum—. Llegan efectivos de la legión de Quiles constantemente, pero a cuentagotas. La de Louisant apenas ha mandado una representación. ¿En qué están pensando?

—Dicen que el Imperio entero está nervioso con este asunto —comentó Victo mirando al fuego.

—Es para estarlo. Fíjate en lo que cuentan de la ceremonia por el cumpleaños del Emperador. No puede ser un buen presagio, eso como poco. Incluso en este rincón del Imperio se murmura que Gillean consiguió meter la mano en la Catedral.

—Algunos también dicen que es el mismísimo Creador quien ha mandado a los muertos para que acaben con nosotros; que ya no considera dignos a los descendientes del Primero.

—Razón de más para aplastar a los muertos cuanto antes —afirmó Guillaum—. ¿Dónde están los árbitros y los inquisidores ahora que se los necesita?

—Escuchadme —dijo Hermann adoptando ese tono trascendental que solo usaba en contadas ocasiones—. Si algo he aprendido en mis años de servicio es que, por ahí arriba, la gente se pone muy nerviosa cuando algo perturba la tranquilidad y la rutina. —Señaló el pabellón de Ricard—. He participado en campañas contra Uruth e incluso en una contra Ágarot, y todas fueron anunciadas a bombo y platillo por los pregoneros. Hubo fiestas para desear suerte a los soldados y se organizaron ofrendas y peregrinaciones en nombre del Creador y todos los Santos. Sin embargo, en las pocas veces que fuimos derrotados se nos ordenó que no habláramos más de la cuenta y el asunto se llevó con toda discreción.

—¿Es por eso por lo que no organizan un campamento para los refugiados más al norte? ¿Solo para evitar que se airee este asunto? —exclamó Guillaum.

—Fueron muchos los que se fueron de Abadía antes de que todo estallase. Eso por no mencionar los pueblos enteros que se echaron a las calzadas incluso antes. No quieren que haya todavía más refugiados vagando de acá para allá, contando de primera mano el desastre en que se ha convertido todo esto. Si se corre la voz de que la capital de la primera provincia se ha perdido, la moral del Imperio quedaría deshecha —dijo Victo.

—Por no mencionar lo extraño que resulta que los aldeanos lo supieran antes que nadie.

—¿Lo que me estáis diciendo es que todos esos refugiados están aquí retenidos? ¿Incluso los que tienen algún lugar adonde ir? ¡No sé cómo piensa Ricard justificar algo así, pero no le va a resultar fácil! —gruñó Guillaum.

—No creo que esto sea solo cosa de Ricard. Puede que él firme las órdenes, pero dudo que haya tomado esa decisión. Al viejo solo le interesa el aspecto militar de todo esto y aquello que pueda reportarle algún beneficio. Seguramente preferiría tenerlos bien lejos, pero hay otros que saben el efecto que tendría en el imperio que todas estas personas contaran lo que han visto.

—Y a eso súmale que las marchas de la legión son también bastante ruidosas y siempre se dirigen hacia el Norte —murmuró Victo—. Un movimiento de tropas como el que necesitamos aquí levantaría polvo hasta en las Colinas Eternas.



—Visto lo visto, no creo que Ricard vaya a pedir ayuda. No, al menos, hasta que no haya otra alternativa —concluyó Hermann.

—Quizá debería comenzar a planteárselo —dijo entonces Schell, señalando el humo que comenzaba a elevarse desde el pabellón de intendencia.

Tal y como había dicho Philippe, Eldwin se recuperó del ataque del sacerdote oscuro con asombrosa rapidez, al menos en apariencia. Pese a que cuando dejaron atrás la casa ya era totalmente de noche, el niño se mostraba entusiasmado ante el viaje y no había ni rastro de angustia o cansancio en su rostro.

—Dicen que los hombres de Ágarot son muy serios y que saben trabajar bien el acero y la seda.

—También dicen que son astutos y ladinos —contestó Philippe detrás de él—, amigos del engaño y hermanos del veneno.

—No creo que todos lo sean —respondió Eldwin, que oteaba las sombras intentando ver más allá de lo que la noche le permitía—. Seguro que habrá personas de todo tipo, como en el Imperio.

—Escucha a este niño —dijo Isabell—. Puede que sea capaz de meter algo de sentido común en esa cabezota tan dura que tienes.

Pese a su negativa, Eldwin había insistido en viajar encima Furioso, junto al inquisidor, alegando que nunca se había subido a un caballo tan grande. La bruja le había advertido, enfadada, que era muy peligroso acercarse a un caballo entrenado para la guerra, pero tuvo que claudicar al ver cómo el semental recibía al niño agachando la cabeza mansamente.

Marc montaba a Naffir y seguía a Alba, que los guiaba a través de un camino poco frecuentado sobre su yegua blanca a la luz de un discreto candil. Isabell, algo más atrás, había atado a la silla de su montura otro caballo de piel clara que les habían dado en el pueblo para ayudarlos a acarrear los bultos.

Peca, acurrucada entre la capa de la bruja, miraba de hito en hito y, correteando de acá para allá, Soto husmeaba y aguzaba el oído, feliz por encontrarse entre la floresta.

La noche estaba despejada y la luna emitía la suficiente luz para avanzar por el camino que, aunque tenía un manto de hierba por el poco uso, era mucho mejor que otros que habían transitado antes de llegar a Selén.

—Me estaba preguntando cómo fue tu reunión con la Voz —dijo Marc de pronto, permitiendo que Naffir se acercara un poco a la montura de Alba.

—Ya os lo conté —respondió ella—. Me dijo que debíamos llevarnos a Eldwin, pues quizá Robleviejo no fuera ya seguro para él.

—Me refería al tono en que se había celebrado, más bien. Si se pronunció acerca de la anterior reunión.

—Si te refieres a si se desdijo de sus palabras, no. El Consejo casi nunca modifica sus decisiones y la Voz tampoco las interpreta por segunda vez —contestó Alba que, no obstante, frunció el ceño—. Pero sí que parecía algo más consciente de la importancia de todo lo que hemos hecho desde que encontramos la tumba de Lám.

—¿Qué quieres decir?

—La Voz dijo que había cosas que se estaban precipitando; engranajes monumentales que han comenzado a girar de manera ya inexorable. Dijo que lo que hiciste en Quiles ha puesto en movimiento más cosas de las que podíamos prever; que aquellas brujas que tienen una visión más profunda de lo normal estaban abrumadas por lo que comenzaban a intuir. —Alba se giró y su expresión se vio aliviada por un ligero optimismo—. Creo que quizá lo que ha pasado con esa patrulla fuera el detonante para que comenzaran a darle importancia a nuestras palabras. Quién sabe, quizá hasta nos haya favorecido.

—Ojalá sea así —contestó Marc— pero, ¿no es suficiente motivo todo eso para que se replanteen tu sentencia?

—Han tomado una decisión —contestó ella disimulando la tristeza—. Ya te lo he dicho, no cambiarán de parecer.

Marc asintió, contrariado, y guardó silencio. Los caballos dejaron oír el amortiguado sonido de sus cascos durante varios minutos antes de que volviera a hablar.

—No creo que esta sea la última vez que veas Seléin, Alba —dijo mirándola a los ojos—. No lo creo, sinceramente, y seguro que tú tampoco.

La bruja le devolvió la mirada con un asomo de sonrisa.

—Gracias —dijo con sencillez, pero el destello de sus ojos verdes habló con más elocuencia.

—¡Conozco bien a los de Uruth! —exclamó en ese momento Philippe, algo más atrás—. Son tan sanguinarios como numerosos. Hostigan las fronteras del Imperio con un ansia que raya la locura. Solo una cosa nos protege de ellos. ¿Sabes cuál es, pequeño?

—¿Las legiones? —preguntó Eldwin con evidente escepticismo.

—No —aseveró el inquisidor—. Que son tan idiotas que ni siquiera pueden ponerse de acuerdo entre ellos. Si no fuera así, haría ya tiempo que una ola gigantesca de malolientes bárbaros nos habría engullido.

—Parece mentira que sigas aferrado a esas ideas cuando la verdad que creías conocer se ha ido desmontando pieza a pieza —murmuró Isabell.

—En lo concerniente al Imperio sí, pero estamos hablando de Uruth y Ágarot. ¡Por amor de Lám, no quieren otra cosa que nuestro mal!

—Viajas con esos prejuicios pero pretendes refugiarte allí. Más te valdría aprender de los conocimientos del niño que monta contigo, como dije antes.

—Si quieres puedo enseñarte la historia de Ágarot —dijo él, solícito.

—¡No necesito que nadie me enseñe lo que ya sé! —bufó Philippe.

—¡Con tanto ruido ya se habrán enterado de vuestro viaje hasta esos norteños de Uruth! —dijo súbitamente una voz entre los árboles.

Soto ladró y Peca se revolvió sobre Isabell. Los inquisidores desenvainaron más rápido de lo que se tarda en pestañear, pero el grito de Eldwin hizo que toda la tensión quedara en suspenso.

—¡Barta! —exclamó de pronto el niño.

El hombre que apareció ante ellos no era sino una sombra hasta que dio un par de pasos para salir a la zona iluminada por la luna.

Tenía unas orejas casi igual de grandes que la nariz, amplia y prominente como la vela de un bote de pesca. Su rostro estaba cruzado por profundas arrugas, pese a que por el modo en que se movían sus piernas bien podría ser un jovencuelo. La cabeza se veía totalmente despejada a excepción de una minúscula franja de pelo que arrancaba en las sienes y se extendía hasta la nuca. La piel estaba curtida y bronceada por largas jornadas a la intemperie pero, en medio de esa apariencia dura, había también una suerte de delicadeza y vivacidad en cada gesto. La sonrisa franca que les mostró bien podía ser la de una de esas personas a las que es imposible no coger afecto inmediatamente.

—Así que vosotros sois los dos inquisidores. Nunca me había sentido cómodo delante de uno —dijo estrechando la mano de Philippe.

—Espero que eso cambie —dijo el gigantón; pero Furioso, no tan diplomático, resopló con fuerza y el hombre dio un paso atrás—. Bueno, es posible que quizá a alguno le cueste un poco —dijo con una sonrisa insegura.

Barta soltó una carcajada. Sus ojos, a la luz del candil, tenían un curioso tono extraordinariamente claro, casi transparente, y se movían rápidos como la inteligencia que se adivinaba tras ellos; los dientes eran blancos y la sonrisa sincera y fácil. Su misma voz de barítono era de una belleza sorprendente, como si esa apariencia externa poco agraciada no fuera sino la contraparte de la nobleza que albergaba en su interior.

—¡Y este mozo tan crecido...! ¿Quién es? —preguntó entonces cogiendo a Eldwin de la silla. El niño rio y le abrazó con fuerza.

—¡Barta, he traído a Peca y a Soto!

—Ya veo —dijo el hombre, acercándose con curiosidad a la gata, que se dejó acariciar confiadamente—. ¡Ha crecido una barbaridad! Y dime, Eldwin, ¿has traído a alguien más?

El niño rio de nuevo y señaló a Alba e Isabell, que desmontaron para saludarlo con evidente cariño. Mientras tanto, Soto movía la cola con energía a su alrededor.

Cuando Marc le estrechó la mano había de nuevo una sonrisa en su rostro.

—Encantado de conocerte. Hablan muy bien de ti.

—De ti también, inquisidor —contestó el hombre dedicándole una larga mirada—. Pero, ¡os esperaba antes! —dijo entonces volviéndose hacia las brujas—. Pensaba que saldríais corriendo de Robleviejo después del incidente con esa patrulla.

—No es fácil organizar un viaje así —contestó Isabell—. Y menos cuando tienes que estar pendiente de tantas cosas —añadió señalando disimuladamente a Eldwin.

—Entiende, amigo mío —dijo entonces Alba—, que para nosotros esto requiere muchos preparativos, muchas cosas que empacar. No todos somos tan ligeros como tú a la hora de movernos.

—¿Cómo has visto los caminos? —preguntó entonces Isabell.

—Sucios y revueltos. Están llenos de patrullas y familias enteras que viajan hacia Rock-Talhé. Todo el mundo carga con rumores extraños. Se dice que la Catedral estalló en llamas en medio de la ceremonia por el cumpleaños del Emperador; que los muertos reinan en Quiles y también que ha sido nombrado un nuevo Embajador.

—Eso encajaría con la manera de actuar de Septem —masculló Philippe.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Barta.

—Es el delegado principal de Hÿnos, pero también el consejero más cercano del Emperador —respondió Marc.

—No es la primera vez que anuncia un castigo ejemplar que descargue la responsabilidad de las espaldas de *nuestro señor*. —Philippe pronunció las últimas palabras con un desprecio que no se molestó en disimular.

—Pero eso no parece probable. El actual Embajador es un hombre querido y su relación con él, magnífica. Seguramente sea un bulo sin fundamento.

—Vayamos a lo importante —dijo entonces Isabell—. ¿Crees que podremos pasar inadvertidos en Rock-Talhé en medio de todo esto?

—También a mí me preocupa ese tema —dijo Philippe—. La tercera provincia no es el mejor lugar para esconderse.

—¡Claro que sí! Pocos conocen esa tierra como yo —añadió sonriendo con una parodia de jactancia—. Sería más sencillo que lloviera hacia el cielo a que nos encontraran en Rock-Talhé siendo yo vuestro guía —dijo mientras se internaba unos metros en el follaje.

Apenas había acabado de pronunciar esas palabras cuando apareció de nuevo guiando a un caballo de piel canela y medias blancas.

—Seguidme, todavía quiero avanzar un poco más antes de que nos detengamos a pasar lo que queda de noche.

Dicho lo cual se situó a la cabeza, seguido de cerca por las dos mujeres.

—Barta es el mejor contando historias —les explicó Eldwin en cuanto reiniciaron la marcha—. Isabell me cuenta muchas, pero siempre son de animales y a veces dice cosas que no comprendo.

—Los animales hablan de otro modo —contestó ella mirando hacia unos arbustos—, pero en algunos casos se comunican mucho mejor que nosotros.

—Pues a mí me gusta más como habla él. Barta me ha contado muchas historias de Thomenn, de los Compañeros, de brujas e incluso de monstruos.

—Y a fe de Thomenn que el mozo escucha —dijo Barta desde mucho más adelante, como si oyera la conversación con la misma claridad que si estuvieran junto

a él—. Apuesto tres chuletas contra ninguna a que es capaz de recitar dichos del Bufón que ni siquiera vosotros conocéis. ¡Y aun así saldría ganando!

—*El hombre sabio apuesta poco, pero gana siempre* —respondió el niño con una carcajada.

—A propósito —dijo mirando a Alba—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Todo lo que sea necesario para pasar inadvertidos con mayor facilidad —respondió ella poniéndose inmediatamente la capucha.

—Ya veo pero, por mucho que lo ocultes, se sigue adivinando ese tono pelirrojo del que tanto me burlaba cuando eras una niña. Supongo que es como tu carácter: ¡seguro que sigues teniendo el mismo mal genio de siempre! —dijo a la vez que le revolvió el cabello.

—¡No tengo mal genio! —respondió ella dándole manotazos para apartarle.

—¿Cómo están las cosas cerca de Ágarot? —preguntó entonces Isabell imponiendo su voz a las carcajadas del explorador.

—Las fronteras están llenas de patrullas —contestó él abandonando el tono de broma—. Detienen viajeros o entran en las casas con los mismos modales que un troll. No son pocos los nuestros que han caído o han sido apresados. Parece que el Emperador tiene verdadero interés en dar con vosotros.

—Le hemos dado unos buenos azotes —murmuró Philippe.

—Di más bien que debe de estar rabioso —respondió Isabell.

—La Voz me dijo que la situación en Quiles está descontrolada y que el asunto de la Catedral todavía coleará mucho tiempo —apuntó Alba—. Está ansioso por cobrarse su venganza.

—Bueno, pues eso no será posible mientras yo os escolte —dijo Barta con una fingida expresión de suficiencia—. Os voy a llevar por sendas que ni siquiera los ciervos conocen.

—No hay muchos ciervos en Rock-Talhé —apuntó Philippe.

—No, en efecto —concedió él—, esa será la peor parte del viaje. La tercera provincia tiene pocas sombras donde ocultarse, pero puede hacerse. Confiad en mí.

Avanzaron apenas una hora más hasta un refugio de cazadores. La cabaña, que solo tenía una habitación, permitía no obstante guarecerse del frío y del viento.

—Afuera, escondida bajo una trampilla, siempre suele haber leña de abeto gigante.

—Una madera que genera muy poco humo —apuntó Philippe.

—Exacto. Por eso creo que podemos permitirnos encender un pequeño fuego —dijo Barta.

En cuanto el hombre salió, acompañado del pequeño, Marc se dirigió discretamente a las brujas.

—Parece que le tenéis mucho afecto —susurró— pero ¿lo conocéis bien?

—Barta es un hombre muy querido y respetado en nuestra comunidad. Eldwin lo adora y él al niño también —respondió Alba—. Ha luchado por nosotros en más de

una ocasión y siempre es generoso con su esfuerzo.

—Es un gran hombre, pero tienes que saber que también era muy amigo de Aníbal —dijo Isabell mientras desempacaba las mantas.

El inquisidor abrió mucho los ojos y, aunque no fue del todo visible en la oscuridad, en su rostro se formó una expresión de alarma.

—Tranquilo, no hará nada que te pueda incomodar. Es mucho más inteligente de lo que podría aparentar su sencillez y sabe por lo que habéis pasado. Es consciente de que las cosas no han sido fáciles —añadió a regañadientes.

—Aun así, no sé si podré dormir delante de él —susurró Marc.

—Si te tranquiliza puedes pensar que Barta es el padre y maestro de arco de Luke y que, para cuando nosotros le oímos en el bosque, él ya nos había visto mucho antes —respondió Isabell pese a la furibunda mirada que le dedicó Alba.

Marc se revolvió incómodo antes de taparse con su capa. Lejos de tranquilizarlo, aquellas palabras lo inquietaron mucho más.

A la mañana siguiente, poco después de iniciar la marcha, llegó el momento que tanto había temido Isabell:

—¿Quién era ese hombre del hábito negro que quería cogirme? —preguntó Eldwin de pronto, como si acabara de recordarlo.

Los adultos guardaron silencio durante un instante y se miraron de reojo.

—Ya sabes, jovencito, que en el Imperio hay más poderes aparte de las tropas imperiales o las brujas —dijo Isabell con naturalidad.

—Claro, como la Compañía de Lám o los barones —contestó él—. O los que adoran a Gillean. Pero ese hombre iba con los imperiales.

—En ocasiones se establecen tratos o alianzas entre facciones que deberían ser contrarias —apuntó Alba.

—Yo creo que estaba con ellos porque sabía usar la Voluntad —dijo Eldwin con el ceño fruncido.

Nuevamente los mayores se miraron entre sí.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Isabell con toda la tranquilidad que pudo.

—La sentí —contestó él encogiendo los hombros—. Como cuando tía Alba o tú la usáis.

—No sabía que podías percibirla con tanta naturalidad —dijo Alba intentando disimular su sorpresa.

—En todo caso, muchos la manejan, algunos sin saberlo siquiera —dijo Isabell fingiendo despreocupación—. Que ese hombre fuera diestro con la Voluntad no significa nada.

—¿Pero por qué dijo a los demás que me cogieran?

—Llevaban presos en la jaula de aquel carro, pero todos eran adultos —intervino Philippe—. Quizá querían un rehén distinto.

Eldwin asintió, poco convencido.

—¿Creéis que habrá más como él? —preguntó con expresión preocupada, mirando directamente a Marc.

Tras un momento de duda, el inquisidor respondió:

—Seguramente sí, pero no has de preocuparte, nosotros estamos junto a ti.

—Y ya sabes que los podemos despachar con facilidad —añadió Philippe.

—No tengo miedo —contestó Eldwin muy serio—. Si todos estáis cerca de mí y el tío Barta nos acompaña, no hay nada que temer.

—¡Claro que no! —dijo Alba, tratando de animarlo con una gran sonrisa—. Además, todo eso ya ha quedado atrás, sería absurdo seguir dándole vueltas.

Eldwin asintió y acarició a la gata, que en esos momentos iba recostada sobre él.

—¿Creéis que Peca seguirá asustada?

—No lo creo —contestó Isabell mirándola con los ojos entrecerrados.

Eldwin la acarició de nuevo y, a los pocos minutos, ya volvía a sonreír mientras parloteaba con Philippe. Algo más adelante, Marc y Barta lideraban el avance.

—Es un niño muy valiente y no alberga más que virtud en su interior —dijo Marc—. Sin duda sus padres deben estar orgullosos de él.

—Cuidado inquisidor. —No había hostilidad en la voz de Barta, pero su mirada contenía una peligrosa desconfianza que no trataba de ocultar—. No pretendas obtener de mí las respuestas que nuestras amigas no han querido compartir contigo.

—No pretendo sonsacar nada —respondió Marc—, pero no puedo por menos que preguntarme cuál es la razón por la que el sacerdote oscuro se interesara por él en cuanto lo vio.

—Sea cual sea el motivo, no lo conocerás si ellas no quieren y, por el momento, no parecen interesadas en hablar del tema.

—Todavía no confiáis en nosotros, ¿no es cierto?

Barta se volvió hacia él con algo parecido a la sorpresa en su rostro.

—Vaya. No me esperaba preguntas tan directas por parte de un inquisidor. Por lo que sé, los caminos que suelen tomar son enrevesados y traicioneros. Al menos cuando no hacen gala de métodos más expeditivos.

—La inquisición es implacable —contestó Marc con cautela—. Cuando se decide algo, no se para hasta verlo cumplido, de un modo u otro. Pero ya no pertenezco a la Orden. Creo que lo he demostrado con creces —añadió llevándose una mano al pecho, allí donde el primer consejero de Mulars le había roto las costillas.

Por un momento, Barta pareció consciente del rencor que albergaba Marc dentro de sí.

—Alba asegura que eres un hombre honorable y que has demostrado una y otra vez, de diversas maneras, que tu lealtad ya no pertenece al Emperador. Pero nosotros somos muy precavidos. La discreción es lo único que nos ha permitido pervivir pese al hostigamiento de los emperadores. Has luchado bien en Robleviejo y lo hiciste

para proteger a Eldwin, según me contaron. Tienes nuestro agradecimiento, pero no esperes también confianza. No tan pronto, al menos.

Marc asintió y tras un momento de silencio, inspiró lentamente antes de hablar de nuevo.

—Siento mucho la muerte de Aníbal. Sé que lo apreciabas —dijo con una mirada grave—. Nunca viviré para arrepentirme lo suficiente de aquello.

Por el risueño rostro de Barta cruzó un gesto de profundo dolor.

—No soy quien para juzgar lo que ocurrió aquella noche —respondió con suavidad, pero los músculos de la mandíbula se le marcaron ostensiblemente—. Lo hecho, hecho está. No tenemos ni el tiempo ni la tranquilidad suficiente como para llorar a los muertos —añadió llevándose una mano al roble de cuero que llevaba prendido al pecho—. Ya llegará ese momento, más adelante. Y ahora, si no te importa, hablemos de temas menos funestos. Llevas una buena montura —dijo cambiando por completo el tono de voz.

—No puedo negarlo —dijo Marc palmeando el cuello de Naffir—. Su padre también lo fue.

Habían pasado ya muchas jornadas desde que Jonás se lo entregara cerca de Hÿnos y el animal se había encariñado profundamente con él. Era evidente que confiaba en su jinete y se había acostumbrado a sus indicaciones con rapidez. Marc solo necesitó unos días para enseñarle a acudir hasta él cuando silbaba, igual que Noble. Aun así, en ocasiones era difícil frenar su avance, tal era el ímpetu de su juventud.

—¿Crees que darán con nuestro rastro? —preguntó entonces el inquisidor.

—No lo creo. Es imposible que estén ya tras nosotros y si pasan unos cuantos días la lluvia borrará todas las huellas que hayamos podido dejar. A menos que alguien se dedique a tallar dibujos en la corteza de los árboles —dijo Barta recuperando rápidamente el humor—. Aun en el caso de que ese siniestro sacerdote vuestro llegara a comunicarse con alguien, primero tendrían que ir a Robleviejo para investigar.

—Eso no es algo que me agrade —contestó Marc.

—A mí tampoco, pero te aseguro que sus habitantes son gente aguerrida y acostumbrada a todo esto. Da igual quién vaya. No encontrará nada.

—Puede que tengas razón, pero esa patrulla no regresó, lo que llamará la atención del Imperio. Dudo que tengan muchos más indicios, así que seguirán esa pista hasta sus últimas consecuencias.

—Es posible, pero organizar eso lleva tiempo y son pocos los que conocen los rincones por los que os estoy llevando. Te aseguro que no resultaría fácil seguirnos, incluso para hombres habituados a la marcha por el campo. Puede que estas sendas parezcan lentas y tortuosas pero en realidad son atajos que cruzan Seléin de un modo más directo que los principales caminos. No tardaremos en estar en Rock-Talhé.

—Te creo, Barta —reconoció Marc—, pareces muy ducho en todo esto.



—Lo soy —respondió él encogiéndose de hombros—. Mi padre me llevó a cazar cuando solo tenía seis años y poco después me hizo un pequeño arco que era casi de juguete. Un mes después le acerté a un pato que alzaba el vuelo.

—No son muchos los que puedan jactarse de tal destreza a esa edad.

—Se me da bien —dijo él sin falsa modestia—. No me hagas calcular cuántos cobres son setenta monedas de plata y tres emperadores de oro o quien fue el séptimo barón de no sé qué dinastía; eso no es para mí. Pero déjame en el bosque y te conseguiré la cena; pon un rastro y lo seguiré o es que es imposible de seguir.

—No dudo de tu pericia, vi disparar a Luke en Robleviejo. —La mirada de Marc se ensombreció levemente—. Pero pareces muy seguro de que no nos encontrarán.

—Ya te he dicho que esto se me da bien. Además, hemos dejado caer aquí y allá un par de rumores acerca de que el inquisidor renegado ha sido visto volviendo a Quiles —añadió a regañadientes.

—Eso no hará que abandonen la búsqueda desde Robleviejo —contestó Marc—, especialmente después de haber perdido a esa patrulla.

—No, en efecto, pero si unas cuantas docenas de hombres son desplazadas al Este, eso habremos ganado —contestó Barta encogiéndose de hombros—. Los que estamos en el bando de las brujas también sabemos jugar a esos juegos de intrigas que tanto le gustan a la Orden —Marc agradeció que por primera vez no lo vinculase a la inquisición—. Conocemos a dos o tres de sus agentes y, cuando es necesario, dejamos que escuchen alguna conversación.

—Desde que todo esto empezó me estoy dando cuenta que sabéis mucho más de la Orden de lo que pensábamos.

—No te haces una idea —respondió Barta—. Estando en inferioridad de condiciones, todas las armas son pocas.

—No se puede negar que las usáis con inteligencia.

—Por supuesto, pero ¿qué hay de vosotros? —dijo el explorador—. Siempre sentí una cierta fascinación por los inquisidores. ¿Cómo será su vida? ¿Cómo se verán las cosas desde sus ojos?

—Es mucho más práctico de lo que te puedas pensar —respondió Philippe llegando hasta su altura. Eldwin se había acomodado sobre la yegua de Alba y le contaba con lujo de detalles cómo debía tratar un esqueje de rosal antes de replantarlo—. La Orden nos dirige y nosotros actuamos. Solo los miembros de mayor rango deciden qué objetivos debemos investigar o qué líneas se deben seguir en cada momento.

—Y ni siquiera eso —añadió Marc—. A fin de cuentas, he sido comandante de la inquisición y fueron capaces de mantenerme engañado e ignorante de la realidad durante años. Es cierto que muchas veces salvamos vidas o luchamos contra gentes malvadas pero, en lo concerniente a las brujas, no creo que ninguno supiéramos la verdad.

—Se nos inculca desde muy pequeños que son el enemigo más terrible —dijo Philippe con la mirada perdida—. Que deben ser erradicadas allá donde las encontremos, pero lo cierto es que ninguno de nosotros vio casi nunca esa maldad de la que nos hablaron.

—Grande es su poder de persuasión si son capaces de engañaros incluso a vosotros —dijo Barta—. Pero que no os despiste el conocimiento que habéis adquirido hasta ahora: también hay brujas terribles y malvadas en Seléin y más allá, algunas de las cuales han sembrado mucha muerte a su paso, tanto en el bando del Imperio, como en el nuestro. Ojalá nunca os encontréis con una de esas.

Ese mismo día, cuando ya estaba atardeciendo, Barta husmeó el aire y miró hacia arriba.

—Va a llover —dijo con su profunda voz—. Más nos vale refugiarnos si no queremos pasar toda la noche mojados.

—No parece que vaya a llover —le contradijo Philippe, mirando también hacia arriba—. El cielo está despejado y ni siquiera hay nubes cerca.

—Va a llover —insistió el explorador, componiendo una graciosa mueca de enfado que hizo reír a Eldwin—. Te apuesto esa bota de vino que llevas escondida en las alforjas a que sí.

—La bota contra la vaina de tu cuchillo —contestó Philippe, señalando la trabajada funda de cuero que Barta llevaba a la cintura. En ella se habían trazado a fuego hojas de roble y siluetas de animales con gran pericia.

—Hecho —dijo Barta estrechando la mano que le ofrecía—. Pero, por si acaso tuviera razón, no bebas hasta que llegue la noche.

Philippe rio y se comprometió a no probar una sola gota de vino hasta que llegara la hora de cenar. Horas después, cuando el explorador encontró un lugar que le satisfizo, ordenó parar la marcha y les indicó que amontonaran todos los bultos contra el tronco parcialmente abierto de un enorme roble. Después, los cubrió con la piel que solía utilizar como esterilla para acostarse y comenzó a preparar un refugio.

Las brujas se marcharon en busca de hierbas y Marc se encargó de los caballos mientras Philippe preparaba un fuego.

—Tenemos que buscar ramas largas y rectas y atarlas con cuerdas —le dijo Barta a Eldwin, que insistió en ayudarlo—. Por otra parte, es importante que nuestro tejado tenga doble vertiente para que, cuando comience a llover, el agua caiga por los lados. Lo mejor sería usar algo parecido a esas plantas de hojas alargadas que hay al norte de Louisant o en Uruth. Quizá incluso esas anchas y duras que tienen cerca del mar, en Agua Clara u Ortiguero. Pero aquí no encontraremos nada parecido, así que habrá que usar lo que tengamos a mano, por ejemplo este laurel.

Después, Barta le explicó cómo tenía que partir las ramas para que pareciera que el viento las hubiera tronchado.

—Podríamos usar un cuchillo o el hacha de nuestro musculoso compañero. Sería mucho más rápido, pero en la naturaleza generalmente no se dan cortes tan limpios. Hasta el bebé dormido de un rastreador se percataría de algo así. De este modo les dificultamos un poco el trabajo, ¿no crees?

Eldwin asintió enérgicamente y le ayudó hasta que el refugio estuvo perfectamente cubierto.

—¿Crees que será suficiente? —preguntó entonces con una mirada crítica.

—Te aseguro que lo será —contestó Barta.

—No parece la manera más discreta de viajar —dijo Marc, que volvía en esos momentos de atender a los caballos.

—No lo es, pero atravesar medio Imperio con una pulmonía tampoco parece muy juicioso.

—En eso tienes razón, sin duda.

Aunque los últimos días habían sido algo más benignos, todos eran conscientes de que aún quedaban muchas semanas de frío. A fin de cuentas, ni siquiera había acabado enero y el viento seguía soplando cortante desde el Oeste.

—Todos hemos hecho algún exceso aquí y allá —dijo Barta cuando Eldwin se alejó para llamar a Isabell y Alba—. Seguro que ambos hemos cabalgado bajo un aguacero, o acechado al enemigo en medio de los hielos invernales. Pero hoy nos acompaña un niño y dos mujeres que, aunque son extraordinariamente sufridas, no están acostumbradas a estas cosas. Hagámoslo un poco más fácil, aunque solo sea por ellos —añadió mientras seguía colocando ramas.

—Perded el tiempo construyendo casitas si queréis —dijo Philippe unos metros más allá—, pero ya os he dicho que hoy no lloverá.

El gigantón estaba agachado junto a la hoguera y soplaba entre un montoncito de ramitas y yesca para alimentar las chispas que había conseguido con acero y pedernal.

—Me pregunto dónde me quedará mejor esa vaina —dijo señalando a Barta mientras el fuego comenzaba a crepitar—. Creo que me la ajustaré sobre el cinturón del pecho.

Justo en ese momento comenzó a llover.

Philippe frunció el entrecejo, miró hacia arriba en silencio y luego al fuego. Después volvió a mirar hacia arriba y luego otra vez hacia las llamas. Después se levantó para revolver en sus alforjas.

—Aquí tienes tu premio —dijo acercándole la bota al explorador con un mohín apesadumbrado.

—Quédatela amigo —dijo Barta riendo con ganas—. Nunca bebo. Y, además, no era una apuesta justa. Tú estabas seguro de que no iba a llover; yo *sabía* que sí lo iba a hacer.

—Maese explorador —dijo Philippe haciendo una exagerada reverencia—, me inclino sin reservas ante vuestra sabiduría y bondad. Reconozco que me habéis

asombrado.

—Bien, sí, sí, pero ahora refugiémonos dentro, sería una pena desaprovechar tanto esfuerzo —contestó él haciéndoles un ademán como si los invitara a entrar a una gran mansión.

Así, apretados unos contra otros, con Soto y Peca acurrucados también junto a ellos, pasaron la noche; algo incómodos pero secos y calientes, como había dicho Barta. Philippe incluso consiguió otro pequeño fuego ante la abertura del refugio durante su turno de guardia.

A la mañana siguiente, el arquero se acercó hasta un regato cercano para arrojar allí todas las ramas que habían cortado.

Siguieron avanzando varias jornadas más hasta que los frondosos bosques que limitaban Seléin y Rock-Talhé fueron haciéndose menos espesos y dejando cada vez más sitio a las colinas y las planicies. Libres ya del ropaje de árboles, las elevaciones se erguían orgullosas, aunque apenas fueran jóvenes vástagos de las Colinas Eternas que divisaban más al Oeste.

Afortunadamente, Barta conocía sendas que surgían donde no parecía haber más que un tupido bosque o una cortina interminable de zarzas. Era capaz de descubrir con facilidad claros que los demás ni intuían, o serpentear entre los montes más abruptos para que no tuvieran que bajarse de los caballos. Se orientaba con el sol, por las estrellas o quizá a través de algún instinto propio, pero lo cierto era que se movía por el campo con la misma seguridad con que un barón inspecciona sus viñedos; parecía conocer cada vuelta del camino, cada raíz que asomaba del suelo; sabía dónde las rocas ofrecerían protección contra el viento y la lluvia o en qué lugar un gigantesco abeto hueco les ofrecería un refugio tan confortable como esos pabellones que usaban los oficiales del ejército.

Pocas veces los expuso en terreno descubierto, pues siempre trataba de que pasaran desapercibidos por bosques o zonas accidentadas. En añadidura, Barta conocía riachuelos por los que los caballos podían ir al paso y, cuando los dejaban atrás, lo hacían por zonas de gravilla en las que era fácil esconder sus huellas.

En ocasiones se separaba del grupo para explorar. Un rato después aparecía delante de ellos sin que ninguno se hubiera percatado de su presencia, casi siempre con alguna pieza para la cena.

Los guiaba desde que las primeras luces del alba iluminaban los caminos y siempre conseguía avanzar lo suficiente para detenerse en algún lugar apropiado cuando el sol estaba demasiado bajo. A menudo buscaba zonas en que la tierra estuviera bien cubierta de hierba y recortaba un trozo de la mullida alfombra. Después apartaba con cuidado la pieza y cavaba un hoyo que Eldwin le ayudaba a rodear de piedras. Al día siguiente, antes de marcharse por la mañana, cubría los

restos con la misma tierra que había apartado y volvía a colocar la cobertura de hierba encima.

—La naturaleza es rápida ocultando las huellas del hombre, especialmente si este la trata con amabilidad —solía decir con su perenne sonrisa.

Eldwin soportaba bien la marcha y no se quejó ni una sola vez desde que abandonaron Robleviejo. Siempre se mostraba curioso, pero sobre todo feliz, tanto al escuchar a los adultos, como cuando hablaba con ellos o con Soto y Peca.

Philippe mantenía su carácter extrovertido y jovial de siempre y, si Eldwin estaba a su lado, le hacía reír o le contaba historias que maravillaban al pequeño; Alba, más que acostumbrada a montar durante largas jornadas, tampoco daba muestras de fatiga pero Isabell, en cambio, tardó en dejar de sentir dolores.

—No estoy hecha para esto —decía a menudo—. Me gusta el campo, los animales y todo lo que crece bajo el sol, pero si el Creador hubiera querido que correteara de acá para allá todo el día me habría dado cuatro patas.

Marc y Barta habían adoptado una cierta cortesía en su relación. Era evidente que sentían un respeto mutuo, pero ninguno de los dos hizo ningún intento por ir más allá. El inquisidor sabía que la pérdida de Aníbal había sido muy dolorosa por lo que, tras haberse disculpado, no volvió a hablar del tema.

De este modo fueron avanzando hacia el Norte de la manera más discreta posible, recortando la distancia a la frontera durante las horas de luz y deteniéndose para descansar en cuanto la tarde se hacía demasiado oscura.

Ese día no fue una excepción. Habían avanzado sin contratiempos desde primera hora, deteniéndose apenas un par de veces para comer y permitir que los caballos descansaran. Ya cerca del anochecer, cuando Barta vio un rincón bien protegido por unas rocas, decidió parar. Inmediatamente se dispuso a encender un fuego mientras Marc retiraba las sillas y las alforjas a los caballos. Alba se recostó contra un árbol para poder trabajar más cómodamente en el pellejo de piel que estaba pintando. A unos metros de ella, Isabell examinaba con ojo crítico un pequeño corte que se había hecho Philippe en el brazo.

—Eres tan grande y montas un caballo tan descomunal que no comprendo cómo no te azotan las ramas de todos los árboles de aquí a Ágarot —masculló la bruja.

—Olvídalo —contestó Philippe riendo—, no es más que un rasguño. ¡Te aseguro que ya estoy acostumbrado! Prefiero un par de cortes como ese a tener que ir haciendo cabriolas sobre Furioso todo el día.

—Puede que para ti tenga poca importancia, pero se podría infectar.

—Por favor, Isabell, ¡tengo cicatrices diez veces más grandes!

—Seguramente, pero solo hace falta un mal raspón, por pequeño que sea, para hacerte enfermar. ¿Y quién cargaría contigo entonces? ¡Pesas tanto que no podríamos ni colocarte encima de tu caballo!

—Te sorprenderías —rio el gigantón guiñándole un ojo a Marc.

—Isabell —dijo entonces Eldwin desde lejos—, me habías dicho que la mayoría de los animales con pelo no comían moras, ¿no es cierto?

—Algunos sí —contestó ella echando mano a los saquitos de hierbas que llevaba en su zurrón—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Otra vez estás buscando zorros?

—No, pero es que a este sí le gustan.

Marc solo tuvo que ver como Soto enseñaba los dientes y comenzaba a gruñir para echar a correr. Tras él escuchó las zancadas de Philippe y el grito angustiado de Isabell. Barta, a su espalda, apenas hacía ruido pese a que se movía con idéntica velocidad que ellos.

Solo tuvieron que avanzar veinte o treinta metros en la espesura para ver a Eldwin. Ante él, olisqueando los frutos que le ofrecía el niño con la mano extendida, había un enorme oso pardo.

En cuanto los oyó llegar, el animal se giró hacia ellos y rugió amenazadoramente.

—¡Apártate de ahí! —gritó el inquisidor a la vez que desenvainaba.

Junto a él, Barta tensó el arco y apuntó a los ojos del animal.

—¡Pero si no pasa nada! —dijo el niño inocentemente.

Tras él, sin embargo, el oso se alzó sobre las patas traseras y volvió a rugir con fuerza. El relincho de Furioso le respondió en la distancia.

—Eldwin, camina despacio hacia nosotros —dijo Barta con voz suave, pero preparado para soltar la flecha que sujetaba.

—No hay tiempo —dijo Philippe— en cualquier momento mi caballo va a cargar contra él. Dispara ya, Marc y yo nos ocuparemos.

—¡Quietos todos! —dijo de pronto Isabell adelantándose hacia el niño.

—¡Atrás, mujer! ¡Si te acercas demasiado no podremos protegerte! —gritó Philippe.

—¿Protegerme? Pero ¿con quién te crees que estás hablando? —respondió ella condescendiente, mirando con intensidad al animal—. No dispaes Barta, déjame a mí —añadió interponiéndose entre el niño y el oso—. Eldwin, ve hacia atrás despacio.

El oso rugió por tercera vez y alzó las zarpas en un claro amago de golpear, pero la bruja lo siguió mirando fijamente y no se apartó. En vez de eso, torció ligeramente la cabeza y se acercó aún más al animal.

—¡Se va a lanzar sobre ella! —exclamó Philippe, alarmado, y agarró con más fuerza su arma.

Furioso apareció en ese momento junto a él, taconeando con fuerza y escarbando en la hierba con los cascos. En cuanto lo vio, el oso se volvió a adelantar, poniéndose a cuatro patas y quedando apenas a un metro de la bruja.

—Isabell, apártate, te prometo que intentaremos que no sufra —dijo entonces Marc.

La bruja no le hizo caso y esperó hasta que el oso volvió a agacharse. Entonces alargó la mano muy despacio y la posó sobre el hocico. El animal hizo amago de

golpearla y mostró los dientes pero, cuando todo parecía que iba a tener un desenlace fatal, se encogió sobre sí mismo y dio un paso atrás. Luego dio otro y, finalmente, se giró y corrió.

Todos dejaron escapar el aire contenido. Eldwin, azorado, agarró la mano que le tendía Isabell y quedó en silencio, sin atreverse a decir nada.

—¡Maldita temeraria! ¡Algún día tendrás que explicarme cómo demonios haces eso! —exclamó de pronto Philippe, secándose el sudor de la frente con una mano y agarrando las riendas de su caballo con la otra.

—¿Hacer qué? —preguntó Isabell, dándole un cachete en la grupa a Furioso y volviendo hacia el campamento sin ocultar la sonrisa.

Esa noche Eldwin se durmió pronto. Al darse cuenta de lo grave que había sido la situación y lo preocupados que estaban los adultos, se le saltaron las lágrimas y estuvo un buen rato sollozando, abrazado a Isabell antes de caer rendido. Los demás continuaron despiertos un buen rato después de cenar.

—Quizá debiéramos quedarnos de guardia en parejas por si vuelve —murmuró Philippe mientras revolvía las brasas de la hoguera con un palo.

—No será necesario —contestó Isabell—. Al menos no por el oso, te aseguro que no volverá a molestarnos.

—Me pregunto cómo es posible que lo sepas —respondió él entrecerrando los ojos—. Bien sé que no me lo contarás, pero ¿por qué estás tan segura? ¿Puede alguien darme una sola razón para estar tranquilo?

—Puedes creer ciegamente cualquier cosa que Isabell diga sobre un animal —respondió Barta con su sonrisa de siempre—. Si afirma que tu caballo se va a poner a bailar una giga a dos patas, apuesta por ello hasta las botas.

—Lo que me hacía falta. Elegir entre que mi caballo pierda la dignidad o tener que andar sin botas —rezongó Philippe.

—¿Qué es lo que te preocupa, Marc? —dijo entonces Alba, adoptando un tono mucho menos jocosos—. Te veo muy pensativo.

—Ah, yo también me he dado cuenta de que lleva varios días rumiando algo, ¿no es así? —apuntó Philippe volviéndose hacia él.

Marc miró al pequeño, como para asegurarse de que estaba dormido, antes de responder.

—Cuando le retiramos la capucha al sacerdote dijiste que no era de este mundo —le susurró a Alba.

La bruja inspiró lentamente y asintió.

—Es conocido que el Manual menciona a los demonios, pero en nuestra versión hay un pasaje en el que afirma, además, que Gillean se rodeó de ellos cuando siguió a su hermano hasta el mundo de los hombres.

—En la versión oficial, en cambio, no se menciona nada de eso, sin duda porque los emperadores se nutren todavía de esa antigua alianza —dijo Isabell—. No tengo ninguna duda de que siguen adorando a Gillean y tienen tratos con el padre de toda la maldad. ¿De qué otro modo puede explicarse su poder?

—Eso no lo sé —contestó Philippe— pero pensar que hemos estado en manos de tales criaturas en el Monasterio me pone los pelos de punta.

—¿Estáis diciendo que ese ser es uno de los demonios de los que habla vuestro Manual?

—La Voluntad que esgrimió contra ti no se parece a nada que hayamos sentido —dijo Isabell bajo la mirada aprobadora de Alba—. Era maldad pura, sin motivos ni argumentos. Vileza y perversión más allá de lo humano.

Marc asintió y se llevó las manos a las sienes, evocando un dolor muy particular que sintiera tiempo atrás.

—¿Hay algo que quieras contarnos? —preguntó Alba con cautela.

—Creo que sé de qué se trata —dijo Philippe con gesto grave—. Es Melquior quien ocupa tus pensamientos, ¿no es cierto?

—¿Quién es ese Melquior? —preguntó Isabell.

—Es el hombre que mató a Aurore —contestó él sin rodeos—, aunque la conciencia que se oculta tras él no tiene nada que ver con un ser humano. Se parece mucho más a la de ese sacerdote.

Isabel respiró pesadamente ante sus palabras. En el rostro, en medio de una expresión de profundo odio, le bailaban las sombras que provocaba la hoguera.

—Una vez Marc sufrió el poder de Melquior muy de cerca —explicó Philippe—. Estuvo a punto de perder la vida a sus manos y creo que puede decirse que lo conoce mejor que cualquiera, a excepción del Emperador o quizá el Gran Maestro de la Orden.

—Me pareció que era una criatura antigua y poderosa —dijo Marc—. Y también malvada hasta un punto inhumano. Recuerdo que ya por aquel entonces era incapaz de entender que algo así ocupara un puesto de tanta responsabilidad en el Imperio.

Barta le había echado un brazo por encima a Isabell, tratando de confortarla. La bruja apretaba los puños con fuerza y tenía los ojos brillantes y húmedos. La mandíbula le temblaba, pero no parecía ser solo por las lágrimas.

—Debe de ser tremendamente fuerte para haber vencido a mi maestra —dijo con una voz forzada y contenida.

Marc la miró en silencio, sin saber qué contestar, hasta que Alba tomó la palabra.

—Creo que es el momento de que nos cuentes cómo sucedió. Es importante que conozcamos los detalles de la muerte de Aurore. Se lo debemos —añadió cogiendo la mano de Isabell entre las suyas.

Marc asintió y se tomó unos instantes para poner en orden sus ideas. Cuando comenzó a hablar, empero, lo hizo con decisión, como temiendo que si paraba no fuera capaz de proseguir.



—Yo estaba presente en el Monasterio cuando ella murió. Fui testigo de todo lo que sucedió allí —dijo con la mirada fija en el fuego—. Melquior hablaba a los aspirantes acaloradamente cuando Aurore apareció por un extremo del patio. La Voluntad brillaba a su alrededor para todos los que podíamos sentirla. Supongo que, por primera vez en años, no hacía ningún esfuerzo por ocultarla. El Señor del Monasterio se volvió inmediatamente hacia ella. Recuerdo que en su rostro había más perplejidad que enfado o alarma.

—Sin duda debe de ser algo inaudito que una bruja capturada y llevada al Monasterio se revele de ese modo —apuntó Philippe con suavidad—. Cuesta creer que fuera capaz de aquello tras sufrir el proceso de... *confesión*, y con la Penitencia Perpetua todavía sobre ella.

—Aurore lo llamó *impostor* antes de llegar hasta él —prosiguió Marc—, y las nubes cubrieron el cielo en respuesta a su voz. Sentí fuerzas que, aún hoy, pienso que no tienen parangón salvo en el trono de Hÿnos. La piedra se partía bajo sus pies y el viento huía en todas direcciones. Vi que en las manos de Aurore se iba formando poco a poco un fuego rojo que acabó por convertirse en una llamarada que las envolvía totalmente. Fue así como se lanzó a por él, golpeando una y otra vez sin que Melquior pudiera evitarlo.

Las dos brujas se miraron sorprendidas.

—Entre los nuestros siempre ha existido la esperanza de recuperar conocimientos que se perdieron con la muerte de La Madre de Todas las Brujas —susurró Isabell con emoción mientras el fuego de la hoguera se reflejaba en sus ojos—. Aurore fue sin duda una de las que más contribuyó a lograrlo.

—Fue ella quien me enseñó a imprimir mi Voluntad en la tinta —recordó Alba—. Nadie que hayamos conocido lo había hecho antes, era una técnica perdida en el tiempo.

—Así es —dijo Isabell—. Si Aurore había conseguido imitar las manos de fuego de Lysanna, tal y como rezan nuestros escritos, es que su poder había llegado a cotas impresionantes.

—Es posible que me equivoque pero creo recordar que el escudo refleja lo que estás diciendo —apuntó Philippe.

—Sí —añadió Barta—. En él se la puede ver con las manos envueltas en llamas.

—Seguramente estéis en lo cierto —dijo Marc—. Cuando Aurore atacó, creí reconocer en los labios de Melquior la palabra *Lysanna*, así como un gesto de sorpresa. Pero tal poder no sirvió, en todo caso, para derrotarlo —añadió en voz baja—. Melquior la cogió del cuello para arrebatarle las fuerzas y la misma vida. Lo sé porque también yo lo sentí una vez.

Su rostro era una sombra que reflejaba el dolor que, aún en esos momentos, le producían los recuerdos. Pero Philippe, que lo conocía desde mucho tiempo antes que los demás, también percibió otra cosa que solo había visto durante las últimas semanas. Era esa rabia que tan mal casaba con el rostro noble de su hermano.

—No hay mucho más que contar —susurró el inquisidor—. He intentado convencerme de que, en la muerte, Aurore alcanzó la paz que no había tenido en vida durante sus últimos años. Al menos cuando expiró lo hizo en mis brazos, lejos de Melquior y cualquier otra maldad del Monasterio.

Los ojos de las dos mujeres estaban llenos de lágrimas y hasta Philippe y Barta parecían visiblemente emocionados.

—Parece un hombre terrible ese Melquior, digno de inspirar todo tipo de temores —dijo el explorador—. Pero eso no impedirá que la venganza por la muerte de Aurore le alcance.

—Es terrible, en efecto —susurró el inquisidor—, pero ya no puedo creer que sea un hombre.

—Marc, ¿recuerdas cuando nos contaste todo esto a nosotros? —preguntó entonces Philippe—. Estábamos los cinco juntos, los más jóvenes de la Orden, recién llegados de cumplir nuestra primera misión. Nos diste a entender que Melquior había acabado con Aurore pese a que ella había logrado herirlo y que en ningún momento dejó de sonreír. Recuerdo que aquello nos hizo pensar en lo terrible que sería tenerlo como enemigo. Pero me acabo de dar cuenta de que nunca se nos ocurrió pensar que el Emperador puede tener a más como él a su servicio.

Marc se volvió hacia él alarmado.

—La verdad es que nunca se me había ocurrido algo así.

—Recemos entonces para que ese monstruo sea único —contestó Isabell dándose la vuelta para recostarse de espaldas al fuego— y para que, algún día, el creador tenga a bien guiarnos hasta Louisant. Será entonces cuando le demos muerte a él y a todos los que compartan su odiosa naturaleza.

Pese a su intento por disimularlo, todos pudieron ver que las lágrimas que antes adornaban los ojos de la bruja eran en esos momentos un torrente imparable.

Marc estaba de guardia cuando Eldwin empezó a removerse en sueños. Parecía estar susurrando palabras que sonaban apremiantes y nerviosas. Al acercarse, el inquisidor se dio cuenta de que tenía un rictus de angustia en el rostro y las manos se crispaban tratando de protegerse de algo.

—Tranquilo, Eldwin —susurró Marc en tono conciliador, poniéndole una mano en el pecho—. Solo es un sueño.

El pequeño se revolvió un instante más y luego su respiración pareció relajarse.

—¿Marc? —preguntó con voz débil.

—Sí, estoy aquí. Estabas soñando. ¿Quieres un poco de agua?

Eldwin asintió y echó un buen trago al odre que le ofrecía.

—¿Estás bien?

—Era ese hombre del hábito oscuro. Intentaba cogerme otra vez.

Marc sonrió con afecto y le acarició el cabello.

—Eso no va a pasar mientras nosotros estemos aquí. Te lo prometo.

—Ya lo sé —dijo él—, porque te tenía miedo.

Marc se quedó congelado, incapaz de contestar.

—Los otros no lo vieron, pero yo sí desde donde estaba. Antes de que lo mataras pareció que te reconocía y se asustaba. Te tenía miedo.

—¿Por qué piensas eso? —logró decir Marc.

—Vi cómo le cambió la cara cuando te acercaste. Lo que no entiendo —dijo el niño recostándose de nuevo— es a qué se refería con eso que dijo.

—¿Oíste lo que dijo? —preguntó Marc con el rostro lívido.

—Sí. Dijo «tú también eres él». ¿A qué se referiría? —preguntó Eldwin con la respiración mucho más acompasada y los ojos ya cerrados.

—No lo sé —susurró Marc sin saber que los de Alba estaban abiertos.

A la mañana siguiente apenas tuvieron fuerzas para disimular ante Eldwin el dolor que todavía sentían. La conversación sobre Aurore había sumido en una profunda la tristeza a las brujas.

Recogieron casi en silencio y se pusieron en marcha lentamente. Sólo Philippe tenía la presencia de ánimo necesaria para bromear con el niño y tratar de contagiar algo de su optimismo a los demás, aunque sus esfuerzos fueron poco productivos.

Poco a poco la marcha fue situando a sus monturas en una fila comandada por Barta y que Philippe, junto a Eldwin, se encargaba de cerrar.

No obstante, cuando apenas llevaban un rato avanzando hacia el Norte, el explorador detuvo disimuladamente a su caballo, como si se interesara de pronto por unas huellas de animales, hasta que Marc llegó hasta él.

—La confortaste en sus últimos momentos y después le diste sepultura. Eso te honra —dijo tirando hábilmente de las riendas para que se pusieran a la par—. He de admitir que no es lo que habría esperado de un inquisidor.

—Ella era muy importante para mí —contestó Marc—. Todavía lo es. A su modo, supongo, se arriesgó a mostrarme una parte de ella. Su presencia allí fue como un bálsamo.

—Era una gran mujer que hacía grandes cosas —dijo Barta con sencillez, mirando hacia el cielo despejado—. Te engañaría si te dijera que éramos íntimos. Aurore y yo incluso tuvimos nuestras buenas discusiones. O las habríamos tenido de no ser porque cuando te miraba con esos ojos capaces de lanzar destellos uno solo podía apretar los dientes y esforzarse por no salir corriendo. No había una sola persona que no la admirase o temiera. Podría haber llegado a dominar el Consejo, de haberle interesado lo más mínimo, pero siempre tuvo otras prioridades.

—Sí, creo que hablamos de la misma —respondió Marc con una sonrisa triste.

—Y nunca tuve noticias de que se equivocara al juzgar a alguien —añadió Barta tendiéndole discretamente la mano.

Marc lo miró, sorprendido, pero en su rostro no había más que genuina sinceridad.

—Las cosas nunca son fáciles para los que estamos a este lado; deberíamos ser los primeros en darnos cuenta de que tampoco lo deben de ser para vosotros.

Los ojos de Barta miraban de frente y las arrugas de su cara le aportaban ese tipo de dignidad que poseen algunas personas mucho mayores de lo que era él. Cuando el inquisidor le estrechó la mano notó como el otro respondía con firmeza y el agradecimiento afloró en su rostro.

Después, Barta espoléó a su caballo para otear el horizonte desde lo alto de la cuesta y Marc se quedó pensando en lo que acababa de suceder.

—Parece que ya no le caes tan mal —murmuró Philippe llegando hasta él.

—Me gustaría pensar que, quizá, algún día nos ganemos realmente la confianza de estas personas —contestó Marc—. Creo que nunca hemos encontrado a nadie más noble dentro del palacio de un barón o las murallas de Hÿnos.

—O en el Monasterio —añadió Philippe—. ¿Qué sucede, no te agradan mis palabras? —preguntó al ver como cambiaba el gesto de su hermano.

—No es que carezcan de verdad, pero había allí personas de inigualable altura.

—Dime una.

—Mathius, por ejemplo, siempre demostró tener un corazón tan grande como su ingenio.

—Sí, pero ahí acaba la cuenta; él es la excepción a lo que digo. Ferdinand era un buen hombre, a su manera, pero está muerto, como Aurore. Aparte de ellos, ¿por quién responderías hoy? ¿Por Melquior? ¿Por Gaulton? ¿Jean, quizá?

—Había otros allí —contestó él, molesto.

Puede que en esos momentos Marc pensara en Sebastien, pero no quería mencionar al maestro organero. Siempre había considerado sus conversaciones como un tesoro rodeado de discreción, y le gustaba pensar que algún día seguirían siendo así.

—Sí —siguió hablando Philippe—, también estaba aquel que no sabía qué manejaba su cuerpo, si su cabeza o la entrepierna. Harcher no dudaría en cumplir cualquier orden que le mandaran si con ello pudiera volver a perseguir ramera. ¿Julien Bajoancho? Es cada vez más gordo y más rico. ¿Quieres que hablemos de Gerall? ¿Del Capitán, quizá? Nunca vi un hombre más ridículamente inflexible que él. ¿Cómo demonios es posible que el lugar donde deberían crearse fieles y poderosos siervos de Thomenn defeqe, en cambio, tantos sucedáneos de persona?

—Burg —dijo Marc súbitamente—. Ahí tienes a otro cuya nobleza no puede ser cuestionada.

—Y otro que también murió hace poco. Lo mataron, para ser exactos.

—¿Burg el juguetero? ¿Asesinado? ¿Por quién? —preguntó Marc sin dar crédito a sus palabras.

—El barón de Sint Chatau ordenó ejecutarlo. —Philippe negó con la cabeza, recordando al amable hombrecillo—. ¿Recuerdas esos juguetes tan complejos con los que muchas veces nos enseñaba? Pues resulta que la hija del barón entró un día en los aposentos donde lo habían alojado. Ávida de nuevas diversiones, se encaprichó de una de esas bailarinas de latón que danzaban sin perder jamás el equilibrio y la tomó prestada con la mala fortuna de que era uno de los juguetes favoritos de Burg. Este se negó a regalársela y la reclamó ante su padre. Ya habrás oído hablar de la joven. Dicen que no hay nadie que mande más que ella en la baronía, así que el señor de Sint Chatau se negó a deshacer el hurto alegando que «reclamaba esa menudencia como pago por el alojamiento que le habían brindado».

—No hace falta que sigas. Todos conocíamos el amor que profesaba a sus creaciones.

—Sí, así es. Al parecer dijo unas cuantas cosas bastante inapropiadas ante el barón. Cosas que ni con todo el respeto y consideración que se tenía por él en Hÿnos iban a tolerar.

Marc apretó los dientes y Naffir cabeceó, como si pudiera sentir la tensión de su jinete. Súbitamente, descargó el puño sobre su pierna y se volvió, colérico, hacia su hermano.

—¿Cuántas veces habremos hecho justicia realmente al cumplir una misión? —preguntó con una mueca que dejaba al descubierto los dientes—. ¿En cuántas de esas ocasiones en que perseguíamos forajidos, luchábamos contra servidores de las brujas o ejecutábamos criminales estábamos siendo engañados? Yo fui reprendido por conseguir un buen acuerdo con el Barón de Agua Clara. No hubo condenas ni derramamiento de sangre, pero al regresar a Hÿnos se castigó mi conducta. ¿Era porque esperaban que obligara realmente a que los aldeanos fueran enviados a la guerra con palos y horcas o porque querían que humillara a su señor ante todos?

—Ventura ya había cuestionado anteriormente algunos edictos imperiales —contestó Philippe tratando de tranquilizarlo—. La incursión contra Ágarot era la excusa perfecta para darle un castigo ejemplar en forma de sangre. La suya o la de su pueblo.

—Oí que un tiempo después de aquello su hijo murió. Hay quien piensa que pudo ser envenenado —dijo Marc.

Philippe lo miró con intensidad.

—No es que alguien lo piense, es que es un secreto a voces —contestó Philippe chasqueando la lengua—. No hubo ninguna comunicación oficial, claro, pero algunos comentan que en los últimos tiempos Jean visitaba con frecuencia el Palacio Imperial. Alguien muy malpensado podría incluso concluir que ha estado recibiendo bastantes encargos directamente de nuestro amado Emperador.

—Ya veo. —El rostro de Marc no reflejaba más que impotencia—. Y ese es el orden por el que tanta sangre, propia y ajena, hemos derramado.

—¡Pero ya no! —exclamó Philippe dándole una fuerte palmada en el hombro—. Por fortuna hemos abierto los ojos y, a partir de ahora, haremos lo que es debido. ¡Hemos cambiado, hermano!

—Eso es cierto —contestó Marc entrecerrando los ojos—, pero muy tarde. Hace apenas unos meses conocí a un anciano cuando llegué a Regia. Había servido muchos años como árbitro y, después de charlar un buen rato con él, me contó que en sus tiempos había llegado a matar a dos brujas. ¿Sabes lo que me dijo de una de ellas? —preguntó Marc mirando a su hermano a los ojos.

—¿Que no era tan malvada? —preguntó Philippe.

—Me dijo que la había cortejado para ganarse su confianza hasta llegar a sentir amor por ella. Pero lo más importante es que nunca la vio hacer el mal. Recuerdo que sentí espanto y me escandalicé cuando me dijo que no entendía dónde estaba la justicia en aquella muerte. —Marc apretó los labios hasta que perdieron el color—. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos, hermano? ¿Cómo hemos podido ceder nuestra razón ante la orgullosa altura de nuestro cargo o la seguridad de ser portadores de la única verdad posible?

—Nos capturaron cuando apenas teníamos cuatro años —contestó Philippe con esa expresión de seriedad que adoptaba pocas veces y sus ojos claros reflejaron una agudeza que habría parecido inconcebible en otros momentos—. Nos inculcaron lo que debíamos hacer y pensar desde tan jóvenes que pronto olvidamos todo lo que no tuviera que ver con el Monasterio. Y, sin embargo, algunos seguíamos ciegos cuando tú ya habías despertado e incluso tratamos de detenerte. No te tortures más, hermano. No hay nada que pudieras haber hecho antes. Lo que conseguiste es ya una proeza, créeme.

—Pero eso no borra todo lo que hicimos cuando todavía estábamos a las órdenes de la inquisición.

—En efecto, no, pero ha de quedarnos el consuelo de que, allí donde fuimos, siempre tratamos de hacer el bien, independientemente de lo que nos hubieran ordenado. Y, a no ser que conozcas la manera de volver atrás, solo nos queda mirar hacia adelante y esforzarnos por enmendar nuestros errores con una ración doble de aciertos.

—Será una ración muy grande, entonces —contestó Marc con un atisbo de sonrisa.

—Claro, pero ¿acaso hay algo que tú y yo juntos no podamos lograr? —preguntó Philippe dándose un sonoro golpe en el pecho.

—Ojalá tengas razón, hermano. Nada me haría más feliz.

Tuvieron que transcurrir casi todas las horas de luz de aquel día para que el ánimo del grupo se aclarara. Solo cuando desmontaron y Barta decidió que ya era momento de encender un fuego se relajaron lo suficiente para cruzar alguna palabra. No

obstante, como casi siempre, fue Philippe quien consiguió irles contagiando a todos con su alegría.

—Te habrás dado cuenta de que, cuanto más al Norte nos dirigimos, los matorrales tienen menos verdor y cada vez hay menos árboles —le decía en esos momentos a Eldwin—. ¿Recuerdas, además, el desnivel que tuvimos que bajar esta mañana para sortear esa grieta en la tierra?

—Claro —exclamó el niño—. Nunca había visto una cuesta tan empinada, pero los caballos no se asustaron porque Barta los hizo bajar muy despacio y pararse varias veces.

—Me pregunto si tu tía no tendrá algo que ver en eso, pues era apenas un traicionero pasillo de tierra abierto al vacío —murmuró Philippe—. Pero lo que quería decir es que todo esto nos indica que estamos comenzando a ver la frontera de Rock-Talhé. La tercera provincia va revelando su rostro.

—Barta dice que Rock-Talhé es una tierra hermosa y sus pobladores gente noble y trabajadora.

—Pues uno de esos chupatintas que medran a la sombra de manuscritos y legajos polvorientos me dijo una vez que los habitantes de Rock-Talhé provienen de los uruthianos, que no son precisamente nobles ni trabajadores.

Isabell, apenas unos pasos más atrás, resopló y le dirigió una mirada de desagrado.

—¿Por qué creía que provienen de ellos? —preguntó Eldwin.

—Bueno, desde luego es cierto que se parecen un poco. Ambos pueblos han dado hombres grandes y, aunque los tahlianos no son tan morenos como los bárbaros, su piel es bastante más oscura que en el resto del Imperio.

—Ahí acaba toda similitud —terció Barta, que volvía de recoger algo de leña—. Los bárbaros son nómadas y a los tahlianos les gusta asentarse, aunque tengan pocas ciudades grandes. Los unos son belicosos y los otros prefieren vivir en paz en sus granjas, labrando el campo y cuidando de sus animales.

—Sí, pero si quieres hablar de su carácter convendrás conmigo en que ambos pueblos son sencillos y poco dados a demasiado refinamiento en sus formas.

—Que no se amolden a las maneras de Louisant no quiere decir que carezcan de tradiciones complejas, o que no sepan ser delicados a su manera.

—Bien, te daré la razón en algo —contestó Philippe—. Los tahlianos, al menos, labran el metal y la piedra negra que da nombre a su provincia con gran maestría pero ¿has visto alguna vez a un uruthiano creando algo parecido al arte?

—Te sorprenderías —rio Alba, que los miraba con atención desde hacía un buen rato—. Puede que incluso lo hagas, ¿quién sabe adónde nos llevarán nuestros pasos?

—Ya es bastante malo que tengamos que refugiarnos en Ágarot para, encima, ir de excursión al país de los bárbaros —rezongó Philippe levantándose del suelo para ir a ver a Furioso—. No, pequeño, hazme caso —dijo mirando a Eldwin muy serio—. Los uruthianos son salvajes y sanguinarios. Los conozco bien, te lo aseguro.

El pequeño asintió con solemnidad pero, en cuanto Philippe se dio la vuelta, esbozó una sonrisa pícaro que dedicó a Alba.

Un rato más tarde los seis cenaban plácidamente alrededor del fuego. Philippe, siempre interesado en todo lo que tenía que ver con la comida, partía unas rodajas del último trozo de embutido que les quedaba, mientras hablaba muy serio con Eldwin acerca de las maneras de prepararlo en las distintas provincias.

En cuanto acabó de cenar, Alba sacó el pellejo de piel en el que estaba trabajando y comenzó a dibujar, mientras Isabell le quitaba una garrapata a Soto con un ungüento que había preparado.

Un rato más tarde, con las estrellas ya en lo alto, Philippe se palmeó ruidosamente la barriga y preguntó lo que los dos inquisidores llevaban pensando desde que salieron de Robleviejo:

—Bien. Y una vez que crucemos la frontera ¿qué vamos a hacer? Todavía no tengo muy claro cuáles serán nuestros pasos allí.

—Debemos contactar con los mandatarios de Ágarot —contestó Alba.

Marc la miró con preocupación, pero no dijo nada.

—Tengo entendido que suelen hacer cosas muy feas con las cabezas de los soldados enemigos —comentó Philippe mirándose las uñas—. Cosas que involucran picas y cuervos.

—Te aseguro que no seríamos capaces de pasar inadvertidos en Ágarot, aun en el caso de que pudiéramos cruzar la frontera sin alertar a ninguna de las dos guarniciones —afirmó la bruja—. Existen fuerzas en aquellas tierras que el Imperio no conoce. Agentes de la regencia tan sutiles y perspicaces que no duraríamos ni una jornada antes de ver cómo nos asaetan desde la espesura.

—Alba tiene razón —dijo Isabell—. Debemos solicitar que nos lleven ante sus autoridades en cuanto nos sea posible. Así lo hemos hecho cuando alguna bruja ha tenido que huir y siempre ha sido recibida con corrección. Se podría decir que tenemos buenas relaciones con Dolente —añadió algo dubitativa mirando a Alba.

—De acuerdo pero ¿por dónde entraremos a Ágarot? —insistió Philippe—. Nos dijeron que tú nos ayudarías a cruzar el Taimado.

—Así es —respondió Barta—. Ese es mi plan.

—Es un río que no se puede cruzar en nuestras condiciones —aseguró Marc.

—Sí se puede, yo lo he hecho. Y varias veces. Es cuestión de conocerlo bien, observar y actuar con rapidez.

—La corriente del Taimado es muy fuerte y sus fondos traicioneros —insistió el inquisidor—. No me imagino chapoteando con los caballos en el agua.

—Yo tampoco, ¡sería una barbaridad! —contestó Barta exagerando un cómico gesto de espanto—. Pero, si conocieras los lugares en que unos amigos de la nación vecina suelen esperar ciertos días concretos de cada mes, quizá podrías escabullirte hasta ellos y negociar un precio. Es posible que si además fueras sigiloso y acecharas a las patrullas imperiales sin que ellos te vieran, pudieras calcular el momento exacto



para correr hasta la garganta por la que pasa el río, bajar hasta la orilla y cruzar al otro lado.

—Bien, el dinero no será un problema pero, una vez allí, ¿qué haríamos de hacer para cruzar al otro lado? —insistió Marc.

—Llegados a ese punto, sencillamente nos subiríamos por turnos a las pasarelas de madera que harían llegar hasta nosotros para cruzar el río tirando de un sistema de cuerdas y poleas.

—Me dejas con la boca abierta —contestó Philippe—. Siempre pensamos que el Taimado era casi infranqueable para un grupo numeroso de soldados, mucho menos para nosotros que, además, llevamos caballos y bultos.

—¿No sería mejor que nos llevaras a todos a salvo hasta allí usando eso? —preguntó Marc, señalando con una sonrisa el pellejo que sostenía Alba.

—Ojalá fuera así de sencillo —contestó ella arrugando la nariz en una graciosa mueca—. Aquello fue extraordinariamente difícil e impreciso siendo solo dos y me costó un esfuerzo extenuante. Imagina con tantos.

—*El camino correcto siempre es el más difícil para los hombres* —recitó Philippe con exagerada pesadumbre.

—Bien, lo que tenga que ser, será —sentenció Barta—. Y ahora vayamos a descansar. Pronto entraremos de lleno en las planicies de Rock-Talhé y puede que el avance se prolongue más de lo habitual hasta que encontremos un refugio adecuado.

—Dormid pues —contestó Marc—. Yo haré la primera guardia.

No hizo falta que insistiera. En apenas unos minutos los cinco dormían tumbados al calor de las brasas, muy cerca unos de otros.

Una hora después, Marc estaba a casi medio kilómetro de distancia.

## VII

Uno de los hijos del Emperador se rebeló contra su padre aprovechando que había ido a la guerra. Algunos generales y barones lo apoyaron bajo la promesa de riquezas y derechos. Pero el legítimo Emperador volvió de Uruth y, al mando de tan solo un puñado de valientes, cansados y heridos, reconquistó la capital. Cuando se enfrentaron, el padre luchó largamente contra su hijo antes de asestar un golpe definitivo. Al caer la corona, todos pudieron ver que el cabello del usurpador era totalmente negro.

—No hay reinado si no lo bendice el Altísimo —sentenció el Emperador.

—*Gran Historia del Imperio*

A medida que avanzaban hacia el Norte habían comenzado a notar un cambio mucho más acusado en el paisaje: la espesura de los bosques era cada vez menor y la vegetación más rala y seca. Al dejar al Este Pasevalle, la capital de Seléin, se habían internado en las estribaciones de las Colinas Eternas, lo que dificultó considerablemente su marcha durante un par de jornadas antes de que el terreno comenzara a suavizarse de nuevo.

Sin embargo, tal y como había dicho Barta, el verdadero paisaje de Rock-Talhé se mostró sin preámbulos, de un día para otro.

Iban bajando por una suave pendiente en medio de un bosquecillo de pinos, no tan altos ni de tronco tan grueso como sus parientes del Sur. El suelo comenzaba a ser más seco y los afloramientos rocosos más frecuentes. Pero de repente, y casi sin darse cuenta, dejaron atrás las últimas filas de árboles y fue como si sacaran la cabeza de un estanque: ante ellos se extendía una planicie inmensa de tonos rojizos matizada por algunas suaves ondulaciones del terreno. Al estar en un punto elevado y tener todavía un sol radiante en el cielo, vieron ante sí un territorio inmenso y totalmente despejado.

—Rock-Talhé, el peor lugar del Imperio para intentar viajar con disimulo —murmuró Philippe deteniendo a Furioso.

—Al menos si no vais conmigo —replicó Barta con una sonrisa.

—¿Cuánto calculas que tardaremos? —preguntó Marc—. Debemos atravesar la provincia entera hasta llegar al Taimado, y además con discreción.

—Por el Camino Nuevo, utilizando las postas imperiales y parando solo para dormir sería mucho menos, desde luego —contestó Barta con una carcajada—. A nosotros nos llevará más tiempo, evidentemente, pero la velocidad dependerá de muchas cosas y prefiero ir más lento pero sin percances que arriesgarnos en una alegre cabalgada por las planicies —contestó el explorador con la vista fija en el horizonte.

—El avance será peligroso. La vegetación es escasa aquí —comentó Philippe mirando el paisaje— y aunque más allá encontraremos zonas algo más verdes, en las que incluso crecen algunos arbolillos en busca de humedad, no cabe duda de que serán meras excepciones.

—No obstante, lo más interesante de esta parte de la tercera provincia son las esferas de piedra —respondió Barta señalando las gigantescas rocas que había en medio de la llanura—. Se dice que fueron astillas que saltaron de las Colinas Eternas cuando los antiguos dioses crearon el mundo. Eso es, al menos, lo que la tradición de los antiguos tahlianos afirma.

Tal y como el explorador decía, por doquier se podían ver enormes bloques de piedra de formas redondeadas, cuya existencia no parecía obedecer a ningún motivo aparente.

—Algunas son más pequeñas que una pelota —explicó—. Otras, las menos, gigantescas como la Catedral.

—¿Crees que aparecieron realmente cuando se hizo el mundo? —preguntó Eldwin con los ojos muy abiertos.

—A eso no puedo responder, pequeño. Pero lo que sí sé es que forman sendas bastante discretas entre ellas. A propósito ¿ves aquello? —añadió señalando con el índice.

Cuando el niño miró hacia donde le indicaba se dio cuenta, maravillado, del lejano brillo azul.

—¿Es el mar? —pregunto esperanzado—. ¡Nunca he visto el mar!

—Me temo que todavía no, aunque no estamos lejos. Aquel es uno de los muchos embalses de Rock-Talhé —explicó Barta—. La tercera provincia es la menos lluviosa del Imperio y los antiguos moradores de estas tierras comenzaron pronto a construirlos, si bien de un modo muy rudimentario. Con el tiempo, sin embargo, fueron perfeccionándolos hasta crear unos escapes y una canalización de piedra. De este modo, riegan campos que están muy lejos, a kilómetros de distancia. Me parece una obra de dimensiones demasiado colosales para seguir llamando bárbaros a estos hombres —concluyó mirando hacia Philippe.

—Sigo diciendo que, para algunos, los tahlianos están emparentados con los de Uruth —replicó el inquisidor, que no parecía sentirse impresionado en absoluto.

Eldwin, que iba con él sobre Furioso, se volvió para mirarlo con el ceño fruncido.

—Aunque así fuera —respondió Barta— yo también seguiría insistiendo en que hay una nobleza y una serenidad envidiables en el modo de hacer las cosas que tienen estas gentes. Es cierto que buscan la tranquilidad, no las prisas, pero trabajan con una fuerza arrolladora.

—Le tienes mucho afecto a este pueblo —dijo Marc sonriendo.

—En efecto. Yo soy de Seléin, pero he pasado mucho tiempo aquí y he de reconocer que he terminado por enamorarme de esta tierra.

Ante ellos se extendían las planicies de Rock-Talhé, pero también, algo más al Oeste, los imponentes picos de las Colinas Eternas. El sol era un enorme disco rojo en un cielo en el que no se veía ni una nube. Hasta el frío parecía haberse debilitado en cuanto pisaron los caminos de la tercera provincia.

—¿Sabes por qué se llaman *Colinas Eternas*? —preguntó Eldwin a Philippe, sin quitar ojo a las espectaculares montañas.

—No —contestó él con una sonrisa que el pequeño no podía ver—. ¿Por qué?

—Porque nadie que haya ido a explorarlas ha visto el final. Muchos no han vuelto y dicen que la mayoría de los que lo hicieron estuvieron a punto de no lograrlo —dijo el niño con una expresión preocupada que enterneció al inquisidor—. Cuentan que las Colinas tienen sendas traicioneras y aludes de nieve que se precipitan de improviso. Hace mucho frío o mucho calor y el viento es capaz de hacer caer a un hombre robusto. Hay quien dice también que allí viven animales salvajes que ni siquiera conocemos.

—Y a ti ¿te gustaría ver todo eso más de cerca? —preguntó Philippe.

Para su sorpresa, Eldwin se giró hacia él con la ilusión pintada en el rostro.

—¡Si tú me llevaras me encantaría!

—He estado en las Colinas Eternas. Varias veces —dijo el gigantón frunciendo poco a poco el entrecejo—. Incluso puedo decir que me he adentrado bastante en ellas, pero te aseguro que no es un lugar al que quiera volver si no es necesario. *Peligroso* es una palabra que se queda corta si hablamos de ese lugar.

—Pero tú no le temes a nada —rio Eldwin.

—No, claro que no —contestó él con una risotada.

Pero alguien que hubiera podido otear en lo más profundo de su mirada habría visto que hasta Philippe sabía lo que era el miedo. Y, curiosamente, esa expresión se acentuaba cuando sus ojos miraban intranquilos al Oeste.

El anochecer los sorprendió a todos con algo que nunca habían visto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Eldwin de pronto, mirando a Philippe—. ¿Estás triste?

El gigantón parecía abatido de un modo que a todos resultaba extraño. Tenía los hombros hundidos y, mientras daba vueltas a una liebre que había colocado sobre el fuego, suspiraba quedamente.

—¿Cómo no voy a estarlo? —respondió con unos ojos tan tristes como los de esos sabuesos que a menudo se usan en las cacerías—. Esta es la primera presa que Barta se cobra en tres días.

—¿Te parece poco? —preguntó el aludido—. Es difícil cazar cuando no podemos perder tiempo acechando a los animales y encima llevas pegado a tu espalda a un inquisidor que nunca deja de parlotear.

—No critico tu destreza, maese explorador, es solo que me hiere profundamente ver cómo nos vamos quedando sin provisiones. Dentro de poco estaremos famélicos y los buitres trazarán círculos sobre nosotros.

—Lo que quiere decir —dijo Marc sonriendo— es que lleva varios días sin poder pegarse un atracón y teme que, a este paso, haya que racionar lo que nos queda.

—¡Es una desgracia! ¡Que los demonios me lleven antes de ver cómo las moscas se ceban en nuestros cuerpos débiles y agostados! —exclamó Philippe alzando un puño, al borde del llanto.

—Sin llegar a tanto dramatismo, lo cierto es que yo también había pensado en ello —murmuró Barta, sin saber si enfadarse o reír ante el teatro del inquisidor—. Tenemos que conseguir provisiones aunque solo sea porque no podemos permitirnos perder tiempo en cazar.

—Entonces habrá que comprarlas en alguna aldea —dijo Isabell.

—O robarlas —sugirió Philippe, mucho más animado.

—No robaremos nada —dijo Alba, tajante—. No hay necesidad de ello.

—Podríamos hacerlo. Y dejar un emperador de oro por las molestias —insistió él encogiéndose de hombros.

—Claro, y la noticia correría con más velocidad que todas las liebres de Rock-Talhé juntas —bufó Barta—. Siempre me dio la impresión de que los inquisidores no conocen del todo el valor del dinero, ni lo que cuesta conseguirlo. Con un emperador de oro una persona puede vivir sin estrecheces durante más de un año.

—Sea como fuere —dijo Alba atajando la discusión— necesitamos comida y seguro que nuestro buen explorador ya ha pensado en algo.

—Claro que sí —respondió él, refunfuñando por lo bajo—. Tenemos que ir a una granja y hablar con el cabeza de familia para que nos venda provisiones.

—Pero las noticias de viajeros también pueden resultar peligrosas —apuntó Marc— y el Imperio se habrá encargado de dar nuestras descripciones y de patrullar preguntando por ellas.

—No he hablado de ir a una granja sin tener eso en cuenta —respondió Barta, suspicaz—. En estas fechas hay poco movimiento en las zonas más tranquilas de Rock-Talhé. Todavía no hay mercados ambulantes ni ferias de ganado y los granjeros se mantienen en sus tierras, donde tienen todo lo necesario para vivir con comodidad hasta que el frío se suavice. No es probable que haya muchos visitantes, es cierto, pero estas gentes tampoco cruzarán noticias con los vecinos más lejanos, ni irán a las grandes ciudades a hacer rodar bulos. Tampoco es infrecuente que los viajeros busquen cobijo y provisiones en las granjas, puesto que en la tercera provincia no son tan frecuentes las aldeas.

—Pero es posible que los soldados les interroguen sobre los visitantes que hayan podido recibir —insistió Marc.

—En ese caso, debemos procurar que no tengan nada interesante que decirles —apuntó Isabell.

—O que su historia no pueda relacionarse con nosotros —dijo Barta—. Y para ello tenemos que discutir cómo lo haremos.

—Lo más juicioso sería que fuerais Isabell y tú —dijo rápidamente Philippe—. El Imperio no os asociaría a nosotros.

—Pero sería sospechoso que nos lleváramos comida para más de dos personas —dijo Isabell cruzando una mirada con el explorador.

—Y no podríamos utilizar vuestros emperadores de oro, sería demasiado llamativo. Incluso es posible que, si nos hacemos pasar por unos humildes viajeros, no nos presten demasiada atención —concluyó Barta.

—¿Qué es lo que habías pensado? —preguntó Philippe a regañadientes.

—Ah, por fin valoráis el consejo del explorador y sus conocimientos sobre la tercera provincia —contestó Barta, fingiendo sentirse ofendido—. En primer lugar, tu caballo no irá a presentarse ante ningún tahliano. Daría que hablar durante semanas.

—Eso es cierto —dijo el gigantón con una risotada.

—Alba tampoco debería aparecer. Buscan a una bruja joven de cabello pelirrojo y me temo que no tenemos más tinte a mano.

—Pero si vamos pocos será un problema pedir muchas provisiones —apuntó rápidamente Philippe.

—Ah, pero es que eso lo podemos solucionar de un plumazo: un apuesto noble de Louisant con cabellos claros, de un castaño casi rubio, sería objeto de agasajo y consideración. Estas gentes son muy respetuosas con los mandatarios imperiales. Tampoco les extrañaría un poco de excentricidad por su parte.

—También es sabido que llevan muy a gala el hecho de no haber tenido que guerrear antes de unirse al Imperio —añadió Alba— pero sienten un cierto complejo con Quiles y Louisant, como si necesitaran demostrar de un modo mayor su fidelidad. Eso por no hablar del celo que ponen en cumplir las prácticas de Thomenn.

—Cierto —concedió Barta—. Fue la última de las provincias que rechazó oficialmente a sus antiguos dioses y por eso, todavía hoy, se esfuerzan por demostrar que son tan creyentes como cualquiera. No dejarán sin cobijo a un viajero, especialmente si es noble.

—Que alguien mostrara un cabello rubio en esta situación sería como prender fuego a una almenara —susurró Marc.

—Pero solo has dicho que ni Philippe ni Alba irán —dijo de pronto Isabell—. ¿Acaso estás pensando en llevar a Eldwin?

—Pues sí, creo que vamos a sacar provecho de su rostro angelical.

—¡Es demasiado peligroso! —exclamó inmediatamente ella—. No podemos exponerlo así.

—Muy bien, pero dime, querida amiga ¿estará más seguro agazapado en la espesura y lejos de ti?

La bruja lo miró en silencio y, aunque no daba la impresión de que la idea le gustara lo más mínimo, acabó por ceder.

—Entonces lo haremos de este modo —dijo Barta dando una palmada de satisfacción—. Marc, tú serás un noble de Louisant.

—Un enviado del barón de La Flere, conocemos bien sus tierras por si tuviéramos que hablar de ellas —respondió él inmediatamente—. Además, Ezéchil goza del favor imperial y es respetado en todo el Imperio.

—Y está lo bastante lejos para que comprobar nuestra coartada lleve demasiado tiempo —apuntó Alba.

—Nosotros seremos una pareja de sirvientes, Philippe será un amigo tuyo, también de sangre noble, y Eldwin actuará como tu hijo, lo que dará veracidad a nuestra historia —añadió Barta.

—Pues si todo está claro, demos cuenta ya de esta liebre y lo poco que podamos encontrar en nuestras alforjas —exclamó Philippe frotándose las manos y sonriendo con voracidad.

Un rato después, cuando acabaron de cenar, Isabell se levantó para echarle un vistazo a unas rozaduras que se había hecho su yegua en una pata. Barta se había marchado antes para explorar los alrededores. Philippe reposaba junto a Eldwin, mientras se palmeaba la barriga, satisfecho, y utilizaba un huesecillo para limpiarse los dientes.

Un poco más allá, Marc se dirigía hacia el regato donde Alba había ido unos minutos antes con el pretexto de llenar los odres de agua.

La encontró sentada en una roca, con la cara entre las manos y un brillo húmedo en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Marc acercándose con paso dubitativo.

—No es nada —contestó ella mientras se secaba apresuradamente las lágrimas—. Solo recordaba Robleviejo.

—¿Echas de menos Selén?

—La echo de menos porque sé que nunca podré volver —respondió Alba tratando de que la emoción no se reflejara en su voz—. Hace unos días todavía estábamos pisando el suelo de mi patria, no ha pasado tanto tiempo como para sentir añoranza, pero pensar en que no podré volver a ver sus paisajes me disgusta.

Pese a sus palabras, la expresión de su rostro y la manera de parpadear rápidamente para disimular las lágrimas mostraban que no era disgusto sino una honda tristeza lo que sentía en esos momentos.

—No me gusta verte así —susurró Marc dándole un afectuoso apretón en el brazo.

—Lo siento —respondió ella en medio de un sollozo—, sé que no tengo derecho a esto. Todos hemos sufrido y tú más que nadie.

—No digas eso —contestó el inquisidor torciendo el gesto.

—¡Pero es cierto, Marc! —contestó ella volviéndose hacia él—. Fuiste repudiado y perseguido. Te capturé y te obligué a cumplir mi voluntad. ¡No sabes cómo me

duele haberte forzado de ese modo! No tengo palabras para pedirte perdón por haberte arrastrado a esta locura. ¡Fuiste torturado por mi culpa!

—¡Para, te lo ruego! —dijo Marc llevándose una mano a la antigua lesión de las costillas—. No sigas, por favor. Prefiero haber pasado por todo eso que seguir ignorante.

El joven inspiró profundamente tratando de serenarse antes de seguir hablando. Junto a él, Alba lo miraba con inseguridad, como si no supiera qué decir. La luz de la luna y la brisa de la noche hacían que su cabello pelirrojo, todavía ligeramente oscurecido, tuviera un resplandor sobrenatural.

«Pese a la suciedad del camino, su rostro es como esa primera estrella que aparece en el cielo, cuando las nubes por fin se abren tras la lluvia», pensó Marc mientras la contemplaba. «Sus ojos son del verde profundo del agua cuando se posa sobre una brizna de hierba. Son como los de Aurore, están llenos de dolor y misterio».

Antes de sacudir la cabeza para centrarse en el presente, Marc pensó que sería capaz de todo por apartar el sufrimiento del camino de Alba.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dijo de pronto, haciendo que la bruja se volviera hacia él, interrogante—. Isabell nos contó algo de ella; que fue miembro del Consejo.

—Isabell a veces habla más de la cuenta —rezongó Alba.

—Pero el caso es que tú has sabido estar a la altura. Has conseguido más que cualquier otra, tanto da si contemplas esta era o las pasadas.

—No estés tan seguro —contestó la bruja torciendo el gesto—. No me quedan muchos recuerdos de ella, pero siempre decía que nuestra fuerza estaba en mantenernos unidos, en luchar juntos. No parece que haya contribuido demasiado a esa visión si mi recompensa ha sido el exilio.

—El Consejo ha cometido un error y se darán cuenta antes o después —respondió Marc arrugando la frente.

—No lo creas. Nuestra sociedad nunca ha estado tan cohesionada como pueda parecer desde fuera. Pese a que hemos perdurado a través de los siglos, las luchas intestinas, los egos y la maldad de algunas han estado a punto de acabar con todo más de una vez —Alba se pasó una mano por la frente antes de continuar—. Mi madre no murió envenenada como muchos piensan. Fue un error del Consejo, o más bien una cabezonería, lo que la envió contra su voluntad a una misión sin pies ni cabeza. — Marc abrió la boca a punto de expresar su estupor, pero Alba lo detuvo con un gesto—. Pocos lo saben y no pretendo hacerlo público. Lo importante hoy es que su reacción no fue de venganza o denuncia. Ya no recuerdo su aspecto, ni la debilidad que trajo de ese viaje, pero sí sus palabras. Me pidió que no dijera nada. Que me marchara con Aurore y creciera con dignidad y fuerza. Me dijo que si los nuestros se enteraban de que el Consejo había cometido semejante torpeza puede que los Espadas Rotas se escindieran del resto. Y, si eso llegaba a ocurrir ¿cuánto tiempo tardarían los



Creyentes y los Hijos del Rey Brujo en guerrear abiertamente, sin nosotros para mediar entre ellos?

—Pero, ¿me estás diciendo que tu madre sacrificó la justicia para proteger al Consejo?

—No Marc, te estoy diciendo que mi madre murió en silencio para que las brujas siguieran unidas.

El inquisidor la miró largamente antes de contestar.

—No cuestionaré lo que me acabas de contar y ten por seguro que nada saldrá de mi boca al respecto. Pero ten esto claro: lo que tú conseguiste en esa cripta va mucho más allá de mediar entre distintas facciones para mantenerlas unidas; apunta mucho más alto. Es un objetivo más ambicioso que la mera supervivencia. Tanto da que tu Consejo no lo haya sabido ver, no se pueden negar los hechos.

—Es cierto que has cambiado —contestó Alba tras unos segundos en que la sonrisa se fue formando poco a poco en sus labios—. Y me gusta lo que veo.

Marc arrugó la frente y carraspeó, sin saber muy bien por qué los nervios le invadían siempre que hablaban con una cierta intimidad.

—Debo irme. Me toca la primera guardia —farfulló sin saber qué decir.

—Bien —dijo Alba—. Marc, gracias —añadió cuando ya se alejaba.

A la mañana siguiente, tras un par de horas de avance, divisaron una granja y procedieron como habían decidido la noche anterior: Alba se quedó atrás con algunos de los bultos junto a Furioso, a resguardo en una pequeña oquedad entre unas rocas; Isabell se llevó a Peca y a Soto un poco más allá y les habló muy seria en voz baja, señalándolos con el índice. Cuando los despidió, los animales volvieron junto a Alba y se sentaron a su lado para ver partir a los demás.

Marc se colocó al frente del grupo, junto a Philippe, y Eldwin tomó, algo inseguro aunque muy emocionado, las riendas de la yegua de Alba. Antes de dirigirse directamente hacia la granja, Marc le indicó cómo debía colocar la mano a la cintura, según las elegantes maneras de Louisant.

—Alza la cabeza como si una mirada al suelo fuera una descortesía.

—Y mira a todo el mundo como si fueran tan feos que te desagradaran enormemente —añadió Philippe con una risilla.

—Pero a mí no me gusta mirar así a la gente —respondió el niño.

—Por supuesto que no, pero a eso se dedican en Louisant: los nobles tienen tanto tiempo libre que lo invierten en estudiar complicadas normas de protocolo. Las mujeres no pueden reírse sin cubrirse la boca; los hombres no deben sostener la copa de tal o cual manera porque con eso indicarían que el caldo no les gusta; los sirvientes solo pueden mirar a los ojos de los señores cuando estos se dirigen a ellos. Son así —dijo Philippe encogiéndose de hombros—, estúpidos, ignorantes y vanidosos como pavos reales criados en cautividad.

Eldwin se quedó pensativo un rato antes de erguirse sobre la silla, adoptando una perfecta expresión de petulancia que hizo aplaudir al gigantón.

De ese modo entraron en los campos circundantes de la granja, en dirección a la empalizada.

A su paso, los agricultores dejaban un instante las azadas para secarse el sudor con el dorso de la mano y mirarlos con curiosidad. Un buen número de vacas pastaba tranquilamente en un campo en barbecho mientras varias mujeres ordeñaban a otras. Algo más allá, unos cuantos hombres conducían una generosa piara de cerdos hacia las pocilgas que había en el interior de la granja.

Al cruzar las sólidas puertas de madera, comprobaron que los edificios seguían la disposición habitual en esos asentamientos: el camino que atravesaba los campos, delimitado por piedrecillas blancas y pequeñas rocas en los bordes, finalizaba en el edificio principal. Este tenía dos alturas y un último piso abuhardillado, con el frontal presidido por una preciosa talla que imitaba la silueta del Roble. Un marco fabricado en elegante bronce lo flanqueaba adornado por tallas con la forma del Símbolo y la espada imperial.

—Ahí es donde está el gran salón. Seguramente el cabeza de familia de esta granja vive en el segundo piso —susurró Philippe a Eldwin, que lo miraba todo con los ojos muy abiertos, casi olvidando la expresión que debía adoptar.

A los lados del edificio principal, limitando los laterales del patio, había otros de una sola altura, a excepción del granero, que se alzaba por encima de ellos.

—Sin duda, dentro de los límites protegidos de esta granja, tienen cuarenta o cincuenta dormitorios, una modesta herrería, cuadras, rediles y todo lo que puedan necesitar para ser autosuficientes y protegerse de intrusos o animales salvajes —siguió explicando Philippe.

—Y no te olvides de la despensa —musitó Barta desde más atrás, sin alzar la cabeza.

—Eso no se me olvida nunca —contestó el gigantón, sonriendo a unas ancianas que los miraban desde un telar puesto al sol—. Mira, ahí viene el cabeza de familia. Es costumbre que nadie hable con desconocidos hasta que lo haya hecho él, por eso todavía no nos ha saludado nadie. Y, por el mismo motivo, nosotros no hemos dedicado más que inclinaciones de cabeza.

—Saludos, buen señor, que el Emperador os guarde a vos y a vuestra comunidad —dijo en ese momento Marc, con una elegante voz modulada con un deje que Eldwin no reconocía.

—Igualmente. Y que el Salvador nos de salud a todos y prosperidad a nuestros campos —contestó el cabeza de familia, llegando hasta ellos.

El hombre, ya entrado en años, era tan robusto como solían serlo los habitantes de la tercera provincia. La cabeza estaba adornada tan solo por unos pocos cabellos ya encanecidos, pero en sus modos resaltaban el vigor y un carácter práctico. Mostraba

una tranquila expresión de confianza pese a que, a una prudente distancia, varios jóvenes los miraban con cara de pocos amigos.

—Mi nombre es Adrent, hijo del potentado de Blancatierra y este es mi asociado Emill. El pequeño es mi hijo, Chevall —dijo Marc desmontando y sin variar el tono de voz—. Nos dirigimos a la baronía de Grenz para cerrar un importante negocio en nombre de mi padre y pedimos humildemente descanso en vuestras tierras y la posibilidad de compraros provisiones, buen señor —añadió con una levísima inclinación de cabeza.

La ausencia de presentaciones y las miradas sumisas que mostraban dejaron bastante claro que sus otros dos acompañantes eran sirvientes.

—Mucho os habéis desviado de los caminos habituales desde Louisant si vuestro objetivo era Grenz —respondió el hombre limpiándose las manos con un trapo antes de ofrecerle un saludo a Marc y a Philippe.

—Ya que íbamos tan lejos, mi buen amigo Adrent tuvo a bien acompañarme hasta Pasevalle, donde también yo tenía negocios que atender —respondió Philippe.

—Disculpad la crudeza de nuestra ropa y el polvo que llevamos encima, pero el viaje está resultado más duro de lo que habíamos supuesto —añadió Marc componiendo una mueca de vergüenza.

—Perded cuidado en lo que a eso respecta. Y este joven caballero ¿no es muy pequeño para montar un caballo adulto? —preguntó el hombre sin dar la más mínima importancia al tema de las ropas.

Marc se volvió con una mirada tan crítica que Eldwin se encogió de temor.

—Los niños han de dejar de serlo en algún momento —respondió con gesto duro—. Y cuanto antes mejor. ¿No es cierto, hijo?

—Sí, padre —respondió él bajando la mirada.

El cabeza de familia asintió y se volvió de nuevo con un gesto notablemente más amable.

—Mi nombre es Hurn y esta es mi casa y vuestra para que descanséis y repongáis las provisiones que pudierais necesitar. Acompañadme, dejad que os muestre mi salón.

Sin más ceremonia, el cabeza de familia se adelantó con Marc, señalándole los principales edificios y respondiendo a sus educadas preguntas.

—Sin duda nuestra supuesta nobleza le ha impresionado —susurró Philippe dirigiéndose a Eldwin—, pero no te olvides de seguir interpretando así de bien tu papel.

El niño asintió y siguió a los mayores al edificio principal.

—Somos gentes sencillas, cualquier novedad es una bendición —decía Hurn en esos momentos señalando el horno en que uno de sus hijos preparaba pan—. La vida en el campo es modesta y, sin duda, las noticias que traéis de tierras lejanas nos darán tema de conversación durante días —añadió con una risotada.

Tal y como había dicho Philippe, en consideración a sus importantes posiciones el cabeza de familia de la granja insistió en invitarles a desayunar por todo lo alto. A una orden suya, varias personas dejaron sus quehaceres para asegurarse de que la mesa del gran salón estuviera lista cuanto antes.

En cuanto entraron, Hurn se dirigió a un hombre que fumaba relajadamente en un butacón de piel junto a la chimenea.

—Este es el alguacil Hegeberth, enviado de nuestro buen señor de Langefelde.

—Llámame Heg —respondió el hombre dejando la pipa y poniéndose en pie.

El alguacil era un rotundo tahliano, alto, ancho y fuerte, cuyo carácter seco se parecía bastante más al de un quileño. Tenía el rostro bien afeitado y el cabello cortado a cepillo. Cuando se movía, una cota de mallas tintineaba bajo sus ropas de cuero, cómodas y deslucidas. Su espada corta y un puñal enfundado en el lado contrario del cinturón no hacían sino recalcar la impresión pragmática que transmitía.

—Es un placer —dijo Marc sin inclinar la cabeza pero tendiéndole la mano.

—Igualmente —dijo el hombre con voz monótona, respondiendo con fuerza al saludo.

—¿Querriais desayunar con nosotros? —preguntó Hurn, solícito.

—Ya hemos desayunado, y copiosamente —respondió él mientras dirigía otro apretón de manos a Philippe—. Come tú junto a los viajeros, yo os acompañaré desde aquí —dijo sentándose de nuevo, pero sin quitarles ojo.

La estancia estaba cubierta de madera barnizada y había varias figuras con la forma del Símbolo labrado en diversos metales. En un lugar privilegiado se encontraba un cuadro que representaba a Elías. El Compañero era venerado en Rock-Talhé por encima del resto, porque se decía que había nacido en la tercera provincia.

De las paredes colgaban pieles y cabezas de animales, según era costumbre por aquellas tierras. Justo detrás de donde se sentó Hurn, presidiendo la mesa, había una pieza que llamó inmediatamente la atención de Philippe.

—¿Es eso un troll de las Colinas Eternas? —preguntó el inquisidor componiendo una mueca de asombro mientras señalaba la cabeza del animal.

—Veo que tenéis buen ojo, joven —contestó su anfitrión volviéndose para admirarla—. En efecto, y su historia no deja de ser curiosa. Veréis, hace ya más de treinta años que me enamoré durante el viaje a una feria de ganado de Selén. La que sería mi mujer, esa pequeña brujilla, también se fijó en mí y a los pocos meses me declaró. ¿Sabéis qué pasó el día que fui a la casa de sus padres a pedir su mano? —preguntó mirando al gigantón—. Pues que los gritos de los vecinos me impidieron hacerme oír. Ese troll acababa de entrar en un cercado que estaba apenas a veinte metros de nosotros y estaba acabando con todas las vacas.

—¡No puede ser! ¿Tan cerca de un pueblo? —preguntó Philippe.

—¡Pegado al pueblo! —exclamó el hombre—. Pero os aseguro que no faltaron allí manos valientes que cogieran lanzas, hachas y cualquier herramienta con filo para

salir a su encuentro. Mi padre, mi hermano y dos de mis primos fuimos los primeros en correr hacia él.

—¿Os enfrentasteis a un troll? —preguntó Marc permitiendo que su expresión aristocrática dejara entrever una generosa porción de asombro.

—Así es, y no penséis que fueron muchos los vecinos que ayudaron. Seléin está llena de taimados y cobardes, que mi mujer me perdone —añadió intentando tomar la mano de la mujer que pasaba en ese momento junto a él. Esta le dirigió una mirada reprobadora antes de marcharse—. Mi padre cojea desde entonces y mi hermano casi no puede doblar el brazo, pero a fe de Thomenn que el monstruo cayó bajo nuestros golpes, no por las cuatro flechas que le clavó por la espalda un cazador demasiado asustado como para acercarse.

—Me dejáis sin palabras —dijo Philippe secándose un sudor inexistente—. ¡Sin palabras!

—Aprende de este hombre —dijo Marc dirigiéndose a Eldwin con severidad—, pues no le faltó valentía al perseguir a un monstruo para proteger a los suyos. Has de saber que un cabeza de familia es un gobernador en sus tierras, como un delegado en la nuestra, con autoridad sobre sus parientes y asociados. Y lo son por méritos propios y con el respeto y la consideración de quienes los rodean. No como en las baronías que ya sabes —añadió bajando la voz—. En algunos lugares de Louisant casi parece que Thomenn haya sido desplazado por el vino y la lujuria.

Hurn hizo un leve asentimiento de cabeza antes de volver a hablar.

—Entonces, señor Adrent, viajáis por asuntos de negocios.

—En efecto —contestó Marc—. Mi padre es el propietario de los viñedos. —Ante la mirada de incompreensión del hombre alzó la cabeza y exclamó—: ¡Los viñedos del Bajo Adrente! ¿No los conocéis?

—Ah, sí —dijo el hombre, algo inseguro—. Me suenan, aunque lo cierto es que por aquí no sabemos mucho de vinos. Rock-Talhé es más famosa por su cerveza.

—¡Y a fe de Elías que le sobran méritos! —rio Philippe cuando vio que empezaban a traer comida y bebida.

Poco después, entre pan recién horneado, miel y mermeladas, cerveza, leche, queso quileño, frutos secos y otros manjares, Hurn les preguntó por las inquietantes noticias que llegaban de la vieja provincia.

—Un conocido buhonero que suele acudir de vez en cuando por aquí nos contó que la situación en Quiles es desastrosa. Ya sabíamos que algo malo estaba ocurriendo, puesto que de un tiempo a esta parte hemos visto muchos más viajeros y soldados que de costumbre. Un gran número de parientes que vivían en la primera provincia han vuelto a Rock-Talhé, a la seguridad de las granjas y la planicie. —El cabeza de familia se pasó una encallecida mano por la cabeza y resopló—. Pero de lo que ese hombre nos habló principalmente fue de los horrores que las brujas han provocado por medio de conjuros y hechicerías nigrománticas. Por tal fuente nos enteramos de los gigantes de dos cabezas que han sido vistos o de la plaga de bestias

de sangre que recorren Quiles aullando cuando cae la noche; sabemos que en las cuencas de los esqueletos baila un fuego maligno y, por supuesto, que los muertos se levantan de sus tumbas para acabar con los vivos.

A medida que iban trayendo platos, muchos de los habitantes de la granja se habían ido congregando en el gran salón, a una distancia respetuosa de los invitados pero ávidos de novedades.

Tras unos segundos de silencio, Philippe dio un porrazo en la mesa y, tras vaciar la jarra de un trago, proclamó con su potente vozarrón:

—¿Gigantes de dos Cabezas decís? ¡El mismísimo Emperador salió de Hÿnos al mando de mil valientes y su primer golpe de espada arrancó de una vez tres cabezas que pertenecían al mismo cuerpo!

Los presentes ahogaron una exclamación de euforia y Hurn asintió con una sonrisa satisfecha mientras se arrellanaba en su silla. El noble les contó durante largos minutos las proezas del Emperador y sus huestes. Los que le escuchaban vieron reflejada fielmente la justicia divina en su relato y quedaron impresionados.

—¡Bebamos! —exclamó el anfitrión en cuanto Philippe terminó de hablar—. ¡Descorchemos nuestra mejor botella de aguardiente uruthiano, pues la ocasión lo merece! —Después, bajando la voz mientras miraba hacia el alguacil, añadió—. Es nuestra bebida más apreciada, aunque a las autoridades no les parezca demasiado bien que se comercie con los bárbaros. Desde luego hay que concederles que saben hacer un brebaje que aparta el frío del cuerpo.

—¡Ya lo creo! —rio el gigantón palmeándole el hombro.

Sin embargo, una voz se alzó de pronto en medio del jolgorio, forzando el silencio cuando algunos brazos estaban todavía en alto.

—¿Y decís, joven, que el Emperador acabó con un gigante de tres cabezas mientras comandaba sus ejércitos? —preguntó de repente el alguacil Hegeberth desde el mismo rincón en el que le habían dejado.

—¡Eso he dicho, señor! De un solo mandoble de su enorme espada, por lo que me contaron. Habéis de saber que el arma de nuestro Señor es grande como si se hubiera hecho para uno de esos gigantes de los que hablo, pero él la maneja como si no fuera más que una pluma en sus manos.

—Entonces el Emperador marcha al frente de la legión hacia Quiles, si no he entendido mal —preguntó de nuevo el alguacil mientras la gente se iba apartando ante su mirada, fija en el noble.

—Eso es —respondió Philippe con una expresión enardecida en el rostro—. Sin duda dará cuenta de todos los monstruos que pueblan esa tierra en menos tiempo del que una hoguera fundiría un cirio.

—No dejan de ser noticias sorprendentes. Muy sorprendentes —murmuró el hombre.

—Por un momento pareciera que dudarais de las palabras de mi amigo —dijo entonces Marc, adoptando un tono abiertamente ofendido.

—Es algo harto infrecuente que nuestro Emperador dirija personalmente sus ejércitos. Me extraña sobremanera no haberme enterado antes de esas noticias.

—Pues eso mismo es lo que se ha dicho en esta mesa ¿acaso lo estáis poniendo en duda?

—Solo digo que me resulta curioso que no hayan llegado esas noticias a la fortaleza de la legión aquí, en Rock-Talhé, donde estuve hace apenas dos días.

—Ante eso no tengo nada que decir —dijo Marc resoplando—. Sin duda los asuntos militares no son de mi incumbencia, pero sí el agravio que nos estáis haciendo al dudar de nuestras palabras.

—Señores, no hace falta discutir por esto —dijo Hurn alzando las manos en tono conciliador—. Aquí estamos entre amigos y buenos servidores del Imperio.

—Eso sin duda —respondió Marc con altivez—, precisamente por eso os exijo una disculpa hacia mi amigo, señor alguacil.

—¿Una disculpa? Los hombres del barón de Langefelde no suelen disculparse por hacer su trabajo, señor —respondió él con tranquilidad.

—Pues habrán de hacerlo si con ello faltan al honor de nobles ciudadanos de Louisant —respondió Marc alzando la barbilla—. Mi padre es un muy querido potentado de la segunda provincia y no creo que le agradase lo más mínimo tener que informar al señor Ezéchil de La Flere de vuestra rudeza.

—Hablando de lo cual —contestó Hegeberth sin que pareciera que sus palabras lo impresionaran en absoluto— ¿Bajo Adrente habéis dicho? Lo cierto es que ese territorio no me suena en absoluto.

—¡Esto es el colmo! —dijo Philippe alzándose de golpe—. ¿Ahora se permite dudar de la ascendencia de mi amigo?

—Siéntate —ordenó Marc con tono cortante—; me corresponde a mí enmendar este agravio. Señor —dijo dirigiéndose al alguacil—, mi orgullo y mi honor no me permiten dejar este asunto impune, y tampoco quiero mancillar la mesa de nuestro buen tahliano diciendo aquí lo que pienso de vos, por lo que os conmino a un reto a primera sangre. Salid conmigo al patio y aclaremos este asunto como hombres, si es que tenéis algo de orgullo en vuestro interior.

Hegeberth mantuvo su mirada unos instantes, entre sorprendido y pensativo, antes de limpiarse los labios con un trapo y dejarlo sobre la mesa.

—¿Estáis seguro de lo que estáis diciendo, señor? No me gustaría haceros daño.

—¡Por supuesto que lo estoy! —chilló Marc—. ¿Por quién me habéis tomado?

—Si eso es lo que queréis, sea —contestó el alguacil encogiéndose de hombros.

—Señores, ¡esto no es necesario! —exclamó el cabeza de familia llevándose las manos a la cabeza.

—Será mejor que hagáis llamar a vuestro mejor sanador —dijo Philippe con gesto grave, poniéndole una mano sobre el hombro—. Nada bueno puede salir cuando se provoca así a un noble como mi amigo.

El hombre se volvió hacia él con la boca abierta, pero en ese momento se oyó un grito y Eldwin correteó entre los adultos para abrazarse a las piernas de Marc.

—Padre, detente. ¡No lo hagas por favor! —gritó con los ojos llenos de lágrimas.

—Aparta, Chevall —contestó él secamente—. No se puede rechazar un duelo a primera sangre sin ser deshonrado de por vida.

El aire frío del atardecer los recibió en el exterior. Las primeras estrellas ya poblaban el cielo inmenso de Rock-Talhé y el sol creaba un aura rojiza en el Oeste.

Marc se dirigió hacia el centro del patio con gesto decidido y comenzó a trazar florituras con la espada, mirándola de vez en cuando con gesto crítico. El alguacil, en cambio, se plantó a unos cuantos pasos de él con las piernas separadas y tomó su arma sin mirarla siquiera. La hoja estaba limpia y brillante, pero tenía varias muescas que mostraban que la hoja no era ajena al combate.

—¿Estáis listo? —preguntó Marc situándose frente a él.

—Lo que no tengo claro es que lo estéis vos —respondió Hegeberth—. Sigo diciendo que no quiero haceros daño.

El cabeza de familia los miraba con los ojos muy abiertos mientras hacía el gesto del roble una y otra vez.

—Es tarde para huir —dijo Marc alzando la mano izquierda y torciéndola hacia un lado, según los modos de la alta esgrima de Louisant. Entonces se colocó de lado y adelantó su arma—. ¡En guardia!

El alguacil asintió y elevó la espada.

Marc se lanzó hacia él trazando un bello arco con la espada, que fue desviado sin dificultad por su contrincante. Entonces, el supuesto noble dio varios pasos rápidos de puntillas y volvió a atacar estirando el cuerpo hacia adelante. Nuevamente el alguacil bloqueó su ataque y después evitó la mal disimulada finta que siguió. Marc giró sobre sí mismo para sorprenderlo con un ataque desde el lado contrario y luego bloqueó un par de golpes con elegantes sacudidas de la muñeca.

Todavía hubo un par de floreos y movimientos demasiado recargados antes de que el hombre apartara de un fuerte revés el arma de Marc y le estrellara un puño, grande y compacto como una almádena, en la cara.

El noble de Louisant cayó sobre su trasero, con el labio partido y escupiendo sangre.

—¡Padre! —exclamó Eldwin al instante, mientras Isabell corría hacia él.

—¡Bárbaro! ¡Animal! —gritó la bruja dirigiéndose al alguacil entre lágrimas—. Dejad a este hombre con su salvajismo, mi señor. Las personas civilizadas no debemos mezclarnos con seres como él.

Marc lo miraba con odio sin quitarse una mano manchada de sangre de la boca.

—¡Aparta, mujer! —gritó, empujando a Isabell antes de dirigirse al cabeza de familia—. Mi señor, ruego disculpéis todo este circo. No era nuestra intención disgustaros. Si tenéis a bien vendernos esas provisiones de las que hablamos, nos marcharemos inmediatamente.



—No hay nada por lo que debáis disculparos —contestó el hombre con voz trémula—. Pero, ¿por qué no os quedáis a dormir? Prácticamente es de noche y no encontraréis otra granja en varios kilómetros.

—Os lo agradezco, señor, no sabéis cuánto, pero no habrá aquí descanso para nosotros —contestó Marc con gesto inflexible sin que su labio dejara de sangrar.

Mientras se limpiaba con un pañuelo humedecido cerca de los caballos, Barta e Isabell recogieron sus cosas con rapidez e intercambiaron unas monedas con uno de los hijos de Hurn. Philippe incluso dedicó una mirada huidiza al alguacil cuando este se volvió hacia él.

Tal y como había dicho el cabeza de familia, les habían dado tema de conversación para bastante tiempo.

En cuanto llegaron hasta donde esperaba Alba empacaron sus posesiones y emprendieron la marcha a toda prisa por miedo a que el alguacil decidiera seguirlos. Afortunadamente eso no sucedió, por más que Barta volvió varias veces sobre sus pasos para asegurarse.

—¡Menuda escena habéis montado! —dijo Alba cuando acabaron de contarle lo que había sucedido—. Todo esto será recordado durante años.

—Este bocazas no hace más que inventar historias cuando bebe, sin importar que esté delante de un alguacil —rezongó Marc resoplando—. ¿Era necesario mencionar gigantes de tres cabezas?

—Sin duda —dijo Philippe con una risotada—. De este modo no hablarán de los dos inquisidores traidores y sus amigas las brujas, sino del petulante hijo del señor del Bajo Adrente y su amigo el cuentista. ¡Es brillante!

—Eso lo dices porque no te han golpeado a ti.

—Lo cierto es que no será fácil que descubran el embuste —coincidió Isabell.

—¿Te duele? —preguntó Eldwin con expresión preocupada mirando el labio de Marc.

—No es nada —contestó él evitando sonreír para que la herida no volviera a sangrar.

—Oh, ya lo creo que lo es —dijo Barta—. ¡Es una merecida victoria! Habéis interpretado rematadamente bien vuestro papel, inquisidor.

—Gracias —dijo Marc— siempre se nos dio bien imitar la excentricidad de Louisant.

—Por un momento pensé que ibas a acabar con él —dijo entonces Philippe—. Yo no habría podido resistirme.

—Eso no nos habría servido de nada. Y no lo hacía mal, por cierto. Lo que no entiendo es que laurearas de esa forma al Emperador en tu relato. No tenías más que darles alguna noticia difusa, ¿por qué hablar así de Él?

—Querido amigo de labios delicados —respondió Philippe, risueño—, en nuestra situación, más vale dejar un rastro irreconocible para aquellos que nos persiguen. Ya habrá tiempo de blasfemar y rugir todo lo que llevamos dentro más adelante.

Los compañeros callaron ante el arrebató de sentido común de Philippe. Al cabo de unos segundos, Marc palmeó su espalda con fuerza y siguieron cabalgando al paso.

## VIII

Nos referimos a su colectivo como *Las Brujas*, aunque lo cierto es que también cuentan con hombres entre sus filas. Es innegable, sin embargo, que son ellas las realmente peligrosas, pues dominan casi siempre un poder mayor que el de los *brujos*. Son, además, arteras y capaces de elaborar planes retorcidos a muy largo plazo, pues la sangre de Lysanna todavía corre entre ellas.

—*Compendio del Saber de la Orden*, autor desconocido.

No pararon hasta que la noche estuvo muy avanzada.

Barta les señaló unos frondosos matorrales que crecían a la rivera de un estrecho hilillo de agua que se escapaba de la canalización y, al poco, ya habían descargado los bultos para acampar.

—Hoy no encenderemos fuego —anunció el explorador—. No hace mucho frío ni lo necesitamos para cocinar, así que tomemos una ración extra de precaución después del teatro de esta mañana.

Después, ayudado por Marc, llevó a los caballos cerca del agua, donde la hierba fresca era abundante. Philippe se sentó de espaldas a los arbustos junto a Eldwin, donde estarían más protegidos del incómodo viento, y comenzaron a abrir las bolsas de provisiones.

—Esto es una deliciosa empanada de carne —dijo metiendo la nariz en un paquete—. Tiene alguna especia que no consigo distinguir, pero te puedo asegurar, aun sin probarla, que estará deliciosa. Y esto es algo dulce hecho con manzana y canela que ni siquiera conozco, lo cual es inusual.

El gigantón seleccionó los productos más difíciles de conservar y se los fue entregando a sus compañeros.

—Queso tierno, muy jugoso, no desdeñéis el líquido en que está bañado —dijo cortando una generosa hogaza de pan para Isabell—. Ponedlo aquí como si fuera un plato y os aseguro que os chuparéis los dedos. ¿Queréis que le ponga un poco de miel por encima?

Todos comían ya cuando Eldwin se giró hacia él.

—¿Viste que tenían un cuadro con hombre muy grande en el salón? —preguntó con la boca llena—. ¿Sabes quién era?

—Por supuesto —contestó Philippe con los carrillos hinchados—. Al lado de Elías incluso yo parecería un enano.

—Barta me contó que aquí, en Rock-Talhé, lo adoran casi tanto como a Thomenn. Quieren mucho a Lám y a los demás Compañeros, pero sobre todo cuentan historias de él. ¿Tú te sabes alguna de Elías?

—¡Pues claro! De niño me hicieron aprender de memoria el Manual y otros libros, ¿quieres que te cuente mi relato preferido?

—¡Sí! —exclamó Eldwin con los ojos iluminados.

—Pues bien, dicen que un día Elías se levantó algo más tarde que los demás y, cuando bajó a desayunar, Thomenn y sus Compañeros ya se habían ido —comenzó Philippe, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—En la versión que nos contaron en el Monasterio, Elías estuvo moviendo la rueda de un molino roto durante toda la noche, por eso se quedó atrás —dijo Marc levantando la vista desde un mapa que le había dejado Barta.

—¿Vas a contar la historia tú o yo? —preguntó Philippe poniendo los brazos en jarras.

Cuando su hermano alzó las manos en un gesto de disculpa, el gigantón carraspeó y siguió hablando.

—Elías tomó algo de queso y pan, bebió leche, agua y salió corriendo en pos del Salvador. Ah, también cogió un par de pasteles de crema y algo de carne guisada en vino agoriano. Pero se fue apresuradamente —añadió cuando Marc volvió a levantar la vista con el ceño fruncido—. El caso es que corrió y corrió, anduvo por los caminos durante días en pos de Thomenn y sus amigos sin poder encontrarlos por más que preguntaba. Quizá Lysanna los había hecho volar lejos con alguna magia de brujas o, simplemente, Elías no se sabía orientar demasiado bien, nunca lo sabremos. —Eldwin soltó una carcajada pese al gesto extraordinariamente serio de Philippe—. El meollo del asunto es que Elías llegó a un pueblecito en el que los habitantes trabajaban de manera muy esforzada y ninguno parecía feliz. «Amasaban, lavaban o cosían; araban, talaban y tendían, pero nunca, nunca sonreían» —recitó Philippe con voz profunda.

—¿Por qué no sonreían? —preguntó Eldwin mirándolo fijamente.

—Pues porque ese pueblo estaba gobernado por un brujo que tenía bajo su control a varias docenas de estatuas guerreras. Estos seres mantenían constantemente tensos sus arcos apuntando a los aldeanos con la orden de que, si en algún momento dejaban de trabajar para su señor, dispararan.

—¿Y por qué no obligaba alguien al brujo a que les ordenara bajar los arcos?

—Ah, mi astuto amigo, pues eso mismo es lo pensó Elías, que se fue derecho a por él —respondió Philippe abriendo como por descuido la bolsa del pastel de manzana—. El brujo estaba sentado en lo alto de un gigantesco trono de piedra que más bien parecía una pequeña colina. El Compañero llegó hasta allí, hizo visera con la mano y miró hacia arriba, estirándose hacia atrás para ver la cumbre del sitio. Cuando sus ojos llegaron hasta el brujo, lo señaló con el dedo y gritó: «Oye, tú, ordena a tus estatuas que bajen los arcos para siempre o acabaré contigo». —Philippe se volvió hacia Eldwin—. Has de saber que la voz de Elías era casi tan potente como sus brazos, por lo que el brujo tuvo que agarrarse bien al trono para no caer, lo que habría sido una lástima. ¿Sabes por qué?

Eldwin negó con la cabeza, embelesado.

—Pues porque el brujo contestó: «No puedes hacerme daño, por mucha que sea tu fuerza, pues mis soldados tienen dos órdenes: la primera ya la conoces; la segunda es que, si alguien intenta apartarlas de su deber, tocarme, herirme o hacerme abandonar este trono, soltarán sus flechas y todos los aldeanos morirán». ¡Pobre Elías! —exclamó Philippe simulando que se tiraba de los pelos—. ¿Qué podía hacer? Él quería ayudar a los aldeanos, pero si atacaba a las estatuas, estas soltarían sus flechas; si agredía al brujo también soltarían sus flechas; ¡incluso si intentaba llevarse de allí al hombrecillo para que sus pétreos soldados no vieran lo que hacía con él, soltarían sus flechas!

Philippe negó con la cabeza y escondió el rostro entre las manos mientras los demás disimulaban la risa.

—Pero ¿sabes lo que hizo finalmente nuestro buen Compañero? —preguntó de repente, mirando a Eldwin entre sus gruesos dedos con una sonrisa cómplice—. ¿No? Bueno, pues Elías se encogió de hombros y se agachó ante el trono del brujo. «Debo confesar que eres demasiado inteligente para mí. No puedo atacarte a ti ni a tus estatuas. Me doy por vencido, pero hay algo que me impide marcharme de aquí», dijo con voz apesadumbrada. El brujo, curioso, se inclinó hacia adelante y preguntó que a qué se refería. Elías entonces asentó bien los pies sobre la tierra, apretó más sus manos, que había enterrado en la roca sin que el brujo lo pudiera ver, y dio un súbito tirón con todo su cuerpo: «¡Tu trono se interpone en mi camino!» gritó a la vez que se oía un terrible crujido y la pequeña montaña se elevaba hacia el cielo.

—¿Y las estatuas?

—¡Las estatuas nada! —exclamó Philippe estrellando un puño contra su palma—. No las atacó; tampoco al brujo ni intentó apartarlo de su sitio. Cuando el trono comenzó a volar hacia el cielo, el brujo seguía encima.

—Y, entonces, ¿qué pasó?

—¿Que qué pasó? —preguntó Philippe con el ceño fruncido—. Pues nada. El brujo desapareció, Elías liberó al pueblo de su tiranía.

—¿Y las estatuas?

—Se quedaron allí —dijo Philippe tras unos segundos de silencio—, esperando nuevas órdenes de su señor. Eso creo.

—¿Pero los aldeanos siguieron trabajando? —insistió Eldwin—. ¿Les dispararon con los arcos?

—¡No lo sé! —exclamó el gigantón—. No sé qué pasó después, ¿te parece poco? ¡Elías hizo volar una montaña por el cielo!

Eldwin se quedó unos instantes pensativo antes de encogerse de hombros, algo desilusionado.

—Yo también conozco una historia de Elías, me la contó Alba. Pero en esta, Lía lo acompaña. ¿Quieres escucharla?

—Claro —respondió Philippe, algo enfurruñado—. No conozco ninguna historia en la que ellos dos sean los únicos protagonistas.

—Eso es porque los Compañeros casi nunca iban solos —respondió el pequeño muy serio—. Pero en este caso, Thomenn le pidió a Lám que fuera a ver a la madre del Rey Brujo, que estaba muy enferma.

—¿Thomenn le pidió que curara a la madre de ese carnicero?

—Según nuestros escritos, el Rey Brujo no fue tan sanguinario como tus emperadores lo han pintado —intervino Isabell con un gesto de desdén—. Incluso se dice que, en alguna ocasión, llegó a encontrarse con el Salvador.

—No son *mis* emperadores, ya te lo he dicho —respondió Philippe—. En cuanto a la consideración que le tenéis a ese animal...

—¡Tía Alba! ¡Cuéntale la historia a Philippe! Seguro que le gusta mucho —dijo entonces Eldwin, interrumpiéndole.

—Parece apropiado, puesto que comienza en Rock-Talhé, no muy lejos de donde nos encontramos ahora mismo —dijo Alba, anticipándose a la discusión que parecía a punto de empezar—. Pues bien, Lám y Elías tenían que llegar hasta Selén. Para no toparse con el bullicio de Pasevalle y la algarabía que se formaba cuando la gente se enteraba de que estaban cerca, decidieron atajar por las estribaciones de las Colinas Eternas.

—Algarabía es cuando hay mucha gente que se amontona y arma jaleo —le dijo Eldwin a Philippe.

El gigantón lo miró muy serio, con una ceja alzada, antes de asentir.

—Lám no estaba muy de acuerdo con la idea, al fin y al cabo sería una ruta peligrosa, pero Elías le aseguró que, yendo con él, no habría contratiempos, así que se pusieron en marcha —el pequeño volvió a girarse hacia Philippe para cerciorarse de que seguía atento—. Estuvieron andando muchos días e incluso muchas noches, pues los Compañeros de Thomenn apenas se cansaban, y comían lo que el campo les ofrecía a su paso. Pronto dejaron atrás Rock-Talhé y comenzaron a avanzar con algo más dificultad a medida que se internaban en las Colinas Eternas. Todo fue muy bien hasta que un día, de repente, vieron a un troll en medio de la espesura.

—¿Un troll? —preguntó Philippe incorporándose un poco—. Esta historia me va a gustar.

—El animal era enorme y el pelo se le había vuelto blanco casi por completo —apuntó Eldwin—. En algunas partes, los huesos sobresalían como si fueran parte de la piel y, al rugir, todos los árboles de las Colinas Eternas se balancearon. Los trolls se hacen más fuertes cuanto más viejos son ¿sabes? Y este parecía muy anciano.

—Ah, sí, algo había oído al respecto —dijo Philippe acariciándose la barbilla.

Apenas a unos pasos de él, Marc miró al cielo y sonrió.

—Pero eso no era todo. Este troll era tan antiguo que incluso había aprendido a hablar. Con un dedo, grueso como el brazo de Eldwin, señaló a Lám y dijo: «Tú. Te voy a comer» —prosiguió Alba intentando modular su voz para que pareciera grave y maligna.

Marc se volvió hacia ella y soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Elías peleando mano a mano contra un troll. ¡Regalaría mi virginidad sin dudarlo a cambio de haber podido ver algo así! —exclamó Philippe.

Lejos de reírse, los adultos miraron a Eldwin alarmados, pero el niño estaba tan enfrascado en el relato que siguió atento como si no hubiera oído nada.

—Afortunadamente, Elías estaba allí y protegió a su amigo. El troll lo golpeó con una fuerza que habría bastado para partir en dos el trono de ese brujo de antes y el Compañero respondió del mismo modo; después, el uno le mordió un brazo y el otro clavó sus dientes en la base del cuello. Pasaron los minutos y luego las horas sin que dieran muestras de fatiga ni supremacía. Lucharon ferozmente, tronchando árboles y aplastando el terreno a su alrededor hasta que, de repente, Lám alzó la voz y los dos se detuvieron en seco. «¡Basta ya!», dijo. «Está claro que los dos sois muy fuertes y que, si seguís así, acabaréis por mataros el uno al otro antes de conseguir la victoria».

—Parece que Lám tenía agallas si fue capaz de detener semejante espectáculo —comentó Philippe.

—Lám no solo era bondadoso y amable —dijo Isabell mientras machacaba unas hierbas en su pequeño mortero—. Su fuerza no tenía nada que envidiar a la de los más poderosos brujos de la historia.

Alba le dio la razón con un asentimiento y prosiguió con el relato.

—«Antes de que ocurra una desgracia haremos lo siguiente», dijo Lám situándose entre ellos con tranquilidad. Los dos contrincantes bajaron los puños lentamente, sin dejar de mirarse con desconfianza, pero escuchando al más pequeño. «Como he dicho antes, los dos sois muy fuertes, unos verdaderos prodigios de la naturaleza, y sería una pena que os dierais muerte el uno al otro. Tú quieres comerme, ¿no es cierto?», preguntó al troll. Este lo miró con sus ojillos y asintió, algo inseguro. «Y tú quieres protegerme», añadió Lám. «Por supuesto que sí, ¿a qué viene esa pregunta?», contestó su amigo cruzándose de brazos. Entonces, Lám tomó tres gruesas piedras del suelo y se las enseñó. «Si os parece bien haremos lo siguiente: cada uno cogerá una. Entonces, la pondréis en vuestra mano y trataréis de destrozarla entre los dedos. De este modo sabremos fácilmente cuál es el más fuerte sin necesidad de que os partáis la crisma. ¿Os parece bien?» —Alba se tomó un instante para mirarlos con detenimiento, como asegurándose de que seguían pendientes del relato—. Los dos competidores se miraron extrañados y el troll volvió a levantar el mismo dedo gigantesco antes de hablar. «Ahí, tres piedras. Nosotros solo dos», dijo con su voz cavernosa, a lo que Lám respondió: «Muy astuto, querido amigo. Esa pregunta es digna de una inteligencia tan aguda como la tuya. Pues bien, la respuesta es simple: si he de ser yo la cena que está en juego, o el vergonzante rescate de un gigante, es justo que también pueda participar en el concurso». Los otros dos, que sangraban por cien cortes, lo miraron entre sonrisas. Sin embargo, la prueba que proponía les pareció bien, así que el troll cogió rápidamente la piedra más pequeña de las tres y la puso sobre su palma abierta. Con una mueca voraz fue cerrando uno a uno sus dedos hasta que desapareció entre ellos y comenzó a apretar. Los músculos

del brazo se hincharon y la bestia resopló por el esfuerzo escupiendo saliva pero, cuando abrió la palma, la piedra seguía allí. Furioso, el animal volvió a cerrar la mano y hacer fuerza ayudándose de la otra. Mientras tanto Elías, sonriendo por la victoria que veía próxima, tomó la siguiente piedra más pequeña y la enterró en su puño, apretando con todas sus fuerzas. Las venas de su brazo comenzaron a abultarse y el rostro se le arreboló. El Compañero comenzó a sudar por el esfuerzo mientras miraba al troll y comprobaba que tampoco obtenía mejores resultados que él.

—Partir una piedra así es imposible —murmuró Philippe ensimismado—. Si al menos pudieras golpearla con otra, o incluso con tu cabeza... pero de ese modo es imposible.

—A esa conclusión llegaron los dos competidores que, frustrados, acabaron por arrojarlas lejos. Pero en ese momento se dieron cuenta de que Lám había cogido la última de las tres, la más grande, y la sujetaba sobre su mano. «Sed ahora conscientes de mi fuerza, que tanto habéis desdeñado», dijo con una voz cargada de autoridad, y comenzó a apretar. Sus manos, mucho más pequeñas que las de los otros, ni siquiera ocultaban del todo la piedra. Sus ojos estaban fijos en ella y en su cara una expresión de concentración se iba tiñendo de rojo. Tanto el troll como su amigo lo miraron con condescendencia e incluso comenzaron a prepararse para continuar la pelea. Pero, de repente, se oyó un leve crujido. Después hubo otro más fuerte y, finalmente, la mano de Lám se volvió para dejar caer una lluvia de piedrecillas.

—¿Lám partió la piedra solo con sus manos? —preguntó Philippe, incrédulo.

Alba le hizo un gesto de espera y compuso una mueca de enfado que volvió a hacer reír a Marc.

—«¡Huye de aquí y piérdete para siempre en las profundidades de las Colinas Eternas, troll estúpido, si no quieres acabar como esta roca!», gritó el Compañero. El troll, asustado ante la desmedida fuerza que mostraba aquel pequeño hombre, dio media vuelta y corrió tan rápido como pudo.

—¿Pero cómo fue capaz Lám de partir una roca con una mano? —insistió Philippe—. ¡Si ni siquiera Elías lo había conseguido!

—Es que Lám era muy inteligente —respondió Eldwin, compartiendo una mirada risueña con Alba.

—Esa misma pregunta se la hizo Elías durante todo el viaje —añadió la bruja, riendo ante la incomprensión de Philippe—. Todos los días y noches que duró su viaje, le preguntó a su compañero de cien maneras distintas cómo había podido partir la piedra; formuló mil hipótesis y le rogó un millón de veces que se lo contara, pero Lám solo reía por lo bajo y continuaba caminando.

—Un sádico, así es como se llama al que disfruta con el sufrimiento ajeno —rezongó Philippe cruzándose de brazos.

—Un día, cuando ya llegaban a su destino, Lám se desvió para acercarse a uno de los enormes abetos gigantes de Seléin. La copa se elevaba más de cincuenta metros por encima de todos los demás árboles. Sus ramas proyectaban una inmensa



sombra y se mecía con orgullo bajo el viento vespertino. El Compañero puso su mano un instante sobre el tronco y después se agachó para escarbar en el suelo. Entonces le mostró a Elías una piedrecilla minúscula. «¿Crees que algún día crecerá hasta llegar al cielo?». Su amigo lo miró como si se hubiera vuelto loco. «Pues claro que no», respondió malhumorado. Lám entonces asintió y volvió a enterrar la piedrecilla. No obstante, unos minutos más tarde, cuando ya entraban al pueblo, se llevó la mano a un bolsillo y comenzó a revolver hasta que encontró parte de los restos de la piedra que había partido. Los contempló un instante y se los dio a su compañero. Elías se los quedó mirando con los ojos muy abiertos mientras su amigo lo dejaba atrás, porque en medio de ellos había varias piedrecillas muy parecidas a la que acababa de mostrarle antes —Alba miró a Eldwin y le guiñó un ojo—. De una de ellas asomaba un pequeño brote.

—Solo que no era una piedrecilla —dijo el niño—, ¡sino una semilla de abeto que había empezado a germinar!

Philippe se quedó un buen rato en silencio hasta que se encogió de hombros, con un hondo suspiro.

—No entiendo nada —dijo al fin.

—Lám colocó la semilla en un hueco de la piedra y alentó su crecimiento con la Voluntad —rezongó Isabell—. ¿Qué es lo que no entiendes? ¡La piedra se quebró desde dentro!

—Sí, eso me ha quedado claro pero ¿por qué?

—Para ganar la competición —respondió Eldwin con el ceño fruncido.

—Sí, pero ¿por qué? —insistió Philippe—. ¿Por qué no ayudó a su amigo a acabar con el troll? ¿Por qué no le metió la semilla por la nariz para que le brotara un geranio y le impidiera ver a su oponente?

—¡Porque no todo se arregla lanzando al aire las cosas o golpeándolas! —bufó Isabell.

—Dicen que Lám amaba a todas las criaturas del mundo. No soportaba el sufrimiento ni de las personas ni de los animales —explicó Alba con un tono mucho más dulce—. Sin duda habrían podido acabar con aquel troll entre los dos pero, ¿para qué? ¿Por qué segar la vida de una criatura tan sabia y antigua? ¿Qué ganarían haciendo desaparecer un fenómeno así?

Philippe la miró como si tratara de explicarle que su caballo era en realidad una rana. Sin embargo, aquella misma noche, cuando despertó a Marc para su turno de guardia le dijo:

—Estas gentes al final van a lograr que cambie mi modo de pensar.

A la mañana siguiente, mientras avanzaban hacia el Norte, Marc se adelantó para dirigirse a Barta.

—El camino que discurre al Este se desvía hacia nosotros más adelante —le dijo—. Creo que sería prudente dirigirnos más al Oeste. Es una zona algo más incómoda, pero también hay más repechos donde ocultarse.

—Esa era mi intención —afirmó Barta—. Pero antes aprovecharemos un poco más este terreno para cubrir unos buenos kilómetros.

—Hacia el Noroeste, por tanto —dijo Philippe, risueño entre un par de tortas de avena con miel—. Puede que, al final, nos demos un buen baño en las frías aguas del Mar de Ágarot.

Esa misma tarde encontraron un grupo de esos árboles achatados que los tahlianos llamaban *encorvados*. El discreto riachuelo que los regaba probablemente provenía de las últimas elevaciones de las Colinas Eternas, que ya habían dejado bastante al Sur.

—Estamos cerca de la baronía de Grenz. A partir de ahora debemos extremar nuestras precauciones y evitar cualquier contacto —dijo Barta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Isabell.

—Los señores de estas tierras suelen mantener una vigilancia férrea de sus fronteras. Pero, además, tienen fama de salvajes y sádicos, tanto con los enemigos como con sus súbditos. Es sabido que, cuando no quedan prisioneros en sus calabozos, cazan o torturan a sus propios hombres.

—Eso son rumores y bulos malintencionados —dijo Philippe, resoplando sonoramente—. Yo he estado infinidad de veces aquí y nunca he visto nada de eso. Además, el Imperio nunca consentiría una conducta como esa.

—Te aseguro que no son solo habladurías —insistió Barta—. Otra cosa bien distinta es que a vosotros no os mostraran su verdadero rostro. Los de Grenz han tenido que luchar muchas veces contra Ágarot y nunca han contado con el rápido apoyo que recibe habitualmente la baronía de Lautwass, ni los refuerzos de la legión que suelen patrullar los territorios potentados que median entre ambas. Se dice que el tiempo ha afilado su carácter y que solo les permiten sus excentricidades por lo tremendamente efectivos que son en combate.

—También es justo decir que Grenz carece del carácter amable de los de Lautwass. Y tampoco gozan de la apertura de miras que el contacto con Stromferst y el Camino Nuevo les ha dado a estos —apuntó Marc.

—Lo que es indudable es que son desconfiados y belicosos por naturaleza. Prefiero que me vean desde las almenas de Hÿnos, saludando con la mano, a que uno solo de los granjeros de Grenz me intuya a lo lejos —refunfuñó Barta—. En cuanto hayamos avanzado un poco más nos desviaremos al Noreste para pasar el Taimado en el punto en que la baronía se pierde entre los territorios potentados.

—Esos que la legión guarda, según acabas de decir —apuntó Marc.

—Sí, pero dos fuerzas con distinto comandante suelen tener problemas de comunicación. Ese será el resquicio por el que cruzaremos el río.

—¿Insinúas que el potentado al mando no tiene autoridad sobre las tropas que le confían? —preguntó Alba.

—¿La legión al mando de un potentado? Jamás verás algo así. Puede que formen juntos cuando pasen revista y que, de cara a los holgazanes del Sur, sean una maquinaria bien encajada, pero te aseguro que no es ese el modo en que se comportan.

—Los soldados de la legión son tremendamente orgullosos y no suelen tolerar ponerse a las órdenes de cualquiera —terció Philippe.

—Más de una vez me he preguntado qué pasaría con las distintas fuerzas del Imperio si, por un momento, el Emperador desapareciera —murmuró Barta.

—Y ¿a qué conclusión has llegado? —preguntó Isabell.

—Creo que acabarían por comerse unos a otros —respondió el explorador antes de alejarse un poco para otear los alrededores del bosquecillo.

Acamparon en esa zona cuando el sol estaba ya bajo y, mientras los demás se encargaban de los caballos y el campamento, Marc anunció que iba a buscar ramas para encender el fuego.

—Espera —dijo Alba—, te acompaño.

Ambos se alejaron unos metros del campamento y comenzaron a recoger ramillas de encorvados que el fuerte viento de Rock-Talhé había partido.

—Me gustó mucho el cuento que contaste ayer —dijo Marc.

—A Eldwin le encantan y es capaz de aprendérselos de memoria con escucharlos una sola vez —respondió Alba—. Los recuerda palabra por palabra y si en algún momento se te ocurre añadir una escena se da cuenta inmediatamente.

—Es una buena historia, en todo caso. Seguro que algún profesor encanecido podría haber hecho algún complicado análisis allá en el Monasterio. Astucia que vence a la fuerza; piedad cuando se podría acabar con la vida de una criatura. Esas cosas.

—Un estudio que mataría su magia y la fantasía infantil que lo impulsa —aseguró ella—. Gran parte del saber de las brujas ha ido pasando a través de generaciones en forma de historias. Muchas atesoran una gran parte de verdad. Y de información.

—¿Como el secreto de imitar la voz terrible de un troll? —preguntó Marc.

Alba dejó escapar su risa cantarina y se sonrojó.

—Anda, hazlo otra vez. Me resultó muy interesante —pidió él intentando mantenerse serio.

—*No podrías conseguirlo ni con toda la persuasión de los inquisidores* —dijo ella, con un gesto severo y modulando la voz como le pedía.

Marc soltó una carcajada y parte de las ramas se le cayeron.

—Seguro que no son muchos los que te han visto reír —dijo Alba—. Deberías hacerlo más. Es un gesto que te sienta muy bien.

—Tendrás que hablarme más a menudo en idioma troll —respondió él.

Ambos compartieron una larga mirada que pareció detener el tiempo en medio del ocaso de Rock-Talhé. Justo entonces, Eldwin llegó corriendo para enseñarles un enorme escarabajo que había encontrado con la ayuda de Peca y ambos se mostraron sorprendidos antes de acompañarlo hasta el campamento.

Avanzaron unos días más hasta que una mañana, mientras cabalgaban juntos, Philippe tomó a Eldwin y lo sentó sobre sus hombros.

—Mira, muchacho. Eso sí es el mar —dijo cuando Furioso ascendió un suave repecho.

Eldwin ahogó una exclamación de asombro y abrió mucho los ojos.

—¡Qué bonito! —dijo quedándose casi sin palabras por una vez.

—El Mar de Ágarot —dijo Barta, junto a ellos—. Sin duda el más incierto y desconocido de los tres que bañan las costas del Imperio.

A lo lejos, el azul de las aguas componía un contrapunto al terreno duro y seco que atravesaban. Los gritos de aves desconocidas para el niño eran traídos por una suave brisa que contenía el olor de la costa.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó el pequeño cuando se recuperó de la impresión.

—Eso nadie lo sabe —contestó Barta—. ¿Dónde acaban las Colinas Eternas o los Desiertos Prohibidos? Hoy en día no hay hombre capaz de responder a esas preguntas. Y si en algún momento de la historia de los hombres alguien lo ha sabido, es un conocimiento que se perdió hace mucho.

—Debemos movernos —dijo Marc de pronto, inquieto—. Aquí estamos demasiado expuestos.

—Solo es un momento, hermano —dijo Philippe—. Deja que el muchacho lo disfrute ¡vete a saber cuándo volveremos a tener una vista semejante!

—No, tiene razón —dijo Barta—. Debemos reanudar la marcha y comenzar a internarnos más hacia el Este.

Con reticencia, Philippe tiró de las riendas para seguirlo, pero dejó que el pequeño se mantuviera sobre sus hombros hasta un buen rato después de haber perdido de vista el mar.

La noche los encontró a la vera de uno de los escasos riachuelos de esa parte de Rock-Talhé. Los sauces les daban cobijo entre un dosel de ramas bajas mientras terminaban de asar en unos rescoldos los peces que había cazado Barta corriente arriba.

—¡Voy a construir un barco para ver qué hay más allá del mar! —decía Eldwin, todavía emocionado.

—Pero el agua está llena de peligros —respondió Philippe—. Dicen que solo hace falta alejarse cuatro o cinco metros de la orilla para tener un disgusto. Y, más allá, los seres que pueblan las profundidades son cada vez más grandes y peligrosos.

—¿Tú los has visto? —preguntó el niño con los ojos muy abiertos.

—Alguno, pero no demasiados, gracias a Thomenn. Uno de mis hermanos, en cambio, podría hablarte largo y tendido del tema.

Marc y Barta, a unos metros de allí, sonreían ante la escena mientras charlaban acerca de la geografía de Rock-Talhé y la ruta del día siguiente.

—Parece que tenemos un aprendiz de explorador —dijo Marc—. Como te descuides acabará por quitarte el puesto.

—No se puede negar que el mozo es despierto —respondió Barta sentándose con las piernas cruzadas y mirando hacia él con una sonrisa amable.

Eldwin seguía preguntando incansablemente a Philippe acerca de los mares e incluso parecía haber comenzado a diseñar un barco utilizando unas ramillas. El gigantón lo miraba con seriedad y respondía como si fuera un gran conocedor de la materia aunque, en ocasiones, sus palabras eran tan inverosímiles que hacían reír al niño.

—A propósito de explorador, alguien nos sigue, como bien sabes —comentó Barta con la misma naturalidad que si hablara del tiempo.

Marc lo miró a los ojos y, aunque su rostro no dejó traslucir ninguna emoción, sus gestos habían pasado a ser los mismos que cuando esperaba un ataque, o estaba a punto de realizarlo.

—No es que necesite que me lo confirmes, pero me gustaría saber cuánto tiempo hace de ello —añadió Barta.

—Desde que salimos de Robleviejo —dijo el inquisidor al fin.

—Entonces he tardado en darme cuenta, debo de estar haciéndome viejo. Me preguntaba cuando ibas sacar el tema.

—Lo cierto es que no pretendía hacerlo —respondió Marc visiblemente tenso—, pero te aseguro que no es algo de lo que debas preocuparte.

—Eso es más de lo que puedes pedirme. Sería demasiado incluso si viajáramos tú y yo solos, sin dos buenas amigas y un niño pequeño. Demasiado aunque no fueras un inquisidor.

Marc asintió, con la vista fija en el suelo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es mi trabajo —dijo Barta encogiéndose de hombros—. Una sombra por aquí, un ruido por allá... pero sobre todo por la certeza de que tú también lo percibías. Eso y que has estado andando mucho durante tus turnos de guardia.

Marc lo miró largamente antes de contestar.

—Eres sorprendente, amigo —dijo al fin—. Está claro que no soy tan diestro como tú en estas lides, pero tampoco me considero fácil de sorprender.

El explorador inclinó levemente la cabeza, respondiendo al cumplido, pero la expresión de su rostro no se suavizó ni un ápice.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó mirándolo fijamente.

—No puedo —respondió Marc, apesadumbrado—. De veras que no pero, si sirve de algo, te pediré que creas mis palabras: lo que has visto es un seguro de vida para todos nosotros. No puedo decir más, prometí hace mucho tiempo no hablar de esto con nadie. Ni siquiera Philippe lo sabe.

—¡Por el amor del Creador! —exclamó Barta tratando inmediatamente de contener su voz—. ¡Hace un mes entraste en la Catedral para causarle al Emperador el mayor ridículo de su vida! Has sufrido a manos de un maestro torturador durante días; has matado a tu superior para proteger a una bruja. ¡Quiero creer en ti, Marc, Liam sabe que quiero! ¿No me ayudarás a hacerlo?

Por toda respuesta, Marc agachó la cabeza.

El viento pasó, dirigiéndose apresurado hacia el Este, antes de que Barta chasqueara la lengua, sin apartar la vista de él.

—Los hombres no se mueven así —dijo Barta.

—No, en efecto no.

—Los animales tampoco.

Marc apretó los dientes y se pasó una mano por la barbilla.

Casi estaba a punto de contestar cuando sonó un cuerno.

—¿Es eso una llamada de caza?

—Sí —respondió Barta levantándose inmediatamente—. Caza de brujas.

—¿Habéis oído eso? —gritó Philippe desde más allá, mientras pisoteaba la fogata y echaba tierra por encima—. ¡Debemos marcharnos ahora mismo!

Alba comenzó a empacar las cosas con rapidez e Isabell tomó a Soto del collar hablándole a la oreja para que no ladrara. En medio del frenesí, Barta seguía inmóvil, mirando fijamente a Marc con indecisión en los ojos.

—Si se lo pidiera, Isabell te fulminaría antes de que pudieras mover un dedo —susurró.

El inquisidor le sostuvo la mirada sin responder.

—¿Qué hacemos? —preguntó en ese momento Philippe, llegando hasta ellos con Eldwin ya montado sobre Furioso—. Quizá debiéramos abandonar esta ruta, sería malo que nos arrinconaran contra el mar.

—En efecto. Debemos ir al Este siguiendo el bosquecillo hasta donde nos lleve —respondió el explorador con naturalidad, pero sus ojos seguían llenos de duda y desconfianza.

—Vosotros id en esa dirección —dijo de pronto Marc, montando sobre Naffir de un salto—. Yo los despistaré. Nos reuniremos más tarde.

—Voy contigo —respondió inmediatamente Philippe.

—No —contestó Marc—. Puede que haya más patrullas y serías más necesario con ellos.

—Es ahora cuando hay que luchar. Voy contigo —insistió él.

—Naffir es mucho más rápido que Furioso —dijo Barta de pronto—. Puede tratar de despistarlos en la noche.

El inquisidor lo miró con sorpresa y le dedicó un gesto de gratitud.

—Marc, si vas tú solo te atraparán —insistió una vez más Philippe, pese a que ya estaba volviendo grupas.

—No lo harán, confía en mí —respondió Marc con más optimismo del que sentía realmente.

Barta abrió la marcha, conduciéndolos con seguridad hacia el Este a través del bosquecillo. En cuanto lo dejaron atrás se lanzaron al galope, huyendo de los sonidos que percibían a lo lejos. La luna se había ocultado tras las nubes y, por dos veces, les pareció percibir el brillo distante de unas antorchas en medio de la oscuridad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eldwin cuando frenaron un poco la marcha para permitir que los caballos se recuperaran.

—Son unos señores muy feos que quieren llegar hasta nosotros —respondió Philippe con tono alegre, restándole importancia—. Son tan malolientes que no podemos dejar que se acerquen demasiado —añadió con una carcajada.

Pese a la chanza, el pequeño no dio muestras de que su preocupación disminuyera.

—Espero que no haya hombres como ese del hábito oscuro.

—¡No te preocupes por eso! —respondió Philippe disimulando un escalofrío—. Están muy lejos de aquí.

—¿Seguro? A lo mejor deberíamos volver a galopar.

—No podemos hacerlo, Eldwin. Los caballos están cansados y en medio de la oscuridad podrían dar una mala pisada y lastimarse una pata.

—¡Callad! —siseó Barta en ese momento, aguzando el oído. Luego desmontó para pegar la oreja a suelo—. Alguien viene desde esa dirección —dijo señalando al Este.

—No veo nada en medio de esta oscuridad —respondió Isabell.

Alba estaba en silencio, pero Philippe sabía que la alforja en la que ocultaba una de sus manos era aquella en la que solía llevar el pellejo de piel en el que dibujaba cada noche.

—Se oyen cascos de caballos —insistió Barta—. Se acercan. ¡Tenemos que marcharnos!

Pero antes de que pudieran reaccionar, vieron a dos jinetes que llegaban a galope tendido en su dirección.

—Me parece distinguir la librea de Grenz. Pero no vienen directamente hacia nosotros —murmuró Philippe, que ya tenía su martillo en la mano.

Barta, con una flecha en el arco, estrechó los párpados para ver mejor hasta que comenzó a bajar su arma.

—No lo entiendo. Nos tienen que haber visto, igual que nosotros a ellos.

Solo cuando estaban a unos metros pudieron percibir las grotescas salpicaduras de sangre y las muecas de terror que traían. También se dieron cuenta de que, camuflado entre el ruido y el polvo, había otro jinete que los iba siguiendo. Apenas habían pasado ante ellos cuando este último llevó la mano hacia atrás y lanzó algo. Uno de los perseguidos cayó al suelo sin un grito siquiera y su caballo huyó en otra dirección, totalmente desbocado. Entonces, con una facilidad sorprendente, el corcel bayo aceleró hasta alcanzar al otro. Aunque en esos momentos ya estaban demasiado lejos para verlos, oyeron un par de golpes de metal y luego nada.

Marc no tardó en volver, respirando agitadamente y manchado con sangre que no parecía suya. En las manos llevaba un par de alforjas de piel que tenían la espada imperial grabada a fuego.

—Era solo una patrulla de reconocimiento, pero sin duda los echarán en falta —dijo jadeando mientras se llevaba la mano a las costillas—. Es cuestión de tiempo que den con sus cuerpos o los signos que hemos dejado a lo largo de varios kilómetros.

—Entonces no podemos retrasarnos escondiéndolos —dijo Philippe—, mejor marchémonos cuanto antes.

—Esto son las provisiones y el dinero que llevaban esos dos. Dudo que debamos volver atrás para rebuscar en los otros cuerpos.

—No, ahora es momento de moverse con rapidez —dijo Barta—. Seguidme en silencio, procuremos no hacer ruido.

Sin embargo, en cuanto reanudaron la marcha Marc se adelantó con Naffir hasta llegar a su lado.

—¿Por qué no les dijiste nada? —susurró indicándole que tomaran unos metros de distancia.

—¿Para qué? —respondió él, molesto—. ¿Para sembrar dudas e indecisión en un momento en que lo único que debíamos hacer era correr?

Marc asintió lentamente.

—Te lo agradezco. Entonces ¿me crees ahora?

—¡No creeré a un inquisidor! Al menos hasta que me asegure de lo que te traes entre manos —siseó con una mirada furiosa que resultaba extraña en su, generalmente, afable rostro—. Ya te lo he dicho. Somos desconfiados por naturaleza. Es lo único que nos ha mantenido vivos tantos siglos. No puedes esperar que guarde un secreto como ese. Solo estoy intentando decidir si lo mejor es clavarte una flecha por la espalda en medio de la oscuridad o dejar que las brujas se encarguen de ti —añadió azuzando un poco más a su caballo para poner distancia entre ambos.

Marc bajó la cabeza y masculló una maldición. Después le hincó los talones a Naffir para volver a acercarse a él.



—Escúchame bien y prométeme que no hablarás de esto con nadie. Como has dicho no es momento de discusiones, pero es cierto que te estoy pidiendo demasiado —dijo mirándole directamente a los ojos—. Te voy a contar algo que solo sabemos ella y yo. Cuando llegue el momento se lo diré a los demás, pero por ahora dejémoslo entre nosotros.

A medida que Marc hablaba, el rostro de Barta se iba poniendo lívido. Cuando terminó, el explorador solo asintió, pero mantuvo una mueca espantada durante toda la noche.

Avanzaron al trote sin dormir ni descansar apenas durante dos jornadas. Al anochecer de la tercera, pese a estar exhaustos, oyeron de nuevo los cuernos. Barta desanduvo el camino mientras los demás seguían adelante, pero volvió enseguida galopando.

—Un árbitro con una cohorte de veinte hombres. Avanzan rápidamente siguiendo el rastro que han encontrado sus sabuesos. Es cuestión de minutos que nos alcancen —añadió apretando los dientes.

—No es culpa tuya —dijo Alba—. Nos has guiado bien.

—No demasiado bien, por lo que parece —masculló él.

—Debemos alejarnos de aquí cuanto antes —dijo Marc situándose a la cabeza del grupo e iniciando la marcha hacia el Norte—. Ya habrá tiempo más adelante para decidir exactamente nuestra ruta.

—Quizá podríamos volver hacia las Colinas Eternas —dijo Isabell—. Todavía podemos alcanzar sus estribaciones y perderlos entre ellas.

—¡No debemos ir allí! —contestó inmediatamente Philippe—. Sin duda serían un buen sitio para esconderse, pero arriesgarnos por sus traicioneros pasos podría ser peor que esto. Allí hay peligros que no oiríamos llegar, a diferencia de estas patrullas.

—Además, los caballos tendrían que ir al paso y nuestro avance sería demasiado lento. El escondite se convertiría en una trampa —añadió Marc.

La intensa mirada del gigantón, más que sus propias palabras, pareció bastar para convencer a la bruja.

—Tampoco parece buena idea volver al Sur —dijo Alba—. A estas alturas media Seléin nos estará buscando y sería una estupidez perder todo lo avanzado.

—No os dais cuenta de algo —dijo Barta, que se había mantenido callado hasta entonces—. Si llevan cuernos de caza es para comunicarse con alguien. Evidentemente no los hacen sonar para mantenernos informados a nosotros. La patrulla con la que nos topamos debía de estar asociada con otras.

Hubo un instante en que todos se miraron con los ojos muy abiertos. Al momento siguiente, sin que nadie dijera nada, iniciaron un galope contenido intentando despistar y alejarse al máximo de sus perseguidores.

Aprovecharon cada regato y cada zona de vegetación; se internaron en los pequeños bosquecillos de encorvados tratando de dejar un rastro irregular y ocultarse tanto como fuera posible. Sin embargo, cuando ya era noche cerrada, volvieron a oír los cuernos, esta vez más cerca y de dos fuentes distintas.

—Maldición, nos están rodeando —masculló Philippe—. ¡Que Gillean los lleve!

—¡Nos van a atrapar! —exclamó Isabell abrazando angustiada a Eldwin.

El pequeño miraba a todas partes aterrorizado.

—Intentan acorralarnos contra aquella esfera de piedra —dijo Barta, señalando una de las más grandes que habían visto—. Si nuestros caballos estuvieran frescos podríamos intentar rodearla y despistarlos rumbo este aprovechando un bosquecillo que hay más allá —añadió el explorador—, pero en estas condiciones es imposible.

—No nos rendiremos ahora —aseguró Marc apretando los dientes.

Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, las antorchas de uno de los grupos perseguidores iban quedando a la vista con más frecuencia. Las llamadas de otro sonaban también cerca, cerrándoles el paso y empujándolos poco a poco hacia la esfera.

—¡Por aquí! —gritó de repente Marc, tirando de las riendas de Naffir.

Los caballos resoplaron por la brusquedad del giro y el esfuerzo que les estaban exigiendo. Tenían los ollares agrandados y los ojos casi fuera de las órbitas por la tensión que percibían, pero siguieron avanzando obstinadamente.

La pequeña garganta por la que se internaron quedaba al Oeste de la esfera, lo que les permitió perder de vista a sus perseguidores por unos momentos.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Alba al comprobar que la zona a la que llegaban era demasiado frondosa para seguir galopando.

Los encorvados, mucho más abundantes a medida que habían ido ascendiendo al Norte, se mezclaban con espesos matorrales que hacían imposible mantener la velocidad.

—¿Ahora? —preguntó Marc a su vez—. Ahora haremos aquello para lo que el Imperio nos adiestró.

Aun en medio de la huida, cansados y doloridos tras jornadas sin apenas descanso, la luna tuvo a bien asomarse entre las nubes e iluminar el rostro del inquisidor. La cicatriz resplandecía casi tanto como las ascuas que se adivinaban en sus ojos. No había allí más que decisión y una especie de impaciencia que asustaron a Alba mucho más que otras veces.

Lo primero que vieron los soldados que iban en cabeza fue a un gigante de aspecto apacible. Estaba montado en un corcel enorme y llevaba un hacha de dos filos en una mano y un martillo en la otra. Sus brazos desnudos daban la impresión de

estar hinchados más allá de lo que podía ser normal en un hombre. Alzaba las armas con la misma facilidad con que un muchacho sostendría sus juguetes y en su mirada no había ni rastro de miedo, solo una sonrisa.

Junto a él, un arquero de cuerpo enjuto los observaba con mirada grave pero tranquila. Por detrás, una mujer pelirroja protegía a otra que abrazaba a un niño. El pequeño temblaba de miedo y los miraba con los ojos muy abiertos.

Los sabuesos que traían los perseguidores ladraban frenéticamente al ver tan cerca a sus presas; el perro que permanecía al lado de las mujeres, en cambio, no emitía más que un profundo gruñido mientras enseñaba los dientes. Delante del pequeño, una gata enorme bufaba con el lomo erizado.

Todo aquello lo percibieron los soldados de un solo vistazo, sin detener su cabalgada. Por eso no se percataron de la presencia de Marc hasta que disparó su ballesta y saltó desde uno de los árboles que había junto a la senda.

Dos hombres cayeron antes de que él consiguiera hacerse con una de sus monturas y los demás se dieran la vuelta para defenderse. Philippe aprovechó la confusión para cargar, lanzando por los aires a un par de sabuesos antes de volver a alzar sus armas. Furioso, en medio del estruendo del galope, aplastó a otros dos sin cambiar siquiera el paso.

Los inquisidores acabaron con dos soldados más antes de que el árbitro Bernard llegara hasta ellos. El quileño, ya entrado en años, era un personaje tan famoso por sus ambiciones políticas que había pocos en la Orden que no hubieran hablado mal de él en alguna ocasión.

—¡Alto ahí, prófugos de la autoridad Imperial! —proclamó con una voz cargada de arrogancia—. Deponed vuestras armas y se os llevará a juicio. Y vosotras, brujas, tendeos boca abajo y no pronunciéis sonido alguno si queréis vivir para ver salir el sol —ordenó con una petulancia fuera de lugar.

Justo en ese momento Naffir surgió, aparentemente desbocado, de entre los árboles de la izquierda, haciendo que varios caballos se asustaran y comenzaran a caracolear con violencia. Mientras los cuellos se giraban hacia él, Marc clavó los talones y se precipitó sobre Bernard.

Antes de alcanzarlo degolló a un soldado y usó su escudo para propinarle un fuerte golpe a otro en el cuello, como habría hecho con su antigua rodela. No obstante, las aspiraciones del árbitro no parecían haber mermado su capacidad, pues se defendió ágilmente y ambos quedaron trabados en un reñido combate.

Por detrás de él, Philippe había acabado con sus oponentes y se lanzó de nuevo a la carga hacia los hombres que seguían llegando, mientras enarbolaba el hacha por encima de la cabeza y daba martillazos a diestra y siniestra. La embestida descabalgó a varios hombres, los más afortunados. El resto tuvo que lidiar con sus armas, que oscilaban con la rapidez de un molino fuera de control.

Marc, enzarzado con Bernard, esquivaba con apuros las acometidas de otros dos soldados, al menos hasta que las flechas de Barta comenzaron a surcar el aire.

El explorador mató a cuatro soldados antes de errar un tiro. Como respuesta a su pericia, varios caballos se encabritaron súbitamente, arrojando a sus jinetes al suelo antes de emprenderla a coces con ellos. Al mismo tiempo, dos de los hombres del árbitro notaron que la nariz les sangraba sin motivo y perdieron el conocimiento. Antes de que las Voluntades de Isabell y Alba se replegaran, todavía enturbiaron la vista de unos cuantos soldados más, que cayeron bajo las inquietas armas de los inquisidores.

Tal era la furia con que luchaban que, cuando Marc consiguió golpear a Bernard con el escudo y descabalarlo con la nariz destrozada, casi pensaron que podrían escapar. Pero entonces, entre los gritos agónicos y los bufidos de esfuerzo, se impuso el ruido de cascos. Luego Gaulton alzó la voz y Marc comprendió que la situación era mucho peor de lo que habían supuesto.

Al volver la vista vio que su antiguo hermano comandaba a un árbitro y una cohorte de más hombres de los que podía contar de un vistazo. Acababa de hacer caer a Isabell de un fuerte golpe y mantenía su cuchillo en el cuello de Alba. Incluso Barta estaba en el suelo, sujetándose una mancha brillante que se extendía por su vientre. Marc también reconoció el antiguo sable de Gaulton sobresaliendo del cuerpo de Soto. Junto a él, uno de los soldados mantenía a Eldwin inmóvil entre sus brazos.

A su alrededor, y también por donde el árbitro Bernard se ponía trabajosamente en pie, iban llegando más antorchas cuyos portadores lucían el escudo de Grenz. A lo lejos se oían cuernos de caza y jinetes que se acercaban.

—Nos habéis dado mucho trabajo —dijo Gaulton con una sonrisa en la que iban creciendo el orgullo por la victoria y el odio que sentía por él. Su rostro, no obstante, estaba demacrado y surcado por profundas ojeras—. He tenido que cruzar el Imperio al galope para llegar hasta aquí desde Quiles. Pero ¿cómo se te ocurrió semejante barbaridad? Abadía está ahora plagada de muertos por tu culpa.

—Deberíais preocuparos entonces de no perder la primera provincia —contestó Marc sin bajar su arma.

Su hermano lo miró con tal rabia que, por un instante, pareció que fuera a olvidarse de la bruja y cargar contra él.

—Qué lejos quedan esos tiempos en los que todavía sentíamos algo de respeto por ti —dijo finalmente, apretando un poco más el cuchillo sobre la garganta de Alba—. Hoy, en cambio, casi daría gracias si intentaras resistirte.

Con desgana, como si no fuera más que un objeto, le propinó a Isabell un taconazo en la sien y luego le escupió.

—¡Te juro, maldito vómito de un troll enfermo, que te estrangularé con mis propias manos! —bramó Philippe, con el rostro congestionado por la ira—. Y después te untaré con miel para que te devoren las moscas de Uruth.

—Claro que te gustaría, vaca sebosa —respondió Gaulton con una mueca despectiva— pero ese momento no llegará. Sinceramente, me estoy planteando

mataros a los dos ahora mismo y soportar el castigo de nuestro Señor. Claro que sería una descortesía, está muy interesado en vosotros, sobre todo en ti, Marc.

—Sí, ya me dijeron que te lo hizo saber en el salón del trono —respondió él—. ¿Te costó mucho levantarte?

El rostro de Gaulton se puso rojo y la mandíbula empezó a temblar.

—Te aseguro que cuando el Emperador acabe contigo estaré allí. Y reza para no seguir vivo, porque te destrozaré palmo a palmo —dijo apretando un poco la hoja que mantenía sobre la bruja, dejando que se escapara un leve hilillo escarlata.

Marc apretó los dientes y dejó caer las armas. Philippe lo imitó instantes después, con algo más de reticencia. Rápidamente, los hombres de Gaulton se adelantaron para cargarlos de cadenas, aunque se cuidaron mucho de no encontrarse con los brazos del gigante, que seguía gesticulando con amplitud.

—¡Eres un ser despreciable! —le gritaba a su antiguo hermano—. La envidia te corroe desde hace años porque eres un mediocre y lo sabes. ¡Nunca llegarás a ser ni la mitad de hombre que nosotros!

Gaulton, incapaz de contenerse más, se adelantó hecho una furia y le cruzó la cara de un fuerte puñetazo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Philippe, riendo con fiereza—. Creo que una mosca se ha posado en mi cara.

Su antiguo hermano enseñó los dientes y le propinó un revés con la otra mano.

—¡Ese me ha hecho cosquillas! ¿Alguien ha visto pasar un hada de Seléin, vestida con sedas transparentes? —le preguntó directamente a los hombres de la cohorte.

—¡Maldito idiota! ¡No eres más que un bufón sin cerebro! —estalló Gaulton propinándole un puñetazo tras otro.

Cuando se detuvo, el rostro de Philippe estaba cubierto de cortes y sangre.

—¿Esto es todo lo que tienes? —preguntó el gigantón sin que su voz hubiera perdido un ápice de energía—. ¿Qué te ha pasado Gaulton? ¿Te has vuelto un blandengue de tanto cortejar cabras? Eres un niño flojo y asustado. ¿O es que acaso no me ves bien con esa vista de águila tuya?

Gaulton desenfundó una daga y, tras un interminable instante de duda, lo golpeó con el pomo haciendo que perdiera el conocimiento.

—Es fácil luchar con enemigos encadenados ¿no es cierto? —preguntó Marc en un susurro.

La piel de la cicatriz lanzó un destello a la luz de la luna y, por un instante, la incertidumbre se atisbó en el rostro de Gaulton, tal era el cambio que se había obrado en la mirada de su antiguo compañero. No era tanto el aplomo que mostraba, sino que no se parecía en nada al hombre que conoció. Daba la impresión de que, de los años que había pasado en el Monasterio, solo quedaba el recuerdo.

—Siempre fuiste el niño mimado allí dentro —dijo al fin, fingiendo indiferencia—. El más listo, el más valorado, pero mírate ahora. No eres más que un despojo. Y,

dentro de poco, ninguno de los dos seréis eso siquiera, traidores.

Sin embargo, mientras los hombres de la cohorte se los llevaban, Gaulton tuvo que reprimir un escalofrío al comprobar que los ojos de Marc no se desviaban un instante de él. No era la mirada de un hombre que se siente preso, sino la de un verdugo.

Ese día el frío arreciaba en todo el Imperio y, en la desnuda Rock-Talhé, campaba con total libertad. Los compañeros se habían apretujado tanto como podían, con las dos mujeres y Eldwin en el centro, tratando de protegerse del viento helado. Pese a todo, sus captores no les dieron nada con que abrigarse.

Barta y las brujas estaban amordazados y les habían atado tan salvajemente las manos a la espalda que tenían las muñecas en carne viva. A los inquisidores, en cambio, los habían inmovilizado con una especie de guanteletes con forma de mitón. Estos estaban anclados con gruesas cadenas al arnés de hierro que les cruzaba el pecho, lo que apenas les permitía moverse. Incluso Eldwin tenía las muñecas enlazadas y todos estaban atados a las argollas de un grueso poste que habían clavado al suelo.

Philippe había estado vociferando durante un buen rato después de despertarse. Marc, en cambio, se mantenía totalmente en silencio, con la vista puesta en algún punto muy lejano.

Mientras permanecían allí, habían llegado otras dos cohortes. Aunque no pudieron reconocer a los árbitros que las comandaban, comprobaron que traían aproximadamente veinte hombres más cada uno. Tanto se había ido poblando el terreno a su alrededor, que casi parecía un pequeño campamento de guerra: unos cuantos soldados habían hecho un redil para los caballos con unas estacas y cuerda; otros encendieron una gran hoguera en la que preparaban algo de carne y no eran pocos los que se dedicaban a enterrar a los muertos.

Sin embargo, lo que más había llamado la atención de Marc era la extensión cubierta de esterillas de un extremo. Allí habían ido colocando a un número de heridos muy superior al que el inquisidor se habría atrevido a calcular mientras peleaban, apenas hacía una hora. De esa zona se escapaban lamentos y gemidos de dolor, mientras dos sanadores iban pasando de un soldado a otro tratando de cortar hemorragias, colocando fracturas o extrayendo puntas de flecha.

Gaulton permanecía siempre atento a ellos mientras iba de acá para allá, supervisándolo todo.

—Descansad bien —dijo una de las veces que se les acercó—. Mañana marcharemos a Hÿnos, donde nos espera tu padre con impaciencia.

Philippe bramó con estruendo, insultándolo de formas notablemente imaginativas, pero Marc ni siquiera abrió la boca.

—¿No dices nada? —preguntó Gaulton sin hacer caso al pelirrojo—. Mejor, un traidor no puede pronunciar más que insidias.

Bernard también se acercó a verlos, con la nariz oculta tras un grueso apósito de algodón. Estaba furioso y no dudó en golpearlos. Llevaba una capa más indicada para una audiencia que para los rigores de la persecución campo a través. Unos días atrás, su barba seguramente presentara unos perfiles complicados y muy trabajados. En esos momentos, no obstante, el aspecto en conjunto era ciertamente cómico.

Había quien afirmaba que su meta era obtener una baronía, o al menos un territorio potentado en las agradables tierras de Louissant y envejecer cuidado por muchas sirvientas. Sin embargo, a simple vista se veía a un hombre fibroso, seguro de sí mismo y, por encima de lo demás, arrogante. Quizá por ese motivo cayó de pleno en la trampa de Philippe.

—Bernard, ¿nunca te han dicho que eres un alfeñique viejo y feo? Deberías agradecer a mi hermano el golpe que te dio ¡seguramente te deje más atractivo! —añadió escupiéndole un salivazo teñido de rojo.

Bernard se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle en la cara pero, en cuanto se acercó lo suficiente, Philippe se estiró de golpe con una rapidez endiablada. Sus botas acabaron en la rodilla del árbitro, que se dobló hacia atrás con un terrible crujido.

Rápidamente los hombres que lo acompañaban se lanzaron sobre el inquisidor, golpeándolo inmisericordemente y apartando a su señor de él, pero Philippe solo reía, pese a tener los dientes teñidos de rojo.

Bernard estuvo gritando un buen rato mientras los sanadores lo atendían con miradas preocupadas. Su voz se convirtió en un chillido agudo cuando comenzaron a colocarle los huesos para poder entablillar la pierna.

—Ese ha estado demasiado tiempo fuera del Monasterio —comentó Philippe a los hombres que los custodiaban, sonriente aun con la cara llena de sangre—. ¡No ha sido más que una caricia!

La mirada de Gaulton, bastante más allá, destilaba un odio tan intenso que casi se podía acariciar.

Algo más tarde fueron a verlos otros dos árbitros, acompañados por los jefes de sus cohortes. Hubo quien no se resistió a escupir sobre los traidores, pero tuvieron mucho cuidado de no acercarse más de lo necesario.

—Tiene una fuerza sobrehumana —escuchó Marc a un soldado que creía estar a suficiente distancia—. Le ha destrozado la pierna al árbitro de una patada, ¡pese a estar cubierto de cadenas!

—Pues dicen que a uno de los que iban con el inquisidor tuerto lo partió por la mitad de un golpe con el hacha —contestó el que estaba con él.

Al menos diez guardias los custodiaban en todo momento, si bien su actitud había ido cambiando de un temor vigilante a una lascivia mal disimulada hacia las dos

jóvenes.

—Hemos pasado mucho tiempo rastreando el campo en su busca y las necesidades de un hombre deberían ser satisfechas, sobre todo en la victoria —dijo uno de ellos en un momento dado.

Algunos de sus compañeros le dieron la razón pero otro se apresuró a decir:

—Ya sabes que el inquisidor ha dicho que no los toquemos.

—Ah, pero no se enterará, acaba de meterse en la tienda que le han montado —dijo acercándose a Alba—. Dicen que cabalgó durante una semana seguida sin dormir.

—Eso es imposible —dijo otro.

—¿Seguro? Con estos tipos nunca se sabe, pero no creo que vaya a interrumpirnos.

Su rostro joven, graso y con una barba rala de aspecto sucio, parecía dispuesto a mostrar la faceta más desagradable de la lujuria.

Cuando ya se acercaba a la bruja, Marc alzó lentamente la cabeza, clavando en él sus ojos claros. La cicatriz hacía pensar al que lo miraba que la ceja izquierda siempre se mantenía ligeramente alzada, en una mueca audaz. Sin embargo, era algo violento y oscuro lo que transmitía una inquietud insoportable en la Voluntad que se desplegaba a su alrededor.

Por lo que pudiera pasar, Philippe se giró un poco hacia Eldwin, tratando de colocarse ante el niño para que no pudiera verlo. El soldado, empero, se detuvo ante la mirada de Marc, como si ya no estuviera tan seguro de sí mismo.

El inquisidor lo miraba fijamente y, aunque no pronunció ninguna palabra, la promesa de peligro y dolor era tan palpable que acercarse parecía una insensatez. El hombre tragó saliva involuntariamente, carraspeó y luego se dio la vuelta, pensándose mejor. Marc lo siguió con la vista de un modo que le provocó escalofríos.

Un buen rato después Eldwin se volvió hacia Philippe.

—¿Se va a poner bien Barta? —preguntó con una temblorosa vocecilla.

El explorador estaba atado junto a ellos, pero daba la impresión de que la herida de su vientre, que no habían permitido que nadie tratara, seguía abierta. Hacía ya un buen rato que la piel se le había vuelto pálida y había acabado por desvanecerse.

—Claro que sí —contestó Philippe tratando de que su voz sonara optimista—, solo está echando una cabezada.

—¿Seguro? —preguntó Eldwin con una esperanza que parecía a punto de quebrarse—. ¿Y Soto?

—¡Eh, tú, enano! O te callas o te cierro la boca —gritó uno de los guardias.

—No debe resultarte difícil amenazar a un niño tan pequeño ¿verdad? —le espetó Philippe con una sonrisa peligrosa.

—Escúchame, traidor despreciable, estaré encantado de seguir dándote golpes hasta que no te reconozcan ni tus antiguos hermanos. Pero lo haré de lejos, con mi



lanza, así que no me hagas enfadar.

—Una vez agarré a un hombre por la cabeza —dijo Philippe, echándose hacia adelante y susurrando, para que Eldwin no lo oyera—. Después, le puse un pie en el pecho y tiré con fuerza. Me resultó más fácil de lo que esperaba arrancarle la cabeza de cuajo.

El guardia lo miró un instante con la duda reflejada en el rostro y un ligero temor comenzó a extenderse por él. Sin embargo, en ese momento los caballos comenzaron a relinchar con fuerza, se oyeron varios gritos y, súbitamente, los animales salieron en estampida.

—Prepárate —le dijo Marc a Philippe, que lo miró estupefacto sin entender nada.

Los hombres se hicieron rápidamente a las armas y, un poco más allá, Gaulton salió de su tienda y comenzó a dar órdenes. A la vez, el gesto del guardia que estaba ante Philippe cambió radicalmente para mostrar una gran turbación. Al menos durante el tiempo que la cabeza estuvo en el aire cuando unas garras se la separaron del cuerpo. Después, cayó de bruces al fango.

Un ser que se movía demasiado rápido para percibirlo con claridad en medio de la noche rompió las cadenas de Marc y arrojó unos gruesos fardos tras él. Luego se marchó, sembrando la muerte a su paso.

Sin perder un instante, el inquisidor se zafó de los mitones de hierro que le cubrían las manos y los arrojó contra los guardias. Todavía sorprendidos y asustados por la muerte que se movía entre ellos, no acertaron a contener su ataque. Tampoco pudieron evitar que les arrebatara una espada y atravesara al que había intentado violentar a Alba. Después, con un contundente giro del arma rompió la cadena que mantenía atrapado a Philippe, que comenzó a liberar a los demás.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó con una expresión de alarma que resultaba extraña en su rostro.

—No hay tiempo —contestó Marc tratando de contener a los soldados, que empezaban a reaccionar—. ¡Coged nuestras cosas y corred hacia aquel montículo!

A la vez que decía eso, Gaulton intentaba llegar hasta ellos, pero en el campamento todo era confusión. Se oían gritos por todas partes y los hombres señalaban hacia la oscuridad, allí donde creían haber visto a los atacantes. El ampuloso pabellón que había levantado uno de los árbitros estaba en llamas; los caballos corrían desbocados sin que nadie pudiera detenerlos; los heridos se retorcían en el suelo y, por doquier, había más soldados que tropezaban o morían incluso antes de ver al enemigo.

Junto a Marc, Barta trató de sobreponerse al dolor y tomó su arco y la aljaba de entre los fardos que habían caído a su lado; Philippe había conseguido liberar a las mujeres y al niño y en esos momentos ya ayudaba a Marc a rechazar a los soldados que se les echaban encima; Alba susurraba algo con gesto apremiante a Isabell mientras esta abrazaba a Eldwin.

Poco a poco comenzaron a retirarse en dirección a la loma que había señalado Marc mientras luchaban a brazo partido. Tras los inquisidores, las flechas de Barta empezaron a silbar hacia los soldados que corrían hacia ellos y, de vez en cuando, alguno tropezaba inexplicablemente o sacudía la cabeza como si tuviera un molesto insecto zumbando dentro de los oídos.

—Tienes que hacerlo —le decía Alba a Isabell—. ¡Tienes que hacerlo ahora, la vida de Eldwin es más importante!

Pero, por toda respuesta, Isabell permanecía obstinadamente en silencio, con la cabeza baja y rodeando al niño con sus brazos.

Apenas habían avanzado unos metros cuando Philippe se tomó un instante de respiro para llevarse dos dedos a los labios y silbar. A lo lejos se oyó el inconfundible relincho de Furioso.

—Que Thomenn bendiga a ese Jonás y a todos sus animales.

—Aun así no será suficiente —respondió Marc esquivando por poco una lanzada—. Se nos está echando encima todo el campamento.

No había acabado de decir esas palabras cuando Philippe se dio cuenta de que el cabello de su hermano, todavía no tan largo como antes, se agitaba levemente, como si estuviera bajo el agua. Extrañado, atravesó el jubón tachonado de un hombre y miró hacia la hierba más alta para comprobar que el viento apenas soplaba. Pero, cuando volvió un instante la vista, vio que Alba estaba plantada de pie, poco más allá de él, con los ojos en blanco y sosteniendo el pellejo de piel por encima de la cabeza. A su alrededor crecían unas oleadas de Voluntad tan potentes que casi resultaban audibles.

Con un movimiento seco, la bruja bajó la mano y estrelló el pedazo de piel contra el suelo. Hubo un fogonazo, un instante de silencio y luego el sonido atronador de una onda luminosa de pura fuerza que se extendía en un arco creciente hacia adelante.

La luz atravesó las líneas enemigas derribando a los hombres del mismo modo que un enérgico soplo inclina y luego extingue la llama de una vela.

—¡Corred! —dijo Alba entonces, apoyándose en Isabell para mantenerse en pie—. El hechizo estaba pensado para afectar a unos cuantos hombres. No será tan efectivo contra tantos.

Sin embargo, la mayoría de los soldados estaban en el suelo. Algunos vomitaban arrodillados y otros, quizá los más fuertes, se mantenían en pie, aunque visiblemente aturdidos. En el extremo más alejado seguían oyéndose gritos de dolor y de lucha en medio de la oscuridad.

—Vaya con la bruja —murmuró Philippe antes de silbar de nuevo y pasarse la mano por la cara, todavía ensangrentada por los golpes.

Corrieron tanto como sus heridas y las fuerzas les permitieron, pero la tregua no duró apenas. De repente, un árbitro al que ni siquiera conocían y dos de sus hombres surgieron de entre la maleza. Al momento, Marc y Philippe corrieron para proteger a las brujas y volvió a desatarse un tremendo combate, pues sus oponentes eran diestros

y sabían aprovechar la ventaja. Uno de ellos basculaba constantemente entre los dos inquisidores, de suerte que ninguno conseguía hacerse con la iniciativa.

De forma inevitable, los soldados comenzaron a acercarse de nuevo desde la dirección que antes defendían. A lo lejos vieron que Gaulton también corría hacia ellos.

—Isabell, escúchame —dijo Alba todavía apoyada en su compañera—, si no lo haces no lograremos escapar. Atraparán a Eldwin y todo estará perdido.

—No puedo —respondió ella, aunque en su mirada comenzaba a aparecer la resignación.

—¡Disparad con los arcos! —gritó en ese momento Gaulton, todavía lejos—. ¡Matadlos a todos menos al niño y al inquisidor rubio!

Al momento los tiradores más diestros se colocaron en posición y dispararon varias flechas.

Philippe masculló un exabrupto cuando sintió que una se le clavaba en el costado pero, con un gesto despreocupado, partió el astil y siguió luchando. A Alba, por el contrario, le acertaron en una pierna y cayó al suelo, aunque sacó fuerzas para tomar un rama y levantarse usándola como muleta.

Barta tiró su arco, agotadas ya las flechas, y contempló un instante la multitud de soldados que se precipitaban sobre ellos. Se dio la vuelta para mirar hacia atrás y vio que Marc y Philippe seguían luchando; Eldwin se apretaba contra a Isabell, que intentaba mantener su rostro alejado de la masacre. En ese momento, la bruja alzó ligeramente la vista y se encontró con su mirada de resignación.

—Lo siento, Isabell —pronunció el explorador con una ternura que iba más allá del miedo—. Cuida al niño.

Entonces tomó una espada del suelo y se dio la vuelta para dirigirse hacia los soldados.

—¡Eh, panda de cobardes! ¡Acabaré con vosotros! —gritó mientras cojeaba hacia ellos en un movimiento de flanqueo para intentar apartarlos de la dirección que habían tomado los demás.

Muchos se dirigieron hacia él, e incluso Gaulton desvió ligeramente su rumbo para ir a su encuentro.

—¡No! ¡No lo hagas! —gritó Isabell, reaccionando en ese momento—. ¡Ven con nosotros, no lo hagas!

—Isabell —dijo Alba, tomándola de los hombros para mirarla a los ojos—. Hazlo ahora. ¡Hazlo ya!

Los ojos de la bruja se llenaron de lágrimas. Apartó con delicadeza a Eldwin para entregárselo y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Una mueca de sufrimiento se instaló en su rostro mientras colocaba las manos sobre la tierra, con las palmas hacia abajo. Casi al mismo tiempo, un lobo aulló a lo lejos y varias aves le respondieron desde el cielo. Antes de que los soldados se dieran cuenta de lo que

sucedía, un caballo se encabritó y golpeó con los cascos al que tenía más cerca. Mucho más lejos, Gaulton estuvo a punto de ser coceado por otro.

Casi todos los animales del campamento parecían haber enfurecido de repente para volverse contra los soldados: los sabuesos de rastreo mordían sin piedad; los caballos no paraban de embestir y cocear con una furia incomprensible; incluso varias aves descendieron desde las alturas para lanzarse contra los imperiales.

Todo ese tiempo Isabell mantuvo los ojos cerrados, quizá para no ver directamente como algunos de los animales sucumbían bajo una lluvia de flechas o desjarretados por las espadas. Uno de los hombres de la cohorte de Bernard incluso acertó a un halcón cuando se precipitaba sobre él. Pero, incluso antes de que los lobos se oyeran más de cerca, el daño había sido considerable.

Mientras tanto, la lucha que mantenían los inquisidores había llegado a lo alto de la loma donde aparecieron de repente Naffir y Furioso, que se abalanzaron contra ellos. El árbitro y sus hombres no tuvieron más remedio que rodar ladera abajo para poder salvarse. Uno de ellos ni siquiera consiguió esquivar el último ataque a fondo de Marc.

Sin perder un instante, Philippe cogió en volandas a Eldwin e Isabell y los montó junto a él en Furioso. Marc hizo lo mismo con Alba y se lanzaron al galope.

No obstante, apenas habían rodeado la colina para internarse en el bosquecillo que había más abajo cuando Gaulton saltó hasta un saliente de roca desde el que se dominaba todo el paisaje. Sus pies levantaron una nubecilla de tierra y, al erguirse, su silueta se recortó contra la leve luz del cielo. Estaba apenas a unos quince o veinte metros de caída de ellos, muy cerca pero a la vez demasiado lejos.

—¡Eh, Marc! —gritó—. ¡Se te olvida este pedazo de carne!

A la luz de la antorcha que llevaba en una mano vieron que sujetaba un bulto con la otra. Era Barta.

Marc se paró en seco e hizo volverse a Naffir. El explorador colgaba sin fuerzas, con los ojos abiertos, pero apenas se movía y era imposible distinguir su respiración.

—Lo que daría por tener una de nuestras antiguas ballestas —murmuró Philippe frenando el ritmo de Furioso.

—Por cierto, hermano —volvió a gritar Gaulton—. ¿A que no sabes dónde está Mathius?

Marc enseñó los dientes y permitió que Naffir diera unos pasos hacia él.

—No le hagas caso —dijo Philippe—. ¡Tenemos que irnos!

—Tuvo un encontronazo con Jhaunan y me mandaron a buscarlo —explicó Gaulton con una carcajada—. ¡Me encantó patear a ese invertido!

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está? —preguntó Marc y su voz sonó llena de odio aun en medio del caos.

—¡Lo golpeé una y otra vez hasta verle gimotear como la perra lastimera que es! —respondió Gaulton, riendo ostentamente.

—¡Vámonos! —dijo Alba tras él—. ¿Es que no lo ves? ¡Te está provocando!

—Mira, hermano —dijo entonces Gaulton agachándose para apoyarse sobre una rodilla—, sé que tú no te vas a entregar, eres demasiado cobarde para hacerlo, pero si dejas a ese niño en el suelo permitiré que huyáis indemnes y daré una muerte rápida a este hombre.

—Haré otra cosa, ¡te voy a matar! —rugió Marc—. Aquí, en este momento. ¡No esperaré más!

—¡Estupendo! —dijo Gaulton—. Sube hasta aquí y demuéstreme que eres un poco más hombre que Mathius. Quizá incluso logres rescatar a este pobre despojo.

Marc agarró con más fuerza las riendas y separó un poco los pies para clavar los talones en el costado de Naffir pero, en ese momento, Barta se revolvió y el puñal emitió un destello a la luz de la antorcha. Gaulton dio un paso atrás para esquivarlo, pero fue un movimiento innecesario.

—¡Huid ya! —dijo con un grito desgarrado antes de clavarse la hoja en el pecho.

Las brujas ahogaron una exclamación e incluso Gaulton lo miró con una mueca de sorpresa.

—¡Marc! —gritó entonces Isabell y su voz, en la que se adivinaban las lágrimas, refulgió con un matiz de Voluntad que le hizo reaccionar por fin—. ¿Cuál es tu misión?

El inquisidor volvió lentamente la mirada hacia el aterrorizado niño que se abrazaba a la cintura de Philippe y asintió. Todavía reticente volvió grupas, pero antes de lanzarse al galope se giró hacia atrás para mirar a su antiguo hermano.

## Segunda parte

# I

Lysanna se detuvo para mirar a aquel hombre. Estaba descalzo y contemplaba la hierba fresca con una sonrisa. Los dedos de los pies se movían, regocijándose con la caricia del verde y parecía lleno de felicidad. En ese momento se volvió hacia ella.

—Hola, Lysanna. Tú serás la primera de mis Compañeros y todos te llamarán *La Madre de Todas las Brujas*, pues tu poder es tan grande como tu corazón.

Ella se postró de rodillas, pues había reconocido a Thomenn, hijo del Creador.

—*El Manual*, versión desconocida.

Aprovecharon todas las horas de oscuridad para perder de vista a los hombres que pudieran haber salido tras ellos. Sin embargo, el caos que se había desatado en el campamento era de tal magnitud que vieron muchos caballos trotando nerviosos mientras huían. No era probable que hubieran podido organizar un grupo numeroso de perseguidores y, aunque así fuera, no lo tendrían fácil.

Exigieron a Naffir y Furioso hasta más allá de lo que podría haber rendido cualquier otro caballo y solo se detuvieron unos instantes para curarse las heridas. Después siguieron avanzando hasta que la tarde se convirtió de nuevo en noche.

Una silueta que corría más rápida que ellos los acompañó en todo momento, tan cerca que podían vislumbrarla a veces, pero demasiado lejana o inmersa en la espesura para verla nítidamente. Los caballos tenían las orejas de punta y miraban hacia allá con evidente nerviosismo pero, fuera lo que fuera, se mantuvo a distancia.

Eldwin dormía entre los brazos de Philippe pese a la amplitud de movimientos de Furioso e incluso Isabell, abrazada a la cintura del gigante, cerró los ojos en algún momento.

El inquisidor estaba más pálido de lo habitual pero, exceptuando eso y el silencio que guardaba, parecía casi tan vigoroso como siempre. Algo más atrás, Marc se esforzaba por disimular el cansancio que sentía mientras cuidaba de que Alba no cayera al suelo. La bruja había perdido sangre debido al flechazo y dormitaba de manera casi continua. En un par de ocasiones solo el brazo del inquisidor había impedido que resbalara hasta caer.

Llegada de nuevo la tarde, los caballos estaban empapados por el sudor y el agua que les había salpicado mientras avanzaban por riachuelos. Les habían hecho esforzarse constantemente durante casi una jornada, al galope primero y luego a un trote vivo por lo que estaban al límite de sus fuerzas.

El semental lideraba la marcha con obstinación, pese a que resoplaba sin parar y tenía la boca llena de espuma. Naffir parecía algo más entero, aunque ni su juventud ni su impresionante anatomía serían suficientes para soportar aquella marcha

eternamente. Por eso, cuando pararon, les dieron mucha cuerda para que pudieran descansar y alimentarse a gusto un buen rato.

Se detuvieron en uno de los escasos bosques realmente poblados de Rock-Talhé, en una zona en que los árboles se espaciaban algo más, pese a que las copas apenas les permitían ver las primeras estrellas. Ya era noche cerrada cuando terminaron de lavarse de nuevo las heridas y comieron un poco.

—Algo de provisiones y dos odres llenos de agua. Una manta, las reliquias y cuatro cosas más. ¿De dónde salieron estos fardos, Marc? —preguntó Philippe en cuanto se sentaron.

—Cada cosa a su tiempo —contestó él sin quitar la vista de la espada que afilaba.

—Pues podía haber aparecido también mi bolsa de emperadores de oro en vez de las que le quitaste a aquellos guardias. Aquí hay apenas unas pocas monedas de plata y unos cuantos cobres. Mala cosa para unos prófugos que necesitan comer, abrigarse y, seguramente, sobornar a media frontera para pasar hacia Ágarot.

—Ya se verá —insistió Marc con los ojos fijos en la espada y la piedra de amolar.

—Bien, pues espero que también veamos armas. Estas espadas no son malas, pero las cambiaría todas por mi hacha o el martillo. Tampoco nos vendría mal una ballesta o un arco. Y supongo que tendremos que ir a alguna granja para robar algo de abrigo.

—La frontera debe estar llena de viajeros, según nos dijo el cabeza de familia. Diremos que nos atacaron unos bandidos y pediremos ayuda. Tenemos heridas para demostrarlo, al fin y al cabo.

—Sí, y también armas y unos caballos dignos del Emperador —respondió Philippe—. No te engañes, hermano, dudo que las gentes nos presten su ayuda tan fácilmente como cuando mostrábamos el Roble de plata.

—Ya hablaremos de ello —volvió a decir Marc, con irritación.

Isabell había terminado de machacar unas hojas y estaba curando la herida de Alba con el unguento resultante. Mientras, cantaba una canción en voz baja a Eldwin. Su compañera hacía esfuerzos por soportar el dolor sin quejarse, pero la palidez de su rostro y el sudor que lo cubría no hacían sino resaltar que no se encontraba demasiado bien.

—Deberíamos hablar acerca de cómo pensamos llegar a Ágarot —prosiguió Philippe—. Barta ya no está a nuestro lado para guiarnos por el mejor camino.

—¿Dónde está Barta? —preguntó Eldwin con una vocecilla somnolienta, alzando la cabeza.

—Barta... creo que se ha ido —contestó Philippe imprimiendo a su voz la mayor calidez de que era capaz.

—¿Para siempre? —preguntó el niño—. ¿Como Peca y Soto?

Sus lágrimas hirieron al gigantón de un modo que no recordaba que hubiera hecho jamás el acero. Un nudo en la garganta le impidió contestar e incluso notó un ardor casi desconocido en sus propios ojos. Isabell se llevó inmediatamente a Eldwin



unos pasos más allá, dedicándole una furibunda mirada a Philippe, y lo acunó entre sus brazos mientras le susurraba palabras dulces y tranquilizadoras.

—Sin él —continuó el inquisidor en voz baja, avergonzado— no tiene sentido intentar cruzar el Taimado. No conocemos a sus contactos ni qué noches esperan junto a la orilla. ¡No tenemos ni idea de qué debemos decir para que no nos asaeten en la oscuridad!

—Ese es el plan —respondió Marc con obstinación—. Si se puede hacer, lo lograremos.

—Dudo mucho que se pueda hacer en estas condiciones, pero hay otras maneras —respondió Philippe con precaución—, otros caminos para llegar al Norte.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alba incorporándose débilmente.

Tenía el rostro ceniciento y no parecía que la única causa fuera la herida. Solo era necesario mirarla con atención para darse cuenta de que tanto ella como Isabell hacían esfuerzos para no llorar ante Eldwin por la pérdida de Barta.

—¡Philippe, no! —dijo Marc de pronto, alzando la voz y arrojando de golpe la piedra de amolar—. ¡Ni lo menciones!

—Stromferst —dijo Philippe encogiéndose de hombros—. Todo el mundo sabe que en ocasiones han ayudado a los prófugos a cruzar la frontera.

—¿La ciudad de los ladrones? —preguntó Alba—. ¿Podrían ayudarnos?

—¡No nos ayudarían a nada! —exclamó Marc—. Nos atraparían para entregarnos en una bandeja al Emperador por un puñado de monedas.

—No les tienes aprecio, ni yo tampoco. Sé que has luchado contra la corrupción de Stromferst, pero esos hombres tienen su código. Bálor podría ser una opción más segura que mojarnos el culo en el Taimado, rodeados de enemigos y oscuridad.

—¡Sería nuestra muerte! —dijo Marc volviéndose hacia Alba—. No pasa nada en Stromferst que no sepan los ladrones. Es imposible entrar sin su consentimiento ni engañarlos. Son ladrones, sí, pero también asesinos, traficantes y espías. La guardia tiene potestad para quitar las armas a cualquier visitante hasta que se vaya. Sería una ratonera y Bálor no es alguien en quien confiar.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó la bruja.

—El actual líder de Stromferst. A menos que lo hayan apuñalado ya —dijo Philippe en voz algo más baja—. En todo caso, yo voto por intentar cruzar la frontera desde allí. No lograremos atravesar el Taimado con caballos y bultos. Es más que probable que tampoco pudiéramos nosotros solos, pero además están las patrullas de Ágarot. No me gustaría que sus ballesteros me pillaran en medio de la travesía.

—Siento decir que tiene razón —susurró Isabell, depositando a Eldwin sobre la única esterilla que tenían.

El niño dormitaba con una expresión de malestar. Fruncía constantemente el entrecejo como si los sueños no fueran tranquilos, pese al cansancio que había acabado por vencerle. Tenía el rostro tizado y el cabello, generalmente rubio y brillante, estaba sucio y alborotado.

—Yo tampoco tengo claro que intentar cruzar el río sea nuestra mejor opción —dijo entonces Alba.

—No sabéis lo que estáis diciendo —insistió Marc.

—Sea como sea, Barta ya no está con nosotros para guiarnos —susurró Isabell con la voz quebrada por el llanto—. Podríamos haberle seguido con seguridad aunque nos llevara al borde de un precipicio. Pero sin él puede que debamos considerar otros caminos.

Alba la rodeo con el brazo tratando de confortarla, pese a que las lágrimas rodaban también por sus mejillas.

—Yo he tratado con ellos a veces, hermano —dijo Philippe con suavidad—. Son despreciables, pero tienen un código que siguen a rajatabla. Es lo único que les permite mantener esa sociedad en la que viven e incluso alardean de una suerte de honor, según su punto de vista.

—Honor —bufó Marc— ellos no saben qué es eso.

—Nosotras también hemos tenido algún contacto con su gremio alguna vez. Creo que es nuestra mejor opción ahora mismo —dijo Isabell con voz débil.

—Entonces parece que hemos tomado una decisión —susurró Alba.

—Marc, tú has visto lo mismo que yo —dijo Philippe al comprobar que su hermano seguía mascullando—. Cuatro cohortes muy numerosas y hombres de armas de un barón en un mismo campamento, todos ellos al mando de uno de los más temidos inquisidores. ¿Cuándo ha sucedido algo semejante? Especialmente si tenemos en cuenta lo que está sucediendo en Quiles.

—Preferiría pelear contra veinte cohortes antes que ir a Stromferst —respondió el inquisidor marchándose para atender a los caballos.

—Me pregunto qué diría Barta sobre ir a la ciudad de los ladrones —murmuró Isabell con expresión triste—. Mucho me temo que no estaría en desacuerdo con Marc.

De nuevo aprovecharon todas las horas de oscuridad para avanzar a resguardo, si bien fueron modificando poco a poco el rumbo para dirigirse al Noreste tratando de no pasar demasiado cerca de Rockenwert.

Philippe había dicho que se sentía mucho mejor y avanzaba a grandes zancadas, junto a Furioso. Isabell y Eldwin iban sobre el semental, que había aceptado sin problemas a la mujer, pues al niño siempre lo trataba con suma delicadeza.

También Alba, cuya herida era más seria de lo que habían pensado en un primer momento, iba montada. Tenía un rictus de dolor permanente y no acababa de librarse de la palidez. Marc caminaba junto a ella, vigilante, para asegurarse de que no se cayera cuando el sueño la vencía.

—Pero si son unos ladrones ¿por qué vamos a verlos? —preguntó Eldwin cuando le explicaron lo que era Stromferst.

—Porque nos pueden ayudar —respondió Philippe.

—Pero son malos.

—Sí, no hay duda, pero también resultan bastante útiles y tienen un serie de normas —respondió él acariciándose la barbilla.

—¿Cuáles?

—Bueno, no las conozco todas pero, para empezar, no pueden robar ni matar a nadie que no haya dado problemas dentro de la ciudad o al gremio en el exterior. Es cierto que a menudo hay alguna pelea en las tabernas, pero poco más.

—Eso cuando no se esperan unos a otros a las afueras para apuñalarse —murmuró Marc en voz baja.

—Y, si son delincuentes ¿por qué no los detienen los alguaciles? —insistió el pequeño.

—Porque el Imperio se aprovecha de ellos. En Stromferst puedes encontrar mercancías que de otro modo permanecerían casi inaccesibles más allá de las fronteras, o demasiado caras. También hay mercenarios, peristas que tasan y compran tesoros, subastas de obras de arte... todo lo que sea turbio y permita obtener beneficios se puede encontrar allí —dijo Philippe—. Son útiles a su modo, Eldwin, y prestan servicios al Imperio todos los días. Hace años hubo unos terribles incendios en La Flere que acabaron con gran parte de sus reservas de grano. Las baronías cercanas de Rock-Talhé y Louisant, siempre celosas de su influencia, se ofrecieron a venderles cientos de sacos, pero a precio de oro. Sin embargo, Stromferst se dedicó a comprar aquí y allá por su cuenta y sacó tajada del asunto, vendiéndole a La Flere todo el que necesitaba por una cantidad mucho más razonable.

Philippe arrugó la frente mientras rumiaba sus propias palabras.

—La postura oficial es que no se mantiene ningún trato con ellos, claro, pero la realidad es que existe una relación de mutuo beneficio —añadió—. Si no existiera Stromferst surgiría algo parecido en las grandes ciudades. De este modo, al menos, está concentrado en un solo punto y resulta mucho más sencillo de controlar.

—Es difícil de entender —musitó Eldwin.

—En eso te doy la razón —masculló Marc—. Todo en este maldito Imperio parece tener demasiadas caras.

—Mira, ya vuelve a estar irritable como un niño de pecho —le dijo Philippe a Eldwin tratando de hacerle reír.

—Debe ser el precio por tomarse las cosas en serio. Algunos no tenemos la despreocupación necesaria para evadirnos de las cuestiones importantes —contestó Marc antes de arrear a Naffir para alejarse unos cuantos metros.

Nada más darse la vuelta, Philippe le sacó la lengua y Eldwin sonrió levemente por primera vez en varios días. Pero, cuando el niño ya no miraba, lo que quedó en el rostro del pelirrojo fue una mirada de honda preocupación.

El Taimado era sin duda uno de los ríos más caudalosos del Imperio. No tenía la longitud del Río Largo, ni acumulaba tanta fuerza como los puntos más peligrosos del Raudos, pero era inquieto en todo su recorrido y se decía que su lecho era traicionero por las rocas que había ido arrancando de la Espina del Mundo. Esto provocaba constantes remolinos y trampas para cualquiera que intentara atravesarlo. Sus aguas, tal y como les había dicho Barta, se filtraban hacia el Sur, provocando que en esa parte de Rock-Talhé hubiera bosques frondosos y buena tierra para el cultivo. Tanto era así que, en atención al delicado estado de salud que mostraba Alba, decidieron internarse en uno de ellos para encender fuego con cierta seguridad.

—Necesito que el agua hierva para poder preparar algo medianamente efectivo con las plantas —dijo Isabell—. Alba necesita pociones más elaboradas pero, de este modo, al menos podría conseguir algo provisional.

—Hemos cruzado por todos los ríos que nos han salido al paso —respondió Philippe— e incluso cabalgado casi una hora por una de esas canalizaciones de los tahlianos. ¡Que Gillean nos lleve si no nos merecemos un respiro!

—En todo caso, debemos ser discretos —contestó rápidamente Marc—. En cuanto no sea necesario apagaremos el fuego y lo taparemos con tierra.

Aunque el tono que empleó era autoritario, la preocupación le hacía desviar la mirada constantemente hacia el bulto que formaba Alba, tiritando bajo toda la ropa de abrigo que habían podido reunir.

Pese a los fardos que habían aparecido justo antes de su huida, gran parte de sus posesiones se habían perdido. Eldwin dormía en el suelo, apoyando la cabeza en las piernas de Alba, a quien habían cedido la esterilla. Ambos se tapaban con la misma manta que la bruja había tenido encima durante toda la jornada. Apenas les quedaban provisiones y no tenían más armas que las que habían podido agenciarse de los soldados de las cohortes.

—Debemos conseguir dinero —le dijo Philippe a Marc cuando se apartaron un poco para ocuparse de los caballos—. O eso o acercarnos a alguna granja para robar, pero no duraremos mucho sin comida ni ropa de abrigo.

—No he dejado de pensarlo en todo el día —respondió Marc, todavía algo huraño— y no acabo de hallar una solución.

—La suerte le ha llegado a Gaulton en un mal momento para nosotros. Perder a Barta es una desgracia, pero además nos complica muchísimo las cosas.

—Más de lo que hubiéramos supuesto en un principio. Ese hombre era diestro como pocos y sus conocimientos de la frontera nos eran preciosos.

—Y parece que nuestro hermano no ha perdido su carácter amable y cariñoso —dijo Philippe con una sonrisa decepcionada—. La verdad es que, por un momento, esperé que se detuviera a parlamentar con nosotros. Llámame ingenuo, pero deseaba que lo hiciera. Aunque solo fuera por lo que pasamos juntos. ¡No hace tanto tiempo que salimos del Monasterio, por los brazos de Elías!

—No, en efecto, pero tú ya lo dijiste incluso antes de marchar hacia nuestra primera misión. Nuestros caminos se estaban separando a pasos agigantados. Y ahora también tienen a Mathius —añadió sin poder evitar una mueca de rabia—. No quiero ni imaginarme por lo que estará pasando.

—Lo que me pregunto es qué habrá hecho para caer en desgracia.

—Puede que yo fuera el menos enterado acerca de estos temas pero, según creo, nunca se le dio demasiado bien aceptar ciertas órdenes sin más.

—En efecto, no —respondió Philippe—, pero no se detiene a un inquisidor por las buenas. ¡Y de pronto somos tres díscolos! Me pregunto qué se dirá acerca de este asunto...

En ese momento se oyó claramente un ruido en el extremo del círculo iluminado y todos se pusieron tensos. Philippe agarró con fuerza su arma mientras Furioso piafaba.

—Quietos —dijo entonces Marc sin alzar la voz—, dejadme a mí.

Con pasos lentos, ante la expresión alarmada de sus compañeros, arrojó la espada al suelo y se dirigió a la oscuridad hasta desaparecer en ella. Le oyeron entonces susurrar unas palabras y luego el roce del cuero contra la piel. Unos instantes después, una figura abrigada con una capa de viaje lo siguió hacia el fuego.

Era una joven de rasgos agudos que no reconocían como típicos del Imperio. Tenía los pómulos altos, similares a los de algunos habitantes de Seléin, pero de un modo más exagerado; la piel seguramente cumpliera con el más elevado ideal de palidez de la nobleza de Louisant; los ojos, que miraban todo con suma atención, eran enormes y claros; sus propios movimientos parecían desconcertantes, como si los pies apenas rozaran la hierba. Pero lo que más llamaba la atención era sin duda su pelo, de un color blanco puro que poco tenía que ver con el canoso de los ancianos.

La mujer llevaba a Peca en brazos y no parecía que la gata estuviera a disgusto con ella: restregaba su cabeza contra la mano que la acariciaba y se intuía un profundo ronroneo.

Marc la condujo del brazo hasta el fuego y le indicó que se sentara a su lado. Tras un momento de duda, mientras los demás la observaban estupefactos, la joven se recostó sobre él sin quitarles ojo.

—Esta es Neva —dijo Marc al fin.

—¿De dónde es? —preguntó inmediatamente Philippe con una mueca de incredulidad—. No reconozco esas facciones.

Por un momento, su hermano lo miró con el ceño fruncido pero, poco a poco, una sonrisa se fue extendiendo por el rostro hasta convertirse en una carcajada.

—Una criatura nos libera de los imperiales y ha estado siguiéndonos al mismo ritmo que nuestros caballos. Ahora aparece aquí, ante nosotros ¿y solo se te ocurre preguntar de dónde es?

—Es que nunca había visto un rostro semejante —contestó Philippe, sonrojándose.

—Bueno, pues ahora ya sabéis a quien debemos nuestro rescate y por eso te damos las gracias, Neva.

La mujer se volvió hacia él y le restregó la cabeza contra el cuello, pero no dijo nada.

Los otros les dirigían miradas que iban desde la estupefacción de Philippe a la incompreensión algo incómoda de Alba. Isabell, en cambio, tenía los ojos entrecerrados como si pudiera percibir algo que los demás no veían.

—¿Es esta pequeña la que nos permitió huir del campamento?

Marc asintió.

—¿Por qué no habla? —preguntó Alba mirándola con desagrado.

—Porque no puede.

—¿Que no puede? Marc, hermano, ¿me estás diciendo que una chiquilla muda nos ha liberado de docenas de hombres diestros y bien armados? ¿Es ella la que causó tanta muerte en el campamento de Gaulton?

—En efecto, solo ella, pero no es muda, es solo que no puede hablar como nosotros.

—Esta joven no comparte nuestra misma naturaleza —dijo de pronto Isabell—. Parece una muchacha, pero no lo es. Sé que su sangre es distinta a la que podemos tener nosotros, más libre y más salvaje.

Neva le mantuvo la mirada unos segundos, parpadeando lentamente, con tranquilidad, y luego se giró para mirar hacia arriba, tensionando ligeramente las orejas.

—Es una loba —dijo por fin la bruja.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que estás diciendo? —barbotó Philippe—. ¡A la vista está que no es más que una niña!

—Isabell está en lo cierto, Philippe. Neva tiene más que ver con los lobos que con los hombres —respondió Marc con voz serena.

—Pero eso no es todo ¿verdad? —preguntó la bruja.

Marc suspiró antes de desviar la mirada.

—No sé de qué demonios está hablando —dijo Philippe acercándose un poco a ella.

—No te quedes en la forma, tonto, fíjate bien —insistió la bruja.

El gigantón entrecerró los ojos y extendió su Voluntad hacia ella. De ese modo percibió un carácter indomable en el que no había rastro de la naturaleza a la que estaba acostumbrado. La joven sentía amor por el hombre en el que estaba apoyada y el calor agradable del fuego, así como ganas de correr y cazar, pero no había más humanidad en ella.

En ese momento Neva sacudió la cabeza, mirándolo directamente, y enseñó los dientes dejando escapar el aire en un gruñido.

—Con cuidado, hermano. Ella también está cansada y nerviosa. Es la primera vez que se muestra tan abiertamente y ante tanta gente.

—¿Cuánto tiempo lleva detrás de nosotros? —preguntó Isabell antes de que Philippe pudiera responder.

—Desde que volví de Abadía, hace más de un mes. Barta, de hecho, ya se había dado cuenta. Ella me vino siguiendo desde Quiles, pero al decirme que conoceríamos a un explorador tan magnífico como él le pedí que se alejara algo más. Aun así la descubrió. Era un hombre extraordinario —añadió Marc—. De vez en cuando conseguía acercarme a ella. No muy frecuentemente, con Barta tan cerca, pero en esas ocasiones hacíamos planes. Entre otras cosas, hablamos de lo que debía hacer si nos apresaban.

—Un momento, ¿has dicho que te siguió desde Quiles? ¡Por eso me dijiste que te habías retrasado cuando llegaste al molino, porque te habías encontrado con alguien! —exclamó Alba—. Era por ella por quién te preguntó el molinero.

—Así es. Siento no haber sido claro, pero su vida es mi responsabilidad y siempre la he mantenido en secreto. No estaba seguro de que fuera una buena idea contároslo.

—Perdón si con este comentario recalco mi suma ignorancia —interrumpió entonces Philippe—, pero ¿de qué demonios estamos hablando? ¿Qué es esta chica que todos podéis ver con tanta claridad?

Neva giró la cabeza hacia él y pestañeó con lentitud antes de volver a enseñarle los dientes.

—Probablemente recuerdes nuestra primera misión —respondió Marc—. Estuvimos un buen rato en aquella taberna de Hÿnos contándonos unos a otros cómo nos había ido todo. De eso hace años. Tú te encontraste con un troll, ¿recuerdas?

Philippe asintió, esperando que su hermano siguiera pero, en lugar de eso, Marc alzó las cejas y señaló a la joven. El gigantón frunció el entrecejo, sin comprender, hasta que súbitamente abrió mucho los ojos y su mano volvió a la empuñadura de la espada que acababa de enfundar.

—¿Una bestia de sangre? —gritó.

Al momento Neva hizo amago de levantarse y lo que antes había sido un gruñido de aviso se convirtió en un rugido que no hacía esfuerzos por reprimir.

—A ella no le gusta ese término —respondió Marc con voz suave, sin permitir que se levantara—. Prefiere que la llamen por su nombre o aludiendo a la naturaleza que más conoce, pues se considera una loba.

—Pero ¿cómo puedes tener a una bestia de sangre de tu lado? —preguntó Philippe de nuevo, como si no escuchara—. ¡Es una raza despiadada y esquiva!

—No, no lo es —respondió Marc sin soltarla—. Y deja de llamarla así.

—¿Me estás diciendo, hermano, que desde hace años ocultas algo de esta trascendencia a todo el mundo?

—A todos —respondió Marc tratando de tranquilizar a la joven acariciándole el pelo—. Prácticamente toda la misión fue como os conté, al menos hasta el momento en que el sacerdote estaba a punto de morir.

—Sí, lo recuerdo. Él era... —Philippe miró a Neva, que no le quitaba los ojos de encima— era eso que a esta joven no le gusta escuchar.

—Creo que aquel era un buen hombre —dijo Marc—, independientemente de su naturaleza. Murió arrepintiéndose de las muertes y llorando a mis pies.

—Pero había sido él quien causó esos asesinatos, ¿no? Entonces ¿por qué dices que era bondadoso?

—Su mujer era la causante de casi todo el mal que se había obrado en Valle Sombrío, o al menos la instigadora del mismo.

—¿La bestia...? —Philippe carraspeó antes de preguntar de nuevo—. ¿El párroco tenía una mujer?

—Llevaba años viviendo una relación secreta con ella. Era una bruja.

—Me lo temía —dijo Isabell—. Ya os dijimos que entre los nuestros también existe la maldad y la depravación. Algunas buscan criaturas como ese hombre para aprovecharse de su fuerza o utilizarlos en sus ritos.

—Tal era este caso —respondió Marc—. Ella tenía un corazón negro como el barro de una ciénaga, pero había logrado cautivar perdidamente al párroco. Así me lo dijo él y yo mismo pude comprobar, cuando fui a la cabaña de la bruja, que entre sus pertenencias había objetos llenos de símbolos oscuros y libros que mencionaban una y otra vez a Gillean.

—Supongo que acabaste con ella —dijo Isabell.

—No. Él ya lo había hecho —respondió Marc—. La mujer era una de las supuestas víctimas de Valle Sombrío.

—No entiendo nada —dijo Philippe—. Un monstruo que es a la vez un párroco honrado, mantiene una relación con una bruja; además asesina a varias personas, pero dices que es bondadoso.

—Llevaban mucho tiempo juntos, viéndose en secreto, y él estaba profundamente enamorado. Hasta poco antes de encontrarse conmigo, todavía confiaba en poder cambiarla. En cuanto a las muertes, la bruja fue la mayor responsable. Al párroco solo lo vencieron una vez sus instintos, hasta ese momento ni siquiera sabía qué estaba pasando. Me dijo que ella siempre había tratado de forzar el cambio, pero había conseguido resistirse hasta el final. Apenas unos días antes había descubierto que la bruja había matado a una joven. No podía seguir engañándose a sí mismo y, cuando fue a pedirle explicaciones, ella se echó a reír con los labios todavía manchados de sangre. Incluso así, le imploró una respuesta, pero ella solo se burló de él.

—No lo habría creído nunca: una bestia intentando enseñar modales a una bruja —musitó Philippe.

—Me hace pensar en cuántos como él habrán muerto injustamente bajo el acero de la Orden.

Marc se pasó una mano por la frente y Neva, intuyendo su malestar, se frotó contra su pecho buscando su mirada.



—La mató. Acabó con ella y se dijo que no podía seguir viviendo, pues su naturaleza estaba desbocada. Su muerte le hizo perder el control. Me dijo que había estado a punto de quitarse la vida varias veces. Solo la hija que le había dado aquella mujer le permitió aguantar hasta entonces. Era poco más que un bebé.

—Neva —susurró Alba con los ojos muy abiertos.

—Me pidió una y otra vez que velara por ella. Dijo que era una criatura inocente que no tenía culpa de nada. La mezcla de sangre había creado algo que, en muchos aspectos, era idéntico a un ser humano, pero en otros totalmente distinto. La bruja, además, nunca había permitido que abandonara el bosque, por lo que la niña se había habituado a la espesura. Neva, por aquel entonces, no era más que un cachorro que apenas comprendía algo de lo que estaba pasando. Me llevé unos cuantos buenos golpes hasta que me dejó acercarme a ella y compartir algo de carne. Estuvimos juntos un tiempo y, después, seguí las últimas instrucciones del sacerdote. Me dijo que cerca de la cabaña de la bruja había una pequeña guarida donde vivía una loba con la que habían tenido contacto. Me dijo que ella la cuidaría. La dejé allí rezando para que estuviera en lo cierto y me marché, no podía hacer otra cosa.

—Y a la vista está que salió adelante —dijo Philippe.

—Sí. Yo me escapaba siempre que me era posible o trataba de conseguir misiones por la zona. Cuando llegaba por allí ella siempre me encontraba y se alegraba de verme. El vínculo que creó la Voluntad entre nosotros es tan fuerte que puede sentirme en la distancia.

—No me lo puedo creer —dijo Philippe sacudiendo la cabeza—. Nunca podría haber pensado que fueras capaz de esconder algo de este modo.

—¿Qué edad tiene ahora mismo? —preguntó entonces Isabell.

—Lo cierto es que no lo sé. Os puedo asegurar que la primera vez que la vi era poco más que un bebé. Se mantenía en pie y era capaz de moverse con cierta rapidez, pero a los pocos meses ya correteaba con una agilidad sorprendente y su fuerza se había desarrollado aún más. De eso hace aproximadamente cinco años.

—Es increíble que haya conseguido sobrevivir en esas condiciones —musitó Alba.

—Lo primero que le enseñé es que debía permanecer oculta y no dejarse ver jamás por otros hombres. Ella mostraba una cierta afinidad con algunos animales y, de hecho, me consta que aquella loba la amamantó y cazó para ella. Pero pronto Neva no necesitó ningún cuidado. Era más veloz que un lobo y parecía infatigable. Una vez comprobé que podía estar varios días sin dormir.

—¿Cómo conseguiste que te siguiera?

—Como dije antes, ella y yo llegamos a desarrollar un vínculo muy estrecho. Teníamos una relación de confianza. Cuando salí de Abadía decidí llevármela. Había demasiados soldados allí, y también otros peligros menos naturales, para seguir considerándola a salvo. Pero al final ha sido ella la que nos ha salvado a nosotros.

Los viajeros inspiraron profundamente y se miraron unos a otros. Neva permanecía recostada junto a Marc, sin cambiar la expresión del rostro. Cuando parpadeaba, lo hacía con lentitud, como un gato cuando está cómodo y satisfecho, aunque sus músculos se notaban tensos y aprestados a cualquier sorpresa. Isabell, que no le había quitado ojo desde que entró al claro fue la primera en hablar.

—Me sorprendes, inquisidor —dijo con un tono en el que se apreciaba un reconocimiento que antes no existía—. De todo lo que podrías contarnos acerca de tus hazañas nada hubiera podido impresionarme más que esto. Lo que hiciste con esta joven demuestra compasión y una capacidad de juicio más allá de lo que te suponía incluso ahora. No creo que nadie pueda jactarse de saber mucho acerca de estas criaturas, y yo tampoco, pero sí sé que no entregan su lealtad fácilmente. Que esta muchacha haya ligado su destino al tuyo es algo inaudito y que dice mucho de ti.

—Sí, claro, todos estamos muy emocionados por saber que andabas recogiendo cachorrillos por los bosques —gruñó Philippe—, pero ¿cómo es posible que haya podido sacarnos del atolladero en que estábamos metidos? El campamento estaba repleto de soldados. Sé que estos seres son fuertes, pero esa manera de luchar...

—Neva es joven —dijo Marc encogiéndose de hombros— y ha tenido que aprender a sobrevivir desde que tiene uso de razón. También le he enseñado algunas cosas.

—Esa no es toda la explicación —dijo inmediatamente Isabell, mirándola fijamente.

Marc acarició el cabello de la loba antes de chasquear la lengua y asentir con reticencia.

—Es cierto —admitió al fin—. Lo que Neva es capaz de hacer se lo debe en gran medida a su madre.

—Es hija de una bruja y un ser poco común. ¿Quién podría predecir lo que saldría de una mezcla así? A saber cómo ha afectado eso a la naturaleza de esta chiquilla —dijo Isabell.

—Usa la Voluntad —dijo entonces Alba—. Lo sentí en el campamento.

—Es cierto —admitió Marc—, e incluso cuando se deja llevar no se parece del todo a la criatura que vi en su padre o las que he tenido que combatir otras veces. Siempre conserva una apariencia delicada y no ha heredado ni el ansia de sangre ni la locura de su madre. De todos modos, es innegable que maneja la Voluntad de un modo extraño.

—Vaya con la moza —dijo entonces Philippe, acercándose un poco más a ella—. Eres sorprendente, pequeña, nos has salvado de un destino terrible.

Al ver que Neva solo lo miraba con atención, sin enseñarle los dientes, el pelirrojo hizo amago de adelantar una mano para revolverle el pelo.

Ni siquiera la había tocado cuando la joven se estiró de golpe, demasiado rápido para esquivarla, y lo golpeó haciéndole trastabillar hasta caer de espaldas. Enseguida volvió a rugir y se puso en cuclillas, con las manos apoyadas en el suelo como para

darse más impulso en el salto. Sus dientes, blancos hasta el brillo, estaban a la vista. El cuerpo, que había quedado desnudo al caer la capa que lo cubría, era firme y proporcionado. Bajo la piel, la musculatura se notaba tensa y fibrosa, lista para disparar las extremidades más rápido de lo que el ojo podría seguir.

—Neva, no —dijo Marc mirándola a los ojos—. No es un enemigo, solo algo torpe. Únicamente pretendía darte las gracias.

Neva giró la cabeza de nuevo hacia Philippe y Marc la tomó de la barbilla para volver a reclamar su mirada.

—Escúchame, es mi amigo. No es malo, pero no sabía que te iba a molestar. Ahora ya lo sabe y no lo hará nunca más, te lo aseguro. No la toquéis a menos que sea ella la que busque vuestro contacto —dijo entonces dirigiéndose a los demás—. Le molesta mucho.

—Podías haberlo dicho antes —contestó Philippe unos metros más allá, todavía en el suelo y con una mano en el mentón.

—Podías habernos dicho *muchas cosas* antes —dijo de pronto Isabell—. Aunque fuera aconsejable que viajara separada de nosotros. ¿Por qué no lo hiciste?

—Es un secreto que he guardado durante años —respondió Marc bajando la cabeza—. Su propia supervivencia dependía de que nadie se enterara, o mandarían a un inquisidor a darle muerte.

—¿Te preocupaba que nosotros tratáramos de dañarla? —preguntó la bruja.

—No es fácil confesar que nos sigue una bestia de sangre. —Neva alzó la cabeza en cuanto oyó el término, pero pareció tolerarlo al ser Marc quien lo pronunciaba—. ¿Qué habríais pensado de mí si os hubiera dicho esto tan solo hace unas semanas?

—Poco nos conoces todavía si realmente piensas que tenemos tantos prejuicios como tú —respondió Isabell con gesto grave—. Saber que una criatura tan fascinante te sigue por su propia voluntad no hace sino que sienta admiración por ti.

—Agradezco tus palabras —dijo Marc—, pero la decisión de estar conmigo es suya. Yo solo hice lo que creí más justo.

—Pero ¿estamos seguros con ella? —preguntó entonces Alba—. Le estoy más que agradecida por habernos rescatado de una muerte segura, pero no sé si podemos permitir que viaje con nosotros —añadió echando una significativa mirada a Eldwin.

—Os aseguro que podemos estar tranquilos. Jamás nos hará daño a menos que se le provoque, y a un niño menos todavía.

—Estoy de acuerdo —dijo Isabell—. No hay maldad en esta criatura. Seguramente incluso nos aporte más que nosotros a ella al acompañarnos.

—De hecho creo que deberíamos dormir unas horas —dijo Marc—. Hoy no hará falta que organicemos turnos de guardia. Ella vigilará mucho mejor que cualquiera de nosotros. Y, por cierto, es más que probable que a partir de mañana podamos olvidarnos de llevar provisiones. Neva se encargará de cazar.

Haciendo caso a sus palabras se acostaron con algo más de esperanza. Sin embargo, cuando las dos brujas se quedaron dormidas, lo hicieron entre sollozos y

con los ojos anegados en lágrimas. Neva miraba hacia ellas y en su inexpresivo rostro se fue acentuando una arruga en la frente. Casi parecía sentir preocupación o lástima.

## II

—Tomé la espada que me había sido ofrecida y busqué a las brujas hasta encontrarlas. La hoja mostraba vetas rojas entre el dorado, como si la mismísima rabia de mi señor corriera por ella. Maté a muchas antes de llegar a la Madre de Todas, Lysanna. Cuando acabé no sentí lástima por ellas, pero sí una honda desesperación, porque Thomenn ya no estaba allí. Demasiado tarde comprendí por qué todos marchaban hacia el solitario roble de la colina.

—*El Manual*, tercer capítulo.

Semín siempre se había considerado un muchacho afortunado. Según le dijeron, el mismísimo Pavel de Cot Suvaug lo había recogido de los brazos de su madre muerta, apiadándose de tan triste destino. También los hijos del barón se habían encariñado pronto con él y crecieron juntos durante unos cuantos años que fueron muy felices. Cuando tuvo edad, el buen barón decidió que le sirviera como paje escanciando vino en su copa, sirviéndole la comida, ayudándole con la armadura de gala y cuantas cosas pudiera necesitar. Pero cuando murió la baronesa, el noble tomó por esposa a otra mujer que no parecía disfrutar con la presencia del pequeño Semín.

Aunque nunca osaría decirlo en voz alta, él sospechaba que tenía celos de la cercanía que siempre le mostraba el barón. Pero, tanto se había esforzado en el desempeño de sus funciones, que el buen Pavel decidió arreglar la situación premiándole más allá de la medida.

En un viaje a Hÿnos aprovechó para hablar con algunas personas y Semín se vio pronto ante un hombre inquietantemente delgado que le informó de que iba a servir en el gran salón del trono ante el mismísimo Emperador.

—Lamento profundamente dejar Cot Suvaug, pero alguien de mi posición no puede aspirar a más de lo que me ofrecéis —le dijo a su antiguo señor cuando este le comunicó la noticia.

—En efecto, no. Piensa que gozarás a diario de un honor que muchos nobles no tienen más que alguna vez al año, con suerte.

Desde entonces había servido en Hÿnos. El Señor de las cuatro provincias siempre permanecía distante, pues tenía otros pajes y criados de más confianza. Incluso ese hombre delgado, al que la gente llamaba Septem, estaba siempre a su espalda por si necesitaba algo. Aun así, ya habían sido varias las veces que había llenado su copa. Cuando eso sucedía, Semín permanecía jornadas enteras emocionado, recordando la tremenda presencia del Emperador y embargado por el orgullo.

Esa mañana, en cambio, no era así.

Semín permanecía junto a uno de los enormes pilares con forma humana que había en el salón del trono, como otros diecinueve muchachos. El gigante de piedra

que había tras él sostenía su porción del techo sobre unos hombros gigantescos. No era su preferido: en su rostro había unos huecos que simulaban ser ojos de una severidad inquietante y que parecían dirigirse siempre hacia él.

—Mirada al frente —siseó Septem dándole un pescozón al pasar a su lado.

Semín se irguió inmediatamente a tiempo de ver como al consejero principal de Hýnos lo seguía un inquisidor. Había pasado el suficiente tiempo sirviendo allí para aprender a identificarlos, aunque no llevaran el atuendo oscuro o el Símbolo de plata al cuello. No era tan difícil hacerlo. Independientemente de su altura, complexión, o el carácter que mostraran, siempre miraban hacia todas partes con disimulo y le provocaban un cierto escalofrío, como si estuvieran a punto de rozarlo aunque se encontraran a veinte metros. Parecían constantemente alerta, a punto de saltar sobre un enemigo invisible. Sin embargo, aquel era el que menos apariencia de inquisidor mostraba de cuantos había tenido oportunidad de ver. Llevaba una capa oscura que revoloteaba con elegancia tras él. Se había quitado el sombrero de ala ancha y el Roble colgaba del cuello; su misma figura se veía recia y potente, pero había algo que no era habitual. No era solo que la capa tuviera un dobladillo de terciopelo brillante, algo harto infrecuente entre los suyos; tampoco las terribles cicatrices que mostraba a un lado de la cabeza, o la nariz torcida de un modo bastante desagradable; se trataba, más bien, de la actitud con que seguía a Septem por el salón del trono.

Semín no recordaba haber visto nunca a un inquisidor con los hombros hundidos, o una expresión semejante en el rostro. Tenía los labios apretados y la mirada apenas se elevaba lo suficiente para mirar al suelo unos pasos más allá. Por su mente se insinuó la posibilidad de que aquel hombre sintiera tanto miedo como parecía, pero rechazó enseguida tal insensatez. Al fin y al cabo era un inquisidor, como se encargó de anunciar Septem inmediatamente.

—El inquisidor Gerall —dijo con un tono que no usaba con mucha frecuencia.

Semín también había aprendido a interpretar los casi imperceptibles gestos de aquel hombre. Era importante saber, si se pretendía no recibir demasiados coscorriones, que si sus labios eran más estrechos de lo habitual, el consejero principal de Hýnos estaba comenzando a enfadarse; cuando algo no era como esperaba, ladeaba levisísimamente la cabeza; si la ceja izquierda mostraba una leve pulsación es que algo le irritaba sobremanera.

Por otra parte, estaba el tono de su voz. Septem siempre hablaba más suave que el resto. Incluso cuando anunciaba la entrada de alguna personalidad al salón del trono se dejaba oír más por lo atenta que solía estar la audiencia que por su volumen. Generalmente, la voz resultaba neutra, totalmente desapasionada. En raros casos utilizaba una cierta inflexión para ensalzar al visitante que nadie podía entender del todo. En aquella ocasión, no obstante, se trataba de esa otra sonoridad que contenía un grado de desdén demasiado grande para no notarse, pero tan difuminado que sería absurdo acusarlo de algo. Era como la miel caliente que se hunde hasta ocultarse en la rebanada de pan.

Miel caliente y labios apretados, eso que Semín hubiera podido ver. Sin duda aquella era una ocasión más que particular.

—¡Inquisidor Gerall! —exclamó el Emperador—. ¡Qué alegría me da veros!

Por alguna razón el sonido que produjo la voz del Emperador le puso a Semín los pelos de punta. Generalmente, el Señor de las cuatro provincias siempre exhibía una expresión de bondad, acompañada en ocasiones de una leve sonrisa. Aquel gesto, no obstante, nunca era demasiado pronunciado, como si soportara todavía la culpa y la tristeza de sus antepasados por la muerte de Thomenn. Pero cuando el muchacho arriesgó una rápida mirada de reojo, no fue eso lo que vio: el Emperador sonreía abiertamente, mostrando unos dientes blanquísimos de un modo que atacaba todas las normas de protocolo.

Semín era consciente de que últimamente había estado más irascible de lo habitual. Las noticias del inquisidor renegado tenían a todo el palacio inquieto y había unos extraños rumores corriendo de acá para allá. Si alguien les prestara atención, escucharía que el traidor era, además, su hijo.

No era extraño, por tanto, que el Señor de las cuatro provincias no hiciera gala de su mejor humor. Por dos veces en la última semana las antorchas que alumbraban permanentemente el gran salón del trono habían oscilado hasta casi apagarse sin que nadie se acercara ni se sintiera viento alguno; en otra ocasión, el Emperador había alzado su voz de un modo que ridiculizaría a los portentosos cantores de Rock-Talhé que habían actuado para él semanas atrás. Uno de los pajes incluso juraba haber visto cómo la vidriera que tenía al lado se rajaba de arriba abajo mientras discutía con un inquisidor tuerto.

—Estimado Gerall, ved a este hombre —dijo en ese momento el Emperador. A su voz le respondió el sonido de unas cadenas arrastrándose por el suelo—. Es un habitante de Louisant que cuenta historias increíbles.

Semín volvió a mirar de un modo un poco menos disimulado y se dio cuenta de que sus compañeros también se inclinaban hacia allá, como si hubieran olvidado la temible presencia de Septem.

Junto al Emperador había un campesino al que custodiaban dos guardias pretorianos. El hombre llevaba grilletes en las muñecas, mantenía la mirada baja y en su ropa se apreciaban rastros de sangre.

«Esto no es habitual en absoluto» pensó Semín.

—Contadle a mi amigo, buen hombre, la historia que tanto nos sorprendió. ¿Qué fue lo que visteis en Mulars? —preguntó el Emperador con tono magnánimo.

El campesino se encogió sobre sí mismo y el temblor de sus piernas se hizo más evidente.

—El inquisidor traidor no escapó; lo liberaron mis vecinos —dijo con una voz reseca e impregnada por el miedo.

—¡Lo liberaron sus vecinos! —exclamó el Emperador dándose una sonora palmada en el muslo—. Granjeros, fregonas y cabreros, mi buen Gerall. Esos fueron

los libertadores del mayor traidor que haya habido en el Imperio en siglos. ¿Qué os parece? ¿No es acaso un relato lleno de épica? ¡Mandaré componer *La balada de los pueblerinos!* En ella se narrarán las hazañas de aquellos que burlaron vergonzantemente a un inquisidor imperial y la generosa cohorte puesta a su disposición.

—Mi señor —dijo Gerall echando la rodilla a tierra—, sé que hubo habitantes del castillo implicados en la huida. Muchos, seguramente, como da a entender este hombre, pero la mismísima guardia del barón me informó de que habían visto huyendo al comandante inquisidor a caballo. Por eso decidí partir inmediatamente en su búsqueda y juro por el Roble que seguí durante días el rastro que había dejado y los testimonios que pude obtener. Después continué investigando con ahínco antes dirigirme de nuevo a Mulars para buscar nuevas noticias. Pero para entonces me topé con los rumores que lo situaban en la capital de Quiles y pensé que partir hacia allá era lo mejor que podía hacer. Desde entonces ha habido demasiados acontecimientos en marcha para volver a Mulars e investigar a fondo su huida. Consideré que apresarlos era una prioridad.

El Emperador lo miró fijamente durante unos instantes para después inspirar con lentitud y levantarse. El metal dorado de su armadura crujió imponente con el gesto.

—Lo entiendo, amigo mío, es normal —dijo componiendo de nuevo una sonrisa—. Eran muchos campesinos. Demasiados para poder asegurar la vigilancia en un castillo lleno de soldados, incluso con un inquisidor al mando. Es lógico que consiguieran liberar a Marc delante de tus narices y que pusieran signos tan sofisticados que engañaran hasta a los más avezados rastreadores que tenías a tu cargo. —El Emperador dejó escapar el aire en un ruidoso suspiro antes de dar un paso hacia Gerall—. Entiendo que te tuvieron correteando de acá para allá, burlándose al fin y al cabo de quien representa nada menos que al Emperador.

Súbitamente el inquisidor dio un paso atrás. Puede que porque su Señor hubiera pronunciado la última palabra con poco menos que un gruñido o quizá porque la corriente de aire que se dejó sentir no provenía de viento alguno.

Muchos de los presentes ahogaron una exclamación ante la tremenda descortesía de aquel gesto, especialmente viniendo de un agente de la Orden.

—Mi señor, lo siento mucho —se apresuró a balbucir el inquisidor con voz temblorosa—. Pido disculpas humildemente y os juro que no volverá a pasar.

—Claro que no, mi buen Gerall, sé que no volverá a pasar, porque eres disciplinado en tu trabajo y un gran guerrero. Todo ese oro que llevas encima o el tiempo que pierdes en tintes y maquillajes son solo para ensalzar tu valor. Que te permitieras un viaje a Trop Deviant en medio de esta crisis no tiene nada que ver con la huida del comandante inquisidor.

En ese momento un movimiento sorprendió a Semín desde el trono. Un hombre que había permanecido oculto hasta entonces se asomó por detrás, provocando un jadeo atemorizado del inquisidor.



—¡Jean! ¡Hermano! ¡Es cierto que estuve en Trop Deviant, pero porque buscaba respuestas al viaje de Marc! —gritó con desesperación—. ¡Díselo a nuestro Señor, tú sabes que es así!

Semín sabía que el hombre que acababa de aparecer era también un inquisidor, no hizo falta que el otro lo llamara *hermano*. Sin embargo, como respuesta a la súplica, solo alzó una mano pálida en la que sostenía una bolsita de terciopelo.

Semín había visto otras veces la elegante flor que tenía bordada; era la misma en que algunas de las cortesanas que conocía llevaban sus cosméticos. Había oído decir que aquellos productos provenían de una baronía de Louisant, aunque hasta ese momento no supiera de cual.

Como sin darse cuenta, Gerall dio un nuevo paso atrás al volver la vista hacia el Emperador. Su sonrisa ya no era de supuesta felicidad o cortesía. Aunque aún mostraba todos los dientes, estaban apretados entre sí y los labios se veían tensos contra ellos.

—Mi Señor, por favor, siempre os he sido fiel —dijo Gerall.

—Fiel, sí. Es cierto que no has cumplido las órdenes que te di; que permitiste que un hombre medio muerto le metiera un virote en el ojo al Gran Maestro; que dejaste que escapara; pero eres fiel, sí.

Semín se dio cuenta de que hacía ya unos instantes que las botas metálicas del Emperador resonaban al avanzar por el mármol, como si fueran las garras de un ave de presa.

Gerall dio un par de pasos hacia atrás al sentir demasiado cerca la abrumadora presencia del Emperador y, como sin darse cuenta, se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Por favor, señor, no quiero haceros daño —balbució, sorprendiéndose de sus propias palabras.

Se oyó como varios de los presentes lanzaban una exclamación atónita e incluso el mismo Septem abrió los ojos un poco más de lo habitual. El Emperador, en cambio, parecía tranquilo y lo seguía mirando fijamente sin que su sonrisa se alterara un ápice.

—¿Hacerme daño? —preguntó casi riendo—. ¿Tú a mí?

Con la siguiente zancada el Emperador cerró los puños y Gerall desenvainó de manera automática al sentir la amenaza ante él. De nuevo intentó dar unos rápidos pasos hacia atrás, pero se encontró con uno de los enormes pilares del salón, justo el que estaba enfrente de Semín.

—¿Huyes de mí, Gerall? ¿Vas a dirigir esa espada contra tu Señor? —preguntó el Emperador con un tono más afilado que el arma, a punto de llegar hasta él.

La espada era elegante y soberbia, nada que ver con la enorme pieza que seguía al lado del trono. El guardamanos estaba formado por unas filigranas de metal dorado y la hoja, que se veía brillante e impoluta, no parecía por ello menos mortífera. Por eso, cuando la usó para defenderse, muchos de los presentes apartaron la vista o gritaron

espantados. Los pretorianos del Emperador, en cambio, seguían en sus puestos, aparentemente sin la menor intención de intervenir.

Fue un movimiento diestro, rápido, lanzado con la seguridad que solo da la experiencia. La espada se elevó un poco y cortó el aire en una diagonal descendente que abarcaba demasiado espacio para no llevar la muerte en ella. Sin embargo, el Emperador la esquivó con una rapidez sorprendente, inclinándose hasta más allá de donde llegaría una persona antes de caer. Como contestación, lanzó su puño en un desmañado revés, como si le diera igual el punto en que impactara. Gerall, demostrando unos reflejos envidiables, se cubrió con ambos brazos, pero el golpe llevaba tal fuerza que le hizo caer varios metros más allá, al centro del pasillo.

El inquisidor se levantó rápidamente para defenderse del Emperador, que se acercó a él sin que sus comisuras se relajaran un instante, manteniendo en todo momento la sonrisa.

—No, por favor —volvió a suplicar Gerall—. ¡Por favor, no!

La gente ya no murmuraba o exclamaba; el salón del trono estaba cubierto por un silencio pesado, roto solo por el sonido de los golpes. Las corrientes de aire y de algo intangible pero inquietante eran lo único que se atrevía a moverse en medio del combate. La mayoría lo notaba, de un modo más o menos consciente, y algunos incluso tenían que hacer esfuerzos por contener las náuseas ante el aumento de presión en la sala.

Ajeno a todo lo que no era el imponente hombre que tenía delante, el inquisidor alzó de nuevo su arma para lanzar varios ataques que el Emperador esquivó sin dificultad. Pero, cuando Gerall tiró a fondo para abrirse un hueco por el que escapar, el Señor de las cuatro provincias cambió de repente su táctica: esa vez no intentó esquivar el acero. En vez de eso agarró la hoja que se le acercaba y la usó para atraer al propio Gerall hacia él hasta cogerlo del cuello. Entonces puso una mano sobre su rostro para estrellarlo contra el pilar, justo al lado de Semín. El golpe fue tan fuerte que el muchacho cayó al suelo.

El cuerpo del inquisidor chocó contra la piedra y unas gotas de sangre salieron despedidas, pero eso no detuvo al Emperador. Una vez que tuvo a su adversario donde no podía escapar comenzó a golpearlo una y otra vez hasta que sus propios puños estuvieron teñidos de sangre.

Semín se dio cuenta de que el inquisidor se hundía un poco más en la piedra y resultaba menos reconocible con cada nuevo golpe. El eco de los mismos resonaba en el salón del trono como el martillo de un herrero.

Cuando el Emperador se detuvo por fin, habría resultado muy difícil para cualquier recién llegado reconocer a Gerall entre los restos.

Solo entonces el Señor de las cuatro provincias pareció reparar en la atemorizada presencia que había a sus pies y se volvió hacia él.

—¡Hola, Semín! —dijo con esa sonrisa demasiado amplia, de dientes demasiado blancos y ojos demasiado abiertos—. Vaya, has crecido mucho últimamente, ¿verdad

que sí?

El muchacho asintió, tratando infructuosamente de controlar los temblores de sus piernas.

—Tenemos que ir un día a visitar al bueno del barón Pavel. Le gustará verte —dijo revolviéndole el pelo y manchándole de sangre. Después, se fue canturreando hacia el trono.

El muchacho permaneció largo tiempo en el mismo lugar en que había caído, incapaz de apartar la vista del arma del inquisidor, que seguía en el suelo. Los dedos del Emperador habían quedado marcados en la hoja, doblando el filo allí donde lo habían agarrado.

A la mañana siguiente Marc le puso una mano en el hombro a Eldwin y lo acompañó hasta el árbol al que había se había subido Neva. A un gesto suyo la loba bajó de un salto para quedarse a tan solo unos pasos, mirándolos con curiosidad.

El pequeño había pasado mala noche. Tenía el rostro cansado, cubierto de sombras y se había despertado muy triste, pero cuando Isabell le llevó a Peca gritó de alegría. La novedad de aquella joven desconocida, con un aspecto tan poco habitual, pareció incluso alejar un poco más la tristeza.

—Mira Eldwin, esta es Neva —dijo Marc—. Es una buena amiga y nos acompañará en nuestro viaje.

—Encantado —dijo él tendiéndole la mano—. ¡Tienes un pelo muy bonito!

La loba adelantó ligeramente el cuello para olfateársela y luego, sin quitarle ojo, le pegó un lametón. Eldwin se echó a reír y ella se apartó un instante con precaución, pero luego lo miró con algo que casi era una sonrisa.

—Neva es una criatura muy especial. No le gusta que la toquen —le avisó Marc— a no ser que sea ella la que busque el contacto.

—¿Por qué?

—Ella es así —dijo Marc encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —contestó él muy serio—. Neva, te voy a enseñar un truco que sabe hacer Peca —dijo, y se puso a parlotear con ella.

Pese a la facilidad con que Eldwin se había puesto de buen humor, los adultos recogieron con prisa y sin dejar de mirar más allá del campamento. Los rostros, cuando el pequeño no estaba delante, eran de tristeza y preocupación, y las brujas simulaban de vez en cuando que una mota de polvo les había entrado en el ojo para que sus lágrimas no preocuparan al niño.

Reemprendieron la marcha poco después del amanecer, tratando de no transmitirle el nerviosismo que sentían, pero conscientes de que no podían perder ni un instante.

—Este es Furioso —le decía Eldwin a Neva desde la grupa del semental—. Es el caballo más grande del Imperio y debes tener cuidado con él: tiene muy malas pulgas.

La loba, que caminaba ágilmente a su lado, no parecía preocupada en absoluto, aunque prestaba gran atención a sus palabras. El caballo, en cambio, no dejaba de mirarla con nerviosismo.

—Furioso sabe que le debemos la vida a esta muchacha —dijo Isabell sin soltar la cintura de Eldwin— y por eso tolera su cercanía, pero tendrá que pasar más tiempo hasta que esté tranquilo a su lado.

—Naffir en cambio ya parece relajado en su presencia —dijo Alba, que montaba el corcel de Marc.

La mujer seguía mostrando una palidez preocupante y, cuando el niño no miraba, cerraba los ojos y trataba de disimular los escalofríos entre los pliegues de la capa de viaje que había traído Neva. Esta, por su parte, se había puesto a regañadientes una larga camisola que le había dado Isabell. Varios metros por delante, los inquisidores iban caminando mientras hablaban en voz baja entre ellos.

—Parece que eres incluso más discreto de lo que ya pensaba —susurró Philippe.

—¿A qué te refieres?

—¡A Neva, por supuesto! No puedo creerme que no dijeras toda la verdad sobre aquella misión. ¡Hay que tener agallas para ponerse delante de Jhaunan y contarle un cuento! Especialmente cuando no éramos más que unos novatos.

—¿Y qué querías que hiciera, que les mostrara dónde la podían encontrar? ¿Qué la abandonara a su suerte? Neva no es un ser humano, pero te aseguro que su llanto era como el de cualquier niño. Lo que hice fue de justicia, nada más.

—Como tú digas, pero lo que me sorprende realmente es que lo pudieras mantener en secreto siendo, como eras, tan terriblemente formalista y recto en tu comportamiento.

—Quédate con esa muestra, entonces, porque no hice nada más en aquellos tiempos que contradijera lo establecido.

—Me quedo con que eres más complicado de lo que siempre había supuesto —murmuró Philippe arrugando la frente.

—Como quieras, pero son otras las cuestiones que deberían preocuparnos ahora. Sigo diciendo que ir a Stromferst es mala idea.

—Eso es lo que decidimos y, por si todavía no te has dado cuenta, Barta ya no está con nosotros para ayudarnos a cruzar el Taimado. —Marc chasqueó la lengua ante su respuesta—. Estas pobres mujeres no dejan de llorar su muerte y encima tratan de disimular ante el niño. Sangre de Lám, ¿qué tipo de fortaleza hace falta para no solo soportar el dolor, sino además fingir delante de un pequeño? ¿Cómo estaríamos nosotros en su lugar si tuviéramos ese tipo de relación con alguien?

Antes de que pudiera responderle, el gigantón volvió atrás para coger a Eldwin en sus hombros y retrasarse un poco con la excusa de enseñarle algo e intentar hacerle reír.

—¿Cómo estáis? —preguntó Marc cuando las mujeres llegaron a su altura.

Isabell hizo un gesto que pretendía quitar importancia al asunto.

—¿Adónde ha ido Neva? —preguntó Alba en cambio.

—Supongo que a comer algo —respondió él encogiéndose de hombros—. Puede que nos traiga un regalo, siempre le ha gustado ayudar.

—Podía habernos ayudado antes de que muriera Barta.

Sus palabras cayeron como una losa sobre Marc, que la miró con gesto grave. Alba estaba demacrada y su expresión era una mezcla de agotamiento y tristeza. Sin embargo, fue Isabell quien se adelantó a la respuesta del inquisidor.

—Esa pequeña hizo todo lo que pudo y lo hizo en el momento adecuado, ya te lo he dicho. No hay nada que reprocharle, más bien al contrario. La culpa de que Barta haya muerto la tiene solo el Emperador y los suyos. —La bruja se pasó el dorso de la mano por los ojos antes de volverse hacia Marc y seguir hablando—. Lo que nos duele sobremanera es que ni siquiera tendremos la oportunidad de enterrarlo.

—Thomenn lo irá a buscar —respondió Marc sintiéndose torpe—. Barta merece estar junto al Creador.

—Sin duda, pero ni siquiera pudimos despedirnos como es debido —musitó Isabell—. Cuando Thomenn acuda, tendrá que buscarlo hasta dar con él en cualquier zanja —añadió mientras las lágrimas volvían a correr de nuevo por su rostro.

A medida que el viaje los acercaba al Camino Nuevo iban viendo más movimiento en los caminos. Había patrullas de soldados, peregrinos y comerciantes, pero también un número alarmante de viajeros. Entre ellos avanzaban numerosas familias; las más afortunadas, en carretas tiradas por algún animal; la mayoría, llevando el equipaje a cuestas.

—Esto nos ayudará a pasar desapercibidos —dijo Philippe mientras oteaban desde una elevación, protegidos tras unos árboles—. Fíjate en aquellos soldados: no saben adónde atender.

—No paro de pensar que todo esto es por mi culpa —respondió Marc con amargura—. Si estas gentes están aquí es por lo que hice en Quiles.

—Ya sabíamos que pasaría esto —musitó Alba con voz débil—. Ahora tenemos que creer en que era un sacrificio necesario y que merecerá la pena.

—Tus acciones permitieron no solo que huyerais de Mulars, sino que nos franquearán el paso hacia Stromferst —añadió Isabell.

—Sigo diciendo que ir hacia allá es una mala idea —contestó él antes de volverse.

Pese a que el sol estaba ya bajo, se marcharon rápidamente para buscar una zona apartada en la que resguardarse del frío y pasar desapercibidos. Neva llamó la atención de Marc enseguida y los condujo hasta una gruta. Tras husmear un momento, la loba entró confiada y los demás la siguieron.

La cueva era una pequeña parte de la colina sobre la que habían estado antes, que se había desgajado del cuerpo principal. Todo el techo presentaba fracturas por las

que entraba la escasa luz de la tarde y apenas tenía más que dos o tres metros de ancho en la parte más holgada. En todo caso, era discreta y los resguardaría del frío y de las miradas curiosas. Las grietas del techo incluso les permitieron encender un fuego en el que cocinar carne y preparar alguno de los ungüentos de Isabell.

Poco después de cenar, mientras la bruja trataba la herida de Alba, los inquisidores se marcharon para permitirles algo de intimidad, con la excusa de ir a ver cómo estaban los caballos. Pero, cuando salín, se dieron cuenta de que Eldwin estaba sentado a la entrada, en silencio, y con un gesto grave en su rostro infantil. Con una mano acariciaba a Peca y con la otra se abrazaba las rodillas.

Llegaron hasta él sin hacer ruido y se sentaron a su lado, compartiendo el silencio durante unos instantes.

—¿Estás bien? —preguntó Philippe al fin—. Espera, es por Barta ¿verdad?

El gigantón se volvió hacia Marc con disimulo y alzó los hombros como para pedir consejo, pero su hermano solo le devolvió una mirada de duda.

—Está... está en un lugar mejor —dijo entonces—. Thomenn lo ha acogido para llevarlo a la presencia de su Padre.

Eldwin asintió y compuso una mueca de determinación que resultaba más entrañable que convincente.

—Escucha —dijo Philippe dubitativo—, vivimos tiempos extraños. Extraños y peligrosos. Debemos ser fuertes.

—Pero... —dijo Eldwin interrumpiéndole de pronto— ¿cómo podéis permanecer tan tranquilos después de lo que pasó allí?

Sorprendido por el ímpetu de su pregunta, Philippe se quedó unos instantes en silencio. Luego, tras inspirar lentamente, le contestó.

—No es que estemos tranquilos —dijo con suavidad—, es que nosotros nos hemos enfrentado muchas veces a situaciones como esa. Y me temo que no será lo último desagradable que veamos antes de estar a salvo.

—Me gustaría ser tan fuerte como vosotros —respondió Eldwin—. Quizá habría podido ayudar cuando nos alcanzaron los soldados —añadió antes de que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Philippe le puso una mano en el hombro y apretó afectuosamente. Fue un gesto sencillo, pero el niño se acercó más a él, agradeciendo su calor. Marc pensó por un momento que, quizá, ellos nunca habían otorgado un gesto como aquel hasta entonces.

—Debería ser un derecho incuestionable que los niños crecieran felices y ajenos a la oscuridad que mora en el mundo —dijo con una voz teñida de amargura—. Puede que así todos los adultos fuéramos mejores —añadió.

—Pareces triste —contestó Eldwin, volviéndose a medias hacia él.

—Solo son recuerdos del pasado. Malos recuerdos.

—¿Cosas como cuando nos capturaron?

Marc asintió, compartiendo una mirada llena de franqueza con él.

—Sabes, Eldwin, hay instantes en la vida tan intensos que forjan el carácter de una persona más que diez años de placidez. Tú has vivido uno de esos momentos hace poco, pero no permitas que la experiencia rompa tu interior. Sé fuerte; asume lo que viste; acepta el recuerdo y doblégalo con tu voluntad hasta que, en vez de hacerte mal, te dé fuerzas y sabiduría para enfrentar el futuro con mayor fortaleza.

El pequeño lo miraba con los ojos desbordados por las lágrimas, pero también con un brillo de esperanza que Marc había visto en pocas ocasiones.

En ese momento, la cabeza de Neva apareció entre ellos dos para acurrucarse en los brazos del niño, quizá para tratar también de confortarlo.

Pese a que Marc la había obligado a llevar siempre la camisola que le había dado Isabell, Philippe la seguía mirando con el mismo recelo que si fuera un animal salvaje y peligroso.

—Parece que le has caído muy bien —dijo apartándose un poco.

—Ella a mí también. Es buena —dijo Eldwin como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Sí —contestó Marc acariciándole el cabello—, sí lo es.

Los siguientes días continuaron siendo duros en su marcha hacia el Noreste pero al menos estaban un poco menos nerviosos. Marc solía enviar a Neva a explorar los alrededores y en ningún caso dio con el más mínimo indicio de que hubieran encontrado su rastro. Pese a ello, seguían avanzando de un modo apresurado, exigiéndose hasta el agotamiento.

Eldwin parecía asumir con entereza la muerte de Barta y, aunque recordaba también la ausencia de Aníbal, trataba de afrontarlo como le había dicho Marc, demostrando una decisión impropia de alguien tan joven.

El niño parecía buscarlo cuando necesitaba hablar con seriedad, mientras que prefería la compañía de Philippe si tenía algo más de ánimo para bromas o las historias rocambolescas que el gigantón le contaba. A veces jugaba con Neva a perseguirla, a esconder algo que ella tenía que rastrear o, simplemente, se tumbaba a su lado cuando podían descansar. Daba la impresión de que la loba tenía la facultad de calmarlo, igual que a Marc cuando tenía uno de sus episodios de mal genio.

El tiempo era algo más suave en la tercera provincia que en el resto del Imperio y la entrada de marzo parecía haber aplacado los vientos gélidos que llegaban desde las Colinas Eternas. Además, en su camino hacia el Norte se iban encontrando cada vez con más verdor, por lo que era fácil ocultarse. Todavía quedaban grandes extensiones de pradera o de mesetas rocosas en los límites de Rock-Talhé, pero las corrientes de agua que no habían sido labradas por la mano del hombre eran también más abundantes.

Aquel día acababan de abandonar uno de esos regatos cuando encontraron un lugar bastante apropiado para detenerse. Philippe se llevó a Eldwin a buscar leña con

la excusa de que le dolía tremendamente la espalda y necesitaba a un mozo fuerte que le ayudara a cargarla. En cuanto ambos se alejaron un poco, Marc aprovechó para abordar con las brujas la cuestión que llevaba días rumiando.

—Es hora de que me habléis de Eldwin —dijo sin preámbulos.

—Él no es asunto tuyo —contestó Isabell inmediatamente.

Pese a que la consideración que tenía por Marc había mejorado desde que llegó Neva, la mujer seguía mostrándose reacia a hablar del niño. Lo protegía con un celo rabioso y toda la suspicacia volvía de golpe cuando trataban de averiguar algo sobre él.

—Lo es desde el momento en que Gaulton se ofreció a dejarnos marchar si se lo entregábamos. Tú lo oíste.

—¿Qué es lo que tratas de decir?

—Que creo que lo buscaban a él incluso con más insistencia que a nosotros. Cuando la cohorte se nos echó encima vi pasar a dos soldados que iban a por él evitando trabarse en combate conmigo. Debéis contarnos qué demonios sucede con Eldwin.

—Ya te he dicho que no. Es un asunto exclusivamente de las brujas.

—Tiene razón, Isabell —dijo Alba de pronto, tendida en el suelo—. Hemos pasado por demasiadas cosas juntos para seguir ocultádoselo. El Consejo mismo les ha encargado la protección de Eldwin en nuestro viaje al Norte. ¿Qué más ha de pasar para que confiemos del todo en ellos?

—¡No puedes hacerlo! —respondió Isabell con el rostro congestionado.

—Han estado a punto de matarnos a todos, sin hacer distinciones. Debemos contárselo.

Isabell apretó las manos con ansiedad antes de agachar la cabeza y darse por vencida.

—¿Recuerdas lo que te conté acerca de los mensajes que las brujas hemos recibido el Creador? —preguntó entonces Alba, con voz débil y cansada—. Aurore soñó una vez con un niño. Estaba en medio del bosque, llorando, pues no era más que un bebé. Aquella visión era tan vívida que podía percibir los perfumes de la noche, el sonido de los árboles e incluso de los animales que correteaban de acá para allá. Nunca había soñado de ese modo, así que se levantó cuando todavía faltaba mucho para el amanecer y corrió.

—¿Encontró a Eldwin en medio del bosque? —preguntó Marc.

—No. Isabell estaba con ella y la siguió, pero cuando llegaron al lugar con el que Aurore había soñado no había nada. Tampoco hablaron de aquello con nadie, pero tan solo hace unos años, cuando ella ni siquiera estaba ya con nosotros, Isabell tuvo el mismo sueño.

—Me lo había descrito con tanto detalle que era imposible que no fuera el mismo —admitió Isabell con la mirada perdida—. Corrí hasta el claro como lo hiciera antaño con mi maestra. El camino permanecía fresco en mi memoria. El roble se



alzaba igual, ni magnífico ni relumbrante, pero un roble. A sus pies había un bebé que lloraba. Tenía frío y estaba solo —Isabell se atragantó por la emoción y tuvo que volverse, simulando que buscaba su odre.

—Eldwin —susurró Marc atónito—. Pero ¿quién lo dejó allí?

Alba lo miró directamente a los ojos hasta que inspiró profundamente y se llevó las manos a la cabeza, al entender lo que ambas callaban.

—¿Qué dijo vuestro Consejo acerca de esto?

—Le concedieron la máxima importancia. Eldwin ha estado siempre tan protegido como nos ha sido posible.

—Pero ¿qué es lo que se espera de él? ¿Para qué ha sido enviado?

—Eso todavía no lo sabemos, pero no te preocupes, el Creador no da nunca un paso en falso. Si está aquí es por algo y debemos protegerlo con nuestras vidas.

Marc asintió y, al ver que Philippe se acercaba con el niño, comenzó a hablar algo más alto de la ruta que debían seguir. Pese a todo, a su hermano no le pasó desapercibido que tenía la cara pálida y llena de una expresión abrumada.

Al día siguiente Isabell les ordenó parar pronto.

—La herida de Alba empeora. Apenas consigo contener la infección. Necesito plantas para elaborar las medicinas. Debemos ir a un pueblo.

—No es buena idea —dijo Philippe—. Entrar en cualquier población, por pequeña que sea, resultaría muy arriesgado a estas alturas.

—Es necesario que paremos en un pueblo —insistió Isabell—. Alba empeorará progresivamente, sobre todo si sigue expuesta al frío y la humedad. He perdido a Barta y no la perderé a ella por esta tontería —añadió con gesto hosco—. Necesita medicinas, calor y descanso. Eldwin tampoco está mucho mejor. Puede que todos necesitemos un respiro y ni siquiera nos hayamos dado cuenta.

—¡No podemos detenernos en un pueblo! ¡El Imperio nos busca con todas sus fuerzas! Tendrán espías investigando cada aldea. Es demasiado arriesgado —sentenció Philippe.

Marc, en cambio, no había abierto la boca, por lo que los demás se volvieron hacia él, como esperando unas palabras que forzaran la decisión.

—Creo que debemos hacer caso a Isabell —dijo suavemente, tras un incómodo silencio—. En estas condiciones nos estamos exigiendo demasiado. Tenemos que darle tiempo a Alba para que se recupere y a ninguno nos vendrá mal un descanso. Estamos exhaustos y no tengo claro que pudiéramos hacer mucho si hubiera que luchar.

—No estoy de acuerdo. ¡No estoy de acuerdo en absoluto! —dijo Philippe, retorciéndose las manos—. Dejarnos ver así... ¡Y además está el tema de los caballos! —añadió apartando la mirada.

—Oh, ¿entonces es eso? ¿Temes exponer demasiado a tu enorme montura y que la reconozcan? —preguntó Isabell con gesto condescendiente.

—¡No es solo que lo reconozcan! Naffir podría pasar desapercibido con algo de suerte, o tomado por el juguete de algún noble, pero Furioso da que hablar allá por donde pasa. Los críos se subirán unos sobre otros para poder verlo desde las ventanas de la cuadra; los hombres me preguntarán sobre él y los más ricos del pueblo vendrán con aires de importancia para intentar comprarlo.

—Todo eso no sucedería si vistiéramos nuestras ropas de inquisidor —murmuró Marc.

—No, evidentemente no, pero en estas circunstancias sería como llevar un heraldo delante de nosotros, tocando una corneta y anunciando nuestra condición de prófugos.

—Sea como sea, Alba tiene que descansar. Puede que exponer a Eldwin sea demasiado arriesgado, pero alguien debe ir con ella para protegerla y conseguirle medicinas mientras se recupera.

—Creo que estáis exagerando un poco —dijo Alba intentando sonreír—, no me encuentro tan mal.

—De eso nada, señorita —contesto Philippe mirándola con gesto crítico—. Tienes el rostro más pálido que ayer y, como sigas adelgazando así, las costillas se te marcarán tanto que los percusionistas de Hÿnos podrán tocar sus notas sobre ellas.

—Entonces debemos decidir quién la acompañará para velar su descanso —dijo Marc.

—Ya os anuncio que no seré yo —dijo Isabell—. Me quedaré en la espesura con Eldwin hasta que se recupere. —La mujer miró al niño, que jugaba con la loba, y una expresión de ansiedad afloró en su cara—. No me separaré de él. Y tampoco quiero arriesgarme a mostrarlo alegremente si es cierto que el Imperio lo busca con tanto empeño.

—No sé qué estamos discutiendo si ya lo tenías todo decidido de antemano —rezongó Philippe.

—Pues tú tampoco puedes ir —se apresuró a decir la bruja—. Eres tan grande que la gente te mira a ti antes que a tu caballo. Igual da que te echés tinte o que te disfraces. Darías que hablar durante días en un pequeño pueblo.

—Entonces debes ser tú quien la acompañe —concluyó el gigantón señalando a Marc—, puesto que no creo que queráis proponer a Neva.

—Evidentemente no —respondió Isabell—. Me da la impresión de que si hubiera problemas podría causar un revuelo aún mayor que si tú entraras a lomos de Furioso.

—Entonces no queda más opción que dejar que Marc vaya con ella como si fueran un alegre y fogoso matrimonio, como cuando lo capturó meses atrás.

Alba y Marc compartieron una mirada incómoda a la vez que notaban como se les subían los colores.

—Nos quedaremos con los caballos para que podáis simular que viajáis a pie —se apresuró a decir Isabell—. Es importante llamar lo menos posible la atención.

—Parece que está decidido —dijo Alba encogiéndose de hombros.

No hubo más debate, pero cuando Marc se dio la vuelta para recoger sus cosas de las alforjas, Philippe lo acompañó con el pretexto de ayudarlo.

—Ferdinand nos dijo una vez que, en temas de mujeres, nunca hiciéramos algo de lo que nos pudiéramos arrepentir —susurró colocando los correajes de la silla. Después lo miró a los ojos—. ¿Recuerdas como continuaba su consejo? —preguntó elevando una ceja.

Marc le devolvió la mirada un instante antes de resoplar, torcer el gesto y dirigirse hacia Neva.

—«Pero aún menos dejéis de hacer algo que os haga preguntaros durante el resto de vuestra vida cómo habría sido» —respondió.

No tardaron en encontrar un pequeño pueblo que resultaba adecuado para sus intereses: estaba cerca del Camino Nuevo y de otras poblaciones que formaban conocidas rutas comerciales del norte de la tercera provincia, por lo que el paso de viajeros no resultaba infrecuente.

La pareja llegó caminando fatigosamente. Llevaban las capas de viaje llenas de polvo y el rostro cubierto por el cansancio. Se dirigieron a una de las dos posadas que había en el pueblo, la más humilde, negociaron el precio y subieron a las habitaciones con lentitud. Solo entonces, una vez que se encontraron a salvo de miradas indiscretas, Alba se permitió derrumbarse sobre la cama suspirando sonoramente.

—No creo que nadie se haya vuelto para mirarnos —dijo con voz débil.

—Yo tampoco —contestó Marc mientras colocaba los pocos bultos que había llevado consigo—, pero he visto a un par de hombres que parecían bastante interesados en cuantos entraban en el pueblo. ¿Viste a esa familia que iba en un carro?

—¿Aquellos que nos adelantaron en la calle principal?

—Sí. El hombre era alto y tenía el pelo de un color cobrizo. Había otras dos mujeres y un niño pequeño con el cabello claro.

Alba abrió mucho los ojos.

—Me pareció que uno de esos dos hombres se levantaba para ir tras de ellos.

Alba sacudió la cabeza.

—Todavía me asombra que siempre os deis cuenta de todo.

—Supongo que hay más de costumbre y entrenamiento que de otra cosa.

Alba se encogió de hombros y comenzó a quitarse las botas.

—Vi cómo hablabas con Neva antes de irnos. Parecía incómoda.

—No le ha gustado la idea de separarnos y dejarla en compañía de otros ahora que, por fin, le había permitido permanecer a mi lado —contestó Marc—. Me da

miedo que pueda ponerse nerviosa en mi ausencia.

—Pierde cuidado. Isabell la tranquilizará si surge algún problema.

—No dudo de su pericia, pero para los que no la conocen puede resultar imprevisible. Y su naturaleza mestiza resultaría extraña incluso para los estudiosos de la Orden.

—Nadie puede decir siquiera que sepa mucho acerca de las bestias de sangre —apuntó Alba.

—Pero Neva es especial incluso entre ellas. Sin duda la condición de su madre le afectó en gran medida. Incluso los que hemos luchado en alguna ocasión contra criaturas similares tendríamos más que problemas para enfrentarla.

—¿Tan fuerte es?

—No te haces una idea —respondió Marc muy serio.

—Y ¿aun así estás seguro de que es buena idea que viaje con nosotros? Podría tener recuerdos más que tormentosos de su niñez; recuerdos de su padre o de esa terrible madre que podrían hacerle ponerse nerviosa y...

—No —dijo Marc sin el menor asomo de duda—. Ella vive en el presente y le preocupan las personas que conoce, no lo que sucedió tan atrás que ni siquiera puede recordar. Para ella esos días tienen la misma importancia que si nunca hubieran sucedido. Puede que, pese a su naturaleza, muestre una sabiduría de la que muchos deberíamos aprender.

Alba frunció el ceño ante una afirmación tan categórica, pero no replicó.

—Seguro que todo va bien, Marc. Pasaremos aquí un par de días, me recuperaré y volveremos con los demás para continuar el viaje.

—Eso espero —respondió él inspirando profundamente—. Voy a ordenar que te preparen un baño.

—Creo que ese es un lujo que no podemos permitirnos. Ya no tenemos esa bolsa llena de emperadores de oro, ¿recuerdas?

—Isabell fue muy concisa al explicarme los cuidados que ibas a necesitar y no pienso exponerme a su cólera —contestó él con fingida seriedad—. Después del baño te acostarás y, con suerte, encontraré pronto las hierbas que necesito.

Alba se encogió de hombros y esperó pacientemente hasta que el inquisidor volvió de hablar con el posadero. Unos minutos más tarde la acompañó a la sala de baños y esperó junto a la puerta hasta que salió, cubierta con mudas limpias.

—Estás tiritando —dijo mientras le echaba una manta por encima.

—Había dos fuegos ahí dentro y el agua estaba tibia, pero no me encuentro del todo bien.

Marc le puso la mano sobre la frente y apretó los labios.

—Tienes fiebre. ¿Has lavado bien la herida?

—Sí, maese curandero —contestó ella tratando de sonreír—. Y también me la he vendado con trapos limpios.

—Escúchame —dijo Marc cuando Alba se metió en la cama—, voy a buscar las hierbas que Isabell me dijo. Estaré pronto aquí pero, si hubiera algún contratiempo, abre la ventana y grita. Llegaré antes de que vuelvas a llenar de aire los pulmones.

—Gracias Marc. Sé que lo harías —dijo ella con una sonrisa franca.

El inquisidor salió con pasos rápidos, pero trató de disimular una apariencia tranquila y aburrida en cuanto llegó a la sala común de la posada. Tampoco corrió hacia el herbolario aunque por dentro hervía de ansiedad. Con todo, no tardó mucho en estar de vuelta y, cuando entró en la habitación, descubrió que Alba dormía plácidamente, tapada hasta la nariz.

—Eso huele fatal —dijo Alba con voz débil.

La luz que iluminaba la habitación estaba ya muy tamizada por las sombras de la tarde. Había un par de candiles encendidos y el fuego, sobre el que hervía un pequeño perol, templaba el ambiente de un modo muy agradable.

—Aurore solía decir cuando nos enseñaba herbología que, cuanto peor oliera, mejores serían sus efectos.

—Tanto en pociones como en venenos —añadió Alba, imitando una voz tétrica y cavernosa.

Marc sonrió y se volvió hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? Has dormido muchas horas —dijo acercándose para ponerle la mano en la frente—. No tienes fiebre.

—Creo que estoy mejor.

—Sin duda descansar a cubierto y sin pasar frío te habrá hecho bien.

Marc tomó un cucharón de madera para verter en un cuenco algo de lo que hervía y lo mezcló con agua. Después se lo acercó a la bruja, que comenzó a beberlo a sorbos, poniendo un gracioso gesto de repulsión cada vez que lo hacía.

—Isabell sabe lo que hace —comentó—. Estoy seguro de que esto conseguirá que te repongas.

—No encontrarás muchos que sepan más que ella en cuestiones de hierbas o pociones. Tuvo una buena maestra.

—Los tres la tuvimos.

Alba asintió, pero sus ojos quedaron prendidos en las llamas con pesar.

—Isabell jamás se perdonó no haberse disculpado con ella.

—¿A qué te refieres?

—Ellas dos eran casi madre e hija. Se querían como si llevaran la misma sangre, pero discutían también del mismo modo. Isabell no llegó a conocer a sus padres. La Orden los mató cuando no era más que un bebé y acabó siendo criada por Aurore. Siempre andaban peleándose. Yo era como la almohadilla que llevan los mulos para protegerse del yugo, lo único que se interponía entre ellas cuando se enfadaban.

—No me parece que tengas un carácter tan suave —murmuró Marc.

—Entonces tendrías que verme enfadada de verdad —contestó ella sacándole la lengua—. Antes de que Aurore se fuera, discutieron como nunca antes. Isabell no estaba de acuerdo con su decisión, la ponía furiosa. Creo que no era capaz de entender que la abandonara por un destino tan incierto. La acusó de ser egocéntrica, de buscar solo su gloria. Aurore tampoco se quedó atrás, no sé de una sola ocasión en que alguien la provocara y no obtuviera respuesta. Se dijeron cosas terribles aquella noche.

—Creo que esas riñas son normales entre familia —dijo Marc.

—Lo sé. Isabell estuvo muchos días con el ceño fruncido, sin hablar apenas ni interesarse por ella, pero con el tiempo la preocupación fue venciendo. Cuando nos llegó la noticia de que realmente la habían capturado y conducido al Monasterio lloró durante horas. Pero el momento en que nos enteramos de su muerte fue... —Alba se tapó la boca con la mano y parpadeó muy rápido, para intentar contener las lágrimas—. ¡No te haces una idea de lo duro que es comprender que alguien se ha ido para siempre y las últimas palabras que le dirigiste no fueron precisamente para decirle lo mucho que la querías!

Marc se acercó a ella y le apretó afectuosamente el hombro.

—Los muertos tienen esa cualidad —contestó pensando en su antigua maestra, pero también en Ferdinand e incluso en Sebastien—. Están llenos de nobleza, pues han pagado un precio definitivo. Es algo que solo nos recuerda nuestra mezquindad —añadió oscureciendo su expresión.

—No digas eso —respondió inmediatamente Alba, secándose las lágrimas—. Esto que te cuento no cambia el hecho de que Aurore amaba a Isabell, y también a ti. No somos nosotros los responsables de esas muertes, pero sí quienes podemos hacer que tengan un significado; que hayan servido de algo al final.

Marc asintió y durante unos instantes compartieron el silencio.

—Es difícil no pensar en ella, ¿verdad? —preguntó el inquisidor al fin.

—Sí. Pese a su carácter se hacía querer. Era una de esas personas capaz de marcarte para siempre. Decía que la mayoría de nuestros actos son absolutamente indiferentes para el resto —dijo Alba mirando hacia la ventana—. Por eso, si al menos conseguíamos un puñado de cosas buenas para los demás en el tiempo que nos ha sido dado, podríamos sentirnos satisfechos.

—No era ese el punto de vista que nos enseñaron sobre las brujas, ni lo que habíamos escuchado por boca de nuestros compañeros inquisidores —murmuró Marc—. Quizá si no hubiera sido tan ignorante podría haber evitado lo que le pasó.

—Sabes que no había nada que hubieras podido hacer —respondió Alba.

—Es posible. Pero la idea misma que nos fue inculcada en el Monasterio tampoco se correspondía con lo que veíamos en Aurore y, sin embargo, pocos le mostraron algo más que desprecio.

Alba asintió.

—Debió de ser duro reencontraros con vuestro hermano de ese modo.

—Gaulton —dijo Marc en un susurro y sus ojos se clavaron en las llamas—. Philippe ya me avisó cuando ni siquiera nos habían confirmado como inquisidores. Me dijo, con una discreción y perspicacia extrañas en él, que nuestro hermano ya no se parecía a nosotros. Tanto él como otro de los cinco que nos formamos juntos han recorrido un camino que me resulta... —Marc apretó los labios antes de seguir hablando— inconcebible, cuando menos. Aun así, son mis hermanos. Hemos pasado por muchas cosas. No soporto ver a lo que nos ha llevado todo esto.

—No conozco al otro del que hablas, pero ese Gaulton no es alguien a quien tengas que tener en ninguna consideración —respondió Alba—. Ojalá volvámos a encontrárnoslo. De ese modo, yo misma le haré pagar lo que le hizo a Barta.

—¿Consideración? ¡Es un carnicero! —exclamó Marc, sorprendiendo a la bruja—. Y lo es desde hace años pero, pese a todo, lo nombraron Voz del Emperador. ¿Cómo es posible que tuviéramos que pasar por tanto para que me diera cuenta de que mi antiguo Señor era el canalla que alentaba todo eso?

Alba lo contempló en silencio un instante antes de acercarse un poco más a él.

—Ay, Marc, si sigues reprochándote con tanto ahínco no haber sido capaz de ver el futuro o lo invisible, acabarás por derretirte en tu propio rencor —dijo poniéndole una suave mano en el cuello—. Lo que ha pasado en el Imperio desde hace siglos no es culpa tuya. Philippe lo ha dicho más de una vez: tú fuiste el único capaz de ver cuando los demás seguían cegados. Y más de una vez, recuerda a ese Melquior del que habláis a menudo.

—Melquior, sí —murmuró Marc apretando los puños.

Ambos se sumieron en un inquieto silencio, roto por el crujido que provocaban las llamas. Alba miraba a Marc con expresión preocupada, mientras el inquisidor permanecía con los ojos fijos en la chimenea, llenos de un brillo anaranjado. Pronto comenzó a percibirse el sonido de los parroquianos, amortiguado desde abajo, mientras la última claridad del sol abandonaba la ventana. El olor del humo mezclado con la madera envejecida dotaba a la habitación de un ambiente hogareño del que ninguno de los dos parecía capaz de disfrutar.

—Estaba pensando en lo que dijo Philippe —dijo Marc de pronto.

—¿Lo de que somos un fogoso matrimonio? —preguntó Alba con media sonrisa en el rostro.

—No —respondió él, notando que se sonrojaba—. Me refería a lo de viajar juntos cuando me capturaste. Todo eso se ve desde una perspectiva muy distinta ahora.

—Recuerdo la primera vez que te vi —dijo Alba asintiendo—. Acababas de vencer a dos de nuestros mejores hombres a la vez. Habían pasado mucho tiempo cerca de mí y te odié aún más por ello. Entonces Aníbal llegó hasta a ti y volviste a sorprenderme. No podía creer que pudieras enfrentarte a él de igual a igual.

Marc asintió y su expresión fue cambiando al sentir la pena que contenía la voz de la bruja.

—Poco después nos pusimos en camino —prosiguió la mujer, estrechando los ojos—. Me helabas la sangre en las venas. Siempre estabas despierto y tenías los ojos puestos en mí así, con una mirada ceñuda y amenazante.

Alba compuso de pronto una mueca simiesca que rompió la tensión e hizo reñir al inquisidor.

—Tú también me dabas miedo. Eras más poderosa que cualquier bruja que no estuviera en las leyendas.

—No era para tanto —respondió ella con un ademán grandilocuente—. A propósito de poderosos, ¿recuerdas cuando te enfrentaste a esos hermanos DeValle? Me dejaste con la boca abierta.

—¿Por mi valor y gallardía? —preguntó Marc imitando su tono de antes.

—No, tonto —respondió ella dándole un golpe en el brazo—: porque no estaba segura de que aquella acción quedara dentro de los límites del hechizo. Te había ordenado protegerme y velar por los intereses de mi viaje, no hacer nada que pudiera perjudicarlo. Lanzarse en medio de aquello no era lo más apropiado bajo dichas consignas.

—Fueron tiempos extraños —dijo Marc encogiéndose de hombros—, pero no me arrepiento de haber ido a Regia.

—Nunca quise que resultaras herido —dijo ella, súbitamente más seria—. Ni aquí, ni tampoco aquí —añadió poniéndole la mano en las costillas y después en la frente.

Marc inspiró ruidosamente y los labios se le crisparon en una mueca de odio antes de dominar los recuerdos.

—De todos modos, las cosas tampoco han cambiado tanto desde entonces —dijo ella al fin, recuperando el ánimo—. Velas mi descanso y me proteges. Cuando viajábamos a Quiles tampoco me quitabas la vista de encima, aunque puede que por motivos distintos.

Ambos sonrieron nuevamente y guardaron silencio por unos instantes. Cuando Alba habló, lo hizo tras compartir con él una mirada intensa, mucho más prolongada de lo que suele ser habitual entre dos personas.

—¿Recuerdas esa última parte del viaje? —preguntó—. La angustia, el miedo, la expectación por alcanzar al fin nuestro objetivo, por desvelar algo oculto durante tanto tiempo.

—Cómo olvidarlo, si me llevabas atado y sin posibilidad de huir.

—Puede que sí —dijo ella con una risilla— y siento haberte hecho pasar por todo eso, aunque me alegro de que fueras tú quien me acompañara.

—Y yo de que fuera así, pero ahora es momento de que dejes de disimular. Ha llegado la hora de que te tomes ese brebaje tan apetitoso —dijo dando una palmada.

—Vaya, pensé que te podría despistar con mi cháchara, qué decepción.

—Es imposible despistar a los inquisidores —contestó él tendiéndole un cuenco de barro.



—Claro, menuda suerte la mía —contestó ella arrugando la nariz.

Mientras la bruja bebía a sorbos, Marc tomó otro paquetito de hierbas y un mortero.

—¿Para qué es eso? —preguntó Alba tras apurar el resto de la poción con desagrado.

—Isabell me dijo que debía preparar una pasta con estos ingredientes y ponerla sobre la herida, recién lavada con agua caliente. Por eso tengo todavía el cazo al fuego —contestó Marc vertiendo un poco en el mortero—. Dijo que era imprescindible tratar la infección directamente. También comentó que escocería un poco.

—Si Isabell dijo eso es que quemará como el fuego del infierno. Bien, pues tendré que ser fuerte como un inquisidor y aguantar —dijo Alba con una mirada burlona.

Marc sonrió, dejando a un lado el macillo.

—¿Estás preparada?

—Claro. Con delicadeza, por favor —contestó ella apartando la ropa de cama y subiéndose la camisola hasta el muslo.

Marc trató de sonreír de nuevo, pero cuando llevó las manos al vendaje se dio cuenta de que estaba nervioso hasta un punto que le costaba disimular. El deseo y un extraño miedo parecían estar jugando al ratón y al gato alrededor de su estómago.

Deshizo el nudo con torpeza y comenzó a retirarlo intentando no rozar siquiera la suave piel de la bruja. El contraste hacía que sus manos parecieran la lima fina de un carpintero, mientras que el muslo de Alba era más delicado que la seda agoriana.

—No tiene mala pinta —dijo con voz entrecortada—, pero voy a lavarla un poco como dijo Isabell. ¿Te parece bien?

—No tienes que preguntarlo, Marc —susurró ella con un tono que no le había escuchado jamás.

Sus ojos verdes parecían fulgurar de un modo que solo había visto unas pocas veces antes, en una persona muy concreta.

Asintiendo como para sí mismo, tomó uno de los trapos limpios que había comprado y lo mojó con el agua que tenía al fuego. Después lo pasó lentamente por la herida. Alba cerró los ojos y apretó un poco los labios, pero no movió la pierna ni un milímetro. Cuando terminó y una vez que la hubo secado, Marc untó en un dedo un poco de la pasta que había preparado. Entonces alzó la cabeza y Alba asintió.

Nada más rozar la herida, la bruja se crispó mientras agarraba la otra mano de Marc, apretándola con fuerza.

—Aguanta, Alba. No tardaré nada —dijo él apresurándose.

Marc aplicó la pasta en abundancia, como le había dicho Isabell, intentando ser lo más delicado posible. Pese a ello, la bruja respiraba agitadamente y mantenía los ojos cerrados en una mueca de dolor.

En cuanto terminó, comenzó a vendar de nuevo la herida intentando olvidarse de la cálida piel que tenía tan cerca. Sin embargo, cuando la tela ya estaba en su sitio, Alba volvía a tener los ojos abiertos y tomó de nuevo su mano, con un gesto mucho más relajado que antes. Entonces la llevó hasta el vendaje, quizá ligeramente más arriba.

Sus ojos quedaron prendidos durante unos instantes eternos, flotando en el ambiente de aquella habitación con la suficiente intensidad como para detener el tiempo y tatuar su memoria.

Marc y Alba abandonaron el pueblo tras dos noches alojados en la taberna y, de nuevo, con un tono distinto en los cabellos, ocultos bajo las capuchas.

Se marcharon por el camino como un matrimonio cualquiera que continuara su viaje, tras comprar provisiones y algo de ropa de abrigo. Sin embargo, cuando llevaban ya unos cuantos minutos caminando, se aseguraron de que no tenían a nadie a la vista y se internaron en el bosque.

—¿Cómo notas la pierna al caminar? —preguntó Marc—. Ya apenas cojeas.

—Mucho mejor. Me duele un poco, pero sin el escozor de antes. Parece que has hecho un buen trabajo.

Marc abrió la boca para contestar justo cuando sus ojos se encontraron y, finalmente, ambos apartaron la mirada con rubor.

Estuvieron caminando en silencio durante casi una hora hasta llegar al arroyo que buscaban.

—Aquí es —dijo Marc—. Solo tenemos que remontar la corriente para encontrarnos con el claro.

—No reconozco este lugar —contestó Alba mirando hacia todas direcciones—. ¿Estás seguro?

Marc estaba a punto de contestar cuando, súbitamente, una silueta que despedía una estela blanca se precipitó sobre él, arrojándolo al suelo.

—¡Neva! —rio mientras la loba se restregaba contra su pecho.

—Vaya. No sabía que fuera tan efusiva —dijo Alba, molesta.

—Ella es así —contestó Marc acariciándole el cabello—. Muestra sus emociones de un modo muy distinto al nuestro.

—Podía al menos dejarse la ropa puesta —contestó la bruja con tono cortante.

La loba tardó un buen rato en permitir que el inquisidor se pusiera en pie y solo aceptó guiarlos hasta donde estaban los demás después de que le rascara la espalda.

—¡Ya era hora! —rugió Philippe levantándose con una carcajada en cuanto los vio llegar—. Nos empezábamos a preguntar si tendríamos que hacernos unos taparrabos y chalecos de piel para vivir en medio de los bosques como los antiguos salvajes de Rock-Talhé.

—Al menos no has hecho chistes fáciles —le susurró Marc con acidez cuando el gigantón lo sepultó bajo su abrazo.

—No me tientes, hermano —contestó Philippe—. Has estado a solas con la moza varios días. Espero que te hayas comportado con altura, me costó mucho enseñarte todo lo que sabes.

Pese al tono jocosos, Philippe percibió al instante que Marc volvía a parecer taciturno y mostraba una expresión sombría, pero antes de que pudiera decir nada Eldwin llegó corriendo, con Peca a la zaga.

—¡Alba! ¡Marc! ¡Mirad lo que sé hacer! El tío Philippe me ha enseñado a escalar.

—Oh, ¿sí? ¿El tío Philippe? —preguntó Alba.

—Sí. Ese alcornoque no sabe más que enseñarle tonterías y cosas peligrosas —respondió Isabell llegando hasta ella y abrazándola con alivio—. ¿Sabes que ayer estuvieron practicando esgrima con unos palos?

—¡Pero a este pequeñajo no se le da nada bien! —gruñó Philippe levantándolo sobre su cabeza—. ¡Nunca tira la espada a fondo! —Eldwin trató de responder algo, pero se atragantó con su propia risa—. Por cierto, ¿ya habéis estado otra vez jugando con tintes?

—Debemos ocultar los signos que puedan delatarnos. Hemos traído también para ti —respondió Marc.

Philippe comenzó a hacer mohines y a despotricar, pateando cómicamente el suelo mientras se quejaba de las torturas a las que lo sometían.

—¿Cómo estás? —preguntó Isabell por fin, poniéndole la mano a Alba en la frente—. ¿Te ha hecho las infusiones y el ungüento que le dije?

—Sí, estoy mucho mejor. Me ha cuidado muy bien —contestó Alba volviendo la cabeza hacia Marc, que se había acuclillado ante la loba para hablarle mientras esta retozaba sobre la hierba.

Isabell estrechó los ojos con suspicacia, pero no dijo nada más.

—¿Cómo está Eldwin?

—Ya sabes. Los niños son criaturas maravillosas. Ha llorado por las noches, pero la verdad es que este bruto lo mantiene entretenido. Se llevan muy bien.

—Me alegro, no he dejado de pensar en él. Me daba miedo cómo podría afectarle la pérdida de Barta —contestó ella. Por un momento ambas se mantuvieron en silencio recordando a su amigo, hasta que Alba sacudió la cabeza y se volvió hacia donde estaba Marc—. Oye, hazme un favor. Dale algo de ropa a Neva, no creo que sea adecuado que esté así.

—No seas absurda —dijo inmediatamente Isabell—. Su mente es más parecida a la de un animal. ¿Acaso obligarías a Peca a llevar un corsé?

Alba no supo qué responder, pero la mirada que dirigió a la loba dejaba a las claras que la idea de verla desnuda no le satisfacía en absoluto.

Pese a sus tribulaciones y la timidez repentina con que se trataban Marc y ella, todos se sintieron alegres al verse juntos de nuevo. Por un rato olvidaron la tristeza y

la angustia de los días pasados. Compartieron las nuevas provisiones que acababan de traer e incluso se permitieron endulzar con miel el requesón que habían comprado. Pero después de comer, Marc insistió en ir a ver de nuevo los caballos y tomó a Philippe del brazo para que lo acompañara.

—¿Qué sucede, hermano?

—Vamos a ir de caza —respondió Marc sin apartar la vista del frente.

Las risas se habían acabado de pronto. Ya no había felicidad por el reencuentro, ni alivio al comprobar que todos estaban bien. Marc solo mostraba una férrea determinación en el rostro.

—Pensé que esa loba tuya nos podía proveer de todo lo que necesitáramos. Desde luego, a nosotros nos ha tenido tan bien surtidos que casi podríamos haber dejado algo para vosotros.

—Sabes que no me refiero a eso.

Philippe hinchó su enorme pecho y suspiró sonoramente.

—De acuerdo, escúpelo. ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?

—Mientras estuve en aquel pueblo oí acerca de unos bandidos que habían asaltado pequeñas granjas, cabañas alejadas de las aldeas e incluso a algunos viajeros.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó Philippe arrugando la frente—. Ya no es nuestro trabajado andar cazando bandidos, al menos no mientras tengamos entre manos toda esta locura.

—Había gente con miedo, hermano —contestó Marc—. Decían que son violentos, no dudaron en pasar a cuchillo a varios hombres de una misma familia que trataron de resistirse —añadió marcando los músculos de la mandíbula—. El segundo día, cuando bajé a por comida, vi a un tahliano que se me antojó sospechoso. Ocultaba bastante bien un cuchillo largo entre su ropa y no dejaba de mirar por encima del hombro para ver si alguien se fijaba en él.

—Pero no se dio cuenta de que tú lo observabas —señaló Philippe.

—Pidió mucha comida y pagó generosamente para que se la empaquetaran con rapidez —respondió Marc—, así que lo seguí y escuché la conversación que mantuvo en una callejuela con otro tipo aún más malcarado.

—¿De qué hablaron?

—No pude entenderlo todo, pero sí que se traían entre manos asuntos turbios y también algo de un almacén en un viejo molino, cerca de una aldea abandonada. No me costó enterarme de que se trata de un pueblo que quedó desierto hace muchos años, tras una incursión agoriana. El molino, de hecho, lleva medio derruido desde entonces, pero he averiguado dónde está.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó entonces Philippe entrecerrando los ojos.

—Vamos a cazar bandidos —contestó él dedicándole una fiera mirada.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¡No podemos hacer eso! No podemos cobrar recompensas, hermano. Sería demasiado arriesgado.

—Sería imposible, en efecto, pero podemos quedarnos con sus cosas y, quizá, hacer algo justicia.

—¿De qué estás hablando, Marc? Espera, no pretendes entregarlos a las autoridades, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Esos hombres han matado en sus asaltos. ¡Granjeros y niños, Philippe! No hablo de luchas entre ejércitos. Son unos asesinos y vamos a acabar con ellos.

—No me parece tu forma habitual de actuar, hermano, tú no sueles...

—¡Escúchame! —gruñó Marc deteniéndose de golpe y acercando mucho el rostro hacia él—. He vuelto de ese pueblo con apenas un puñado de cobres en la bolsa. No hay suficiente ni para pagarnos una comida mediocre. Casi no tenemos armas y viajamos con dos mujeres y un niño que se mueren de frío por las noches. ¡No permitiré que unos canallas roben y maten campesinos mientras nosotros somos incapaces de proporcionar siquiera abrigo a quienes nos acompañan! Y, además, no sé si te has parado a pensar adónde nos dirigimos.

—Te refieres a Stromferst —dijo Philippe.

—¡Claro que me refiero a Stromferst! —dijo Marc con más ímpetu del que era habitual en él—. Os empeñáis en ir sin daros cuenta de la ratonera que es. ¿Cuánto tiempo crees que duraremos allí sin dinero? Y, ya puestos, ¿cómo supones que conseguiremos entrar? ¿Pidiéndolo por favor, acaso?

—Marc, no hace falta que me hables así —contesto Philippe con gesto grave—. Sé que no es la solución ideal, pero ya lo discutimos hace tiempo y decidimos que era la mejor.

—Vosotros lo decidisteis.

—Sea como fuere, no me gusta la idea de matar a unos hombres a sangre fría para quedarnos con sus pertenencias. Eso es de ladrones y cosas peores. Nosotros no hacemos eso, Marc. ¡Demonios, no me satisface siquiera la idea de llevarme las posesiones de un muerto, aunque me lo encuentre por el camino!

—Haz lo que quieras —dijo Marc echando a andar hacia Naffir—. No me voy a detener por eso. Esta noche, en cuanto Eldwin se duerma, me llevaré a Neva; le vendrá bien desperezarse un poco. Síguenos o no, como deseas.

Ya era tarde cuando escuchó a Marc alejarse entre los arbustos. Philippe alzó la cabeza un momento, hacia un cielo cada vez más oscuro, y luego se miró las manos. Eran grandes, encallecidas y tenían más de una docena de cicatrices cada una. Poco a poco, los dedos se curvaron hacia la palma y terminaron por formar dos puños, sólidos como martillos. Inspiró lentamente y apretó los dientes. Había rezado para que su hermano reconsiderara la idea, pero parecía que no había sido así.

—¿Adónde vas? —preguntó Alba cuando vio que se levantaba precipitadamente.

—Mejor no preguntes —respondió él echando a correr—. Montad guardia, nos llevamos a Neva.

—Pero ¿qué demonios vais a hacer? —gritó Isabell mientras se internaba en la espesura.

—Una estupidez —gruñó, demasiado lejos para que lo oyeran—. Algo de lo que nos arrepentiremos sin duda.

No le costó esfuerzo alcanzar a Marc aunque andaba rápido, ligeramente encorvado, con Neva unos pasos por delante de él.

—No servirá de nada que te pida que lo pienses ¿verdad? —le dijo al llegar a su altura.

Marc ni siquiera contestó.

Philippe guardó silencio, demasiado nervioso para intentar aliviar la tensión con su cháchara. Se sentía como un hombre que anda hacia la horca y la ve cada vez más cerca, pero no es capaz de detener sus pasos. En las escasas ocasiones en que fue capaz de vislumbrar el rostro de su hermano, lo vio serio y con un rictus de violenta decisión que no casaba bien con el carácter amable y reservado que conocía.

—Marc, te pido una vez más que lo reconsideres —comenzó a decir de nuevo.

—¡Silencio ahora! —siseó Marc.

—¿Por qué? ¿Ha dicho algo tu loba? Yo no he visto nada.

Marc se llevó un dedo a los labios y lo miró con un brillo en los ojos que Philippe no había visto nunca allí. Después señaló hacia adelante, donde un levísimo resplandor se confundía con la luz de las estrellas.

—Santo Lám; bendito Thomenn y sagrado Creador —musitó Philippe para sí, rezagándose apenas unos pasos.

No era la inminente culminación de lo que habían ido a hacer allí lo que le había puesto el vello de punta, sino comprender que lo que iluminaba los ojos de su hermano era una ansiedad expectante, casi un anhelo ante lo que estaba a punto de ocurrir.

Philippe tuvo que hacer esfuerzos para sobreponerse y solo consiguió seguirle a duras penas.

Llegaron rápidamente a las inmediaciones del campamento, donde ardía una hoguera. Tal y como había dicho Marc, a lo lejos había una serie de casuchas medio derruidas que alguna vez debieron formar una aldea. Junto al cauce seco de un riachuelo se alzaba también un molino en el que la rueda se había venido abajo mucho tiempo atrás. Cerca de allí, alrededor del fuego, cinco hombres reían y cantaban mientras se iban pasando un pellejo de vino. El que estaba más cerca de ellos tenía un laúd y acompañaba con un punteo discordante la canción del más rechoncho, que era contestada a su vez por los demás en el estribillo.

—¡Con gran esfuerzo luchará, por algo es mercenaria! —gritaban con voces desafinadas.

—Son unos pobres diablos, Marc —susurró Philippe—. Míralos, están borrachos y en los huesos. Se rendirán, nos entregarán todo lo que les pidamos y ni siquiera podrán denunciarlo. No merece la pena ni desenvainar, hermano, hazme caso.

Marc se incorporó ligeramente ante sus palabras y, por un momento, Philippe pensó que la situación iba a ser parecida a aquella, tiempo atrás, en que cinco inquisidores todavía por confirmar se enfrentaron a unos bandidos cerca de Champs D'Or. En aquella ocasión, Marc había salido a campo abierto para reclamar la rendición de los delincuentes, pero en esta no fue así. Todo sucedió demasiado rápido, aunque Philippe supo enseguida que aquellas imágenes nunca se borrarían de su mente. Sobre todo cuando creyó distinguir una sonrisa en el rostro que tenía al lado.

De repente, Marc se lanzó hacia adelante y, antes de que se alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando, ya había atravesado a dos hombres con su espada. Los otros se echaron hacia atrás, derramando el vino y pisoteando la comida mientras intentaban empuñar las armas. Alguno tropezó con la hoguera y las brasas se agitaron para resaltar las expresiones de pánico con luces y sombras.

Desde su posición, Philippe percibió un movimiento a la derecha y vio cómo dos hombres salían de una de las casuchas ante el escándalo. Uno de ellos empuñaba una ballesta que alzó inmediatamente. No parecía borracho en absoluto.

Philippe cogió la espada por el filo, presto a lanzarla como un dardo desmesurado, cuando un relámpago blanquecino arrolló al tirador en medio de una nube de sangre. Philippe tardó unos segundos en comprender que se trataba de Neva.

La loba tenía un pelaje albo del mismo tono del que solía ser su cabello, pero no había más similitudes con la joven que conocía. La criatura que se lanzaba en esos momentos sobre el otro hombre era un monstruo rabioso que se movía con una velocidad inhumana. Sus movimientos resultaban extraños hasta el punto de que no parecían depender solo de la dirección hacia la que la impulsaran sus músculos. Esquivaba la espada del hombre, que se defendía entre gritos de terror, como si una mano invisible la desplazara por el espacio sin que sus piernas la hubieran dirigido hacia ningún lugar. Philippe casi tuvo una sensación de parpadeo, como si Neva estuviera en un sitio y, al instante siguiente, un poco más allá sin pasar por ninguna posición intermedia.

La loba mostraba unas facciones irreconocibles, similares a las que había visto en las bestias de sangre, pero más suavizadas. Tenía unas extremidades fibrosas, muy parecidas a las de un hombre, aunque más alargadas. Los dientes que se veían en el morro, tras una mueca de ferocidad, eran del mismo tono blanquísimo que el pelaje y tan peligrosos como los de cualquiera de sus parientes. Las garras no parecían menos imponentes y eran tan duras que detuvieron la hoja del hombre varias veces.

Antes de que Philippe pudiera hacer algo, Neva lanzó un revés con la diestra que llegó mucho más lejos de lo que parecía posible. La cabeza del hombre giró un instante en el aire y luego cayó al suelo. Entonces alzó la mirada y vio que Marc

había despachado a otro más y se batía con los dos que quedaban. La loba cubrió la distancia en unas pocas zancadas y se arrojó sobre uno de ellos, clavándole las fauces en el cuello.

El hombre que todavía estaba en pie lanzó un grito, invadido por el pánico, y en ese momento Marc le clavó la espada por debajo del esternón, ascendiendo casi dos palmos hasta que la punta asomó por la clavícula.

El inquisidor permaneció junto a la hoguera unos instantes, respirando agitadamente mientras miraba a su alrededor como intentando encontrar otro objetivo, pero no había nadie más. La loba olfateó ligeramente antes de agachar la cabeza y comenzar a alimentarse.

—No queda ninguno —murmuró Marc.

Entonces pareció darse cuenta de que Philippe seguía donde lo había dejado, con la espada todavía alzada, cogida por el filo, los hombros bajos y una mirada espantada en el rostro. Aquello pareció hacerlo consciente de lo que acababa de suceder y su expresión cambió rápidamente. Intentando disimular miró a su alrededor, asintió con un gesto y carraspeó.

—Vamos a ver qué podemos encontrar por aquí y marchémonos. No me gusta la idea de dejar al niño y a las brujas solas, este es un territorio peligroso.

—Claro —contestó Philippe con voz ronca—. Peligroso.

Encontraron tres caballos dentro de una de las destartadas cabañas y los cargaron con todo aquello que pudiera serles útil.

—Coge esa ballesta —dijo Marc sin mirarle a los ojos—. No parece un instrumento de precisión, pero las otras armas son incluso peores.

Philippe asintió y tomaron también algunos puñales y un par de espadas sin demasiadas melladuras antes de emprender el camino de vuelta.

Marc se mantenía callado y pensativo, con una expresión en el rostro que casi hacía pensar en algún tipo de arrepentimiento. Neva se alejó enseguida y, al rato, la vieron llegar ya como una joven, tan desnuda como cuando atacaron la hoguera de los bandidos, pero sin el pelaje que la cubría entonces.

Los dos hombres seguían sin hablar. El silencio pesaba entre ellos como si llevaran cargadas a la espalda todas las letras de la palabra *decepción* labradas en hierro macizo.

—Philippe —dijo finalmente Marc con una voz grave en la que se adivinaba una nota de vergüenza—, lo siento. Tenía que haberte escuchado.

—No pasa nada, hermano —respondió él tratando de parecer tranquilo.

—Nunca se te dio bien mentir —dijo Marc sonriendo apenas—. No sé qué me pasó. Estaba furioso por la situación en que nos encontramos. Me sentía desbordado por la ira y...

—¿Te encuentras mejor ahora? —le interrumpió Philippe.

Marc alzó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—Sí, supongo que sí —respondió dubitativo.



—Bien —dijo, aunque en su voz no había el menor alivio.

Poco a poco el sol comenzaba a despuntar por la dirección hacia la que se encaminaban, pero no parecía que el amanecer fuera a darles paz. Los primeros cantos de los pájaros casi parecían una burla ante su intranquilidad.

—Philippe —dijo Marc de repente—. No les cuentes nada de esto. Por favor.

—Claro —contestó Philippe, contento al menos de que, al ir delante, su hermano no pudiera ver sus lágrimas.

Pese a que todavía era muy temprano, las brujas parecían llevar en pie un buen rato. Un vistazo más de cerca les hizo pensar, en cambio, que no habían dormido en absoluto. Eldwin también estaba despierto, leyendo el único libro que se había salvado en la huida aparte de los volúmenes del Rey Brujo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó inmediatamente Isabell, al verlos llegar con los caballos y cargados de bultos.

Philippe, que seguía encabezando la marcha hizo un gesto pidiendo silencio y se dirigió ruidosamente hacia Eldwin.

—¡Pero Bueno! ¿Qué hace este tunante que no está practicando esgrima? —gritó cogiéndolo en volandas.

Alba se mantuvo en silencio mientras pintaba los inicios de un nuevo dibujo en un pellejo de piel. No obstante, la mirada que dirigió a Marc dejó claro que no esperaba nada bueno de lo que hubiera sucedido esa noche.

Apenas había salido del todo el sol cuando cargaron los bultos, tomaron las nuevas monturas y partieron rumbo noreste. Eldwin cabalgaba junto a Philippe, contento de poder montar solo aunque Isabell no le quitara la vista de encima. Neva, por su parte, se perdió en la espesura en cuanto iniciaron la marcha.

Los tres caballos nuevos no se podían comparar con Naffir y Furioso, e incluso parecían cohibidos y sumisos en su compañía, pero les permitieron avanzar más rápido y no tener que cargar con sus pertenencias, tanto las antiguas como las recién adquiridas.

—¿Qué es lo que sucedió ayer? —preguntó Alba poniéndose al lado de Marc al cabo de un rato.

—Bandidos. Por favor, no preguntes más —respondió él con la cabeza baja.

—Hace poco nos cuestionaste acerca del origen de Eldwin y yo insistí en que debíamos contártelo. Creo que tengo todo el derecho a preguntarte qué es lo que sucedió anoche para que volvierais con tres caballos cargados hasta las orejas —insistió ella, inflexible.

—Tienes todo el derecho a preguntarlo —respondió Marc sin levantar la cabeza — y, de nuevo, te pido que no lo hagas.

Dicho lo cual, arreó un poco a Naffir para adelantarse ligeramente.

El día fue pasando de un modo extraño. Alba se había dado cuenta de que en la actitud de Marc había tanto culpabilidad como, sobre todo, vergüenza, así que decidió no volver a preguntar de momento. Tampoco Philippe parecía dispuesto a abrir la boca y en su caso el silencio era aún más preocupante, de modo que llegó a la conclusión de que lo mejor sería dejar las cosas como estaban. Cuando decidieron acampar, ya con las últimas luces de la tarde, Isabell y ella se quedaron con Eldwin junto al fuego mientras los inquisidores se iban cada uno por su lado con alguna excusa.

Philippe recogió leña, fue a buscar hierbas aromáticas y, finalmente, anunció en voz baja que iba a montar guardia por allí cerca; Marc por su parte, cuando ya no pudo seguir poniendo el cuidado de los caballos como excusa, se mantuvo apartado de las llamas mientras afilaba el cuchillo que le había regalado Luc.

En esas estaba cuando Eldwin llegó hasta él como por casualidad, caminando ociosamente con Peca a sus talones. Sin embargo, al poco se sentó a su lado para quedarse mirando el cielo, cada vez más estrellado, mientras acariciaba a la gata.

—¿Dónde está Neva? —preguntó—. No la he visto en todo el día.

—No lo sé —respondió Marc con suavidad—. Tiene un carácter bastante independiente.

Eldwin asintió. Tenía el pelo tan rubio como el suyo y, probablemente, también su cuerpo habría sido en algún momento tan pequeño y vulnerable. No obstante, ahí acababan todas las similitudes.

Marc no tenía apenas experiencia tratando con niños, pero la mirada de Eldwin era más inocente y risueña de lo que estaba acostumbrado a ver en otros. Era algo extraño, teniendo en cuenta la infancia tan dura y peligrosa que solían tener aquellos que nacían entre las brujas.

«O quizá todos los que no tienen la fortuna de crecer en la abundancia de un hogar noble», pensó al instante siguiente.

El pequeño parloteaba sin parar y sentía una curiosidad por cuanto le rodeaba que parecía imposible de satisfacer. Pero, por encima de todo, estaba su mirada.

—No es sólo de inocencia o despreocupación. Transmite bondad ¿no te parece? —había dicho Philippe poco después de conocerle.

«Y a fe de Thomenn que así es», pensó Marc.

Eldwin no había tenido el más mínimo desmán desde que los acompañaba. Carecía del egoísmo o el malhumor del que hacían gala en ocasiones otros niños de su edad. Poco después de su milagrosa huida de las garras de Gaulton, Neva se había comido de un bocado la tira de carne que Eldwin sostenía en sus manos. Lejos de enfadarse, el pequeño se echó a reír y se abrazó al cuello de la loba. Todos se habían incorporado apresuradamente, prestos para detenerla, pero el ataque no se produjo. En vez de eso, Neva restregó su cabeza contra el pecho del niño y los miró con lo que

Alba había jurado que era una expresión de burla. Desde entonces, Eldwin y ella solían pasar bastante tiempo juntos.

—No hay ningún peligro —solía decirle Isabell a Alba—, la loba lo quiere. Casi podría afirmar que está más seguro con ella que con cualquiera de nosotros.

Incluso Philippe, que siempre tenía presente lo sucedido en el campamento de Gaulton y, más recientemente, con aquellos bandidos, también pensaba que Neva estaba encariñada con Eldwin.

Marc se giró hacia el pequeño con un atisbo de sonrisa y le revolvió el pelo hasta que sus comisuras se tensaron y brotó una carcajada. Pero, casi al mismo tiempo, el niño lo miró directamente a los ojos, poniéndose serio de repente. Luego se giró de nuevo hacia donde estaban las brujas.

—La tía Isabell me contó que cuando yo era solo un bebé, Soto se pasaba las horas junto a mi cuna. Era capaz de saber cuándo tenía hambre e iba a buscarla antes de que comenzara a llorar.

Marc asintió, volviéndose hacia ella. La bruja estaba remendando uno de los pantalones de Eldwin. Su expresión severa parecía marcarse con más intensidad que cuando la conoció.

—Cuando comencé a andar, Soto iba a mi lado, despacio, dejando que me apoyara para guardar el equilibrio. Si jugaba con él nunca se enfadaba, aunque le tirara de las orejas. —La mirada del niño comenzaba a mostrar una tristeza más propia de un adulto—. Pero mi tía lo echa de menos incluso más que yo. Ella no te lo dirá, pero siente su muerte casi tanto como la de Barta.

Marc asintió, dejando que sus ojos se desviaran hasta Naffir, que pastaba tranquilamente junto a los demás caballos. El recuerdo de Noble seguía muy vivo en su memoria.

—La verdad es que lo entiendo. Se les acaba queriendo casi como a un familiar —contestó al fin.

—¿Estáis enfadados Philippe y tú? —preguntó de repente Eldwin.

Marc dio un respingo, sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué dices eso?

—No os habláis —contestó él encogiéndose de hombros.

—Claro que sí. Esta mañana íbamos discutiendo acerca de la mejor ruta.

—Discutías tía Isabell y tú. Él iba en medio, pero no decía nada —repuso Eldwin, implacable.

Marc calló un momento y asintió.

—¿Sabes a qué nos dedicábamos antes, cuando éramos inquisidores?

—Más o menos —respondió el niño algo inseguro.

—En nuestro trabajo casi siempre estábamos solos, así que probablemente no soy el más entendido en estas cosas, pero creo que siempre que hay al menos dos personas juntas es fácil discutir.

Eldwin miró al infinito ceñudo, como si no acabara de entenderlo.

—Es normal que tengamos distintos puntos de vista sobre las cosas. ¿A ti te gusta cuando Philippe te enseña esgrima?

El niño arrugó un poco más la frente y se volvió de nuevo hacia él.

—No —dijo con un gesto de disculpa.

—A él le encanta. Tanto usar la espada como enseñarte a usarla. Tenéis un punto de vista distinto y es posible que algún día discutáis por ello.

—¡Pero yo no voy a dejar de querer al tío Philippe por eso! Puedo seguir practicando con él siempre que quiera.

Marc sonrió, enternecido por su sencillez.

—No, Philippe no te dejaría de querer por eso, aunque no jugaras con él nunca más. En su relación conmigo pasa algo parecido.

—Entonces, ¿no os odiáis?

—No, Eldwin. Es mi hermano y lo quiero como tal. Y sé que él también me quiere, aunque haya podido decepcionarle.

—¿Por tus opiniones?

—Más o menos.

Quedaron en silencio unos instantes, hasta que Eldwin se levantó para darle un abrazo.

—Me gustaría que hicierais las paces. Si quieres puedo ir a hablar con él. Le diré que le quieres mucho porque es tu hermano.

—No hace falta, Eldwin, pero te lo agradezco —dijo Marc sintiendo como los ojos comenzaban a escocerle—. A propósito, ¿has visto ya a Neva?

—No. ¿Está jugando a escondidas?

—No lo creo —contestó señalando hacia arriba a la vez que forzaba una sonrisa.

Eldwin miró hacia donde apuntaba y descubrió a la loba, cómodamente tumbada en una rama del árbol. Los restos de su cena todavía permanecían un poco más allá.

—¡Neva! —rio el niño—. ¿Qué haces ahí? ¡Baja!

La loba lo miró con sus ojos claros, totalmente inmóvil.

—¿No quieres que juguemos?

En menos tiempo del que se tarda en parpadear, Neva saltó de la rama y cayó junto a él, apoyándose en pies y manos. Flexionó levemente las extremidades para absorber el impacto de la caída y luego se irguió para restregar la cabeza contra la barriga de Eldwin.

—¡Para, para! ¡Me haces cosquillas! ¡Dile que pare!

—No puedo —dijo Marc ensanchando la sonrisa—. Es que es muy cariñosa.

—Sí, muy cariñosa —dijo Alba con la voz algo forzada, mientras pasaba cerca para ir a buscar algo a su caballo.

—No pienses en ella como en una persona —dijo Isabell—. Ya te he dicho que es de otra naturaleza, más emparentada con lo salvaje. Para ella nuestras normas sociales, el recato o la provocación no significan nada, aunque entienda casi todo lo que oye.

—Pues otros animales no lo hacen —repuso Alba.

—Ah, ¿no? —preguntó Isabell con los brazos en jarras—. Te sorprenderías.

Pese al malestar que nublaba el ánimo de los dos hombres, las circunstancias les obligaron a hablar.

—Parece mentira la cantidad de gente que se ha movilizado —susurró Marc con los ojos fijos en la calzada.

—Mucha más de la que habría supuesto —convino Philippe.

Estaban en lo alto de un risco, ocultos en medio de los árboles, pero con el Camino Nuevo a la vista. A sus pies, multitud de puntos brillantes señalaban los lugares en que los viajeros se habían agrupado en torno a las hogueras.

—¿Estamos seguros de querer viajar junto a los refugiados? —preguntó entonces Marc.

—Tenemos que cruzar el Camino Nuevo para llegar a Stromferst —apuntó Alba—. Y andamos escasos de provisiones. No se me ocurre una manera mejor de solucionar tanto lo uno como lo otro.

—Tampoco nos vendría mal enterarnos de las noticias que cuenten —murmuró Philippe.

—Todo el Camino desde aquí a la frontera está lleno de viajeros y sin duda será más disimulado avanzar entre ellos un par de días que campo a través —dijo Isabell, a la que habían visto hablando con un halcón esa misma mañana—. El terreno se despeja bastante hacia el Taimado y no tendríamos espesura en la que ocultarnos.

—Eso por no mencionar las patrullas de la frontera en sí —murmuró Marc—. Pese a ello, sigo creyendo que nuestra mejor opción sería cruzar el río.

—Ya hemos hablado de eso muchas veces y no lo haremos más —respondió Isabell, tajante—. Iremos a Stromferst.

—Pero antes tenemos que solucionar el problema del que ya hemos hablado —dijo Philippe con gesto obstinado.

—Vuestros dos caballos —dijo Isabel—. La verdad es que llamarían demasiado la atención.

—No pienso perder a Furioso —masculló Philippe palmeándole el cuello—. Estamos juntos desde hace demasiado y nos hemos salvado la vida el uno al otro más de una vez. Jamás me ha decepcionado y no lo abandonaré.

—Y a estas alturas nosotros no debemos separarnos —dijo Alba.

—Es posible que pudiéramos arreglarlo —dijo Isabell con cautela—. Quizá yo podría hablar con ellos y convencerlos de que sigan a Neva por el bosque. Son criaturas inteligentes y, sin duda, podría conducirlos a salvo por sendas discretas hasta algún lugar cercano a Stromferst.

—¿Estás diciendo que convencerías a los caballos para seguir alegremente a una bestia de sangre? —preguntó Philippe con escepticismo.

Neva se volvió hacia él y enseñó los dientes.

—No alegremente, pero creo que podría convencerlos —respondió ella.

—Podría ser una solución —dijo Marc antes de que su hermano pudiera contestar—. Seguro que Neva es capaz de encontrar algún paso discreto durante la noche.

—Dejaríamos en las alforjas todo lo que no nos fuera indispensable. La loba podría quitarles las sillas y los arreos para que pudieran descansar —contestó Isabell.

—Lo hará sin ningún problema, aunque perderíamos la seguridad que nos da su presencia.

—¡Estáis dando por hecho que voy a dejar que esta chiquilla loca se lleve a mi caballo! —exclamó Philippe.

—Amigo mío —dijo entonces Alba poniéndole una mano en el hombro—, me temo que te han dejado sin argumentos. No puedes ir tú solo con él, allá donde te vieran darías que hablar. Este plan es nuestra mejor opción.

—Pero antes de hacerlo, ¿estamos seguros de querer salir a descubierto? —preguntó Marc—. Una vez que nos hagamos pasar por viajeros estaremos expuestos ante las patrullas.

—Tal y como yo lo veo, la espesura ha demostrado ser al menos tan peligrosa como la protección que nos daría la multitud —dijo Alba.

—Viajaremos uno o dos días como refugiados —propuso Isabell—. Luego nos escabulliremos hacia el Este en cuanto veamos la ocasión apropiada.

—Pues entonces lo mejor será mezclarnos con ellos por la noche, así nadie podrá informar de por dónde nos vieron aparecer —sentenció Philippe, todavía con una mirada sombría.

Con ciertas reticencias, comenzaron a prepararlo todo. Cargaron la mayoría de los bultos en Naffir y Furioso e Isabell los tomó por las riendas para apartarlos un poco de los demás. Los animales la siguieron para permanecer mansamente junto a ella cuando les puso la palma en la frente durante largos minutos. Después, Philippe se abrazó a Furioso como a un hijo al que fuera a dejar de ver una larga temporada.

—Adiós, amigo, cuídate mucho. Come bien, aunque no tengas a mano las cosas que te gustan. Te aseguro que cuando volvamos a reunirnos te lo compensaré con creces. ¡Te lo prometo! —añadió casi entre lágrimas—. No estés triste, pronto nos encontraremos de nuevo.

—Deja de decir estupideces —dijo Isabell dándole un pescozón—. Estos son unos animales extraordinariamente inteligentes. Cumplirán su parte sin ningún problema y antes de que te des cuenta estarán de nuevo con nosotros.

—Espero que así sea —respondió el grandullón con los ojos brillantes.

Marc estuvo un buen rato hablando con Neva, que no parecía de acuerdo en separarse de él. Finalmente, empero, se marchó con los caballos en dirección norte, no sin volver varias veces la vista, buscándolo en la lejanía.

—Ahora todo depende de ella —dijo Philippe mirando en su dirección hasta que se perdió en el bosque.

—Lo hará bien —aseguró Marc.

—Tenemos una conversación pendiente. No lo olvides —contestó Philippe con brusquedad, echando a andar en dirección contraria.

A la mañana siguiente Alba y Marc se mezclaron entre los viajeros, haciéndose pasar por una familia desesperada. Al poco, consiguieron vender su caballo por un precio ridículo a un comerciante quileño que se frotó las manos ante su suerte.

Habían decidido dividirse en dos grupos durante la noche y, para cuando los viajeros se pusieron en movimiento, ellos ya estaban mezclados entre el gentío, simulando haber pasado la noche en los márgenes del Camino Nuevo, como la mayoría.

Apenas tuvieron que pasar un par de horas de marcha antes de que consiguieran juntarse de nuevo. Philippe saludó a Marc efusivamente llamándolo vecino y las dos supuestas familias se abrazaron antes de echar a andar cansinamente mientras trataban de disimular sus miradas vigilantes. El gigantón incluso cedió uno de sus caballos a la pareja para poder hacer el viaje más cómodos.

—Hay muchos soldados —dijo Isabell ya por la tarde, con un regusto de ironía mal disimulado—. Qué afortunados somos por tener un Emperador que nos protege con tanto ahínco.

—Diga usted que sí, señora —contestó un hombre mayor que pasaba a su lado, meneando la cabeza con tristeza—. Fíjese si nos protege que a un par de kilómetros unos hombres de Lautwass decidieron registrar la cesta de mi mujer. Han tenido la gentileza de aliviar nuestra carga en dos kilos de garbanzos.

—Canallas... —contestó ella.

El hombre asintió y siguió su camino.

—Podríamos tener problemas si sigues siendo tan comunicativa —le susurró Philippe.

—Es más probable que los tengamos si nos registran a nosotros —murmuró la mujer con cuidado de que no hubiera nadie demasiado cerca—. No creo que estas personas lleven libros antiguos, ramas florecidas o escudos milenarios en sus alforjas.

—Lo que más me preocupa ahora mismo es que todos los que pasan a nuestro lado se quedan mirando a Philippe —dijo Marc. Luego se volvió hacia su hermano—. Anda, comienza a cojear y échate a un lado del camino.

Simulando que daba un mal paso, Philippe lanzó una maldición y se apartó a la cuneta junto a los demás.

—Espero que hayas algo pensado algo —dijo Isabell—, ahora no podemos internarnos en el bosque, sería muy sospechoso.

—Confía en mí —dijo entonces Marc, volviéndose hacia los viajeros.

Estuvo unos minutos con la vista fija en el tráfico hasta que pareció concentrarse en un carro que se acercaba.

El vehículo era tan modesto como la mayoría de los que habían visto, poco más que unas cuantas tablas claveteadas entre ellas, pero tenía una lona que lo cubría por arriba. Al mando de las riendas iba un sujeto malcarado y con aspecto aburrido.

—Disculpa, amigo. Aquí mi compadre acaba de dar un mal paso y se ha hecho daño en el tobillo. ¿Serías tan amable de dejarle subir al carro?

—Aparta, llevo prisa —respondió el hombre con una mirada desabrida.

—Calma, calma, no quiero hacerte perder el tiempo, pero el arreglo podría resultar beneficioso para todos —replicó Marc agarrando con rapidez las riendas del caballo y haciéndolo parar. En el mismo movimiento le mostró disimuladamente una bolsa llena de monedas.

Solo en ese momento pareció que el carretero cobraba un súbito interés en ellos. Miró al inquisidor con los ojos entrecerrados y luego desvió la mirada hacia el dinero. Después se fijó en Philippe y pareció sorprenderse de su tamaño. Sus ojos se estrecharon un poco más justo antes de volver a las monedas.

—Escúchame —le dijo entonces Marc—. Nos interesa viajar desapercibidos, es cierto, y si no hay más remedio, dejaremos que te vayas y cada uno seguiremos nuestro camino. Pero —añadió con una mirada deliberadamente astuta y ladina— te quedarías sin tu dinero.

—¿Te dan miedo los soldados? —preguntó entonces Philippe dando un paso adelante con una mueca feroz—. No te preocupes, he matado a más personas de las que te rodean ahora mismo. A la mitad de ellas con las manos desnudas. No tengo problema en agrandar un poco más la lista —añadió partiendo la cáscara de una nuez entre dos dedos—. Todos podríamos salir ganando, tú con esos emperadores y nosotros, contentos y felices por haber disfrutado del viaje en tu amable compañía. Pero te aseguro que si nos das problemas apenas te quedará sangre en el cuerpo para cuando acabes de lanzar el primer grito.

El hombre tragó saliva mientras sus ojos se iban abriendo más y más por la perplejidad.

—¡No seas tan grosero! —dijo de pronto Marc, componiendo una máscara de adulación hacia el otro y alargando el brazo para ponerle la bolsa en la mano—. Nuestro buen amigo nos ayudará. Al fin y al cabo, ¿a quién le viene mal un poco de plata en los bolsillos?

El carretero tragó saliva una vez más, mirando alternativamente la bolsa abierta y a Philippe. Después les hizo un gesto con la cabeza y el gigantón se acomodó en la parte trasera dejando deliberadamente las piernas colgando por fuera.

Marc se colocó junto al hombre por si había problemas, mientras las mujeres montaban un trecho más atrás con el niño para que no pudieran relacionarlas con ellos.

Prácticamente nadie se molestó en echarles un segundo vistazo pese al hombre que iba en la parte de atrás del carro. Al fin y al cabo, tenía el pelo moreno y maldecía con un marcado acento de Quiles su mala suerte.



—Sin duda, al haberme recostado ni siquiera se dieron cuenta de mi altura —murmuró unas horas más tarde cuando, ya anocheciendo, permitieron que el hombre siguiera su camino.

—No digas tonterías —dijo Isabell—. Puede que así no llames tanto la atención, pero sigues siendo grande como un castillo.

—Ha sido muy arriesgado —susurró Alba—. ¿Cómo sabéis que podemos confiar en el silencio de ese hombre?

—Puede que no sea una ciencia exacta, pero un antiguo profesor siempre decía que había personas que tenían el brillo del dinero en los ojos.

—Ferdinand —dijo Philippe asintiendo—. Según él, esos eran los más fáciles de manipular.

—Pues nuestro buen carretero sin duda tiene esos ojos. Así como una nariz roja y un desagradable olor a alcohol.

—Ya veo —sonrió Alba—. Seguramente pensará darle inmediatamente buen uso a ese dinero.

—¡Un objetivo espirituoso sin duda! —rio Philippe a quien aquella aventura parecía haber puesto de buen humor—. Adereza ese apetito con un poco de amenaza y lo tendrás en tu poder. Ahora que, además, ha aceptado nuestro dinero y nos ha ayudado a escaquearnos de la vigilancia sabe que si dijera algo también estaría en problemas. Mejor dejarlo correr.

—Todo irá bien mientras tengamos dinero, pero lo cierto es que no nos sobra —dijo Marc—. Solo nos queda la otra bolsa. ¿Cuánto había ahí, seis o siete emperadores de plata y algunos cobres?

—Más o menos —dijo Philippe—. Deberíamos vender todos los caballos. A fin de cuentas tendremos los nuestros cuando llegemos a Stromferst y siempre podríamos comprar otros allí.

—A buen precio para los vendedores —gruñó Marc.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por el dinero? —preguntó Philippe.

—Desde que dependemos de él para sobrevivir.

Cuando la tarde fue convirtiéndose en noche, los viajeros comenzaron a internarse unos metros en el bosquecillo que los rodeaba. Mientras algunos encendían fuego, otros iban de hoguera en hoguera, preguntando si alguien tenía alguna cosa que necesitaran o querían cambiar alguna otra. Era el momento de los trueques y de comentar las últimas noticias que se habían oído.

—Parece que tus acciones han tenido una repercusión mayor de lo que esperabas —murmuró Philippe.

—Los refugiados hablan de un infierno en Quiles. También se dice que el Emperador ha perdido la gracia divina —dijo Alba, que regresaba de dar un paseo—.

Cuentan que un relámpago de luz descargó en medio de la ceremonia por su nacimiento, incendiado el retablo de la Catedral.

—Tanto mejor, siempre pensé que era una costumbre un tanto trasnochada —murmuró Philippe con una risilla mientras mordisqueaba un trozo de carne seca—. Por otra parte, entiendo que muchos campesinos quieran probar suerte en la tercera provincia. Rock-Talhé siempre fue tierra de oportunidades y en sus granjas se respira más libertad que en los señoríos de Quiles. Pero lo de marcharse del Imperio para buscar un futuro en Ágarot... hay que ser muy estúpido para pensar en algo así.

—Puede que estas gentes solo estén lo bastante desesperadas —dijo Marc apesadumbrado—. Al fin y al cabo, sus tierras están amenazadas por los muertos y no parece que el Imperio haga mucho por defenderlos o darles una alternativa.

Philippe asintió y quedaron unos instantes en silencio.

—He estado pensando en eso que dijiste del dinero —dijo el gigantón al cabo de un rato—. No puede negarse que sería más que útil llevar la bolsa llena en Stromferst.

—Ya sabes lo que opino de eso —dijo Marc resoplando.

—No empieces otra vez —dijo Alba—. Ese es el paso por el que entraremos a Ágarot.

—Lo que iba a decir —dijo Philippe retomando la palabra— es que es una pena que esa loba tuya no esté aquí.

—¿Ahora la echas de menos? —preguntó Marc.

—Si Neva estuviera con nosotros podríamos vender sus presas para sacar algo de dinero. Hay pocas cosas que estas gentes necesiten más que la comida ahora mismo —añadió haciendo un gesto amplio de la mano.

—¡A lo mejor Peca podría ayudarnos! —exclamó Eldwin—. Ayer cazó un ratoncillo entre unos arbustos. La verdad es que he tratado de convencerla de que no lo haga, pero no me hace caso.

—No creo que los refugiados estén interesados en comer ratones —respondió Isabell—, al menos no todavía.

—¿Qué edad me dijiste que tenía tu gata? —preguntó Philippe de pronto, con una expresión de extrañeza.

—¿Peca? Creemos que algo menos de un año —contestó Eldwin.

—Pues es muy grande. Demasiado para esa edad.

—Siempre le hemos dado bien de comer.

—Eldwin, mírale las patas. Un gato no tiene esa musculatura.

—Hace ejercicio y come bien —dijo entonces Isabell, zanjando la cuestión pese a la mirada de Philippe—. Y ahora comamos nosotros algo también antes de irnos a dormir, si no mañana nos costará avanzar con rapidez.

Aquella noche Marc decidió perderse entre las hogueras que poblaban los laterales del Camino Nuevo en busca de noticias o, al menos, algo de información

interesante. No llevaba ni cinco minutos deambulando cuando una conversación le llamó la atención desde uno de los fuegos.

—Dime entonces —demandaba un anciano de cabello blanco—, ¿cómo están las cosas al Sur de Mulars?

—No muy bien —contestó con gesto pesimista un hombre maduro y alto frente a él—. Los vecinos de Quiles huyen por cientos y eso los más afortunados. Dicen que Abadía ha caído y que las bajas son muy numerosas.

—Aún no han nombrado un nuevo señor en Mulars tras el asesinato de nuestro antiguo barón —dijo la mujer que se acurrucaba contra él.

—Bendito sea —respondió otra que parecía su madre.

—¿Todavía no? —preguntó el anciano—. Pero, ¿cuánto ha pasado desde que lo mataron? ¿Un mes o así?

—¡Al menos tres meses! Pero, al parecer, el Emperador no tiene claro a quien nombrar sucesor. El buen Jacov murió sin descendencia y el primer delegado resultó ser un ladrón. También apareció muerto.

—¡Eso no lo sabía!

—De momento, el segundo consejero sigue al mando. Y mejor que sea alguien de allí, alguien que sepa cómo funcionan las cosas —añadió el hombre, asintiendo solemnemente—. No queremos en Mulars extranjeros que nos gobiernen, no señor. ¿Tendremos que enseñar a un quileño hasta dónde llegan nuestras fronteras? ¿Vendrá acaso un perturbado de Seléin a enseñarnos a trabajar?

—¡Thomenn no lo quiera! —dijo alguien.

—No señor —insistió—. El segundo consejero lo está haciendo bien y ya lleva tiempo al mando. Mejor alguien de casa, aunque no sea noble.

—Ya lo dijo Shacon, «es mejor no mover el arroz, aunque se pegue» —murmuró el anciano.

Todos hicieron el gesto del Roble y asintieron.

—El segundo consejero hace lo que puede —dijo la mujer anciana—. Dicen que es un buen hombre, pero los campesinos están nerviosos y ni se atreven a salir al campo desde que vieran a ese monstruo.

Marc se echó hacia adelante con los ojos muy abiertos, a punto de aparecer a la vista desde el árbol donde se ocultaba.

—Un muerto —dijo el hombre alto retomando la palabra—. Apareció un día, caminando lentamente por un campo de trigo, pero en cuanto vio a los labriegos echó a correr a trompicones hacia ellos. Hicieron falta cinco mozos para acabar con él y antes de eso hirió a muchos. Dicen que dos o tres murieron.

—Un muerto en Mulars —susurró Marc—, tan al Norte...

—Maldito inquisidor traidor —dijo súbitamente el anciano.

—Sí —coreó otro más atrás—, se aparea con brujas y convoca a los muertos para hacernos daño.

—Gilleán lo lleve —dijo la anciana.

—Pues hay algunos que lo defienden —dijo entonces otro hombre, rechoncho y de rostro afable—. Dicen que *los liberó de la tiranía del barón*. Algunos de los que acampan por aquí dicen que lucha por el Imperio y sus gentes.

—¡Pamplinas! —repuso el más alto—. ¿Cómo puede ser así si lucha contra nuestro Señor? Dicen que incluso se amanceba con las brujas y rapta niños para sacrificarlos a Gillean.

—Esta mañana oí como dos soldados susurraban que ya son varios los inquisidores que se han sublevado —musitó la mujer, mirando a izquierda y derecha con precaución.

—Pues yo sigo diciendo que no debe ser tan malo cuando tanta gente lo admira —respondió el otro, adelantándose un poco hacia el círculo de luz—. A muchos en Mulars les apretaron hasta tener que abandonar sus hogares y ese hombre se los devolvió y castigó a los culpables.

—Aunque eso fuera verdad ¿compensa acaso el hecho de que haya invadido el Imperio al mando de los muertos? —repuso inmediatamente el otro—. ¿Cómo diantres no va a ser un maldito canalla?

—Respóndeme a esto: ¿qué ha hecho el Imperio por nosotros? No digo que él sea bueno, pero seguro que viste pasar las tropas por La Marcha del Emperador hacia el Sur. ¡Avanzaban en pequeños grupos, apenas unas docenas! ¿Crees que serán suficientes para lo que dicen que está pasando? ¡El Emperador no nos defiende! ¡Han sido las tropas de los barones de Quiles quienes han dado la cara y pagado con sangre!

—Y hay quien dice que el inquisidor alertó a media provincia antes de que aquello sucediera —dijo alguien al fondo.

—Sinceramente, yo soy de Cerro Viejo y ya estaba harto de estar a merced de los señores antes de que él llegara —dijo otro hombre mayor y de cabeza despejada—. ¿Qué queréis que os diga? Me voy alegre con mi familia de Rock-Talhé. Dicen que aquí la vida es más libre y relajada. Las granjas pagan tributos, pero al menos se puede vivir con dignidad.

—Salvo en Grenz —murmuró alguien.

—Sí, eso es cierto —contestó él—, aunque la paga allí es mejor.

Las conversaciones derivaron en ese momento hacia otros temas y Marc decidió marcharse de allí para que su presencia no resultara sospechosa.

Continuó deambulando mientras escuchaba atentamente. Casi todo el mundo hablaba de lo mal que estaba la situación en Quiles, de sus esperanzas en la tercera provincia e incluso más allá. También oyó mencionar en varias ocasiones a un inquisidor pálido que había acudido a Mulars para investigar la muerte del barón.

Marc aguzó el oído intentando descubrir si sus conocidos en la baronía de Mulars estaban bien, pero no tuvo suerte. En cambio, un exabrupto llamó su atención poco después.

—¡Malditos sean, no tienen derecho a hacerlo! —gritó de pronto un joven de cabello rubio.

El protagonista de aquellos gritos se había puesto en pie y alzaba el puño. Era fibroso, vestía ropas humildes y, aunque su estatura era menor y sus rasgos no se parecían en nada, Marc pensó que en algún momento podrían llegar a confundirlos.

—¡No tienen derecho, malnacidos! —exclamó entonces el joven.

—Más vale que no grites tanto —le contestó un hombre bastante más mayor—. Derecho es algo que les sobra y los soldados patrullan el Camino Nuevo sin descanso.

—Son las nuevas leyes que ha promulgado el Imperio —dijo entonces la mujer que estaba a su lado. Era también mayor y sus ojos parecían haber visto lo suficiente como para ser sabios y prudentes—. Dicen que las riquezas no pueden cruzar hacia Ágarot salvo en el caso de los comerciantes autorizados.

—Pero ¿a qué riquezas te refieres? —preguntó el hombre rubio.

—Pues a todo lo que los soldados quieran —dijo sencillamente la mujer—. A los ciudadanos del Imperio que quieren ir más allá los registran a conciencia.

—Dicen que se quedan con todo lo que pueda valer un mísero cobre —añadió el anciano, que debía ser su marido—. Aquellos que insisten en cruzar las fronteras lo hacen sin nada. Les requisan incluso los animales que lleven, aunque sean un par de gallinas.

—Dicen que la frontera de Lautwass está ahora mismo llena de refugiados que no se acaban de decidir —dijo la mujer—. Algunos dan la vuelta o eligen un destino distinto, pero otros han invertido sus ahorros en el viaje y no tienen modo de volver a su tierra si no es mendigando por los caminos.

—Dicen que incluso en Stromferst hay controles.

Marc estuvo a punto de salir de la espesura para zarandear al anciano hasta que le explicara aquello. Por fortuna no hizo falta.

—Se dice por ahí que el Imperio ha montado una barricada y registran a todo aquel que quiere entrar —prosiguió el hombre—. A mí me importa poco lo que pase allí. Esos ladrones no merecen más que el fuego de Gillean. Si por mí fuera...

Marc ya no escuchaba. Volvía a grandes zancadas a su propia hoguera sin poder reprimir una sonrisa.

Una charla más animada de lo que habría supuesto le esperaba al llegar a la hoguera.

Eldwin dormía ya, con la cabeza apoyada en las piernas de Isabell, pero tanto las mujeres como Philippe reían animadamente ante un hombre que le daba la espalda.

El desconocido llevaba un atuendo elegante y se cubría hasta la cintura con una capa de aspecto frágil. Tenía en las manos un laúd, pero Marc solo necesitó oír como tarareaba una canción para confirmar su identidad.

—¡Rheros el tahliano! —dijo en cuanto llegó al círculo de luz.

—¡El único bardo no mediocre de...! Oh...

En el rostro del músico se instaló una expresión de sorpresa y alarma que en otras circunstancias le habría parecido imposible.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó Marc con una sonrisa—. ¿Tanto te sorprende que nos encontremos en los caminos?

—Creo que nunca había visto perplejo a Rheros —dijo Alba con una carcajada—. Tranquilo, maese bardo, Marc está con nosotros desde hace tiempo, aunque nunca me había contado que te conocía. Es uno de esos que llaman *los inquisidores renegados* —añadió bajando la voz.

—¿Os conocíais de antes? —preguntó Marc.

—Desde hace bastante.

—Entonces tú... —balbució Rheros, que todavía no se había recuperado de la impresión—. ¡Por el plectro dorado de Lugh que jamás me habría imaginado un enredo como este! Y os aseguro que tengo una mente de lo más creativa. ¿Me concederéis la gracia de poder escribir esta historia? —preguntó tomando el laúd para improvisar unos acordes.

—No creo que fuera bueno para vuestra salud ir por ahí cantando acerca de nuestras desventuras —dijo Marc, sonriendo pese a las tribulaciones con que había vuelto de su paseo.

—Esperad un momento —dijo él volviéndose hacia Philippe y bajando la voz—. No me lo digáis: ¿también vos sois un inquisidor? ¡Por la fuerza de Elías! Dos brujas y dos inquisidores en la misma hoguera. ¡Qué demonios, en mi canción incluso el niño será un poderoso brujo capaz de emular a los dioses!

El bardo hacía esfuerzos por contener la voz mientras gesticulaba ampliamente.

—¿Puedo saber de qué os conocéis? —preguntó entonces Marc.

—Rheros es el contacto en La Compañía de Lám del que te hablé en su momento —dijo Alba.

Al momento el aludido se volvió hacia ella, mirándola fijamente con gesto de sorpresa.

—No temas, amigo mío. Marc y Philippe conocen muchos de nuestros secretos. Incluso el Consejo les ha encomendado una misión.

—Eso es algo inaudito —respondió el bardo con prudencia—. ¿Puedo saber en qué consiste?

—Mucho me temo que no —dijo Isabell, tomando la palabra sin vacilación.

—Entonces me muestro doblemente sorprendido —contestó Rheros sin que aquello pareciera molestarle lo más mínimo—. No solo habéis logrado que dos inquisidores se os unan, o algo parecido, sino que además conocen más del asunto que os traéis entre manos que yo.

—Sabes la consideración que te tenemos —dijo Alba cogiendo su mano con cariño—, pero se nos ha exigido la máxima prudencia y ni siquiera estamos seguras

de la trascendencia que podría llegar a tener todo esto. Jamás insultaría nuestra amistad y tu posición negándome a informarte de algo si no fuera estrictamente necesario.

—Da la impresión de que sois un hombre importante dentro de la Compañía —comentó Marc.

—También parece que vos no habéis perdido del todo vuestra costumbre profesional de conseguir respuestas —refunfuñó el otro—, pero no hay muchos que hayan valorado mi *Balada del caballero* del modo en que vos lo hicisteis aquella noche así que, en atención a lo bien considerado que estáis por estas buenas amigas, os diré que sí, soy alguien importante dentro de mi organización y esta es, de hecho, mucho más de lo que seguramente sepáis.

—¿A qué os referís?

—Ah, bueno, simplemente a que *hacemos lo que podemos con el tiempo que nos es dado*, como dice la balada. Pero decidme, ¿por dónde pretendéis llegar a Ágarot? Porque ese es vuestro destino, ¿verdad?

—Tenéis una capacidad sorprendente para llevar la conversación a donde os interesa sin responder a las preguntas que os hacen. Casi no me acordaba —dijo Marc sin poder evitar la sonrisa.

—Rheros es un hombre sorprendente y lleno de recursos —dijo Alba—. Ágarot es nuestro destino, como bien dices, y pretendemos llegar hasta él por Stromferst.

—No —dijo de pronto Marc y todos se volvieron hacia él—. Llevo diciendo desde el primer momento que esa es la peor opción, pero hace apenas unos minutos he oído algo que apoya la idea de que debemos cruzar por el Taimado: el Imperio ha puesto controles en la entrada de Stromferst. Es algo que no había sucedido jamás.

—Desde luego que no —respondió Philippe echándose hacia adelante—. Eso atenta contra la propia naturaleza de la ciudad.

Alba había abierto la boca para decir algo, pero a la sorpresa por las noticias de Marc se iba imponiendo rápidamente el abatimiento por lo que estas implicaban.

—Pues lo han hecho —insistió él—. Los soldados paran a todo aquel que quiere entrar o salir y lo registran a conciencia.

—Entonces deben encontrarse con mercancías de lo más diversas, no creo que sean muchos los que vayan a Stromferst solo para vender unas berenjenas —dijo Isabell con tono desanimado.

—Lo que yo me pregunto es cómo estará encajando el asunto nuestro buen Bálor —murmuró Philippe—. No es de los que toleran bien los inconvenientes.

El rostro de Marc se torció ante las palabras de su hermano.

—Pese a esos controles de los que habláis tengo que deciros que no es buena idea encarar vuestro problema por el lado del Taimado, amigos —intervino Rheros, atrayendo rápidamente la atención de todos.

—No hay más caminos para pasar, a menos que algún loco esté dispuesto a darse un baño en las pobladas aguas del Mar de Ágarot —dijo Alba.

—No es eso lo que os recomendaría, evidentemente, pero debéis evitar el Taimado. Hace poco yo mismo crucé por allí y casi no lo cuento —dijo con gesto grave—. Veréis, ni siquiera ha llegado abril, pero hace unas semanas hizo un calor inusual en el Suroeste de Uruth que se desplazó hasta la vertiente agoriana de La Espina del Mundo. El deshielo que riega el Taimado se acrecentó bastante por ese motivo y en estos momentos el agua avanza con una fuerza arrolladora.

—¿Cuántos cruzaron contigo? —preguntó Isabell.

—Solo otros dos y nuestro guía, sin más bultos que una mochila cada uno. Os pido encarecidamente que lo reconsideréis.

—¡Pero los controles...! —comenzó a decir Marc.

—No creas que la situación es mucho mejor a ese respecto en la frontera —le interrumpió Rheros con gesto grave—. Todo lo que está sucediendo ha puesto nerviosa a mucha gente. Nunca había visto tantas patrullas por allí, ni siquiera en tiempos de guerra. Las fortificaciones están repletas de hombres y los soldados mantienen a los viajeros en zonas delimitadas y sometidas a vigilancia. Las órdenes son apresar o acabar con todo aquel que encuentren fuera de las mismas. Eso por no contar con los ballesteros que vigilan el otro lado. Ellos también están alerta y con los nervios a flor de piel. Los tramos en los que el Taimado se esconde bajo tierra son incluso más peligrosos. No, amigos, creo que pese a todo vuestra mejor opción es ir a Stromferst. Allí, al menos, hay variables que el Imperio no controla.

—Entonces no hay nada que hacer —dijo Marc, súbitamente abatido—. Tendremos que meternos en ese agujero.

—Parece que no le tienes mucho aprecio a la alegre ciudad de los ladrones —repuso Rheros con una sonrisa.

—¿A ese nido de podredumbre, vicio e hipocresía? ¿Al único lugar del mundo en que los criminales declarados son ley y gobernantes? Prefiero las traicioneras aguas del Taimado antes que rendir pleitesía a la escoria que se arroga dignidades y títulos cuando no merecen ni el aire que respiran.

Marc se levantó resoplando para alejarse hacia donde estaban los caballos.

—No parece que vuestro amigo tenga en alta consideración a los ladrones.

—Todos en esta hoguera sabemos que no la merecen —respondió Philippe mirando hacia allá—, pero en su caso es algo más que desagrado.

—Me dio la impresión desde la primera vez que hablamos de esto de que había alguna cuestión personal en el asunto —murmuró Isabell.

—Y no vas desencaminada —respondió Philippe—. Marc tuvo que encargarse del hermano de Bálor hace tiempo.

—¡Eso puede traernos complicaciones muy serias en Stromferst! —exclamó Alba—. ¿Por qué no lo habíais dicho antes?

—Porque es algo que le reconcome desde hace años. Le avergüenza —respondió Philippe a regañadientes—. Durante el tiempo que duró su misión, Bálor trató de



impedir que Marc capturara a su hermano. Mandó sicarios para protegerlo y lo fue ocultando a lo largo de tres provincias.

—¿No lo llevó junto a él, a Stromferst?

—No. Es complicado de entender, pero Bálor sigue ciegamente el código que impera allí desde hace décadas. Si hubiera metido a su hermano en la ciudad el asunto habría tomado un cariz bien distinto. Ya no sería algo entre un inquisidor y un criminal, sino entre el Imperio y la propia Stromferst.

—Sin duda podría haber desencadenado acontecimientos terribles —murmuró Rheros—. Algo de consecuencias letales para la ciudad.

—Por eso mismo Bálor se contentó con tratar de impedir la captura de su hermano, pero sin involucrarse abiertamente. Su nombre no apareció en ningún contrato ni se le vio en situaciones que pudieran relacionarlo con todo lo que Marc fue encontrando. Aun así, mi hermano era un inquisidor endiabladamente bueno y logró demostrar su implicación.

—Estorbar la labor de un inquisidor es un delito que, en el mejor de los casos, se paga con una buena temporada en un calabozo —dijo Rheros—. Creo que todos pensamos lo mismo acerca de lo que debe suponer mandar asesinos contra vosotros.

—¿Qué era lo que había hecho el hermano de Bálor? —preguntó entonces Alba.

—Ah, ese ser despreciable era un degenerado. No es que el propio Bálor no comercie con todo aquello que puede reportarle beneficios, ya sea el fruto de robos o placeres, pero al menos tiene una cierta ética, a su retorcida manera. Su hermano, en cambio... esa aberración, pues no se le puede llamar hombre, asesino y amante de niños... —sus compañeros de fogata ahogaron una exclamación—. Mi hermano lo mató sin contemplaciones y te aseguro que muchos habríamos dado la mano izquierda por ser nosotros los verdugos. El problema vino cuando, a continuación, se volvió hacia Stromferst.

—¿Marc atacó la ciudad de los ladrones? —preguntó Isabell, atónita.

—Marc fue comandante de la inquisición. Si bien cualquiera de nosotros podíamos convocar a los hombres y las fuerzas que nos parecieran adecuadas en un momento dado, él no tenía ni siquiera que comunicarlo a la Orden.

—Sí que llegó alto vuestro compañero de viaje —dijo Rheros dirigiéndose a Alba.

—Mucho me temo que su rango no le permitió seguir adelante —contestó ella.

—Evidentemente no. Cualquiera menos recto o con más malicia que él habría sabido que no le permitirían llevar adelante su plan. Por eso, cuando ya estaba en Lautwass reclutando poco menos que un ejército para arrestar a Bálor en su guarida, llegó un mensajero de la Orden, reventando un caballo tras otro desde Hýnos. —Philippe suspiró, con la mirada puesta en las llamas—. Nunca he hablado de esto con él, pero un consejero que conozco me contó exactamente lo que pasó allí. Mi hermano estaba junto al barón y su plana mayor cuando llevaron al correo, exhausto, a su presencia. Le entregó un pergamino lacrado y Marc lo leyó en silencio. Después

lo enrolló, se puso su sombrero, les dijo a los presentes que no atacarían Stromferst y se fue.

—¿Quién demonios firmaba ese mensaje? —preguntó Rheros.

—Eso no lo sé con seguridad, pero no había muchos en esa época que pudieran darle órdenes. Se me ocurren solo dos. Tres si tenemos en cuenta las *recomendaciones* del Embajador.

—Parece que ese Bálor goza de un tremendo poder si es capaz de lograr un mensaje así —respondió el bardo.

—No. Sucede, simplemente, que las autoridades prefieren que la situación quede como está. Aquello habría acabado para siempre con el equilibrio que existe entre Stromferst y las leyes. Unos consiguen dinero y otros usan sus servicios cuando es necesario. A ninguno le conviene que esa relación acabe.

—Y nuestro amigo se embarcó de lleno en dismantelarla, precisamente.

—Lleva este asunto clavado como una astilla —dijo Philippe asintiendo—. Lo conozco bien, sé que por una parte piensa que no terminó de hacer justicia; por otra, no quiero imaginarme el ridículo y la ignominia que debió de sentir en esos momentos.

Alba se volvió hacia donde Marc estaba sentado, como si valorara la idea de ir hacia allá, pero finalmente decidió que lo mejor era dejarlo tranquilo.

Charlaron todavía un rato más, pero el inquisidor no volvió a acercarse a la hoguera. Su rostro, cuando la danzarina luz les permitía vislumbrarlo, era de disgusto y preocupación.

Al cabo de un rato, el bardo se despidió educadamente de todos y se acercó un instante a él para darle un palmada en el hombro antes de marcharse.

—Anímate amigo —susurró—. Piensa en lo que dijo nuestro buen Bufón: *el camino correcto siempre es el más difícil para los hombres*.

Marc no contestó, aunque se quedó pensando en que no hacía tanto que había escuchado el mismo proverbio. Cuando Rheros se fue, lo siguió con la mirada preguntándose si aquel dicho no tendría algún significado más literal de lo que aparentaba.

Hacía ya un rato que todos dormían. La noche era apacible y el calor de la hoguera suficiente para combatir el frío. Marc permanecía cerca de la misma, enfrascado en sus pensamientos mientras montaba guardia. No era probable que tuvieran problemas allí, pues la masa de viajeros los ocultaba en medio de un multitudinario anonimato, pero todos habían estado de acuerdo en que era mejor ser precavidos.

De ese modo, el inquisidor fue consciente de los discretos sonidos antes de que se concretaran en una serie de movimientos que acabaron por llevar a una figura junto a él.

—¿Tú nunca duermes? —preguntó Eldwin restregándose los ojos.

Marc sonrió y le hizo un hueco para que se sentara junto a él.

—No sé, ¿tú qué crees?

—Pues no lo sé. Siempre estás levantado cuando me despierto y nunca he visto que te acostaras antes que yo.

—Eso es que duermes bien —respondió Marc—. ¿No tienes sueño?

—Un poco, pero me he puesto a pensar y casi se me ha pasado —respondió él mirando hacia la hoguera más cercana.

Apenas a diez metros de ellos, una familia de campesinos todavía charlaba en voz baja junto al fuego. Dos niños, seguramente de la misma edad que Eldwin, forcejeaban muertos de sueño con un hombre mayor que tenía una poblada barba blanca. La mujer joven que estaba a su lado se volvía de vez en cuando hacia ellos y les mandaba guardar silencio cuando las risas se descontrolaban. El que sin duda era su marido charlaba en voz baja con otra mujer bastante mayor que trataba de zurcir una prenda.

—¿Y qué es lo que pensabas? —preguntó Marc al fin.

Eldwin permaneció un buen rato en silencio antes de contestar.

—¿Tú sabes quienes son mis padres? —preguntó de repente con una mirada muy seria.

Marc tomó aire lentamente y se volvió hacia él. El niño mantenía la vista fija en la familia con una expresión que había borrado hasta el menor asomo de su carácter infantil.

—Mis tías me dicen que están haciendo algo muy importante, pero la bruja anciana que me cuidaba a veces me contó que están en el cielo, con Thomenn. Yo creo que ninguna lo sabe.

Marc sonrió con ternura y le dio una suave palmada en la espalda.

—¿Y por qué has decidido preguntármelo a mí?

—Porque tú nunca mientes y apenas bromeas.

Marc le dirigió una mirada neutra, pese a que su cabeza comenzaba a rebullir con emociones encontradas.

—No, Eldwin, lo siento —dijo al cabo de unos segundos—. Antes de que nos presentaran en Robleviejo, de hecho, no sabía nada de ti. Me temo que no puedo ayudarte.

—Ah. Eso pensaba —contestó él—. Algo me dice que están con el tío Aníbal, aunque nadie me lo quiere decir. Me toman por tonto.

—No, no es eso —dijo Marc pensando que en ocasiones Eldwin parecía mucho mayor—. Te quieren y les gustaría protegerte de todo mal.

—No te preocupes —contestó él—. Les echo de menos, pero ahora también tengo otros tíos. ¿Vosotros os tendréis que ir?

Marc alzó la cabeza y adoptó un aire solemne antes de contestar.

—No sé lo que pasará en el futuro, Eldwin, pero te puedo asegurar que si está en mi mano nunca te dejaré a tu suerte.

Él asintió, muy serio, como si aquella respuesta le resultara suficiente.

—Yo nunca he tenido una familia como esa —dijo señalando discretamente—, pero soy feliz con tía Isabell y tía Alba. Y, si estáis a nuestro lado, no necesito nada más —añadió levantándose y dándole un abrazo.

Marc correspondió torpemente y luego el niño se acostó de nuevo junto a las brujas.

—Eres sorprendente, pequeño amigo —susurró antes de girarse para seguir vigilando.

### III

Todos los emperadores han sido hombres notables. Cada uno a su manera, han realizado gestas que serían inalcanzables para personas comunes como nosotros.

El hecho de que desconozcamos las obras de muchos de ellos no es sino una prueba de su astucia; algo que debería temer el enemigo.

—*Gran Historia del Imperio.*

Bloqueo, Golpe, empujón. Esa era la secuencia, la mejor manera de hacerlo, sin duda alguna. Siguiendo aquella táctica, simple pero de eficiencia demostrada, habían conseguido llevarlos hasta la muralla sur para cerrarles el paso de nuevo. Sin embargo, de vez en cuando se desbordaban por encima de las almenas y tenían que volver a luchar encarnizadamente.

Todo había ido bien y consiguieron unos cuantos días de respiro entre batalla y batalla. La puerta sur era fácilmente defendible y permitía que la mayor parte de las fuerzas durmieran y curaran sus heridas. Al menos hasta que el imparable empuje los había obligado a retroceder de nuevo hasta la muralla norte, donde se habían empeñado en resistir.

Hermann dio un paso adelante para ponerse a la altura de los dos hombres que había junto a él y bloqueó la mandíbula que se lanzaba hacia su cuello. Unos pequeños fragmentos de marfil salieron volando cuando los dientes se estrellaron contra el escudo. Inmediatamente Victo golpeó con la punta roma de su lanza contra el tórax de la criatura y él consiguió el espacio que necesitaba para alzar su maza y hender el cráneo. Sin esperar a ver si la vida se apagaba en los ojos muertos que tenía delante, empujó con el escudo para hacerlo caer.

—Bloqueo, golpe y empujón. No falla —murmuró mientras se secaba el sudor, aprovechando un instante de respiro.

Y solía ser así, al menos cuando el arma no se quedaba encajada en la carne pútrida o entre los huesos, como acababa de sucederle a un soldado apenas tres puestos a su derecha. Era un muchacho joven, sin duda recién llamado a filas. Llevaba una cinta roja al cuello y había colocado un trozo de la misma en la cruz de su espada. Seguramente fuera un recuerdo de su amor, un detalle con el que darse ánimos en los peores momentos. Pero los recuerdos y las promesas que pudieran haberse hecho se desvanecieron en un instante.

Aquel joven carecía de la experiencia necesaria para no usar la punta de su espada; o quizá su escolta no se lo había quitado de encima para que pudiera golpear contundentemente. Tanto daba; una vez que un soldado caía, lo más habitual era que no volviera a levantarse. Los muertos se le echaban encima y ni siquiera la pareja que daba un paso al frente para aguantar la línea podía apartarlos antes de que fuera tarde.

—¡Pelotón de Hermann, fuera! —gritó Guillaum justo cuando el siguiente muerto se estrellaba contra su escudo.

—Cuidado con este, es fuerte —gruñó Victo tras él, intentando infructuosamente quitárselo de encima.

—Ya veo —dijo Hermann con aparente tranquilidad, tratando de que no lo desequilibrara.

Al agacharse para evitar que un zarpazo le alcanzara los ojos, se dio cuenta de que otra cabeza miraba fijamente hacia él apenas a una zancada. El muerto se arrastraba usando las manos. Tenía una espada clavada en el cuello en la que destacaba una cinta de un vivo color rojo. Cuando sus miradas se cruzaron abrió la boca en un rabioso grito lleno de silencio y varias gotas de sangre brillante salieron volando.

—Ayúdame a quitármelo, viene otro por debajo —dijo Hermann mientras empujaba.

—¡No puedo, es una maldita mole! —gritó Victo.

Hermann lanzó una maldición y se arriesgó a alzar la cabeza de nuevo. Efectivamente, el muerto era enorme, más de lo que le había parecido cuando lo bloqueó. Tenía la barriga hinchada y los brazos generosos como jamones. Sus golpes retumbaban sobre el escudo de tal forma que le costaba mantenerse de pie.

Hermann golpeó con la maza varias veces sin ser capaz de acertarle más que en los brazos y el pecho. Estaba perdiendo la secuencia y, para colmo, cuando bajó la mirada se encontró con que el otro se acercaba más y más.

No quería retroceder. Era consciente de que, si lo hacía, los dos soldados que estaban junto a él podían quedar flanqueados y la situación se descontrolaría, pero no encontraba otra solución.

Justo cuando ya iba a darle la orden a Victo, una hacheta que le resultaba familiar pasó junto a su rostro y se clavó en el cuello del muerto. Un brazo se estiró para recuperarla de un tirón mientras la cabeza caía y el resto del cuerpo se desmoronaba.

—Cuidado, tío Hermann —dijo Nicholas con una sonrisa, tomando el puesto que quedaba a su izquierda—. No siempre estaremos aquí los de Louisant para protegerte.

—Benditos seáis —contestó él con una fea sonrisa mientras aplastaba con la bota la cabeza del muerto que tenía ya a sus pies.

Tras asegurarse de que se lo podía permitir, alzó la palma para indicar que comenzaba a retirarse. No bajó el brazo hasta que la pareja de Schell los reemplazó y solo se permitió un suspiro aliviado cuando se apartó unos metros más, donde ya descansaba el resto de su pelotón.

Con tan solo un vistazo se dio cuenta de que faltaban dos hombres. Nadie dijo nada, pero vio en los rostros de sus compañeros que no era el único que se había percatado de ello.

Por encima de él, en el puesto que le habían asignado en el adarve, Guillaum vociferaba dirigiendo a los cinco pelotones que tenía encomendados debido a su

rango. Decidió acercarse por si podía echarle una mano.

—Cerro viejo, Abadía, legión, Ribera, legión y legión —murmuró mirando hacia los demás tenientes que dirigían a los soldados en aquel turno.

—Te deberían haber dado a ti el mando —le dijo Guillaum en cuanto se apercibió de su presencia.

Tenía la vista fija en su parte del campo de batalla y el sudor le caía por las sienes pese al frío reinante.

—Lo estás haciendo muy bien. Nadie podría reprocharte...

—¡Ballesteros, al pelotón de Ribera! —le interrumpió Guillaum—. No lo creas. Estamos perdiendo más hombres que ayer.

—Los están canalizando hacia aquí. Esos de la legión han conseguido el suficiente espacio para echar abajo esas casas y bloquear con barricadas las dos calles por las que más llegan —dijo mordiendo un trozo de pan—. Estamos aguantando demasiada presión aquí.

—¡Más rápido, ballesteros! —gritó Guillaum—. Lo que no sé es por qué demonios solo tenemos una docena de tiradores por turno. Dicen que en Ribera hay casi medio millar, ¿por qué no los traen, condenados sean? ¿Es que tienen algo mejor que hacer?

Hermann asintió y le dio unas palmaditas en el hombro antes de darse la vuelta.

—Quizá podrías retrasar un poco todos los pelotones. Así los que vienen por la avenida se repartirían mejor hacia los flancos. Que los reciban también esos fortachones de la legión. Al fin y al cabo llevan menos tiempo que nosotros combatiéndolos y cobran más —dijo antes de marcharse escaleras abajo.

Antes de llegar a la compuerta principal oyó que Guillaum gritaba esa orden.

—¿Qué tal está? —preguntó Victo quitándose el yelmo y el camal que llevaba debajo.

—Bien. Lo está haciendo con bastante cabeza.

—Sí, los únicos que no tienen cabeza aquí son los mandos —gruñó el viejo soldado acompañándolo afuera—. ¿Sabes que han vuelto a colgar a otra docena de desertores?

—Espero que Ricard se dé cuenta a tiempo de que algunos ya prefieren que los cuelguen antes que volver a entrar ahí.

—Pues dicen que por fin tiene un plan.

—¿Quién, Ricard?

—Sí. Nadie sabe de qué se trata, pero alguien de su plana mayor se lo habrá contado a algún oficial con demasiados amigos —Victo mostró las palmas de las manos—. Solo existen los secretos si se tienen con uno mismo.

—Espero que el viejo sepa lo que hace —murmuró Hermann—. Aquí estamos llegando a una situación límite.

—¿Has vuelto a pensar en lo que me dijiste?

Hermann se volvió hacia su amigo y lo miró fijamente durante unos segundos.

—No dejo de pensarlo —dijo antes de echarse en su esterilla y cubrirse los ojos con el brazo.

Era de madrugada. Los viajeros todavía dormían junto al Camino Nuevo cuando se marcharon.

Se escabulleron en silencio, tomando los bultos que habían empacado entre telas y ropas para que no hicieran ruido e incluso Isabell se encargó de los caballos para que fueran especialmente sigilosos.

Caminaron un par de horas antes de que los primeros rayos del sol los sorprendieran.

—¿Hace mucho que conoces a Rheros? —preguntó Marc en un momento en que Philippe se retrasó para bromear con Eldwin e Isabell.

—Su organización siempre ha estado muy presente en Seléin —contestó Alba—. Prácticamente llevo viéndolo toda la vida.

—¿Y por qué tengo la sensación de que desconozco totalmente aquello a lo que se dedica la Compañía de Lám?

—No es así —contestó ella—. El fin último que persiguen es el bienestar de las personas y honrar la memoria del Compañero. Otra cosa bien distinta es que eso no concuerde a veces con los intereses del Imperio.

—¿Tratas de decirme que a veces confabulan contra las autoridades?

—No añadiré más. Son asuntos que trascienden mi propia responsabilidad para entrar en las de otros. No tengo derecho a contar lo que sé que, por cierto, no es mucho. Te aseguro que Rheros milita en una sociedad más que discreta.

—Hay otra cosa que te quería preguntar. ¿Sabéis quiénes son los padres de Eldwin?

La bruja lo miró consternada.

—No, no lo sabemos. Él te lo ha preguntado, ¿verdad?

—Así es.

Alba asintió en silencio y se pasó una mano por la frente.

—Tiene una enorme capacidad de percepción. Se da cuenta de muchas más cosas de lo que parece.

—Pero ¿qué es lo que espera el Creador de él, si es cierto que es su enviado? —preguntó Marc en un susurro.

—No lo sabemos —contestó Alba—, pero confío en que nos será revelado cuando llegue el momento.

Marc asintió y siguieron caminando en un silencio agradable.

—Antes de preguntarte por Eldwin parecías triste —dijo Marc poco después.

—No es nada, solo estaba recordando Robleviejo.

—No creo que eso sea poco. ¿Quieres hablarlo?

Alba suspiró y se pasó el dorso de la mano por los ojos.



—Estaba pensando en la gente que hemos dejado atrás. No me refiero solo a Barta o Aníbal, sino a todos los demás. Todos los que me son conocidos quedarán en Seléin y lo más probable es que no vuelva a verlos jamás. Luke, mis vecinos de Robleviejo, Luccia... ya sabes que nuestros círculos son reducidos y, por eso, prácticamente todas las gentes que conozco quedarán atrás, junto al que fue mi hogar.

—No debes permitir que esos pensamientos te hagan daño —respondió Marc—. La decisión de tu Consejo no se mantendrá en el tiempo. Estoy seguro.

—Yo no lo veo tan claro —respondió ella—, aunque me gusta pensar que hay otras cosas que compensan lo que he perdido —añadió con una mirada elocuente.

Marc se sonrojó y bajó la vista.

El día siguiente continuaron la marcha, recortando distancia con rapidez. No sucedió nada fuera de lo normal, al menos hasta que Isabell comenzó a mirar hacia lo lejos con una sonrisa creciente en los labios. Apenas unos instantes después se toparon de frente con Neva, que traía a Furioso y Naffir cogidos por las riendas en un trote de vivo.

Marc y ella se fundieron en un abrazo y la loba incluso le pegó un buen lametón en la cara. Los caballos cabeceaban, visiblemente contentos por reencontrarse con sus amos, y a Philippe se le saltaron las lágrimas a juntar su frente con la de Furioso.

Eldwin rio un buen rato con Neva y todos se sintieron alegres y optimistas, pero no pasó mucho tiempo antes de que ascendieran una elevación y se detuvieran. Ante ellos se terminaba bruscamente el bosque al final de un saliente de varios metros de altura. Ninguno dijo nada, solo se mantuvieron mirando hacia el Este en silencio durante unos minutos.

—¿Ya hemos llegado a Stromferst? —preguntó Eldwin al cabo—. ¿Dónde está la ciudad?

—No queda demasiado a la vista, ¿verdad? —contestó Alba.

Ante ellos se alzaban los primeros picos de la Espina del Mundo. Brotaban directamente de la planicie, sin ningún tipo de prolegómenos como en las Colinas Eternas. Las cumbres más elevadas estaban llenas de nieve pero incluso hasta su posición, no lejos de los desiertos de Uruth, llegaba un viento gélido que no hacía sino avisar de los peligros de aquellas montañas.

Justo delante, más allá de la cobertura de los árboles, había una muchedumbre que aguardaba su turno en una fila que se prolongaba durante casi un kilómetro.

Había gentes de todas las edades e incluso familias enteras, casi todos con bultos o tirando de carros atestados. Muchos cargaban con cestas llenas de verduras y no faltaban tampoco los que conducían terneros o llevaban pollos encerrados en jaulas de mimbre.

Sin embargo, tanto los refugiados que huían del Sur como los comerciantes estaban quietos. De vez en cuando la fila adelantaba un par de metros solo para

volver a detenerse algo más allá. No parecía que en sentido inverso el avance fuera más rápido para los que trataban de salir.

A la derecha de la fila se veían multitud de pabellones militares con el emblema de la espada imperial y, a prudente distancia, también las sencillas tiendas de campaña de los refugiados que se las podían permitir. Daba la impresión de que no eran pocos los que llevaban días esperando ante el enorme arco que formaba la entrada a la cueva.

—¿Todo esto es por nosotros? —dijo Philippe con semblante sorprendido—. Hermano, ¿estás seguro de que no te has dejado nada por contarme?

Marc, junto a él, tenía la vista fija en la barricada que habían levantado apenas a unos metros del túnel que daba acceso a Stromferst. La cueva estaba iluminada por antorchas y se abría en un arco amplio como la boca de uno de esos monstruos colosales que poblaban las aguas pero, desde su posición no podían ver más allá.

—Cuento sesenta infantes, aproximadamente, y dos pelotones de jinetes, más los que permanecen en el campamento —murmuró el gigantón—. Por no mencionar a esos dos árbitros con sus cohortes.

—Hombres de la baronía de Lautwass, la Orden y la legión trabajando juntos. Es imposible que pasemos ese control —masculó Marc.

—No te pongas trágico —respondió Philippe—. Todo el mundo sabe que Bálor es un hombre de recursos. Solo tenemos que ponernos en contacto con él y ya está.

—¿Y ya está? ¿Hablamos del mismo hombre? ¿De ese que vendería a su madre si le dieran dos cobres por ella?

—En todo caso —dijo Philippe—, lo primero es hacerle llegar nuestro requerimiento. Ya se verá luego.

—¿Y conocéis alguna forma de mandarle un mensaje? —preguntó Alba con gesto de preocupación.

—Querida amiga, permite que te diga que a veces os dejáis llevar por las dificultades y no os dais cuenta de que el gran Philippe está con vosotros. Esperemos, simplemente, y seguro que la solución se nos presenta por sí sola.

—¿Esperar a qué? —gruñó Marc.

Por toda respuesta, Philippe se sentó en el suelo, abrió una de las bolsas de provisiones que habían comprado a los refugiados y se recostó hacia atrás, sin perder detalle de lo que sucedía a la entrada de Stromferst.

Pese a la impaciencia de Marc, las mujeres dejaron hacer al gigantón. Eldwin se sentó junto a Neva y comenzó a jugar con ella en silencio. Isabell se ocupó de que los caballos pudieran comer cerca de ellos y se detuvo para tratar con gesto crítico un corte que tenía Furioso en una pata. No tuvieron que esperar mucho antes de que Philippe se incorporara de golpe.

—Oh, vaya, ¡mirad esas preciosidades! —dijo señalando a un grupo de mujeres bastante poco abrigadas que acababa de salir de Stromferst para pasearse entre las primeras filas de viajeros y la soldadesca de descanso—. Conozco las costumbres de

Stromferst bastante bien y sé que, al anochecer, las amables meretrices suelen salir a pasear por las calles —dijo alzando la cabeza como si fuera un cortesano de Louisant.

—¿Qué es una meretriz? —preguntó Eldwin.

—¡Bálor no desaprovecharía la oportunidad de sacarlas al exterior con tantos clientes! —prosiguió inmediatamente Philippe sin girarse hacia el niño—. Puede que todavía queden unas cuantas horas de luz, pero sin duda es buen momento para el negocio y a la vista está que no llevan armas o más mercancía encima que la evidente.

—No creo que eso tenga el menor interés ahora mismo —gruñó Marc.

—Te podría responder que siempre es buen momento; o incluso que ya había pensado en esto. Pero lo que haré será señalar que, como sin duda ya habrás notado con tu aguda percepción de comandante, esas mujeres no son tan desorganizadas como parecen.

Marc estrechó los ojos y se fijó con más atención en ellas.

—Le echan un vistazo a esa mujer alta antes de irse con alguien —susurró.

—Exacto. Bálor no consentiría que ganaran un solo cobre sin recibir su parte.

—Creo que ya veo por donde vas —respondió Marc suavizando el gesto en una sonrisa.

—Pues entonces vamos a buscar a nuestro mozo de cabellos recortados. Será el que hable subrepticamente con esa mujer.

Alba asintió con resignación y permitió que le tiznaran la cara mientras se ponía encima un par de prendas de Marc. Solo entonces partió hacia la fila de comerciantes con toda la discreción que le fue posible.

Todo fue mejor de lo que se atrevían a esperar y, apenas media hora después, la mujer que dirigía a las meretrices se escabulló entre la muchedumbre para llegar a una discreta arboleda no lejos del lugar desde donde habían estado oteando.

—Muchas gracias por venir señora —dijo Philippe dedicándole una reverencia.

—Siempre es un placer atender a hombres tan fornidos como vos —respondió ella con un pestañeo que era tan coqueto como ensayado—. ¿Debo entender que os apetece algo que se sale de lo habitual? —preguntó con un gesto burlón señalando a las dos brujas.

—A decir verdad sí, mi señora, pero mucho me temo que no tiene que ver con temas de placer, sino de negocios. Necesitamos que le hagáis llegar un mensaje a vuestro gobernador, el muy noble Bálor.

—La gente que hace negocios con él no suele necesitar que yo le dé mensajes —dijo ella alzando una ceja.

—Ah, pero estaréis de acuerdo conmigo, querida dama, en que esta no es una ocasión al uso —respondió Philippe señalando con la cabeza hacia los soldados.

—Me temo que deberéis ser más pródigos en explicaciones si queréis que os haga de mensajera.

—Bien, digamos entonces que nuestras actividades artísticas nos han hecho más famosos de lo que nos gustaría y no queremos exponernos demasiado ante nuestros admiradores.

—Te aseguro que a tu señor le interesa vernos —susurró Marc de pronto, tendiéndole un pergamino doblado—. Si eres la encargada de esas otras seguramente ya sabes lo que le hará Bálor a alguien que no le entregue un mensaje como este directamente a él —añadió llevándose la mano a la empuñadura de su espada.

La mujer lo miró un instante sin ocultar una mueca de desdén.

—Recojo los emperadores que la gente paga por amancebarse con las chicas de Bálor. Son buenas en lo que hacen, a menudo es mucho dinero, más de lo que han costado sus servicios —sonrió levemente—. ¿Crees que él me habría encargado este puesto si no confiara en que sé hacer las cosas?

—Por supuesto que no, querida —contestó Philippe echándole una mirada asesina a Marc—. Lo que mi socio quería decir es que tenemos bastante interés en ver al señor de Stromferst y el asunto que nos ha traído hasta aquí es de la mayor importancia, también para él.

—*Interés* es una palabra ambigua —dijo ella repitiendo el sensual parpadeo—. ¿Quieres decir, quizá, urgencia? ¿O necesidad?

—Tenemos que hablar con Bálor. Lo antes posible —insistió Marc.

—Mucha gente tiene que hablar con él.

—Inmediatamente —insistió el inquisidor agarrando ya sin disimulo la empuñadura de su arma—. O puede que le haga lo mismo que a su hermano.

La mujer dio un respingo y, por un momento, todos los gestos estudiados se desmoronaron ante la estupefacción y la alarma.

—Veré qué puedo hacer —contestó al fin con una mirada asustada—. Es un hombre ocupado.

—Hazlo, por favor, pero antes satisfaz mi curiosidad —dijo Philippe tomándola de la mano suavemente y tratando de tranquilizarla—. ¿Cómo marchan vuestros negocios con ese control ahí plantado? No creo que sea bueno para traer o llevar las mercancías escamoteadas —su interlocutora le sostuvo la mirada sin cambiar un ápice las facciones de su rostro—. Tomaré vuestro silencio como que van mal, entonces.

Sin añadir una sola palabra, la mujer se marchó con un movimiento de caderas que habría bastado para mantener hipnotizado un buen rato a Philippe.

—¿Pero por qué demonios has tenido que sacarle el tema de su hermano? —gritó en cambio, girándose hacia Marc—. ¡Esa mujer puede ponernos en contacto con él, no nos interesa que lo traiga aquí hecho una furia!

—Si es tan capaz como piensas lo traerá aquí. Si no, probablemente podamos darnos por muertos —respondió Marc cruzándose de brazos—. Tanto da el ánimo con que acuda.

Pese a las dudas de Marc, apenas tuvieron que esperar un rato antes de que un niño llegara corriendo hasta ellos. Vestía con andrajos, estaba sucio y su atuendo, que ya de por sí era mísero, estaba lleno de zurcidos y parches. La corrección con que hablaba, no obstante, hacía dudar de un destino tan triste como aparentaba.

—Mi señor Bálor os manda saludos y os ruega que os dirigáis a ese punto de allí, donde asoma aquel ciprés. Como veréis es discreto y difícil de tomar por sorpresa. No tardará en reunirse con vosotros.

Así lo hicieron para oír, poco después, como unos cuantos hombres se aproximaban, embozados y con atuendos que no llevaban ninguna distinción. Uno de ellos se adelantó enseguida. Era robusto. No tanto como Philippe, pero aun así alto y grueso, con una generosa barriga.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Pero si son los dos inquisidores más famosos de la historia! —dijo Bálor quitándose el pañuelo con el que ocultaba sus rasgos—. El poderoso Philippe, *la Avalancha*, es inconfundible y por deducción tú debes de ser Marc *el Traidor*.

—Supongo que sí —contestó él.

—Ya dudaba de que nos fuéramos a encontrar en persona —murmuró entrecerrando los párpados.

Bálor tenía una nariz grande que parecía un dedo acusador. Los ojillos, hundidos y pequeños, tenían el color gris de un cielo triste, pero transmitían una sensación de aguda perspicacia. Los mofletes eran rollizos y el cuello ancho, aunque no daba la impresión de ser un hombre lento ni apacible.

—¿A qué debo el placer de haber sido distinguido con vuestra ilustre atención? —dijo haciendo una exagerada reverencia.

—Tenemos que entrar en Stromferst —dijo Marc con un tono que destilaba odio contenido.

—Necesitáis *algo* de Stromferst, dudo que sea solo entrar.

—Bálor —dijo Philippe—, dejémonos de juegos. Creo que tenemos suficiente historia entre los tres como para andarnos con rodeos. Necesitamos pasar a Ágarot.

—Oh, ¡pero hay muchos sitios por los que llegar allí! —replicó él con un gesto teatral— y, al fin y al cabo, la mía es una cueva sin salida.

—Todo el mundo sabe que Stromferst tiene multitud de salidas, y ya ves cómo se han puesto las cosas en la frontera.

Bálor se golpeó los labios con un dedo en un gesto reflexivo.

—Sería muy costoso. Me saldría mucho más a cuenta entregaros al Imperio para sufragar algunas de las necesidades perentorias que tiene mi gente. Como sabréis estamos casi en la ruina, sufrimos hambre y desesperación —añadió negando con la cabeza en amplios ademanes.

—Tu razonamiento de hambre y necesidad se esfuma cuando el oro tintinea con cada movimiento que haces —escupió Marc señalando las pulseras y collares que Bálor llevaba por debajo de su disfraz.

—Pero también sabemos que eres un hombre inteligente y lleno de recursos —añadió Philippe con un tono mucho más meloso—, como atestigua tu previsión de situar tiradores en la espesura.

—¡Sois perspicaces! —dijo Bálor con una risilla—. A lo mejor podríamos quedarnos con alguna de vuestras amigas para empezar a considerar un trato. Esta es un verdadero bombón —dijo dando un paso adelante para acariciar la mejilla de Neva.

—Si le tienes aprecio a los dedos de esa mano yo no la tocaría —dijo Philippe—. Podrías llevarte una sorpresa muy desagradable con ella.

El hombre se paró en seco al ver la mueca de ferocidad que se iba formando en el rostro de la loba. Rápidamente se apartó con gesto de repulsión para dirigirse de nuevo a los inquisidores.

—Está bien. ¿Por qué debería ayudaros? —dijo al fin.

—Porque, según hemos oído, todo lo que tiene montado el Imperio a la puerta de tu casa supone un bloqueo a las operaciones de Stromferst. Los comerciantes no pueden entrar y tus productos tampoco pueden salir. Por tanto, en esta situación, cualquier cosa que fuera mala para el Imperio sería buena para ti —señaló Philippe.

—Ay, sí, lo cierto es que me reiría mucho viendo sus caras al saber que habéis cruzado hacia Ágarot —dijo Bálor sin que pasara desapercibida la mirada de odio que lanzó en dirección al campamento imperial— pero eso no me beneficiaría en nada más. Y ya tengo buenos bufones para que me hagan reír.

—Si saben que nos hemos ido quizá levanten el bloqueo —apuntó Marc con desgana—. No tendría sentido mantener todas esas tropas desplegadas si el objeto de su búsqueda se hubiera evaporado.

—Desde luego, pero hay un problema: vosotros sois inquisidores del Imperio. No me fio de nada de lo que digáis.

—Es evidente que ya no lo somos —contestó Philippe—. Has visto cómo nos buscan.

—¡Deja de decir tonterías! —estalló Marc, casi a la vez—. ¿Piensas que esto es algún tipo de argucia? ¡Sabes de sobra que nuestra situación va más allá de lo que se puede disimular!

—Quizá —respondió él encogiéndose de hombros—. Pero, de cualquier modo, habréis de mostrarme cual sería mi beneficio por ayudaros, o no moveré un dedo. Puede que incluso me plantee entregaros.

—Antes has dicho que éramos inquisidores —susurró Marc—. Pareces olvidar de lo que somos capaces y la determinación con que perseguimos nuestros objetivos aunque ello nos acerque a la muerte.

—Ya veo —dijo Bálor con una mirada peligrosa—, te gusta negociar fuerte ¡y no se pude negar que removiste cielo y tierra en otras ocasiones! Pero aquí, a la sombra de mi casa, rodeado de amigos que apuntan a esas mujeres, al niño y a vosotros mismos...

—¿Cuál sería tu precio? —preguntó Philippe antes de que las amenazas fueran a más.

—Doscientos emperadores de oro —respondió al instante Bálor—. Eso o hacer un trabajito que tengo pendiente.

—No podemos dejarnos ver por ahí. Y tampoco tenemos tanto dinero —dijo el gigantón recordando lo delgada que estaba su bolsa en esos instantes.

—Entonces, tristemente, creo que no tenemos nada que negociar —contestó Bálor meneando la cabeza mientras comenzaba a darse la vuelta.

—¡Por la paciencia de Shacon! —exclamó de pronto Isabell, adelantándose para sorpresa de todos—. ¿Podemos dejarnos ya de juegos estúpidos? Sabes que ni tenemos el dinero que pides ni estamos en posición de hacer ningún trabajito para ti. Tampoco creo que seas tan necio como para amenazar a dos inquisidores acompañados por tres mujeres extrañas que no conoces de nada. Da igual cuántos hombres tengas en la oscuridad, serías el primero en caer —Bálor se giró para observar a Isabell con genuina sorpresa en el rostro—. Si no nos dejaras más opción, buscaríamos otra forma de abandonar el Imperio, ¡y Thomenn sabe que la encontraríamos! Tú te quedarías aquí, sin tu beneficio y con esa barricada estorbando tus chanchullos; del mismo modo, nosotros perderíamos un tiempo precioso. ¿Es eso lo que quieres?

Bálor fue cambiando su expresión hasta mostrar un interés nada disimulado en la mujer que tenía delante. Eldwin, apenas un paso detrás de ella, apretó un poco más la mano de Alba.

—¡Que me ahorquen si no eres la mujer con más temperamento que he visto en décadas! ¿He de suponer también que tienes una propuesta que hacerme?

—Es posible que pudiéramos conseguirte algo de oro. No los doscientos emperadores, ni siquiera la mitad, seguramente, pero sí una buena suma.

—Dudo mucho que tu trato me convenza si lo primero que dices es que no voy a conseguir el precio que he fijado —respondió Bálor cruzándose de brazos.

El gobernador de Stromferst era como una montaña frente a un gorrión, pero Isabell le sostenía la mirada con una seguridad que parecía sorprender a todos menos a Alba.

—¿Y si te dijera que son los mismos que ahora impiden tus negocios los que tendrían que pagarte?

—¿Te refieres al Imperio? —preguntó él.

—Exacto. Estoy en posición de asegurar que te conseguiría un buen dinero de ellos, causándoles además un considerable perjuicio. Puede que incluso fuera

suficiente para que se fueran, aunque necesitaríamos una relación de confianza contigo para lograrlo.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿Y cómo lo harías? —preguntó él con una chispa de codicia y desconfianza en los ojos.

—Tengo mis recursos, pero no me gusta hablar de ellos —respondió ella—. Lo que sí puedo decirte es que no esperaremos más. Decídetes ahora mismo o nos iremos a buscar otro camino.

—Pero... ¡esto es el colmo! Me hacen salir de mi casa, no aceptan mis precios ¡y encima vienen con exigencias! —dijo Bálor mirando a sus hombres entre aspavientos.

—Céntrate en lo que estamos —dijo Isabell sin poder evitar un atisbo de sonrisa—. Podemos conseguirte el oro, pero tenemos nuestras condiciones.

Bálor resopló estruendosamente, pero también los estudió con bastante más precaución que antes. El niño seguía de la mano de Alba y una expresión de orgullo parecía querer aflorar en su cara cuando miraba a Isabell. Marc y Philippe estaban de brazos cruzados. Alguien que los conociera lo suficiente podría haberse dado cuenta de que, quizá, se sentían un poco descolocados ante la iniciativa de Isabell, aunque en ningún momento hicieron el más leve amago de intervenir en la conversación. Aparentemente tenían el mismo aire de seguridad de siempre y, ante esa imagen, el señor de Stromferst volvió a dirigirse de nuevo a la mujer con un tono resignado.

—¿Qué necesitarías?

—¿Tienes reservas de grano?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Digamos que sí, entonces —contestó Isabell con indiferencia—. Diles a tus panaderos que se pongan a trabajar ahora mismo. Mientras, manda a tus hombres a comprar toda la harina que puedan de los pueblos cercanos. Y también provisiones de todo tipo: carne, patatas, avena, legumbres, ese tipo de cosas. Haz pan, corre la voz para que tu gente se aprovisione y luego sube el precio de los alimentos hasta más allá de lo que consideres exagerado.

—Pero ¿por qué debería hacer eso?

—Como te decía, para que nuestro negocio funcione necesitamos una relación de confianza, pero piensa esto: si tratara de engañarte, ¿qué ganaríamos nosotros estando desarmados dentro de Stromferst donde, según se dice, nada escapa a tu control?

—Nos tendría bien cogidos, desde luego —murmuró Philippe con gesto alarmado.

—¿Os someteríais a nuestra vigilancia dentro de mi ciudad? —preguntó Bálor.

—Así es —contestó la bruja sin la menor dubitación.

El hombre la miró largamente hasta encogerse de hombros y asentir con una sonrisa.

—Está bien. Vendréis conmigo y os portaréis bien. Después veremos si nuestro trato resulta tan lucrativo como dices. Más os vale que así sea.



A un gesto de su mano varios hombres armados con ballestas salieron de la espesura y se colocaron tras ellos. Otros tantos los flanquearon y tomaron sus armas, mientras que los que parecían más cercanos al gobernador de Stromferst se situaban junto a él.

—En marcha —dijo este.

Los inquisidores se miraron con preocupación, pero cogieron las riendas y siguieron a las mujeres, que echaron a andar inmediatamente.

—Neva, quédate a mi lado y no hagas nada si no te lo pido. Vamos a entrar en una cueva. Trata de estar tranquila y, pase lo que pase, no ataques a nadie.

La loba abrió mucho los ojos y se volvió hacia él con expresión asustada, pero siguió andando.

—¿Qué le pasa? —susurró Philippe.

—No le gustan los lugares cerrados.

—Estupendo. Vamos al lugar indicado, entonces —dijo meneando la cabeza.

Bálor los guio durante varios minutos por sendas cada vez más espesas en las que parecía imposible que hubiera un camino en medio de los árboles y los matorrales. Sin embargo, antes de lo que cualquiera de ellos hubiera supuesto, se detuvo y dio varios golpes a una roca que se alzaba hasta su cintura. Después, volvió a repetir los mismos golpes otra vez y lo hizo una tercera. En ese momento la roca se deslizó con suavidad y un hombre les franqueó la entrada hacia unas escaleras talladas en la roca viva.

—¿Cómo demonios habéis hecho eso? —preguntó Alba.

Bálor le dirigió una sonrisa desdeñosa y entró.

—Te aseguro, amiga mía, que Stromferst guarda muchos secretos inexplicables. Conozco a un hombrecillo que daría un brazo por poder investigarlos —dijo Philippe.

—Burg —susurró Marc con una mirada triste.

—Le habría encantado ver esto. Dicen que Stromferst es muy antigua, puede que incluso anterior a Thomenn —dijo Philippe descendiendo hacia el interior de la tierra.

Caminaron por pasadizos alumbrados con antorchas durante al menos dos o tres minutos. En algunos puntos, la roca estaba húmeda e incluso vieron algún hilillo de agua que se filtraba desde el techo hasta desaparecer por el suelo. En otros, había antorchas muy lejanas entre sí, pero curiosamente la oscuridad no llegaba a ser tan intensa como sería normal.

—¿Te das cuenta de que una vez que entremos en Stromferst estaremos fuera del Imperio, hermano? —preguntó Philippe, súbitamente mucho más serio de lo habitual—. Es posible, incluso, que no volvamos nunca más; que nuestros pasos nos lleven a Ágarot o adonde demonios sea, pero que jamás pisemos de nuevo las cuatro provincias.

Marc se giró hacia él con gesto resolutivo.

—No sé lo que sucederá a partir de ahora, hermano, pero una cosa si te puedo asegurar: no moriré como un anciano en el exilio. Para bien o para mal.

Philippe asintió, con algo más de confianza, y siguieron andando.

Neva se había agarrado al brazo de Marc nada más entrar. Caminaba con la cabeza agachada y gimoteando mientras el inquisidor se inclinaba hacia ella para susurrarle palabras tranquilizadoras.

Finalmente, cuando el túnel comenzó a ensancharse, Philippe se adelantó unos metros para tomar a Eldwin y colocarlo sobre sus hombros.

—¿Preguntabas por Stromferst? Pues admírala ahora: la ciudad más grande que puede existir bajo tierra.

## IV

En el Comienzo, el Creador decidió que la nada se retirara. De este modo, con su mera Voluntad, creó el mundo.

Suspiró al ver su obra y los cielos se llenaron de nubes. La belleza que contemplaba lo conmovió y de una lágrima suya emergieron los océanos. Alzó entonces las manos y en el Norte surgió la Espina del Mundo y al Oeste las Colinas Eternas.

Con una sola palabra, las almas que existen desde siempre en el vacío del abismo se transustanciaron y los hombres poblaron el mundo.

—*El Manual*, primer capítulo.

—No debimos venir. ¡No debimos venir aquí! —exclamó Marc de nuevo.

—¿Ya vas a empezar otra vez? Estamos aquí, hermano, eso es lo que importa ahora. Tenemos más cerca que nunca el paso a Ágarot, ¡alegrémonos!

—Hay quince guardias ahí fuera y estamos desarmados. ¡Eso es lo que tenemos! Antes, al menos, nos podíamos mover con libertad, pero de este modo es como estar en una ratonera.

Neva, como queriendo darle la razón, permanecía encogida bajo una mesa. Sus ojos estaban muy abiertos, mirando a todos lados con temor, y de vez en cuando gemía lastimeramente.

Los habían alojado en una casa de dos plantas, lo cual constituía un lujo notable en una ciudad donde el espacio era tan escaso como en Stromferst. Bálor se había despedido con una indiferencia condescendiente que irritaba a Marc, pero era indudable que sus órdenes eran que la estancia de sus huéspedes fuera lo más confortable posible.

Para cuando llegaron a esa parte de la ciudad, una docena de mujeres estaban terminando de limpiar la casa y prepararles las camas con ropa limpia; poco después, unos hombres les llevaron comida y bebida e incluso se encargaron de que los caballos estuvieran en un refugio anexo, con abundante paja seca, agua y avena. Sin embargo, Marc no dejaba de mirar al exterior para constatar que seguían tan vigilados como cuando entraron.

—Qué queréis que os diga, yo creo que tiene mucho encanto —dijo Alba mirando por una ventana—. Siempre quise conocer Stromferst. Parece un lugar no menos impresionante que Hÿnos.

Eldwin, a su lado, miraba con la boca abierta las gigantescas paredes de roca que casi parecían querer perderse de vista en algunos puntos.

—Cerca del lago había una cueva, aunque era tan pequeña que el abuelo Aníbal tenía que agacharse para entrar y no tenía más que unos cuantos pasos de largo. ¡Pero esta es enorme!

Tal y como decía el niño, el interior de Stromferst resultaba imponente. Desde su alojamiento, ligeramente elevado sobre uno de los últimos anillos de la plaza central,

tenían una perspectiva envidiable de esa parte de caverna. Los puestos del mercado, que comenzaban a desmontar a media tarde, ocupaban buena parte del centro. A partir de ahí, el espacio se volvía mucho más tortuoso debido a los establecimientos que se arracimaban unos sobre otros. Burdeles, tiendas oscuras, casas de comida llenas de barullo, salas de fiesta, fumaderos y residencias particulares se apiñaban formando calles estrechas con un trazado carente de lógica. Incluso las vías principales estaban atestadas de puestecillos a ambos lados.

Algunos de los edificios eran de madera, pero otros parecían haber brotado de la misma piedra, lo que daba idea del gran trabajo que se había realizado allí y del ingenio que los habitantes de Stromferst demostraban al labrarse sus propios hogares.

—¿Cómo es posible que haya tanta luz? —preguntó entonces Eldwin extrañado—. Casi no veo antorchas o fuegos.

Philippe se acercó a él y señaló la parte superior de la caverna, que estaba plagada de una luminiscencia que el pequeño no era capaz de identificar. Las grietas que se internaban en la roca emitían incluso más luz.

—Es por unos hongos que prácticamente solo se dan aquí, en Stromferst. El mineral de la cueva amplifica la luz que producen, especialmente en los recodos y las grietas, como cuando los juglares hacen juegos de espejos —le explicó—. Hay quien llama a la plaza central de Stromferst *El Cielo Eterno*, porque el techo siempre parece plagado de estrellas. Y ¿ves todos esos corredores a lo lejos? Algunos no eran más que fisuras que discurrían entre las distintas partes de la cueva, pero a fuerza de trabajo les dieron el aspecto que tienen hoy.

—Pero ¿cómo es de grande esta ciudad? —preguntó entonces el niño.

—Seguramente eso solo lo sepan con certeza Bálor y un puñado de personas más. Todo el mundo conoce la cueva de entrada y la plaza central, donde estamos. Solo con eso ya podemos hablar de más de un kilómetro en línea recta. Tampoco es difícil que quien pase aquí un tiempo visite esas grutas de allí, que están llenas de residencias algo más modestas que las que tenemos cerca. En esa otra dirección, en cambio —añadió Philippe señalando con un dedo— no hallarás más que gente peligrosa y locales poco recomendables.

—Delincuentes, mercancías robadas y túneles mohosos; eso es en lo que consiste esta ciudad —murmuró Marc—. Es como una madriguera gigante.

—En lo último no vas desencaminado, pues no son muchas las ciudades del Imperio que pueden presumir de tener una población mayor. Las capitales de las provincias sí, por supuesto, y también Cordes o el Puerto de la Frontera, pero no muchas más —prosiguió Philippe—. Además, como te decía antes, hay otros corredores en esta ciudad a los que la mayoría de la gente tiene vedado el acceso. Dicen que por algunos de ellos se llega a pasadizos ocultos que conectan con Uruth, Ágarot y un sinfín de salidas más por el Norte de Louisant y Rock-Talhé, como por el que nos trajeron.

—Quizá lo mejor fuera tratar de encontrarlo de nuevo y escabullirnos de aquí —gruñó Marc.

—No, hermano. Bálor es un ladrón, un contrabandista y también ha encargado más de un ajuste de cuentas, pero no deshonrará el código.

—¿El código de los ladrones? Es una basura, como él mismo.

—No le tengo ningún aprecio, te lo aseguro, pero el código es una de las pocas cosas que legitima su gobierno aquí. Estos hombres se jactan de ser hombres libres; en condiciones muy particulares, sí, pero ciudadanos con derechos y orgullo, al fin y al cabo. Créeme, la gente de Stromferst confía en Bálor porque saben que siempre hace lo mejor para ellos y se atiene a las leyes. Y puede que sean las leyes que se han dado los propios ladrones, pero las cumplen. Además, mientras haya un negocio de por medio y cada parte respete su acuerdo, todo irá bien.

—A propósito de eso, ¿nos vas a contar ya qué es lo que vas a hacer? —preguntó Marc volviéndose hacia Isabell.

—Ya lo estoy haciendo. Y no, no os lo contaré hasta que no esté hecho. No quiero que me digáis que es una locura —añadió con una mirada altanera.

Los dos hombres miraron con preocupación la sonrisa de Alba, pero asintieron.

No tardaron en mandarlos llamar para conducirlos ante Bálor.

Pese a que solo bordearon la plaza central antes de internarse en un corredor prohibido para la mayoría, fueron muy conscientes del jolgorio que llenaba el espacio que horas antes ocupaba el mercado. Los olores de los puestos de comida, los gritos de quienes los atendían y un sinfín de músicas y cánticos discordantes creaban una atmósfera difícil de encontrar en cualquier otro punto del Imperio salvo, quizá, en Hÿnos durante la fiesta del Bufón.

Los olores les llegaban suavizados por la distancia; las voces tenían multitud de acentos distintos y en ocasiones incluso se expresaban en idiomas que no pertenecían al Imperio. Sin embargo, por las callejuelas por las que los llevaron no vieron más que dos o tres grupos discretos que hacían negocios en algún rincón. Los pocos ciudadanos de Stromferst que se cruzaban con ellos apartaban la vista, demasiado acostumbrados a los asuntos del gobernador como para mirar dos veces hacia sus matones.

Pronto llegaron a un edificio cuya fachada se había trabajado directamente sobre una pared de roca pulida. Los relieves, de una calidad fuera de cuestión, mostraban figuras humanas en actitud fraterna, el nombre de Stromferst y también las palabras *Hombres Libres*. Algo más arriba, en dos balconadas gemelas, varios guardias de ojos amenazantes empuñaban las ballestas sin ningún disimulo. De la parte más alta colgaba una banderola con un escudo que habían visto antes, pero al que no habían dado importancia. Era una montaña con un óvalo oscuro en su interior que se ramificaba con forma de tentáculos hacia todas direcciones.

—¿Ha inventado un emblema para la ciudad? Parece que a Bálor se la ha subido su posición a la cabeza, ¿eh? —rio Philippe mirando a uno de los hombres que los custodiaban.

—Cuidado con lo que dices —respondió este sin cambiar el gesto malcarado que lucía.

—Alguien tiene que enseñar a esta gente que el sentido del humor es importante en la vida —rezongó el inquisidor antes de que las puertas se abrieran y los mandaran pasar.

Aunque ya estaban desarmados, los hombres que aguardaban en el interior los registraron concienzudamente. Solo les dejaron pasar acompañados de un buen número de guardias que los condujeron al piso de arriba.

El despacho de Bálor era tan suntuoso y recargado como cualquiera habría supuesto. El escritorio que lo presidía era bastante más grande que muchas barcas de pesca. La madera era oscura y la habían pulido y barnizado hasta parecer más un espejo que un mueble. Junto a la chimenea había dos sillas que parecían haberse diseñado para una pareja de gigantes y se apoyaban sobre una manta de pieles que bastaría para abrigar a una familia tan numerosa como la de Luc. En una estantería había botellas con licores y en otra lujosos volúmenes, algunos con los lomos inscritos con letras de oro. Tenían, no obstante, una capa de polvo por encima que hacía dudar que se hubieran abierto alguna vez. La habitación también albergaba varias estatuas, un artesanado plagado de filigranas, tapices y algún cuadro algo torcido.

—Dijiste dos días. Pues bien, dos días habéis tenido —dijo Bálor en cuanto entraron, incorporándose ligeramente tras el escritorio—. ¿Cómo va a llegar a mis manos esa suma de dinero tan considerable que habíamos acordado? ¿Puedo preguntar ya por qué he tenido a mis hombres corriendo de acá para allá comprando pan y carne como si llegara el fin del mundo?

—No —respondió Isabell con naturalidad, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—, pero puedes contestarme a esto: si han pasado dos días, supongo que afuera estará atardeciendo, ¿estoy en lo cierto?

Los labios de Bálor se apretaron con fuerza, pero se contuvo lo suficiente como para mantener las formas.

—Sí, así es, mi señora.

—Bien. Entonces llévame afuera para que termine con mi parte.

—¿Llevaros afuera? —preguntó Bálor comenzando a ponerse rojo—. ¡Creí que habíamos acordado que estaríais aquí, bajo mi custodia, y...!

—Señor —le interrumpió la bruja sin miramientos—, estamos aquí, desarmados y custodiados en tu ciudad. Pero si he de hacer lo que me propongo necesito estar en el exterior. Es así de sencillo.

Bálor resopló sonoramente. La enorme nariz se ensanchó y por un instante sus ojos se clavaron en la bruja tan llenos de odio que pareció que la paciencia se le hubiera

agotado.

—¡Te llevaremos afuera, pero solo a ti y acompañada por una docena de mis hombres!

—Como gustes —respondió Isabell encogiéndose de hombros.

—Ten cuidado —le dijo Alba dándole un abrazo antes de que se fuera.

Hicieron pasar entonces al resto del grupo a una sala no lejos del propio despacho de Bálor.

A medida que el tiempo pasaba lo oían maldecir a voces y andar de un lado a otro con ruidosos pasos. También oyeron varias veces como alguno de sus hombres llegaba corriendo para darle noticias en voz baja y, al poco, salía apresuradamente de nuevo.

Eldwin parecía preocupado y apenas hablaba. Philippe no logró arrancarle una sonrisa durante todo el tiempo que pasaron allí, aunque al final el niño se durmió en sus brazos. Incluso Neva, cuyas orejas se tensaban con el más leve ruido, terminó recostándose sobre Marc.

Estuvieron horas esperando. Seguramente el amanecer no estaba ya lejos cuando trajeron a Isabell. La bruja estaba algo pálida y parecía exhausta, pero sonreía.

—Y bien —dijo Bálor cuando los condujeron de nuevo ante él.

—Está hecho —dijo ella con un hilillo de voz—. No tienes más que sentarte a esperar que llegue tu dinero. Y ahora, déjame dormir —añadió saliendo de la habitación como si estuviera en su propia casa.

Pasaron la mañana entera confinados en sus habitaciones.

Isabell se había quedado dormida en cuanto se dejó caer sobre la cama. Alba apenas se permitió echarle una manta por encima antes de cerrar la puerta y ordenar a todos que hablaran en voz baja para que pudiera descansar.

Marc andaba de un lado a otro mascullando y cada ruido parecía alterarlo de tal forma que se llevaba la mano a la empuñadura de una espada que ya no llevaba al cinto.

—No teníamos que haber venido —repetía una y otra vez.

Neva seguía acurrucada en un rincón, no tan asustada como cuando llegaron, pero mantenía los ojos muy abiertos y de vez en cuando miraba hacia la ventana con desconfianza.

Mientras tanto, Philippe y Eldwin jugaban a conquista con un tablero que encontraron en la casa. Las piezas se habían tallado con marfil para el bando que defendía el castillo, mientras que las fuerzas atacantes eran de ébano. El niño apenas había necesitado unas cuantas explicaciones del gigantón para poder jugar con bastante tino.

—Pero ¿cómo que entras por encima de la muralla?

—Tengo la carta de las escalas —respondió Philippe con una sonrisa de suficiencia que resultaba cómica en su rostro, mientras mostraba una tarjeta de colores desvaídos—. Puedo entrar por ahí.

—¡Me habías dicho que las fuerzas atacantes siempre entraban por el portón principal! —contestó Eldwin, cruzándose de brazos enfurruñado.

—Dije siempre, salvo en algunas circunstancias especiales.

—Si no me enseñas todas las reglas no voy a jugar bien nunca.

—Si te hubiera enseñado todas las reglas ya me habrías ganado —contestó Philippe haciendo pucheros con los labios.

Alba, sentada cerca de ellos, dibujaba en un tapiz de piel y de vez en cuando levantaba la vista para sonreír a los dos contendientes.

Pasó gran parte del día hasta que, ya con la tarde avanzada, golpearon ruidosamente la puerta.

—¡Bálor os manda llamar! —rugió uno de sus matones.

—Ha llegado la hora —sentenció Marc—. Ahora veremos si todo esto ha sido una buena idea.

—Creo que te sorprenderás —respondió Isabell desde el umbral del dormitorio.

Todavía estaba algo pálida y tenía los ojos hinchados, pero su semblante lucía relajado y con la confianza de siempre.

Recorrieron el camino hasta la residencia de Bálor en un silencio tenso pues, aunque la bruja se mostraba tranquila, los inquisidores sabían que se encontraban en una posición incierta.

Al llegar a la casa vieron mucha más actividad que esa misma mañana. Había mensajeros entrando y saliendo; un grupo de hombres armados hablaba con bastante agitación y las cajas de madera se apilaban a su lado.

Nuevamente volvieron a registrarlos al entrar, pero de un modo apresurado, y rápidamente un nutrido grupo los escoltó hasta el despacho que ya conocían. Esa vez no hubo chanzas ni conversaciones ingeniosas. Bálor miraba directamente hacia la puerta cuando entraron y su expresión era una mezcla de concentración, enfado e incredulidad.

—No sabéis lo que ha pasado hace apenas una hora —dijo antes de que se hubieran detenido ante el enorme escritorio—. Ni os lo podéis imaginar.

—¿Tus hombres han decidido darse un baño? —preguntó Philippe fingiendo asombro, mientras husmeaba en dirección al que tenía más cerca.

El hombre apretó los dientes y le dirigió una mirada envenenada, pero Bálor ni siquiera pareció apercibirse de su comentario.

—He tenido visita. Ha estado aquí el oficial de intendencia del destacamento que hay a las puertas de mi ciudad. Ha venido para pedirme comida. Para *comprar* comida.

—¿Quién lo iba a decir? —murmuró Isabell alzando las cejas.



—Claro, ¿quién podía saberlo? —contestó Bálor cada vez más enfadado—. Sé que tienen más de doscientos hombres ahí fuera, así que no me ha sorprendido que me pidiera quinientos panes y trescientos kilos de carne. Al fin y al cabo, casi todos son soldados de la legión, todo el mundo sabe que están acostumbrados a comer bien. Lo que sí me ha extrañado sobremanera ha sido la negociación que hemos mantenido.

Los inquisidores miraban hacia él intentando que la curiosidad no se reflejara en sus ojos y, de vez en cuando, volvían la vista hacia Isabell, que seguía mostrando la misma expresión de tranquilidad.

—Le dije que últimamente andábamos algo escasos de comida y que los precios habían subido —continuó Bálor—. No podía vender cada pan por un precio inferior a tres monedas de plata. ¡Tres monedas de plata! ¿Alguna vez habéis oído hablar de un precio semejante por el pan? ¡Ni siquiera en tiempos de guerra! Estaba seguro de que se iba a reír de mí y marcharse para llevar su dinero a Lautwass o La Flere, pero no fue así, por lo que a continuación hablamos de la carne. Le dije que tampoco estábamos sobrados, así que no podía venderle, ni siquiera las peores piezas, a menos de cinco monedas de plata el kilo. ¿Sabéis qué me contestó? —preguntó Bálor echándose hacia adelante y apoyando las manos sobre el escritorio—. ¡Nada! ¡Ni siquiera ha intentado regatear! En vez de eso —añadió abriendo ante ellos una bolsa de piel— puso esto sobre mi mesa y se fue muy cariacontecido.

Treinta emperadores de oro, anchos y relucientes, quedaron a la vista de todos.

—Me he estado informando durante todo el día —prosiguió el señor de Stromferst—. Por una parte sé que han recorrido los pueblos cercanos tratando de comprar carne, pan, arroz, patatas, cebollas... pero, si a los consejos que he estado dando estos dos días sumamos que los soldados no gozan ahora mismo de mucha fama con este tema del bloqueo, no resulta extraño que les hayan propuesto unos precios incluso más *ajustados* que los míos. Puede que mi parte de todo lo que hayan comprado por ahí sean otros cuatro o cinco emperadores de oro.

—Y van treinta y cuatro por lo menos —murmuró Philippe.

—Por otra parte, también han tenido que comprar unos cuantos caballos. Mis fuentes dicen que todavía están buscando a la mayoría, así que nuevamente han ido pueblo por pueblo preguntando por alguien que quisiera venderles alguno decente. Podían haber venido aquí, claro, pero quizá esperaran precios altos —dijo Bálor encogiéndose de hombros—. El caso es que, al igual que sucede con lo anterior, los campesinos estaban sobre aviso y les han apretado sin piedad. He ganado otros seis emperadores de oro sin hacer otra cosa que mandar avisos.

—Con esos antecedentes no sería extraño que mandaran traer provisiones de inmediato —comentó Isabell con el ceño fruncido.

—Parece que tienen poca comida pero muchas bocas que alimentar —dijo Marc siguiéndole el juego—. ¿Cuántas pueden ser necesarias, nueve o diez carretas llenas de víveres hasta la lona?

—Por lo menos —corroboró la bruja.

—Un cargamento así irá custodiado tan solo por un pelotón de guardias. Es comida, al fin y al cabo, no oro, por mucho que les sea preciosa en estas circunstancias —comentó Philippe acariciándose la barbilla con gesto reflexivo—. Sería una verdadera lástima que los asaltaran. Esas provisiones les son ahora mismo extraordinariamente necesarias y su pérdida supondría tener que volver a comprar por aquí.

—Eso sería mucho dinero —dijo Alba, negando con la cabeza—. Más de veinte emperadores de oro por lo menos.

—Con lo elevados que están los precios ahora mismo podrían llegar a ser treinta, ¿no es cierto? —preguntó Eldwin con expresión inocente—. Todo eso suma al menos setenta emperadores de oro.

—Y no olvidemos que, si no tuvieran a mano ese dinero, tendrían que marcharse y abandonar la barricada —añadió Marc—. La legión tolera bastante mal los atrasos en sus pagas.

Bálor estrechó aún más las rendijas en que se habían convertido sus ojos y volvió a tomar la palabra.

—¿Queréis oír otra noticia curiosa? —dijo con un susurro acerado—. Esta mañana aparecieron un montón de monederos de piel con el emblema de la legión a las puertas de Stromferst. De esos mismos que los legionarios suelen llevar al cinto. Treinta y siete bolsas, para ser exactos.

—Increíble —dijo Isabell con una sonrisa sesgada—. Es un fenómeno sin precedentes.

—Claro, pero ¿qué podría haberlo causado? —preguntó Bálor.

—Lo importante es, sin duda, cuánto suman esas treinta y siete bolsas —dijo Philippe con curiosidad.

—Poco —contestó inmediatamente Bálor—. Cobres y alguna moneda de plata en su mayoría.

Isabell alzó una ceja y, como por arte de magia, Bálor desvió la mirada y carraspeó incómodo.

—Puede que también hubiera algún Emperador de oro.

—Es curioso. Muy curioso —respondió ella, complacida.

—Sí, señora. También resulta curioso lo que han dicho mis espías y algunas de las rameras que trabajan para mí en el campamento de los soldados. Me refiero a los rumores que cuentan cómo se ha llegado a una situación tan poco previsible.

—Estamos deseando que nos ilustres —dijo Marc con genuina sinceridad.

—Según parece, antes de que despuntara el sol los caballos salieron desbocados sin motivo aparente. Se montó un revuelo tremendo, porque en medio de la confusión muchos de los viajeros que aguardaban ante la barricada trataron de entrar en la ciudad. Por eso no fue hasta un buen rato después cuando los soldados se dieron cuenta de que todo el ganado, incluso las gallinas, ya no estaban. Había algunos restos de sangre, pero nada más.

—Lobos sin duda —dijo Isabell con un teatral gesto preocupado.

—¿Lobos, señora? ¿Lobos que matan un par de piezas y se llevan todo lo demás sin dejar rastro? —preguntó Bálor con la voz estrangulada por el enfado—. Entonces explicadme cómo es posible que los lobos desvalijaran también el pabellón donde estaba la despensa.

—¿Los lobos entraron en los almacenes? —preguntó Marc.

—No, lobos no —respondió Bálor entre dientes—. Nadie sabe qué demonios entró allí. Había varios agujeros en el suelo, escarbados de dentro afuera. Por lo que he oído no tendrían más de veinte centímetros de ancho.

—Topos muy grandes me parecen, pero nunca se sabe —apuntó Philippe dirigiéndose a Eldwin.

—Pues esos topos vuestros se llevaron el pan, los frutos secos y cuanta verdura pudieron encontrar. No quedó más rastro de la comida que las migajas que dejaron al trocearlo todo para que cupiera por esos agujeros. ¿Sería posible que vos pudierais iluminarnos con vuestra sabiduría? —preguntó entonces Bálor dirigiéndose a Isabell.

La mujer le sostuvo la mirada un instante y luego se encogió de hombros.

—Es inexplicable. Un fenómeno digno de contarse durante décadas —dijo ella al fin.

—Claro. Inexplicable —gruñó Bálor resoplando ruidosamente a la vez que se echaba hacia atrás sobre su butacón—. Pues explicadme esto entonces: os había pedido doscientos emperadores de oro por dejaros pasar a Ágarot a través de mi ciudad. Tengo en torno a cuarenta solamente.

—Sin contar con las posibilidades que ese envío de provisiones presenta —apuntó Philippe.

—Sin contar con lo que yo consiga por mis propios medios —respondió Bálor sin un atisbo de sonrisa—. Dije doscientos.

—Y yo contesté que no os podría conseguir ni la mitad, pero que provendrían del mismísimo Imperio, ¿no es cierto? ¿No hablamos acaso de lo idóneo que sería que aquellos que ahogan vuestras operaciones fueran los que tuvieran que desembolsar el dinero?

—Sí, pero has utilizado métodos extraños, que ni siquiera me cuentas. Mis hombres estuvieron junto a ti todo el tiempo. Me han dicho que permaneciste sentada, con los ojos cerrados, las piernas cruzadas y las manos apoyadas en el suelo. ¿Cómo demonios lo hiciste? —preguntó Bálor poniéndose en pie sin separar las manos del escritorio.

—No hay por qué enfadarse, señor —contestó ella con voz conciliadora—. Supongo que sois un hombre acostumbrado a llevar las riendas de cuanto pasa por aquí y esto os ha causado —Isabell frunció el entrecejo y se dio unos golpecitos en la barbilla— ¿cierta inseguridad, quizá? Pero ha sido para bien, a fin de cuentas. Tal y como os dije, os iba a conseguir un buen dinero y, además, proveniente del mismo Imperio que os estorba los negocios. Sin duda se trata de algún tipo de fenómeno

extraordinario que ha actuado en nuestro beneficio —añadió con apenas un amago de sonrisa—. En todo caso, también os dije que no me gusta hablar de mis métodos.

—Comienzo a preguntarme si no debería buscar otra solución menos extraordinaria y compartir lo que sé con los imperiales, puesto que mis asociados se niegan a colaborar conmigo —gruñó Bálor con gesto obstinado.

—Podríais, por supuesto —contestó ella— pero sabéis, señor Bálor, los topes también moran por aquí. Algunas zonas de Stromferst tienen tierra húmeda muy fácil de horadar. Sería una pena que desapareciera la comida, que las galerías se cayeran, e incluso que las serpientes se colaran hacia el subsuelo. Esas cosas pasan —añadió Isabell mirándolo a los ojos—. Podría pasar.

Mientras le sostenía la mirada, la voz de la bruja se había ido oscureciendo y, de repente, un pequeño destello alumbró sus ojos.

—¿Brujas? —preguntó Bálor dando un paso atrás y volviéndose hacia Alba, Neva e incluso al niño—. Algo sospechaba, pero ¿inquisidores y Brujas juntos? ¿Qué aberración es esta?

Su rostro fue pasando del pálido al rojo y de la indignación a un profundo enfado de un modo tan gradual como si fuera uno de esos afectados actores de Louisant.

—Son tiempos extraños —dijo entonces Marc con un tono tan amenazante que los hombres que estaban junto a él se llevaron las manos a las armas—. La comida desaparece; los servidores del Imperio se alían con las brujas; el gobernador de Stromferst piensa que puede tentar a la suerte ante dos inquisidores... tiempos extraños y peligrosos sin duda.

—Centrémonos en nuestro acuerdo —intervino rápidamente Philippe antes de que la situación fuera más allá—. Nuestra amiga ha cumplido y tú has de honrar el código.

—¡No me hables de códigos, inquisidor traidor! —rugió de pronto Bálor, apartando de un empujón el gigantesco escritorio y avanzando con agilidad hacia ellos—. ¡Lo conozco de cabo a rabo, hasta sus puntos y comas! ¡Por supuesto que lo honraré, pero no os quiero por aquí ni un minuto más de lo necesario! Preparad lo que necesitéis porque en un par de horas mandaré que os echen a patadas de aquí. ¡Largaos!

Aquel atisbo de rabia hizo pensar a Marc en las historias que hablaban de su audacia y su tesón; las palabras que le dijeron los más veteranos de la Orden cuando oyeron que pretendía acabar con su hermano; en lo que algún día debió ser aquel hombre, en definitiva.

—Estamos muy agradecidos —contestó Philippe dedicándole una leve inclinación de cabeza.

Isabell, en cambio, no parecía acobardada en absoluto por el arrebató de cólera del señor de Stromferst.

—Deberías tener una mascota —dijo antes de marcharse—. Relajan y atemperan el ánimo.

Tal y como había ordenado Bálor, recogieron sus cosas con presteza. Aunque esa vez no los escoltaron de vuelta, había un par de hombres ante la casa, probablemente para asegurarse de que todo iba bien y se cumplían sus órdenes.

—Por lo general no conviene contrariar a la nobleza —le dijo Philippe a Eldwin cuando salieron, aupándolo para que cabalgara sobre Furioso—. Aunque se trate del rey de los ladrones.

—Puede que se rodee de chusma, pero ha quedado claro que Bálor es poderoso aquí y, en efecto, no sería juicioso poner más a prueba su paciencia —murmuró Isabell—. Demasiado bien hemos escapado de este embrollo.

No tardaron en dejar atrás la zona donde los habían alojado para dirigirse hacia la plaza central de Stromferst. Neva se mostraba feliz, consciente de que se marchaban de la cueva, y Marc tenía que refrenar constantemente sus impulsos de echar a correr.

Apenas habían comenzado a andar cuando las voces y los olores se multiplicaron, llenándolo todo con el alegre barullo de la plaza central. Las voces de los últimos comerciantes adornaban la algarabía con sus ofertas, mezclándose con las de los puestos de comida, las conversaciones a gritos, las risas o la música. Por todos lados se percibía una compleja amalgama de olores mientras las lámparas de aceite o los candiles, tamizados con vidrios o telas, creaban un confuso espectáculo de luces y sombras de todas las tonalidades.

—Parece mentira que un agujero como este tenga tanta vida —murmuró Marc.

—Es cierto que no es la población más selecta del Imperio —rio Alba—, pero no puede negarse que Stromferst ha sabido labrarse su camino. Son ingeniosos y tenaces.

—Así como embaucadores y ladrones, en el mejor de los casos. Ved ese puesto —dijo Marc señalando a un peletero que voceaba al final de la calle, apenas unos metros antes de la plaza central—. ¿De verdad pensáis que esas piezas han sido curtidas aquí? ¿Que las han comprado honradamente en La Flere para traerlas a este lugar?

—No sé cómo lo habrán hecho, pero sí veo que aquí tienen más libertad que en el resto del Imperio —respondió ella—. No hay delegados ni potentados que impongan aquí la ley del Emperador. Puede que no sean ejemplos de virtud, pero han sabido luchar por vivir su vida del modo en que han decidido. Es más de lo que muchos pueden decir al Sur, ¿no te parece, Philippe?

Alba se volvió hacia el gigantón a tiempo de ver que se había detenido unos pasos más atrás, mirando hacia un callejón que salía de la plaza.

—Hermano, ¿hay algún problema? —preguntó Marc.

Philippe no respondió. Tenía la mirada fija y una expresión absorta en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo Marc llegando hasta su lado.

Philippe levantó una mano pidiendo silencio y dio un dubitativo paso hacia adelante. Luego dio otro y después echó a andar con decisión.

—¿Qué le pasa a Philippe? —preguntó Eldwin con voz preocupada.

Isabell se encogió de hombros mientras guiaba a Furioso tras los demás en pos del gigantón.

Apenas por detrás de él, Marc notaba como el nerviosismo de su hermano crecía, a la vez que aumentaba el ritmo de sus pasos. Al cabo de unos instantes el gigantón ya andaba con unas vigorosas zancadas que casi obligaban a los demás a ir correteando tras él.

Apenas se detuvo un par de veces en los cruces de varios corredores, como si hubiera perdido momentáneamente un rastro, antes de seguir andando con rapidez. A su alrededor, el brillo de la plaza central de Stromferst se fue alejando. Los sonidos y las gentes quedaron atrás hasta que solo las botas del inquisidor llenaban las galerías con su cadencia.

Cuando Marc ya estaba dispuesto a ponerle una mano en el hombro para detenerlo, giraron una esquina y Philippe se detuvo de golpe, ahogando una exclamación.

Había un bulto en el extremo del túnel, que terminaba abruptamente en una pared de roca viva. El espacio estaba muy oscuro y a lo largo del mismo había unos toneles, unas cajas de madera y abundante porquería pero, sin ninguna duda, había también algo vivo al fondo.

—¿Qué es eso? —preguntó Marc a su hermano, pero este no contestó.

Incluso Eldwin, acompañado de las dos mujeres y con Neva a su lado, guardó silencio.

Con un cuidado que Marc le había visto muy pocas veces, Philippe tomó una antorcha que había en el corredor principal y se adelantó por el callejón para revelar una figura humana arrojada con una capa de viaje raída.

—Es un hombre —susurró Isabell.

Philippe se inclinó sobre él y le puso una mano en el pecho. Al momento, la figura rezongó en sueños, se aclaró la garganta y tosió. Después lanzó un sonoro eructo y alzó ligeramente la cabeza. Unos ojillos relucieron a la luz de la antorcha.

—¿Quién eres? —preguntó Philippe—. ¿Quién eres para que tu Voluntad me haya atraído hasta aquí?

El hombre se quedó mirándolo fijamente, todavía con el rostro entre sombras, y luego un par de manazas asomaron bajo la capa para apoyarse en el suelo. Con mucho esfuerzo, comenzó a incorporarse hasta dejar a la vista un corpachón robusto como una cuba y lleno de redondeces. Cuando terminó de alzarse, su pelo ensortijado apenas quedaba unos centímetros por debajo de Philippe y el rostro, oculto por una poblada barba, incluso le daba un aspecto más rotundo que el del inquisidor.

Pese a la suciedad que llevaba encima, se podía ver que era una barba pelirroja por la que comenzaron a resbalar gruesas lágrimas.



## Tercera parte



# I

Thomenn se hizo hombre para llegar hasta nosotros, pues la luz de que están hechos los dioses no tiene cabida en este mundo polvoriento.

Cuando el Creador se dio cuenta de lo que había hecho se apresuró a actuar, pero entonces vio que Gillean también había descendido.

—*El Manual de las Brujas*, primer capítulo.

—Tenía que acabar sucediendo —dijo Hermann—, solo esperaba que no fuera en un momento como ese.

Tenía ante sí todo lo que quedaba de la compañía de Cerro Viejo. Anteriormente casi trescientos hombres; en esos momentos apenas cincuenta, sucios, delgados y la mayoría heridos.

«Más que orgullosos soldados de Quiles parecemos pordioseros», pensó.

—Estas cosas siempre suceden en el peor momento —murmuró Victo—, pero, con todo, fue un desastre. Si al menos las murallas hubieran aguantado...

—Eran lo único que había frenado la horda de muertos —dijo Hermann asintiendo—. No tanto porque no pudieran escalarlas, subir hasta el adarve y arrojarlas hacia abajo o apiñarse unos sobre otros hasta desbordarlas. Lo importante es que nos habían apartado de su vista. Solo a eso debemos que se aplacara ligeramente su rabia.

—Lo suficiente, al menos, para que conseguir algún rato de respiro.

—Pero ninguno contábamos con el orgullo de Ricard —murmuró Guillaum escupiendo al suelo—. ¡Qué demonios, puede que incluso fuera el causante de que no llegaran más refuerzos! Quizá se jactó de poder controlar la situación con los soldados que quedaban y unos pocos legionarios.

—Puede que hubiera algo de eso, pero no fue lo más importante —dijo Hermann—. Yo sigo pensando que la causa de que no movilizaran a las legiones fue, sencillamente, que no querían airearlo demasiado. Hay quien dice que en Hýnos comenzaban a oírse críticas hacia el Emperador, por eso Ricard buscaba desesperadamente la manera de enmendar su actuación. Sabía que, si la paciencia de nuestro Señor se terminaba, lo relevaría sin honores.

—El caso es que el inquisidor lo relevó del todo, ¿eh? —rio Nicholas dándole una palmada a su tío.

Victo masculló una respuesta llena de palabras malsonantes antes de alzar la voz para que los hombres que los rodeaban pudieran escucharles.

—El caso es que un día, que Gillean lo maldiga para siempre, llegaron las catapultas. Eran armatrostes ruidosos y feos. Por lo visto el barón de Águilas se las había cedido a Ricard.

—Debían de tener por lo menos un siglo de vida —dijo Schell y alguien juró algo más atrás que las había visto decorando el patio de armas de alguna fortaleza.

—Hermann no tuvo más que verlas para saber que llevaban más peligro para nosotros que para los muertos —sentenció Victo.

—Estaban llenas de mugre y alguna tenía la madera medio podrida —respondió él encogiéndose de hombros—. Aun así, la plana mayor de Ricard se mostraba entusiasmada. Alguien me contó que le aplaudieron, alabando su astucia.

—Todavía recuerdo los vítores cuando comenzaron a llover las piedras sobre Abadía —dijo Guillaum con la voz llena de amargura—. Hubo algunos hurras y gritos de chanza hacia los muertos. Por eso cuando Hermann ordenó que los que estábamos de descanso nos pusiéramos las armaduras, muchos le mostraron gestos bastante poco elegantes.

Hermann resopló el atisbo de una carcajada y pegó un mordisco al chusco de pan que tenía en la mano.

—Cualquier oficial con dos dedos de frente debería haber visto lo que se avecinaba cuando la primera catapulta ni siquiera fue capaz de alzar la roca con que la cargaron —dijo.

—Inició el movimiento, pero se detuvo con un chasquido —rio Victo—. Los expertos de Águilas no pudieron volver a armarla.

—La segunda catapulta sí que disparó, y también la tercera —dijo entonces Hermann—. En medio de la ovación, muchos oficiales comenzaron a abrazarse y darse enhorabuenas como si el trabajo estuviera hecho.

—Pero nosotros no —dijo Schell con su perpetua sonrisa—. Ninguno de los hombres de Hermann. Las rocas volaban por los aires, pero nosotros estábamos serios.

—Deberían haber renunciado a la idea cuando la cuarta catapulta se partió al intentar disparar. O cuando la primera erró tanto el tiro que casi aplasta a uno de nuestros caballos, pero Ricard parecía decidido a exprimir al máximo aquella baza —dijo Hermann—. No hicieron falta más que cuatro o cinco lanzamientos más antes de que uno de los proyectiles saliera volando en una trayectoria demasiado baja.

Los soldados miraban al sargento con una mezcla de respeto y admiración. Muchos le debían la vida de forma más o menos directa y, aunque la mayoría estaba allí cuando todo sucedió, escuchar el relato de su boca tenía algo de catarsis, como si pudieran conjurar el horror al verbalizarlo.

—He combatido ya en más de una batalla ¿sabéis? —Los hombres rieron—. He visto esas y otras máquinas funcionando en escenarios bien distintos y sé que los ingenieros deben dejar de disparar cada poco para reajustar el mecanismo.

—La muralla norte nunca se construyó para soportar el fuego de las catapultas, sino más bien para controlar el paso de las personas —dijo Victo—. La del sur podría haber aguantado cien golpes como aquel sin inmutarse, pero la norte, con todos esos adornos inservibles...

—Sus muros son muy gruesos —explicó Guillaum a alguien que estaba a su lado—. Tiene cimientos bien asentados. Los ingenieros de la época sabían lo que se

hacían, pero la muralla norte... esa era otra historia.

—Solo hizo falta esa roca para derribar una porción de lienzo de varios metros cuadrados junto a la compuerta —dijo Hermann—. Las ovaciones se acabaron de inmediato.

—En medio del silencio, nos volvimos para ver que, aun en la lejanía, el rostro de Ricard quedaba lívido —dijo Guillaum—. Se podía haber ido al infierno allí mismo, porque cuando el polvo se asentó, una horda de muertos nos miraba desde las grietas.

—Aquello debió de aplastar por lo menos a dos de los pelotones que combatían intramuros —continuó Hermann—. Con la línea rota y nuestros hombres aturdidos o sangrando por el derrumbe, los muertos acabaron con todos ellos en cuestión de segundos.

—Creo que fue entonces cuando llegó el inquisidor —dijo Victo.

—Justo en ese momento —confirmó Schell, sonriendo pero con los ojos repletos de venillas rojas.

—Apareció gritando órdenes, sin molestarse siquiera en dirigirse a Ricard. En solo unos segundos consiguió que las compañías se organizaran para soportar el ataque y que los mozos de almacén comenzaran a llevar todo el alcohol y el aceite hacia las catapultas.

—Entonces, ¿fue entonces cuando la incendiaron? —preguntó alguien.

Hermann asintió.

—Antes de darnos cuenta de lo que sucedía comenzaron a lanzar las vasijas de aceite con un cordel de tela ardiendo atado al cuello. El inquisidor ordenó lanzar todo lo que fuera susceptible de arder: barriles de licor, aceite e incluso hicieron hatillos con piedras y la lona de los pabellones de la plana mayor, les prendieron fuego y los dispararon también hacia allá.

—Abadía estuvo en llamas casi tres días y dicen que todavía humea. La ciudad más grande de la primera provincia, la cuna del Piadoso, según dicen —murmuró Victo, cabizbajo.

—Hasta entonces la situación estaba más o menos controlada —dijo Hermann mirando hacia la hoguera en la que se protegían del frío—. Necesitábamos más tropas, es cierto, pero al menos los muertos no pasaban. De vez en cuando incluso conseguíamos un par de días de descanso. Con el plan de Ricard, en cambio, todo se fue al traste.

—Y ver cómo se consumía la capital de Quiles terminó por hundir la moral de los hombres —musitó Guillaum—. Huyeron por docenas.

—¿No los apresaron? —preguntó alguien.

—¿En medio de aquella locura? No. Ejecutaron a algunos allí mismo y otros cayeron de morros con una flecha en la espalda, pero muchos huyeron.

—Esos momentos fueron algo de otro mundo. En esas circunstancias la estrategia vale lo mismo que una boñiga de vaca contra el filo de un buen acero —dijo Hermann escupiendo—. Algunos podríamos haber organizado una retirada más o

menos efectiva. Al final, el espacio abierto y la distancia hasta la única abertura por la que salían los muertos nos habría permitido volvernos y correr con cierta seguridad.

—Pero si el propio general abandona el campo de batalla al galope, dejando atrás a su séquito, cualquiera que tenga algo dentro de la cabeza echa a correr también —dijo Guillaum—. Me alegro de que el inquisidor estuviera allí. Fue lo único que evitó que el desastre fuera absoluto.

Victo y Hermann compartieron una fugaz mirada antes de que el primero asintiera y cogiera otro trozo de pan.

—Tenemos suerte, en todo caso, de haber podido llegar hasta el Raudos. Sus aguas son ahora lo único que nos defienden de ellos —murmuró Hermann.

—Eres mi hijo —volvió a decir—. Te reconocería aunque hubieran pasado mil años.

Era innegable que aquel hombre se parecía bastante a Philippe. Su cabello, lleno de rizos pese a la suciedad, tenía el mismo color que el suyo, igual que la barba, donde se percibían numerosas hebras blancas. Su altura destacaba entre los presentes tanto como la del inquisidor y no parecía que sus brazos fueran débiles en absoluto. No obstante, ahí acababan las similitudes.

Donde los músculos de Philippe se marcaban con rotundidad, aquel hombre solo tenía curvas de aspecto fofo; la silueta del primero, que era esbelta y angulosa, contrastaba con los hombros hundidos y la prominente barriga del segundo; si el inquisidor tenía un rostro risueño y lozano, el otro mostraba una piel reseca y unas arrugas que no eran solo fruto del tiempo. Pero, quizá, la mayor de las diferencias estaba en sus ojos, pues los de aquel hombre tenían una mirada triste y sin esperanza que habría sido imposible en el joven.

En cuanto habló, Philippe percibió además que su aliento olía escandalosamente a alcohol. Puede que fuera en ese momento cuando el desconocido se dio cuenta del aspecto que tenía y la impresión que debía estar causando en ellos. Quizá por eso la palidez de su rostro se fue cubriendo del rojo de la vergüenza y comenzó a mirarse, como si tomara conciencia de sí mismo por primera vez en mucho tiempo.

—No puedo creer que me estés viendo así —sollozó tapándose la cara con las manos—. He soñado con este momento durante media vida y ahora lo voy a estropear por mi mala cabeza, por mi debilidad.

—No sé de qué estás hablando —dijo Philippe, aunque su expresión dejaba claro que lo intuía.

—Qué vergüenza. ¡En la peor racha! Justo cuando estaba cogiendo impulso para levantarme de nuevo —murmuraba el desconocido pero, de repente, sus ojillos se entrecerraron y los miró con suspicacia—. Espera un momento, ¿habéis venido acaso para conducirme de nuevo ante él? —preguntó llevándose una mano al pecho—. ¿Estáis aquí para apresarme en nombre del Emperador?

Los dos inquisidores se miraron alarmados.

—Ahora mismo no puede decirse que tengamos la mejor de las relaciones con él —contestó Philippe, algo inseguro.

—Claro, claro... —respondió el hombre— pero ¿cómo saber si esto no es otra de sus trampas?

—¿Qué es eso que llevas ahí? —preguntó Marc de pronto, señalando la mano con que parecía acariciar algo bajo su ropa.

—¿Esto? —dijo él metiendo la mano por el cuello de la camisa para mostrarles una hoja de roble de plata—. Es mi antiguo Símbolo de inquisidor, claro.

—¿Cómo dices? —preguntó Philippe mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Claro, no lo sabías. Porque no habéis venido a por mí, ¿verdad?

—No —respondió Philippe.

—Qué casualidad —respondió él apretando los puños—. ¡Un hombre tan parecido a como se supone que debería ser mi hijo aparece de pronto en la letrina del Imperio donde me escondo! ¡Muy curioso! ¡Demasiado, porque si así fuera yo mismo...!

—Cálmate. Padre.

Philippe le puso una mano en el pecho justo cuando el hombre alzaba los brazos. Aquel gesto tuvo más fuerza que si lo hubieran agarrado entre todos, pero fueron sus palabras las que hicieron que se derrumbara de nuevo entre lágrimas.

—Entonces tú también lo notas —sollozó.

—Sí —respondió Philippe, inseguro—. ¿Cómo te llamas?

—Cedric.

Philippe asintió.

—No hemos venido a por ti. Estamos aquí por otros asuntos. Esto ha sido... imprevisto —añadió antes de quedarse callado, incapaz de continuar hablando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entonces Alba, tratando de que su voz sonara afable.

Cedric, no obstante, alzó la mirada con una mueca de profundo desagrado.

—No me gustas. Ni tú tampoco —dijo señalando a Isabell—. Tenéis un hedor a brujería que ofende a los buenos siervos de Thomenn.

—No puede decirse que tú huelas a rosas —respondió Isabell impertérrita.

—No es frecuente que un inquisidor tenga hijos —dijo entonces Marc, interponiéndose entre las brujas y él—. ¿Sabías de su existencia? —preguntó señalando a Philippe.

—Por supuesto. Durante un tiempo no solo tuve un hijo, sino una familia.

—¡Eso es imposible! —respondió Philippe con voz ronca—. ¡La Orden jamás permitiría algo así!

—Tienes razón —respondió Cedric— y aun así es verdad. Pero no te lo explicaré aquí; no delante de ellas. Entendiendo por tus palabras, en cambio, que tú también eres un inquisidor. ¡No esperaba menos de mi hijo! Sabía que no se contentaría con

ser un arbitrucho cualquiera —dijo dándole una fuerte palmada en la espalda que hizo que se tambaleara—. Pero dime una cosa: ¿sois vosotros entonces aquellos a los que persigue el Imperio? ¿Los traidores de los que habla todo el mundo?

—Así es —respondió Philippe tras un instante de duda.

Cedric volvió a darle una sonora palmada, orgulloso, e iba a añadir algo más cuando su hijo le interrumpió.

—¿Me entregaste tú al Monasterio? —preguntó en un susurro.

El rostro de Cedric se ensombreció al momento.

—No. Eso nunca, hijo mío. Antes habría muerto. Lo que nos pasó no es sencillo de explicar, pero jamás habría hecho algo así —dijo bajando la cabeza.

Philippe asintió.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? —Cedric se miró las manos en un gesto similar al que hacía Philippe a menudo y luego se rascó la cabeza, como si no se hubiera preguntado aquello jamás—. No hago mucho, la verdad.

—Pero ¿por qué un inquisidor del Imperio yace tirado en una calle de Stromferst? —preguntó entonces Marc, sin poder contenerse.

Cedric se encogió como si le hubieran dado un golpe y bajó aún más la mirada.

—Fui inquisidor, sí, pero ya no —dijo lleno de vergüenza.

—Solo hay una manera de dejar de ser inquisidor —murmuró Philippe.

Cedric asintió, mirando hacia las brujas con desconfianza.

—Supliqué dejar el servicio. Me postré de rodillas ante el Emperador y, quizá por primera vez en la historia, se concedió la posibilidad de abandonar la Orden. Debido a eso me llegó la ruina.

Philippe lo miraba, entre consternado y estupefacto.

—¿Vives aquí? —preguntó entonces Alba.

Cedric alzó la cabeza, frunció el entrecejo y miró a su alrededor.

—Podría decirse que sí —respondió encogiéndose de hombros.

Justo en ese instante, el ruido que llevaban unos segundos escuchando se hizo más fuerte y un grupo de hombres armados apareció a la entrada del túnel.

—¡Teníais que estar ya en el corredor que os dije! —rugió Bálor.

A la luz de las antorchas, su rostro tenía un gesto más amenazador que nunca y las armas relucían a su alrededor.

—Espera un momento —contestó Philippe sin girarse siquiera.

—¡No acostumbro a tener que esperar en mi casa!

—¡He dicho que esperes! —gritó Philippe de un modo que hizo que todos se estremecieran.

—Será mejor que le hagas caso —susurró Marc—. No te gustaría verlo furioso aquí dentro.

Bálor intentó articular una respuesta, pero al final guardó silencio.

—Sé que este es un momento importante para ti —dijo entonces Isabell, con una suavidad que no era frecuente en ella, acercándose a Philippe—, pero tenemos un acuerdo con Bálor y no nos conviene hacerle esperar.

—¿Os vais? —preguntó entonces Cedric con gesto desolado—. ¿Tenéis pensado pasar por aquí de nuevo?

Philippe lo miró durante un instante que se prolongó en algo parecido a una eternidad en medio del tenso silencio que los rodeaba.

—¿No hay más familia? —preguntó al fin.

Cedric disimuló un gesto de dolor que estuvo a punto de pasar desapercibido en medio de la vergüenza que reflejaba su rostro.

—No, no hay nadie más.

—¿Te espera alguien en algún sitio, al menos? —preguntó entonces.

—No —volvió a decir Cedric mientras las lágrimas se perdían por su barba.

Philippe, todavía incapaz de pensar con claridad, se volvió hacia Marc, que le devolvió la mirada con gesto grave. En ese momento, sin que nadie se diera cuenta, Eldwin se escabulló entre los hombres y llegó hasta el antiguo inquisidor.

—¡Ven con nosotros! —exclamó cogiéndole de la mano.

Todos se quedaron estupefactos, mirándose sin saber qué decir.

—No sé si es buena idea que lo haga, pequeño —dijo Cedric echando una rodilla a tierra para quedar más cerca de él.

Su semblante lucía una sonrisa triste y bonachona, aunque en sus ojos pareció despertar un atisbo de esperanza. Marc y Philippe se miraron de nuevo sin saber qué decir mientras los murmullos aumentaban entre los hombres de Bálor.

—No llores —insistió Eldwin, ajeno a las tribulaciones de los adultos—. Si Philippe es tu hijo podrías venir con nosotros. ¿Podría, tía Isabell?

La bruja inspiró lentamente, pero guardó silencio.

Hubo un instante de duda durante el que, inevitablemente, las miradas se dirigieron hacia Philippe.

—Supongo que podría acompañarnos un tramo del camino. Para ponernos al día —añadió con voz insegura.

Al instante el rostro de Cedric se iluminó y se puso en pie llevándose a Eldwin a las alturas. Por un momento incluso les dio la impresión de que su cabello ensortijado se elevaba por encima de Philippe.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Marc en un susurro—. ¿Estás seguro de que es tu padre? No tenemos entre manos una misión cualquiera.

Philippe no contestó.

—¡Estupendo! —dijo Cedric cogiendo un hatillo—. ¿Adónde vamos, hijo?

—Nos dirigimos a Ágarot —contestó el inquisidor con un gruñido de disgusto.

—¿Ágarot? Es una tierra inhóspita, lluviosa y llena de gente engañosa. ¿Qué se nos ha perdido allí?

—Ya hablaremos de ello. La discreción sigue siendo una virtud, aunque ya no seamos inquisidores.

—Oh, discreción, por supuesto —contestó él entrecerrando los ojos y encorvándose ligeramente, como si pudiera pasar desapercibido—. Tranquilos, no os defraudaré.

Bálor los esperaba de brazos cruzados junto a sus hombres.

—¿Os vais a llevar al borracho con vosotros? —preguntó con incredulidad cuando llegaron hasta él.

—¿Habría algún problema? —dijo Marc.

—Ninguno. Me parece una idea excelente. Cada poco tengo que encerrarlo cuando se excede con ese vino infernal que tanto le gusta.

—¡Eso no es cierto! —gritó Cedric antes de darse cuenta de que le estaba apuntando con un grueso pellejo de vino.

Bálor le dedicó un gesto de desdén y luego se volvió de nuevo hacia los otros.

—Ya hemos avisado a nuestros contactos de Ágarot. Dos de mis hombres os escoltarán en el exterior hasta ellos.

—No habíamos hablado de contactar con nadie, solo de pasar la frontera —respondió Marc apretando los dientes.

—Tampoco habíamos mencionado nada de brujería en nuestro negocio —respondió Bálor mirando a Isabell con gesto de repugnancia—. Por cierto, os recomiendo no hacer ninguna tontería antes de que lleguéis ante los soldados de Ágarot. No son muy cálidos con los visitantes no esperados o con aquellos que no se comportan como deben.

—No son cálidos ni dentro de una chimenea encendida —murmuró Cedric.

Apenas tardaron unos minutos en llegar hasta un corredor que terminaba abruptamente en una pared de roca. El guardia que esperaba allí, no obstante, no tuvo más que hacer un leve gesto para que quedara a la vista una generosa abertura. En cuanto Neva vio las primeras estrellas salió corriendo para perderse en la oscuridad.

—Supongo que era inevitable —murmuró Marc.

Cerca de él, Bálor se quedó mirando en la dirección que había tomado la loba.

—Estáis llenos de misterios —dijo arrugando el gesto—. En todo caso, que os vaya bien. Espero no volver a veros nunca.

No hubo más despedidas. Abandonaron Stromferst acompañados de los dos hombres de Bálor y se internaron en territorio agoriano.

—La noche es tan oscura como el trasero de un troll en una cueva —le dijo Cedric a Eldwin.

El niño soltó una carcajada y se volvió hacia la inmensa mole de la Espina del Mundo que tenían a sus espaldas. La escasa luminosidad de la luna permitía entrever la silueta de la cordillera y sus numerosos picos nevados. Daba la impresión de que la



niebla se enroscaba en algunos puntos desde las alturas hasta casi llegar a donde estaban ellos.

Caminaban por un terreno roto y complicado que les hacía avanzar con dificultades. La temperatura era notablemente más fría que la última vez que estuvieron en el exterior, pese a no estar lejos de la entrada a Stromferst que habían usado desde Rock-Talhé.

—Es imposible que veamos llegar un ataque en caso de que Bálor nos haya preparado alguna sorpresa o los agorianos no sean tan amigables como nuestras compañeras afirman —susurró Marc con la vista clavada en los dos guías que les había impuesto Bálor.

—Calma, hermano —respondió Philippe—. Estamos donde queríamos y esta es nuestra mejor opción. Mantengamos la esperanza de que nos dejen explicarnos llegado el momento.

—Pensad que no puede ser peor que lo que dejamos atrás —añadió Alba.

La bruja caminaba cerca de ellos, mientras Isabell lo hacía junto a Eldwin, cruzando de vez en cuando alguna palabra con Cedric, que andaba con movimientos amplios y bamboleantes junto al pequeño.

—Creo que no deberías beber tanto —dijo el niño mirándolo con gesto preocupado—. Es malo.

—¡El vino no es malo, hijo! —contestó Cedric soltando una carcajada—. La cuestión es mantener un nivel determinado; un equilibrio sutil y que requiere de una destreza notable —añadió con gesto serio alzando un índice—. De este modo se alcanza un estado óptimo en que los reflejos se agudizan y la energía se vuelve inagotable.

—Marc, creo que voy a morir de vergüenza —susurró Philippe algo más adelante—. ¡Por favor, haz como que te tropiezas y atraviésame el cuello con la espada para que no tenga que soportar esto ni un segundo más!

—Hermano, no sabemos por lo que ha pasado ese hombre —respondió él con una sonrisa triste—. Piensa que yo daría cualquier cosa porque mi padre fuera como él.

Philippe asintió y le palmeó la espalda.

Apenas unos instantes después, oyeron unos pasos que se acercaban aplastando ramitas y pateando piedras con descuido.

—Creo que es buen momento para que me contéis por qué dos inquisidores del Imperio van en compañía de esas brujas —dijo Cedric llegando hasta ellos—. Por no mencionar a ese otro ser que parece una joven de pelo blanco —añadió señalando la espesura, donde de vez en cuando veían aparecer a Neva.

—Da la impresión de que hay muchas cosas que han cambiado desde que *dejaste* el servicio activo. —Marc echó una mirada desconfiada a los hombres que los guiaban antes de seguir hablando—. Hemos descubierto ciertas cuestiones acerca del pasado de los emperadores y del mismísimo Thomenn que nos hacen dudar de la historia que se conoce.

—Y además ahora somos prófugos del Imperio, como ya sabes —añadió Philippe sin acabar de mostrarse cómodo.

—Entonces ¿estáis aquí huyendo del Imperio?

—No exactamente —respondió Marc—. O no solo eso, al menos.

—Vamos a hacer todo lo posible por acabar con el Emperador —dijo Philippe de golpe.

—Pero, ¡eso es imposible! —dijo Cedric parándose en seco—. ¡No se puede destruir a ese hombre! ¡Es demasiado poderoso, demasiado astuto! ¿Acaso os habéis vuelto locos? Os atraparé y convertirá lo poco que os conceda de vida en un infierno. ¡Sé lo que me digo!

—Pues tenemos a su hijo de nuestro lado —contestó Philippe con rabia, a la vez que señalaba a Marc.

—¿Tú? ¿Tú eres su hijo? —preguntó Cedric abriendo mucho los ojos—. Algo oí en los mentideros de Stromferst, pero no di crédito a los rumores.

—No es solo eso —dijo Alba mostrando discretamente la Siempreverde desde su bolsa—. También hemos descubierto pruebas que demuestran que la historia del Primero no fue como nos contaron. Los Compañeros de Thomenn eran en realidad brujas y otros hombres igualmente poderosos.

—No necesito haber sido inquisidor para saber que eso es imposible. ¡Mucho se ha diluido mi sangre si mi propio hijo no ve que lo acompaña el demonio! —gruñó Cedric apartándose de ella—. ¡Yo conozco bien a las brujas! Las he combatido y sé de su maldad ¡Las he visto matar anticipándose a lo que aún estaba por ocurrir, prediciendo el futuro para asestar los golpes más sangrientos imaginables!

—Marian —dijo Isabell acercándose a ellos con interés—. Tú mataste a Marian.

Cedric le dirigió una mirada gélida bajo sus pobladas cejas antes de contestar.

—No sé quién es esa de la que hablas.

—Marian era una bruja muy poderosa y respetada en nuestra comunidad, pero dicen que su poder acabó por trastornarla. Consiguió convencer a un buen número de los más fanáticos de entre los Hijos del Rey Brujo para que la siguieran. Cuentan que asestaron un golpe tras otro al Imperio hasta que un inquisidor acabó con ella. Que hayas sido tú no hace sino hablar maravillas de tu destreza.

—No fui yo. Es cierto que estaba allí, pero no fui yo —dijo Cedric tomando asiento, súbitamente abatido—. Fue mi hermano Adler el que dio la estocada definitiva —Marc y Philippe compartieron una rápida mirada— y solo después de que aquella bestia matara a docenas de buenos hombres y mujeres del Imperio; y también a un árbitro que era el culmen de la virtud humana.

El hombre parecía de pronto sumido en los remordimientos.

—Las cosas han cambiado —dijo entonces Isabell mientras Eldwin jugaba algo más allá con Neva, que acababa de regresar de la espesura. La mirada de la mujer era directa y tenía una intensidad que resultaba extraña en su rostro, por lo general distraído—. Los inquisidores se levantan contra su señor; las reliquias vuelven a

aparecer; los muertos de antaño atacan al Imperio. Hay que ser optimistas, Cedric, es el momento de forzar un cambio.

El antiguo inquisidor la miró con los hombros hundidos, pero al cabo de unos instantes inspiró con fuerza para levantarse de nuevo.

—Tenemos que seguir —dijo entonces uno de los hombres de Bálor con voz desabrida—. No podemos parar aquí.

Siguieron andando un buen rato hasta que llegaron a un lugar donde varias sendas se cruzaban. Había allí un monolito en el que habían tallado la hoja de roble. A su lado esperaban tres jinetes que mostraban la lágrima de Dolente en el pecho. Todos eran pálidos, aunque no más que algunos de los pobladores de alta alcurnia de Louisant; también eran delgados y de rasgos finos, como muchos en Seléin. Los dos primeros mostraban dureza y desconfianza en la mirada. El tercero, en cambio, se mantenía ligeramente por detrás y sonreía abiertamente.

Los hombres de Bálor se acercaron con reticencia y les dedicaron unas palabras que fueron respondidas con frases cortas y tono frío, cuando no de abierto desprecio. No tardaron ni medio minuto en volverse de nuevo hacia el grupo.

—Que tengáis suerte —les dijeron, aunque no parecía que les importara realmente su suerte.

Uno de los dos soldados hizo entonces un gesto seco, mientras el otro sujetaba al que sonreía para que no se acercara a ellos.

—Vamos —dijo en perfecto imperial, y echó a andar.

Los condujeron por sendas que discurrían a través de bosques de montaña durante al menos una hora. Los soldados de Ágarot apenas hablaban entre ellos y solo les dirigieron alguna mirada para asegurarse de que ninguno se quedaba atrás.

—Dudo que se mostraran tan confiados si no tuvieran compañeros ocultos en la floresta —murmuró Philippe, rompiendo el silencio que también ellos guardaban.

Pese a sus temores, no hubo ninguna sorpresa y pronto llegaron hasta una amplia cabaña cuya chimenea dejaba escapar una difusa estela de humo. El interior era sobrio pero acogedor, al igual que el pesebre anexo en que alojaron a los caballos. El hecho de que las llamas ardieran alegremente, sin embargo, pareció confirmar la idea de que no estaban tan solos como parecía. Pero tampoco en esta ocasión hubo ningún sobresalto. Los soldados les señalaron los jergones y dos de ellos se quitaron parte de la armadura para descansar, justo en la parte opuesta a los forasteros. El otro, mientras tanto, se sentó en una silla dispuesto a montar guardia. Marc solo tuvo que cruzar una mirada con Philippe para que ambos decidieran hacer lo mismo.

Apenas había luz cuando el soldado que montaba guardia despertó a sus compañeros y, al instante, los inquisidores se pusieron también en pie para levantar al resto del grupo.

—Va a hacer buen día —murmuró el único de los agorianos que parecía de sonrisa fácil.

—¿Cómo lo sabes? A mí me parece exactamente igual que el anterior —gruñó Cedric asomando la cabeza por una ventana, tras intentar obtener algo más de su pellejo agotado.

—El campo ha amanecido húmedo, pero no ha llovido —respondió el soldado encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio del mundo—. Va a hacer buen día —añadió antes de salir.

—Está seguro de ello, claro —refunfuñó Cedric con voz pastosa—. Va a hacer buen día porque el campo... ¡bah!

Philippe miró en su dirección con el ceño fruncido. Al volverse, lucía de nuevo el gesto avergonzado que parecía ser norma desde que habían salido de Stromferst.

Partieron enseguida, tras compartir unas sencillas gachas que preparó uno de los agorianos.

—No quiero caer en la queja fácil, pero lo cierto es que desde que salimos de los calabozos de Mulars, es la primera vez que el destino no está en nuestras manos. Ahora mismo estamos a merced de estas gentes y no es una sensación agradable —dijo Marc al poco de ponerse en marcha.

—Podemos confiar en ellos —susurró Alba—. Al menos hasta que nos lleven ante sus autoridades.

—Esperemos que la decisión que tomen entonces nos sea propicia —contestó él.

Siguieron camino en silencio tras los soldados de Ágarot. El camino era tan estrecho como el del día anterior, pero estaba bien cuidado y discurría a menudo entre colinas y cañadas. Pese a lo abrupto del paisaje, los soldados les guiaban descubriendo con facilidad sendas que a simple vista permanecían ocultas.

Eldwin iba con los ojos medio cerrados, abrazado Isabell. Alba por su parte, lo hacía sobre Naffir, junto a Marc. Philippe se mantenía muy cerca de los soldados, pues Furioso siempre parecía querer ir en cabeza. Cedric, por su parte, rezongaba en la retaguardia sobre el otro caballo, alzando de vez en cuando su pellejo de vino en busca de unas últimas gotas antes de recordar que se lo había acabado.

—No te quedes atrás —le dijo Eldwin con gesto somnoliento—. Podrías perderte.

—No me retrasaría si hubiéramos dormido unas cuantas horas más. ¿Por qué esta maldita prisa? —gruñó él—. Debo de llevar una década tirado en callejones y... —Un hipido seguido de un eructo le hizo interrumpirse—. Ágarot, ¡bah! Ni siquiera sé si estos paliduchos bebecarcos medio esqueléticos tienen vino. Seguro que no aprecian las virtudes de un buen caldo.

Philippe se crispó sobre la silla y luego se encogió para darle unas palmadas en el cuello a Furioso, pero con una extraña rigidez en sus formas.

La niebla se apelmazaba sobre las montañas como un velo pegajoso y hacía que el ambiente fuera húmedo y fresco. El sol parecía incapaz de vencer a las densas nubes que lo oscurecían todo, dando como resultado una luz tétrica y mortecina. En algunos puntos tuvieron que ir andando, por lo que sus botas estuvieron pronto mojadas. No fue hasta que dejaron atrás las zonas más agrestes cuando pudieron montar con algo más de comodidad.

Poco a poco, sin embargo, la claridad aumentó y casi sin darse cuenta los picos de las montañas quedaron a la vista. Todavía estaban rodeados de bruma y la luz no era demasiado intensa, pero se podía ver más a lo lejos y ya no daba la impresión de que estuviera anocheciendo.

—¿Es posible que esos delgaduchos estuvieran en lo cierto y al final podamos ver el sol también en estas tierras? —preguntó Cedric sin molestarse en bajar la voz.

Los soldados compartían de vez en cuando alguna mirada, o murmuraban entre dientes ante sus comentarios, pero en ningún momento se dieron la vuelta para dirigirse a ellos.

Pronto las montañas dejaron de parecer picos afilados y amenazadores para convertirse en colinas redondeadas cubiertas de un suave verde. Había tantos árboles a su alrededor que habría sido imposible contarlos ni en toda una vida. Más allá, la piedra cruda aparecía como si se sacudiera toda vegetación antes de alcanzar las cotas que estaban totalmente nevadas. El gris se confundía en ocasiones con un suave marrón y, cuando la niebla se fue desvaneciendo, se dieron cuenta de que en algunos de los picos intermedios brillaba el Símbolo en figuras de metal que sin duda debían medir varios metros de alto.

De las hojas de los árboles que flanqueaban el camino colgaban gotas de agua que relucían con las primeras luces y, cuando por fin apareció el sol, se asemejaron a pequeños diamantes. Por doquier corrían los regatos procedentes de las alturas, con agua helada y cristalina que brillaba como el metal pulido.

—Nunca hubiera pensado que este país albergara tanta belleza —dijo Marc sin poder evitar una expresión de asombro en el rostro.

Los soldados se miraron discretamente de nuevo pero, en esa ocasión, aquel que les había parecido más extrovertido se volvió hacia ellos.

—Montañas como estas no existen en el Imperio, a excepción de las Colinas Eternas que miráis de lejos. —Su mirada se volvió más audaz antes de añadir—: O esas miniaturas que tenéis en la baronía de Nublada.

—¡Cahiel! —dijo enseguida uno de sus compañeros, tomándolo del brazo para que se girara hacia adelante.

Los compañeros se miraron sorprendidos, pero los soldados continuaron la marcha como si no hubiera pasado nada.

Isabell mantenía la mirada fija a lo lejos, siguiendo el vuelo de las águilas. En una ocasión, incluso, se giró bruscamente, sorprendida al descubrir dos enormes carneros que los observaban fijamente desde un cerro.

—Deben de ser aquellos de los que nos habló Jean, hace ya tanto tiempo —murmuró Philippe, mirando también en esa dirección.

Los animales se mantenían a una prudente distancia y parecían estatuas, salvo cuando bajaban la cabeza para arrancar algún hierbajo y masticar lentamente.

—Son animales extraños —murmuró la bruja—. Tienen el orgullo cosido a la piel.

El agoriano que antes se había dirigido a ellos se volvió para comentar algo, pero a un gesto brusco de sus compañeros pareció pensárselo mejor.

Avanzaron durante dos días más antes de comenzar a ver de cerca signos de civilización. La tierra mostraba poco a poco la mano del hombre y no pasó mucho tiempo antes de que se empezaran a encontrar con los primeros habitantes de Ágarot que veían, a excepción de sus acompañantes.

A su paso, los pastores se alzaban con mirada dura; los leñadores dejaban descansar sus hachas y los observaban sin decir una palabra. Incluso los pocos chiquillos que vieron a lo lejos abandonaban lo que tuvieran entre manos para acercarse a sus padres y contemplar la extraña comitiva con gesto suspicaz.

—Casi diría que huelen que no somos de por aquí —gruñó Cedric sin quitar ojo a los alrededores.

—Estoy nervioso —murmuró Philippe a su vez, ante la mirada extrañada de Marc—. Es cierto que visitamos Ágarot en nuestros tiempos del Monasterio, pero solo alguna aldea cercana a la frontera. Nunca hemos estado tan lejos del Imperio, de todo lo que conocemos.

—Esperemos, entonces, que todo esto sea para bien —contestó Marc.

—Esperaremos pues. ¿Pero sería posible que algún día esta se convirtiera en nuestra nueva patria?

—Creo que no me importaría, hermano —dijo el inquisidor, mirando hacia un grupo de labriegos que trabajaban los cultivos—. Estos hombres son diligentes, no muy distintos en el fondo a otros que hemos conocido en Agua Clara o Mulars.

—Pues no acabo de sentirme cómodo entre tanto extranjero.

—Mucho me temo que aquí los extranjeros somos nosotros.

—Sí, desde luego, pero no negarás que no nos parecemos en nada.

—Philippe, son hombres, como tú y como yo.

El pelirrojo dirigió una mirada intranquila a su alrededor e hizo un gesto con la mano, como descartando el tema.

—¿Te has fijado en que muchos se hacen acompañar por perros?

Tal y como decía Philippe, había un buen número de ellos que seguían mansamente a sus dueños, aparentemente dóciles, aunque cuando la comitiva se acercaba demasiado alzaban la cabeza y los miraban con peligrosa atención.

—Parecen mastines, pero que Gillean me lleve si no son aún más robustos —dijo Cedric.

—Casi diría que entienden lo que decimos —murmuró Philippe con una mirada desconfiada.

A la vez que decía eso, Eldwin desmontó para correr hasta los animales más cercanos, que lo recibieron con lametones ante la sorpresa de todos.

Todavía tardaron unas horas más en llegar hasta un pequeño pueblo formado por unas cuantas cabañas de madera y dos o tres edificios más amplios. A los inquisidores les dio enseguida la impresión de que parecían barracones. Como queriendo confirmar aquello, vieron a unos cuantos soldados sobre una atalaya disimulada en lo alto de un árbol y luego unos cuantos más que les salían al paso por el camino.

Uno de sus acompañantes se adelantó para parlamentar con el que parecía estar al mando. Se trataba de un hombre especialmente pálido que mantenía la cabeza muy alta. Su armadura estaba llena de detalles y lucía unas insignias desconocidas en el pecho. Apenas habían comenzado a hablar en voz baja cuando se dio cuenta de que los dos inquisidores lo miraban fijamente como si entendieran el agoriano.

—Sígueme —dijo entonces al otro con voz sibilina—, parece que los forasteros son demasiado curiosos.

Sin más explicación, les dedicó una última mirada de desprecio y se marchó con su subordinado hacia la cabaña más cercana.

—No parece buena señal —dijo Philippe apoyando la mano en el pomo de su espada.

—Ni se te ocurra hacer una tontería —dijo Marc—. Hemos tomado la decisión de venir a Ágarot y ahora debemos ser consecuentes.

—Seremos idiotas si permitimos que estos alfeñiques nos lleven al cadalso sin defendernos —rezongó Cedric apenas unos pasos detrás de ellos.

—¿Es que no habéis oído lo que decía? —preguntó entonces Isabell en voz baja—. Ha mencionado la palabra *Bendición*.

—¿Y eso qué quiere decir? —rezongó Cedric cruzándose de brazos—. ¿Acaso nos van a invitar a tomar el agua?

—Bendición es la capital de Ágarot —respondió Philippe con tono reprobador—. Puede que no estemos en tan mala posición si se están planteando llevarnos allí.

—Tenemos amigas en Bendición —susurró Alba—. Si podemos llegar hasta allí sin duda intercederían por nosotros.

—No tengo claro cuáles son las intenciones de ese mequetrefe —susurró Philippe señalando al que estaba al mando— pero no parece demasiado amistoso.

El agoriano había salido de la cabaña para dirigirse en voz baja a otros dos hombres. Al momento, uno de ellos echó a correr, saltó encima de un caballo y se alejó al galope. El que llevaba las insignias en el pecho volvió a mirarlos con evidente desagrado y luego hizo un gesto a otro de sus hombres antes de darles la espalda y marcharse definitivamente.

—Seguidme —dijo este último en perfecto imperial.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Marc sin moverse un milímetro.

—Hay que esperar.

—Esperar, ¿a qué? —preguntó Philippe con gesto hosco.

—Esperar —insistió el otro—. Vendrá alguien.

—¿Alguien con autoridad? —preguntó Marc.

El soldado se encogió de hombros y volvió a hacerles un gesto para que le siguieran.

—Vendrá alguien —repitió echando a andar hacia una de las cabañas más grandes.

—Os aconsejo que lo sigáis —dijo el guardia al que habían llamado Cahiel—. El comandante Ghentil no tiene en alta estima a los sureños.

—¿Alguno se la tenéis? —preguntó Cedric con evidente desdén.

—No, pero él podría ordenar que os cargaran de cadenas —respondió el soldado, cuyo carácter contrastaba enormemente con la seriedad de sus compañeros—. Acabaríais haciendo lo que os han dicho, pero más incómodos.

Marc se encogió de hombros ante el pragmatismo de sus palabras y tocó ligeramente a Naffir con los tacones.

La cabaña en la que los alojaron mientras esperaban era austera, pero también limpia y cálida. En el salón había una mesa alargada con comida, una chimenea en la que ardía el fuego y varios escañiles almohadillados a su alrededor que resultaron más cómodos de lo que parecían.

—¿Has visto lo bien que hablan todos imperial? —dijo Eldwin dirigiéndose a Marc en cuanto los dejaron solos—. ¡Tienes que seguir enseñándome agoriano!

—Lo que tenemos que hacer es planear la manera de huir de aquí —gruñó Cedric.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó Philippe, molesto—. ¿Acaso al Imperio? ¿A Uruth, cruzando la Espina del Mundo para encontrarnos con los muy razonables bárbaros?

—Bárbaros... —bufó Isabell.

—Solo digo que en cualquier parte estaríamos mejor que aquí —masculló Cedric sentándose a la mesa.

—Han dicho que esperemos y eso hemos de hacer —dijo Alba dejando sus bolsas sobre uno de los asientos y sacando el pellejo que llevaba días pintando—. Si nos quisieran hacer algún mal ya lo habrían hecho, ¿no creéis?

—Estas son gentes razonables —añadió Isabell— y no tomarán una decisión hasta que alguien con la autoridad suficiente nos haya escuchado.

—Aun así, yo estaría más tranquilo si me dierais un arma —respondió Cedric empezando a comer.

—¿No te vale con esa pata de jabalí? —masculló Philippe.

—Ah, hijo, si hemos de estar aquí mientras el verdugo termina de afilar el hacha, mejor llenemos los estómagos. —En ese momento Cedric alzó la cabeza para



husmear a su alrededor. De repente se levantó con rapidez para abrir las puertas de uno de los muebles. Allí encontró una jarra de plata de la que pegó un generoso trago. Unas gotas púrpuras cayeron sobre su barba—. ¡Ah, el famoso tinto agoriano! No está mal, nada mal. Bien, como te decía, hijo, ten por seguro que este no es un lugar para que esperemos, sino para que no podamos salir. Estamos presos.

—Eres muy cabezota —dijo Isabell con el ceño fruncido—. No sé a quién me recuerdas...

—Puede que los agorianos sean desconfiados, incluso que sus costumbres nos resulten extrañas —apuntó Alba—, pero son justos.

—Al menos de momento no nos han quitado las armas ni puesto grilletes —convino Marc.

—Dales tiempo —contestó Cedric, que ya no parecía tan molesto como antes—. En cualquier momento entrarán en tropel un montón de soldados y no tendremos opción ni de vender caras nuestras vidas. Por eso debemos comer mientras sea posible —añadió palmeándose la barriga con una sonrisa.

—Estupendo —dijo entonces Philippe, con un tono más afilado de lo habitual—, entonces estamos de acuerdo en que tenemos tiempo de sobra para que nos cuentes algo más de lo que hacías en Stromferst.

—Ya te lo dije —respondió Cedric encogiéndose de hombros mientras le pegaba otra dentellada a la carne—. No hacía nada. Solo estaba allí —respondió con la boca llena.

—Pero ¿con qué motivo te dirigiste a la ciudad de los ladrones?

Poco a poco, la alegría que había recuperado su padre se fue evaporando, mientras la espalda se encorvaba y su rostro iba adquiriendo esa expresión de melancolía y vergüenza que ya habían visto en Stromferst.

—Tuve que huir del Imperio.

—¿Traicionaste al Emperador? —preguntó Philippe, ceñudo.

—Di más bien al revés, hijo —Cedric suspiró y apartó la comida, pero le pegó otro buen trago al vino—. Me ordenaron hacerle algo terrible a Adler.

—¿A qué te refieres? —preguntó inmediatamente Marc—. ¿Estás hablando de atacar a un hermano? ¿Intentar matarle?

El antiguo inquisidor hizo un gesto vago con la cabeza.

—Sabía que yo no podría vencerle. Era, simplemente, parte del martirio. Hacernos luchar el uno contra el otro, hermano contra hermano, para castigarle. Quizá para castigarme a mí también, ¿quién sabe?

—¿Te refieres al Emperador? —insistió Marc.

—¿Por qué querría dañar a Adler? —preguntó Philippe—. No conozco a nadie más leal ni más estricto en el cumplimiento de las leyes. ¡Es tan flexible como un maldito trozo de hierro!

—Sí, así es él —respondió Cedric con una sonrisa triste—. Lo echo de menos. Me gustaría volver a estrecharle la mano. Éramos grandes amigos.

—Pero no me has contestado —dijo Philippe, impertérrito ante la tristeza que veía reflejada en su rostro—. ¿Por qué abandonaste el Imperio?

—Ya te dije que se me concedió la gracia de dejar el servicio. O eso pensé —añadió resoplando y con los ojos brillantes—. De lo que pasó después no hablaré todavía. No quiero hacerlo, y menos con ellas delante —dijo llevándose de nuevo la jarra a los labios hasta apurar su contenido.

Los compañeros se miraron, confusos, pero no osaron romper el silencio que se apoderó de la sala. Fue el propio Cedric quien, tras pasarse el dorso de la mano por la boca, cortó un trozo de queso y siguió hablando con la boca llena.

—Entonces, si he entendido bien, os proponéis acabar con ese monstruo.

—De momento hemos de llegar hasta los gobernantes de Ágarot. Luego, ya se verá —contestó Marc con precaución.

—Déjame que te haga una pregunta más —dijo entonces Philippe, cuyos ojos no habían dejado de ser unas estrechas rendijas—. Si tú eres quien dices ser, en el Monasterio estábamos el hijo del Emperador y el de un inquisidor. Eso que sepamos. Desde luego no se puede decir que no fuera un grupo de lo más selecto.

—A saber que vieron en Gaulton o en Jean —murmuró Marc.

—Soy quien digo ser —respondió Cedric con solemnidad—, pero no puedo aportar más luz a ese asunto. Desconozco las circunstancias que os juntaron allí.

Philippe asintió y se sentó lentamente a la mesa. Poco después comenzó a picar algo con desgana.

Permanecieron un buen rato en silencio hasta que, de pronto, Eldwin se incorporó de golpe.

—¿Y Neva? —preguntó.

—No te preocupes por ella —respondió Marc—. Seguro que está a sus anchas. Solo espero que no piense que nos tienen amenazados aquí dentro —añadió con una mirada preocupada.

—Llevamos aquí varias horas. Cada minuto que pasa me pongo más nervioso —le susurró Philippe a Marc un buen rato después.

Eldwin dormitaba con la cabeza apoyada en Isabell, que tenía los ojos cerrados. También Alba se había dejado caer sobre uno de los escañiles. Los hombres, en cambio, estaban demasiado inquietos para hacer otra cosa que aguardar con preocupación. Solo Cedric parecía mucho más relajado que cuando entraron, y seguía picando de lo poco que quedaba encima de la mesa, o levantándose para rebuscar en el exiguo mobiliario con la esperanza de encontrar algo más del delicioso tinto.

—Tenemos comida, hijo. Descansa y disfruta mientras se pueda. Ya veremos a qué hay que hacer frente más tarde. Esa es mi filosofía, hazme caso.

—No puede decirse que te haya funcionado demasiado bien —masculló Philippe en voz baja—. Deberías intentar ponerte en forma, perder algo de peso, quizá. Puede

que te resultara agradable.

—Adler me decía eso mismo a menudo —respondió el otro con una risilla, metiéndose un puñado de uvas en la boca.

Justo en ese momento comenzó a oírse el galope de varios caballos. El murmullo se convirtió en un sonido mucho más potente y de pronto oyeron gritar órdenes que dieron paso a palabras susurradas muy cerca de ellos. Al poco, sonó el tintineo de los arreos al desmontar y se abrió la puerta.

El que parecía el jefe del asentamiento, al que habían llamado Ghentil, entró primero. Iba acompañado por otros cinco soldados que llevaban la armadura cubierta de polvo y que se pusieron firmes para dar paso a quien venía detrás de ellos.

Al mismo tiempo que entraba por la puerta, Philippe y Marc se llevaron la mano a las empuñaduras de sus armas. Incluso Cedric dio un respingo. El recién llegado vestía una de esas armaduras de escamas tan poco frecuentes como efectivas. En el Monasterio les habían explicado que estaban formadas por pequeñas piezas de un metal desconocido. El resultado era de una solidez y ligereza extraordinarias. Las escamas relucían a la luz de la hoguera con aspecto frágil, acompañando sus movimientos. Pero incluso sin conocer los detalles de aquella obra todos sabían que, según el pragmático carácter agoriano, no serían endebles en absoluto. El metal, que tenía un levísimo brillo púrpura, estaba adornado encima del corazón con la lágrima del Dolente. El yelmo, coronado por dos imponentes cuernos de carnero, tenía una abertura con forma de óvalo alargado que daba la impresión de permitir una visión sin impedimentos.

Para ninguno era un secreto que el hombre que la llevaba podía moverse con la misma libertad que si fuera sin ella, pese a cubrirle casi todo el cuerpo; tampoco que a los que se entregaba algo así gozaban de una inmensa consideración entre los suyos.

El recién llegado tenía algo que lo diferenciaba de forma radical de los otros. Se lo adivinaba tan delgado como los demás, pero sus movimientos eran extraordinariamente fluidos, como si flotara a ras de suelo. Sus ojos miraban de forma directa, llenos de seguridad, y la manera de tener erguida la espalda dejaba claro que no sentía el más mínimo asomo de temor o siquiera inquietud ante los forasteros.

No obstante, tras unos segundos de silenciosa inspección, el caballero se llevó las manos al yelmo y al retirarlo dejó a la vista una cascada de cabellos oscuros. El rostro que vieron entonces tenía la perfección de las estatuas y también algo de su frialdad.

La mujer era hermosa más allá de lo que podría pasar desapercibido, pero las facciones permanecían tan inmóviles que casi la despojaban de toda humanidad. La piel era pálida y tersa como un trozo de mármol pulido con esmero. Los pómulos, altos, apuntaban hacia unos ojos oscuros, atentos pero inexpresivos. Al no tener alrededor el metal del casco, parecían incluso más grandes que antes.

La sala había quedado en silencio y los presentes la miraban con expectación, pero la mujer todavía se tomó unos instantes más para observarlos uno a uno antes de

hablar.

—¿Es vuestra esa criatura pálida con forma de mujer que ronda el pueblo? —preguntó con una voz suave, pero que no parecía acostumbrada a repetir las cosas.

—Sí —contestó Marc inmediatamente—. No supone un peligro.

—Nos pondremos en marcha enseguida —respondió ella sin un solo gesto que permitiera intuir lo que pensaba al respecto—. Tenedla controlada y junto a vosotros o no habrá en todo Rel Galad suficiente espacio para que huya.

—¿Rel Galad? —preguntó Philippe, que la seguía mirando embobado.

—Es el nombre que dan en Ágarot al mundo —se apresuró a decir Isabell—. Significa *Regalo del Creador*.

La bruja se mostraba extrañamente cuidadosa y todavía se adivinaba la sorpresa en su rostro.

—Hemos tenido noticias del Imperio —anunció entonces la mujer—. Conocemos los rumores. ¿Sois aquellos a los que el Emperador busca con tanto ahínco?

Hubo un instante de silencio en el que los inquisidores se miraron con precaución. Para ninguno era desconocido que aquella pregunta podía suponer una sentencia de muerte. Pero, antes de que alguien pudiera decir nada, Alba se adelantó.

—Sí. Somos nosotros —dijo con una inclinación de cabeza—. Mi nombre es Alba y él es Marc, antiguo comandante inquisidor; seguramente ya hayáis oído acerca de su linaje. Este es Philippe, inquisidor también, y él es su padre, Cedric, recién hallado; junto a mí está Eldwin, nuestro sobrino, y ella es Isabell, bruja como yo misma. Pedimos humildemente una audiencia con vuestras autoridades y, si fuera posible, reencontrarnos con nuestra apreciada Aileen. Ella podrá responder por nosotras y dar fe de que no guardamos malas intenciones.

En el rostro gélido de la mujer se acentuó una levísima arruga entre las cejas y, como por casualidad, las manos se acercaron a las empuñaduras que tenía a la altura de las caderas.

—Se me ha encomendado llevaros ante el Dolente —dijo para sorpresa de todos. Sin embargo, no les permitió más que un instante para digerir la noticia—. Lo haréis desarmados y escoltados por mis hombres.

—¡No vamos a entregar las armas a la primera moza que...! —comenzó a decir Cedric.

Pero inmediatamente, ante el asombro de sus compañeros, Philippe se quitó el cinturón, tomó su espada sin sacarla de la vaina y se la tendió a la mujer con la empuñadura por delante.

—Si sois vos la encargada de conducirnos ante el Señor de Ágarot os la entregaré gustoso.

La mujer mantuvo la mirada impertérrita y uno de los soldados se apresuró a tomar el acero en su lugar.

Marc miró a su hermano mientras se quitaba su propio cinturón, sin evitar una mueca socarrona.

—Os entregaremos las armas —dijo Marc volviéndose hacia la mujer—. Solo espero que correspondáis a nuestra buena disposición con el convencimiento de que no albergamos malas intenciones hacia vuestro pueblo.

La mujer asintió, inmutable, y abandonó la sala con pasos ágiles.

—Tenéis diez minutos para recoger vuestras cosas, daos prisa —dijo Ghentil.

Cedric masculló algo bastante poco refinado como respuesta.

—Parecáis muy sorprendidas —susurró Marc a Isabell mientras el resto de los soldados salían.

—Marc, tú sabes que esa mujer es una campeona de Ágarot. Sobran dedos en una mano para contarlos. No es frecuente que manden a alguien así a recibir a unos refugiados.

—Es una muestra de consideración sin precedentes —dijo Cahiel justo cuando estaba a punto de cruzar el dintel de la puerta—, deberíais apreciar tal gesto.

—Espera un momento —dijo Philippe agarrándolo del brazo antes de que se fuera—. ¿Cómo se llama?

—Es la campeona Balleria —contestó el otro zafándose de él con un gesto de extrañeza—. Más os vale no contrariarla, Genthil es un corderito a su lado —añadió antes de salir.

—Balleria... el más bello nombre jamás pronunciado. ¿Habías visto alguna vez una preciosidad semejante? —preguntó Philippe a Marc en cuanto salieron.

—Me da la impresión de que no te refieres a la armadura, ¿verdad?

—¡Es una campeona! —dijo Cedric echándose sobre ellos y protegiéndose la boca con una mano, pese a que su voz sonaba tan fuerte como siempre—. Esa mujer es muy peligrosa. ¡Solo se le entrega una armadura así a alguien especialmente distinguido en combate!

—Lo sabemos. También estudiamos en el Monasterio ¿recuerdas? —respondió Philippe quitándose el sombrero de encima.

—Claro, disculpa hijo mío. No sé cómo será en estos días, pero cuando yo estaba en la Orden, cualquier herrero, desde Abadía hasta Grenz, habría entregado a su primogénito a cambio de hacerse con una pieza de esa armadura. Dicen que nadie ha sido capaz de desentrañar los misterios que esconde su aleación.

—No seremos nosotros los que lo hagamos —dijo Marc señalando con un dedo—. Será mejor que nos apresuremos; parece que realmente tienen planeado partir de inmediato.

Allí donde apuntaba, la campeona daba las últimas órdenes a sus hombres y parecía a punto de montar.

—Allá vamos —dijo Marc cuando llegó hasta Naffir—. Para bien o para mal, allá vamos.

—Que sea para bien, entonces —respondió Alba tras él.

La bruja sonreía con esperanza y, cuando le apretó fugazmente la mano, el brillo de sus ojos pareció suavizar ligeramente el ceño fruncido de Marc.

Cabalgaron durante varias horas seguidas. Veinte soldados los escoltaban, todos ellos con la lágrima de Dolente en el pecho y una mirada seria, cuando no amenazante. La campeona marchaba al frente, junto a seis de ellos, mientras el resto cerraba la comitiva, dejando a los compañeros en medio.

Balleria parecía tener en alta estima a Cahiel, que se mantuvo a su lado durante toda la tarde. El agoriano era el único contrapunto a la austeridad comunicativa de los soldados, pues no dejaba de hablar en todo momento. Curiosamente, no parecía que incomodara en absoluto a la mujer pues Philippe, con la mirada fija en ella desde que salieron, incluso atisbó en su rostro un par de leves sonrisas.

Eldwin señalaba constantemente a su alrededor y parlotaba con Alba e Isabell, aparentemente relajado pese a la cantidad de soldados que los acompañaban. Cedric se mantenía justo en medio, tras Marc y Philippe, rezongando en voz baja. Neva andaba ágilmente junto a sus caballos, ajena al parecer a las miradas suspicaces que le dirigían los soldados de Ágarot.

A esas horas, las mullidas praderas que llevaban viendo todo el día eran de nuevo oscuras y brumosas. Los árboles y los riachuelos ya no aportaban brillo y verdor, sino sombras y sonidos inquietantes. El propio Philippe tampoco parecía tranquilo, aunque a menudo su mirada se posaba sobre la figura de la campeona y parecía olvidar sus tribulaciones.

Algo antes de que la oscuridad fuera demasiado pronunciada, se detuvieron junto a una de las cabañas que ya conocían, sensiblemente más grande que las anteriores. Al poco, el olorcillo de la carne haciéndose al fuego comenzó a inundar el ambiente y todos parecieron más animados.

—Esta tierra me sigue poniendo los pelos de punta —murmuró Philippe lo bastante bajo para que los demás no lo oyeran. Su rostro, no obstante, lucía una sonrisa radiante.

—Lo mismo decías de Seléin —respondió Marc, también en voz baja.

—Sí, pero aquello al menos estaba dentro de lo conocido. Ágarot guarda más secretos que la historia de los emperadores.

Marc no pudo por menos que darle la razón y echó un vistazo a su alrededor. Los soldados estaban agrupados a un lado de la cabaña, junto a una de las chimeneas, mientras que ellos permanecían algo apartados en la otra. Cinco de los agorianos se habían marchado afuera y, sin duda, montaban guardia con la atención puesta tanto en la espesura como en el edificio.

Eldwin seguía maravillado por cuanto veía y no paraba de preguntar atropelladamente. Cedric, por su parte, comía tanto como su hijo, aunque miraba hacia los soldados con suspicacia no disimulada. Las brujas charlaban en voz baja mientras trataban de tranquilizar al pequeño para que conciliara el sueño. Neva, como era habitual, permanecía cómodamente recostada junto a Marc, aunque en ocasiones

las orejas se le tensaban al escuchar a lo lejos o miraba hacia las ventanas como si percibiera movimiento.

—Podéis descansar tranquilos —dijo Balleria acercándose a ellos algo después de comer—. Mis hombres y yo misma montaremos guardia.

Probablemente sus amables palabras escondían también una clara advertencia, pero Philippe no quiso darse cuenta.

—Si vais a permanecer al raso, yo también lo haré. Estamos más que acostumbrados a dormir bajo las estrellas —contestó de inmediato—, aunque nunca lo habíamos hecho tan cerca de una de ellas.

Se hizo el silencio de golpe. Los hombres se volvieron hacia ellos y una ceja se crispó casi imperceptiblemente en el rostro de la mujer.

—Gracias, señora —se apresuró a decir Isabell—. Descansaremos tranquilos sabiendo que montáis guardia y os lo agradecemos. Es mejor que todos nos echemos ya, seguro que todavía nos esperan unas cuantas jornadas de viaje.

La campeona le dedicó un leve asentimiento de cabeza y se marchó. La bruja se volvió inmediatamente hacia Philippe.

—Pero ¿es que acaso estás loco? —siseó dándole un pescozón.

—¿Por qué? A todas las mujeres les gusta que les dediquen palabras bonitas de vez en cuando.

—¡Es una campeona de Ágarot, cabeza hueca! —respondió Isabell tratando de no alzar la voz—. La gente se inclina cuando pasa ante ellos, ¡no puedes soltarle algo así y quedarte tan ancho!

—Tampoco yo creo que sea apropiado —convino Cedric, no sin cierta reticencia—. Mejor no dirigirse a ella para nada. Es agoriana e impredecible.

Isabell bufó y se volvió hacia Eldwin fingiendo preparar su manta, pero sin parar de mascullar.

No hubo más comentarios y, al poco, casi todos dormían plácidamente. Philippe, en cambio, permanecía sentado junto a Marc.

—Ay, hermano —dijo sobreponiendo apenas su voz a los ronquidos de su padre—, no me digas que no es hermosa.

Hacía tiempo que Balleria había salido por la puerta, pero el gigantón seguía mirando hacia allá como si fuera a verla entrar en cualquier momento.

—Seguramente tan hermosa como las estrellas de las que hablabas antes. E igualmente inalcanzable —sentenció Marc—. Intenta subir a una montaña para llegar hasta ellas y acabarás cayendo desde tan arriba que nunca te recuperarás del golpe. Eso si no te manda colgar ella misma.

—Lo sé, lo sé, hermano, pero aun así no lo puedo evitar. ¡Qué carácter, qué vigor en sus movimientos! ¡Y qué ojos, Marc!

—Creo que estás exagerando.

—Me he enamorado, no hay duda —respondió Philippe como si no le hubiera escuchado—. Sí, definitivamente mi corazón le pertenece, no hay nada que pueda

hacer para remediarlo.

—¿Cuántas veces he oído ya eso antes? —preguntó Marc con una sonrisa.

—Ah, tú no lo entiendes. Si ahora mismo se apareciera ante mí el Salvador y me ofreciera un regalo le pediría, sin ninguna duda, estar con ella ahí afuera.

—Philippe —dijo Marc mirándolo de pronto muy serio—. Ni se te ocurra ir a buscarla. Si no eres capaz de razonar por ti mismo, mira a Eldwin. Nadie sabe lo que podría llegar a pasarnos si nos consideraran hostiles. Ya sabes que hay hombres en los bosques. Ni siquiera tengo claro que podamos descansar tranquilos todavía en medio de estos soldados.

—Sí, sí, tienes razón —respondió Philippe dándose un manotazo en la cabeza—, en qué estaría yo pensando.

Marc dudaba que la sonrisilla que había atisbado en el rostro de su hermano debiera tranquilizarle.

Pese a las dudas de Marc, la noche fue tranquila y no hubo el menor sobresalto. Si bien decidieron despertar a Cedric para establecer turnos de guardia, lo cierto es que los agorianos mantuvieron las distancias y vigilaron el descanso de todos con atención. Solo Neva parecía incómoda por no poder moverse con más libertad y miraba constantemente a lo lejos, como si ansiara correr.

—Tranquila —le decía Marc a menudo—. Dentro de poco estaremos entre amigos y podrás perderte en el campo tanto tiempo como quieras.

La loba entonces se acercaba a él y restregaba la cabeza contra su pecho, ante la mirada extrañada de los soldados.

No tardaron mucho en desayunar y recoger, de modo que antes de que el sol asomara sobre la Espina del Mundo, ya estaban en camino. Los soldados de Balleria se situaron en la misma formación, abriendo y cerrando la comitiva pero, cuando no llevaban ni cinco minutos de marcha, Philippe picó los talones en Furioso y se adelantó hacia la vanguardia.

—La suerte es de los valientes —le oyó murmurar Marc, que no tuvo tiempo de intentar detenerlo.

En cuanto le oyeron acercarse, los soldados que rodeaban a la campeona se volvieron hacia él y echaron mano a sus armas.

—¡Tranquilos, amigos! —dijo el gigantón mostrando sus palmas abiertas y una sonrisa franca—. Solo quería acercarme hasta vuestra señora para comentar con ella ciertas cuestiones que me intrigan. ¿Os importaría que os acompañara unos minutos? —preguntó amagando una reverencia.

La mujer estrechó apenas los ojos y se tomó su tiempo antes de hacer un gesto con la mano a sus hombres. Al instante los soldados abrieron un pasillo para que Philippe llegara hasta ella y se pusieron de nuevo en marcha.



—Vivís en un país hermoso —dijo el gigantón tras unos instantes—. No al estilo del Imperio, claro. No se le parece en nada, ni siquiera guarda semejanza con la verde Seléin o los oscuros bosques de Quiles. Al principio Ágarot me pareció una tierra sombría y lóbrega, pero debo reconocer que el primer día que vi salir el sol sobre esas montañas verdes aprecié un paisaje como no había visto jamás. ¿Conocéís el sur de Seléin? Deberíamos visitarlo alguna vez, estoy convencido de que os gustaría.

—Conozco Seléin —repuso Balleria sin apartar la vista del camino.

—¿Ah, sí? Vaya, eso es una sorpresa. No esperaba que viajarais mucho fuera de Ágarot. En todo caso me gustaría enseñaros un par de lugares que conozco cerca de Cordes. No me refiero a nada que tenga que ver con el vicio de aquella ciudad, claro, sino...

—Sin duda no has venido para hablar de paisajes —dijo ella de pronto, interrumpiéndole.

Philippe se quedó un instante con la boca abierta, pero se recompuso con rapidez.

—Claro que no. Lo cierto es que me gustaría saber adónde vamos.

—Lo sabrás en su momento.

—¿Pero somos invitados o prisioneros?

—No me toca a mí decidirlo. De momento solo sois refugiados con escolta.

—¡Entonces no hay por qué viajar tan tensos! —exclamó Philippe dando una palmada y acentuando su sonrisa—. Disfrutemos del viaje y la charla mientras nos conocemos mejor.

—¿Tienes alguna pregunta más antes de volver con tus compañeros? —respondió Balleria, clavándole sus ojos oscuros.

Philippe quedó mudo de nuevo, como si la mirada hubiera sido un golpe directo al estómago, pero entonces alzó el índice y entrecerró los ojos en una mueca de astucia.

—A decir verdad, sí —respondió—. ¿Qué ha hecho una belleza como vos para ganarse una armadura tan fabulosa?

Por un momento, Balleria apretó los dientes y sus cejas se inclinaron en una expresión de enojo creciente, pero se recompuso al instante y azuzó a su caballo para adelantarse unos metros.

—El inquisidor vuelve con sus compañeros —dijo sin alzar la voz.

Al momento sus hombres se adelantaron, interponiéndose entre ella y Philippe.

—Pero ¿qué he dicho? —preguntó el inquisidor.

—Deberías volver atrás ahora mismo —dijo Cahiel con una mirada reprobadora.

Philippe dejó que Furioso se retrasara un poco con una exagerada mueca de frustración infantil.

—¿Belleza? —preguntó Marc cuando llegó hasta él—. ¿Has llamado *belleza* a una campeona de Ágarot? Desde luego eres agudo y certero como una vaca borracha, hermano.

—Belleza. Está bien dicho —contestó él haciendo un mohín—. Es joven y lozana. Y muy hermosa. Le he preguntado por su armadura porque, sea lo que sea que haya hecho, ha tenido que ser algo importante. A todos nos gusta hablar de nuestras hazañas, ¿no es cierto? Le pregunté para que pudiera lucirse delante de mí.

—No deberías estar tan seguro de que tenga ningún interés en lucirse ante ti. Ni de que esté dispuesta a hablar de cuestiones privadas con un imperial a quien apenas conoce —dijo Marc—. No vuelvas a hacer algo así, por favor. De todos modos ¿qué es lo que has visto en esa mujer para que te fascine tanto?

—¿Que qué he visto? ¡Querrás decir que cuál de sus mil encantos me ha cautivado más! Lo que me extraña es que incluso tú no hayas dejado de ponerle ojitos a Alba ante una mujer como esta.

Marc se removió incómodo, disimulando una leve mirada hacia las brujas. Afortunadamente estaban demasiado alejadas como para haberlo oído.

—No finjas, hermano, sé que sucedió algo en aquella posada. Cuando nos reunimos de nuevo manteníais la cabeza baja y no os mirabais a los ojos. Pero cuando el otro no está delante, seguís buscándoos con la mirada. Y cuando la montaste sobre Naffir... —Philippe resopló sonoramente—. Sus manos parecían no querer agarrarse a ti, sino acariciarte.

—¿Esa es una apreciación del más grande cabeza hueca que ha engendrado la Orden? —preguntó Marc, sonriendo sin poder evitarlo.

—De cualquiera con ojos, hermano. Pero, dime, ¿qué problema hay para que no la tomes de la cintura y le demuestres el vigor de los inquisidores?

Marc apretó los labios y lo miró con creciente exasperación.

—No es tan fácil, Philippe. Ni las relaciones resultan tan sencillas.

—¿Qué es lo que no es tan fácil? ¿Amar a alguien que suspira por ti? ¡Ojalá Balleria me mirara como ella a ti! No veo nada más que excusas, Marc.

—He dicho que no es tan fácil —insistió él con una expresión que ya estaba más cerca del enfado que del hastío.

—Está bien, hermano, como quieras. Concentrémonos entonces en mi querida campeona. ¿Acaso no es lo más bonito que has visto nunca?

—Es bella y no hay duda de que sabe muy bien lo que se hace —contestó Marc bajando la voz—. Pero es una campeona de Ágarot, hermano. No creo que eso ponga las cosas fáciles.

—Puede que no —convino Philippe—, pero cuando la miro siento como si las tripas bailaran un pasapié dentro de mí. Hermano, no hay mujer que no se pare para echarme una segunda mirada cuando paso a su lado. En ese sentido soy como Furioso, un verdadero prodigio de la naturaleza —dijo con una carcajada—, y eso es algo que muchas han encontrado atractivo a lo largo de los años. También el Símbolo de plata ha granjeado asombros y atenciones. Pero ella... —Philippe se quedó mirando su espalda con una expresión tan embelesada que Marc le dio un coscorrón—. Disculpa, es que ella no me miró con más interés que a la silla sobre la que estaba

sentado. No es que nos dirigiera mucha atención a ninguno, pero al menos habló contigo. Te mostró respeto, creo haber entendido. A mí solo me ve como un bufón.

—No creo que nadie pueda mirarte los brazos y considerarte un bufón. O hacerlo tras saber a qué nos dedicábamos antes. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Qué ves en ella para que te atormente tanto?

—No lo sé Marc. Todo, creo.

—Entonces deja de comportarte como un niño y espera tu momento. Habla con ella cuando surja la oportunidad y tengas algo interesante que decir. No creo que le gusten tus bromas.

Philippe se giró lentamente hacia él y frunció el entrecejo.

—Dime hermano, ¿cuándo te han nombrado maestro seductor y alcahuete de la Orden?

Marc resopló y volvió a lanzarle un pescozón.

—Ya sabes que estos temas nunca se he me han dado bien. A ninguno de nosotros salvo a Mathius, supongo, pero no hace falta ser un experto para darse cuenta de que no lo estás enfocando de la mejor manera. Eso por no insistir en que es una agoriana y tú un antiguo inquisidor.

—¡Ya lo sé! Pero, Marc, es que no puedo evitarlo. Hoy me desperté pensando en ella y desde entonces no he hecho otra cosa que buscar su cercanía. Me mata su desinterés y, cuanto más fría es conmigo, más me quiero esforzar por contentarla. Ay, amigo, nunca me había sentido así.

Marc sonrió ante el tono dramático de su hermano y le palmeó la espalda.

—Entonces confiemos en que el Creador nos muestre un camino. También en este tema.

El final de la tarde era fresco pero agradable en Ágarot. Balleria había apurado hasta el último momento para descansar y ya casi estaba anocheciendo cuando llegaron a uno de los refugios.

Philippe canturreaba una triste balada de amor mientras se distraía afilando sus armas. De vez en cuando les pasaba un pulgar calloso para comprobar el filo con gesto crítico. Sin embargo, lo hacía con un ojo puesto en el círculo que formaban los soldados de Ágarot en torno a la otra hoguera. Balleria se encontraba entre ellos, como casi siempre. Era evidente que sus hombres la apreciaban. La campeona dormía en los mismos jergones que ellos, no en un pabellón aparte, como era costumbre en el Imperio. Hablaba siempre en voz baja y mantenía el rostro inexpresivo, pero escuchaba con atención y, cuando alguno de los soldados se dirigía a ella, siempre tenía tiempo para atenderlo.

Pese a todo, los agorianos rara vez reían, y solo de un modo contenido, manteniendo un rostro serio que se antojaba poco frecuente en soldados reunidos en tiempos de paz.

—Puede que no hayan conocido otra cosa que la guerra —murmuró el gigantón antes de seguir pasando la piedra de amolar por el filo de su espada.

—No lo dudes —respondió Alba junto a él.

Eldwin dormía con la cabeza apoyada sobre las piernas de Isabell, que le acariciaba el cabello con dulzura. Alba, por su parte, tenía la vista fija en el pellejo y trataba de que sus ojos no se desviarán hacia la desnudez de Neva, que no solía ser muy cuidadosa con la camisola que Marc le había obligado a llevar.

La loba permanecía recostada sobre él, mirando fijamente a los presentes de un modo que hacía dudar que alguna vez parpadeara. El inquisidor le acariciaba la espalda, sumido en sus propias reflexiones. De nuevo, como casi siempre en los últimos tiempos, su rostro mostraba esa característica seriedad que el rencor matizaba ligeramente. La cicatriz no contribuía a mejorar su expresión. Sin embargo, cuando la loba se recostaba sobre él parecía relajarse, como si compartieran algún vínculo que aplacara su nerviosismo.

—Parece que os encontráis muy a gusto el uno en presencia del otro —comentó Alba—. Pese a ser de costumbres tan distintas.

Neva, como si supiera que hablaban de ella, volvió la vista con un movimiento fluido impropio de un ser humano, y se quedó observando en otra dirección. De vez en cuando, alzaba ligeramente la cabeza y husmeaba.

—¿Lo dices por que esté así? —preguntó Marc con una media sonrisa—. A veces intenté vestirla pero, en las pocas ocasiones en que se dejaba, terminaba por encontrar las ropas hechas jirones apenas unos minutos después. No puedo pedirle que esté permanentemente vestida. Para ella es muy incómodo.

—Desde luego parece que tus lecciones no han dado frutos —murmuró Alba, molesta.

La piel de Neva, blanquísima, casi parecía resplandecer a la luz de la luna y no daba la impresión de que sintiera frío pese a no estar demasiado cerca de la hoguera.

—Nuestro error sigue consistiendo en verla como una mujer —dijo Philippe levantándose para dirigirse hacia ella—. En el fondo, no es más que una criatura que nada tiene que ver con nosotros.

Cuando se encontraba a un par de pasos de ella hizo el amago de adelantar la mano para acariciarla. Inmediatamente, Neva dejó a la vista unos colmillos que destacaban de un modo poco habitual.

—No conseguiré caerle bien jamás. Ya no sé cómo hacerle comprender que no le deseo mal alguno —dijo encogiéndose de hombros.

—No te equivoques, hermano —dijo Marc, acariciando el pelo de la loba para que se tranquilizara—. Es cierto que no comparte nuestra naturaleza, pero no hay en ella la menor falta de inteligencia.

Neva se restregó unos momentos contra las manos de Marc para después desperezarse sin el menor pudor. Luego salió corriendo para desaparecer en un instante. Varios soldados los miraron con reprobación, pero no dijeron nada. Parecían

haber llegado a un acuerdo tácito, permitiendo que la loba se marchara un rato por la noche a cambio de permanecer el resto del tiempo con ellos.

—Todavía me cuesta creer que fueras capaz de mantenerla en secreto.

—Lo cierto es que durante mucho tiempo dudé si estaba haciendo lo correcto.

—Si no fue así, bendita equivocación —murmuró Isabell.

—Lo que más me sorprende es que no llamara la atención de la Orden.

—La visité a menudo y le enseñé algunas cosas, pero más allá de eso es todo mérito suyo.

—Parece que lo hiciste bien —contestó Philippe girando la cabeza para mirar hacia su padre.

Cedric había conseguido que uno de los soldados le vendiera un pellejo de vino y lo había vaciado mientras comían hasta quedarse tendido en el suelo. Tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro y roncaba estruendosamente.

—Me pregunto si *esto*, en cambio, no será un error estrepitoso. —Marc se volvió hacia él con una sonrisa triste—. ¿Habíais visto alguna vez un hombre tan hecho polvo como este?

—No sabemos por lo que ha pasado, hermano.

Philippe asintió, no muy convencido.

—Solo espero que no nos arrepintamos de haberlo traído. Quizá lo mejor fuera dejarlo en el primer pueblo que nos encontremos para que pueda hartarse de vino mientras los demás luchamos.

—No puedes abandonarlo, es tu padre —dijo Alba—. Puede que no sea como te gustaría, pero está deseando estar contigo. Además, fue inquisidor y toda ayuda es poca.

—Es que no paro de pensar que ni siquiera lo conocemos. ¿Y si no fuera quien dice ser?

—Tú estás seguro de que lo es. Lo sentiste incluso antes de verlo —dijo Marc—. ¿Te da acaso la impresión de pueda tener algún trato con el Imperio? No creo que tengamos que esperar una traición por su parte.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Philippe de pronto, sacudiendo la cabeza—. Me voy a dormir. Dejadme a mí la última guardia, pienso levantarme antes de que amanezca.

—Ah, ya te has dado cuenta de que Balleria madruga bastante ¿no es así?

Philippe hizo un gesto vago con la mano y se metió en la cabaña. Al poco, Isabell cogió en brazos a Eldwin y lo siguió también, haciéndoles un silencioso gesto de despedida.

Marc se dio cuenta de pronto de que se había quedado solo con Alba ante la hoguera. Tras unos minutos en silencio tomó aire y alzó la vista hacia ella.

—Respecto a lo que pasó en la posada...

—No, no digas nada —pidió Alba—. Fue culpa mía.

—No creo que nadie tenga culpas en algo así —contestó él con más seguridad de la que sentía en realidad.

—Fue culpa mía, no debí hacerlo —insistió Alba, con sus enormes ojos verdes mirando fijamente al dibujo—. Tenemos demasiado entre manos para distraernos con tonterías.

El cabello había crecido ligeramente y ya se apreciaban de nuevo los primeros amagos de lo que sería su melena rizada. El fulgor de las llamas volvía a arrancar destellos rojizos cuando movía el cuello, como si fuera imposible disimular del todo su naturaleza, por mucho tinte que usara.

—Alba, no son tonterías —dijo Marc tragando saliva—. Puede que no nos esté resultando fácil, pero no quiero que pienses que yo...

Justo en ese momento oyeron unos gritos de alarma y los soldados de Balleria se alzaron con las ballestas apuntando a la espesura. Tras unos instantes, Neva apareció por el extremo contrario del campamento, caminando tranquilamente con el cuerpo de una liebre en la mano.

La campeona se volvió hacia ellos y, aunque no dijo nada, percibieron claramente una mirada reprobadora.

—Ya hablaremos de esto, Marc —dijo Alba con las mejillas encendidas—. Ya habrá tiempo para ello —añadió antes de recoger sus cosas y marcharse hacia la cabaña.

Marc asintió y se quedó allí sentado, acariciando el cabello de Neva.

## II

Todos somos brujas, pues en todos está la Voluntad. El que pinta y hace llorar de emoción manifiesta así su poder; el que canta conmueve a través del sonido; el que labra el campo hace crecer la vida.

Cada uno ejerce sus dones con un tipo distinto de ciencia, pero todos somos brujas.

—*Escritos del Rey Brujo.*

Avanzaron hacia el Norte durante cuatro jornadas más. Balleria parecía tener prisa por conducirlos hasta su destino y apuraba el día hasta sus últimas luces. Aunque en alguna ocasión tuvieron que soportar una fina llovizna por la mañana, en general hizo buen tiempo y el agua solo contribuyó a acentuar los colores de Ágarot.

En su camino hacia Bendición se encontraron cada vez con más granjas y tierras de cultivo en las que los esforzados labriegos hacían un alto para erguirse y observarlos con suspicacia. Lo mismo sucedía si llegaban a última hora de la tarde a algún pueblo en el que paraban para descansar. Las gentes eran educadas pero hablaban poco y no los perdían de vista. Era innegable, no obstante, que en la expresión de sus rostros resaltaba, sobre todo, la sorpresa.

Philippe bromeaba a menudo con la seriedad que compartían los habitantes de ese país.

—Los agorianos parecéis estar permanentemente enfadados. ¡Deberíais reír más! —le dijo una vez a Cahiel dándole una sonora palmada en la espalda.

El agoriano se había vuelto con expresión sorprendida.

—Puede que los hijos de esta tierra tengamos fama de serios y poco alegres porque siempre hemos vivido a la espera del próximo ataque del Imperio. No tenemos muchos motivos para reír —dijo frunciendo ligeramente el entrecejo.

Pese al carácter taciturno de la mayoría de los soldados, Philippe había seguido charlando con Cahiel regularmente, aunque a menudo era el gigantón quien hablaba y el otro el que escuchaba. De este modo, llegaron a un cierto entendimiento mutuo, casi al germen de una amistad. Aunque los demás agorianos los miraban con desagrado cuando conversaban, él parecía distinto a ellos y era el único que reía abiertamente. También Eldwin había comenzado a charlar con él a menudo.

—Me gusta Cahiel, aunque esté tan triste —le dijo una vez a Alba.

—¿Triste? Puede que tenga un carácter peculiar, pero yo no lo veo triste —le contestó la bruja.

—Está triste —insistió Eldwin.

Cuando paraban en las posadas o en los pueblos, Cedric se interesaba especialmente por la bebida, aunque también comía incluso más que Philippe.

—Veo que tenéis muchas variedades de queso, la mayoría de las cuales no conozco. Vuestro arte en la repostería también es digno de elogio. Pero ¿dónde está la

carne? En estos días apenas hemos probado una buena chuleta —le dijo en una ocasión a uno de los soldados.

—No comemos tanta carne —fue la escueta respuesta del agoriano, que le miró la oronda panza antes de añadir—: No comemos *tanto* como vosotros.

—Es que nos gustan los animales —dijo Cahiel, siempre más extrovertido que sus compañeros.

—Eso es cierto —convino Philippe—. En estos días he visto más perros que en un año entero en el Imperio.

—Nos gusta su compañía —insistió él encogiéndose de hombros—. Y también la de los gatos.

—¡Yo tengo una gata! —anunció Eldwin alzando a Peca, que estaba confortablemente tumbada sobre sus piernas—. Solo tiene un año.

Cahiel se volvió hacia el pequeño y en su rostro se dulcificaron un poco las facciones, pero enseguida arrugó el ceño al mirar a su animal más detenidamente.

—Me temo, pequeño amigo, que eso que tienes ahí no es una gata.

Inmediatamente Isabell abandonó la conversación con Alba y se volvió hacia él.

—No creo que este sea el momento de hablar de estas cosas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el pequeño.

—Por nada, Eldwin, acábate la sopa.

—¡Pero estás hablando de Peca! Quiero saber a qué se refería.

Isabell suspiró y dejó escapar el aire lentamente.

—Está bien, maese investigador, cuéntanos que han visto tus ojos de águila.

El agoriano la miró durante unos instantes, sin saber muy bien qué significaba el tono de la bruja.

—Mira esas patas —dijo al fin—. ¿Dices que tiene apenas un año? Pues son más rollizas y alargadas de lo que debieran. Y la cabeza es demasiado grande para un gato normal.

—Eso se debe a que es una gata salvaje de las Colinas Eternas —anunció Isabell con un suspiro. Al instante, Philippe se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Debo entender que has estado allí? Es un lugar demasiado oscuro para la gente de bien —dijo el inquisidor.

—En eso llevas buena parte de razón —convino Isabell—. Hay pocas cosas allí que no lleven la maldad impregnada hasta lo más hondo, pero las hay.

—Tampoco es un territorio en el que cualquiera pueda sobrevivir —insistió Philippe—. Yo casi no lo consigo, me pregunto por qué tú...

—Pero ¿con quién te piensas que estás hablando? —exclamó Isabell poniéndose en pie—. Ya estás otra vez con tus aires de poderoso guerrero. ¡Te olvidas de que viajas con personas más que notables!

La bruja se marchó hecha una furia ante la estupefacción de Philippe.

—Pero, ¿qué es lo que he dicho esta vez?



Eldwin no hizo comentario alguno, pero alzó a Peca para mirarla más de cerca y pareció susurrarle algo ante su atenta mirada.

Durante la siguiente jornada se internaron por un camino tortuoso que se extendía entre una cadena de montañas. Avanzaron con cuidado, pues la caída tendría al menos veinte o treinta metros en el punto menos profundo.

Pese a que la mañana estaba a punto de convertirse en tarde, no gozaron de demasiada luz. Al otro lado del desnivel siempre había elevaciones que completaban el angosto desfiladero y el sol nunca se llegaba a ver con claridad.

Avanzando por allí se cruzaron con comerciantes, viajeros e incluso en un par de ocasiones con patrullas de soldados que, al ver a la campeona, se llevaban un puño al pecho y la saludaban con admiración.

Para permitir el paso en sentido contrario, se colocaron pronto en fila de a dos, de suerte que Balleria y Cahiel iban justo delante de los dos inquisidores.

—Este parece un camino peligroso —dijo Philippe.

—El paso de Kharos es letal, aunque no para nosotros —respondió la campeona.

—Pero sin duda sí para los que intentaran pasar por aquí sin permiso —apuntó Marc, mirando hacia las cumbres que los contemplaban.

La mujer hizo un gesto de asentimiento y, en un infrecuente esfuerzo comunicativo, señaló un punto sobre su cabeza. Las rocas grises se alzaban de un modo que casi parecían rozar el cielo.

—Hay caminos en las alturas, aunque desde aquí no los veamos. No son fáciles de encontrar, salvo para los que los usan a diario.

—Permitidme aventurar que seguramente sean personas que manejan bien el arco —dijo Philippe.

—Más bien las ballestas, pero sí —dijo ella.

No hubo más palabras de la campeona, por mucho que Philippe intentó entablar conversación, aunque aquello le pareció un verdadero triunfo. Cahiel, en cambio, siempre respondía a sus preguntas y permaneció con ellos hasta que llegaron a una zona en que el terreno se abría bastante, horas más tarde.

—¿Entonces dices que estamos a punto de llegar a Bendición? No me parece demasiada distancia de la frontera si hablamos de la capital de Ágarot. El Imperio podría llegar hasta aquí en poco tiempo.

—De momento no se han acercado más que una vez. Y fueron masacrados —dijo Cahiel.

—*La insidia de Ágarot* —murmuró Marc—. ¿Es posible que te refieras a los hechos que se narran en esa obra?

El soldado asintió antes de adelantarse unos cuantos metros para llegar hasta la vanguardia.

—No deja de asombrarme que vigilen tanto dentro de sus fronteras —murmuró Philippe poco después, señalando hacia unos soldados que montaban guardia sobre una atalaya escondida entre un grupo de árboles.

—No creo que lo hagan de forma gratuita. Recuerda que el brazo de la Orden es muy largo.

—Y si no que se lo digan a Jean —contestó Philippe.

Continuaron cabalgando sin descanso, pues Balleria parecía dispuesta a llegar ese mismo día a Bendición. Poco a poco, Marc se fue retrasando para juntarse con las brujas, pero Philippe se mantuvo obstinadamente cerca de la cabeza de la comitiva. Tan concentrado estaba mirando hacia la campeona que no vio llegar a su padre hasta él.

—Parece que miras mucho a esa moza —dijo Cedric del mismo modo en que hablaría de las nubes en el cielo.

—No me dirás que no es una belleza —respondió Philippe antes de carraspear y sentarse más recto en la silla.

—Guapa y fuerte, sí, pero también agoriana, hijo —dijo mirándole con una ternura que desconcertó al inquisidor.

—Bueno, nadie es perfecto.

—Ah, si tú supieras —respondió Cedric con una risilla.

Philippe se volvió hacia él con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

Cedric compuso una sonrisa ancha que se extendió a través de su barba.

—Verás, hijo, creo que he sido el único de la Orden que ha dejado el servicio. Quiero decir sin morir o hacerse tan viejo como para no ser capaz ni de sostener un cayado.

—Eso ya nos lo contaste.

—Sí, sí, lo sé —respondió Cedric—. Lo que te quería decir es que, después de aquello, salí de Hÿnos antes de darme cuenta de que no tenía ni dinero ni tan siquiera la menor idea de dónde dirigirme. —Philippe compuso una mueca de exasperación—. Como nada me ataba a ningún sitio, simplemente eché a andar.

—¿Esta charla tiene algún sentido o me contarás que estuviste dando vueltas alrededor de Hÿnos?

—Aguarda, ya llego. Verás, hay una aldea al Oeste de Grenz. Es un pueblecito costero, yo ni siquiera lo conocía. Balkherning. ¿Te suena?

—No lo he oído en mi vida —respondió Philippe chasqueando la lengua.

—¿Sabes qué descubrí allí?

—Ardo en deseos de saberlo. ¿Una destilería, quizá?

—No. Bueno, sí, tienen una cerveza bastante decente, pero lo importante es que me encontré con un pueblo lleno de tahlianos enormes, mucho más grandes que cualquier otro en la tercera provincia. No obstante, a diferencia de lo habitual, eran de

tez más bien pálida y el color de sus cabellos abarcaba todos los tonos del rojizo —añadió alzando una ceja.

—¿Me estás diciendo que era un pueblo lleno de primos que se amancebaban entre ellos? —preguntó Philippe con repugnancia—. ¿Acaso insinúas que provenimos de allí?

—¡Eso mismo pensé yo! —contestó Cedric dando una palmada—. Pensé que serían como algunos de esos nobles de Louisant que solo se aparean con los de su sangre para no disminuir su linaje. Me aterrorizó la idea de provenir de una tribu de desviados que no respetan ni la ética más elemental, pero no. Resultó que las gentes de ese pueblo casi nunca tomaban esposa o marido de entre sus vecinos.

—¿Entonces cómo es posible que todos compartieran esos rasgos?

—Me reconocieron como hijo de Balkherning en cuanto llegué —respondió Cedric con una mirada enigmática—. El posadero, que apenas era unos centímetros más bajo que yo, me ofreció una habitación gratis durante unos cuantos días y me lo explicó todo. Al parecer, la semilla o el vientre de aquellas gentes resultan tan fuertes que se imponen ante los de cualquier forastero. Cuando una mujer da a luz un hijo de alguien extranjero, el niño es alto, fuerte y pelirrojo. Cuando un hombre deja encinta a una mujer de fuera, sucede lo mismo. Había allí también gentes que no se parecían a nosotros, pero daba igual que fueran quileños gruñones o habitantes de cualquier otra provincia; su descendencia, si se cruzaba con los lugareños, siempre era alta, fuerte y pelirroja.

Philippe miraba maravillado a su padre por primera vez desde que lo había conocido. Cedric, dándose cuenta de que tenía acaparada la atención de su hijo, se arrellanó sobre la silla y sonrió con satisfacción.

—Algunos ancianos me hablaron de un niño robado mucho tiempo atrás, pero nadie supo decirme nada de mis padres. Al parecer habían desaparecido mucho tiempo atrás —añadió bajando la vista.

Philippe asintió con semblante grave. Todos los inquisidores sabían que no era extraño que los padres de un aspirante desaparecieran si hacían demasiado ruido cuando la Orden tomaba a su hijo.

—¡Bah, pamplinas! —dijo de pronto Cedric, sonriendo de nuevo—. Lo realmente importante es que fue allí donde encontré a tu madre.

Philippe abrió mucho los ojos y sintió como los nervios y una creciente emoción se le agarraban de pronto a la tripa.

—Tenías que haberla visto —dijo Cedric. Sus ojos se habían estrechado por la sonrisa y brillaban a causa de la emoción—. Era hermosa y aguda como el ingenio del Consejero. Tenía una inteligencia prodigiosa y, bueno, mejor que no siga hablando de sus otros dones.

—¡Padre! —exclamó Philippe dándole un coscorrón que habría partido el cuello de un hombre menos robusto.

—Lo siento —dijo Cedric frotándose la nuca. Luego lo miró con los ojos aún más húmedos—. *Padre*. Me gusta como suena.

—Será mejor no te acostumbres —respondió Philippe frunciendo el ceño—. ¿Ella también era... como nosotros?

—¡Nada que ver con nosotros! —dijo Cedric soltando una carcajada—. Y tampoco tenía nada en común con la familia, ya desaparecida, de ese niño que habían robado muchos años antes. Era bajita como un encorvado, delgada como rama de sauce y seria como un ciprés.

—¿No era pelirroja, entonces? —preguntó Philippe.

—Tenía el pelo más oscuro que si llevara cuervos en vez de cabellos.

—No entiendo, entonces, que no me parezca en nada a ella.

—En eso te equivocas —dijo Cedric mirándolo fijamente—. Eres un mozo bien parecido, seguro que las mujeres te encuentran encantador. Tienes los ojos de tu madre y la armonía de sus rasgos, por suerte. Yo nunca fui tan agraciado. Pero mira estos brazos, hijo —dijo tomándole del codo—. Algo debimos hacer bien, al fin y al cabo: no puede haber un hombre más fuerte que tú, ya busques en el Imperio o fuera de él. Y tienes una voluntad indómita, como la mía. ¡Fuerte e indómita! —añadió con una carcajada que intentó sonar más feliz de lo que se sentía realmente—. Llegarás a ser más grande de lo que yo fui nunca. Incluso más de lo que debería haber sido si no hubiera fallado.

—Háblame de ella —dijo Philippe sintiéndose de pronto muy vulnerable.

—Era muy trabajadora y meticulosa con todo lo que se proponía. Hacía bollos y dulces que luego vendía a la gente del pueblo, siempre que tú o yo no nos los comiéramos antes. Te amaba con todo su corazón —añadió mientras su rostro se iba ensombreciendo—. Si llorabas por las noches, ella se despertaba incluso antes de que el quejido abandonara tu garganta. Te cantaba canciones de cuna con una voz dulce que yo no podía ni imitar. Te la quedabas mirando durante minutos, extasiado, y siempre la seguías con la mirada. Puede que yo te hiciera reír cuando jugaba contigo y te alzaba por encima de mi cabeza, pero era a ella a la que buscabas siempre. Supongo que es normal, sobre todo cuando los niños son tan pequeños. No lo sé, nunca tuve la oportunidad de darte un hermano. —La mirada de Cedric había ido cayendo hasta estar fija en la crin de su montura—. Siempre se quejaba de que le dolía la espalda, pero no te soltaba. Si llegabas tambaleándote hasta ella te cogía para abrazarte y frotaba su nariz contra la tuya hasta que soltabas una carcajada. Yo decía a menudo que pesabas más que ella —dijo forzando la sonrisa, pero la voz se le quebró.

Philippe lo observaba notando como esa sensación que tenía agarrada a la tripa se iba transformando poco a poco en algo amargo y doloroso.

—¿Cómo fue su... final?

Cedric sacudió la cabeza como si acabara de despertar y de nuevo lo miró con fingida alegría en el rostro.

—Fueron casi cuatro años hijo, solo eso, pero tan felices y luminosos que compensaron todo lo anterior. Por eso cuando ella... —Nuevamente la voz de Cedric se apagó de forma abrupta—. No pude soportarlo.

—Pero ¿qué es lo que le pasó? ¿Murió por una enfermedad? —preguntó Philippe.

—Ella... murió —dijo sencillamente su padre—. No puedo seguir hablando de esto —añadió haciendo que su montura diera media vuelta para volver atrás.

Sus manos se perdieron entre las alforjas hasta encontrar el pellejo de vino, ya agotado, del que intentó sacar unas últimas gotas. Philippe abrió la boca para insistir en su pregunta, pero luego vio las lágrimas y la expresión de tristeza que tenía su padre y decidió guardar silencio.

Marc, unos metros por delante de él, lo miraba fijamente, pero decidió dejarle solo un rato antes de ponerse a su altura y apretarle el hombro con afecto. Su hermano le estrechó la mano un instante y lo miró con gratitud antes de sacudir la cabeza.

—Nos prepararon para soportar todo tipo de dolor —dijo secándose las lágrimas—, pero este no lo conocía.

Bendición era una ciudad eminentemente pragmática.

A su alrededor, las colinas verdes, y en ocasiones brumosas, se desplegaban como si se tratara de intentos por emular a la Espina del Mundo, que los observaba muy lejana desde el Este.

La capital estaba protegida por una gruesa muralla, alta y con torres de vigilancia cada veinticinco o treinta metros. Su perímetro se hallaba erizado de balistas y tan repleto de matacanes y aspilleras que casi parecían un complicado ornamento que completara las almenas.

El interior escondía una ciudad con una estructura clara, con calles amplias empedradas con adoquines oscuros suavizados por el uso. Tenía altos torreones, templos y jardines pero, tal y como pudo percibir el ojo avezado de los inquisidores, todo en función de un carácter defensivo y funcional.

Para comenzar, se alzaba sobre una elevación del terreno que terminaba de un modo más abrupto que los acantilados que rodeaban Abadía, en Quiles. Allí, al final de la colina, habían erigido la ciudad, de modo que solo era posible llegar a ella desde el Este y el Sur. Intentarlo por cualquier otro punto suponía una escalada incierta y a plena vista de los ballesteros.

En el punto más alto estaba la ciudadela hacia la que se dirigía la comitiva, rodeada por una segunda muralla con aspecto de estar todavía más vigilada que la exterior. Dentro de la misma se alzaba un imponente castillo.

La mayoría de los tejados tenía un perfil anguloso y, aunque ya no se veían indicios de nieve, a ninguno le costó imaginarlos totalmente blancos. En algunas calles el agua corría por cauces tallados a ambos lados que desembocaban en las

alcantarillas. También vieron varios pozos públicos y aljibes elevados. Cahiel les aseguró que la población estaba preparada para sofocar cualquier incendio con rapidez y que nunca tendrían problemas de sequía.

La ciudad en sí no estaba tan poblada como las grandes urbes del Imperio, aunque era innegable que tenía muchos habitantes y que estos vivían de un modo muy organizado.

Una de las cosas que más les sorprendió fue que no oyeron gritos, ni siquiera en el mercado que bordearon. Había una suerte de murmullo constante y suave, matizado a veces por el ladrido de un perro, el canto de los gallos y, en tan solo una o dos ocasiones, por el llanto de un bebé. En cambio les resultó frecuente el sonido de instrumentos e incluso al entrar en una plazuela oyeron como un laúd acompañaba el canto sereno de dos hombres.

En su camino hacia la parte alta pasaron ante el patio de un gran edificio donde no menos de cien muchachos corrían o practicaban con espadas de madera. Aquello trajo recuerdos del Monasterio a los inquisidores, aunque aquellos jóvenes no parecían estar sufriendo.

—Me resulta triste que incluso los niños tengan que vivir con tal seriedad desde tan jóvenes —dijo Philippe.

—Puede que estos pequeños no se puedan permitir la alegría de otros —respondió Marc—, pero no deja de ser trágico que además tengan que sufrir instrucción desde una edad tan temprana.

—Eso no es una academia militar, sino una escuela, y te aseguro que en Ágarot la educación se considera un privilegio. Pero es cierto que aquí todos los ciudadanos se preparan para la guerra, es parte de la enseñanza —les dijo Cahiel—. Todo ciudadano debe recibir formación y estar listo para ser llamado a filas al menos hasta los treinta años. Si es soldado profesional, incluso más allá.

Los inquisidores asintieron, impresionados.

La hoja de roble era otra constante en Bendición. Muchas puertas la tenían grabada en los remaches o tallada en la madera. Los templos no eran tan exuberantes como en el Imperio, pero tenían una belleza sobria y las gentes que los visitaban lo hacían con gesto respetuoso.

—No se puede comparar ni con el tamaño ni con la magnificencia de Hÿnos —murmuró Philippe con la boca abierta—, pero tiene algo que le aporta mil veces más dignidad.

—Puede que se deba a que todo lo que ves aquí es auténtico y no está en función del adorno vacío o la ostentación —respondió Isabell que, pese a su carácter, también parecía impresionada.

Tal y como decía la bruja, era innegable que las gentes de la capital de Ágarot no hacían alardes de riqueza ni poder, pero tampoco se les pasó por alto que no vieron ningún mendigo por las calles.

Balleria los condujo hasta la misma puerta de la ciudadela, donde un pequeño grupo de soldados vigilaban el acceso. El teniente que estaba al mando la saludó con sumo respeto. Tras él había un hombre encapuchado que vestía armadura de cuero, dos ballesteros y otros cinco soldados que mantenían las espadas desenvainadas. En la parte superior de la muralla unos cuantos tiradores los observaban con atención.

La campeona cruzó unas cuantas palabras con el oficial y este se apartó para dejarla pasar. Pero en ese momento, el hombre de la capucha le cogió del codo y le susurró algo al oído. Al momento, el teniente se volvió hacia Neva.

—No permitiremos que esa chiquilla vague por Bendición. La llevaremos a los calabozos hasta que se decida qué hacer con ella.

Marc se adelantó inmediatamente.

—No podéis hacer eso. Balleria, por favor, diles que no hay ningún problema con Neva.

—Soy consciente de vuestro vínculo y es cierto que parece mostrarte obediencia, pero no puedo apoyar que esté suelta por aquí —respondió la mujer.

—Entonces la dejaré en el campo —dijo Marc.

—Una bestia como esa no puede andar suelta amenazando a nuestro pueblo —repuso el encapuchado.

—Vuestras gentes están igual o más seguras con ella ahí fuera. No es un peligro para nadie.

—Podría ponerse nerviosa o matar ganado —dijo Balleria—. En el mejor de los casos.

—No lo hará. Tú lo sabes.

Balleria lo miró con el mismo rostro inexpresivo de siempre.

—Lo siento. No podemos dejar que se mueva libremente cerca de nuestros gobernantes. Debes entenderlo.

—No lo permitiremos —añadió el teniente y, a un gesto suyo, varios guardias se adelantaron desde atrás.

—Entonces yo tampoco entraré en esta ciudadela. Me quedaré con ella allá donde preferáis —gruñó Marc con un gesto de rabia.

—Sin ánimo de ofenderte, no estás en posición de imponer nada —repuso Balleria con suavidad.

Hubo un instante de silencio lleno de tensión hasta que Alba dio un paso adelante y puso la mano sobre el hombro de Marc.

—Creo que debemos entender sus reticencias. Es justo que Neva esté custodiada hasta que nos presenten formalmente a sus gobernantes. Seguro que entonces dejarán que nos acompañe como hasta ahora.

Marc se volvió hacia ella con una mueca de decepción.

—Nos salvó la vida. Sabes lo que sufre en los espacios cerrados, recuerda Stromferst.

—Sí, lo sé, pero ellos no la conocen y no me negarás que es una criatura especial, distinta a todo —respondió ella tratando de ocultar lo que le dolía su mirada—. Marc, estamos en su casa, debemos acatar sus normas.

Hubo un momento de duda hasta que el inquisidor apretó los dientes y se volvió hacia Neva para susurrarle algo al oído. La loba gimió y comenzó a agitarse con nerviosismo, pero Marc la tomó del brazo sin dejar de musitarle palabras tranquilizadoras.

—Conducidnos a los calabozos, yo la acompañaré. Concédeme eso al menos —le dijo a Balleria.

La campeona asintió y al momento unos cuantos soldados se adelantaron para mostrarles el camino.

—¿Seguro que Neva estará bien? —le preguntó Eldwin a Isabell con gesto preocupado.

—Eso espero —contestó la bruja—. No le gusta estar en lugares cerrados, pero deberá hacer un esfuerzo. Estas gentes no nos conocen y, hasta que no se aseguren de que no albergamos malas intenciones, es bastante razonable que le impidan corretear por ahí.

Eldwin asintió, pero cuando comenzó a escuchar los gritos de la loba su rostro fue entristeciéndose hasta el llanto.

Marc tardó casi media hora en volver hasta donde esperaban sus compañeros y, cuando lo hizo, fue acompañado por los desesperados gritos de la loba, que sonaban en la lejanía.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Philippe.

—¿No lo oyes? Ya viste en Stromferst lo que supone esto para ella. Trasládalo a una pequeña celda sombría y tendrás la respuesta.

—La tratarán bien y le darán agua y carne —aseguró Balleria—. Permanecerá encerrada hasta que el Dolente decida qué hacer, pero no se la dañará en modo alguno.

Marc la miró con amargura, pero no contestó.

Los condujeron por la calle principal de la ciudadela hasta el castillo que ya habían visto de lejos. Una vez dentro, los hicieron pasar a una sala directamente desde el patio de armas. Sobre una mesa encontraron fruta recién partida, unas pastas de almendras y agua fresca.

—Maldición —dijo Cedric en cuanto entraron—. Comida de cabras y agua en vez de vino. ¡Carne y un buen pellejo de ese tinto que hacéis aquí es lo que me gustaría! —exclamó mirando a Balleria por encima del hombro mientras cogía un par de pastas.

—Por favor. Compórtate —siseó Philippe, tan rojo que la piel de la frente se le confundía con los cabellos.



—Tranquilo —dijo Balleria con un levísimo acento desdeñoso en la voz—, nos han hecho pasar aquí porque nos esperan, pero luego te darán toda la comida que te apetezca.

—Lo creeré cuando lo vea —respondió Cedric que, pese a sus quejas, estaba comiendo fruta a dos carrillos.

En ese momento se dieron cuenta de que una puerta disimulada entre los ornamentos de la pared se abría hacia afuera y una mujer entró a la sala.

—¡Aileen! —exclamó Isabell nada más verla.

La recién llegada era alta y hermosa, pero lo que más llamaba la atención era la melena que le cubría la espalda, de cabellos tan claros y radiantes como los de Marc. Estaban adornados por dos pequeñas trenzas que le rodeaban la cabeza hasta encontrarse en la nuca y una sencilla banda de oro.

Su rostro poseía unos rasgos bellos y delicados que conformaban una expresión regia y ligeramente altiva. Los ojos, osados y penetrantes, eran tan verdes como los de Alba. Lucía un lujoso vestido de tonos ocres en los que habían bordado una lágrima de color azul en el pecho y unas suaves líneas en verde que realzaban su figura.

—Balleria. Gracias por traerlos aquí —le dijo a la campeona, que se inclinó ante ella.

—Siempre a sus órdenes, mi señora.

—Isabell —dijo entonces suavizando el gesto y con la voz cargada por la emoción—. Hacía muchos años que no te veía. Demasiados.

—Sin duda demasiados —respondió Isabell y las dos mujeres se abrazaron entre lágrimas.

—Y tú debes de ser la pequeña Alba —dijo Aileen cuando se separó de ella—. Siempre quisimos bien a tu madre en estas tierras. Sé bienvenida —añadió dándole un caluroso abrazo—. Eldwin —dijo entonces, acariciando el cabello del niño, que le dedicó una sonrisa—. Espero que tengamos tiempo de charlar con calma, me han dicho que eres un jovencito encantador.

—Cuando usted quiera. ¡Estoy aprendiendo agoriano!

—Oh, ¿sí? *Entonces hablaremos en agoriano* —dijo Aileen con fluidez en el idioma del Norte.

Entonces se volvió hacia los hombres. Los miró durante unos instantes hasta que sus ojos se detuvieron en el menos fornido de los tres.

—Marc —dijo sin ninguna duda.

El inquisidor le dedicó una levísima inclinación de cabeza sintiendo como algo se removía dentro de él, un conocimiento antiguo y profundo que, quizá, no obedecía solo a la memoria. Justo en ese momento se dio cuenta de las ojeras que marcaban el rostro de la mujer y las venillas rojas que decoraban sus ojos.

—Ya habrá tiempo para hablar más tarde. Me alegro mucho de que estéis aquí. Os llevarán ante el Dolente y luego podréis ir a descansar a vuestras habitaciones. Yo

debo irme.

—¿Nos recibirá entonces? —preguntó Isabell esperanzada.

—Sí. El momento es complicado para Ágarot, pero ha ordenado que os presenten ante él. Quiere conocer cuanto antes los detalles de vuestra misión y las noticias que traéis.

—¿Illya? —preguntó en ese momento Balleria con una suavidad en la voz que no le habían escuchado hasta entonces.

Aileen asintió con tristeza y sus ojos se llenaron de brillos, pero se recompuso con rapidez.

—Tengo que pedirte algo, amiga mía —dijo como si recordara algo de repente.

—Cualquier cosa, mi señora —respondió ella llevándose una mano al pecho.

—He dado órdenes para que se los aloje confortablemente. Les prepararán un baño y ropas limpias. Después quiero que los conduzcas al funeral.

—¡Pero mi señora! Eso es algo que...

—Quiero que estén allí —repitió Aileen con un gesto amable, pero sin vacilación—. Siento un enorme cariño por algunos de estos visitantes.

—Como ordenéis. Lo siento mucho, mi señora.

—No tienes que decir nada. Sé que su muerte te duele tanto como a nosotros. Nos veremos luego —dijo entonces dirigiéndose a los demás a modo de despedida.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Alba cuando Aileen se fue.

Balleria mantenía su expresión de siempre, pero los ojos se habían clavado en el suelo y parecía ensimismada. Incluso Cahiel rompió la disciplina para adelantarse de entre los demás soldados y apretarle afectuosamente el hombro.

—La hija de Dolente y Aileen acaba de fallecer, como me temía —dijo ella al fin, tomando afectuosamente la mano del soldado—. Era la única que les quedaba.

El silencio cayó sobre los presentes como una losa.

—No parece que hayamos llegado en el mejor momento —murmuró Cedric apartando la comida que estaba a punto de comer.

—Nos habíais dicho que existían ciertos contactos entre las brujas y Ágarot, no que su reina fuera íntima vuestra —susurró Philippe cuando los condujeron fuera de la sala.

—La última vez que la vi no era reina —respondió Isabell con mirada dubitativa.

—Pero ¿quién es esa mujer? —preguntó Marc—. Sentí algo extraño al verla.

—Antaño fue un miembro muy destacado de nuestro colectivo, pero hace tiempo que se marchó —respondió Alba—. Casi no recordaba sus rasgos.

—Vino para ser algo parecido a una embajadora —añadió Isabell—. Está claro que su trabajo ha dado paso a algo muy distinto.

—Será mejor que no cuchicheéis en presencia del Dolente —dijo entonces Cahiel—. No creo que sean las mejores condiciones para esperar que se muestre indulgente.

Los compañeros asintieron y guardaron silencio. Un anciano de rostro amable se ofreció a quedarse con Eldwin antes de que llegaran ante el dirigente de Ágarot y, pese a la aprensión que le producía a Isabell que los separaran, terminó accediendo.

—No tienes nada que temer aquí —le dijo Balleria—. No sufrirá daño alguno, tienes mi palabra.

—También la mía —dijo el hombre ofreciéndole la mano a al niño a modo de saludo.

Lo primero que sorprendió a los extranjeros fue la sobriedad de la estancia en la que Dolente los recibió. La pared tras la que se situaba el escritorio estaba cubierta por el mapa más grande y completo que hubieran visto jamás. En él se detallaban pueblos, montañas, ríos y bosques tanto de Ágarot como de Uruth y el Imperio.

Las paredes que hacían ángulo con el mural estaban repletas de libros. Solo había un par de huecos entre las estanterías, ocupados por una hermosa talla de mármol con la forma del Símbolo y, enfrente, una armadura semejante a la de Balleria. No había nada más que decorara la estancia.

El hombre que estaba sentado ante el escritorio tenía un rostro grave. A Marc le recordó enseguida a Adler por las dos arrugas que nacían cerca de las aletas de la nariz y terminaban un poco más allá de las comisuras de los labios. Le aportaban la misma expresión de severidad que al veterano inquisidor.

Llevaba una túnica ceñida a la cintura que ocultaba parcialmente los pantalones de cuero oscuro. Tenía el cabello peinado hacia atrás y una corona sencilla y delgada, poco más que una diadema, le adornaba la frente. Las abundantes hebras blancas acentuaban el matiz de tristeza de su expresión y las arrugas en las que se había fijado Marc parecían ser columnas que anclaran la seriedad permanentemente a su rostro. Puede que hubiera también un gesto de dolor ansiando aflorar.

El Dolente siguió escribiendo con una pluma sin levantar la vista hasta que Balleria cerró la puerta. En ese momento, Cahiel se adelantó con pasos enérgicos para darle un sentido abrazo que se prolongó durante largos segundos. El gobernante de Ágarot le palmeó la espalda con afecto para después secarle las lágrimas con los pulgares. Cahiel se pasó el dorso de la mano por los ojos y volvió hasta donde estaba Balleria, que le agarró la mano tratando de confortarle.

Mientras, el Dolente alzó el pergamino sobre el que había estado trabajando y sopló con suavidad. Una caligrafía elegante y cuidada de caracteres Agorianos quedó la vista de todos. Los rabillos descendentes de las letras eran muy acentuados, casi como la lágrima que llevaba en un broche encima del corazón.

—«Todos tenemos, al fin y al cabo, la necesidad de perpetuarnos» —dijo con un tono grave pero suave, sin apartar todavía la vista del manuscrito—. «Si no a través de los descendientes, a través de nuestra obras en esta tierra». —La voz sonaba contenida, como queriendo pronunciar muy bien las palabras—. Yo ya no tengo hijos por culpa del Imperio y los inquisidores —dijo clavando en ellos los ojos, pero sin cambiar un ápice la entonación—. Vosotros dos y ese desecho que os acompaña no

gozáis de la más mínima consideración aquí —dijo señalando con la barbilla a Cedric—, pero vuestras acompañantes, en cambio, merecen la máxima dignidad y, al contrario que el Imperio, Ágarot siempre ha sido prudente. Entended esto antes de que comencemos: no siento por vosotros nada más que el odio más intenso que un padre pueda albergar.

—¿Debemos entender que ha sido la Orden la que ha acabado con vuestra hija? Acabamos de escuchar que ha muerto recientemente —preguntó Philippe.

Dolente se volvió hacia él con fuego en la mirada.

—Hace años un inquisidor llegó hasta donde nuestras hijas pasaban el verano y envenenó la comida de toda una mesa para matarlas. Sé fehacientemente que sus órdenes eran asesinar a mi hija pequeña pero, por desgracia, mi otra hija también probó el veneno.

—Jean —susurró Marc abriendo mucho los ojos—. ¿Decís que ha estado desde entonces luchando contra la muerte?

—Seis años. Casi seis años de agonía; de lucha por sobreponerse, solo para esto —dijo el Dolente.

Marc no pudo evitar preguntarse qué tipo de coraje sería necesario en un hombre para soportar con tanta entereza la muerte de un hijo.

—Y bien —dijo entonces alzando la cabeza e irguiéndose sobre la silla—. ¿Qué es lo que queréis de Ágarot? ¿Cuál es la misión que mencionó Fortes antes de dejar el liderazgo de vuestro Consejo?

—Mi señor, en primer lugar sentimos profundamente vuestra pérdida —dijo Isabell adelantándose un paso—. Os acompañamos en el dolor y estamos a vuestro servicio si algo podemos hacer para aliviarlo. —Dolente asintió—. Pero tenéis que saber también que no hay en esta sala nadie que mantenga la más mínima vinculación con el Imperio —dijo con vehemencia—. Todos los que estamos aquí hemos renegado de las raíces que pudiéramos tener en el orden del Emperador, si es que alguna vez las hubo.

Dolente torció ligeramente el gesto, pero no contestó.

—La misión que nos ha traído hasta aquí es doble —dijo entonces Alba, saludando con una inclinación de la cabeza—. La primera parte es sencilla de exponer pero sumamente delicada en su contenido.

Dolente frunció el entrecejo e hizo un gesto a los soldados. Todos salieron sin una sola palabra, salvo Balleria y Cahiel.

—El niño que nos acompaña desde Seléin ha de ser protegido a toda costa y en tierras del Imperio ya no podíamos garantizar su seguridad —dijo entonces la bruja—. Por eso nuestro Consejo os pide ayuda.

—El niño puede quedarse aquí. Os aseguramos que lo protegeremos con toda nuestra capacidad, pero, ¿por qué es tan importante?

—Nos fue enviado por el Creador —dijo Isabell sin dudar—, aunque todavía no sabemos por qué.

Dolente esperó un instante a que la mujer añadiera algo más pero, viendo que no pretendía hacerlo, asintió lentamente. Daba la impresión de que sus palabras no le resultaban del todo satisfactorias.

—Y, ¿en cuanto a esa segunda parte de la que hablabais?

—Traemos noticias —dijo entonces Alba, sin poder evitar que su voz sonara emocionada—. Noticias sorprendentes y de esperanza.

—Ah, sí. Ya sé lo que se cuenta en el Imperio. Sé lo de ese supuesto heredero —dijo señalando a Marc—. Dicen que es un inquisidor traidor al que acompaña otro, también renegado. Y también he oído acerca de esas inquietantes noticias del Sur. ¿Es eso lo que habéis venido a contarme, que hay un supuesto hijo del Emperador que nos es favorable?

—Me atrevería decir que hay cuestiones al menos tan más importantes como esas, posiblemente más, de las que quizá no hayáis tenido noticias —dijo Alba.

Dolente entrecerró los ojos mientras la bruja alzaba el escudo que llevaba envuelto en una tela.

—Esta defensa fue forjada en tiempos remotos. La hallamos en la verdadera tumba de Lám, donde reposaban también los restos del Compañero, en Quiles. Ved lo que muestran sus relieves —dijo acercándose—. Son los hechos, tal y como nuestras sociedades los conocen. Desvelan la mentira del Imperio.

Dolente tomó el escudo que le ofrecía y lo contempló con detenimiento. Entonces Isabell sacó la otra reliquia.

—Esta es la Siempreverde —dijo adelantándose también—. Alba y Marc la encontraron en el mismo sitio.

En esa ocasión incluso Balleria mostró sorpresa.

—Siempre permanece fresca y el fuego no puede dañarla —añadió la bruja.

—No estaba en la cripta de los emperadores de Hÿnos —dijo entonces Philippe—, os lo puedo asegurar. Tampoco Lám ni el Primero. Son otras mentiras desveladas.

Dolente estuvo largo tiempo contemplando la Siempreverde antes de romper el silencio.

—¿Qué proponéis hacer con todo esto?

—¡Está claro! —exclamó Philippe alzando el puño de un modo que hizo que Balleria echara mano a la espada instintivamente—. ¡Debemos atacar al Imperio y mostrar a sus ciudadanos la verdad!

Dolente apartó los ojos de la reliquia para volverse hacia él con un desprecio no disimulado.

—¿Te refieres a atacarlo con mis hombres?

—¡Por supuesto! Levantaos ante su tiranía y reclamad la libertad. Nosotros estaremos a vuestro lado para...

—¡No! —gritó Dolente poniéndose en pie con asombrosa rapidez. Su rostro se congestionó mientras toda la rabia que había contenido hasta ese momento se

desbordaba—. ¡No abocaré a mi gente a una guerra suicida solo porque un par de inquisidores pagados de sí mismos me lo propongan! Suficiente es ya que consienta aquí vuestra presencia. Solo con eso ya nos estáis poniendo en peligro. ¿Quién os creéis para venir a reclamar la movilización de nuestros ejércitos? ¡Vosotros, que nos habéis atacado una y otra vez, corréis ahora como perros lastimeros a refugiarnos en el país que habéis maldecido toda vuestra miserable vida! ¡Vosotros, que matasteis a mis hijas!

Tan potente fue la Voluntad que se desplegó en la sala que incluso Balleria dio un paso atrás ante el arrebató del Dolente y los soldados del exterior entreabrieron la puerta para asegurarse de que su señor estaba bien.

El agoriano, ajeno al desasosiego de sus hombres, seguía mirando a Philippe con los ojos echando chispas. A su voz había seguido un silencio que nadie parecía dispuesto a romper para no provocar de nuevo su ira.

—Mi señor —dijo entonces Isabell con suavidad—, puede que nuestro compañero se haya expresado torpemente. No cabe duda de que debemos estudiar la situación con tranquilidad, puesto que es nueva en toda la historia que conocemos. Pero hay otra cosa que deberíais valorar.

—¿Y qué sería? —preguntó Dolente tratando de contenerse—. ¿Qué eso que tan torpemente estoy olvidando?

—El niño —respondió ella.

Dolente resopló y dio un manotazo al escritorio.

—Nos fue enviado por el Creador. Tenemos motivos para pensar que será determinante en el devenir de la situación.

—¿El Creador os dijo eso? —preguntó él sin disimular su impaciencia—. ¿Bajó de las estrellas para decíroslo en persona? ¿Y de qué modo nos ha de ayudar esa criatura?

—No lo sabemos —reconoció ella.

—Empiezo a estar cansado de susurros, misterios y de esas profecías vuestras que nunca se cumplen. Os aseguro que ya he tenido suficiente de todo eso para el resto de mi vida.

—Mi señor —dijo Alba—. Vos sabéis que el Altísimo ya se ha comunicado otras veces y su voz nunca suena en vano. Lo hizo cuando nos puso tras la pista de los libros o cuando se nos reveló la figura de Marc.

—Y todo eso ¿de qué ha servido? —preguntó Dolente—. El Imperio sigue golpeando una y otra vez a mi pueblo, como las olas a los acantilados; sigue exigiendo su tributo en vidas.

—Tenemos al hijo del Emperador y la Siempreverde. Todo apunta a un cambio.

—¡Un hombre y una rama! ¡Eso es lo que tenemos contra el Emperador y sus legiones! ¡No necesitamos baratijas, señora mía, necesitamos hombres! ¡Y un milagro!

—No deberíais desdeñar de forma tan estúpida el poder de los símbolos —dijo Marc de pronto.

Cahiel ahogó una exclamación y Dolente se giró hacia él con furia en el rostro. Por un instante todos temieron que aquellas palabras pusieran fin a su aventura en Ágarot.

—Nadie te ha dicho mi nombre ¿verdad? —preguntó Dolente rompiendo el silencio con un siseo—. Pocos lo conocen, porque al acceder al cargo que ostento mi vida pasada quedó atrás. Ahora solo existe la responsabilidad de gobernar de la mejor manera posible. Vuestro Emperador copió esta tradición hace mucho tiempo, pero ¿sabes por qué el gobernante de todo Ágarot se llama Dolente? No es rey, ni emperador, solo Dolente, porque sentimos cada herida que infligen a nuestro pueblo, cada gota de sangre que se derrama. Dolente es el cargo y, a la vez, el nombre que nos define. Y ahora, ¿te vas a atrever a darme clases de mando, inquisidor?

Marc le sostuvo la mirada unos segundos antes de responder.

—Nada más lejos de mi intención. Pero creo que os estáis equivocando al valorar estos elementos. La Siempreverde podría resultar más útil que mil espadas.

—¡Su poder consiste en permanecer fresca en una cripta durante siglos! ¿De qué nos sirve eso?

—Sirve para demostrar que el Emperador es un embustero. Sirve para sembrar la duda, para demostrar que nosotros tenemos razón; que él es el peor de los males; que probablemente el Primero no es el Piadoso, sino el que, como mínimo, se aprovechó de la muerte de Thomenn. —Marc dio un paso adelante y habló con mayor vehemencia aún—. Si algo hace bien el Emperador es utilizar los símbolos. Creedme, lo sé bien: luce una magnífica armadura dorada; el Embajador lo declara señalado por el Altísimo siempre que tiene oportunidad. Pero si conseguimos que las gentes del Imperio vean que todo eso es una farsa, le habremos asestado un golpe más fuerte que con cualquier ejército.

Alba se había vuelto hacia él con emoción en el rostro, pero Dolente guardaba silencio.

En ese momento entró un hombre en la sala y le susurró algo al oído. Él asintió y suspiró.

—He de irme ahora. Volveremos a hablar —dijo antes de marcharse—, pero hay algo que os aseguro. No me tomo a la ligera lo que me habéis contado, ya os he dicho que Ágarot es prudente. Esto es demasiado importante para que decida qué hacer yo solo. Lo trasladaremos a la junta de gobierno.

—¿Junta de gobierno? —preguntó Philippe antes de que Dolente saliera por la puerta.

El agoriano se detuvo un instante y se volvió hacia él. Su rostro lucía de nuevo la misma expresión de desprecio que al comienzo.

—Sí, inquisidor. ¿No lo sabíais? Aquí consultamos a nuestro pueblo antes de decidir las cosas importantes.

—Creo que no ha ido demasiado mal —dijo Alba en cuanto los condujeron afuera.

—¿Seguro? A mí me ha parecido que le encantaría cortarnos la cabeza y exhibirla en la frontera. Por lo menos a nosotros —dijo Cedric, que se había mantenido sorprendentemente en silencio hasta entonces.

—No lo dudes —dijo Isabell—, pero es un hombre inteligente y razonable. El hecho de que vaya a presentar el asunto a la junta es señal de que se lo toma en serio.

Eldwin los estaba esperando sonriente junto al anciano, que se encargó de que los condujeran a unas habitaciones en las que ya estaban preparando unas bañeras con agua tibia.

—Tenéis algo más de una hora —dijo Balleria antes de despedirse de ellos—. Vendré a buscaros antes de que las campanas anuncien la ceremonia.

—Me gustaría ver a mi amiga antes de tenderme a descansar, esa a la que habéis alojado amablemente en los calabozos —dijo Marc, que no parecía haber salido de buen humor de la reunión con Dolente.

Balleria le dedicó una mirada que se fue afilando antes de asentir.

—Está bien, sígueme —dijo al fin.

—Será mejor que yo también os acompañe —murmuró Philippe echando a andar tras ellos.

Mucho antes de llegar abajo comenzaron a oír los gemidos de Neva. Marc gruñó, pero se contuvo para no salir corriendo. Sin embargo, cuando llegaron a los calabozos no pudo soportarlo más y adelantó a la campeona para lanzarse sobre la puerta de la celda. Por la estrecha ventanilla de inspección vio que la loba estaba aterrorizada y se movía constantemente de una pared a otra.

—¿No podríais, por piedad, meterla en un recinto más grande? —preguntó señalando un espacio rodeado de barrotes que parecía diseñado para albergar a varias personas.

—Tengo órdenes —contestó uno de los carceleros con gesto hosco.

—Órdenes de torturarla —masculló Marc.

—Nadie la va a torturar. Todavía no, al menos —añadió el hombre con una media sonrisa.

Philippe se adelantó de golpe antes de que pudiera hacerlo Marc, pero la mano de Balleria en su pecho lo detuvo al instante. El gigantón se volvió hacia ella, sorprendido, y todavía con una expresión amenazante. La mirada gélida de Marc, a unos pasos de él, no parecía menos peligrosa.

—Métela en la celda grande —dijo la campeona con voz suave—. Y dale carne para comer.

—Pero mi señora, es una prisionera...



—Yo respondo por ella —dijo Balleria—. Y tú, inquisidor, asegúrate de que no hace ninguna estupidez.

El carcelero asintió y fue a coger las llaves.

Marc entró en la celda en cuanto la abrieron y abrazó a la loba hasta que se tranquilizó un poco. Entonces atrajo su cabeza hacia él y la acompañó hasta la otra estancia sin dejar de susurrarle al oído.

—Neva, tranquila. Te vamos a llevar un sitio un poco mejor —dijo mientras la loba gemía débilmente—. Estoy muy orgulloso de ti, pero tienes que aguantar todavía un poco más.

Neva lo miró a los ojos y gimió con más fuerza. Luego pegó de nuevo la cabeza contra el pecho de Marc y se restregó contra él entre lágrimas.

—A veces parece más humana que algunas personas —murmuró Philippe.

Balleria asintió, aunque sus ojos estaban fijos en Marc.

—Es un buen hombre —dijo.

—Sí que lo es —dijo Philippe sin poder evitar los recuerdos de aquella noche en que cazaron bandidos—. Es una de esas personas que uno se enorgullece de llamar amigo.

—Tienen una curiosa relación.

—En eso no puedo más que darte la razón. Y lo más curioso de todo es que no sabíamos nada de ello hasta hace unas semanas. Nunca lo había visto así con nadie. La trata casi como si fuera una hija.

—Me gustaría quedarme con ella un rato —pidió entonces Marc volviéndose hacia Balleria—. Estaré listo para acompañaros al funeral, pero permite que me quede unos minutos. Se lo merece.

Balleria reflexionó unos segundos antes de asentir. Entonces les dijo unas palabras a los carceleros en voz baja y se marchó escaleras arriba.

—Yo también os dejaré solos, hermano. Quién sabe lo que podría conseguir en los oscuros pasillos de estas mazmorras —añadió con una risilla.

Marc asintió, ausente, y se sentó junto a la loba, rodeándola con el brazo.

—Bueno, esto no está tan mal, ¿eh? —dijo acariciándole el pelo.

Neva se agachó hasta quedar acurrucada contra él, con la cabeza oculta en su regazo.

—Mira —dijo él señalando hacia los lados—, no es como los bosques de Quiles o Selén, de acuerdo, pero al menos es más grande que ese cuartucho de antes y los barrotes siempre serán mejor que los muros húmedos, ¿no es cierto? Además, ahí tienes un ventanuco por el que entra la luz y podrás ver qué pasa afuera.

Neva alzó un poco la vista y lo miró fijamente a los ojos. Parecía haber una expresión de reproche en su rostro. El ventanuco al que se refería Marc era poco más que un estrecho tragaluz lleno de suciedad.

—Sé que para ti esto es muy duro, pero hay que ser fuertes. Ya te conté lo de aquellas semanas que pasé en un cuarto incluso más pequeño que el de antes,

¿verdad? —la loba no mudó su expresión—. Y tú misma has estado oculta en sitios peores, ¿o ya se te ha olvidado?

Las cejas de Neva descendieron ligeramente y su mirada se desplazó hacia arriba, como si recordara.

—Estuviste en aquella cueva sucia y oscura dos días enteros para que no te encontraran. Lo hiciste porque era lo que tenías que hacer. Esto es parecido. —Neva bufó y se apartó un poco—. Ven —dijo Marc atrayéndola de nuevo hacia su pecho—, no estarás mucho aquí. Y ese hombre ha prometido traerte comida decente. En poco tiempo nos marcharemos tú y yo a explorar esos bosques de ahí fuera, te lo aseguro.

Marc permaneció allí todo el tiempo que pudo pero, cuando se marchó, Neva se quedó inmóvil en el mismo rincón, triste y sin levantar la vista.

El templo al que los acompañaron no se podía comparar con la Catedral, pese a ser el más importante de todo Ágarot.

Las líneas resultaban más claras que en las construcciones de Hynos y no tenía, ni de lejos, tanta profusión ornamental. La fachada mostraba relieves labrados en la misma piedra basáltica que se había usado en su construcción. Eran figuras sencillas, vestidas y retratadas con naturalidad que ilustraban algunos de los pasajes más famosos de la vida de Thomenn. Sin embargo, no había allí ninguna referencia al Primero o al tormento del Salvador. Los hechos más comunes se mezclaban con la historia de Ágarot y algunos de sus más destacados personajes. Solo las tallas que parecían más modernas recogían el símbolo de la lágrima.

El interior, a diferencia de la austeridad de afuera, resultaba cálido y acogedor. Las lámparas y los candelabros aportaban luz suficiente para ver hasta los rincones más escondidos de las cúpulas.

Las paredes estaban adornadas con frescos, tallas y estatuas. Sobre el altar colgaba un Símbolo que parecía estar hecho de madera noble con remaches de oro y plata que simulaban las vetas.

La muchedumbre llenaba ya los bancos, que estaban forrados con tela suave y mullida. También las balconadas se veían repletas, pero ninguno de los forasteros pudo adivinar delimitación alguna según la clase social. Apenas había diferencias en la vestimenta de las gentes, salvo los ocasionales atuendos de los soldados. Había quien llevaba túnicas similares a las de los eruditos que poblaban las bibliotecas del Imperio y también los sacerdotes eran fáciles de identificar, pero el resto apenas llevaba ningún tipo de distinción en forma de joyas o ropajes.

Pese a que el templo estaba lleno a rebosar, apenas se oía más que un tenue rumor formado por la suma de los murmullos respetuosos de los presentes. Sin embargo, cuando Dolente y Aileen entraron por un pasillo lateral se hizo el silencio de un modo tan absoluto y repentino que a Marc se le puso el vello de punta. No se oía ni siquiera la voz de los niños o las toses de los mayores. Únicamente los pasos amortiguados de

los padres de Illya y sus familiares más directos resonaron en el espacio hasta llegar a un sencillo banco que había frente al altar, donde esperaba el féretro. Solo entonces se levantó uno de los sacerdotes que rodeaban el ábside y se acercó a ellos para abrazarlos afectuosamente uno por uno. Lo único que lo diferenciaba de los demás era el báculo de madera que llevaba en una mano y el Símbolo de bronce que colgaba de su cuello.

—Hoy despedimos de esta tierra llena de pruebas y dolor a una hija de Ágarot; a una joven con tanta luz que llenó de alegría esta tierra durante años; a la guerrera que, pese a la fuerza que demostró en su lucha contra el veneno, acabó por perecer mucho antes de lo que le correspondía —dijo el sacerdote cuando se situó tras el altar, dando así comienzo a la ceremonia.

Marc se dio cuenta pronto de que la mayoría de los agorianos que podía ver tenían ya los ojos brillantes o incluso lágrimas corriendo por la cara. No había allí rostros en éxtasis o cubiertos por muestras de un dolor teatralizado, como solía suceder en las ceremonias de Hÿnos. Los presentes tenían la mirada fija en el sacerdote y recitaban las fórmulas como si realmente fueran muy sentidas.

Al volver de nuevo la vista al frente, el inquisidor reparó en que todos los sacerdotes llevaban túnicas muy sencillas, con un Símbolo de madera colgado al cuello. Vestían sobriamente y solo unos bordados de color verde adornaban en algunas ocasiones su atuendo. La pedrería o el hilo de oro que acompañaba siempre la ropa del Embajador parecería allí fuera de lugar.

De repente, en medio del ensimismamiento de Marc, todos los presentes se levantaron. Sin que mediara señal alguna, unos comenzaron a cantar una sobria melodía y, a los pocos segundos, otros tantos se les unieron. Todavía hubo otras dos secciones más que se sumaron al conjunto hasta que todos los asistentes a la ceremonia entonaban distintas líneas melódicas con emoción.

—Es agoriano antiguo —susurró Philippe—. He entendido algunas palabras. *Rel Galad, Thomenn, Ágarot*, pero poco más.

Marc no contestó. De nuevo tenía el vello erizado y, pese a que nunca había visto a la joven Illya, se sentía conmovido y con los ojos ardiéndole.

—Jamás había visto una muestra de emoción colectiva como esta —acertó a decir.

La ceremonia continuó hasta llegar al momento en que el sacerdote que la dirigía se adelantó para ofrecer el agua a los familiares de la joven. Dolente se levantó e inclinó la cabeza con sumo respeto, manteniéndola así unos segundos antes de beber. Después se llevó una mano al corazón y, musitando algo en voz baja, la extendió hacia el féretro que ocultaba el cuerpo de su hija. No había en su rostro más que dolor.

Una vez que los familiares hubieron bebido, el sacerdote se volvió hacia los demás asistentes y alzó los brazos.

—Por mucho que nuestro pesar sea inmenso, la gloria en que se encuentra ya nuestra hija junto al Creador es más grande aún. Que suene ahora la música, pues ella está en un lugar mejor. A Illya le encantaban las composiciones del maestro y él ha querido ofrecerle este último regalo.

Un sonido aflautado comenzó a sonar inmediatamente. Marc reconoció a Sebastien antes por sus notas que por localizarlo en la balconada trasera. El anciano estaba ante un monumental órgano que el inquisidor había tomado al principio por una extraña representación del Símbolo, tan integrados estaban sus tubos entre la silueta y los ornamentos de la pared.

Muchos de los presentes inclinaron la cabeza en su dirección en cuanto lo reconocieron, como si se tratara de una de las personalidades más importantes de Ágarot.

Sebastien vestía un sencillo hábito, similar al que llevaba cuando estaba en el Monasterio, pero su figura seguía teniendo la misma dignidad de siempre. Se mantenía erguido ante los teclados y sus manos se desplazaban con seguridad sobre ellos.

La melodía, sencilla y conmovedora, se intensificó ante el redoble de un tambor sordo que dio la entrada a una niña. Su voz, aguda y clara, resonó por el espacio durante unos segundos antes de que un coro completo se fuera sumando al conjunto. En esos momentos el órgano ya no sonaba como el suave viento que acaricia la hierba, sino como el rumor creciente de la marea. El tono de la obra había abandonado el carácter triste y lleno de dolor para convertirse en el argumento del que está revelando una verdad oculta y trascendente que solo se atisba más allá del fin.

Cuando las trompetas, los cuernos y los sacabuches se sumaron al segundo coro, el órgano ya sonaba con toda la rotundidad y su voz no describía lamentos o ambigüedades, sino la espectacular promesa de esperanza y resurrección que solo Sebastien podía crear con la notas.

La música se mantuvo en un último acorde durante un tiempo que parecía incapaz de terminar y, súbitamente, se extinguió. El silencio que quedó flotando fue más estruendoso que cualquier aplauso. Había lágrimas y rostros esperanzados entre los presentes que, si bien no eran muy distintos a los del Imperio, quizá sí más sinceros.

No aparecieron plañideras, ni hubo desmayos o gritos jurando venganza. Nadie aplaudió, quizá por respeto al cuerpo que permanecía ante el altar, pero todos se levantaron y, en medio del silencio mantuvieron la cabeza inclinada en dirección al maestro durante largos segundos. Antes de comenzar a salir, se volvieron de nuevo hacia la princesa Illya y le dedicaron un último saludo.

—Acompañadme ahora —dijo Balleria—. Os llevaré de vuelta a vuestras habitaciones.

—Id vosotros —contestó Marc—. Me gustaría saludar al maestro organero. Hace tiempo tuvimos una gran amistad.

La campeona pareció extrañada, pero asintió y le dijo algo a un soldado antes de alejarse junto a los demás. El hombre se volvió hacia él y se mantuvo a prudente distancia, sin quitarle ojo.

Marc esperó a que la gente se fuera y aprovechó para mirar más de cerca el órgano. Era un instrumento incluso mayor que el de la capilla del Monasterio. El metal tenía un tono apagado que le daba un carácter noble y estaba tan imbricado en los ornamentos de la pared que era difícil decir dónde empezaba o acababa.

Sebastien se tomó su tiempo para doblar las partituras, desconectar las palancas de los registros, cerrar los teclados y apagar las velas. Luego se internó por una abertura que había cerca del banco y Marc lo vio bajar por una escalera de caracol oculta tras la pared, pero en la que había varios ventanucos.

Cuando salió, varios metros más abajo, se dirigió directamente hacia él. Marc también echó a andar y, cuando llegaron el uno ante el otro, se fundieron en un abrazo sin mediar palabra.

—Saludos, inquisidor. Sois ley —dijo Sebastien con los ojos húmedos.

—Ya no, querido amigo —respondió Marc con una sonrisa temblorosa, dándose cuenta de que también se le escapaban las lágrimas—. Hace mucho tiempo que no.

—¡Tonterías! —exclamó el maestro—. Siempre pensé que erais un inquisidor en el sentido pleno del término. Aquel que busca la verdad, el que castiga el delito y el mal. Tenéis un corazón tan noble que os legitima mejor que a la mayoría para impartir justicia.

Marc pensó que ya había escuchado algo parecido de labios de Alba.

—Os daba por muerto, maestro —dijo al fin.

—Déjate de tratamientos absurdos si no he dirigirme a ti por ninguna dignidad. Soy Sebastien y somos amigos. Al menos eso dijiste hace tiempo ¿recuerdas?

—Lo recuerdo y sigo considerando vuestra amistad un privilegio.

—Ven, acompáñame —dijo entonces cogiéndolo del brazo—. Hay un lugar al que me gusta ir.

Echaron a andar hacia afuera, con el soldado de Balleria siguiéndolos a prudente distancia.

La gente con la que se cruzaban le dirigía una respetuosa inclinación al anciano y una mirada desconfiada al joven. Marc no pudo evitar darse cuenta de que allí, a cientos de kilómetros del Imperio, le mostraban más respeto a Sebastien de lo que había visto nunca. Su situación era bien distinta a la que sufría en el monasterio, donde siempre estaba solo y a nadie interesaba lo más mínimo su música salvo a él.

—Parece que aquí os tienen en gran estima.

—Toda la que no me mostraron en otras partes —gruñó Sebastien—. Pero, en respuesta a la pregunta que no me has hecho, te diré que cuando me vi obligado a

desaparecer no tuve tiempo de dejar aviso, aunque estuve tentado de escribirte unas líneas.

—¿Qué es lo que pasó? —dijo Marc—. Nadie supo contestarme y tampoco me fue posible investigar todo lo que hubiera querido.

—Ese arrogante que se hace llamar Embajador requirió mi presencia para que tocara en una ceremonia.

—¿El Embajador? ¿En la Catedral?

—Así es —masculló Sebastien.

—Pero ¿qué tiene eso de malo?

—¿Que qué tiene de malo? ¿Aparte de sufrir el ridículo y la ignominia más absolutas?

—Perdón, pero no lo comprendo. ¿Tocar en la catedral no debería ser considerado un honor al alcance solo de unos pocos?

—¡Quería que tocara una obra suya! ¡La obra de un analfabeto que no es capaz de juntar una breve con dos semilargas! ¡Desconoce toda ley de la armonía y los rebuznos que su inspiración crea vienen de los estercoleros donde se rebozan los cerdos de Hÿnos!

Marc asintió y guardó silencio mientras Sebastien lo conducía hasta un solitario banco de piedra que quedaba al final de un paseo arbolado adyacente al templo. A los pies de la balconada se extendían unos jardines frondosos y bien cuidados que quedaban ya en la misteriosa oscuridad del atardecer. Al elevar la vista, la mirada sobrepasaba la muralla para toparse con las montañas verdes y los bosques frondosos que las rodeaban hasta media altura. No quedaba ya nada de esa impresión de tenebrosidad y peligro que les había provocado Ágarot cuando dejaron Stromferst. En algún momento del día, el cielo se había nublado para dar paso a la lluvia y a un paisaje algo triste y oscuro, pero también de una belleza incomparable al hacer brillar poco después los verdes como si fueran metálicos.

El ambiente era fresco a esas horas y le provocó a Marc un escalofrío que le hizo agradecer el calor de sus ropas y la abrigada capa que le habían entregado.

—Pero no es solo por eso, claro —continuó Sebastien de pronto, sacándolo de su ensimismamiento—. Por mucho que me hiera en mi orgullo haber tenido que tocar las obras del Embajador, eso no es lo más grave.

La mirada del anciano se había teñido de tristeza y parecía más mayor que nunca.

—Yo no nací siendo un monje solitario ¿sabes? En tiempos fui un joven tan apuesto como tú, pero más famoso y demandado —Marc abrió los ojos con sorpresa—. Claro que sí. He viajado por todo el Imperio e incluso más allá tocando el órgano o el clavicémbalo en las mejores casas. Los nobles más poderosos reclamaban mi presencia y se me mostraba respeto y consideración en todas partes. Pero todo eso terminó. Quizá demasiado pronto, sí, pero terminó de todas formas.

—Pero ¿qué es lo que sucedió?

—Mi mujer —respondió Sebastien para su sorpresa—. Tuve un conflicto con el señor de Grenz. En medio de un recital comenzó a mostrarse demasiado resuelto por el alcohol. Empezó a gritar que tocara *La Mercenaria*. ¡Yo! ¡A lomos del gran órgano de su palacio! Tú sabes que no desdeño una buena canción como en aquella taberna en la que coincidimos, pero tocar algo así en medio de un concierto como ese debería ser castigado con un látigo.

—Entiendo que esa disputa no acabó bien —respondió Marc con cautela.

—Bajé del órgano y me fui, pese a sus gritos y amenazas. No le dediqué ni una sola mirada. —Sebastien miró a lo lejos y se acarició la frente—. Poco después de aquello la Orden acusó a mi mujer de brujería. No creo que te falten conocimientos para imaginar su destino.

Marc lo miró atónito, incapaz de articular palabra y con una expresión de culpabilidad extendiéndose poco a poco por su rostro.

—Ella detestaba la música del Embajador. Tenía un gusto exquisito, mucho mejor que el mío. Era luz donde yo solo mostraba un carácter hurraño; reía cuando yo callaba; venía para decirme algo cuando estaba componiendo y le bastaba una mirada para saber que era mejor dejarme solo, sin importar qué le preocupara. —Sebastien disimulaba su expresión entre la barba, pero Marc habría jurado que la pena teñía por entero su rostro—. Ahora que ya no está me doy cuenta de cuantas cosas no le dije y qué poco la cuidé. Siempre me apoyó pese a mi mal genio y mi vanidad; siempre dejó lo suyo aparte en favor de mis inquietudes.

—Todavía no me he arrepentido lo suficiente de seguir de forma ciega las indicaciones de la Orden durante tanto tiempo —murmuró Marc tras unos instantes—, pero os pido disculpas, pues fui parte de la misma.

—No te martirices con eso, ya has hecho más que cualquiera de nosotros —respondió Sebastien sacudiendo la cabeza—. Y sí, me incluyo. ¿Sabes cuál fue mi reacción después de aquello? ¿Sabes lo que hice cuando mataron a mi esposa? Pedir de rodillas al Embajador que me dejaran, al menos, seguir tocando en alguna solitaria capilla. —Sebastien sonrió con desgana, como burlándose de sí mismo—. Mi gran enfado, mi justa venganza se tradujo en donar todas mis posesiones a la Catedral y ofrecerme a componer una ceremonia completa cada quince días para mandarla a Hÿnos. Y lo hice durante mucho tiempo, pese a que me consta que casi siempre las tiraban al fuego según llegaban. He estado años, además, componiendo obras que se han quedado en el Monasterio. Obras que valen más que cien barras de oro.

—No sabía nada de todo eso.

—No te preocupes. La muerte de mi mujer y mi vergüenza por los siguientes años son una herida profunda que todavía llevo dentro, pero al menos ya no escuece. Y, respecto a las obras, tengo en mis habitaciones un armario lo bastante grande para que quepa cómodamente ese enorme amigo tuyo. ¿Sabes lo que tiene dentro? Partituras. Ya está lleno de pergaminos apilados pese a que solo llevo aquí unos años.

Marc sonrió con franqueza.

—Lo que me preocupa es que quizá, cuando yo ya no esté, todo eso se perderá —murmuró el maestro frunciendo el entrecejo—. Por eso me esfuerzo por dejarlo escrito. No sé si alguien será capaz de ejecutar esa música alguna vez. —Sebastien hablaba sin modestia, pero no había en su voz la menor muestra de petulancia—. Illya era una gran admiradora de mi trabajo y, si no hubiera sido por ese veneno que la hizo mermar, habría sido incluso mejor organista que yo. ¿Sabías que durante años se comunicó conmigo mientras estuve en el Monasterio?

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Marc estupefacto.

—De algún modo hicieron creer a un correo imperial que era una noble de Quiles enamorada de mi música. Me mandaba fragmentos de mis obras pidiéndome explicaciones de las mismas, pero en realidad eran mensajes. Las notas estaban cambiadas de un modo tan sutil e ingenioso que tardé mucho tiempo en descifrar el código. En su primera carta me mostraba su admiración por una obra mía que había caído en sus manos. Nunca pude contestar, claro, esa hiena de Melquior es demasiado astuta para permitir que yo enviara una misiva, pero Illya parecía ser muy consciente de mi condición. Más de una vez me dijo que no tenía por qué soportar tamaño encierro; que aquí sería recibido con dignidad y reconocimientos. Ahora me pregunto por qué no me marché antes.

—No creo que fuera una decisión fácil de tomar, pero permitidme que os diga, egoístamente, que al menos vuestra presencia en el Monasterio me permitió disfrutar de vuestra compañía.

Sebastien se volvió con rapidez hacia él y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Puede que haya en eso más importancia de la que tú o yo le hayamos dado hasta ahora. Pero, ¿qué hay de ti? ¿Cómo te ha ido en este tiempo? —preguntó antes de que Marc pudiera interesarse por sus palabras—. Algo sé de lo que pasó en Mulars. No puedo decir que no te haya dejado rastro.

Marc asintió y se pasó la mano por la cicatriz.

—Las noticias vuelan.

—Más que el viento —respondió Sebastien mirándolo fijamente. Parecía preocupado por lo que veía ante sí—. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Eres hijo de ese monstruo?

—Parece que sí. Y lo que hayas oído de Mulars, seguramente también.

—No quiero ni imaginarme lo que es soportar tortura durante tanto tiempo; y a manos de un maestro, nada menos.

—Es una experiencia interesante. Lo cambia a uno, la verdad —respondió Marc con una mueca que dejaba entrever los dientes—. Vos, en cambio, dais la impresión de estar muy bien. Casi parece que el tiempo os hubiera pasado por encima sin rozaros.

—La tranquilidad, los paseos diarios y el trabajo mental son la mejor medicina para el cuerpo y el espíritu. Y tengo mucho de todo eso aquí.



—Y nosotros que pensábamos que en Ágarot se adoraba a Gillean... —dijo Marc con una sonrisa triste.

—Muchos en el Imperio lo asegurarían.

Estuvieron en silencio durante unos minutos contemplando el paisaje antes de que Marc se volviera hacia el maestro, todavía sonriendo.

—Lo que no tenía claro es que emplearais la Voluntad con tanta soltura.

—¿Acaso hay alguien que no lo haga? —preguntó Sebastien sin mudar su semblante—. Cuando una madre arrulla a su bebé le transmite confianza y amor; cuando un soldado ruge en medio de la batalla, golpea de algún modo a su enemigo. Todo eso es también Voluntad. Cuando yo toco, intento expresar lo que siento. Si lo consigo, la comunicación que se establece con el público no es sino la manifestación más sublime de la Voluntad.

—Sí, pero una persona normal no es capaz de pasar las partituras con la vista.

—Una persona normal, sí; una persona que no siente, no.

Marc lo miró con afecto y le puso una mano en el hombro.

—Te he echado de menos, amigo.

—Y yo a ti. No supe lo que disfrutaba de tus visitas hasta que te marchaste —respondió Sebastien apretándole la mano—. Amigo.

Marc acompañó a Sebastien hasta sus habitaciones.

—Sigue ese pasillo y luego tuerce a la derecha. Seguramente os hayan alojado por allí. Y, si no es así, pregunta a cualquier trabajador del castillo. Son eficientes, te lo aseguro.

—Tranquilo, seguro que nuestro amigo también podrá darme indicaciones si me pierdo —contestó él señalando al soldado que los había seguido durante toda la tarde.

Sebastien soltó una carcajada y le palmeó la espalda.

Marc echó a andar en la dirección que le había indicado silbando alegremente. Puede que todavía tuviera muchas dudas acerca de lo que les deparaba el futuro, pero haberse encontrado con el maestro organero parecía haberlo puesto de un humor excelente.

—¿Quieres acompañarme hasta la cama para arroparme? —preguntó con una carcajada al hombre que lo seguía.

El soldado gruñó por lo bajo con una expresión de enfado, pero en ese momento apareció un joven paje al final del pasillo que se ofreció a acompañar a Marc a sus aposentos. Algo más atrás, el agoriano le echó una última mirada furibunda y se dio media vuelta, al parecer dando su tarea por cumplida.

No habían dado más que unos pasos cuando el inquisidor vio luz que procedía de una puerta entreabierta. Las voces de Alba y otra mujer sonaban tenuemente. En ese instante la hoja se abrió del todo y apareció Isabell.

—Marc, pasa —dijo con rostro serio—. Creo que hay alguien a quien debes conocer.

Marc asintió, sorprendido, y le dio las gracias a su acompañante de todos modos.

En la habitación le esperaba Alba, que estaba sentada junto a la mujer que los había recibido ese mismo día cuando entraron al castillo. En una mesa baja humeaban tres tazas de té y un agradable fuego crepitaba en la chimenea.

—Marc, esta es Aileen —dijo Alba con un tono preocupado que le puso nervioso.

—Señora, siento mucho vuestra pérdida —contestó él disimulando la intranquilidad—. El maestro Sebastien me ha contado algo acerca de vuestra hija. Debió ser una joven excepcional.

—En efecto —respondió ella. Su voz era enérgica y recubierta de un vigor que parecía dotarla de filo—. Excepcional y demasiado joven, las dos cosas. —Pese a que mantenía un gesto duro, tras él se adivinaba la honda tristeza que debía sentir—. Illya apreciaba mucho al maestro organero. Practicaba todos los días, pese a que cada vez le era más difícil levantarse de la cama. Aun así nunca perdió la esperanza de ser capaz de tocar su música dignamente. Se quedó bastante cerca de... —dijo antes de que se le quebrara la voz.

La mujer ahogó un sollozo pero recompuso la expresión casi al momento. Junto a ella, Isabell le apretó la mano con afecto, aunque guardó un respetuoso silencio.

—Lo importante ahora es que nuestro país se mantenga fuerte. Mi marido ha sufrido mucho y no sería extraño que pagara el dolor que le da nombre con salud.

—Los dos habéis sufrido sin duda —respondió Isabell.

—Sí, pero yo solo lo acompaño en la responsabilidad del gobierno, nunca he sido considerada más que una extranjera por la mayoría. Sobre él recae todo el peso de las decisiones. Cada vez que el Imperio entra en Ágarot o nos fuerza a un ataque, las muertes pesan sobre su conciencia de un modo especial.

—Es el Dolente, al fin y al cabo —murmuró Alba.

—Dolente, sí —repitió ella, ensimismada por un instante—. Un cargo y un nombre amargos como ningún otro, porque el líder de Ágarot siente sobre sí el dolor de todo su pueblo. Antes había reyes aquí, como ya sabréis, pero de aquello solo queda esta regencia. El Imperio exterminó el antiguo linaje.

—Si algo he aprendido en estos últimos tiempos es que los linajes no aseguran la nobleza de las personas, ni que vayan a desempeñar con honradez sus funciones —dijo Marc.

Aileen alzó apenas la cabeza para mirarlo directamente. El cabello era tan claro como el suyo. Su rostro mostraba una belleza regia y elegante, pese a no poder considerarse ya una joven. Tenía los labios carnosos y los pómulos altos. Los ojos, de un verde profundo, se asemejaban más a los de Aurore que a los de Alba, quizá por la energía endiablada que se adivinaba tras ellos. Su misma expresión seguía pareciéndole a Marc algo altanera, pero también incapaz de ocultar el sufrimiento mantenido en el tiempo.

—Percibes algo cuando me miras, ¿no es así? —preguntó de repente Aileen, antes de que se diera cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándola—. Lo sé, lo sentiste en cuanto llegasteis.

—Disculpadme, no pretendía incomodaros —respondió él apartando la vista con inquietud.

—Marc —dijo Isabell con suavidad—. Aileen era amiga de Helena. Tu madre.

Marc se quedó mudo por la sorpresa. Por unos instantes las miró sin ser capaz de articular palabra hasta que la bruja acaparó su atención de nuevo.

—Alba no tenía ni idea de esto y yo, la verdad, tampoco conocía tu vínculo con ella. Ni siquiera habíamos oído toda la historia de Helena, por eso no te pudimos contar antes lo poco sabíamos.

Marc permanecía atónito, alternando la mirada entre sus compañeras y la mujer de Dolente.

—Es curioso cómo funciona la Voluntad —dijo Aileen tras unos instantes—. Antaño pasamos tanto tiempo juntas que sin duda algo de su energía se quedó en mí para siempre. Eso es lo que notas, Marc. La cercanía, la familiaridad de la sangre, aunque yo no sea tu pariente directa. Aurore, a quien sé que conociste bien, solía decir que hasta el gesto más nimio cuando utilizamos la Voluntad puede tener una repercusión que...

—Helena —acertó a decir Marc, interrumpiéndola de pronto—. Ni siquiera conocía su nombre —musitó, sintiendo la lengua pesada—. ¿Has dicho que *eras* su amiga?

Aileen pareció vacilar un instante y su gesto se fue suavizando hasta que alargó la mano para ponerla en su mejilla.

—Eras muy pequeño cuando todo sucedió. Supongo que el resto de tu infancia fue demasiado tormentosa para que los recuerdos que pudieras tener permanecieran.

La mujer se volvió para alzar un cuadro tapado por un paño de seda. Al descubrirlo quedó a la vista un rostro sonriente, amable, bello y enmarcado por una cascada de cabellos claros, no muy distintos a los suyos. Los ojos, sin embargo, eran tan azules como los del joven que los contemplaba.

—Esta era Helena.

Marc se llevó las manos a la cabeza mientras se obligaba a parpadear para que el escozor de sus ojos no le quemase.

—Esta era mi madre —balbució con la vista fija en el cuadro—. ¿Cómo pude olvidarla?

Los recuerdos se revolvían al fondo de su memoria, casi como si en vez de sus propias vivencias se tratara de algún cuento que alguien hubiera narrado muchos años atrás. Aquel rostro de mirada franca lo remitía a una cabaña pequeña, acogedora, con colores que bailaban al son de una chimenea. Había unas figurillas de madera con formas de animales y alguien, casi un gigante, que se agachaba hacia él con un gesto de cariño en el que no había rasgos definidos, solo unos ojos tan claros como los

suyos, llenos de amor por él. Todo aquello, no obstante, parecía estar tan enterrado en su mente que apenas eran un cúmulo de sensaciones, más que imágenes concretas.

Alba le cogió un instante la mano con expresión preocupada, pero él ni siquiera se dio cuenta.

—Ahora entiendo que Aurore tenía razón —dijo Aileen entonces—. Ella supo ver lo bueno que había en ti; que los años que pasaste junto a tu madre pesaron de un modo superior a todo lo demás. El Monasterio no pudo cambiarte, como tanto temía.

—¿Qué es lo que le pasó? —preguntó él con voz ronca.

Aileen bajó la barbilla y sus ojos quedaron prendidos en las llamas durante un tiempo.

—Tu madre era tan amable e idealista como inocente —dijo al fin—. Esa fue la grieta que usó el Emperador para llegar hasta ella: un buen día apareció, desorientado, con las ropas hechas jirones y muerto de frío. Se mostró frágil, confuso, y ella lo acogió con la resolución del amor que comenzaba a sentir. No sabemos más de aquellos primeros momentos, solo que la cortejó desde el anonimato y, llegado el momento, le confesó su identidad fingiendo culpas y arrepentimientos, deseos de mejorar su herencia y su legado. Ella lo creyó, nunca se le dio bien ponderar el mal que hay en las personas. —Sonrió con amargura—. Él dijo que quería acabar con las luchas dentro del Imperio, zanjar el enfrentamiento permanente con las brujas, del que no se sentía partícipe. La conquistó con mentiras hasta hacerla creer que juntos podían cambiar el mundo en que vivían. La convenció incluso para llevar su relación en secreto, pero no es fácil ocultarnos algo así. Aurore fue una de las que discutió más acaloradamente con ella. —Aileen tragó saliva y miró a Marc de reojo—. Como respuesta, tu madre se marchó a Hÿnos.

—Pero ¿cómo se lo permitisteis? —preguntó Marc.

—Ella era joven por aquel entonces, apenas algo mayor que yo, aunque su opinión tenía más peso que la de muchos. Los que supimos de todo aquello en ese momento no pudimos detenerla. Estaba enamorada de él.

—Pero ¿por qué ella?

—¿Que por qué? ¿Quién si no sería más digna de llevar su semilla? ¿Una noble afectada y enfermiza de Louisant, quizá? —preguntó Aileen mirándolo con amargura—. Ella era una de las mejores de nosotras. Hermosa como ninguna; fuerte como pocas y, además, ingenua. No había nadie mejor para darle un hijo. —Aileen bufó con rabia—. No lo sé a ciencia cierta, solo son suposiciones, pero eso es lo que pienso. En todo caso, cuando tú naciste la dejó de lado. Se olvidó de ella. Por carta me contó que su comportamiento era totalmente distinto y que comenzaba a tener miedo de él. Por ella y por ti.

Marc permanecía con la cabeza baja, oculta su mirada entre el cabello, pero los músculos de la mandíbula se le marcaban con espasmos.

—Nunca la volví a ver. Sus últimas misivas estaban llenas de las manchas que las lágrimas dejaban en la tinta. Sentía miedo, pero sobre todo desesperación por haberte

condenado. Estuvo presa en la capital durante más de tres años, incapaz de escapar del monstruo que acababa de revelarse ante ella.

—Pero lo hizo. Escapó —dijo Isabell con admiración y tristeza al mismo tiempo.

—Y ni siquiera sabemos cómo —respondió Aileen con tono de culpabilidad—, solo que tuvo la ayuda de un puñado de hombres que acabaron muertos.

—¿Cómo? —dijo Marc en un siseo—. ¿Las brujas no la ayudasteis? —preguntó poniéndose súbitamente en pie.

De nuevo irradiaba esa ira tan difícil de contener de la que todos parecían ser consientes salvo él mismo. Incluso Aileen lo observó con detenimiento, arrugando la frente, pero tranquila como si no lo considerara una amenaza.

—No, Marc, no la ayudamos. Fortes, el líder del Consejo, decretó que sería repudiada si se iba a Hÿnos. Y así fue, ni siquiera hizo falta que Los Hijos del Rey Brujo vertieran su ponzoña para influir en la decisión.

—Algunas hablaron en su defensa e insistieron en tratar de rescatarla. Aurore y Aileen fueron las que lo hicieron con más vehemencia —añadió Isabell—. Por eso ella está aquí. Esa embajada de la que te hablé antes resultó ser una condena al exilio.

Marc se volvió hacia ella con una nueva expresión, matizada por el reconocimiento, la gratitud y, quizá, una incipiente estima. Aun así, la tristeza y la rabia seguían predominando.

—Cuando consiguió escapar, tu madre tuvo que esconderse tanto del Emperador como de algunos de los más radicales de entre nosotros. No sabiendo en quien confiar, decidió refugiarse en un pequeño pueblo de Quiles con el único amigo que le quedaba a su lado.

—Su nombre era Thomenn, como el Salvador, creo recordar —dijo Isabell.

—Era una de las mejores personas que tuve el privilegio de conocer —dijo Aileen—. Estuvo con ella hasta el final y murió intentando protegerla.

—Pero ¿por qué se refugiaban allí y no en Ágarot?

—Por varias razones. Como comprenderás, tu padre montó en cólera cuando desapareció de Hÿnos y puso el Imperio en pie de guerra para buscarla. No se había visto un despliegue semejante hasta hace unos meses —dijo mirándolo de soslayo—. Era casi imposible viajar hasta Ágarot. Pero, además, los embajadores que las brujas tenían aquí se mostraron airados ante la idea de acogerla. La sentencia de Fortes pesaba demasiado. El anterior Dolente no permitió que se la invitara. Era demasiado peligroso.

—Entonces no estamos aquí rodeados de aliados, como sugeríais —gruñó Marc sin volverse hacia sus compañeras.

—Te aseguro que las cosas han cambiado mucho desde entonces —respondió Aileen con un tono cortante—. El Dolente que viste ante ti no es hijo del anterior. El hombre que lo precedió no es ni la sombra de este. Hay en Ágarot hoy en día sangre nueva y una fuerza que parece capaz de dar alas a sus ciudadanos. Mi marido ha

hecho vibrar de nuevo los corazones con la esperanza. Si alguien puede traer paz a esta tierra es él.

Marc se encogió de hombros, como si aquello no le importara.

—Sigue contándome qué le sucedió a mi madre.

Aileen asintió con reticencia, tras pasarse una mano por la frente. La bruja tenía unas finas arrugas en torno a los ojos que hablaban de lágrimas y dolor; de una belleza que debería ser todavía más acentuada y alegre.

—No te ocultaré que se vio sola, Marc —dijo al fin—. Sabemos que vagó por los caminos y que trabajó en granjas y posadas, aunque no permaneció demasiado tiempo en un mismo lugar.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Marc con voz ronca, sintiendo ese escozor al final de la boca que solo se da en los momentos más desoladores de la vida—. ¿Cómo acaba su historia?

Aileen lo miró fijamente durante unos segundos antes de contestar.

—Ese al que llamáis Jhaunan la mató —dijo al fin.

Marc se mantuvo inmóvil, pero su rostro se fue congestionando a la vez que las venas comenzaban a marcarse y palpar visiblemente en las sienes.

—Dicen que el Gran Maestre la apreciaba; que sufrió cuando el Emperador le ordenó ir a buscaros.

—¿Qué demonios estás diciendo? —rugió por fin el inquisidor, apretando los puños mientras unas gotas de saliva salían disparadas de su boca—. ¿Te apiadas de la bestia que la mató? ¿Acaso lo has visto? ¿Acaso has sufrido bajo esos ojos de demonio que parecen querer huir de él?

—En una ocasión lo tuve muy cerca cuando todavía era un hombre más o menos normal, sí. Y no, no deseo otra cosa que su muerte, aunque el propio Jhaunan no quisiera ningún mal para Helena. Casi conseguí matarlo meses antes, cuando todavía la buscaba, pero por desgracia esos sacerdotes oscuros del Monasterio lo salvaron dejándolo como es ahora.

—¿Conocías la existencia de esos seres? —preguntó Isabell sorprendida.

Aileen asintió.

—Son demonios. Pobladores de un mundo más antiguo que ya estaba aquí cuando el Creador decidió despejar la oscuridad para crear Rel Galad. Creo firmemente que los escritos de nuestro Manual son ciertos. Había demonios en esta tierra antes de que el Creador los expulsara, pero algunos consiguieron volver de algún modo. Nadie sino ellos podrían haber salvado a Jhaunan después de que lo dejara como lo hice.

Por un instante la Voluntad de Aileen se dejó sentir entre ellos, poderosa y alimentada por un odio incapaz de menguar con el tiempo.

—Tanto da lo que hayan hecho con él —dijo Alba con tono conciliador, haciendo que todos se volvieran hacia ella—. Marc le clavó un virote en el ojo justo antes de que nos capturara en Mulars.

—Eso es una buena noticia sin duda —dijo Aileen con sorpresa, pero justo entonces se dio cuenta de que las manos de Marc temblaban y parecía hervir por dentro—. No puedo imaginar la rabia que sientes ahora mismo dentro de ti —dijo con voz suave— y, sin duda está justificada. Pero has de ser consciente de que una parte de lo que noto en ti no te es propio.

—No sé qué te refieres —siseó Marc masticando las palabras como si temiera la respuesta.

—¡Por el amor del cielo! ¡Eres el hijo del Emperador! Tu padre desciende del Primero y, por motivos que nadie comprende del todo, es un linaje muy poderoso y cruel. Según nuestras creencias, Gillean tuvo algo que ver en esa fuerza y pensamos que todavía perdura algo de aquello. Sin duda también está en tus venas, arañándote por dentro, puedo sentirlo.

—La Voz del Consejo dijo que albergas una *rabia llamativa* dentro de ti —musitó Alba, como si dudara sobre la conveniencia de lo que iba a decir—. Si te conozco algo, creo que comenzaste a mostrarla después de lo de Mulars.

Marc la miraba fijamente sin que diera la impresión de que se apaciguara lo más mínimo pero, de pronto, dejó escapar el aire y se sentó de nuevo en la silla con gesto desolado. Las mujeres le concedieron un instante de silencio.

—No es necesario que nos pongamos demasiado trágicos —dijo Aileen al fin—. Eres su hijo, sí, pero también tienes algo de Helena dentro de ti. La mayor parte, si estoy en lo cierto. Lo único que realmente me resulta extraño es que hayas conseguido mantener el control hasta ahora sin volverte loco.

—Cuando me rompieron las costillas en aquella celda sentí que algo se quebraba también mucho más adentro —respondió Marc, con una voz tan neutra que no parecía la suya. El rostro estaba vacío de toda expresión y miraba al suelo fijamente—. El dolor era insoportable, pero no fue lo peor. Fue la desesperación de saber que iba a morir allí, que no había nada que pudiera hacer para salvarte. —Alzó apenas la mirada hacia Alba—. Puede que siempre haya habido algo dentro de mí. Una herencia, como decís, que he tenido bajo control. Casi siempre, al menos. Pero en aquel momento no pude resistirlo más. —Aunque sus ojos estaban enrojecidos, Marc no dejaba escapar ni una lágrima—. Me sentí morir y aquello no me pareció mal del todo. Abandonarme habría sido un alivio, el descanso que necesitaba, pero dejar a aquellas bestias libres era intolerable. Abandonar a todos a su suerte, dejarlos impunes... —Los labios se retrajeron de golpe para mostrar los dientes y, de nuevo, la saliva goteó de su boca—. ¡No! ¡Me encomendé a cualquier cosa capaz de ayudarme a castigarlos, a salvarme para poder seguir luchando! Si el mismísimo Gillean se me hubiera aparecido en ese momento le habría vendido mi alma con tal de ganar unas cuantas horas más para vengarme. No sé qué es lo que sucedió, solo que algo cambió. —De nuevo su expresión se fue convirtiendo en una muestra de agonía—. Pero, desde ese momento no he sido capaz... lo que hice aquella noche, aquellos hombres...

Las mujeres lo miraban consternadas, pero sin atreverse a intervenir hasta que su voz se extinguió.

—No hay duda de que llevas algo del Emperador en ti, pero también de Helena y eso debe contar.

—¿Qué es eso que te ha estado atormentando tanto desde aquella noche, Marc? —preguntó entonces Alba, acercándose un poco más a él—. ¿Qué hicisteis Philippe y tú?

Marc no respondió, pero se giró apenas hacia Aileen.

—¿Tiene sepultura? —preguntó con voz ronca al cabo de unos instantes.

La bruja suspiró y, por un momento, su mirada se perdió más allá de la ventana.

—La tiene. En Seléin, bajo un nombre distinto. Marc, ¿eres capaz de recordar algo de ella?

El inquisidor frunció el entrecejo y cerró los ojos.

—Poco —susurró—. Apenas alguna escena difusa, sensaciones.

—Aférrate a eso entonces. Ella era pura bondad, no sentía por ti más que amor. Una anciana de la aldea donde encontramos su cuerpo me contó que Jhaunan le había ordenado que se diera la vuelta cuando se te llevaban. Le ofreció perdonarla, olvidarse de ella. Aquella mujer recordaba su respuesta palabra por palabra: «No hay nada sin mi hijo, Jhaunan. Ni siquiera dolor». Murió intentando protegerte y eso es lo que te tiene que dar fuerzas para no permitir que la naturaleza malvada que albergas te domine.

—Si Aurore lo sabía, ¿por qué no me lo dijo? —preguntó entonces, todavía sin alzar la mirada.

Aileen inspiró lentamente antes de contestar.

—Aurore era un espíritu libre, pero casi nunca erraba en sus actos —respondió—. Ella sabía que demasiado conocimiento podía condenarte. Si el Emperador llegaba a saber que su hijo albergaba dudas en su fe puede que decidiera cortar de raíz el problema. ¿Crees que te habría ayudado en algo saber esto en aquellos momentos?

—Lo único que sé es que estoy en medio de una ciénaga a punto de ahogarme —contestó él.

Alba soltó un jadeo, como si las palabras de Marc le dolieran físicamente, pero Aileen se adelantó para tomarlo de la barbilla y alzar su cabeza hasta que el inquisidor la miró a los ojos.

—Las personas no se ahogan por tener la cabeza debajo del agua —dijo con voz dulce—, sino por dejarla ahí demasiado tiempo.

Marc estaba sentado en el borde de la cama. A sus pies, más allá del balcón, se podían ver los extensos campos de Ágarot. Pese al frío que entraba por la ventana abierta, permanecía inmóvil, mirando hacia afuera sin parpadear. Daba la impresión



de que el húmedo aire de Ágarot le resultaba balsámico y hasta necesario para respirar en esos momentos.

Una fina llovizna había comenzado a caer hacía poco y las gotas que se iban formando en el discreto tejadillo sonaban al caer contra el ornamento metálico que remataba el balcón. Por eso, los golpes en la puerta fueron tan tímidos que al principio casi los confundió con el sonido de la lluvia.

—¿Puedo pasar? —preguntó Alba cuando abrió la puerta, con sus enormes ojos verdes llenos de preocupación.

—Claro —respondió él volviendo al mismo lugar del que se había levantado.

Alba se sentó en una silla, apenas a un par de codos de él.

—No podía dejar de pensar en ti. ¿Estás bien?

—Sí. Es solo que no puedo dormir.

Hubo unos instantes de silencio durante los que Alba se dio cuenta de que un gesto obstinado, casi de molestia, se sobreponía al dolor en el rostro de Marc. Mantenía la mandíbula apretada y la luz de unas velas arrancaba brillos inquietantes de su cicatriz. De pronto, soltó el aire de golpe y se volvió hacia ella.

—Dijiste que Aurore había recibido un mensaje del Creador cuando nací y otro cuando me llevaron al monasterio, pero es evidente que ella supo el momento exacto en que me capturaron por medios bastante más ordinarios. Fue el momento en que mataron a mi madre —masculló.

—Sí, lo sé. Desconocía la historia que nos ha contado Aileen, Marc, lo juro. Es decir, sabía de la existencia de una Helena que había hecho algo terrible, una traición o algo así, pero nada más. En cuanto a lo que cuentas, yo también me lo he preguntado. ¿Por qué disfrazar las noticias en forma de revelaciones? Lo primero que pensé es que Aurore habría tratado de otorgarte un carácter trascendental de cara al Consejo y solo cuando la desoyeron por segunda vez decidió actuar.

—E ir al Monasterio para matarme.

—Seguramente pensara que era ya demasiado tarde para ti, sí, pero lo que quiero decir es que El Creador se comunicó realmente con ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he preguntado esto mismo a Aileen, pues también a mí me extrañaba. Me ha dicho que demostró en varias ocasiones que recibía indicaciones y conocimientos de un modo inexplicable que, a la postre, se demostraron certeros. También dijo que podía saber aproximadamente el momento en que naciste por los mensajes que Helena les hacía llegar, pero para cuando te llevaron al Monasterio no quedaba nadie de los nuestros junto a ti para dar aviso. Nadie alertó a Aurore. Ella lo adivinó.

La frente de Marc se arrugó en un gesto de suma preocupación.

—Entonces...

—El Creador realmente se comunicó con ella. Quería que supiéramos que eras importante.

—Importante... —repuso él, cabizbajo—. Puede que lo mejor para todos hubiera sido que pereciera en los primeros meses de la instrucción.

—Ay, Marc, no digas eso. ¿Cuándo entenderás que ya no estás solo? Nunca ha habido tanta gente que te quiere junto a ti.

Marc se volvió hacia ella y, por un instante, todo el poder de los inquisidores lo abandonó para mostrar lo frágil que se sentía en esos momentos. Pese a su Voluntad y al entrenamiento que había recibido, daba la impresión de que solo se sentía acompañado por la soledad y la angustia.

—¿Qué es lo que sientes dentro? —preguntó Alba—. Me gustaría ayudarte. Creo que puedo hacerlo.

Marc se llevó una mano al corazón y estrujó las ropas entre sus dedos.

—Hace poco Philippe me recordó algo que había olvidado por completo. Puede que ni siquiera se hubiera perdido en mi memoria, sino que lo hubiera enterrado de un modo consciente, no lo sé. Debíamos tener seis o siete años, no más. Por esa época nos hacían correr cada mañana alrededor del patio del Monasterio. Dos hombres se turnaban para ir detrás de nosotros y, si la marcha no era lo suficientemente rápida, o alguno se retrasaba, nos animaban con un látigo. Ese día era yo el que no podía seguir el ritmo y el guardia me azotó hasta hacerme caer.

Marc tenía la mirada perdida en el cielo que se recortaba contra la ventana y, casi de forma imperceptible, se había ido formando en su rostro una mueca de odio. Alba disimuló un temblor y se abrazó para protegerse del frío.

—Philippe dice que cuando me levanté fue como si los convocara junto a mí utilizando la Voluntad.

—¿Con seis años? —preguntó Alba, sorprendida.

—Eso es lo que él dice y creo que está en lo cierto. Puede que no lleváramos todavía mucho tiempo allí, pero teníamos el suficiente miedo y conocíamos demasiado bien los castigos para que una reacción así fuera algo extraordinario.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Alba.

—Matamos al guardia con nuestras propias manos —dijo Marc mirándola de frente—. Fue salvaje y cruel; impropio de unos niños de esa edad, por muy *aspirantes* que fuéramos. Creo que esa fue la primera vez que lo sentí —añadió llevándose de nuevo la mano al pecho—. Una Voluntad roja, ardiente y demoledora como las ruedas de un molino; un pozo inagotable de maldad que permanece cuando todo lo demás se extingue. Pero a veces ese pozo me absorbía hasta casi embaucarme para que hiciera cosas horribles —dijo cerrando los ojos por un instante—. Creo que solo hubo otra ocasión antes de lo de Mulars en la que no pude controlarlo. Fue en una posada, por una discusión absurda entre borrachos en la que me vi involucrado. Pero desde lo del maestro torturador todo cambió, aunque siempre haya estado ahí. Esta rabia es como un montón de rescoldos: solo hace falta un poco de viento para que se conviertan en brasas rojas y brillantes.

—Lo importante es que ahora estás entre amigos, Marc. Si se lo permites, Aileen tratará de ayudarte a controlarlo. Es fuerte, puede que una de las más poderosas entre las nuestras ahora mismo y se siente en deuda con tu madre. Nos apoyará cuando Dolente convoque a la junta de gobernación.

Tras un momento de duda se acercó un poco más a él y le tomó de la mano.

—Todo está bien ahora, Marc. Aquí podemos descansar y planear con calma nuestro próximo...

—¡Lo que hicimos con esos hombres...! —exclamo él de pronto.

Alba guardo silencio, pues sabía que se refería a aquella noche en la que volvieron con caballos y bultos que no les pertenecían.

—¡A veces no me reconozco! —dijo Marc sin poder evitar un jadeo—. Apenas duermo más que una o dos horas seguidas. Me siento como si algo me arañara por dentro. Y ahora descubro que mi madre murió por protegerme y que he convivido alegremente con su verdugo.

—Ella está en un lugar mejor —murmuró Alba sin saber qué decir y sintiéndose torpe al instante.

—Me gustaría que estuviera aquí.

—Honraremos su memoria —contestó ella sentándose a su lado para abrazarlo, atrayendo su cuerpo hacia sí—. Llegará el momento en que se haga justicia, pero ahora debemos descansar y permitirnos un tiempo para curarnos las heridas. Puede que los que antes nos rodeaban ya no estén a nuestro lado, pero nos tenemos a nosotros y eso también es importante.

Una lágrima solitaria corrió por la mejilla de Marc. Alba lo estrechó con más fuerza mientras sentía como sus propios ojos se humedecían.

—No quiero ni pensar por lo que has pasado, lo que has tenido que soportar y temer durante toda tu vida, desde el Monasterio hasta Mulars. Pero ahora todo está bien, estoy contigo, a tu lado.

Marc se quedó muy quieto, enterrando su cabeza contra ella. Permanecieron así largos minutos en los que Alba le susurraba palabras tranquilizadoras sin dejar de acariciarlo. Fue un buen rato después cuando Marc se incorporó para pasarse el dorso de la mano por los ojos.

—Perdóname. Lo siento —dijo con voz débil—, esto es absurdo.

—No hay nada que perdonar. Los amigos suelen ayudarse, sin disculpas ni disfraces.

—Amigos —susurró Marc alzando la cabeza para posar la vista en sus ojos verdes.

Alba le sostuvo la mirada con determinación, aunque sus labios mostraban un leve temblor.

—No. No si por mí fuera —dijo y, de pronto, adelantó la cabeza para darle un fugaz beso—. Me gustaría pensar que lo que sucedió en aquella posada significó algo —añadió, intentando mostrar un aplomo que no sentía en realidad.

Por un momento no hubo más que silencio; luego, el inquisidor se incorporó un poco más.

—Claro que significó algo —contestó poniendo una mano en su mejilla—. Aquellos fueron los momentos más felices que recuerdo en años.

—Entonces, ¿por qué no me hablabas? ¿Por qué te mantienes siempre tan lejos de mí? —preguntó ella con gesto duro.

—Porque me da miedo que se esfume —contestó—. No quería que ponerle palabras por si acababa, por si para ti no había sido tan importante. En mi memoria todo era perfecto pero si después de aquello te marcharas no lo soportaría. Si algo te ocurriera...

—Marc —dijo Alba tomándole a su vez el rostro con ambas manos—, no soy Aurore y nuestras circunstancias tampoco son las tuyas —dijo con determinación—. Ella te amó, pero no podía estar contigo, os habrían matado a ambos sin piedad. Pero no me confundas con ella. No me iré a ninguna parte; a menos que me eches.

Marc seguía con la mirada fija en sus enormes ojos verdes, sintiéndose abrumado por el escaso espacio que los separaba.

—¿Cómo voy a echarte? —preguntó azorado—. Pero nunca he tenido la oportunidad de hacer esto. ¡No me refiero a estar con una mujer! —añadió rápidamente, mientras se le subían los colores—. Es todo lo que hay en medio de...

—Tampoco yo he tenido la juventud relajada de otros —le interrumpió Alba—, pero sé que el hombre suele declararse. Esa es la tradición, al menos. —Marc la miró con el ceño fruncido, sin comprender del todo—. Pero no puede decirse que nosotros seamos tradicionales en absoluto.

Con esas palabras se acercó para besarlo de nuevo. Esa vez, no obstante, los labios estuvieron un poco más tiempo juntos.

—Te amo, Marc. Creo que desde antes de liberarte de mi hechizo —dijo separándose un poco y sin poder evitar un atisbo de incertidumbre expectante.

Marc la miró con intensidad y le recorrió la mejilla con el dorso de la mano hasta perderse por su nuca. Alba disimuló un temblor y lanzó un suspiro.

—Sufrí cuando tuve que cortarte el cabello —dijo Marc no menos inseguro que ella—. Mientras viajábamos hacia Quiles a veces te miraba con disimulo y me descubría admirándolo, imaginándome qué se sentiría entre sus rizos, ver la luz del sol tamizada a través de ellos. No podía comprender de dónde sacabas las fuerzas para seguir adelante después de todo lo que habías padecido. En las pocas ocasiones en que hablábamos más tiempo tenía que hacer esfuerzos por permanecer concentrado, pues me perdía en tus ojos. Miraba esta barbilla aguzada y me daba cuenta de que deseaba besarla.

Las mejillas de Alba se encendieron y cogió la mano del inquisidor entre las suyas. Marc sonrió mientras le apartaba un mechón de la frente.

—Y hemos tenido que venir hasta aquí para decirlo —murmuró con una levísima sonrisa.

—Puede que debiera ser así —respondió ella—, pero hay algo que debes saber.

—¿Qué es?

—Un día, en una posada de Rock-Talhé, me dijiste que es imposible despistar a un inquisidor. —En ese momento Alba crispó ligeramente los dedos allí donde se habían posado—. No sé cómo puede haber llegado mi mano ahí.

—A lo mejor yo he querido que llegara —contestó él con una carcajada, agarrándola de los muslos para ponerla sobre él.

Se besaron apasionadamente mientras se acariciaban como queriendo conocerlo todo del otro. En tan solo un instante los anhelos de meses pasados se desbordaron dando rienda a la sinceridad del puro sentimiento.

El movimiento comenzó poco a poco, con suavidad, casi con la misma timidez que todavía sentían. Sin embargo, no pasaron más que unos instantes antes de que Alba agarrara las ropas de Marc y tirara de ellas para dejar su torso al descubierto.

Por un momento, el vaivén se detuvo. El anguloso cuerpo del inquisidor había mermado en los últimos tiempos hasta el punto de que algunos huesos se notaban claramente. Pero eran sobre todo las cicatrices que le había dejado la tortura las que hicieron que Alba se inclinara sobre él para besarlas una a una. Cuando llegó al punto en que las costillas habían cedido, Marc no pudo evitar ponerse en tensión. Sin embargo, la joven acercó sus labios con tal suavidad que un escalofrío recorrió por entero al inquisidor, como si un bálsamo se extendiera sobre las brasas de aquello que llevaba dentro.

Cuando Alba alzó de nuevo el rostro, él lo tomó entre sus manos para besarlo lentamente, con una ternura desconocida. Después, desabrochó y desabotonó hasta que pudo arrancarle la ropa para encontrarse con sus pechos. La piel pálida y suave de la bruja le dio la bienvenida.

Los movimientos se aceleraron pronto y los suspiros se convirtieron en jadeos. El frío de la habitación dejó de importar y los ojos se cerraron para sentir mejor el contacto y el placer. Cuando llegaron al culmen, hubo un momento de tensa inmovilidad y luego ambos se fundieron en una paulatina relajación.

Quedaron encajados como si fueran uno solo, fundidos en la misma silueta. Marc sentía que el cabello en el que enterraba la cabeza olía a flores y la espalda que se pegaba a su pecho le daba un calor que no tenía que ver solo con lo físico. No recordaba haberse sentido mejor jamás.

Marc despertó sintiéndose fresco y despejado. No sabía cuándo había sido la última vez que durmió profundamente y, aunque no conseguía aprehender más que retazos de sus sueños, sabía que habían estado llenos de felicidad.

—Los inquisidores sí dormís —dijo una voz junto a él—. Lo he visto.

—Es el secreto mejor guardado de la Orden —dijo él girándose para rodearla con un brazo mientras permitía que la bruja se acomodara sobre su hombro.

—Tenías una expresión que nunca te había visto —dijo Alba con los ojos cerrados—. Te acariciaba el cabello y a veces sonreías.

—¿Acaso eres tú la que no duermes?

—Es que sentía que, si el sueño me ganaba, me perdería algo importante, que estaría menos tiempo contigo.

Marc le besó la coronilla y permaneció junto a ella un buen rato antes de hacer el amago de levantarse. Al momento ella lo abrazó un poco más fuerte.

—No te vayas todavía, por favor. Disfrutemos algo más de este momento. No sabemos cuándo se repetirá.

Marc le acarició la mejilla.

—Se repetirá. Pronto. Pero debo ir a ver cómo está Neva.

—Oh, ya veo. Te reclaman tus otras amiguitas —contestó ella dándose la vuelta con gesto enfurruñado.

—No. No hay más *amiguitas* —contestó Marc con una risilla que le valió un codazo—. Debo ir porque para ella estar allí es algo terrible. Sabes que se lo debemos.

Alba gruñó una respuesta que no pudo entender.

—Hagamos un trato —dijo entonces—. Esta tarde, después de comer, te retirarás a tus habitaciones para descansar, pues estarás muy fatigada. Prometo colarme para que pasemos unas horas juntos.

—¿A solas? ¿Sin prisas? —preguntó ella volviéndose apenas.

Marc recorrió la línea de su pálido hombro con un dedo y después se agachó para besarla.

—Sin ninguna prisa.

Alba sonrió y le agarró con ambos brazos para hacerle caer sobre ella.

—Tienes buena cara, hermano —exclamó Philippe cuando lo vio llegar al comedor—. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormías hasta tan tarde?

—Ayer tuve una conversación con Aileen —dijo Marc ignorando su pregunta—. Resulta que fue íntima de mi madre.

—¡Eso son buenas noticias! Lo son, ¿verdad?

Marc torció ligeramente el gesto, pero se sentía demasiado bien para permitir que todo lo que habían hablado el día anterior le afectara demasiado.

—No lo tengo claro, hermano —dijo cogiendo un bollo de los que Philippe tenía ante él—. Puede que descubrir la verdad sobre los nuestros no sea algo tan bonito como nos habíamos imaginado.

—Te entiendo perfectamente —respondió Philippe apoyando la cabeza en las manos—. Mi padre insistió ayer en que pasáramos la tarde juntos después del funeral. Ahora sé cómo os sentís conmigo cuando no hago otra cosa que hablar y hablar. Él,

además, no deja de engullir comida y beber alcohol a partes iguales y, encima, insiste en contarme historias de las que no me creo ni la mitad.

—Disfrútalo —contestó sencillamente Marc, dándole una palmada en la espalda—. Al menos lo tienes. Puede que cuando llegue el momento eches de menos toda esa cháchara.

Philippe rezongó una respuesta por lo bajo y tomó un poco de miel para untar en los bollos.

—¿Crees que nos recibirá el Dolente? —preguntó Marc.

—No lo sé, parece un hombre ocupado.

—Y creo que la primera impresión que se llevó de nosotros no fue demasiado buena.

—Pero es curioso —contestó Philippe frunciendo el entrecejo—, todos hablan bien de él. Ayer, mientras paseaba con mi padre, presté atención a las conversaciones de los que se cruzaron con nosotros. Al menos hasta que se daban cuenta de nuestra presencia y callaban espantados, como si hubieran visto a dos gigantes pelirrojos en medio de su capital —añadió con una risilla. Luego adoptó un gesto mucho más serio—. No hay cortesanos que murmuren cuando creen que nadie los oye. No percibí el más leve indicio de intrigas, envidias o gestos de desagrado hacia él en ningún momento. Durante el funeral no vi más que rostros sinceramente apenados por la muerte de su pequeña.

—Este es un país extraño —murmuró Marc.

—Empiezo a pensar que los extraños éramos nosotros; incluso en el Imperio.

—¿Eres tú el cabezahueca de mi hermano o algún fantasma que lo ha poseído? —preguntó Marc.

Philippe sonrió y se volvió hacia él para mirarlo directamente a los ojos. Su expresión era afable, pero también resoluta.

—Debemos hablar tú y yo, Marc —dijo—. Puede que ya sea hora.

—Te tomo la palabra, creo que tienes razón, pero debo ir a ver a Neva. Sabes cómo lo debe estar pasando en esos calabozos.

—Me parece justo —contestó Philippe—. Además, yo también tengo cosas que hacer.

—Supongo que alguna de esas tareas tiene que ver con acechar a Balleria escondido en las sombras —murmuró Marc con una sonrisa cómplice.

—Ojalá, pero no. He quedado aquí con mi padre para dar un paseo por la ciudad —dijo con un gesto de resignación—. Ayer, mientras cenábamos apartó por un momento la copa de vino para decirme «debemos conocer los alrededores por si estos demonios extranjeros nos tienden una emboscada. Debemos ser capaces de movernos rápido». Moverse rápido, hermano. Él.

—Paciencia entonces —dijo Marc levantándose—, pero no olvides lo que te he dicho. Disfruta de su compañía. Tú al menos puedes tener eso.

—Es difícil, cuando la vergüenza es tan intensa —murmuró Philippe mientras se alejaba.

El inquisidor tuvo tiempo de tomarse unos cuantos bollos más y varias tazas de té, además de contar los bloques de piedra que formaban una de las paredes del comedor antes de que Cedric apareciera. Los empleados del servicio y los pocos Agorianos que comían en silencio se lo quedaron mirando con muestras de rechazo en cuanto lo vieron llegar. Tenía el pelo apelmazado a un lateral de la cabeza y mantenía los ojos a medio abrir. Andaba con un bamboleo que hacía temblar su enorme barriga y antes de sentarse a la mesa soltó un contundente eructo.

—No sé qué le ponen a ese tinto, hijo, pero te deja como si hubieras bebido aguardiente uruthiano.

—Puede que perder la cuenta de las copas que bebes durante la cena tenga algo que ver —contestó Philippe, abochornado.

—¡Ah, brazos de Elías, no hay bebida capaz de tumbarnos! —rió él dándole una estruendosa palmada en la espalda—. ¡Somos fuertes como mulos!

Cedric comenzó a comer de un modo que dejaba a Philippe a la altura del chiquillo más inapetente del Imperio.

—Míralos —dijo con la boca llena señalando a dos de los trabajadores del comedor—, nos observan como si estuvieran decidiendo la mejor manera de colarnos un cuchillo entre las costillas.

Philippe apretó los dientes y se volvió hacia él.

—Has venido aquí y la mesa estaba puesta, limpia y repleta de comida —dijo en tono cortante—. Te han servido una taza de té sin preguntar y, cuando nos vayamos, limpiarán sin quejarse todo lo que estás manchando.

Cedric bajó la vista para descubrir que estaba dejando el suelo lleno de migas y rastros de la crema de los bollos. Después se volvió hacia los agorianos y los saludó con una sonrisa que dejó a la vista unos dientes repletos de comida.

El antiguo inquisidor esperó a tragar, pegó un buen sorbo de té y luego apartó el plato, todavía lleno.

—Hijo, sé que no soy lo que esperabas.

—Lo cierto es a estas alturas ya no esperaba nada.

Cedric asintió y enlazó las manos sobre la mesa.

—Te entiendo. No tuve la suerte de conocer a mis padres.

—No lo llamaría suerte —repuso Philippe, inflexible.

Cedric disimuló una mueca de dolor entre su barba y tragó saliva.

—Lo que quería decir es que todavía sé lo que se siente desde tu lado. Puede que no perteneciera a la Orden muchos años, pero lo recuerdo. —Cedric gruñó, se dio un par de manotazos en los carrillos y luego se volvió hacia su hijo—. Estoy intentando



decir que sé lo que ven tus ojos, pero no siempre fui así. En su momento me consideraban un prometedor aspirante ¡uno de los mejores, sin duda!

—¿Aspirante? —preguntó Philippe entrecerrando los ojos—. Te refieres a cuando todavía no se han cumplido los dieciséis y, por tanto, no se ha alcanzado el rango de árbitro, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Aquellos bastardos del Monasterio casi no pudieron darme ni un latigazo a partir de los ocho años. Era imparable, como un...

—Sí, sí, lo entiendo —le interrumpió Philippe con exasperación—, pero no has dicho que fueras un inquisidor, sino un *aspirante* prometedor.

El brillo en la mirada de su padre se congeló. Poco a poco los hombros se fueron estrechando como unas alas que se plegaran, agotadas. De nuevo la vergüenza se asomó a su rostro.

—Sé lo que he dicho, y también lo que no. Solo quería dejar claro que no siempre fui lo que ves ahora —respondió con un tono mucho más comedido.

—¿Qué es lo que pasó en el Monasterio?

—No me gusta hablar de ello, hijo.

—Has sido tú el que ha sacado el tema, no puedes dejarlo ahora a medias.

—No quiero hablar de eso en este momento.

—Me temo que debo insistir si se supone que es tan importante para entenderte mejor.

—¡He dicho que no! —rugió Cedric y la mesa crujió bajo el peso de su puño.

Philippe sintió como de pronto el hombre que tenía delante se convertía en un cúmulo inestable de fuerza bruta y Voluntad. Todos los presentes se volvieron hacia ellos y, durante unos instantes, la sala quedó en silencio.

—Lo siento —murmuró Cedric.

Cuando retiró la manaza quedó a la vista una huella suave en la mesa, como un tazón labrado en la madera.

—Vámonos —contestó Philippe tomándolo del brazo para llevarlo afuera.

Lo condujo en silencio al centro de Bendición, donde se internaron por unas callejuelas hasta dar con una taberna de aspecto tranquilo.

—Será mejor que ambos nos tomemos algo para templar los ánimos —dijo haciéndole un gesto al posadero para que les sirviera dos jarras de cerveza.

El hombre los miró con extrañeza, igual que los tres o cuatro parroquianos presentes, pero asintió en silencio. Cuando las bebidas estuvieron ante ellos, en uno de los rincones más apartados del local, Cedric alzó su jarra en dirección a Philippe y la mantuvo así hasta que brindó con él. Después pegó un trago que la vació hasta la mitad.

—Ya te he contado que me fui de Hÿnos tras mucho sufrimiento —dijo limpiándose los labios con la manga—. El Emperador, maldita sea su alma, lo consintió y poco después conocí a tu madre. Vivimos algo más de tres años en Rock-Talhé inmensamente felices en nuestra sencillez. Pensé que había encontrado por fin

la paz, pero no puedes escapar de la Orden. No se puede; nadie puede, hijo —dijo perdiendo la mirada en su cerveza.

Philippe respetó unos instantes el silencio de su padre, pero luego preguntó con suavidad:

—¿Qué es lo que sucedió entonces? ¿Te acusaron de algo?

—¿Qué? —preguntó él saliendo de su ensimismamiento—. No, por Lám, no. Llevaba años apartado de aquello, ni siquiera vi a un solo inquisidor en ese tiempo. No, pero la carta de aquel emisario era peor que cualquier otra cosa.

—¿Qué ponía?

—Me ordenaban... —Cedric tragó saliva y miró hacia otra parte—. Me ordenaban hacerle daño a alguien.

—¡Por favor, padre! ¡No puedes contarme esta historia y callarte una de cada dos frases! —exclamó Philippe exasperado.

Cedric se llevó las manos a la cabeza y se acarició el cabello, resoplando con ansiedad.

—Me pidieron que matara a Adler.

—¿Qué? ¿A Adler? ¿A ese bloque monolítico que casi lleva las leyes tatuadas? ¿A eso te referías cuando comentaste su nombre hace unos días? Pero, ¿por qué querría la Orden que lo mataras? Es más, permíteme dudar de que ni en tus mejores tiempos lo hubieras logrado. La reputación de ese hombre está casi a la altura de algunos emperadores.

—Lo sé, hijo. También yo pensé lo mismo. Pero lo relevante es que me negué.

—¿Pero por qué demonios te ordenaban hacerle daño?

—He dicho que me negué —repitió Cedric y en sus ojos apareció de nuevo la mirada que había mostrado en el comedor del castillo.

Philippe dejó escapar el aire contenido y asintió.

—De acuerdo, continúa.

—Durante unas semanas no pasó nada. Pensé que el asunto habría sido olvidado y, aunque a menudo pensaba en volver para intentar avisarlo, me debía a ti y a tu madre, así que no hice nada. Me quedé junto a vosotros. —El rostro de Cedric se ensombreció y sus ojos comenzaron a parecer más brillantes—. Un día decidí salir para talar unos cuantos árboles. Necesitábamos leña y dinero, así que estuve toda la mañana fuera. Cuando volví, tu madre estaba muerta y se te habían llevado.

Philippe abrió mucho los ojos.

—Desde entonces, hijo, no hago otra cosa que intentar quitarme todo esto de la cabeza —dijo Cedric con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. Me marché y di tumbos de aquí para allá. Stromferst solo era una parada más.

—Pero, ¿cómo pudiste simplemente huir? —susurró Philippe.

Cedric alzó la cabeza de la jarra. En sus ojos ardía un fuego que se mezclaba con la vergüenza.

—No fue tan sencillo.

—Te encontraste a mi madre asesinada, a mí desaparecido y te largaste. ¿Es así? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—¡Todavía hay troncos partidos en la avenida del Creador de Rockenwert! —rugió Cedric poniéndose en pie—. ¡Los destrocé yo con mis propias manos cuando fui a la sede más cercana de la Orden! ¿Quieres saber por qué me marché sin luchar, hijo? —preguntó con el rostro arrasado por el dolor y la pena—. Porque me dijeron que si les daba problemas te matarían también a ti. Me fui por miedo y por incapacidad, pero sobre todo porque no habría soportado que también tú murieras por mi culpa.

Philippe lo miró atónito y, puede que por primera vez en su vida, no supo qué decir durante un rato que se extendió, inmenso, durante varios minutos.

Finalmente se giró hacia el mostrador, desde donde los miraban varios pares de ojos suspicaces.

—Otras dos —dijo con un hilillo de voz.

Marc oyó los gemidos de Neva mucho antes de llegar a la puerta que llevaba a los calabozos. Puede que la roca húmeda amplificara el sonido de un modo alarmante, pero lo que le hizo acelerar el paso hasta correr fue el matiz conocido que contenía aquella voz. Casi esperaba encontrarse a la loba sometida a terribles torturas por lo angustiosos que sonaban sus gritos pero, en cambio, cuando estaba a punto de llegar a la antesala de las celdas, vio a un hombre con el uniforme de los carceleros corriendo hacia el exterior.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó.

—¿Que qué es lo que pasa? ¡Que habéis dejado entrar a un monstruo en Bendición! ¡Voy a avisar a la guardia! —dijo pasando a su lado a toda prisa.

Sus dos compañeros estaban en la siguiente estancia, apostados contra la portezuela que daba a las celdas, mirando por una ventanilla con los ojos desorbitados. Tampoco pasó desapercibido el hecho de que llevaban las armas desenvainadas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Marc temiendo la respuesta, pero intentando darle a su voz un matiz de tranquilidad.

—¡Tu bestia! —gritó uno de los hombres—. ¡Se ha vuelto loca de repente!

—Es un monstruo —siseó el otro mirándolo con odio—. ¡Casi nos mata, que el Dolente te condene!

Los gemidos de la loba seguían resonando desde el interior, quizá algo menos apremiantes.

—Neva —dijo Marc oteando la penumbra desde la pequeña abertura que tenía la puerta—. He venido a verte. ¿Cómo estás?

Los gemidos prosiguieron, monótonos, como si no le hubiera escuchado.

—Quiero entrar —dijo dirigiéndose al guardia más cercano.

—*No abriremos esta puerta hasta que no llegue la guardia* —dijo el aludido en agoriano, mirando a su compañero—. *Y menos con este traidor aquí.*

Marc lo miró a los ojos y dejó que su Voluntad comenzara a desperezarse, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar su contrariedad.

—Accedí a traer a mi amiga hasta aquí porque me aseguraron que podría verla cuando quisiera. *Quiero entrar* —repitió en agoriano.

—*Ya he dicho que no abriremos la puerta* —contestó el carcelero disimulando apenas su sorpresa.

Marc respiró un poco más fuerte y su Voluntad comenzó a ondear como una bandera a su alrededor. Los carceleros dieron un paso involuntario hacia el fondo de la sala, alzando las armas en su dirección.

—Supongo que ha intentado escapar o no estaríais aquí —dijo Marc avanzando también en su dirección—. Decidme una cosa, los barrotes de esa celda en la que estaba, ¿serían de al menos cinco centímetros de diámetro? ¿Algo más, quizá? — Marc dio otro paso hacia ellos y los dos hombres volvieron a retroceder, pese a que el inquisidor iba desarmado y sus brazos permanecían pegados a los costados en actitud tranquila—. ¿Qué os hace pensar entonces que no podría echar esta puerta abajo? ¿Qué podría impedirme ayudarla a salir? Pero lo que os estoy diciendo es que quiero entrar —insistió llegando hasta la puerta y descorriendo el grueso pasador.

El soldado más veterano le susurró unas palabras al oído a su compañero de las que Marc solo pudo entender el nombre de la campeona Balleria. Luego se acercó a él con valentía.

—Pasa si es eso lo que quieres, pero luego echaremos el cierre y la atrancaremos hasta que venga la guardia.

—De acuerdo —contestó Marc.

El soldado se acercó entonces hasta la hoja, lo miró y le hizo un gesto para que se preparara.

—Entra, ¡deprisa! —dijo abriéndola de golpe.

Marc se coló en el interior cuando apenas había nada más que una rendija y el soldado cerró la puerta con un golpazo. Por detrás resonaron los ruidos del metal del cierre y de los muebles al arrastrarse para hacer tope contra la hoja.

Al principio no vio nada. La sala de las celdas no tenía más iluminación que un par de estrechos tragaluces llenos de suciedad. Las antorchas estaban apagadas y Marc no podía percibir los rincones más umbríos de la estancia. Sin embargo, sentía claramente la Voluntad de la loba, pues era aún más vistosa que si hubiera una hoguera en su lugar y la conocía demasiado bien.

Cuando sus ojos se adaptaron un poco más vio que justo delante de él había un trozo de barrotes en el suelo. Unos pasos más allá, junto a la puerta de la celda, un cuenco con algo de carne asada estaba volcado en el suelo. Los gemidos, algo más tenues, seguían sonando desde un rincón oscuro de la celda, procedentes de un bulto trémulo del que apenas podía percibir las formas.

—Neva, soy yo. He venido a verte —dijo con suavidad, pero la loba no dio muestras de haberle oído.

Solo cuando hubo dado unos cuantos pasos más en su dirección se dio cuenta de que estaba cubierta por una mata de pelo blanquecino.

—Neva, no puedes permanecer así —dijo con voz tranquila—. Ya lo sabes, si te ven en este estado se asustan. Y ya hemos hablado de lo que los hombres asustados tienden a hacer, ¿verdad?

Por toda respuesta la loba lanzó un quejido lastimero y se agitó del mismo modo en que un ser humano lloraría.

Marc tuvo que buscar a tientas hasta que encontró la llave de la celda en el habitáculo desde el que solían vigilar los carceleros. Sin dudar ni un instante abrió la puerta y la cerró tras él con rapidez.

La pared de la celda estaba llena de arañazos y pequeños surcos e incluso había piedrecillas por el suelo. Los barrotes mostraban gruesas muescas y el que estaba partido incluso tenía marcas de dentelladas.

—Amiga mía —dijo Marc con una dulzura que casi nadie le había escuchado—, sé que esto es para ti peor que cualquier otra cosa. Pero no tenemos elección. Si te hubiera dejado correr por los campos te habrían perseguido hasta darte caza y esta gente parece muy capaz de conseguir lo que en el Imperio nunca lograron.

Se sentó lentamente a su lado y esperó unos instante más antes de alargar la mano y tocarle levemente la espalda. La criatura que tenía junto a él dio un respingo y, a la tenue luz que entraba por el ventanuco, los dientes resplandecieron, blancos y enormes.

—Habría sido malo para todos, Neva. Te habrían atacado con ballestas, desde lejos. Tú te habrías revuelto y seguramente habrías conseguido acabar con unos cuantos soldados, pero al final te habrían capturado o algo peor. Estarías aquí, en una celda más pequeña, herida y no como un huésped provisional, sino como una prisionera esperando sentencia. Eso en el mejor de los casos.

De nuevo, Marc volvió a adelantar la mano hasta su espalda y en esta ocasión solo percibió un tenue gruñido, así que al cabo de unos segundos volvió a tocarla, pero esa vez no la retiró.

—¿Recuerdas aquella vez que tuvimos que escondernos bajo las raíces de ese árbol? ¿Qué era, un abeto o quizá un roble centenario?

Los gemidos de la loba se detuvieron, pero no se volvió hacia él.

—Aquel joven noble, ruidoso y petulante, aseguraba que había visto corriendo a una mujer desnuda más rápido que un caballo, ¿no?

Marc comenzó a acariciar lentamente la espalda de Neva. El pelaje era espeso, pero tan suave como la niebla y, pese a estar a oscuras, hermoso.

—Casi estaba a punto de salir y ordenarle que se marchara en nombre de la inquisición cuando aquel zorro que perseguías salió corriendo, con los sabuesos detrás. —Neva dejó escapar el aire en una exhalación corta, como si soplara el polvo

sobre un viejo libro—. La jauría asustó al caballo y lo hizo caer, ¿recuerdas? Dio con su noble cara en el barro y entonces te vio. —La loba volvió a hacer ese sonido y Marc comenzó a sentir unas levísimas sacudidas en su cuerpo—. Gritó que había visto a la muerte, «¡La bella y pálida muerte que ha venido a llevarme!» —dijo exagerando el acento de Louisant.

Junto a él, Neva se reía con esas respiraciones cortas y enérgicas, desprovistas de más sonido, pero que utilizaba como las carcajadas de una persona cualquiera.

Marc le echó entonces un brazo por encima y la atrajo hacia él.

Cuando la guardia llegó, abriendo con estrépito la puerta en medio de gritos y el tintineo de las armaduras, solo vieron que el inquisidor acunaba dulcemente a una figura envuelta con su capa. Cuando se acercaron más y alargaron las antorchas en su dirección, vieron que sostenía a una joven de aspecto delicado y triste que mantenía los ojos cerrados. Solo el trozo de barrote permitía dar crédito a lo que los carceleros aseguraban haber visto.

La estancia estuvo llena de soldados un buen rato y, cuando la mayoría se fueron, uno de los que tenía más graduación se acercó a los barrotes para dirigirse directamente a Marc. Era Ghentil, al que ya habían conocido poco antes de la llegada de Balleria.

—*Voy a dejar a cinco ballesteros aquí* —dijo en agoriano con una voz llena de desprecio—. *Son capaces de acertar a un gorrión en pleno vuelo. Imagina lo que harán con tu bestia si vuelve a intentar algo.*

Marc lo miró a los ojos, pero no contestó. Se mantuvo donde estaba durante más de una hora, acariciando suavemente a Neva. Después se levantó y sacó un brazo por los barrotes para alcanzar el cuenco de carne volcado y dejarlo cerca.

—Me marchó. Voy a intentar solucionar esto de una vez —le dijo a la loba acuclillándose ante ella—. Esta noche volveré a verte, cuídame la capa mientras tanto, ¿de acuerdo? Y quiero que comas, esto no es excusa para dejar de alimentarse.

Marc la tomó entonces de la barbilla para que alzara la cabeza y la mantuvo así hasta que la loba abrió los ojos y lo miró a regañadientes.

—Neva —susurró—, ya has oído a ese imbécil. Estos hombres no bromean y las ballestas que llevan son peligrosas. Ni se te ocurra volver a hacerlo. Te prometo que te sacaré de aquí lo antes posible.

Marc no se detuvo hasta que averiguó dónde podía dar con Balleria. Estuvo preguntando por toda la ciudadela hasta que Philippe se cruzó con él.

—Estás de enhorabuena —dijo con una carcajada—. Da la casualidad de que poseo la información que andas buscando.

—Entonces déjate de bromas y vamos a buscarla.

Philippe lo miró con pretendida suspicacia.

—Un momento, ¿acaso pretendes disputarme el cortejo?

—Neva se ha transformado dentro de los calabozos. Si no hubiera llegado en ese momento habría ocurrido una desgracia. Por favor, hermano, esto es serio.

—Sígueme entonces, te llevaré hasta ella —contestó Philippe con expresión alarmada—. Conseguí sonsacarle a Cahiel el lugar donde Balleria suele pasar las tardes.

—No creo que sea justo que te aproveches de Cahiel para obtener ventaja en tus flirteos, pero en este caso no me quejaré.

—Ah, yo también pensaba que era un poco... lento —exclamó Philippe sonriendo ampliamente, como si ya hubiera olvidado el asunto de Neva—, pero resulta que no hace mucho se lo consideraba uno de los guerreros más prometedores de Ágarot. Un aspirante a campeón, nada menos.

—¿Cahiel? ¿Estamos hablando de ese muchacho que no para de parlotear cosas sin sentido y al que todos miran consternados?

—Las apariencias engañan, supongo —dijo Philippe encogiéndose de hombros.

Anduvieron a paso rápido hasta llegar a uno de los edificios bajos que había dentro de la ciudadela, no lejos del castillo.

—Me han dicho que suele ejercitarse aquí. ¡Estará entrenando, Marc! Con un poco de suerte nos pedirá que la ayudemos y entonces podré cruzar mi acero con el suyo. Con cuidado, eso sí, con la fuerza justa para poder sujetarla entre mis brazos cuando esté a punto de caer al suelo.

—Tú límitate a dejarme hablar. Cuando me haya atendido podrás seguir flirteando con ella todo lo que quieras —rezongó Marc, entrando primero.

Tal y como les habían dicho, Balleria estaba en una especie de gimnasio, no muy distinto del que ellos mismos habían ocupado tantas veces en el Monasterio, aunque más grande y elegante. El suelo estaba cubierto de suave madera pulida y en varios puntos la habían protegido con lonas de tela gruesa. Había multitud de armas y escudos ordenados en soportes y estantes. La parte superior de las paredes, hasta el punto en que comenzaba el ángulo inclinado del techo, estaba formada por ventanales que dejaban entrar la luz.

La campeona estaba sola en el centro de la sala, de espaldas a ellos. Vestía ropas de cuero eminentemente funcionales y una blusa blanca remangada hasta el codo. Tenía una espada de práctica sin filo que dirigía una y otra vez contra un muñeco de madera reforzado con tiras de piel.

—Fíjate qué movimientos tan precisos —susurró Philippe, tomando a Marc del brazo para que se detuviera—. Tiene un equilibrio envidiable, por no hablar de su figura. ¿No te parece que sus muslos son tan duros que podrían usarse a modo de garrotes?

Marc resopló exasperado mientras se adelantaba hacia ella.

—Saludos, campeona —dijo con voz clara—. Tenemos que hablar.

Balleria midió la distancia y ejecutó un giro con todo el cuerpo que acabó con la espada apenas a unos centímetros de la cabeza del muñeco. Después bajó los brazos y

se volvió hacia ellos.

—No estoy acostumbrada a que me molesten cuando entreno —dijo sin que su voz reflejara emoción alguna.

Tenía la frente brillante y el justillo con que se cubría el pecho subía y bajaba rítmicamente.

—Si es por eso no habéis de preocuparos —dijo Philippe dando un paso al frente—. ¡Yo me ofrezco voluntario para ayudaros con vuestro entrenamiento e incluso para enseñaros una o dos cosas!

La ceja que se elevó en el rostro de la campeona les dio la misma sensación que si se tratara del mecanismo retráctil de una ballesta.

—Quiero pensar que no habéis venido para eso —dijo con creciente impaciencia.

—Tengo que hablar con el Dolente —dijo Marc fulminando a Philippe con la mirada.

—¿A qué se debe ese esa necesidad tan Imperiosa? —preguntó Balleria.

—Se lo habría pedido a Aileen, pues no deseo importunaros, pero ha salido con Alba e Isabell para enseñarles algo en la ciudad y los guardias que custodian a vuestro Señor no atienden a razones. —Marc dio otro paso hacia ella—. Neva necesita que la saquemos de los calabozos.

—¿Esa criatura vuestra? —Balleria bufó con desdén—. No se molesta al Dolente con asuntos triviales.

—Mi amiga se está muriendo ahí abajo —insistió Marc—. Si a una planta la encerraras en esa mazmorra, lejos de la tierra y el sol que la alimenta, no estaría peor que ella. Necesito que la saques de ahí. Está sufriendo lo indecible.

—Me temo que no es posible —respondió Balleria—. No podemos dejarla suelta.

—Tiene que ser posible —insistió Marc apretando los puños— o asumiré que la campeona que tengo delante es una embustera.

Balleria alzó la cabeza y un rubor iracundo comenzó a teñirle las mejillas.

—Tu ofensa está rozando el delito, si no lo ha alcanzado ya. No estás en posición de sostener semejantes bravuconadas. Ya no te encuentras junto a tu Emperador para correr bajo sus faldas —respondió la mujer arrojando la espada de prácticas al suelo con estrépito y llevándose la mano al cuchillo que tenía en el cinto.

—Quizá lo mejor fuera dejarnos de tanto teatro y ver quién tiene que refugiarse en las faldas de su señor —dijo Marc con un siseo, sin moverse de donde estaba.

—Paz —pidió en ese momento Philippe, situándose entre los dos con una expresión preocupada que resultaba extraña en su rostro—. Diré, en descargo de mi hermano, que cuando nos indicasteis la necesidad de custodiar a nuestra amiga cumplimos sin rechistar, pero sin saber que su destino sería esa húmeda y lóbrega mazmorra. Esa chiquilla está sufriendo extraordinariamente y lo justo es que se le proporcione una alternativa —dijo mirando a Balleria—. Es cierto, sin embargo, que estas gentes no la conocen, Marc —dijo volviéndose entonces hacia él—, y puede resultarles difícil aceptar junto a ellos algo de una naturaleza semejante. A Neva le



debemos la vida, pero aquí no es más que una desconocida que emana una sensación de peligro tan fuerte que no hace falta ser sensible a la Voluntad para percibirla.

Los tres quedaron en silencio tras sus palabras. Marc y Balleria seguían mirándose con animosidad, pero al menos ya no parecía que se fueran a lanzar el uno contra el otro en cualquier momento. El inquisidor no tardó en gruñir algo que ninguno entendió.

—¿Qué has dicho? —preguntó Philippe.

—¡He dicho que tienes razón, maldito sea el pellejo de Gillean!

—Bien. Una vez reconocido eso, lo justo sería ahora que las buenas gentes de Ágarot hicieran gala de su gentileza y comprensión y se proporcionara una salida a este problema —dijo Philippe volviéndose hacia la mujer.

Pasaron largos segundos de incertidumbre antes de que Balleria contestara.

—Veré qué puedo hacer al respecto, pero solo porque, como has dicho, no habéis puesto ningún impedimento a nuestras decisiones. Tened claro, no obstante, que incluso si consigo que salga de los calabozos permanecerá encerrada en otro lugar. No dejaremos que se pasee libremente de ningún modo. Y menos después de lo que ha sucedido hoy.

—No habría pasado nada si al menos hubiera podido ver la luz del sol y no hubiera tenido que respirar ese aire fétido.

—En cualquier caso tú respondes por ella y si intentara escapar o hacer el menor gesto de agresión dispararán sobre ella sin mediar aviso —respondió la mujer.

—De acuerdo —dijo Marc dándose la vuelta.

El inquisidor se marchó con paso vivo antes de que Philippe pudiera reprocharle su actuación. Sin saber muy bien qué hacer, el pelirrojo se quedó allí plantado, con los hombros hundidos y una desagradable sensación de soledad en el pecho.

—Te ruego que lo perdones —dijo con una voz tan vacua que casi no parecía la suya—. Últimamente tiene un pronto muy vivo. Nunca ha sido así.

—Ese pronto podría costarle la vida aquí. Ya no estáis en el Imperio.

—Nos hemos dado cuenta, señora —respondió Philippe volviéndose hacia ella con dolor en su mirada—. Nunca estuvimos tan al Norte. Todo esto es nuevo para nosotros y nos resulta extraño no conocer nada de lo que vemos a nuestro alrededor. Ni el paisaje ni las costumbres de sus habitantes.

Balleria asintió, suavizando por un instante la expresión.

—Puede que todos debamos hacer un esfuerzo por entendernos —dijo al fin.

—A mí me gustaría hacerlo, sin duda. Y no me importaría pedir os disculpas por mis torpes maneras sin con ello ganara el don de vuestra compañía, aunque solo fuera durante un instante cada jornada.

La campeona torció el gesto. Sin embargo, quizá engatusado por su propia esperanza, Philippe creyó ver un atisbo de sonrisa a punto de nacer en las comisuras de sus labios. Aquello fue suficiente para que el estómago le diera un vuelco que casi le hizo tener que buscar asidero.

—Os avisaré cuando hable con el Dolente —dijo Balleria y le dedicó un levísimo asentimiento antes de marcharse.

Philippe se quedó allí largos minutos antes de recoger la espada de prácticas del suelo. La estuvo mirando durante un buen rato, ensimismado en sus pensamientos antes de suspirar ruidosamente y sacudir la cabeza.

—¿Qué te está pasando, tonto? —murmuró.

Lejos de allí, Marc detuvo su briosa caminata y se sentó en un banco con gesto impotente. Masculló unas palabras y luego se dio una sonora palmada contra el muslo. Su expresión no dejaba de moverse entre la fiereza y el disgusto.

Estuvo allí largos minutos, meditando y murmurando en ocasiones hasta que fue consciente de un sonido que llevaba un rato escuchando. Alzó la cabeza como cuando Philippe olfateaba la comida y echó a andar. No tardó en darse cuenta de que se trataba de la música de Sebastien, que le resultaba inconfundible.

El sonido venía del templo en el que se había oficiado el funeral por Illya y le atrajo con la misma firmeza con que el sedal del pescador tira de su presa.

El interior estaba a oscuras, a excepción de unas cuantas velas, por lo que los candiles que alumbraban la balconada que había frente al órgano destacaban como estrellas. Desde allí, un coro de no menos de cuarenta personas contestaban al maestro organero, que tocaba enmarcado por los candelabros del instrumento.

El conjunto sonaba perfectamente equilibrado y el tono de la obra era optimista y heroico. Marc no alcanzaba a entender todo el texto en agoriano, pero habría jurado que hablaba de la fraternidad entre los hombres y la esperanza de un futuro más amable que el presente.

Las voces llenaban el espacio cuando Sebastien tiraba de algunas palancas y el órgano dejaba de rugir con autoridad para convertirse en el ulular suave de un viejo búho. En esos momentos, el metal del órgano envolvía las voces, sosteniéndolas o adornándolas como si fuera una guirnalda a su alrededor. Pero pronto la música fue remontando de nuevo hacia un punto de inflexión crucial y dos trompetas comenzaron a puntear la melodía en el agudo, lanzando destellos con sus notas de un modo que casi las hacía brillar ante sus ojos.

Fue en ese momento cuando Marc se dio cuenta de que en los bancos, en medio de la oscuridad, había un buen número de agorianos, escuchando en silencio. Muchos alzaron la cabeza cuando los metales comenzaron a sonar y miraron embelesados hacia los músicos.

Todavía se produjo un último clímax antes de que las voces retomaran la melodía principal y la llevaran a un glorioso culmen al que se fueron uniendo las trompetas y todos los registros del órgano.

Cuando el sonido se apagó hubo unos instantes de silencio e inmovilidad antes de que los presentes comenzaran a aplaudir. Sebastien se giró hacia ellos y agachó

solemnemente la cabeza. Después se levantó y recogió sus cosas antes de salir por la abertura de la pared.

Las gentes comenzaron a marcharse con expresión soñadora en el rostro y, cuando el maestro llegó abajo, todo el coro y los dos trompetistas le estaban esperando. Mostraban sonrisas y expresiones de admiración, cuando no de abierta gratitud.

—Gracias, señores —dijo él sencillamente—. Suerte esta noche.

Todos sin excepción inclinaron la cabeza antes de abandonar el templo en silencio.

—En el Imperio prácticamente nadie que no fuera noble, sacerdote, un oficial o alguno de sus sirvientes habría podido escuchar algo así —dijo el anciano cuando llegó hasta Marc—. Aquí hay conciertos regularmente y la entrada no tiene más limitación que el espacio disponible.

—Parece bastante más justo que en nuestra tierra.

—Es fundamental. Un pueblo que no conoce el arte ni puede acceder a los conocimientos es un pueblo fácil de manejar. Ponles, por ejemplo, a un Embajador bien adornado con oro y símbolos, que gesticule con exageración como si estuviera apartando moscas y tenga buena retórica; la mayoría verá ante sí a un incuestionable emisario de los dioses.

Marc asintió, echando a andar junto a él.

—Ya había escuchado antes esa obra —dijo Marc sintiendo como la presencia del maestro lo apaciguaba—, pero en el Monasterio vos tocabais también la parte de los coros y las trompetas.

—En mi cabeza siempre había sonado así —repuso el maestro con sencillez—. Tuve que escribirla de memoria al llegar aquí, aunque eso me permitió introducir algunas mejoras. Puede que hasta deba dar las gracias al Embajador. Buen oído, por cierto.

—No, maestro, es que vuestra música es inconfundible.

—Bueno, eso también es cierto —respondió Sebastien encogiéndose de hombros—. Y es algo que me preocupa, como sabes, porque todavía no he visto a nadie capaz de tocar mis obras. ¿Qué pasará cuando ya no esté?

—Vuestro arte no morirá, Sebastien. Es imposible.

El anciano sonrió con afecto y le palmeó la espalda.

—No hay nada que agrade más a un autor que el elogio de sus obras, por mucho que queramos negarlo —dijo con una risilla—. Pero ya sabes que no ha sido siempre así. Al menos no en el Imperio. Tuve una experiencia especialmente desagradable unos años antes de conocerte.

—Supongo que el Embajador estaba involucrado.

—Por supuesto. ¡Charlatán inútil y empalagoso, capaz de lamer el suelo que pisa el Emperador! —barbotó Sebastien—. Me obligaron a prestarme a una especie de competición contra un joven noble que se las daba de profesional para ver quién era

el mejor organista del Imperio —gruñó con enfado—. Primero criticó mis obras con una dureza solo comparable a su ignorancia, pero el jurado rio sus ocurrencias y lo aplaudieron al terminar. Cuando fue mi turno de analizar la obra que presentó me abuchearon a la segunda frase y comenzaron a replicarme una y otra vez. Me hirieron en mi orgullo, en mi dignidad y no pararon de soltar comentarios llenos de burla hasta que aquel joven petulante se subió al órgano. La bazofia que tocó estaba plagada de recursos fáciles, de melodías vacías y giros trillados. —El maestro organero comenzó a ponerse rojo—. Para colmo, empezó a introducir pequeños motivos de mis obras, desvirtuándolos y retorciéndolos hasta convertirlos en algo grotesco. ¿Sabes lo que duele eso, Marc? Te hablo de ver tus creaciones, tus propios hijos, al fin y al cabo, destrozadas como estatuas de arena que se van desmoronando.

—Todos nosotros sufrimos escarnio e ignominia en esa tierra —dijo Marc, asintiendo.

—Ah, pero algunos pudimos disfrutar de un destello de rebeldía, ¿no es cierto? Tú le metiste un virote en el ojo a ese engendro de Jhaunan, si lo que he oído es cierto, y yo tampoco me reprimí demasiado en esa ocasión —añadió, riendo de nuevo por lo bajo.

—¿Qué es lo que hicisteis? —preguntó Marc sin ser capaz de imaginar cómo podía haber averiguado su amigo el destino de Jhaunan.

—Cuando fue mi turno, me senté en el banco del órgano y me mantuve inmóvil hasta que comenzaron a murmurar. Entonces toqué con el pedalero las ocho primeras notas de la cláusula de difuntos y me fui de allí con las mejillas más rojas que el interior de una sandía.

Marc soltó una carcajada. Había pasado demasiados años en el Monasterio para no oír esa melodía y saber lo que significaba.

—Sin duda sois un genio. Nunca había oído que nadie fuera capaz de dar una bofetada a través de ocho notas.

—Ah, amigo, ya te dije que la música oculta un cierto tipo de magia, ¿no lo recuerdas? Tiene fuerza y divinidad. —Sebastien alzó la cabeza para mirar al cielo y se acarició la barbilla, meditabundo por un instante—. ¿No te has preguntado que música escucharía Thomenn?

—Lo cierto es que nunca se me había ocurrido esa cuestión.

—Pues a mí es algo que me intriga sobremanera —murmuró Sebastien—. Teniendo a su lado a Lugh es difícil imaginárselo escuchando otras obras que las suyas, claro, pero aparte de eso, ¿qué pensaría de los laúdes de Seléin o las fanfarrias de Rock-Talhé? ¿Llegaría a escuchar la percusión de Uruth? ¿Cantaría en alguna ocasión las sobrias tonadas de Quiles? Es igual —dijo parpadeando para salir de la ensoñación—, nunca lo sabremos. Eso será un misterio, como tantos otros que rodean su figura.

—A propósito de Thomenn —dijo Marc—, nunca os he visto llevar el Símbolo, pese a que vestís hábitos, como en el Monasterio.

Sebastien se giró hacia él y le dedicó una sonrisa de reconocimiento.

—Buen oído, buena memoria y encima eres observador —dijo metiéndose la mano por el cuello del hábito y sacando un sencillo trozo de madera avejentada sobre la que se había grabado a fuego la silueta de una hoja de roble—. Lo llevo siempre pegado al pecho, bajo la ropa. No tengo por qué alardear de mi fe. Mi compromiso es algo entre el Creador y yo, a nadie más compete ese asunto.

Marc ensanchó su sonrisa, admirado. Se sentía tranquilo y a gusto en su compañía, relajado por primera vez desde que había ido a ver a Neva.

—Creo, maestro, que es realmente la primera vez que os veo en paz.

—Es cierto, así me siento aquí: en paz. Ya te dije ayer que, probablemente, debí irme mucho antes. Aunque a veces he pensado que quizá estuviera allí por una buena razón —murmuró como para sí mismo.

—¿A qué os referís? —preguntó Marc intrigado.

—Es algo que no me atreví a contarte el otro día por si pensabas que la senectud por fin había acabado por volverme loco. Pero es importante, sí, sin duda lo es. Verás, Marc, poco antes de huir del Monasterio... —Sebastien lo tomó del brazo y se detuvo para mirarlo a los ojos— alguien me habló.

—¿Alguien? ¿Qué queréis decir?

—No he comentado esto con nadie —dijo sin apartar la mirada y bajando la voz—. Una noche desperté en mi celda sintiendo que algo me había tocado el corazón. Sentía frío pese a que estaba arropado con gruesas mantas y todavía me parecía oír el eco de su voz.

Marc lo miraba con perplejidad sin saber qué decir.

—No había en aquel sonido, que realmente ya no escuchaba, palabras ni frases, pero entendí claramente que debía dejar un libro en el mismo sitio en el que tú me habías devuelto *La insidia de Selén*. Aquello me hizo pensar que, quizá, iba dirigido a ti.

Marc se revolvió, sintiendo como un escalofrío ascendía lentamente por su espalda.

—*El buen padre* —dijo en un susurro.

Sebastien abrió mucho los ojos y asintió.

—Así que era para ti, después de todo.

—Casi lo había olvidado —respondió Marc—. Ese libro viajó conmigo durante largos meses antes de que el tráfago de mis últimos días como inquisidor me hiciera extraviarlo.

—No te preocupes por ese tomo, no era valioso para mí. Lo importante es: ¿te sirvió de algo?

—Su lectura me resultó inquietante y muy perturbadora en algunos puntos.

—Entonces es un buen libro, supongo.

—Pero me estáis diciendo que alguien os habló en sueños.

—Alguien es poco decir —contestó Sebastien mirándolo bajo sus pobladas cejas—. Dejé el libro allí porque tuve la sensación de que era lo más importante que había hecho en toda mi vida. —Un silencio pesado se instaló entre ellos. A lo lejos se oyeron unas campanas y Marc sintió como, de nuevo, se le erizaba la piel de la nuca—. He escrito música que no constituye un monumento menor que la Catedral, te lo aseguro, pero esto me pareció que podía ser aquello para lo que verdaderamente había nacido.

En ese momento, Marc abrió mucho los ojos como si comprendiera la trascendencia de aquel gesto.

—Ventura —dijo estupefacto.

—¿Cómo decís?

—El barón de Agua Clara mencionó algo que me recordó los textos de *El buen padre*.

—¿Tuvo eso algún tipo de trascendencia? —preguntó Sebastien entrecerrando los ojos.

—Ya lo creo —respondió Marc con el rostro lívido.

—Entonces debes hablar con las brujas —sentenció el maestro.

Marc acudió directamente a la habitación de Alba, llamó a la puerta y esperó a que abriera.

—Hola —dijo ella con una voz marcada por la picardía que mostraban sus ojos—. ¿Qué tal ha ido tu día?

El inquisidor dio un paso adelante, la cogió de la cintura y cerró la puerta. Entonces la abrazó, enterrando la cabeza entre sus cabellos. Alba notó su agitación y no dijo nada, solo lo acogió entre sus brazos para confortarle.

Estuvieron así durante un tiempo que ninguno parecía querer que acabara. Daba la impresión de que podría haberse prolongado hasta el fin y habrían sido felices de ese modo, abrazados, fundidos el uno sobre el otro sin palabras, pero con un conocimiento profundo del cuerpo que sostenían al lado.

—Sebastien y yo creemos que el Creador me volvió a señalar —dijo Marc al fin, separándose con desgana del remanso de seguridad que formaban los cabellos de Alba.

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? —preguntó la bruja con expresión sorprendida.

—Tiene que ver con lo que sucedió en Agua Clara. Debemos hablar inmediatamente con Aileen e Isabell. Creo que la entrevista con Dolente no se puede retrasar más.

Alba asintió con una creciente preocupación en el rostro.

La mujer del Dolente estaba en sus aposentos y en cuanto uno de los soldados que custodiaba su puerta le dijo quien solicitaba verla lo hizo pasar.

De nuevo, Marc se situó entre las tres brujas y relató brevemente a Aileen lo sucedido cuando fue a hablar con Ventura. Le habló del descrédito que le supuso ante el Emperador, del modo en que la misión de investigar el asunto de Regia le llegó mientras permanecía en una especie de encierro en Hÿnos y, por último, de la charla que había mantenido apenas un par de horas antes con Sebastien.

—Entonces fuiste reprendido porque la sentencia que adjudicaste en Agua Clara no fue considerada demasiado severa —dijo Aileen.

—E, indudablemente, tu decisión se vio afectada por lo que Ventura dijo y tú habías leído antes en ese libro. Aquello acerca de la responsabilidad y el deber de los gobernantes —añadió Isabell.

—Me tuvieron sin actuar mucho tiempo después de aquello, como castigo —murmuró Marc.

—Y, cuando por fin te encomendaron una misión, fue el asunto de Regia.

—Es un mensaje. Un acto del Creador —sentenció Aileen.

—Puede que solo sea casualidad —murmuró Marc, dubitativo.

—No pueden darse tantas casualidades —repuso ella inmediatamente— y el maestro organero no es alguien que se deje influenciar por un mal sueño o que no tenga suficiente experiencia en todos los órdenes como para confundirse en algo así.

—Aurore predijo mientras estaba en el Monasterio que te unirías a nosotras y la ocasión fue esa —dijo Isabell, asintiendo—. Y Alba tenía el poder y la intención de capturar a un Inquisidor para que la ayudara en la búsqueda de la tumba de Lám.

Marc se llevó las manos a la cabeza ante la enormidad de lo que decían.

—Pero... ¿por qué yo? —susurró.

—Bueno, para empezar eres el único hijo del Emperador, que nosotras sepamos —dijo Alba—. Hijo de una bruja, además.

—Pero no puede ser que todo comenzara simplemente por leer un libro —dijo Marc.

—En nuestra experiencia, actos casi insignificantes pueden tener unas repercusiones extraordinarias. Es del Creador de quien estamos hablando, al fin y al cabo —dijo Isabell—. Pon a dos personas a andar juntas; desvía después a una de ellas apenas un paso de su trayectoria y al principio no caminarán lejos pero, si el viaje se prolonga lo suficiente, sus destinos serán totalmente distintos.

—No podemos esperar más —dijo Aileen de pronto, levantándose—. Es prioritario que Dolente os reciba y oiga esto.

—Hermano, ¿qué demonios te pasó ayer? —preguntó Philippe a la mañana siguiente, en cuanto dio con Marc en el comedor. Estaba en el rincón más apartado de la sala frente a una taza llena de té, ya frío, y un bollo que no había tocado—. ¿No se

supone que te ibas a portar bien? Ya te dije allá en Robleviejo que yo soy el estúpido e impulsivo, no usurpes mi papel. Necesitamos a alguien templado y capaz de pensar. Lo que sucedió con Balleria es algo que no nos podemos permitir.

—Calla —susurró Marc llevándose una mano a la frente.

Philippe lo miró con sorpresa, pero luego su gesto fue cambiando hacia el enfado.

—¿Que me calle? ¿Protagonizas un acto tan sumamente vergonzante y me pides que no diga nada? Hermano, tu actuación podría haber acabado en un desastre absoluto. Está bien, te dije hace tiempo que teníamos una conversación pendiente y el momento de tenerla es ahora.

—No Philippe, ahora no —pidió Marc enterrando la cara entre las manos.

—¡Deja de aplazar la cuestión! —exclamó Philippe dando un golpe sobre la mesa—. ¡Yo he matado a docenas de hombres! Es cierto, no me gané mi sobrenombre por tejer en el porche de una granja o pastorear terneros. He segado vidas, pero nunca a sangre fría; nunca fuera de un combate. Lo que hiciste con esos bandidos fue despreciable ¿qué es lo que te está sucediendo? Desde que te encontré tras lo de Mulars te he visto volverte más reservado cada día. Y no es que hayas sido demasiado hablador nunca, pero al menos tenías un carácter razonable y equilibrado. Ese odio que a veces te alimenta, esa rabia que veo tras tus ojos no eran propias de ti y masacrar a indefensos, por muy bandidos que fueran, tampoco.

Marc se volvió de golpe y se acercó tanto a él que su hermano trastabilló hacia atrás.

—¿Quieres saberlo? —siseó mirándole con una mueca fiera—. Para empezar, Aileen me ha dicho que, si desciendo de la línea de los emperadores, es probable que algo de lo que Gillean otorgó al Primero haya llegado hasta mí. Por si eso no fuera suficiente, acabo de descubrir que el Creador volvió a señalarme otra vez hace solo unos años. ¿Te parecen suficientes motivos para que te pida que cierres esa enorme boca y me dejes tranquilo?

Philippe, a punto de replicar, se quedó un instante inmóvil y luego se sentó frente a él, lentamente. Mostraba una expresión perpleja y lo miraba como si estuviera ante otra persona. Marc tenía una mueca horrible de odio. Los ojos estaban inyectados en sangre y, al observarlo con más detenimiento, se dio cuenta de que el sufrimiento afloraba de nuevo en cada centímetro su rostro.

—Hermano, no tenía ni idea de eso —dijo bajando la mirada—. Ahora me siento culpable por haberte hablado así. Tendría que haberme dado cuenta de que tu ascendencia estaba influyendo en tu carácter. ¡Somos hermanos, maldita sea, debería conocerte mejor!

—No, Philippe —contestó Marc suavizando el gesto—. No es culpa tuya. Tú siempre has sido comprensivo y sabio al hablar conmigo. Es solo que esta maldita cosa que se agita dentro de mí a veces es tan fuerte...

En ese momento uno de los servidores del castillo entró apresuradamente al comedor y se dirigió directamente hacia ellos.



—El Dolente os reclama —dijo casi sin resuello.

Philippe y Marc compartieron una mirada preocupada y se levantaron.

El salón del trono de Ágarot era, como parecía serlo todo en la vida de sus habitantes, austero y funcional. Tenía, no obstante, detalles del buen hacer de sus artesanos, como los bustos de antiguas personalidades que jalonaban el perímetro o el metal labrado de las lámparas de aceite. No había grandes ventanales, como en Hÿnos, ni gigantescas estatuas, pero el artesonado del techo iba más allá de lo que cualquiera de los extranjeros hubiera visto en el trabajo de la madera.

El trono, que permanecía vacío, era más una escultura de mármol que el asiento de un rey. Tenía labrados motivos florales y hojas de roble que escalaban por el respaldo hasta formar la parte superior de un hombre que miraba con expresión adusta y pensativa. Desde su espalda, y ascendiendo por los laterales, había una especie de marco que dibujaba en el vacío la forma de la lágrima.

—Es el primer rey de Ágarot —susurró Eldwin, que cerraba la marcha cogido de la mano de Cedric—. Me han dicho que vivió para recibir a Thomenn en esta misma fortaleza.

El antiguo inquisidor asintió y volvió a erguirse. Por delante de ellos avanzaban Philippe y Marc y, en primer lugar, según les habían indicado, Alba e Isabell.

Dolente los esperaba justo delante del trono. Descansaba en un sitial de madera apenas más alto y ornamentado que el resto. Junto a él estaba Aileen y, flanqueándolos, otras cuatro personas.

—¡Mira! —susurró el niño señalando a una de ellas—. Ese es el anciano que se quedó conmigo mientras hablabais con el Dolente la primera vez. En ese momento me pareció muy listo, pero no sabía que formaba parte de la junta. Seguramente esa otra y él mismo sean sabios reconocidos. En Ágarot sienten un gran respeto por la edad —le explicó a Cedric, cuyo rostro era mueca estática con la que trataba de disimular lo impresionado que se sentía—. La mujer joven seguramente sea también experta en alguna materia y el del uniforme es algún general, seguro.

Aunque el pequeño no lo mencionara, Balleria también permanecía cerca del Dolente, ligeramente más atrás. Mantenía una expresión concentrada y sus ojos no dejaban de vigilar. Ghentil y Cahiel también se encontraban presentes, pero aparte de ellos no había más que una docena de soldados en la sala.

Cuando se lo indicaron, la comitiva se detuvo y Dolente tomó la palabra.

—Hemos convocado urgentemente a la junta de gobernación porque se nos insiste en que los hechos que os han traído hasta aquí son de suma trascendencia —dijo con voz clara.

El máximo mandatario de Ágarot vestía ropajes sencillos, similares a los que habían visto la primera vez que acudieron a su presencia. Sin embargo, la manera de sentarse con la espalda recta, su mirada segura o quizá la fuerte personalidad que se

intuía tras sus cuidadas formas lo dotaban de gran dignidad. No daba la impresión de ser un padre que acabara de perder a su hija salvo, quizá, por las arrugas de severidad y dolor que se le marcaban en el rostro.

—Ante vosotros están los dos decanos de la Escuela de Bendición, el general supremo de Ágarot, el delegado del pueblo, la embajadora de las brujas y consorte del Dolente y yo mismo. ¿Quién presentará el caso ante esta junta? —preguntó entonces.

Tal y como habían acordado, Alba e Isabell se adelantaron para relatarles los acontecimientos que los habían llevado hasta allí y presentarles las reliquias que habían obtenido.

—¿Estáis seguros de que esa cripta donde decís que descansaban los restos de Lám era verdaderamente tan antigua? —preguntó en un momento dado la mujer más anciana—. Parece difícil de creer que se pudiera conservar intacta durante tanto tiempo.

—Tuvimos que cavar bastante hasta que dimos con la losa que cubría su entrada —respondió Alba— pero, al igual que la Siempreverde estaba y está fresca e inerte pese al correr de los siglos, la cripta no presentaba más deterioro que el polvo acumulado.

La mujer asintió y permitió que su colega se dirigiera a ellas.

—Habéis dicho que Aurore, a la que conocimos y apreciábamos, os comunicó que el Creador había señalado por dos veces a este joven. También afirmáis sin dudas que es el hijo del Emperador. ¿Estáis seguras tanto de lo uno como de lo otro?

—La poderosa Aurore lo señaló por dos veces —dijo Isabell—. Yo estaba con ella cuando lo comunicó al Consejo.

—Y, respecto a la segunda cuestión, aparte de las evidencias que se han mencionado, yo misma puedo confirmar que dentro de él hay una parte que procede del linaje de los emperadores —dijo Aileen.

El anciano asintió y volvió a acomodarse en su silla, algo más preocupado de lo que ya parecía antes.

—Pero lo que ha hecho que mi marido convocara la junta y os mandara venir urgentemente no es eso —añadió Aileen.

—En efecto —dijo Alba—. Ayer mismo, mientras Marc hablaba con Sebastien, el maestro organero, tuvo la sospecha de que podía haber sido señalado incluso una tercera vez.

La bruja les relató la conversación que ambos habían mantenido, resumiendo el episodio del libro escondido y la condena de Ventura.

—Tras hablarlo con él, Marc acudió a verme junto a mis dos amigas. La conclusión a la que llegamos fue clara: el Creador se ha pronunciado por tercera vez —dijo Aileen.

Los presentes ahogaron una exclamación entre gestos intranquilos. Solo el Dolente permaneció impasible, con los ojos puestos en Marc.

—Y bien —dijo entonces girándose levemente hacia Alba e Isabell, ¿qué le propondrías a la nación de Ágarot ante tales hechos?

Las brujas, cogidas por sorpresa, se miraron un instante, dubitativas.

—Menuda tontería —rezongó Cedric, pensando quizá que lo hacía en voz baja—, está claro que lo que habría que hacer es atacar a ese gusano y acabar con su Imperio. La sala quedó en silencio hasta que el Dolente hizo un gesto en su dirección.

—Haced callar a ese idiota —dijo.

Al instante varios soldados se dirigieron hacia él.

—Me temo, señor, que a mi padre no le falta razón —dijo Philippe de pronto, interponiéndose entre los guardias y él.

Los soldados se volvieron hacia el Dolente y este alzó la mano para que se detuvieran.

—Las reliquias que se os han presentado constituyen la prueba de que el Imperio es un castillo construido sobre mentiras, una encima de otra. Si conseguimos demostrarlo, serán los propios habitantes de las cuatro provincias los que exijan respuestas. Casi me atrevería a decir que es nuestro deber moral atacar al Imperio si pretendemos librar al Creador y a Thomenn de la usurpación que se ha hecho de sus figuras.

—Pero lo que me pides es que sea Ágarot quien acuda al rescate de los pobres ciudadanos del Imperio. Que seamos nosotros los que pongamos la sangre de nuestro pueblo para liberar al vuestro.

—Pero majestad...

—Aquí no hay majestad alguna —repuso el Dolente—. No ha habido reyes en Ágarot desde que vuestros emperadores acabaron con ellos.

—Yo veo a un rey ante mí —dijo Alba con gesto conciliador—. Señor, vuestro pueblo os respeta y admira porque gobernáis con justicia y sabiduría. Que os rodeéis de estos consejeros —dijo señalando a los miembros de la junta— no es sino una muestra de humildad y conocimiento. Sé que lo que se ha planteado va más allá de lo admisible, pero estamos diciendo que el mismísimo Creador señaló a Marc; que él mismo es hijo del Emperador; que podemos demostrar que la historia que se ha contado durante siglos en el Imperio es falsa. ¡Es demasiado para no hacer nada!

—Os agradezco vuestras palabras, noble Alba, pues sé que son sinceras y que vos misma habéis pagado un alto precio por perseguir aquello en lo que creéis. —Alba bajó la cabeza ante la evidente referencia a su condena al exilio—. Tampoco penséis ninguno que ante estas informaciones Ágarot se quedará de brazos cruzados, pero lo que habéis pedido es inasumible —dijo mirando a Philippe—. Deberán ser los propios ciudadanos del Imperio los que inicien un cambio, si es eso lo que quieren. Si entonces nos piden ayuda, estudiaremos prestársela. Pero dudo mucho que esos gandules se atrevan a levantarse contra la opresión.

Marc apretó los dientes y dio un paso al frente.

—Es posible que los habitantes de Hÿnos sean tan perezosos y complacientes como decís, pero la columna vertebral del Imperio la forman personas esforzadas, muchas de las cuales han sufrido abusos. Si se les muestra una alternativa, se levantarán; es de justicia ofrecérsela.

—Esos mismos ciudadanos virtuosos han permitido que se ataque continuamente a mi pueblo.

—No es fácil ver la verdad dentro del Imperio —repuso Marc—, cuando los mismos inquisidores hemos estado ciegos.

—Puede, entonces, que la solución esté en esperar a que los ciudadanos del Imperio recuperen la vista —señaló con una mueca desdeñosa el general que se sentaba al lado del Dolente—. Malos aliados serán en la batalla si no pueden ver al enemigo que tienen delante.

Marc se giró hacia él con el rostro congestionándose a ojos vista.

—Yo he matado, señor. En ocasiones a los vuestros, convencido de que hacía lo mejor para mi tierra y mi gente. Sé que soy responsable de mis actos, pero al menos no se me podrá achacar que, una vez conocida la verdad, no actuara en consecuencia.

—Hay otra cosa que no estamos valorando —dijo entonces Isabell, interponiéndose ante Marc—. Ya os hablamos cuando llegamos aquí de la importancia del niño. —Eldwin la miró frunciendo el entrecejo—. Puede que él tenga también una importancia capital en esta historia.

—¡Estoy harto de historias! —exclamó de pronto Dolente—. ¿Conocéis acaso la de Tornacanto de Quiles?

Los extranjeros se miraron extrañados, como si el nombre les sonara lejano.

—¿No? Pues en ese pueblo la legión entró a sangre y fuego, borrándolo del mapa solo porque sus habitantes se atrevieron a protestar ante los excesivos tributos. Esto ocurrió tan solo hace dos décadas y hoy apenas se recuerda ni siquiera en los alrededores. ¿Cómo es posible que nosotros conservemos mejor los registros de tales hechos que vosotros? ¿Es esa la memoria de las gentes del Imperio, de esos que me pedís ahora que ayudemos? Indiferentes y perezosas, insisto.

Dolente paseó la mirada un instante entre ellos, como para ver si alguien se atrevía a contradecirle de nuevo.

—Hace unos años, el Emperador me pidió un ataque contra la frontera. —Cedric y Philippe se miraron sin comprender—. ¿Os extrañáis? Dejad que os lo explique: desde hace siglos Ágarot pacta con el Imperio los hombres, la cantidad de víctimas, hasta donde pueden penetrar las tropas y muchas cosas más. Él nos pide un ataque y nosotros respondemos como ovejas dóciles. De ese modo el Imperio puede mantener a su gente preocupada ante los peligrosos vecinos del Norte.

Marc notó como algunos rostros comenzaban a mostrar disgusto ante las palabras de su líder, aunque no parecía que estuvieran en desacuerdo.

—Acababa de ser nombrado Dolente cuando llegó la petición y me negué en redondo a participar en el juego. ¿Sabéis qué sucedió? —preguntó echándose hacia

adelante—. Nada. Al menos durante un mes. Pero entonces, las fuerzas combinadas de la legión de Louisant, Rock-Talhé y al menos cinco baronías nos atacaron. Arrasaron nuestra tierra en un frente de casi cincuenta kilómetros. Preguntad a Balleria o a Cahiel lo que hicieron en las aldeas a las que consiguieron llegar por sorpresa. Preguntadles acerca de los niños o los ancianos, ellos lo vieron.

—Encontramos un árbol del que habían colgado de una pierna a los bebés para... —Cahiel se adelantó para explicárselo antes de que el soldado que estaba junto a él lo tomara del brazo y le hiciera callar susurrándole algo.

—Eso es lo que me pedís —prosiguió el Dolente como si nada hubiera sucedido—. Que arriesgue a mi pueblo ante la crueldad absoluta mientras el vuestro permanece sentado.

Hubo unos segundos de silencio ante sus palabras. Alba e Isabell habían bajado la cabeza e incluso Cedric y Philippe parecían incómodos e inseguros. Solo Marc continuaba con la barbilla alta, mirando hacia él.

—El Imperio, en su mayor parte, vive con miedo —dijo—. Sé por experiencia que, además, permanece engañado y ajeno a muchas cuestiones, pero incluso así no puedo daros la razón cuando os atrevéis a juzgarlo. He conocido a muchos que trabajan de sol a sol, que se parten la espalda con la única pretensión de alimentar a sus familias ante el temor hacia los que deberían proporcionarles seguridad. Y pese a todo, cuando se les otorga una pequeña luz de esperanza, se levantan y pelean con una fuerza inconmensurable. Lo sé porque fueron unos humildes campesinos los que me rescataron cuando sufría tortura. Los mismos a los que años antes ayudé simplemente por impartir justicia, por realizar mi trabajo. No hice nada más, pero ellos me lo devolvieron multiplicado por mil, arriesgando sus vidas para salvar la mía. Esa es la realidad del Imperio: el temor a las autoridades, el miedo reverente a lo divino y el pánico ante la Orden. No han tenido jamás la suerte que vosotros disfrutáis aquí pues, pese a la amenaza, vivís rodeados de justicia y conocimiento. Dadles un poco de esperanza y miles dentro del Imperio os lo devolverán levantándose para apoyaros.

Dolente lo miró durante unos instantes y luego se volvió hacia la junta para deliberar en voz baja. El parlamento, no obstante, duró poco. Todos parecían bastante de acuerdo en sus decisiones y solo Aileen gesticulaba con mayor ímpetu y algún gesto de exasperación. Cuando se volvieron de nuevo hacia ellos, la bruja lucía en su rostro un gesto de impotencia.

—Esta junta aconseja no actuar según lo que se nos solicita —dijo el más anciano ante la mirada aprobadora del Dolente—. Tomaremos en consideración los datos que nos habéis ofrecido y os damos las gracias por traernos estas noticias. También os ofrecemos nuestra hospitalidad y nos comprometemos a proteger al niño tal y como nos piden las brujas. Pero, respecto a lo demás, nuestro consejo es...

—¡Ya hubo un Consejo en Mulars! —estalló Marc—. ¡Gentes humildes pero mucho más nobles que vosotros tuvieron la valentía necesaria para aprobar el plan de

atraer a los muertos hacia Abadía!

—¡Muestra respeto ante el Dolente! —rugió el general poniéndose en pie.

—¿Respeto ante la cobardía y la ignorancia?

A las palabras de Marc siguió una tremenda barahúnda que mezclaba los gritos con el forcejeo entre los inquisidores y los soldados, que trataban de llevárselos del salón. Philippe gritaba con un hombre colgado de cada brazo, mientras otros tres se habían lanzado encima de su padre para reducirlo. Cedric, no obstante, señalaba hacia la junta y les lanzaba palabras bastante gruesas como si no se hubiera dado cuenta.

En medio de tamaño jaleo, Balleria llegó desapercibida hasta donde estaba Alba y tomó el escudo que habían recuperado de la cripta para acercárselo al Dolente.

—Mi señor, disculpad un momento —le susurró al oído señalando algo tras él.

Philippe fue el primero en darse cuenta de que ambos se dirigían hasta el antiguo trono de Ágarot con una expresión de sorpresa en el rostro.

Con ademán dubitativo, el hombre subió al asiento, alzó el escudo y lo colocó sobre el hueco que formaba la parte más alta del respaldo, justo encima del busto del último rey de Ágarot.

—No puede ser —musitó.

En esos momentos todos se habían vuelto ya hacia él y guardaban un expectante silencio, por lo que el suave chasquido fue perfectamente audible en la sala. El escudo quedó perfectamente encajado en el hueco, dejando espacio por encima y debajo para que la forma de la lágrima siguiera identificándose perfectamente.

Los presentes se quedaron mudos mientras el Dolente repasaba los laterales del arco de mármol.

—Siempre habíamos tomado esto por unas filigranas —susurró—, por simples adornos. Ahora nos damos cuenta de que en realidad son palabras. El escudo completa estos trazos. Es agoriano antiguo. «Ved realmente» —murmuró con asombro.

—Si añadimos las palabras del escudo, la frase sería «Ved realmente la verdad» —dijo Isabell.

—¿Qué es lo que sucede? —le preguntó Philippe a Cahiel, que en el forcejeo de antes había llegado hasta él—. Es muy curioso, pero ¿por qué estáis todos con la boca abierta?

—Hay una antigua leyenda muy conocida que explica por qué encima del trono siempre ha habido un hueco vacío. En ella se dice que hay algo, aunque depende de la versión, que encaja en ese hueco, pero siempre se había considerado un cuento, nadie pensaba que pudiera ser real.

—¿Y qué pasa con eso?

—Depende de quién lo cuente. Según algunas tradiciones anuncia la llegada de una guerra terrible. Otras, en cambio, hablan de libertad y victoria. También he oído alguna que pronostica la llegada del infierno a Rel Galad.

En ese momento, el aire pareció ondularse entre ellos y la junta de gobernación. El espacio que quedaba directamente encima de lo que habían tomado por una figura decorativa de cristal de forma ovalada comenzó a desdibujarse. Las aristas se fueron llenando de luminiscencia y la luz en el resto de la sala pareció menguar. Encima de la figura, a lo largo de al menos un par de metros, los colores se difuminaron paulatinamente hasta formar un rostro que todos los presentes conocían bien.

—Espero no interrumpir nada —dijo el Emperador.

### III

Exígete el máximo y espera lo mínimo. De este modo siempre serás feliz y las cosas se mantendrán en su justo lugar.

—Máxima de Ferdinand, Caballero imperial.

No había ninguna duda acerca de su identidad. El rostro del Emperador se mostraba tan claramente como si acabara de entrar por la puerta.

El salón del trono había quedado aplastado por su salvaje Voluntad. Tanto era así que no fueron pocos los que dieron un paso atrás cuando pronunció sus primeras palabras. Mostraba una sonrisa de labios apretados, como si estuviera conteniéndose, pero su presencia resultaba atemorizante aunque no estuviera realmente allí.

La imagen también recogía la parte superior de la armadura, dorada e imponente, en la que destacaba su cuello de toro. No llevaba gorjal, pero tampoco daba la impresión de que pudiera necesitarlo. Más de uno apostaría, con pocas probabilidades de perder, que tamaña acumulación de músculos y tendones sería capaz de detener incluso el filo de un hacha.

—Espero no interrumpir nada —volvió a decir ante el mutismo de los presentes, girándose levemente hacia el trono—. No querría estropear ninguna celebración. Veo, mi buen Dolente, que tenéis muchos invitados y de diversa procedencia. Saludos, Aileen, seguís tan hermosa como siempre. —La bruja lo miró con una mueca de desprecio—. A algunos no los conozco pero, ah, sin duda a otros sí, ¿no es cierto, Cedric? —El antiguo inquisidor bajó la mirada y hundió los hombros. Sus piernas comenzaron a temblar—. Veo que has conocido a tu hijo Philippe. Es un buen muchacho. Fuerte, valiente, incansable, muy parecido a ti, aunque incluso más desobediente, tú ya me entiendes.

El Emperador paseó la mirada sin que nadie alzara la voz, aunque los presentes no se molestaban en ocultar el odio que sentían por él.

—Tú debes de ser Alba, y esta otra Isabell. Brujas poderosas y escurridizas. Nunca habría imaginado que mi buen amigo diera cobijo a enemigos tan peligrosos del Imperio —murmuró echando una significativa mirada hacia Dolente—. Y allí, entre los mayores, está el Eldwin: rubio y de mirada intensa, como me dijeron. Me gustaría conocerte mejor, pequeño, ¿no querrías...?

—No hay nada que debas hablar con él —dijo Marc, reuniendo fuerzas de cada fibra de su cuerpo para ponerse delante del niño y ocultarlo a su mirada.

Eldwin se agarró a él. Las manos le temblaban; las rodillas de Marc también, aunque nadie lo notara.

Los ojos del Emperador se fueron cerrando hasta convertirse en dos rendijas y la sonrisa quedó congelada.



—Ah, sí, faltabas tú. Mi hijo, el ser más desagradecido de este mundo —dijo con la voz llena de desdén y resentimiento—. Te convertí en inquisidor, en uno de los mejores. Te otorgué fuerza, cargos y confianza y me lo pagaste así —dijo señalando a las brujas—. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? Al principio eras casi perfecto. Tuviste algunos tropiezos y actuaciones ciertamente decepcionantes, pero fueron pocas y los éxitos compensaron con creces. Supuse que era normal, todos cometemos errores —dijo mientras la expresión de su rostro iba cambiando paulatinamente a una afectada tristeza—. Yo, por ejemplo, no evité que te tuvieran preso durante casi una semana sin comunicármelo. Ese Gerall... pero ahora ocupa el lugar que le corresponde, no lo dudes —aseguró con una risilla—. Todo iba bien entre nosotros antes de eso. Incluso pensaba llamarte a mi presencia para darte la buena noticia. Pero entonces tuvo que suceder aquello de Agua Clara ¿verdad? Tenías que ir a dar la razón a esos pueblerinos del Sur; no podías, simplemente, hacer tu trabajo. No, fuiste allí a dar satisfacción a las demandas de un mugriento pescador; permitiste que me insultara. ¡A mí! —exclamó con un destello de rabia—. No mereces mi amor ni mis preocupaciones. Ya no te considero mi hijo.

El rostro del Emperador lo miró durante unos instantes más con gesto de desprecio antes de volverse hacia Dolente.

—Te has equivocado, amigo mío. Te has equivocado estrepitosamente al acogerlos —dijo abandonando todo intento de sonrisa—. ¿Creías que no me daría cuenta? ¿Que sería como cuando esos refugiados pulgosos cruzan el Taimado de noche, pensando que nadie los ve? No, pequeña parodia de gobernante, no era lo mismo y debiste saberlo.

Los músculos de la mandíbula se marcaban en movimientos pulsantes en las mejillas del Dolente. Tenía la mirada fija en la imagen que se había formado sobre el cristal, pero no parecía que su apabullante presencia generase en él la más leve debilidad o temor.

—Aunque no hay por qué estropear nuestra amistad —dijo entonces el Emperador, abriendo súbitamente la expresión en una sonrisa con demasiados dientes—. Solo debes hacer lo que te pida, como ha sido siempre. Mis demandas son justas y las formularé con humildad —añadió poniéndose una mano sobre el pecho con gesto condescendiente—. Entrégame a esas dos mujeres, a los inquisidores y al niño. Ya está, solo debes hacer eso. Dámelos y olvidaré para siempre el gesto tan feo que tuviste al acogerlos. Te estaré, incluso, tan agradecido que te garantizo dos años de tranquilidad dentro de tus fronteras. No habrá ataques ni tendrás que estrellarte contra mis fuerzas. Será para vosotros como si el Imperio no existiera, tal es mi generosidad. ¿Qué te parece?

Dolente le sostuvo un instante la mirada y luego se volvió hacia su pueblo. Miró a los miembros de la junta de gobernación, a sus soldados, a Balleria y Cahiel. Por último, sus ojos se posaron en los de Aileen, que lo miraba con una determinación que la terrible presencia que tenían ante ellos era incapaz de hacer mermar. Tenía la

cabeza alta, la espalda recta y, al igual que a su marido, la mandíbula se le marcaba en una línea que hablaba de valentía y orgullo.

Puede que compartieran algún tipo de comunicación sin palabras o, simplemente, que los años juntos las hicieran innecesarias, pero cuando Dolente se volvió hacia la imagen, toda sombra de duda había desaparecido.

—No te los entregaremos jamás —dijo con voz clara.

El Emperador guardó silencio durante un instante, totalmente desconcertado.

—¿Qué? —dijo mientras un ojo comenzaba a palparle con nerviosismo—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que no entregaré a quien he ofrecido mi hospitalidad.

—Oh, ya veo —gruñó el Emperador—. El enclenque vecino del Norte ha aprendido a atarse los pantalones y piensa que tiene suficiente fuerza para negar mis requerimientos, ¿es eso?

Toda la suavidad y elegancia que hubieran podido percibir en él se esfumó, dejando solamente una palpable sensación de violencia. La mueca de ferocidad que dominaba su rostro en esos momentos resultaba brutal en sus bellas facciones.

—¡Entrégamelos o no dejaré piedra sobre piedra! —rugió de pronto— ¡Arrasaré tus patéticas ciudades como el campesino siega el grano! ¡Destruiré el estercolero que llamas país hasta que no queden ni las huellas de la casucha más pequeña! Os borraré del mapa de un modo que hará que la próxima generación ni siquiera sepa que habéis existido.

Dolente no contestó, pero dio un paso hacia él y separó ligeramente los pies.

—Escúchame bien, imbécil —prosiguió el Emperador enseñando los dientes—. No creas que porque tengas a tres inquisidores fracasados junto a ti has ganado nada. No sois nadie, ni tú ni esa pandilla risible que llamas ejército. Puedo destruirlos sin tener que molestarme en hacer planes y dedicar recursos. Mis legiones os aplastarían con la misma facilidad que una bota a un insecto y no tendría siquiera que movilizar a todas mis tropas. —El tono de voz se fue volviendo más cortante a medida que hablaba hasta convertirse en un chillido—. ¡Entrégamelos, patético reyezuelo, o haré llover tanta muerte sobre ti que desearás no tener ojos para verlo!

—¿Lluvia, dices? —preguntó en ese momento el Dolente con un tono sereno que, sin embargo, hizo enmudecer al Emperador—. Pareces no darte cuenta, Señor de la mentira, de que estamos ya tan mojados que no tememos al agua. —El rostro que flotaba sobre el cristal se crispó como si no pudiera asimilar sus palabras—. Largo tiempo ha consentido Ágarot tu intromisión, tus amenazas y tu chantaje, pero eso acaba hoy. Ya no tienes poder aquí. Ya no se te consentirá más.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Acaso crees que...?

—¡Vete de aquí y no vuelvas nunca! —exclamó el Dolente haciendo un gesto como de arrojar algo—. Abandona este salón y no vuelvas nunca. ¡Márchate!

Con su última palabra, todos notaron una corriente de aire que agitó los cabellos y les puso el vello de punta. El rostro del Emperador se deformó y pareció desvaírse.

Pese a su mirada de rabia quedó claro que era incapaz de soportar el envite de la Voluntad de Dolente. Por un momento pareció que abría la boca, pero antes de que pudiera añadir algo, el cristal estalló en una lluvia de fragmentos que comenzaron a sisear evaporarse.

Dolente permaneció un instante inmóvil y luego se volvió hacia los demás, respirando agitado.

—Al contrario de lo que mucha gente piensa, las guerras no se ganan sino en época de paz y no puede decirse que nosotros hayamos estado ociosos en esta mal llamada tregua que mantenemos desde hace tiempo con el Imperio. —Marc vio que muchos de los presentes alzaban la cabeza con gesto expectante—. ¡Nos vamos a Kizzi! —proclamó el Dolente.

Los extranjeros fueron conscientes de la excitación que recorrió el salón del trono y los agorianos estallaron en un estruendoso aplauso. Los vítores se prolongaron en el tiempo y todos sintieron como sus voluntades se enlazaban en un sentimiento de fraternidad.

—Mi señor, ¿estáis seguro? —preguntó Balleria.

—Es el momento —contestó él—. Allí discutiremos con Su-Wan lo que ha de hacerse. Algo tenían de razón nuestros invitados cuando decían que eran demasiadas casualidades juntas, demasiados elementos inusuales. Eso —dijo señalando el escudo— es algo que no podemos dejar sin respuesta.

La junta de gobernación hablaba con Aileen y el Dolente con nerviosismo. Balleria permanecía junto a ellos apuntando algún comentario de vez en cuando. Eldwin, todavía angustiado, no se atrevía a separarse de Isabell, que trataba de reconfortarlo mientras lo abrazaba. Los mensajeros todavía entraban y salían cuando los compañeros se retiraron.

—¿Es mi torpe inteligencia o este hombre acaba de declarar la guerra al Imperio? —preguntó Philippe con los ojos muy abiertos.

—Creo que no te equivocas —murmuró Marc.

—Sería la primera vez en siglos —dijo Alba—. Hacía muchísimo tiempo que Ágarot no se atrevía a tomar una iniciativa así.

—¿Habéis sentido eso? —preguntó entonces Cedric con la mirada puesta todavía en el Dolente—. Está claro que el Emperador estaba lejos de aquí, pero su Voluntad se sentía fuerte y avasalladora, como siempre. ¡Y sin embargo ese hombre lo ha expulsado como quien sopla una vela!

—Desde luego no es frecuente que una persona posea una Voluntad así —dijo Alba ante los asentimientos de los demás—, y mucho menos que la administre con esa soltura.

Ya salían por las puertas cuando un hombre llegó corriendo y se dirigió directamente a Marc y Philippe.

—Mi señor me manda para deciros que os espera dentro de media hora en su despacho.

Los dos inquisidores se miraron sorprendidos.

—Que quede claro que no lo he hecho por vosotros —dijo el señor de Ágarot en cuanto entraron por la puerta.

Los guardias que les habían franqueado el paso cerraron tras ellos y los dos inquisidores se dieron cuenta de que estaban a solas con el Dolente. No había más guardias que lo protegieran pero, tras la demostración de poder de ese mismo día, daba la impresión de que tampoco los necesitaba.

—No ha sido un favor, ni de repente merecéis más consideración —dijo—, es solo que, si el Emperador del mal desea algo tan fervientemente, lo mejor que podemos hacer es negárselo, si es que está en nuestra mano. No seré conocido como el estúpido que desbarató los planes del Altísimo al ponerle en bandeja al Emperador los objetivos que Él señala.

—Sea cual sea el motivo de vuestra decisión os damos las gracias y os ofrecemos toda la ayuda, mucha o poca, que os podamos brindar —dijo Marc.

—Hay otra cuestión que mi muy diligente esposa me ha señalado —dijo Dolente arrugando la nariz—. Os he faltado al respeto en varias ocasiones y no hay motivo para ello. Debo presentar mis disculpas; está claro que vosotros también habéis sufrido a manos de ese monstruo —dijo y, por un momento, su mirada se dirigió a la cicatriz de Marc—. Mal gobernante sería si no supiera ver eso o, al menos, reconocer mis errores —añadió a regañadientes.

—No hay por qué disculparse —respondió alegremente Philippe—, tampoco puede decirse que nosotros hayamos actuado como se debía en muchas ocasiones.

—Sí, puede que a todos nos hayan nublado los prejuicios alguna vez —dijo Dolente, algo más relajado ante sus palabras—. Por eso debemos tomaros también a vosotros en consideración. Ya es hora de marcar una línea. El escudo está sobre el trono, como cuentan las leyendas. Si ha de haber un momento para dar un giro a la situación, sea este.

—¿Debemos entender, entonces, que Ágarot se dispone a luchar contra el Imperio? —preguntó Marc con precaución.

—No malinterpretes mis palabras. Dije, inquisidor, que no haría un estúpido intento por invadir el Imperio, y lo mantengo. Pero ¡que se atrevan a venir a buscarnos! —añadió con una chispa de ira en sus ojos—. Todo mi pueblo hierve hoy con ansia de justicia, ¡de venganza! Todos llevan años preparándose. No creáis que hemos vivido sin saber que este día llegaría —murmuró con la vista perdida en el mapa que había tras él—. Aileen incluso cree que los demonios antiguos apoyan al Emperador o a ese Melquior de alguna forma. Tanto da, mi pueblo se ha preparado

para lo peor. Llevamos siglos haciéndolo. ¡Y a fe de Thomenn que tenemos más de una sorpresa guardada para el Imperio!

—Siglos. —Marc no conseguía encontrar las palabras adecuadas—. Pero, ¿cómo es posible que un pueblo se comprometa con una tarea así? ¿Cómo pueden aceptarlo sin sublevarse o rendirse ante lo inevitable?

—Por orgullo —dijo inmediatamente el Dolente—. Ágarot no es como esas provincias que capitularon ante el empuje de los emperadores. No nos plegaremos ni ante la amenaza ni ante la oferta de esa engañosa paz que proclaman. Nuestras creencias son firmes y sinceras. Jamás aceptaríamos cargar con las mentiras que se cuentan en el Sur acerca de Thomenn y el Creador. Pero sobre todo porque, a diferencia del Imperio, aquí se gobierna con la verdad —dijo Dolente con una mirada que acentuaba las arrugas de su rostro—. Ningún gobernante ha ocultado nunca la dificultad a los nuestros. Aquí no existe la demagogia. Nuestras gentes conocen los éxitos y también los fracasos; saben las concesiones que hemos hecho, los sacrificios en pos de un bien mejor. Ese escudo que hoy hemos colocado en su lugar —dijo volviendo la cabeza en dirección al salón del trono— no es sino otra señal del Creador. Lo que muchos consideran leyenda tiene su base en una tradición oral que muchos consideran tan antigua como Thomenn. Dicen que fue uno de los Compañeros quien puso ese trono ahí y avisó acerca del objeto que habría de encajar en él. Puede que sea un cuento, no soy yo quien debe decirlo, pero sí es mi responsabilidad tratar de aclararlo.

—Sí que son enrevesados los planes del Creador —dijo Philippe soltando un silbido.

—Aun así no comprendo que vuestro pueblo esté tan comprometido con la tarea; que no teman a la guerra o la muerte.

—Sí las temen. A ambas. Pero hay un momento en la vida, joven Marc, en que la muerte comienza a perder su fuerza. Un hombre de mi edad, con sus hijas asesinadas, ya no ve del mismo modo la guadaña del tiempo. Lo inexorable de su venida es, precisamente, lo que hace que comiencen a pesar más otras cosas. A mi pueblo le pasa lo mismo. Hemos vertido tanta sangre, durante tantos años y siglos, que estamos ya exhaustos. Hemos llegado a un punto en el que no podemos más, soy capaz de sentirlo. Si seguimos así, Ágarot comenzará a languidecer, a abandonar su orgullo y el carácter recio que siempre nos ha caracterizado. Eso sería peor que morir. Convertirnos en sombra de lo que fuimos, en víctimas, siervos —Dolente se volvió hacia ellos y durante un instante tuvo una mirada espantada en el rostro—. Thomenn no lo quiera. Si algún momento ha sido propicio para luchar, sin duda es este.

Su rostro fue adquiriendo la gravedad de antes, aunque también pudieron apreciar algo más en sus ojos, quizá un brillo de anticipación o esperanza.

—Sin embargo, sabéis que Ágarot no es suficiente para vencer al Imperio —dijo entonces—. Sencillamente no tenemos tantos hombres, por muy bien entrenados y firme que sea su convicción. No somos suficientes.

En ese mismo momento Marc comprendió cuál era realmente el objeto de esa reunión, más allá de las disculpas.

—Necesitamos a Uruth —dijo.

Philippe se volvió hacia él con extrañeza, aunque sus palabras no habían sorprendido al Dolente, que más bien parecía satisfecho.

—Ya vuelves a hacerlo —dijo.

—¿Hacer qué, hermano?

—A pensar en términos de estrategia militar. Me da miedo cuando lo haces. Lo que acabas de decir nos podría conducir a una guerra como no se ha visto jamás.

—Ya hubo una coalición entre Uruth y Ágarot hace mucho tiempo —dijo Dolente—. Y seguro que sabéis lo que sucedió: avanzamos hacia el Sur, los dos pueblos unidos. Vencimos las batallas que nos dejaron pero, cuando la pantomima ya no fue necesaria para justificar los juguetes del Imperio, nos aplastaron con tanta fuerza que casi no hubo vencidos que regresaran a casa.

—Eso no sucederá esta vez —dijo Marc con ardor.

—Puede, pero en todo caso primero debemos conseguir el concurso de Uruth, y eso no será fácil. Están en nuestra misma posición, pero son cabezotas y tienen un extraño orgullo. No llevaré a todo mi pueblo a la guerra en solitario. Si hemos de hacer algo en tierras del Imperio, será con ellos.

—Hay otra fuerza con la que no estamos contando —dijo entonces Marc—. Muchos ciudadanos del Imperio se enrolarían bajo la bandera de un ejército contra el Emperador. Y otros tantos refugiados estarían dispuestos a trabajar en vuestras tierras a cambio de comida y protección ¿estaríais dispuesto a aceptarlos? —preguntó Marc.

—No veo por qué no habríamos de hacerlo, nunca hemos cerrado nuestras puertas a los que venían pidiendo auxilio.

—Eso es fantástico —respondió Philippe frotándose las manos—. ¿Cuántos admitiríais?

—Los refugiados son bienvenidos, siempre que podamos estar seguros de que lo son. Tenemos campos y ganado de sobra para trabajar.

—Estupendo, porque también tenéis a medio Imperio esperando en vuestra frontera.

—Estaría dispuesto a proteger a vuestros refugiados y también a aceptar que los que pudieran, lucharan bajo nuestras órdenes, pero a la menor evidencia de traición serían ejecutados.

Mientras tenía lugar la reunión con el Dolente, los demás habían decidido dar un paseo por la ciudadela para digerir todo lo que acababa de suceder. Cedric jugaba con Eldwin cogido a los hombros en un intento de que se repusiera del miedo que había pasado. Cada vez que recuperaba el resuello, echaba a correr torpemente de un modo

que había conseguido que el pequeño riera a carcajadas. Las brujas, en cambio, iban caminando en silencio algo más atrás, sin quitarles ojo.

—Isabell, sé que me has visto con Marc —dijo Alba de pronto, con las mejillas encendidas—. De la mano. Sé que nos has visto.

La bruja asintió sin cambiar un ápice el gesto. Alba esperó durante unos instantes hasta que, exasperada, preguntó:

—Y bien, ¿no tienes nada que decirme? ¿Ninguna riña maternal?

Isabell levantó la vista y una leve sonrisa comenzó a extenderse por sus labios.

—Ya era hora —dijo sencillamente antes volverse de nuevo hacia el antiguo inquisidor, que había permitido que Eldwin se colgara de una rama y simulaba no verlo por ninguna parte—. Deberían haceros un monumento a la paciencia. Philippe y yo habíamos apostado cuándo os decidiríais de una vez. Tengo que decir que ninguno de los dos acertamos, aunque yo quedé más cerca.

Alba la miró con los ojos como platos antes de que el rubor alcanzara una cota que le hizo darse la vuelta hecha una furia y alejarse a grandes zancadas.

—¿Tú entiendes la necesidad de tanta parafernalia para un simple cortejo? —le preguntó Isabell a Peca, que se había parado a su lado. La gata pestañeó lentamente y comenzó a chuparse una pata—. No, yo tampoco.

Al día siguiente de la aparición del Emperador una comitiva de casi sesenta personas se puso en marcha en dirección a Kizzi. El Dolente cabalgaba junto a Aileen, seguidos de cerca por Balleria y Cahiel. También el capitán Genthil se hallaba presente, aunque no parecía gozar de la extraordinaria consideración que tenían los otros dos y era frecuente encontrarlo entre el resto de los soldados.

Dolente había decidido la noche anterior que Neva podía salir de los calabozos bajo la supervisión de Marc, pero en cuanto se pusieron en marcha aquella mañana echó a correr sin poder reprimir la alegría. Nadie intentó detenerla.

Tan solo un poco más atrás del regente avanzaban las brujas y los dos gigantes pelirrojos. Por último, justo antes de la retaguardia, Marc y Eldwin cabalgaban juntos.

—Estás muy pensativo —le dijo el inquisidor, que llevaba tiempo viéndole algo callado.

Eldwin se giró un poco hacia él y lo observó con calma antes de volver a fijar la vista al frente.

—Cuando apareció el Emperador te pusiste delante de mí —dijo al cabo de un rato—. Gracias. Tenía miedo.

—Por eso lo hice. No iba a permitir que te hiciera daño.

—Pero también tú estabas temblando —apuntó inmediatamente Eldwin—. Pensaba que a vosotros no os daba miedo nada.

—Eso no es así. Hay muchas cosas que me dan miedo —dijo Marc tras unos instantes—. Pero, como le dije hace tiempo a unos hombres de Mulars, solo se puede ser valiente cuando se tiene miedo.

Eldwin sopesó sus palabras con actitud reflexiva. Minutos más tarde, cuando Isabell se retrasó un poco para ver qué tal estaba, el muchacho decidió montar con ella, pero con una expresión mucho más animada en el rostro.

—No sé qué demonios espera el Creador de él —dijo Philippe poniéndose a la altura de su hermano—, pero sigo pensando que ese muchachito tiene algo de magia en su interior.

Marc comenzó a sonreír sin darse cuenta mientras observaba cómo reía el niño ante las bromas de Cedric.

—No puedo estar más de acuerdo. A propósito, no te he preguntado qué tal fue tu tarde en familia.

Philippe torció el gesto.

—Ay, Marc, me estuvo contando cosas de mi madre y también de su muerte. No te haces una idea de lo que ha soportado, y ni siquiera sé toda la historia.

El inquisidor le contó lo que habían hablado mientras el rostro de su hermano iba perdiendo rápidamente la expresión alegre que tenía momentos antes.

—¿Cómo es posible que haya tantas cosas que se nos escaparan, incluso referentes a la Orden? Tú eras comandante y yo adalid, pero no sabíamos nada de esto.

—Parece que la inquisición tenía poderes y cargos que ninguno de nosotros conocía. Y un funcionamiento más perverso de lo que podíamos suponer siquiera.

—No defenderé a la Orden, pero todo es culpa de tu padre, Marc. Él controla el Imperio en su totalidad. ¿A qué extremos de poder hay que llegar para presentarse en el salón del trono de Ágarot cuando se quiera? ¿Cómo es posible que pudiera exigir atenciones al Dolente de manera inmediata?

—Y, sin embargo, lo que más miedo me da ahora mismo no es eso, sino lo que se avecina para Ágarot. La decisión de Dolente fue de una tremenda bravura, pero eso no cambia el hecho de que ha provocado a un hombre que no necesita rendir cuentas ante nadie. Llegado el momento, ¿cómo lograremos enfrentarnos a él, si teniéndolo a cientos de kilómetros me sentí aterrorizado? Hermano, las rodillas me temblaban y sentía como si sorbiera mi Voluntad tan solo con su presencia.

—Por ahora no le des vueltas a ese asunto —dijo Philippe palmeándole la espalda—. Falta mucho para que tengamos que verlo de cerca, si es que llega ese momento. Pero, incluso así, quién sabe qué habrá pasado para entonces. ¡Quizá sea él el quien esté aterrorizado!

Marc no contestó, pero no parecía que contemplara siquiera esa posibilidad.

Ese día hicieron varias paradas, la última junto a uno de esos edificios alargados que parecían estar diseminados por todo Ágarot. Los soldados prepararon pabellones para el Dolente y Aileen. También para la campeona y otros dos para los extranjeros.



La mayoría de los soldados se acomodaron en el edificio y otros cuantos se prepararon para montar guardia alrededor del perímetro. Neva, por su parte, desapareció en cuanto vio que Marc llevaba a Naffir a las cuadras que había tras la cabaña.

Un par de días después, mientras se preparaban para comenzar la jornada, Dolente hizo que su caballo pasara cerca del de Marc como por casualidad.

—Parece que vuestra amiga es una excelente exploradora —dijo señalando a Neva, que volvía en esos momentos.

—Lo es, mi señor. La mejor que pueda existir —dijo él alzando la cabeza sorprendido.

—Venid, cabalgad un rato junto a mí. Es una bestia de sangre, ¿no es así? —susurró inclinándose hacia él—. Aileen me ha dicho que la cuidasteis cuando no era más que un cachorro. Curioso acto para un inquisidor que, según se dice, se dedican a cazar a tales criaturas.

—No puedo negarlo, pero darle muerte habría sido algo alejado de todo lo que pueda llamarse justo. Era una criatura inocente, demasiado pequeña y desvalida para poseer ningún conocimiento del bien o el mal.

—Espero que así sea y no tengamos nada que temer de ella. Yo confío en el juicio de mi esposa, pero mis hombres miran a vuestra criatura con recelo y no se lo puedo reprochar.

—Os aseguro que no tenéis nada que temer. Podríais, de hecho, decirles a vuestros soldados que no hace falta que monten guardia por la noche. Con ella a nuestro lado sería imposible que llegaran a sorprendernos, es como tener a cien vigías alrededor.

—El Imperio nunca ha llegado hasta aquí —apuntó Cahiel, que siempre estaba cerca.

—No, en efecto, pero no porque se lo hubiéramos podido impedir —respondió Dolente torciendo el gesto—. Ha sido porque no se lo han propuesto jamás.

—Ágarot es fuerte —apuntó Marc—. Más de lo que suponíamos.

—Sí, y solo conocéis una fracción de nuestros secretos, pero el Emperador ostenta un poder incluso más grande —respondió él—. A menudo hemos discutido cuál es la explicación de que haya llegado a tener tanto dominio sobre las cuatro provincias. Un hombre necesita ¿cuánto? ¿Quince, veinte días quizá para recorrer el Imperio de extremo a extremo?

—Y eso utilizando las postas imperiales y reventando un caballo tras otro —respondió Philippe llegando hasta ellos.

—Entonces ¿cómo puede mantener un dominio tan abrumador sobre las gentes de tan vastos territorios? Es algo que me he preguntado con insistencia durante toda mi vida —dijo con una mirada perdida en el horizonte—. Los barones tratan de imponer

su dominio sobre los territorios vecinos e incluso a veces guerrear entre ellos; la legión mantiene sus privilegios y en ocasiones pelea con uñas y dientes para ampliarlos; Quiles reniega de Seléin y Louisant mira con desdén hacia Rock-Talhé. Incluso los comerciantes intentan pisar a quien haga falta con tal de obtener mayor beneficio mientras el Embajador hace medrar la riqueza de sus templos. El Imperio es un enorme colectivo totalmente desestructurado y, pese a todo, los emperadores permanecen en la cúspide, inamovibles e incuestionables.

Marc se maravilló al pensar en la valentía que había necesitado Dolente para mantener su decisión de no enviar soldados a la muerte cuando se lo ordenaron. También en el hecho de que, seguramente, algo parecido fue lo que le costó la vida a sus hijas.

—Creo que os olvidáis de una cuestión fundamental —dijo Philippe—, y es que es difícil discutir con alguien cuya misma mirada da la impresión de abrasarte cuando fija en ti sus ojos. Atesora tanta fuerza en su interior que, cuando frunce el ceño, las personas más sensibles se encogen como si las campanas de la Catedral hubieran tañido a su lado.

—Es cierto —afirmó Dolente—. He conocido a líderes débiles, incapaces en batalla, pero inteligentes y que han sabido explotar sus cualidades. Pero la fuerza bruta del Emperador es algo que trasciende el largo de su espada; se impone a kilómetros de distancia, al margen de lo bien que haya sabido moverse su linaje. Y en cuanto a su Voluntad... —murmuró—. No logro comprender su magnitud.

—No hay nadie hoy en día en todo Rel Galad capaz de oponérsele en ese campo —dijo Aileen, que había alcanzado su posición junto al Dolente mientras hablaban—. Ni siquiera los más poderosos de los nuestros.

—Ni todo el Consejo al completo podría doblegarlo —corroboró él—. Ni siquiera cuando Fortes estaba en su plenitud.

—Pero el hecho de que todos lo vean como el legítimo heredero del Primero es más determinante que eso —dijo Philippe y, aunque no pudo verlo, Balleria asintió tras él.

—Es por eso por lo que hicimos lo de la Catedral —apuntó Marc—. Me apuesto lo que queráis a que es el golpe más duro que le han dado jamás a su credibilidad.

—Sea como sea, dejemos ahora esta charla tan funesta —dijo de pronto Dolente, alzando una mano—. Estamos a punto de llegar a la senda de Kizzi.

Ante ellos se abría un barranco enorme. No parecía que hubiera posibilidad de seguir avanzando hasta que Philippe se adelantó un par de cuerpos hacia la montaña que llevaban tiempo rodeando. Parecía haber visto algo a su derecha, en el punto en que llegaba al precipicio.

—¡Han excavado esta senda en la misma roca! —exclamó de pronto—. Es como ese paso de Kharos que dejamos atrás antes de llegar a Bendición, pero aún más traicionero.

Como para confirmar sus palabras, unos cuantos soldados se asomaron desde la abertura para saludar a su Señor.

—Me atrevería a decir que Kizzi es inexpugnable —dijo Dolente, correspondiendo al gesto y avanzando hacia ellos—. Costó décadas conseguir este paso y, como bien decís, en muchos puntos hubo que atravesar la propia montaña para ir abriendo camino. Solo tiene esta entrada, que comienza con una cuesta muy dura. Sus veinte kilómetros de ascensión están formados por una senda estrecha llena de recovecos, túneles oscuros y terrazas donde acechan nuestros hombres. Es una subida exigente para hacerla a pie, imposible a caballo bajo la lluvia de las saetas. El vacío que veréis durante todo el recorrido a vuestra izquierda es mortal.

—También podrían rodear la senda e intentar atravesar las colinas del norte, bastante más suaves, pero la sombra de la montaña es larga por el otro lado. Deberían recorrer casi doscientos kilómetros bajo la amenaza de nuestras ballestas o las repentinas avalanchas de rocas —añadió Aileen con una sonrisa sesgada.

—Y alejarse demasiado de las rutas de suministros —apuntó Philippe.

—Parece que lo tenéis todo muy bien calculado —dijo Marc con admiración.

—Hemos tenido mucho tiempo para prepararnos —contestó el Dolente mirando a lo lejos—. Quizá demasiado. Puede que este sea realmente el momento de actuar.

Tal y como habían dicho, las cumbres de las montañas se perdían en las nubes. Mucho más abajo, un río estrecho de aguas rápidas llenaba el espacio con su rumor. La senda por la que avanzaban era estrecha y les obligaba a ir en fila de a dos o incluso a desmontar en algunos momentos. A menudo descubrían destellos de metal en las alturas e incluso soldados que acechaban desde oquedades que parecían balconadas.

—Dudo mucho que llegáramos a verlos si no supieran que somos invitados —murmuraba Cedric.

Les llevó casi todo el día atravesar la senda pero, tal y como había sucedido en el paso de Kharos, el camino se fue abriendo lentamente hasta desembocar en un valle que les mostró su destino.

Kizzi era un islote bañado por las aguas del río que los había acompañado durante toda la jornada. Visto desde la elevación por la que llegaron, parecía un capacete lleno de hierba y flores colocado sobre un espejo. Enormes picos cubiertos de nieve lo rodeaban como un gigantesco muro. El azul del cielo, solamente adornado por algunas nubes de aspecto algodonoso, se reflejaba perfecto en las aguas tranquilas del lago. La pasarela que lo unía al valle era estrecha y todo apuntaba a que podía retirarse si fuera necesario.

Desde donde se encontraban eran claramente visibles los edificios que adornaban Kizzi. Una muralla lo rodeaba y en su interior destacaban sobre las demás una serie de enormes construcciones. Se parecían extraordinariamente a los monumentos que habían conocido en Bendición pero, al acercarse más, se dieron cuenta de que no los habían levantado con la oscura piedra tan típica de Ágarot.

—Madera —dijo Dolente sin poder reprimir una sonrisa de cariño—. Nuestros más antiguos monumentos estaban contruidos de madera de un modo que más parecía que hubieran crecido de la misma tierra. Sin embargo, las primeras incursiones del Imperio destruyeron muchos de ellos. Uno de los reyes de Ágarot decidió desmontar los que quedaban y traerlos aquí, al Norte.

—Debieron de ser buenos tiempos —susurró Cahiel—. Dicen que los reyes contaban con tropas suficientes para resistir al Imperio. Eran poderosos y Ágarot no temía a nadie.

—Y esos tiempos volverán —dijo Philippe poniéndole una mano en el hombro. Dolente asintió y continuó hablando.

—Desde entonces siempre hubo una réplica de los monumentos preparada para reponer aquellos que el paso del tiempo ha ido destruyendo.

En el centro del islote había un templo idéntico al que había acogido el funeral de su hija Illya. Las cúpulas, con forma de bulbo, se alzaban por encima de los demás.

—Dicen que esa es la construcción más maravillosa que se ha levantado en Ágarot. Tiene cientos de miles de piezas, todas talladas con un arte que no veréis más al Sur.

—La hoja de roble adorna cada centímetro —murmuró Aileen—. Hay leyendas escritas en agoriano antiguo; motivos florales tan intrincados que parece imposible que sean producto de la mano del hombre; escenas de la vida de Thomenn que casi parecen cobrar vida.

—Nuestras crónicas cuentan que el mismo Elías ayudó a construirlo —añadió el Dolente, cogiendo su mano—. Cada cinco años, nuestros artesanos desmontan uno de estos monumentos y lo vuelven a levantar, pieza a pieza. De ese modo, los secretos de su construcción siempre perduran.

—¿Cómo es posible algo así? —murmuró Marc.

—Eso por no preguntar cómo habéis podido traer hasta aquí tanta piedra y madera —añadió Philippe, que tenía la boca abierta.

—Llevamos siglos vendiendo una seda al Imperio que para nosotros no significa nada. No es útil y apenas la usamos —dijo Cahiel antes de que ninguno pudiera responder.

Dolente frunció los labios y lo miró serio por debajo de las cejas antes de volverse hacia los compañeros de nuevo.

—Os aseguro que las riquezas provenientes de esas y otras fuentes no se han derrochado —dijo a modo de conclusión.

En ese momento alzó una mano y toda la comitiva se detuvo para sacar de las alforjas unas piezas de tela blanca. La mayoría eran cintas para colocarse encima de la frente a modo de bandana o diadema, pero había otros que llevaban un fajín. El Dolente, su esposa y Balleria fueron los únicos que se colocaron una especie de banda cruzándoles el pecho. Antes de que pudieran preguntar nada, Aileen hizo un

gesto a uno de los soldados y este sacó varias piezas más que fue entregando a los extranjeros.

Estaban hechas de una tela tan blanca que relucía. Al observarlas más de cerca pudieron ver también que tenían un curioso símbolo bordado. Era una conjunción del Símbolo de Thomenn y la lágrima de Ágarot. El hilo que habían utilizado para confeccionarlo poseía, además, algún tipo de cualidad brillante que hacía que, dependiendo de por donde le diera la luz, destacara uno de los símbolos o ambos.

—Ponéoslas —dijo el Dolente sin más explicación, dirigiéndose hacia las enormes puertas de Kizzi.

—Nadie ha sido capaz de falsificar uno de estos jamás —les informó Cahiel—. Tampoco es que ningún extranjero haya pasado de la mitad de Ágarot, pero aun así son la llave más segura aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Philippe.

Por toda respuesta, Cahiel señaló hacia adelante.

Dolente acababa de llegar hasta el pelotón de soldados que custodiaba la puerta. Estos bloquearon el paso con gesto decidido, haciéndole desmontar y acercarse a ellos para mostrarles la banda que lucía al pecho. El regente incluso se inclinó para que la luz le diera al bordado desde distintos ángulos. Solo entonces los soldados echaron rodilla a tierra y le franquearon el paso.

—Nadie puede pasar si no lleva uno de estos —dijo Balleria con gesto grave—, ni siquiera él. Que os los hayan entregado es un hecho inaudito que pasará a nuestras crónicas. Es un gesto de confianza que debería haceros sentir honrados, a pocos en Ágarot se les concede algo así.

—Pero ¿qué es este sitio? —preguntó Philippe.

—Kizzi —dijo Cahiel encogiéndose de hombros—. Nuestra despensa particular de secretos. Se nos dijo hace centurias que llegaría el momento de atacar con todas nuestras fuerzas. Aquí es donde las hemos reunido.

Los compañeros se miraron sorprendidos y se apresuraron a colocarse las cintas en la frente.

Según pudieron deducir, había tres categorías dentro de la confianza otorgada con esas piezas de tela. Las más comunes eran las suyas: sencillas bandas blancas para colocarse en la cabeza. Solo los oficiales de más graduación y algunos soldados especialmente distinguidos lucían el fajín, con los nudos colgando elegantemente a un lado. Por último, el Dolente, Aileen y Balleria lucían las bandas que habían visto antes cruzadas sobre el pecho. Eran las únicas piezas que tenían unos ribetes bordados en los laterales.

Toda la comitiva parecía tener que someterse a la inspección en la puerta, por lo que era previsible que la entrada se prolongara largo tiempo. Ellos, junto a Balleria, llegaron pronto ante los guardianes. Al acercarse, vieron que las aspilleras que habían visto de lejos en la muralla no eran un simple adorno. De aquellas que tenían más cerca asomaban las temidas ballestas de Ágarot.

Cuando llegó su turno mostraron la bandana, giraron levemente la cabeza como habían visto hacer y los soldados les franquearon la entrada tras una inspección minuciosa y alguna mirada suspicaz.

—Acercaos —dijo el Dolente en cuanto los vio pasar.

Estaba poco más allá de la entrada, apartado para no impedir el avance y lo acompañaban su mujer y varios sacerdotes. Estos vestían las mismas túnicas que habían visto en el funeral de Illya, aunque todas se adornaban con un franja blanca en el pecho en la que lucían el símbolo de Kizzi. En el grupo, no obstante, destacaba la figura de un hombrecillo rechoncho y notablemente más bajo que los demás.

Vestía una túnica de distinta factura en la que predominaban los colores granates y marrones que le marcaba perfectamente una generosa barriga. Apenas tenía pelo en la parte superior de la cabeza, aunque el que salía de las sienes y la nuca era largo, contrastando su tono rojizo con la claridad de los ojos, de un gris casi transparente. Llevaba también una banda como la del Dolente, con el Símbolo bordado, aunque estaba arrugada y mal tendida sobre el cuerpo, como si no le concediera la más mínima importancia. Hasta la túnica tenía arrugas e incluso alguna mancha. Del fajín que se la ajustaba al cuerpo asomaba un grueso pliego de papel que parecía haber tenido mucho uso.

A su alrededor, los soldados avanzaban hacia unos edificios alargados con aspecto de barracones mientras algunos de los habitantes de Kizzi miraban la escena, sorprendidos.

—Pensé que esto sería algún tipo de cuartel donde ocultáis a vuestras mejores tropas —murmuró Philippe—, pero no veo más que sacerdotes y civiles.

—En Ágarot muchos de nuestros sacerdotes son también sabios —contestó Cahiel, encogiéndose de hombros—. Pero Kizzi es mucho más que un cuartel. Cuando te enseñen los...

—Cahiel —dijo Balleria sin volverse—, silencio.

El soldado asintió y cerró la boca sin cambiar el gesto.

—Este es el maestro Su-Wan —dijo Dolente en cuanto llegaron hasta él.

—¡Hola amigos! —exclamó el hombrecillo dando un paso hacia ellos para estrecharles efusivamente la mano—. No recibimos muchas visitas aquí, ¿no es cierto? ¡No señor, pocas visitas, por lo que toda novedad es bienvenida! ¿Brujas, verdad? —dijo en dirección a las mujeres—. ¡Claro que sí, la Voluntad os precede como el viento a la tormenta! Vosotros dos, grandullones, os parecéis tanto que sería absurdo no pensar que sois padre e hijo. Inquisidores me dijisteis, ¿no?

De cerca era evidente que, pese a su incuestionable vivacidad, Su-Wan era muy anciano. Tenía profundas arrugas en el rostro y la espalda algo arqueada, pero gesticulaba y se movía con tanto nervio como algunos niños. Sus facciones resultaban extrañas, pues tenía los ojos ligeramente rasgados y las orejas grandes, algo separadas de la cabeza y con una curiosa tendencia a afilarse en la punta.

—Su-Wan está a cargo de Kizzi desde hace tiempo —dijo Dolente con gesto afable.

—¡Mucho tiempo, sí! —contestó el hombrecillo alzando un dedo.

—Es, además, la persona más inteligente del mundo.

—¡Pamplinas! —contestó Su-Wan poniéndose rojo al instante—. Veréis, es muy curioso cómo funciona la inteligencia. ¿Quién es más fuerte de los dos? —preguntó adelantándose hacia Marc y Philippe. Los compañeros se encogieron de hombros, sin saber qué decir—. Lo diré de otro modo: si echarais un pulso ¿quién ganaría?

—Supongo que yo —dijo Philippe, inseguro.

—¡Claro que sí! —exclamó Su-Wan poniéndose de puntillas para tocarle el brazo—. ¡Madre de Lám, qué musculatura! Si alguna vez ando escaso de acero para remachar los barcos te mandaré llamar.

—¿Barcos? —preguntó Marc.

—¡Otra pregunta! —exclamó el anciano sin hacerle caso—. Si echarais una carrera hasta allí ¿quién ganaría?

—Él —dijo Philippe con una carcajada—, siempre se le dio bien huir de mí.

—Entonces ¿quién es el mejor de vosotros dos? —preguntó el anciano entrecerrando los ojos.

Marc y Philippe se miraron confundidos. Incluso los demás parecían extrañados ante la cuestión. De repente, Su-Wan se echó a reír dando palmas.

—¡Absurdo! ¡Es una pregunta absurda! ¿Cómo vamos a medir la valía de las personas con valores semejantes? Pues algo así es lo que pasa con la inteligencia, volviendo a la cuestión que comentaba nuestro buen Dolente. —Su-Wan se secó las lágrimas que se le habían saltado y adoptó un tono mucho más comedido—. Veréis, las personas son tan diversas como sus capacidades. Tengo aquí en Kizzi a gente que puede hablar en todos los idiomas conocidos como si hubieran nacido en cada uno de los territorios; incluso conocen dialectos antiguos y derivaciones locales, con su entonación particular. Otros podrían relataros en detalle la historia de Ágarot desde el punto en que comienzan nuestras crónicas hasta hoy, con nombres, fechas y datos tan exhaustivos que necesitarían semanas enteras sin dejar de hablar. Hay, en definitiva, disciplinas tan dispares como os podáis imaginar y un erudito experto en una materia puede resultar un ignorante absoluto en otra. Pero, ah, os preguntaréis entonces a qué se refería Dolente cuando me dedicaba tan calurosos elogios ¡gracias por ellos, sin duda! —dijo volviéndose hacia él antes de seguir hablando, sin darle oportunidad de contestar—. Pues, sencillamente, a que a mí se me da bien saber un poco de todo. ¡Me gusta picotear aquí y allá, pero me aburre sobremanera centrarme en una sola cuestión!

—Lo que Su-Wan llama *picotear* es lo que muchos seríamos incapaces de hacer en toda una vida dedicada al estudio de una sola parcela del conocimiento —respondió Dolente.

—No es para tanto ¡no lo es en absoluto! Pero decidme —preguntó dirigiéndose directamente a Marc—, ¿cómo está el bueno de Sebastien? Lo vi hace poco, la última vez que me dejé caer por Bendición. ¿Cuándo fue eso? ¿Dos? ¿Tres años, quizá? Es posible que haya pasado algo de tiempo sí, ¡pero tengo que decirle que estuve estudiando a Drahms! Se me ocurrieron unas cuantas ideas, de hecho. Esa combinación de acordes, esas progresiones rotas...

—Debemos tratar los asuntos que nos han traído aquí —apuntó Dolente con suavidad—. No nos sobra el tiempo.

—¡Ah, la leyenda! Sí, claro que sí, ese es el asunto primordial —dijo Su-Wan echando a andar de pronto con pasos rápidos sin molestarse en comprobar si le seguían—. Recibí vuestro mensaje. Un asunto curioso, he de decir, aunque debemos desentrañar el misterio cuanto antes porque no andamos bien de tiempo, no señor, nada bien. Despachar de ese modo al Emperador. —Su-Wan soltó una risilla— ¡Habría pagado en libros por estar presente! Pero es un asunto serio ¡muy serio! Ese hombre no tiene sentido del humor, sin duda planeará algo —añadió carraspeando y forzándose a adoptar un gesto serio ante la mirada grave del gobernante—. Atacará, no hace falta consultar las crónicas para saber cómo actúan los emperadores. ¡Orgullosos, agresivos, todos son iguales! Aunque esa podría ser una ventaja al enfrentarse a ellos, he de apuntarlo —dijo sacando el pliego de papel que llevaba en el fajín y cogiéndole una pluma a un sacerdote que pasaba junto a él—. Estrategia militar. No sé mucho de eso, debería leer algo al respecto —murmuró para sí.

El anciano los llevo casi a la carrera hasta un edificio que quedaba más allá de los barracones en los que estaban acomodándose los soldados. Subió unas escaleras sin dejar de murmurar para sí, gesticulando mientras sopesaba y descartaba ideas, y atravesó varias salas sin alzar la mirada del suelo. A su alrededor quedaron un buen número de sacerdotes y civiles, la mayoría de los cuales ni siquiera levantaban la vista de los volúmenes que leían. Como mucho, hacían alguna anotación en los pliegos de papel que tenían ante ellos y continuaban la lectura.

Para los visitantes fue evidente que solo aquellos que parecían trabajar allí o los que llevaban un fajín blanco entraron con ellos. Los demás soldados, que llevaban la bandana sobre la frente, se quedaron respetuosamente a la puerta.

Las estancias de Su-Wan eran enormes, aunque no parecía que se debiera solo a la dignidad de su puesto. Estaban llenas de estanterías abarrotadas de libros y manuscritos, objetos mecánicos, armas y piezas de armadura, frascos con líquidos de todos los colores, utensilios de alquimia o herrería y un sinfín de cosas más. Todo estaba descolocado, amontonado, tirado por el suelo o en pilas que se alzaban más de un metro sin que los elementos que las integraban tuvieran ninguna relación entre sí. Sin embargo, el hombrecillo no parecía ser consciente del caos. Se dirigió directamente a un montículo y tomó unos manuscritos de piel de aspecto antiquísimo que estaban cosidos burdamente entre sí. Luego fue al extremo contrario y sacó un pequeño libro de dentro de un casco.



Fue cogiendo de ese modo varios documentos más antes de depositarlos sobre una mesa baja y comenzar a hablar antes siquiera de que hubieran podido reunirse en torno a él.

—Aproximadamente tres siglos después de la muerte de Thomenn encontramos un registro que habla del Ermitaño —dijo mostrando uno de los pellejos de piel—. Aquí incluso se hace mención a otro momento anterior en que visitó la antigua capital antes de que fuera arrasada.

Dolente asintió.

—¿Dais por hecho, entonces que esa figura existió realmente?

Por un momento Su-Wan se quedó callado, sin saber qué contestar. Entonces abrió uno de los libros directamente por la página que buscaba y puso el dedo en un punto concreto.

—Aquí se menciona otra de sus visitas. Doscientos años después.

Dolente lo miró con un gesto de estupefacción que parecía fuera de lugar en sus facciones.

—Quiero pensar que lo que estás diciendo es que, a través de los siglos, ha habido varios ermitaños. ¿Es esa tu conclusión?

Su-Wan arrugó la frente y extendió los libros que tenía ante sí hasta que cubrieron toda la mesa.

—En todos ellos se habla de él —dijo señalando los volúmenes, algunos de los cuales no eran tan antiguos como los primeros—. No hemos encontrado nada que hable del escudo o el hueco sobre el trono, pero puede que haya más registros, mis muchachos siguen investigando. No obstante, todos estos escritos mencionan al Ermitaño con reverencia y se habla acerca de su grandiosidad, aunque no hemos sido capaces de interpretar mejor los escritos más antiguos o mal conservados. La mayoría de estos volúmenes son crónicas oficiales de la época, así que me inspiran toda la confianza. Lo relevante, de todos modos, es que en aquellos en los que se le dedica alguna descripción siempre se mencionan elementos coincidentes: su tremenda fortaleza, esa grandiosidad de la que hablaba antes, incluso un par de ellos mencionan su barba y el cabello castaño que le cae hasta los hombros.

—No puede ser. ¿Hay alguna posibilidad de que todos ellos hablen del mismo hombre?

—Ninguna natural, que yo sepa. Pero estamos hablando de leyendas relacionadas con Lám, Thomenn y el mismísimo Creador, así que todo podría ser, supongo —respondió dubitativo.

—Hay que localizarlo. Tenemos que hacerle saber acerca de las reliquias y pedir su consejo.

—Eh... sí. Puede que haya un problema con eso —musitó Su-Wan con el mismo tono que un niño que confiesa una trastada—. Aunque descubrimos algunos indicios acerca de su localización, también nos hemos dado cuenta de algo más. —El anciano alzó la vista un instante, pero la bajó apresuradamente al ver el ceño fruncido de su

señor—. Por lo que hemos podido concluir mientras analizábamos los registros, las visitas del Ermitaño son, eh, ¿cómo decirlo? Cada vez más esporádicas. Sí, eso es. Sus apariciones son cada vez más espaciadas en el tiempo y el caso es que lleva más de un siglo sin ser visto.

Dolente dejó escapar el aire en un gruñido grave.

—¿Me estás diciendo, Su-Wan, que el único ser en el mundo que podría interpretar que el escudo esté sobre el trono de Ágarot, ese mismo que, según dices, lleva siglos visitándonos, ha desaparecido precisamente cuando más lo necesitamos? —preguntó rojo de ira.

El anciano se apoyó sobre un pie y luego sobre el otro antes de atreverse a contestar.

—Eso parece, sí.

Dolente soltó un bufido de rabia y su Voluntad se dejó notar en la sala.

—Debemos organizar una expedición ahora mismo. ¡Balleria, toma a diez hombres, los que tú elijas! Reuniremos toda la información disponible y os la entregaremos. Quiero que estéis en marcha en una hora.

—¡Sí, señor! —contestó Balleria dándose la vuelta.

—¡Espera! Mi señor, con todos los respetos, no sé si es una buena idea —dijo Su-Wan con un tono tan preocupado que la campeona se detuvo sin que Dolente lo ordenara.

—Explícate —dijo este, contrariado.

—No pretendo cuestionar sus decisiones tácticas y Lám me libre de meterme en asuntos de gobierno, no señor, pero realmente no sabemos por qué el Ermitaño dejó de venir.

Dolente frunció el ceño y aguardó a que el anciano siguiera hablando.

—Desconocemos casi todo de este personaje, por lo que no sabemos si, por ejemplo, en algún momento se enemistó con nuestros antiguos gobernantes. También podría haber muerto de viejo o haberse despeñado montaña abajo, quién sabe... pero creo que es mejor no contemplar siquiera esa posibilidad, no señor, claro que no.

—Entiendo tu preocupación, Su-Wan, ¿cuál sería entonces tu consejo? —preguntó Dolente con impaciencia.

—Creo que, si vamos a visitar a un ser inmortal para pedirle ayuda sin tan siquiera saber qué es lo que ha sucedido en estos últimos siglos, quizá lo más inteligente fuera acudir a él cargados de razones para solicitársela.

—No estás hablando solo de llevarle el escudo y la Siempreverde —murmuró Dolente.

—Pues creo que no —respondió Su-Wan, paseando la mirada entre Marc y Eldwin.

—Supongo que los inquisidores podrían echarnos una mano si se lo pidiéramos. Puede que su presencia fuera algo lo bastante excepcional para que el Ermitaño se decidiera a ayudarnos, pero la idea de enviar a nuestros otros huéspedes a una misión

así no me gusta —contestó Dolente señalando disimuladamente al niño—. Supongo que ese Ermitaño vivirá lejos de nuestros centros de poder.

—A unos ciento cincuenta kilómetros de Stromferst, siguiendo al Norte por la Espina del Mundo, si los indicios son correctos —respondió Su-Wan, contento de poder aportar más datos.

—En realidad no me parece una idea tan mala —dijo de pronto Isabell.

Todos se volvieron hacia ella con sorpresa, especialmente Alba.

—¿Estaríais dispuestos a marchar a un lugar así con él? —preguntó Dolente señalando a Eldwin con la barbilla—. No podría garantizar vuestra seguridad tan lejos de aquí.

—Hemos pasado por cosas peores —contestó Isabell con gesto indiferente— y estaríamos más lejos del Imperio que de cualquier ciudad de Ágarot. Además, dudo que fuera el primer lugar donde nos buscaran.

—Se me ocurre —dijo Marc con la mirada fija en la mujer—, que podríamos aprovechar ese viaje para avanzar después hasta Uruth en busca de ayuda. Si todo fuera como deseamos, os mandaríamos la información que el Ermitaño nos proporcionara y continuaríamos hacia Ounlund.

Dolente alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Bien, no tengo ninguna objeción —dijo al cabo de unos instantes—. Si estáis de acuerdo prepararemos una pequeña escolta que os permita viajar rápido y representarme ante Uruth. Esperaremos vuestras noticias, pero debéis partir de inmediato.

—¡Sin duda, de inmediato! —recalcó Su-Wan dando palmadas—. Oh, si no estuviera tan viejo me gustaría acompañaros. ¿Le diréis al Ermitaño que nos visite aquí? Siempre que parezca adecuado, claro. ¿Tengo una túnica nueva? No lo recuerdo, pero no puedo recibirle con esta, claro que no, de ninguna manera.

—Prepara toda la información, Su-Wan. Ya habrá tiempo de hacer el té a los huéspedes en otro momento.

—Sí, sí, claro, será mejor —murmuró el hombrecillo mientras comenzaba a revolver ágilmente entre sus papeles.

—Balleria, encárgate de seleccionar a los hombres. Cahiel, acompaña a nuestros huéspedes a los almacenes y avisa al jefe de intendencia para que os prepare todo lo que sea necesario. Tú también irás.

—Sí, señor —contestó guiando a los compañeros hacia afuera.

—Marc —dijo el Dolente tomándolo del brazo antes de que saliera—. Puede ser mucho lo que esté en juego. Puede ser decisivo.

—Pocos tienen más ganas que yo de golpear al Emperador —respondió él—. Si hay alguna posibilidad de que ese Ermitaño nos proporcione una ventaja, la conseguiré.

—No es solo el Emperador. Son miles de vidas lo que está en juego —añadió el Dolente mientras su brazo se convertía en un firme apretón de manos—. Suerte —

dijo simplemente antes de volverse hacia Su-Wan.

Cuando salieron, Isabell dejó que Cedric alzara a Eldwin sobre sus hombros y se entretuvo disimuladamente para que Marc llegara hasta ella.

—Gracias por echarme una mano —dijo.

—Sabes que lo que has dicho ahí dentro es una estupidez, ¿verdad?

—Claro que sí. Llevar a Eldwin a la Espina es lo que menos me apetece en el mundo.

—Entonces ¿por qué?

—Es precisamente por Eldwin, ¿verdad? —preguntó Alba llegando con sigilo hasta ellos.

—Es por Zuld —contestó Isabell torciendo el gesto.

—El líder de vuestro Consejo —murmuró Marc.

—Así es. Las órdenes de la Voz no eran solo traerlo aquí, sino permanecer en Ágarot.

—No parece un mal plan —respondió Marc.

—No lo sería si no fuera porque lo propone él. No me fío de Zuld —dijo Isabell con gesto obstinado—. Además, ¿qué podemos encontrarnos en la Espina del Mundo? ¿Unos cuantos trolls? ¿Esos carneros enormes? No me parecen peor que recibir la visita de esa víbora traicionera.

—Las relaciones entre las brujas y el Consejo son estrictas y si él solicitara la custodia de Eldwin solo estaríamos nosotras para negársela —murmuró Alba mirando fijamente a su amiga.

—Pues no pienso permitir que le toque un solo cabello. Ni uno —dijo Isabell echando chispas por los ojos.

Durante la siguiente media hora los extranjeros vieron una pequeña muestra de la eficiencia de Ágarot: Balleria tenía a su escolta preparando el petate en menos de diez minutos. Varios civiles que lucían las consabidas bandanas se ocuparon de preparar el equipaje de todo el grupo y después los acompañaron a la armería.

De camino no pudieron evitar fijarse en un pelotón de ballesteros que se entrenaba ante unos muñecos de paja que permanecían a considerable distancia. Philippe andaba tan embobado viendo como todos hacían blanco en la cabeza de los objetivos, que a punto estuvo de tropezarse con la carretilla que empujaba un hombre.

—¿Qué son esos ladrillos tan raros? —preguntó señalando los bloques cuadrados que transportaba.

—Esto es *pan eterno* —dijo Cahiel tomando uno y lanzándoselo—. Nunca enmohece, se transporta fácilmente y puede alimentar a un hombre durante una semana.

—¿Una semana comiendo solo esto? ¡Menuda tragedia! —gruñó el inquisidor apreciando, no obstante, que la pieza pesaba más de lo que aparentaba—. Seguro que sabe a barro con cal.

Sin embargo, cuando le hincó el diente tuvo que reconocer que tenía un sabor más que aceptable.

Los tres inquisidores arrojaron a una pila de herramientas embotadas sus propias armas en cuanto entraron en la armería. Ante ellos vieron una innumerable variedad del mejor acero agoriano, en todas formas y tamaños. Sin que hiciera falta que Cahiel los animara demasiado, pronto se vieron equipados con armas y las piezas de armadura que mejor se ajustaban a sus gustos. Marc tomó un peto que llevaba la lágrima del Dolente labrada, así como brazales, espinilleras y un casco que simulaba dos alas en los laterales. Philippe se vistió de un modo similar, aunque para la cabeza no tomó nada, pues todavía conservaba el casco que le habían hecho antaño con el cráneo de un troll. Su padre, a despecho de algunas miradas perplejas, no tomó más que una cota de mallas enorme que colocó bajo un sobretodo de cuero que fue incapaz de cerrar sobre su barriga.

—Lo importante en la lucha es poder moverse con libertad. —Rio en dirección a su hijo mientras sopesaba un par de hachas que la mayoría de los hombres tendrían dificultades para levantar.

Philippe gruñó una respuesta y siguió paseándose entre las estanterías. Marc, por su parte, escogió una bella espada y un pequeño escudo que le recordaba vagamente a la rodela que solía utilizar hasta que les capturaron cerca de Mulars.

—Puede que no sean las armas que nos entregó la Orden, pero no se puede negar que esta gente sabe hacer las cosas —gruñó su hermano volviendo hasta él con un enorme martillo apoyado en el hombro.

—El acero tiene una factura impecable, pero pesa menos que el del Imperio. Me pregunto cómo lo habrán logrado —respondió Marc comprobando que el filo de su hoja podía responder a las más altas expectativas.

—Ya te lo dije —respondió Cahiel a su espalda—. Kizzi es un almacén de secretos.

Los inquisidores se encogieron de hombros y siguieron al soldado hasta los establos. Allí aguardaban, ya ensillados, Furioso y Naffir, así como las nuevas monturas que habían puesto a disposición del grupo. Isabell las examinaba con gesto de aprobación.

Poco después, ya con los equipajes colocados en las sillas, los acompañaron hasta el Dolente.

Su-Wan se encontraba junto a él con unos manuscritos que parecían recién redactados.

—Tened cuidado con el Ermitaño —dijo cuando se los entregó—. Ese asunto de la *grandiosidad* que se menciona continuamente me tiene preocupado. Ya sabéis que

la nobleza suele ser difícil de tratar y pudiéramos estar hablando de alguien que fue muy importante.

—Si es necesario lo llamaré emperador, santidad e incluso me postraré a sus pies —respondió Philippe ejecutando una torpe reverencia que hizo reír a Eldwin.

Incluso Balleria tuvo que torcer la cabeza para que no vieran el atisbo de sonrisa que afloró en sus labios. Su-Wan, en cambio, no mudó su expresión, acentuando incluso el ceño.

—Emperador... eminencia... —le oyeron rumiar mientras les entregaba los documentos.

En ese momento el Dolente se adelantó hacia ellos. Juntó las palmas y luego las abrió en un gesto amplio abarcando a los inquisidores, las brujas y a sus propios soldados.

—No tengo la menor duda de que lleváis con vosotros la bendición de Thomenn —pronunció con voz solemne—. Sabed que contáis también no solo con mis mejores deseos, sino con la esperanza de todo Ágarot. Puede que del éxito de vuestra misión dependa todo lo que ha de venir. —Por un momento su rostro se ensombreció para luego dar paso a una leve sonrisa, algo forzada, cuando Aileen le apretó la mano—. Rezaré para que todo vaya bien y estéis pronto junto a nosotros.

—Y que lo que traigáis sean solo buenas noticias —apostilló Su-Wan con gesto preocupado.

—Dadle recuerdos a Arnulf. Decidle que Ágarot manda noticias y esperanza a sus aliados de Uruth. Pero tened cuidado, es más inteligente de lo que pudiera parecer a simple vista —añadió.

No daba la impresión de que su rostro estuviera marcado por la esperanza. Eran, más bien, dudas e incertidumbre lo que reflejaban las profundas arrugas de su frente.

—Y bien, mi señora —dijo Philippe fingiendo un ánimo que, tras la despedida de Kizzi, no sentía realmente—, ¿cómo llegaremos al lugar donde el buen Su-Wan sitúa al Ermitaño? ¡Ardo en deseos de que me enseñéis algo más de este bello país vuestro!

—Me temo que no veremos mucho de Ágarot —respondió Balleria.

Después de que el Dolente hubiera invitado a los extranjeros a Kizzi, la consideración que les mostraban los soldados había mejorado notablemente. En esos momentos cabalgaban casi en la vanguardia formada por Balleria y Philippe. Algo más atrás, Cahiel hablaba con Eldwin e Isabell, que compartían caballo. Cedric parloteaba animadamente atrás del todo con los soldados, olvidada ya toda su animosidad hacia los agorianos. Estos, sin embargo, lo miraban todavía con rostros circunspectos y, aunque el antiguo inquisidor no se daba por enterado, apenas participaban en la conversación.

Marc y Alba, apenas unos metros delante de él, conversaban en voz baja y, de vez en cuando, se daban la mano, todavía con timidez. Neva había echado a correr en

cuanto atravesaron las colinas que bordeaban Kizzi por el Norte para avanzar por una pradera que habría sido impensable kilómetros más atrás y que solo rompía la horizontalidad con suaves elevaciones.

—Da igual lo mucho o poco que veamos, estar en vuestra compañía en medio de un paisaje como este me agranda el corazón, mi señora —insistió Philippe volviendo la mirada hacia la Campeona.

Balleria resopló y alzó un dedo, señalando hacia la Espina del Mundo.

—Mi intención es llegar allí pasado mañana e internarnos en la cordillera al día siguiente. Puede que cuando la sombra de las montañas lo anegue todo no sientas tan henchido el corazón.

—Lo dudo, si esa sombra me alcanza junto a vos —respondió inmediatamente Philippe, con expresión embobada—. Pero decidme una cosa: estamos bastante lejos de la Espina. ¿Estáis segura de que llegaremos en dos días?

—En cuanto alcancemos el camino al que nos dirigimos abandonaremos esta marcha campo a través y aceleraremos rumbo sureste. Habrá que exigir mucho a nuestros caballos hoy y mañana, pero el tiempo es vital.

—En todo caso hay una cosa que me escama —insistió Philippe—. Si hemos de avanzar hacia el Sur, como decía el maestro Su-Wan, ¿no sería mejor hacerlo por las estribaciones de la Espina? Sin duda el avance por su interior será lento y muy peligroso.

La mujer se volvió hacia él y en su rostro despuntó apenas una sonrisa sesgada.

—Eso es porque, como te dijo Cahiel, no conoces los secretos que guarda Kizzi.

El gigantón frunció el entrecejo y asintió, pese a que no parecía entender nada.

—Lo cierto es que tu pueblo vive de un modo muy reservado. Ayer mismo se me ocurría que, con que uno solo de vuestros hombres se fuera de la lengua, tendríais un grave problema.

—No hay traidores en Ágarot, si es lo que insinúas —respondió ella torciendo el gesto.

—Mi querida dama, hay traidores en todos lados.

—Aquí no.

—Bien, pero si los hubiera...

—Se los comería el Norte —dijo Cahiel llegando hasta ellos.

Balleria lo miró con gesto de enfado por primera vez desde que los conocían y, también por primera vez, el soldado pareció realmente disgustado.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Philippe.

—No es nada, realmente. Una expresión sin más —respondió Balleria mirando hacia otro lado.

—Por favor —resopló Philippe—. Hemos estado en esa ciudad prohibida vuestra, no puede quedar ya mucho por ver.

—Te sorprenderías —contestó Balleria que, no obstante, parecía pensativa—. Sí que ha habido traidores a lo largo de la historia de Ágarot. Muy pocos, cierto, pero

alguno. Cuando algo así sucede, o cuando se comete un crimen terrible, se los envía al Norte.

—¿Dejáis que se vayan?

—No es tan sencillo: se los envía hasta uno de nuestros puestos avanzados. Entonces se les da a elegir entre morir asaeteados o caminar hasta perderse en los hielos.

Philippe frunció el entrecejo.

—Y esos puestos avanzados ¿por qué vigilan en el Norte?

—Lo cierto es que ya no lo recordamos, ni siquiera Su-Wan.

—Pero, ¿hay algo al norte de Ágarot? En el Imperio no tenemos ni idea de qué se oculta más allá de vuestras tierras. ¿Acaso os tenéis que defender también de un enemigo en esa frontera?

—No lo sabemos, pero a veces desaparecen soldados. El relevo llega y se encuentra la atalaya vacía, sin rastro de vida. A medida que avanzas hacia el Norte, el frío va en aumento hasta que solo queda un yermo helado en el que nada crece. Allí, cada centímetro de piel que queda al descubierto se congela; a los ojos les cuesta parpadear y las lágrimas se convierten en agujas de hielo.

Philippe asintió, con una expresión de suma inquietud en el rostro.

—Solo contéstame a esto: ¿habéis mandado exploradores?

Balleria bajó la mirada.

—Nadie que se haya internado demasiado en el frío ha vuelto.

—Entonces, ¿no sabéis dónde acaba el Norte?

—Algunas de nuestras aldeas más antiguas todavía se asientan en los comienzos del hielo, pero cada vez menos. La vida es dura allí y solo se puede vivir de la caza o de los hongos que cultivan bajo tierra.

—Existe la creencia de que los agorianos vinimos del hielo, del extremo norte —apuntó Cahiel con timidez—, pero nadie te lo dirá con seguridad.

—Vengamos de donde sea, lo cierto es que algunos de esos condenados a morir en el Norte volvieron corriendo, espantados, solo para morir a manos de nuestros ballesteros —dijo Balleria removiéndose inquieta—. Discúlpame. No quiero seguir hablando de esto.

Philippe asintió sin la menor reticencia, como si también a él le pareciera buena idea dejar el tema.

Aquel día cabalgaron al trote, pese a que la única luz fue pronto la de las antorchas que llevaban. Balleria les exigió un buen número de horas sin pausa hasta que llegaron a uno de los refugios que ya conocían. Dos soldados los saludaron al llegar y, tras unas miradas sorprendidas hacia los forasteros, les ayudaron a acomodar los caballos. La comitiva apenas se permitió unos momentos para cenar un caldo generosamente espesado con carne de cerdo y se echaron a dormir.



Para algunos no pasó más que un momento antes de que la campeona diera la orden de ponerse en marcha y, de nuevo, avanzaran hacia la Espina del Mundo.

En esa segunda jornada de viaje solo se detuvieron en dos ocasiones antes de llegar, con la luna bien presente en el cielo, a otro refugio que ya estaba cerca de las estribaciones de la cordillera.

—¿Qué distancia crees que hemos recorrido en estos dos días? —preguntó Philippe a su hermano mientras se masajeaba el trasero.

—Algo menos de doscientos kilómetros —respondió Marc—. No sé cómo sus caballos han podido aguantar esta marcha.

—¿Los caballos? ¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Cedric llegando hasta ellos—. Os aseguro que oigo como mis riñones aúllan —dijo intentando erguir la espalda.

—Padre, Eldwin no se ha quejado en todo el viaje.

—¡Pero él es joven! No sufre de las articulaciones y tiene todo por ver. Ay, si al menos tuviera algo de vino con que calentar mis pobres huesos.

Philippe bufó y se fue a buscar a Cahiel. Al poco, el agoriano trajo un pequeño odre.

—Esto es todo lo que los soldados del refugio tienen para diez días —le dijo entregándoselo—. Me han dicho que, si nuestra misión es tan importante, te lo entregarán gustosos.

Cedric se quedó en silencio y tomó el vino con gesto reverencial. Miró a los responsables del refugio, que a su vez tenían la vista puesta en él, y les dirigió un gesto de gratitud. Después echó un pequeño trago y volvió a tapar el pellejo.

—Buena gente. Buen vino. Que me condenen por cada vez que he dicho que no sabéis preparar un caldo digno de Elías.

Al tercer día de marcha, solo tuvieron que pasar unas horas para que Philippe comprendiera que, en efecto, era mucho mejor avanzar por medio de la Espina que junto a ella.

Nada más penetrar por una estrecha garganta se toparon con la visión de un muro infranqueable a lo lejos. Los inquisidores, justo por detrás de Balleria y Cahiel se miraron unos a otros y se pusieron en fila de a uno sin comprender. Sin embargo, a punto de llegar a la pared de piedra, que ascendía casi en vertical, vieron como los dos agorianos torcían a la derecha por una grieta poco más ancha que dos jinetes.

El paso tenía una longitud de casi un kilómetro. En ocasiones se ensanchaba ligeramente, pero aunque el cielo se veía en lo alto, azul y limpio de nubes como si fuera un trozo de mar, la sensación era opresiva.

Balleria, que abría la marcha, dejó atrás varias grietas similares y, cuando daba la impresión de que iban a desembocar en un valle, volvió a girar para meterse por otra fractura en medio de la piedra.

Los extranjeros estaban tan sorprendidos por todo aquello que llevaban horas sin abrir la boca. El sonido de los cascos de los caballos resonaba ominoso, pero los agorianos avanzaban con seguridad y semblante tranquilo.

La campeona, junto a Cahiel, los llevó por varias grietas más hasta llegar a un enorme precipicio. Antes de que se dieran cuenta de lo que hacía, la mujer comenzó a descender por una senda invisible hasta ese momento que bien podía haber sido labrada a mano. Poco después los condujo a través de una cueva cuya entrada solo percibieron cuando casi estaban junto a ella.

En ocasiones, Balleria paraba para consultar los papeles que les había entregado Su-Wan, pero parecía encontrar rápidamente las señas que buscaba y reemprendía la marcha.

—Sería imposible que alguien utilizara estos pasos para flanquear Ágarot —musitó Philippe tras un buen rato en silencio—. Incluso nosotros, después de haberlos contemplado, nos perderíamos para siempre si nos dejaran aquí. ¿Has visto cuántas sendas aparentemente mejores hemos dejado atrás?

—Nuestros exploradores controlan las alturas y hay guarniciones a lo largo de toda la cara oeste de la Espina —contestó Cahiel volviéndose con una sonrisa—. Si sonaran los cuernos habría aquí un batallón entero en menos de una o dos horas. De todos modos es improbable que nos encontremos con problemas, ni siquiera los uruthianos conocen estos pasos. Además, con el tiempo hemos aprendido a buscar o fabricar el mejor camino posible y el viaje será casi en línea recta. Por las estribaciones del oeste, en cambio, nos encontraríamos con un terreno continuamente roto y habría que dar rodeos de días enteros cada pocos kilómetros.

—Esto es increíble. —Philippe miraba a su alrededor estupefacto—. Nunca lo hubiéramos podido saber.

—Llevó décadas de esfuerzo a los mejores cartógrafos y exploradores de Kizzi. Muchos albañiles contribuyeron a agrandar o hacer practicables algunos pasos, pero ahora tenemos instrucciones precisas para llegar tanto a varios puntos de Uruth y Ágarot, como hasta Stromferst.

—Y de un modo rápido y discreto —dijo Marc—. Amigo, desde luego sois una nación sorprendente.

—¡Y eso que no conoces lo que tenemos preparado para...!

—Cahiel, silencio —ordenó Balleria.

El soldado obedeció sin el menor comentario y, al poco, estaba silbando una alegre melodía.

Siguieron avanzando durante varios días más. Por la noche, o quizá con la tarde avanzada y el sol oculto ya tras las montañas, siempre encontraban alguno de los modestos refugios. A menudo había una pareja de soldados atendiéndolos, pero incluso los que vieron vacíos tenían leña preparada, una buena cantidad de pan eterno

y carne seca envuelta en hojas. También se cruzaron con varias patrullas e incluso una vez vieron a un solitario explorador, pero solo cuando se alzó junto a una roca, casi junto a ellos.

En esas ocasiones Balleria se detenía apenas unos minutos para saludar a los soldados, preguntarles por las novedades y ponerles al día acerca de lo que estaba sucediendo en Ágarot. Todos ellos asentían con estoicismo, pero en sus ojos podían ver que las noticias les calaban hondo y avivaban su ánimo.

Prácticamente no fue hasta que salieron de una pequeña cueva y se encontraron con un paisaje nevado por entero cuando Philippe volvió a intentar hablar con ella.

—Hemos estado ascendiendo desde que entramos en la Espina, ¿no es cierto? Bajamos por un par de precipicios y recuerdo aquel desfiladero que parecía no acabar jamás, pero la subida ha sido mayor.

Balleria asintió, con la vista puesta al frente.

—Así es. Estamos en una zona muy elevada, a punto de ver una de las construcciones más grandes que ha hecho Ágarot jamás.

La comitiva avanzó unos cuantos metros hasta llegar a un abismo insalvable del que ni siquiera podían ver el fondo. A lo lejos, y a mucha menor altura, se intuía apenas la forma de una loma. Sin embargo, junto a ellos no había más que el vacío, la roca desnuda de la montaña que ascendía a su izquierda y el camino de vuelta.

Philippe ya estaba a punto de pedir explicaciones cuando dos postes cubiertos de nieve, que habían tomado por unos árboles helados, comenzaron a agitarse y un sonido chirriante se hizo audible. Poco a poco se alzó una estructura de madera que parecía una jaula de gruesos troncos. Un soldado saltó ágilmente desde la misma hasta donde se encontraban y se dirigió hacia ellos.

Balleria desmontó inmediatamente para saludarle con un sentido abrazo que hizo que Philippe arrugara la frente y gruñera algo.

—No te preocupes, es lealtad y amor fraterno lo que sienten el uno por el otro —le dijo Cahiel—. Después de lo que pasó, todos los que estuvimos en ese batallón acabamos muy unidos. O irremediablemente enfrentados, como con Genthil. Balleria siempre ha pensado que...

El soldado se dio cuenta de que uno de sus compañeros lo miraba con una expresión de alarma y cerró la boca inmediatamente.

—¿Qué demonios ibas a decir? —preguntó Philippe.

Por toda respuesta, y por mucho que Philippe le insistiera, Cahiel se mantuvo en silencio mirando al suelo con expresión concentrada. Al poco, fue la propia Balleria la que se giró hacia la comitiva.

—Entrad en el elevador por parejas. Solos dos hombres y dos monturas cada vez. Prefiero perder unos minutos a tener que lamentar algo peor.

Consciente de que no sacaría más del soldado por el momento, Philippe desmontó y guio a Furioso hasta la estructura. Eldwin e Isabell entraron a su lado mientras Marc se retrasaba un poco para esperar a Alba.

—Fíjate, pequeño —dijo el inquisidor—. Tres poleas en lo alto de este trasto. Y eso son cuerdas nuevas de la mejor calidad. Ni un solo hilo destrenzado.

—Pero ¿cómo consiguen que esta caja suba y baje? —preguntó el niño.

Philippe señaló hacia abajo justo cuando la estructura comenzaba a descender entre matraqueos. Un par de ruedas dentadas que podrían haberse sacado del abeto gigante más ancho de toda Seléin giraban ante el esfuerzo de varios caballos de tiro.

—Seguramente esas piezas sirvan para bloquear el mecanismo una vez que está arriba. ¿Y ves esto? —dijo Philippe señalando unos gruesos fardos que pasaban en ese momento junto a ellos.

—Contrapesos —dijo Eldwin.

—Efectivamente.

Ante ellos se extendía una segunda terraza, algo más estrecha que la superior, pero que terminaba igualmente en el abismo que ya habían intuido desde arriba.

El gigante pelirrojo tuvo que esperar hasta que todos los hombres hubieran bajado para acercarse de nuevo a Balleria, que fue la última en hacerlo junto a Cahiel.

—He de conceder que esta obra es sorprendente, como dijiste, pero me parecen mucho más admirables vuestros monumentos de madera.

—No me refería al elevador —dijo ella.

Cuando Philippe siguió el gesto que le hacía con la cabeza vio los primeros postes de hierro.

A su izquierda, la montaña se elevaba hasta perderse en las nubes pero, algo antes de que la terraza terminara abruptamente, comenzaba una hilera de enormes barras de metal que salían de la roca internándose cada vez más en la bruma del abismo. Cada una de ellas tenía una figura trabajada en su extremo, bien el rostro regio de personajes notables de Ágarot o bien símbolos diversos entre los que destacaba la hoja de roble. Por encima habían montado una viga metálica que discurría junto a la ladera, apenas separada un par de metros de la roca.

En ese mismo instante el inquisidor se dio cuenta de que lo que había tomado por unas pequeñas cabañas no eran tales, sino más bien alguna especie de carrozas con una pieza metálica en el techo que encajaba en dicha viga.

—Santa madre de Lám —musitó—. ¿Cómo demonios habéis sido capaces?

—Su-Wan diseñó este sistema —dijo Cahiel—. Los cajones pueden transportar hombres y caballos con seguridad hasta la otra parte del precipicio.

—Pero en esa dirección van hacia abajo —apuntó Marc, llegando hasta ellos—. ¿Cómo se vuelve?

—Los cajones tienen un mecanismo para remontar, pero se necesita de dos hombres para moverlo y no pueden subir hasta aquí con mucha carga.

—Si se llega desde el otro lado, el proceso es mucho más lento. A menudo no hay más remedio que dar un rodeo de casi tres días para ir al Norte —añadió Cahiel.

—¿Y no teméis que este ingenio se pueda volver en vuestra contra si alguna vez lo descubre el Imperio?

—Sería muy complicado que llegaran hasta aquí, y aún más que tomaran este refugio —dijo Balleria señalando los barracones—. Pero, incluso así, Su-Wan lo dejó todo preparado para poder arrojarlo precipicio abajo si fuera necesario.

—Burg se moriría por ver esto —murmuró Marc mirando hacia el otro lado.

—Me temo que ni siquiera puede permitirse esa opción —respondió Philippe siguiendo a los agorianos hacia el edificio principal.

Pese a que el viento soplaba con fuerza y en aquellas alturas hacía un frío muy intenso, Neva correteaba por la nieve y se revolcaba, feliz. Los soldados del refugio la miraban con asombro, pues no veían ante ellos más que a una joven extraña que se movía sin más protección que una camisola demasiado grande.

—Será mejor que descanséis —les dijo Balleria a los compañeros cuando entraron—. Hoy no podemos avanzar más, pero mañana nos espera una dura jornada.

Poco después, tras comer algo, la mayoría se echó pronto a dormir y solo Cahiel y Eldwin parecían tener la suficiente presencia de ánimo para echar unas cuantas partidas de conquista con un tablero que alguien les había dejado.

Aunque el agoriano no jugaba mal, su estrategia era bastante directa y, tras un par de empates, el pequeño comenzó a ganarle una partida tras otra.

—Vuelvo a perder —dijo Cahiel mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Cómo es posible que juegues tan bien? ¿Cuánto llevas practicando?

—Philippe me explicó las reglas hace unas semanas —dijo Eldwin mientras volvía a colocar las piezas en el tablero—. Aunque lo hacía poco a poco, para poder ganarme.

—¿Y en tan solo ese tiempo has aprendido tanto?

—Bueno, Marc también me enseñó algún truco.

Cahiel asintió y se volvió hacia el inquisidor, que permanecía abstraído junto a una ventana.

—Siempre está muy callado —murmuró—. Tiene mal aspecto.

—No lo ha pasado bien —respondió Eldwin tomando la pieza del emperador para verla más de cerca—. Un día les oí hablar entre ellos cuando creían que estaba dormido. Decían que lo estuvieron torturando durante casi una semana. Es normal que a veces parezca enfadado.

Cahiel se volvió para contemplarlo de nuevo con curiosidad.

—¿Cómo comprendes esas cosas siendo tan pequeño?

—He leído mucho —respondió él encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Y a ti, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué te hacen callar a veces los otros?

Cahiel lo miró con la misma expresión amistosa durante unos segundos, como si estuviera valorando la pregunta. Puede que incluso recordara que apenas un rato antes uno de sus compañeros le había mandado callar cuando hablaba con Philippe. Pero, fuera lo que fuera lo que pasaba por su cabeza, lo desechó pronto para retirarse parte de la ropa y mostrarle al niño la cicatriz que le rodeaba el cuello. Después comenzó a

hablar en voz baja. Cuando terminó, Eldwin estaba pálido y tenía un gesto de espanto en el rostro.

A la mañana siguiente Balleria les hizo despertarse tan temprano que cuando acabaron de desayunar apenas se intuía que el sol hubiera ganado el pulso a la noche. Sin embargo, pronto estuvieron todos preparados junto a los cajones que les ayudarían a descender la ladera.

Dos de los hombres que guardaban el paso entraron en el primero, junto a cinco soldados y sus monturas. Cuando cerraron la puerta, el mecanismo que había sobre la caja empezó a girar ayudado por algunos agorianos más que empujaban desde afuera, arrastrándola en dirección a la grieta. Sus esfuerzos se mantuvieron hasta que la caja estuvo al borde del abismo. En ese momento, con una última sacudida, la estructura avanzó hasta quedar colgada en el vacío. Solamente la viga de metal que soportaban los pilotes clavados en la montaña impedía que cayera a la bruma insondable que ya conocían. Quizá por eso, en cuanto comenzó a deslizarse, ganando velocidad rápidamente, y se perdió al otro lado más allá de la vista, Philippe soltó un grito incontrolable.

—¡Sangre de Thomenn! ¡No me haréis subir a uno de esos!

—Philippe, por lo más sagrado, compórtate —dijo Marc volviéndose hacia él.

—¡Me comportaré a lomos de mi caballo, pisando la tierra y frente a un ejército de mil trolls si es preciso, pero no me tiraré a un barranco de forma gratuita!

El gigantón tenía los ojos desorbitados por el miedo y la estampa había dejado estupefactos a cuantos estaban cerca. Incluso Cedric miraba a su hijo sin saber qué decir.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Balleria llegando hasta ellos atraída por el escándalo.

—¡La más terrible de las temeridades es lo que pasa! —exclamó Philippe, fuera de sí—. ¡Has enviado a esos hombres a la muerte!

—El sistema es totalmente seguro, no seas idiota —contestó Balleria volviéndose hacia el precipicio—. ¿Todo bien? —gritó hacia el vacío.

Inmediatamente contestaron las voces de sus hombres, señalando que habían llegado sin problemas.

—No haréis que me suba a uno de esos —insistió Philippe.

—Hermano, deja de hacer el tonto —dijo Marc con menos tacto de lo que habría sido habitual en él—. El tiempo es algo que ahora mismo escasea.

—Lo entiendo, pero ni aunque se me apareciera el mismísimo Thomenn pidiéndomelo me montarían en esos artefactos demoníacos. Cogeré a Furioso y...

—Y te perderás en la Espina hasta morir de hambre —le interrumpió Balleria— lo que, conociendo la manera que tienes de tragar, sucedería hoy o mañana.

Philippe balbució una respuesta que no llegó a concretarse y torció la cabeza.

—Escucha, no tenemos tiempo. Montaremos juntos en el siguiente cajón —dijo de pronto la campeona. Luego adoptó un tono mucho más confidencial y añadió en susurros—. Siempre dices que quieres pasar algún rato conmigo, ¿no es así? Pues que sea este —dijo echando a andar—. ¡Dejadnos! Bajaremos solos. En la próxima caja mandad a cuatro operarios.

Sus hombres parecían extrañados y alternaban la mirada entre ella y Philippe. Este, por su parte, se mantuvo inmóvil un instante hasta que le dio una palmada a Furioso y echó a andar hacia la mujer.

—Vamos amigo. Espero que me perdones, pero si hemos de morir algún día, que sea al menos con un rostro tan bello a nuestro lado.

Pese a sus dudas, Balleria cumplió su palabra y se mantuvo junto a él hablándole en tono tranquilizador desde que se cerraron las puertas. Por un momento, el gigantón se permitió fantasear con lo que podría suceder durante esos breves instantes. Las sombras del cajón iluminaban los ojos de la campeona y, en su mente, la mujer se dejaba caer de pronto sobre él para que la protegiera entre sus brazos.

Sin embargo, en cuanto sintió que la estructura se bamboleaba libre sobre el vacío, el corazón se le encogió y se agarró a donde pudo con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron tan blancos como el rostro.

Por mucho que Balleria le dirigiera palabras de ánimo, el inquisidor se sentía morir a medida que el cajón aceleraba. Daba igual que ya no hubiera balanceo; pensar que la razón era que avanzaban a toda velocidad sobre el vacío bastaba para que diera su muerte por sentado. Ni siquiera disfrutó de algo de tranquilidad cuando se hizo evidente que la inclinación disminuía, frenando su avance. En cuanto notó el golpe que indicaba la llegada abrió la puerta de un tirón y se precipitó al exterior, lanzándose tan largo como era para abrazar la nieve y sentir el suelo firme bajo él.

—Nunca más —balbució con el rostro lívido—. Nunca más vuelvas a pedirme algo así. Me da igual que te burles, pero no me hagas pasar por algo parecido jamás.

Balleria llegó hasta él y se agachó para darle una palmada en el hombro.

—Vamos, inquisidor. Todos hemos tenido que superar nuestros miedos y no hay nada malo en tenerlos —dijo conciliadora—. Otra cosa es que hasta un niño haya atravesado el precipicio sin el más mínimo temor —añadió con una mueca mordaz, señalando el cajón del que Eldwin salía gritando de júbilo junto a Neva.

Philippe gruñó una respuesta bastante poco elegante y se levantó sintiéndose todavía mareado. Furioso llegó en ese momento junto a él y lanzó un resoplido.

—Eso, búrlate tú también —murmuró el inquisidor.

Durante los siguientes días la comitiva continuó avanzando de un modo muy similar al que habían mantenido desde que llegaron a la Espina del Mundo. Pronto abandonaron las alturas nevadas para internarse nuevamente por desfiladeros y grietas entre las montañas que a menudo les descubrían pequeños valles de suave

hierba o lagunas tan tranquilas y cálidas que casi daba la impresión de que estuvieran de vuelta en Seléin. Sin embargo, la permanente visión de las altísimas cumbres que flanqueaban el camino les devolvía pronto a la realidad.

A todos les pareció que aquellas jornadas eran mucho más amables que las anteriores, pese a que no redujeron la marcha en ningún momento. Neva solía revolcarse por la hierba en cuanto llegaban a los refugios o se iba a cazar; Marc encontraba siempre alguna excusa para alejarse un poco con Alba y compartir unos momentos de intimidad; Philippe, por supuesto, trataba de acercarse a Balleria con cualquier excusa y, como casi nunca conseguía mantener una conversación, se contentaba con permanecer junto a Cahiel y los soldados. Muy sutilmente, los agorianos habían ido cambiando su postura y, si bien era cierto que no solían participar de sus chanzas, sí que disfrutaban de su interminable verborrea y sus bromas.

Cedric siempre estaba cerca de Eldwin. Isabell se había dado cuenta de que el niño despertaba en el antiguo inquisidor un sentimiento de protección paternal y le permitía pasar largas horas con él. Había momentos en que incluso había visto al pequeño con lágrimas en los ojos y, en la distancia, articulando el nombre de Barta con los labios. En esas ocasiones la bruja había agradecido sobremanera la atención que le brindaba el antiguo inquisidor, pues ella misma no se sentía con fuerzas para consolar al pequeño por la pérdida.

No era extraño verlos correteando mientras jugaban, lo cual constituía una imagen sorprendente habida cuenta del tamaño de uno y la fragilidad del otro. Sin embargo, también solían tumbarse juntos en la hierba. Cedric tapaba al niño con su manta y permanecían apaciblemente recostados, mientras le contaba historias. Esos momentos terminaban casi siempre cuando Isabell mandaba a Eldwin a acostarse. Entonces, Cedric comenzaba a hacerle cosquillas disimuladamente con la barba hasta que el niño intentaba huir de él entre carcajadas.

—Parece que os lleváis bien —le dijo Philippe en una ocasión.

—Es un muchacho formidable —reconoció Cedric observándolo mientras conversaba a lo lejos con Isabell—. Tiene un corazón puro y lleno de bondad. Nunca había visto nada semejante.

—Quizá, como dicen los sacerdotes, la bondad esté en todos nosotros y solo debamos aprender a dejarla salir —contestó Philippe.

—Puede que así sea. Por mucho que para algunos haya sido tan lejana como la alegría.

Pasaron otros dos días antes de que todo se complicara realmente.

Balleria estaba convencida de que esa misma mañana llegarían a la zona que Su-Wan les había marcado como la probable ubicación del Ermitaño. Quizá por ese



motivo estuvieron a punto de arruinar toda la discreción que habían mantenido al avanzar por medio de la Espina.

Philippe abría la marcha junto a Balleria sin parar de hablar cuando, de repente, Marc se precipitó sobre ellos y les obligó a apartarse de la senda que seguían.

—¡A cubierto! —siseó gesticulando con la mano para que todos los hombres desmontaran y buscaran la protección de las rocas.

Nadie preguntó nada. Se movieron con rapidez y eficiencia, pero en cuanto llegaron hasta el inquisidor se dieron cuenta de cuál era el peligro.

El camino que estaban a punto de abandonar discurría por la ladera de una montaña, separada apenas por unos metros de barranco de otra. Sin embargo, a un par de tiros de flecha la pendiente se suavizaba hasta conformar la salida a uno de los frecuentes valles que ocultaba la Espina. Era por allí, todavía a lo lejos y más abajo, por donde avanzaba un numeroso grupo de jinetes.

—Podrían ser desertores. O incluso mercenarios —susurró Cahiel, asomándose entre las rocas.

—No lo dirás en serio —masculló Philippe.

Balleria se volvió, interrogante, pero luego se dio cuenta de que Marc tenía la vista fija en un punto en concreto y la expresión de su rostro iba cambiando rápidamente hacia la mueca de rabia animal que ya había atisbado en alguna ocasión. Sin entender nada aún volvió a escrutar la lejanía. En ese momento se dio cuenta de la extraña figura que cabalgaba en vanguardia y se extrañó de no haberse percatado antes de ello.

—Viste de negro —murmuró Cahiel, tan imperturbable como de costumbre—. Y es muy alto.

—Demasiado alto —dijo Philippe.

—Jhaunan —siseó Marc apretando los dientes.

—¿No es ese el Gran Maestro de la Orden? —preguntó Balleria—. Creí que lo habías matado.

—Yo también —masculló Marc—. Tendremos que remediarlo.

—¿Son cosas mías o ha crecido más? —murmuró Philippe sin saber cómo aliviar la tensión que su hermano estaba creando a su alrededor.

El Gran Maestro parecía, efectivamente, más alto de lo que recordaban. Llevaba las piernas dobladas sobre los estribos e incluso a esa distancia se percibía la desproporción de sus rasgos.

—Vienen hacia nosotros —dijo Cahiel—. ¿Es posible que nos hayan visto?

—No lo creo —respondió Balleria—, pero ¿qué demonios hace aquí el Imperio? Nunca habíamos visto por estas sendas más que algún viajero perdido o demasiado loco como para buscar otro camino.

—Quién sabe —dijo Philippe—. Puede que también ellos supieran algo sobre el ermitaño.

—O quizá sí que hay traidores un Ágarot —masculló Marc.

Balleria le dirigió una mirada colérica antes de volverse hacia el valle.

—No son más que nosotros. Podríamos emboscarlos y acabar con ellos.

—No es buena idea —dijo Philippe inmediatamente.

—Viniendo de ti, que siempre estás soltando bravuconadas, me sorprende esa afirmación.

—Jhaunan lo complica todo —respondió él—. Ese hombre es capaz de cambiar el curso de una batalla por sí solo.

—Es nuestra oportunidad de acabar con él —respondió Marc con el rostro encendido. Tenía una mano encima de la antigua lesión de las costillas y los dedos se crispaban con ansiedad—. Si muere le habremos asestado un gran golpe al Emperador.

—No hermano. Es la oportunidad perfecta para que, nada más vernos, uno de sus hombres se vuelva hacia el Sur al galope y dé la alarma. Dentro de poco tendríamos aquí a medio Imperio y nos podríamos despedir de nuestras intenciones de buscar al Ermitaño con tranquilidad y discreción. A estas alturas ya sabrán que hemos ido al Norte, pero es de vital importancia ocultar por qué estamos aquí. O que valoramos la posibilidad de dirigirnos hacia Uruth.

—Debemos matarlo, hay que acabar con esa bestia —insistió Marc—. ¡Voy a destruirlo para siempre!

—Es el odio el que habla por tu boca, hermano, no la razón.

—Hay un objetivo claro para estar aquí y es encontrar al Ermitaño —dijo Alba llegando hasta ellos con gesto de preocupación—. También las brujas tenemos cuentas pendientes con ese Jhaunan, pero ya habrá tiempo para la venganza. ¡Ahora debemos irnos! —añadió poniendo una mano tranquilizadora en el pecho de Marc—. Es más importante pasar desapercibidos, piensa en Eldwin.

El inquisidor todavía bufó un par de veces mirando fijamente hacia el valle con una mueca feroz antes de darse la vuelta.

—Lo mataré —susurró sin echar la vista a tras—. Algún día lo mataré.

—Y yo estaré a tu lado —contestó Philippe, consciente del dolor que sentía su hermano—, pero por ahora es mejor dejarlo estar. Como ha dicho Balleria, probablemente podríamos con ellos pero, ¿merece la pena exponer a Eldwin a ese peligro o, simplemente, arriesgarnos a que manden aviso?

Marc apretó los dientes y asintió con un gesto seco.

Isabell, algo más atrás, había torcido la cabeza y su mirada estaba desenfocada. En ese momento vieron un águila sobrevolando el valle y la bruja parpadeó rápidamente mientras recobraba la consciencia.

—Parece que no hay otros grupos cerca.

—Está bien, entonces nos replegaremos —dijo Balleria consultando las notas de Su-Wan—. Hay una cueva cerca en la que podemos escondernos hasta que pase el peligro.

Todos se habían dado ya la vuelta cuando, de repente, Marc montó de un salto en Naffir y le clavó los talones para lanzarse al galope hacia los imperiales.

Sus compañeros quedaron estupefactos.

Tal y como había predicho Philippe, en cuanto vieron a Marc, uno de los jinetes enemigos se descolgó de la formación para dar media vuelta rumbo sur, mientras el resto cargaba hacia delante.

—¡Maldición! —gruñó Philippe—. ¡Balleria, haz lo que sea para que tus hombres le corten el paso!

—¡Cahiel! ¡Shed! Id por esa senda en línea recta. ¡El valle se prolonga hacia el Oeste más adelante, lo atraparéis allí! —gritó la campeona montando ágilmente—. Los demás, ¡conmigo!

Inmediatamente toda la comitiva, salvo Isabell y Alba, que se quedaron junto a Eldwin, se lanzó a la carga. Por encima del estruendo de los caballos comenzó a oírse el grito de guerra de Cedric, que enarbolaba jubiloso una de sus enormes hachas.

—¡Hoy estaremos un paso más cerca de vengar a tu madre! —le gritó a Philippe.

—Si ese animal no nos mata a todos, habremos vengado a muchos más —contestó Philippe con la vista puesta en Jhaunan.

—¿Seguro que es el Gran Maestro? —preguntó Balleria por encima del ruido del galope—. ¿Qué edad tiene?

—Que su apariencia no te engañe; ese hombre es una bestia. —Philippe pareció darse cuenta de algo en ese momento y soltó una carcajada que hizo que la campeona se volviera de nuevo hacia él—. ¡Nunca pensé que vería a otro inquisidor tuerto! Esto podría empezar a ponerse de moda.

Pese a la chanza, era evidente que estaba forzando la sonrisa.

Marc, muy por delante de ellos, azuzó un poco más a Naffir al ver que los hombres de Jhaunan se separaban de él para dirigirse directamente hacia los demás. Pronto los dos estuvieron frente a frente y sus miradas se cruzaron, llenas de odio.

Jhaunan desenganchó con soltura el espadón que llevaba a la espalda y cargó contra él. Marc se sujetó a Naffir con las rodillas mientras alzaba la rodela y se preparaba para golpear con la espada que le habían entregado en Kizzi, pero ni siquiera tuvo ocasión de hacerlo.

Fue un encontronazo violento y cargado de fuerza bruta. No mediaron sutiles engaños con la Voluntad ni fintas con la espada: Jhaunan trazó un giro con su arma y descargó un tremendo golpe contra el escudo.

Marc no recordaba haber detenido nunca un ataque semejante, ni siquiera cuando se había enfrentado a Philippe. El arma hundió el metal agoriano y cayó al suelo como si se hubiera encontrado con una pared invisible en medio de la carga.

Marc se revolvió a tiempo de prepararse para el siguiente ataque. Tenía insensible el brazo en el que llevaba la defensa, pero había conseguido asentarse bien sobre los pies y levantar su espada.

El Gran Maestro ya estaba otra vez encarado en su dirección. Su rostro desproporcionado lo contemplaba con odio, pero se acercó despacio, como para demostrar que de nuevo se alzaba poderoso, por mucho que llevara un ojo cubierto. Sin embargo, cuando ya hacía el amago de picar espuelas, Neva apreció de la nada entre el ruido del combate y atacó al caballo. Jhaunan esquivó las garras de la loba, pero su animal se encabritó y acabó cayendo encima de él, herido e incapaz de levantarse.

—¡Neva, vete! —gritó Marc con una voz tan autoritaria que la loba se apartó, sorprendida.

Mientras tanto, Jhaunan había alzado los cuartos traseros de su animal con un gruñido. Cuando se incorporó, no parecía que tuviera más incomodidad que la que pudieran causarle las manchas de polvo.

—Así que ya no solo te codeas con brujas y herejes del Norte, sino también con aberraciones —dijo mientras se sacudía las ropas.

Seguramente el Gran Maestro de la Orden esperaba que Marc contestara a la pulla; que tratara de convencerlo de que su lealtad no tenía fundamento o, al menos, que hiciera algún comentario. Pero no fue así. El antiguo comandante seguía inmóvil en el mismo sitio. No había hecho un solo movimiento, pero en su rostro había una mirada que Jhaunan no había visto antes.

—Así que ya te lo han contado —dijo con su voz rasposa—. Supongo que fue esa furcia, esa amiguita de Helena que estuvo a punto de sacarme los ojos. Perra de Ágarot...

—Eres un carnicero —susurró Marc.

—¡Soy un siervo de mi Emperador, que era lo que se esperaba de ti! —respondió él—. Lo que eras antes de traicionar tus juramentos.

—Hoy no hablaré de mi padre. Ni siquiera me interesan sus mentiras —dijo Marc—. Es a mi madre a quien rendiré tributo con tu muerte.

—*El inquisidor es ley, ¿recuerdas?* Deberías haber aprendido ya que el deber y las leyes están por encima de todo lo demás, incluido cualquier afecto.

—Malos tiempos corren, entonces, si la ley no es sinónimo de justicia —respondió Marc cargando de pronto contra él.

Jhaunan suspiró con hastío y alzó su arma. Inmediatamente quedaron trabados en un combate que habría hecho abrir los ojos hasta a los más experimentados luchadores.

Marc volvía a pensar que los golpes del Gran Maestro eran incluso más duros que los que recordaba de Philippe. El anciano movía el espadón con la misma facilidad con que otro escribiría con una pluma; era capaz no solo de bloquear los ataques, sino de responder con una contundencia que hacía que a Marc le castañearan los dientes.

En un momento dado, su arma llegó con tanta fuerza que le hizo trastabillar y caer al suelo sintiendo un dolor punzante en el brazo. El acero de Jhaunan había atravesado el escudo y una fina línea de sangre asomaba por la grieta.

—No puedes vencer, sabandija. Ni aquí ni mucho menos en Hÿnos. Son fuerzas que trascienden lo humano las que se te oponen —dijo el Gran Maestre—. Me diste por muerto, pero aquí estoy. Debería ser suficiente para que abandonaras toda esperanza.

—Un día me di cuenta de que había una cucaracha en mi celda, allá en el Monasterio —respondió Marc con voz ronca mientras se levantaba—. Aquello me hizo feliz, porque no dejaba de ser una distracción en una época en que no hacíamos otra cosa que aprender a matar. —Jhaunan frunció el ceño y una expresión de arrogancia se extendió por su rostro—. Pero un día me cansé de aquello y dirigí toda mi Voluntad hacia ella. La cucaracha comenzó a corretear hasta que se oyó un siseo y un humillo blanco salió directamente de su cabeza. —Marc clavó la mirada en su antiguo superior y los labios se retrajeron dejando los dientes a la vista—. Tú solo eres una cucaracha más grande.

Jhaunan cargó con un grito de rabia y Marc comenzó a defenderse a una mano, con el brazo izquierdo colgando laxo junto al cuerpo. El Gran Maestre tenía una fuerza imposible en un ser humano. Casi estaba a punto de derribarle de nuevo con cada golpe. Pero esa fuerza no hacía sino alimentar la cólera que sentía Marc, que miraba a Jhaunan con el único pensamiento de ver su sangre derramada.

Muy en el fondo sabía que era su herencia paterna la que respondía a las pasiones más oscuras de su alma, pero esa vez no la rechazó ni trató de oponérsele, sino que le dio la bienvenida. Puede que, si el veneno de una serpiente le hubiera asegurado en aquellos instantes una ventaja, él mismo hubiera acercado los colmillos a su piel.

Poco a poco sus movimientos se fueron volviendo más brutales, más ávidos de sangre. Cada golpe de Jhaunan era respondido con otro similar. El resultado del combate era incierto. Para los que podían alzar un momento la cabeza, las dos figuras formaban un torbellino en el que ninguno parecía tener ventaja sobre el otro. Jhaunan bloqueaba los ataques utilizando la enorme masa de su espadón a la vez que respondía con una velocidad inconcebible en alguien tan anciano. Marc, por su parte, esquivaba con agilidad la gigantesca hoja mientras intentaba mantener una lluvia de acero sobre su oponente.

En un plano mucho más discreto, aunque también lleno de agresividad, la Voluntad de ambos se enzarzaba de un modo encarnizado. Cada uno estaba ejerciendo tanta presión sobre el otro que, de no toparse con la formidable resistencia que se le oponía, habría sido suficiente para terminar el combate.

Pero, justo en ese momento, Jhaunan dedicó demasiada atención a lo etéreo y Marc se lanzó hacia adelante para recibir sobre su brazo izquierdo el espadón. Era el mismo que había mantenido lacio durante una eternidad; el mismo en el que apenas se sostenía el maltrecho escudo. Pero, aun así, cuando llegó hasta él, el acero no tocó su carne, sino la crepitante Voluntad que llevaba tiempo acumulando para cubrir momentáneamente la rodela. Su espada, en cambio, penetró inmisericorde en el cuerpo de Jhaunan.

El anciano miró la hoja que lo atravesaba de parte a parte y apretó los dientes, alzando de nuevo el arma. Marc no le dio opción a volver a golpear. Con una decisión sanguinaria extrajo el arma y la clavó más arriba, en medio del pecho.

Jhaunan tosió sangre y cayó de rodillas, privadas las delgadas piernas de fuerza. Después, se deslizó hasta quedar tendido en el suelo.

Marc ni siquiera fue consciente de que, algo más atrás, el caos remitía y todo parecía ir quedando bajo control. Apenas oía los lamentos y los macabros sonidos que terminaban con ellos. No vio a Balleria asistiendo a uno de los suyos en sus últimos momentos; tampoco a Cedric, que acababa entre risotadas con su oponente manejando dos hachas enormes sin esfuerzo.

Su mirada seguía fija en el cuerpo que tenía a sus pies. Jhaunan yacía inmóvil. Ni siquiera tembló cuando le arrancaron la espada del pecho. El ojo que le quedaba, tan saltón como siempre, apuntaba al cielo como si quisiera escapar del destino que pudiera esperar a su amo.

—¡Hermano! —gritó Philippe llegando en ese momento hasta él—. ¿Estás bien?

Marc se volvió como si no lo conociera, absorto todavía en la vorágine del combate.

—¡Tu brazo! ¡Está roto!

El inquisidor lo alzó apenas para verlo mejor y lo sacudió para dejar que el maltrecho escudo cayera al suelo. Tal y como decía su hermano, había un abultamiento poco natural en el centro del antebrazo.

—Marc, mírame —dijo Philippe agachándose para que su mirada quedara a la misma altura—. Se terminó. Has acabado con él. ¿Me oyes?

Marc dirigió una última mirada al cuerpo de Jhaunan y asintió.

—Bien, entonces vamos a ver si podemos hacer algo para arreglarte un poco —dijo Philippe echándole un brazo por encima para acompañarlo hasta donde se estaban reuniendo los demás.

—Marc —dijo justo entonces una voz silbante a sus espaldas.

La mirada de Jhaunan había perdido el brillo, pero estaba fija en él, sin parpadear.

—¿Qué es lo que quieres, asesino? —preguntó Marc volviéndose lentamente.

Jhaunan emitió un sonido que tomaron al principio por toses y que le llenó las comisuras de sangre. Tardaron unos instantes en comprender que era una risa sofocada que jamás le habían escuchado.

—Todos aquí somos asesinos, no he de disculparme por ello —dijo entre gorgoteos—. Pero hay algo que quiero pedirte.

—¿Tú? ¿A mí? —preguntó Marc estupefacto.

—Quiero que le des un mensaje a Helena.

El inquisidor sintió como la sangre se le iba de las mejillas a la vez que un fuego que apenas había conseguido aplacar comenzaba a avivarse en su interior.

—¿A qué te refieres? —preguntó apretando los puños.

Marc se dio cuenta de que la expresión de Jhaunan parecía de pronto cansada, incluso triste. Casi habría jurado que sus abultadas facciones se suavizaban por momentos.

—Sentí mucho lo de tu madre, puedes creerme. Era un ser lleno de bondad. Todo habría sido muy distinto si yo hubiera actuado de otro modo aquel día. No sabes cuánto lo siento. —Por un instante oyeron algo parecido a un sollozo—. Podrías haber sido mucho mejor que el monstruo al que siempre serví. No espero que lo comprendas, solo que cuando la veas le digas que sigo implorando su perdón desde el infierno.

—Que Thomenn se apiade de ti cuando venga a buscarte —murmuró Philippe poniendo una mano sobre el hombro de su hermano.

De nuevo las toses o la risa interrumpieron a Jhaunan y de su boca salieron despedidas varias gotas de sangre.

—He vivido más de cien años. No soy tan inocente para ignorar que una aberración como yo no tiene cabida junto al creador. Cuando el sol se ponga, Thomenn no vendrá a buscarme. No habrá redención para mí —dijo Jhaunan con asombrosa serenidad—. Pero, cuando tú mueras, quiero que le transmitas a Helena mi mensaje. Acuérdate de estas palabras cuando el Emperador te encuentre y acabe contigo.

—Puede que el Emperador nunca nos encuentre —susurró Marc—. O que seamos nosotros los que vayamos en su búsqueda cuando llegue el momento.

De nuevo fue la risa, silbante y desagradable, la que precedió a la respuesta del Gran Maestro.

—Eso no sucederá, te lo aseguro. No seréis ninguno de vosotros los que os opongáis a su Voluntad. Ya sabes que es la herencia de tu padre lo que acecha dentro de ti, ¿verdad? No puedes negarlo, es parte de tu naturaleza y ya no consigues retenerla cuando luchas. Melquior, condenado sea, lo sabía bien. Pero eso que notas es solo un atisbo de su fuerza. Apenas la primera claridad del alba comparada con el sol abrasador de los desiertos prohibidos.

—Da igual lo que digas, monstruo —respondió Marc—. Encontraremos la manera de acabar con él.

—¡No, no lo haréis! —rugió Jhaunan incorporándose con un súbito arrebató. Incluso los inquisidores dieron un paso atrás ante su ímpetu, aunque el anciano, ajado y de apariencia débil por primera vez desde que lo conocían, volvió a caer hacia atrás—. ¡No hay fuerza capaz de oponérsele! Lo sé, le he servido bien. ¡Le he servido de cerca! —añadió entre toses—. Pero tú... tú no tienes ni idea de dónde te has metido.

—¿Por qué la mataste? —preguntó súbitamente Marc, con la mandíbula temblando de tan fuerte como apretaba los dientes—. Tenías que saber que no era culpable de nada.

—Yo obedezco —contestó Jhaunan volviendo la vista hacia el cielo—. La primera vez que estuve a punto de morir Él me salvó y solo pidió una cosa: lealtad. Y

fui leal, pese a todo lo que me mostró.

—¿Y qué fue lo que te mostró? —preguntó Philippe entrecerrando los ojos.

—Cosas que no entenderíais. Verdades que desafían el orden mismo de la existencia. Él es aterrador. Él... siempre ha... —El rostro de Jhaunan cayó ligeramente—. Él... díselo, Marc. Dile que me perdone. Nada más importa ya.

Jhaunan no tuvo una muerte apacible. Justo antes de expirar, un grito inhumano que no procedía de sus pulmones se escapó de su interior, convulsionando su cuerpo de un modo que casi hacía temer que se fuera a partir. Hubo un momento de suma tensión y, después, se derrumbó definitivamente, con el rostro congelado en una mueca de agonía.

—¿Por qué hiciste eso, maldita sea? —preguntó Philippe acompañándolo hacia donde Isabell trataba las heridas de uno de los agorianos—. Cargar de esa manera, sin esperarme al menos.

Marc se mantenía en silencio con la vista fija en el suelo. Neva había vuelto junto a él y trataba de encontrar su mirada, pero no se atrevía a tocarlo. Daba vueltas en torno a ambos y gemía con nerviosismo.

No quedaba un solo imperial con vida. A medida que regresaban hasta donde se habían concentrado los demás, ambos pudieron ver que algunos tenían marcas de garras. Otros ni siquiera habían llegado al cuerpo a cuerpo y habían caído bajo el certero disparo de las ballestas de Ágarot.

—¡Yo doy las órdenes aquí! —gritó Balleria en cuanto se dio cuenta de que se acercaban.

La campeona se levantó, permitiendo que Alba se encargara del soldado que tenía entre sus brazos, y se encaró con Marc.

—¡Ha sido una temeridad! Por tu culpa han muerto tres de mis hombres y otros dos tienen graves heridas. ¿Qué les diremos a los suyos cuando volvamos a Ágarot? ¿Que tenías una cuenta pendiente con ese hombre y nos arrastraste a todos al combate?

—Son soldados —murmuró Marc sin pensar—. Sabes que pueden morir.

—Sí, y lo asumen cuando juran fidelidad y empuñan sus armas. Dan gustosos sus vidas para protegernos, pero cuando mueren por una insensatez la responsabilidad es de quien les aboca a ella. ¡Y si de mí dependiera te ajusticiaría aquí mismo!

Ambos se miraban fijamente y casi daba la impresión de que iban desenvainar, pero de pronto se dieron cuenta de que Cahiel y su compañero llegaban hasta ellos a galope tendido.

—¡Montad inmediatamente! —gritaron—. ¡Hay que salir de aquí!

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Balleria apartando los ojos de Marc a duras penas.



—Alcanzamos al soldado que huyó, pero solo a tiempo de ver como otros dos grupos muy numerosos entraban al valle. Estarán a la vista enseguida.

—¡Condenación! —exclamó Balleria.

—Debían de estar escondidos, o registrando alguna cueva —dijo Isabell, alzándose y buscando algo en las alturas. Cuando lo encontró torció la cabeza y sus ojos se perdieron a lo lejos por un instante—. Son muchos, tenían que saber por fuerza que estábamos aquí, es demasiada casualidad.

—Entonces debemos dar gracias a la impulsividad de mi hermano —sentenció Philippe mirando a Balleria en tono conciliador—. Una cosa es enfrentarse a Jhaunan como lo hemos hecho y otra muy distinta superándonos en número.

La mujer se acercó lentamente hacia él, le sostuvo la mirada un instante y luego le cruzó la cara de un puñetazo.

—Han muerto hombres por esa *impulsividad* —dijo antes de volverse con los dientes apretados hacia sus hombres—. Atad los cuerpos de los nuestros a sus monturas. Los enterraremos más tarde. Ahora debemos regresar a la zona de las grietas.

—¡No! —gritó Isabell con los ojos en blanco—. Allí, debemos ir hacia allí —dijo señalando a su derecha.

El valle se extendía en dirección este y, aparentemente, no había nada reseñable en el lugar que la bruja indicaba, más que las consabidas laderas de las montañas. Sin embargo, fue Eldwin el que primero vio lo que había llamado la atención de la bruja.

—¿Es eso una persona? —dijo el niño.

—Parece una mujer —respondió Philippe estrechando los ojos—. Da la impresión de que nos está haciendo señas.

—Está bien —dijo Balleria al ver que los cuerpos de sus hombres estaban ya seguros—. Vamos hacia allá.

Avanzaron al galope mientras veían como sus perseguidores les iban ganando terreno. A medida que se acercaban a las montañas se dieron cuenta de que, efectivamente, había alguien esperándolos allí. La mujer que habían visto a lo lejos tenía el pelo de un color rubio anaranjado muy intenso y vestía sencillos ropajes de piel. En la mano llevaba un cayado que culminaba en una figura de metal con la forma del Símbolo y tenía un arco y un carcaj lleno de flechas colgados a la espalda.

—Desmontad y seguidme. No podréis avanzar a caballo por estas sendas —dijo echando a correr en cuanto estuvieron a unos metros de ella.

—¡Espera! ¿Quién eres? —preguntó Balleria.

—Mi nombre es Ava, no hay tiempo para más —respondió ella sin girarse.

—Pero, ¿por qué nos ayudas? —dijo Philippe.

—Ese hombre era oscuridad —contestó ella señalando hacia donde había caído Jhaunan. Por un instante se detuvo y miró fijamente a alguien en el grupo—. Vosotros

no lo sois, por mucho que carguéis con sombras y pesar.

Extrañados, pero viendo que los soldados imperiales seguían acercándose, la comitiva desmontó para guiar a los caballos tras ella.

—Hay un inquisidor liderando a esos hombres —susurró Cedric, resoplando para mantener el paso.

—Lo he visto, padre —respondió Philippe.

—Son demasiados —dijo entonces el antiguo inquisidor en un tono supuestamente discreto.

—Tranquilos —dijo Ava—. La caverna está cerca.

—¿Una caverna? —preguntó Balleria—. Allí podríamos hacernos fuertes.

—O cavar nuestra propia tumba —respondió Cedric.

Philippe ya iba a reprender a su padre cuando la voz de Eldwin se impuso a las demás.

—¿Eres tú el Ermitaño? —preguntó corriendo para acercarse hasta ella.

La mujer se paró en seco y miró al niño intensamente. Todo el grupo se detuvo y aguantó la respiración, como si ninguno hubiera sopesado aquella idea. Sin embargo, el rostro de la mujer fue pasando de la incredulidad a la sorpresa y de ahí a una risa clara que los dejó estupefactos.

—Seguidme —dijo de nuevo sin dejar de reír.

—Creo que es una bruja —murmuró Cedric con una mirada suspicaz.

—Si lo es no se parece en nada a nosotras —repuso Isabell, que no parecía menos inquieta que él.

Pese al buen humor de su guía, pronto quedó patente que solo era cuestión de tiempo que les dieran alcance.

—¡Las brujas y el niño delante! —gritó Balleria en cuanto vio claramente a los primeros hombres tras ellos—. Resistiremos aquí para daros tiempo a escapar.

—No es necesario. Ya hemos llegado.

La campeona miró a su alrededor sin comprender hasta que Ava se acercó a la ladera que interrumpía el sendero. La cueva estaba tan bien camuflada tras una cortina de hiedra que ninguno se dio cuenta hasta que la mujer la apartó para permitirles el paso.

La comitiva la siguió adentro justo cuando los inquisidores, Cahiel y dos agorianos quedaban trabados en combate con los primeros enemigos. Balleria y Cedric, en cambio, se colocaron por delante de las brujas y el niño, todavía no muy convencidos de las intenciones de su guía. Neva, sin que nadie se lo dijera, se pegó a la espalda de Eldwin con ademán protector pese a su miedo a los lugares cerrados.

La cueva se estrechaba pronto hasta una anchura que solo permitía luchar más o menos holgados a tres hombres. Únicamente eso les permitió contener el avance de los imperiales mientras iban retrocediendo. Philippe mantenía el martillo colgado a la espalda en favor de dos espadas cortas que se había agenciado en el anterior combate, mucho más manejables en aquel lugar. Cahiel, a quién Marc todavía no había visto

combatir, se mantenía a su diestra y manejaba con sorprendente maestría una espada con guardamanos de cazoleta y una daga larga con idéntica protección. El agoriano se movía con elegante rapidez, sin la menor muestra de que su carácter tranquilo se viera alterado por el combate. Sus gestos eran precisos, fruto de una técnica impecable, ejecutados consumiendo el mínimo espacio y energía posible, pero arrancando unos resultados terribles al acero.

Marc, sin embargo, se oía jadear de dolor cada vez que tenía que ayudarse con el brazo herido para bascular el cuerpo. El hombre al que se enfrentaba en ese momento era un quileño de enorme mostacho al que, en cualquier otra situación, habría despachado sin problemas. Pero en esas circunstancias le estaba poniendo en tales aprietos que incluso había conseguido rozarle con su arma en varias ocasiones.

El inquisidor tuvo que exprimir hasta la última gota disponible de su Voluntad para golpear la consciencia del hombre y, en ese instante, traspasar su defensa con la espada. Una mano tiró amablemente de su hombro en ese momento y uno de los agorianos lo relevó de la primera línea. Marc asintió, agradecido, y se apartó jadeando.

Al alzar de nuevo la cabeza se dio cuenta de que la cueva mostraba una tenue luminiscencia. La luz no provenía de ningún sitio en particular y era tan suave que la roca se iluminaba cada vez que saltaban chispas.

—Me ha parecido que era el inquisidor Petrús —dijo Marc cuando su hermano retrocedió hasta él.

—Vaya, todavía quedaba alguien más despreciable que Gerall por darnos caza —gruñó su hermano clavando la espada en el cráneo de un hombre.

Como queriendo confirmar sus palabras, un sombrero negro se asomó por el recodo que acababan de dejar atrás.

Petrús andaba con afectada parsimonia. Adler decía de él que era tan insensible como altanero. Su porte, estirado más que alto, solo redundaba en dicha idea. Tenía unos rasgos alargados y pálidos que contrastaban con su cabello, de un negro intenso y pulcramente peinado hacia atrás.

A menudo se lo llamaba cuando había que interrogar a las brujas, pues siempre parecía dispuesto a arrancar la información de lo que consideraba *aberraciones pecaminosas*. Había en la Orden quien afirmaba que incluso había recibido una cierta instrucción por parte del gremio de torturadores.

Marc desconocía el modo en que pensaba enfrentarse a ellos, pero sospechaba que si se había informado bien, preferiría mantener la distancia, sobre todo con su hermano. Aquello no le ayudó, no obstante, a comprender qué buscaba cuando comenzó a atisbar hacia ellos, estirando el cuello. Sin cambiar un ápice el gesto, Petrús se volvió hacia uno de los que estaban a su lado y le dijo algo. El hombre asintió y se agachó.

La advertencia de Marc coincidió con la aparición de la pequeña ballesta en manos de su antiguo hermano y la orden de disparar. Súbitamente cuatro ballesteros

se alzaron desde la retaguardia a la vez que los hombres de Petrús se agachaban de golpe.

Pese a que sus compañeros reaccionaron de manera inmediata, los virotes alcanzaron a Cahiel y a Philippe, afortunadamente solo de forma superficial. Por el contrario, el soldado que había relevado a Marc recibió simultáneamente dos impactos en el cuello y el pecho.

En ese momento, sabedores de que estaban en una situación precaria, echaron a correr con el enemigo pisándoles los talones. Tan enfrascados estaban en la huida que no vieron a Ava hasta llegar a su altura. La mujer se había apartado a un lateral del pasillo y sostenía una cadena entre sus manos.

—Corred. No os preocupéis, no me pasará nada. ¡Id con los demás!

Le hicieron caso con reticencia pero, antes de torcer por el giro que describía la cueva, Marc vio que la mujer tiraba con fuerza de la cadena. Inmediatamente una enorme tromba de agua creó un muro infranqueable y arrastró a los primeros soldados por el agujero que se acababa de abrir al otro lado.

Los compañeros no tuvieron que correr mucho. Enseguida llegaron a una sala amplia donde aguardaban las brujas y todos los demás. Junto a ellos había otras personas que se miraban sin comprender. Un hombre alzaba la cabeza junto a un cuadro apoyado en un caballete; incluso tenía en sus manos un pincel y una paleta manchada con óleos frescos. Una joven, no lejos de él, acababa de dejar un libro y la que estaba a su lado se apoyaba sobre un arpa con gesto protector. Unos cuantos más permanecían sobre unos almohadones, con el mismo gesto de incredulidad.

La misma estancia resultaba tan sorprendente como sus ocupantes: la luminiscencia parecía mayor allí, pese a que parte del techo lo ocupaban unas parras que ofrecían generosos frutos tan brillantes como el jade pulido. Había un par de caños que dejaban caer agua cristalina sobre unos pilones de formas redondeadas. Una chimenea trabajada directamente sobre la piedra aportaba un agradable calor. Había unos pocos muebles de formas delicadas, alfombras y algún tapiz que reflejaba escenas de la vida de Thomenn. La misma roca de las paredes estaba pulida y tallada con esmero. Sin embargo, lo que captaba inmediatamente la atención de cualquiera que entrara allí era la enorme estatua que presidía la sala.

Se trababa de un hombre sentado sobre un sencillo trono que nacía de la misma piedra. Su semblante, regio y grave, parecía alargarse por la barba que lucía y sus ojos estaban ocultos por las únicas sombras de la estancia. El creador de aquella maravilla había cincelado unos músculos tan potentes que sus brazos eran más anchos que las piernas de la mayoría. La rotunda desnudez con que se había trabajado la piedra no hacía sino potenciar la impresión que ya lograba la enorme estatua.

Marc tenía los ojos clavados en ella cuando Ava apareció corriendo. Al momento llegaron varios hombres comandados por Petrús.

—¡Daos todos presos en nombre de la inquisición! ¡Arrojad las armas! —gritó enarbolando su espada y apuntando a la mujer con la ballesta.

Pese a la amenaza, al peligro inminente al que se enfrentaban, Marc solo tuvo que oír el leve crujido detrás de él para entenderlo todo. De repente las dudas, los atisbos de conocimiento y las elucubraciones se movieron para formar una imagen clara.

—*Grandiosidad* —murmuró abriendo mucho los ojos—. Su-Wan dijo que siempre mencionaban su *grandiosidad*.

Las piezas encajaron por fin en su cabeza y comprendió. Lo hizo incluso antes de que la estatua pasara a su lado como una exhalación. Antes incluso de que su propio avance aplastara a dos de los imperiales y la mano con que Petrús apuntaba su ballesta quedara convertida en una masa informe al envolverla entre sus dedos. No le hizo falta ver la facilidad con que redujo a manchas en la pared a los hombres que no huyeron inmediatamente.

—No es que fuera grandioso —musitó Marc—. Es que era grande, era enorme. Era Elías.

## IV

Los esclavistas se refugiaban en su ciudad, seguros de que ninguna justicia podría alcanzarles allí. Pero entonces, un estruendo inimaginable echó abajo parte de la muralla, levantando nubes que oscurecieron el cielo.

Cuando el polvo se asentó, vieron a un solo hombre. Su pecho se movía rápido y la respiración se escuchaba a lo lejos. Sus ojos percibían el alma de los hombres y su furia bastaba para detener el corazón de los malvados.

Se llamaba Elías y ningún hombre lo podía mirar sin alzar la vista.

—*El Manual*, segundo capítulo.

El aire era fresco y ligeramente húmedo en el interior de la Espina del Mundo. No obstante, protegidos por altos picos, la temperatura no parecía tan rigurosa como en los días anteriores. El cielo del anochecer traía nubes, pero allí donde estaba despejado, una miríada de estrellas brillaba con fuerza.

Marc y Philippe permanecían sentados a la entrada de la cueva, en silencio. Tenían la mirada fija en lo alto del risco donde se encontraba Elías, el Compañero de Thomenn.

Llevaba horas allí arriba, contemplando el valle donde habían luchado horas antes. Permanecía con las manos enlazadas a la espalda totalmente inmóvil, como si quisiera asemejarse a la estatua por la que lo habían tomado en un principio. Ni siquiera daba la impresión de que parpadeara. Ya estaba allí cuando salieron de la cueva y desde entonces no se había movido ni un milímetro.

Marc y Philippe habían intentado pedir explicaciones a los habitantes de la caverna cuando la lucha terminó, pero estos se habían replegado a las habitaciones más profundas y no parecían tener ninguna intención de hablar. Solo Ava permaneció a su lado, dándoles agua y comida. También les pidió ayuda para limpiar los restos de la batalla. Al menos de aquellos cuerpos que Elías no había arrastrado afuera en su carga y que, seguramente, yacieran desperdigados por los barrancos.

—¿Te das cuenta de que estamos ante un hombre que caminó junto a Thomenn? Un hombre que no debería estar vivo a estas alturas —musitó Philippe—. Nunca hemos cuestionado la verdad del Creador, pero esto me supera. En el fondo, yo siempre asumí que Thomenn era un concepto abstracto; estaba ahí y era algo benigno, sí, aunque creo que nunca me lo acabé de creer. Pero que Elías se halle plantado ahí delante basta para corroborar que el Salvador estuvo realmente en nuestro mundo.

—También demuestra que la historia que millones de ciudadanos imperiales han escuchado a lo largo de los siglos era falsa —respondió Marc con una voz monótona.

Philippe asintió y se rascó la barbilla.

—Lo que trato de decir es que siempre se nos ha inculcado que luchamos por defender las enseñanzas de Thomenn pero, ¿alguna vez lo has pensado profundamente? ¿Es posible que el Creador esté realmente ahí arriba, viendo su creación y actuando como juez supremo?

—Debería ser reconfortante saber que alguien nos observa desde las alturas como un gran padre.

—Aunque no haga nada. Aunque se mantenga neutral hasta para permitir que su hijo fuera torturado por los hombres.

Marc no respondió.

—Pero ¿cómo es posible que esté vivo? —insistió Philippe dándose una palmada en la pierna—. No me refiero solo a que el Manual describe su muerte a manos de las brujas al intentar salvar a Thomenn. ¿Cómo puede no haber muerto después de tanto tiempo?

A juzgar por la expresión de su rostro, Marc no parecía tener respuesta para esa pregunta.

Le habían entablillado el brazo en cuanto acabó el combate, pese a que no se quejó ni una vez de su herida. Todo rastro de la rabia que sintiera mientras luchaba contra Jhaunan se había evaporado y a esas alturas solo quedaba mirada vacía.

Los ecos de la cueva les trajeron la voz aguda de Eldwin. El niño había permanecido mucho tiempo abrazado a Isabell, aterrado por cuanto había visto. Seguramente en esos momentos la bruja seguía tratando a los heridos, junto a Alba y Ava, mientras Cedric intentaba animar al pequeño.

Neva había estado un buen rato dando vueltas en torno a la entrada de la cueva pero terminó marchándose, como si supiera que por el momento el peligro había pasado.

Balleria, por su parte, había ascendido por la montaña para situar una red de vigías con Cahiel y los cuatro agorianos que no estaban heridos de gravedad. Aunque la campeona se había puesto a dar órdenes en cuanto acabó el combate, tenía el rostro crispado y un nerviosismo imposible de ocultar. A los tres hombres que habían muerto en el enfrentamiento contra Jhaunan se había unido otro durante la refriega en la cueva y dos más tenían heridas graves. La campeona parecía tan afectada por todo ello que ni siquiera había respondido a Philippe cuando este se le acercó para preguntarle cómo estaba.

Los dos inquisidores permanecieron un rato más en silencio hasta que Ava salió de la cueva. Se secaba las manos con un trapo limpio y, como siempre desde que la conocían, sonreía con una expresión que inspiraba confianza y optimismo.

—Es una noche preciosa —dijo sentándose junto a ellos—. Ojalá los demás salieran a disfrutarla, pero ya lo visteis, son bastante tímidos.

—¿Quiénes son? —preguntó Marc.

—Parias del Imperio, como yo misma. Heridos de uno u otro modo; desterrados como él —añadió señalando a Elías.

—No entiendo nada —murmuró Philippe.

Ava volvió a sonreír mientras inspiraba la fragancia del aire. Luego frunció levemente el ceño, como si tratara de encontrar la mejor manera de explicarse.

—A veces habla de Liam. Pocas, pues incluso ahora le duele recordar —dijo mirándolo llena de ternura—. Eran buenos amigos. Tenían un especial afecto el uno por el otro. Creo que se lamenta por no poder curar como él; por no ser de ayuda de un modo tan directo, así que hace lo que puede. De vez en cuando se va, está fuera semanas y luego vuelve con algún ciudadano del Imperio.

—¿Por qué los trae hasta aquí? —preguntó Philippe.

—Los rescata; los acoge, los libera o simplemente les da paz. —La mirada de la mujer se llenó de compasión—. Aquí son felices. Viven tranquilos, rodeados de afecto sin importar si fueron soldados, hijos de barón o reos condenados injustamente.

Los inquisidores se miraron en silencio.

—Mucho me temo, entonces, que hemos comprometido vuestro santuario —dijo Marc—. La patrulla que nos perseguía cuando entramos a la cueva o alguno de los que huyó habrán mandado aviso.

—Lo cierto es que intentaron huir, pero algunos de los nuestros estaban esperando —respondió Ava endureciendo el gesto—. Los hay que son endiabladamente buenos con el arco, tendríais que verlos. En cuanto a los que tardaron un poco más en huir... digamos que es mejor no preguntar por ellos —dijo señalando a Elías.

Marc asintió y miró también hacia él. Su silueta se recortaba contra un cielo cada vez más oscuro a medida que la claridad del sol iba desapareciendo por el Oeste.

—Parece enfadado —dijo Philippe.

—No te haces una idea de cuánto —respondió Ava sonriendo de nuevo—, pero por cuestiones que todavía no sabéis o no llegáis a comprender. No obstante, es necesario que habléis con él. Id para allá ahora; decidle que os envío yo.

Los dos inquisidores cruzaron una mirada dubitativa antes de inspirar hondo y, finalmente, echar a andar hacia el Compañero.

—Saludos, poderoso Elías —dijo Philippe inclinándose ante él.

El Compañero se giró apenas, observándolos con una intensidad avasalladora. Su gesto era amenazador y, tras lo que habían visto horas antes, suficiente para amedrentarlos incluso a ellos.

—Ahórrate las reverencias —dijo con una voz grave y retumbante—. He estado en presencia del único que las merece.

El inquisidor parpadeó confundido y miró a Marc.

—Te agradecemos tu intervención de antes. Ava nos ha dicho que debíamos presentarnos ante ti.



Por un instante la expresión de Elías se suavizó antes de volver a adquirir la dureza del granito.

—Mi dulce esposa... —murmuró.

—¿Esposa? —preguntó Philippe.

Elías se giró de golpe hacia él de un modo que hizo que el inquisidor bajara la cabeza y se quedara en silencio. Durante unos instantes ninguno dijo nada, pero después el Compañero respiró hondo y se volvió de nuevo hacia el valle.

—¿Por qué estáis aquí?

—Perdonadme, pero ¿cómo es posible que estéis vivo? —preguntó Marc en un impulso, sin poder reprimirse.

Elías resopló y miró hacia el cielo con ojos brillantes.

—Los Compañeros a los que Thomenn curó antaño manifestábamos una longevidad aparentemente inagotable. Yo era pequeño; tenía el cuerpo contrahecho y el dolor era constante en mi vida, seguro que lo habéis leído en el Manual. Pero Thomenn se agachó, me puso la mano sobre la cabeza y me dijo que sería su acompañante. Incluso me dio este nombre. Shacon siempre había estado ausente, perdido en la bruma de su locura. Mi Señor tuvo que sostenerle la mirada durante casi una hora hasta que le hizo despertar por primera vez en su vida.

Había un poso de tristeza en el gesto de Elías, por mucho que tratara de parecer inexpresivo. El rastro del dolor se mezclaba con la angustia o, quizá, con un rencor todavía candente.

—Lugh, esa sombra trapacera de barba canosa, era un viejo sordo y reumático hasta que Él lo tocó. Incluso consiguió proteger a Lám cuando la espada dorada de Gillean se abatió sobre su cuerpo. —Philippe y Marc cruzaron una mirada, sin comprender—. Mi buen amigo, sin embargo, sufrió toda la atención del señor del mal, que se aseguró de destruirlo. Me salvé porque me dio por muerto. En respuesta a tu pregunta añadiré, por último, que a Lysanna o al Rey Brujo nunca los curó, por lo que envejecían de forma normal.

—¿El Rey Brujo? —preguntó Philippe abriendo mucho los ojos.

—El hombre más poderoso de todos —respondió Elías torciendo el gesto—. Aquel que debería haber sido motivo de orgullo para los seres humanos. Él no recibió influjo de Thomenn, todo su poder nació de sí mismo. Tomó el arte de las brujas y lo llevó al culmen por sus propios medios.

—El Rey Brujo, Compañero de Thomenn... —musitó Philippe con los ojos como platos.

—Pero, ¿qué es lo que pasó antaño? ¿Qué es lo que sucedió realmente? —preguntó Marc—. A estas alturas sabemos que el Manual no cuenta la verdad, o al menos no toda o sin haberla retorcido antes.

—Muchas preguntas. Demasiadas heridas. No hablaremos de eso ahora —dijo el Compañero llevándose una mano al pecho.

—Pero ¿qué es lo que había pensado Thomenn para contrarrestar la presencia de Gillean? —insistió Marc.

—Sin duda tendría un plan —añadió Philippe con timidez.

Elías se revolvió con un enfado creciente. Solo la mirada grave de Ava llegando hasta ellos le impidió marcharse.

—¡Claro que tenía planes! —barbotó al fin—. Pero no hablaba de ellos con nadie. Puede que los comentara con el loco, pero con nadie más.

—¿Con Shacon? —preguntó Marc.

—Sí. Era tan idiota que probablemente olvidaba al momento lo que le acababa de decir, pero nuestro Señor le tenía una estima enorme.

—¿No hablaba con los demás Compañeros acerca de sus intenciones? ¿Ni siquiera con Lysanna? —insistió Marc.

—Nuestro Señor era, en cierto modo... algo críptico en sus respuestas. Puede que solo con Lugh compartiera también alguna de esas charlas más discretas.

—¿Lugh? Siempre pensé que era uno de los Compañeros menos importantes —murmuró Philippe.

—¿Menos importantes? —gruñó Elías—. ¿Creéis acaso que mi Señor se hacía acompañar por cualquiera? ¿Qué llevaba tras de sí una especie de comparsa? No había secundarios entre los Compañeros. Todos cumplíamos nuestro cometido y estábamos allí por algo. Aunque no es menos cierto que poco importa ya. Gillean venció. Mató a mi Señor, ganó la partida y se fue.

—El Manual cuenta que el Primer Emperador acabó con todas las brujas responsables de la muerte de Thomenn —murmuró Marc—. De algún modo se insinuaba que, antes de eso, Gillean fue derrotado también. ¿No conseguisteis vencerlo?

—Ninguno pudimos siquiera estorbarlo. Nos destrozó y acabó con mi Señor, haciendo después que sus adláteres disfrazados de brujas lo clavaran al Roble. —El rostro de Elías mostraba tanta pena que no se atrevieron a indagar más allá. Una eternidad de dolor parecía demasiado incluso para él—. Pero eso no cambia las reglas, supongo. *El Creador es el juez supremo* —recitó—. No podía expulsar a Thomenn pues Gillean lo había seguido a nuestro mundo. El uno representaba el bien y el otro el mal. Juntos mantenían un equilibrio. Al morir Thomenn, Gillean tuvo que desaparecer de Rel Galad, pero su lacayo perduró. El Primero simuló acabar con todas las supuestas brujas que estaban junto al Roble, o quizá lo hizo realmente, no lo sé. El caso es que desde entonces, alentados por el poder de Gillean, los emperadores se enseñorearon de todas las tierras y el Creador no hizo nada; ni lo ha hecho durante todo este tiempo —dijo apretando los puños.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Marc con un matiz de miedo en su voz.

—¿Acaso el Creador nos ha abandonado? —inquirió Philippe.

Elías los miró con los ojos entrecerrados, pero no contestó.

—Sea como sea, ahora podemos nosotros acabar con su dinastía. Podemos vencer al Emperador si nos ayudas —exclamó Marc.

—Ni lo menciones siquiera. Ellos han sido durante todo este tiempo una brasa incrustada en mi carne, recordándome, siglo tras siglo, el día en que los Compañeros de Thomenn fallamos. —Por un instante Elías apretó aún más los puños hasta provocar una serie de chasquidos que parecían el golpear de dos rocas—. Y ahora, ¿qué es lo que queréis de mí? ¿Por qué habéis venido hasta aquí? —preguntó al fin.

Los dos inquisidores inspiraron lentamente sin poder disimular la frustración que sentían por no poder arrancarle más respuestas. No obstante, le relataron con brevedad los acontecimientos que les habían permitido encontrar las reliquias y llevarlas a Ágarot. Elías los escuchaba en silencio, pero al poco se cruzó de brazos y unos minutos después su expresión se fue endureciendo hasta que los interrumpió sin vacilación.

—En esa cripta había algo mucho más importante que un escudo.

—Bueno, seguimos teniendo la Siempreverde —comenzó a decir Philippe.

—La Compañía de Lám se hizo cargo del cuerpo —intervino rápidamente Marc—. No hay necesidad de que siga aguardando en una tumba anónima, al menos cuando todo haya terminado. Tal y como me contó Alba, sus intenciones son dejar que sus restos descansen en un lugar apropiado, bajo un templo bendecido con la hoja de roble.

—Sus restos ya descansaban —gruñó Elías—. Yo los deje allí, junto a la Siempreverde y ese escudo que forjé.

—Pero, ¿cuál fue el motivo de dejarlo allí en vez de hacer que llegara hasta Ágarot, si es que ese era su destino? —preguntó Marc.

—No recuerdo bien esos momentos —respondió Elías con la mirada perdida—. Estaba herido, cegado por la rabia y la pena, pero recibí instrucciones. No creo que deba hablar de ello —añadió con un deje de inseguridad que parecía inverosímil en alguien como él.

—Sea como sea, el escudo está sobre el trono de Ágarot. Dolente nos dijo que fue uno de los Compañeros quien pronosticó que aquello sucedería, que sería una señal —dijo Marc—. Por eso hemos venido hasta aquí. Para buscar respuestas y, si es posible, ayuda.

—Ayuda ¿para qué? —preguntó Elías con voz monótona, mirando de nuevo al horizonte.

—Para contar la verdad de lo que sucedió antaño. Para derrotar a los emperadores y salvar al pueblo de su tiranía.

—¿A ese mismo pueblo que le dio la espalda a Thomenn? —preguntó Elías con un tono grave que parecía el lejano retumbar de una ladera desgajándose de las paredes de la montaña—. ¿Al mismo que aplaudió al Primero cuando repartía monedas de cobre, días después de clavar al Salvador a un árbol y anegar el sur de Quiles en muerte? Ayuda, dices, pero vienen a pedirla dos inquisidores, uno idiota y otro que apesta a corrupción y falsedad —dijo mirando a Marc—. TIENE QUE DECIR SI,

ME MANDARON A CONTAR ESO DEL ESCUDO, TALLÉ EL TRONO, PERO NO SÉ PARA QUÉ. Ese embaucador de Lugh...

Por un instante la tensión aumentó de un modo tal que temieron que el Compañero cargara contra ellos como lo había hecho contra los hombres de Petrús. Pero, de pronto, Ava se acercó a él y lo tomó de la mano, envolviendo con sus dedos, suaves y delgados, los del hombre, gruesos y ásperos. La mujer no podía ocultar con las suyas la mano de Elías, pero su contacto le hizo respirar de nuevo y la miró con dulzura, en una suerte de comunicación sin palabras que pareció aplacarlo. Después inspiró hondo, lentamente, como si su pecho fuera el padre de todos los fuelles, y se dirigió de nuevo a ellos.

—Me fui del Imperio porque era incapaz de soportarlo —dijo—. Abandoné todo lo que conocía en un destierro voluntario. ¿Crees que los hombres a los que Thomenn había venido a salvar se revolviéron contra el crimen? ¿Crees que intentaron salvarlo cuando lo conducían al Roble o se alzaron cuando el Primero los compró con agasajos o amenazas? No, se acomodaron mansamente y siguieron adelante, olvidando el sacrificio de su Señor. —Ya no parecía que Elías fuera a abalanzarse sobre ellos, pero todos eran muy conscientes de que escondía una hoguera dentro de sí que afloraba en sus ojos—. No podía, ni puedo hoy, olvidar la maldad de los hombres, su dejadez y su desidia.

—Puede que haya llegado la hora de que los desterrados reclamen de nuevo su hogar. También nosotros somos prófugos. Una de esas brujas incluso fue condenada al exilio por su propio Consejo cuando intentaba descubrir la verdad de antaño —dijo Marc señalando al grupo que formaban Isabell y Alba, subiendo por la pendiente hacia ellos junto a Cedric y Eldwin—. Puede que también sea ya momento de que los hombres luchen por conquistar su libertad en el presente.

Con esas palabras Marc sacó la Siempreverde y se la tendió a Elías. Sus ojos se abrieron de golpe y la tomó con el mismo cuidado que habría usado para acunar a un bebé.

—Bendito Lám —susurró con una voz imprevisiblemente dulce, mirándola sin parpadear—. El hombre más puro y bondadoso que ha hollado estas tierras.

Sus ojos se fueron llenando poco a poco de lágrimas hasta que se desbordaron, resbalando por su rostro y perdiéndose entre la barba.

—Creo que eres tú quien debe tenerla —dijo Marc tras unos instantes.

—No. Demasiados recuerdos de un amigo, por mucho que haga siglos que lo mataron —los ojos, que ya estaban rojos por las lágrimas, se convirtieron de pronto de dos ascuas—. Pero solo Lugh y yo conocíamos la ubicación de su tumba. ¿Cómo es posible que la encontrarais?

—Por medio de los escritos del Rey Brujo, la ayuda de la Compañía de Lám y los susurros del propio Creador —dijo Alba con seguridad.

Todos quedaron en silencio ante la dura mirada de Elías. Solo el viento se atrevía a moverse y susurrar.

—Partiremos mañana hacia Uruth para solicitar su ayuda en la guerra que se avecina —dijo Marc tras unos instantes—. Nos honraría que nos acompañaras. Te necesitamos, Elías, necesitamos tanto aliados como certezas. Sería un privilegio inconmensurable contar con tu sabiduría y tu fuerza. Los hombres, culpables o no de lo que pasó antaño, merecen otra oportunidad y vamos a hacer todo lo posible por dársela.

—Los hombres acogieron a ese pusilánime del Primero. Lo aplaudieron como si el hombre al que acababan de clavar a un roble no fuera nadie, como si no mereciera venganza —respondió Elías con una intensidad creciente—. Olvidaron sus enseñanzas, dejaron que pervirtieran sus palabras y comenzaron a adorar a un hombre embutido en una armadura de oro. No merecen nada. Ni ayuda, ni esperanza, ni lástima. ¡Nada!

Eldwin se apartó en ese momento del grupo y llegó hasta Elías. Ante su atónita mirada se subió a una roca que había junto a él y le puso una mano en el pecho.

—Deberías tener menos piedra aquí y dejar brotar las semillas que llevas dentro —dijo mirándolo con expresión preocupada.

Elías abrió mucho los ojos y, por un instante, brillaron de un modo extraño. Todos contuvieron la respiración ante la insólita imagen que tenían ante ellos, pero el gigante se agachó hasta quedar a su altura y le puso una enorme mano en el hombro.

—Puede que tengas razón, pequeño amigo —dijo al fin el Compañero.

En su voz casi era visible la esperanza. O la sorpresa.







PABLO BUENO (Salamanca, 1982). Escritor español. Formado como músico y profesor, su actividad artística le ha permitido tocar con agrupaciones que van desde orquestas sinfónicas hasta grupos de jazz así como impartir clases en diversos centros. Pero su otra gran pasión siempre ha sido la escritura.

Ya desde muy joven comenzó a escribir relatos cortos y novelas que, aunque casi siempre se centran en ambientes fantásticos o de ciencia ficción «... porque a menudo tenemos un exceso de realidad», también exploran otros estilos totalmente distintos: «Creo sinceramente que un buen libro es casi tan válido como un psicólogo o una charla con un amigo».

*La Piedad del Primero*, una fantasía épica cuidadosamente elaborada y narrada con pulso firme y elegancia, es su primera novela publicada y constituye una síntesis perfecta de su estilo: una narración ágil, directa y sorpresiva que se desarrolla en un planteamiento de enormes proporciones abordado con un aplomo sorprendente.

Como él mismo diría: «Creo firmemente que la labor del escritor tiene más que ver con el trabajo de un artesano que con una orgía con las musas».

En la actualidad combina su actividad docente y musical con la preparación de varias obras literarias.